ANTONIO RUNA

# LA CHICA GRIS

minotauro LABERINTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 0
Capítulo 1. Volver al ruedo
Capítulo 2. La promesa
Capítulo 3. Mentes abiertas
Capítulo 4. Interludio
Capítulo 5. Esa noche
Capítulo 6. La probable irresponsabilidad de un padre
Capítulo 7. Cuando lo que importa son los medios del fin
Capítulo 8. Interludio
Capítulo 9. Un desalmado antojadizo
Capítulo 10. Voyeur psíquico
Capítulo 11. Morir sin morir
Capítulo 12. Interludio
Capítulo 13. Titanes cayendo
Capítulo 14. Motivo difuso
Capítulo 15. Demonio nuevo
Capítulo 16. Un error naranja
Capítulo 17. Reconoce a tu superior
Capítulo 18. Nunca pareció fácil
Capítulo 19. Espera un segundo
Capítulo 20. Un segundo
Capítulo 21. Una oportunidad para la resignación
Capítulo 22. Especialista del mal útil
Capítulo 23. Custodio
Capítulo 24. Interludio
Capítulo 25. Dedos cruzados
Capítulo 26. Yo no elegí las reglas
Epílogo
Agradecimientos

# Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos**

**exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# SINOPSIS

Los muertos no nos quieren como nosotros los queremos a ellos.
Empiezo a sonar como mi padre. Se diría que él habla a través de mí.
No.
Se supone que yo ya no creo en estas cosas. Ya no.

Isaac Zarco, periodista e investigador de sucesos paranormales, no está pasando por su mejor momento. La muerte de su padre le ha afectado profundamente y ha acelerado su ruptura con Cosette, el amor de su vida. Fruto de esta profunda crisis duda de si sus habilidades psíquicas han sido reales alguna vez.

Hasta que recibe una llamada de Cosette y su amiga Bárbara. Un fantasma parece haberse instalado en casa de las chicas y necesitan que las ayude a librarse de él. Durante la investigación deberá lidiar con dos espíritus muy diferentes, uno furioso e intratable, y un segundo, el de una chica triste y temerosa, recientemente asesinada por un nuevo tipo de entidad. Un monstruoso ser que disfruta segando las vidas de familias enteras y que vaga impune por la ciudad.

ANTONIO RUNA

# LA CHICA GRIS

minotauro LABERINTO

*Para Juana, por muchos motivos.*
*Todos los motivos.*

# PRÓLOGO

Es un gran honor para mí escribir el prólogo de esta emocionante e intrigante novela. Que alguien como Antonio Runa, que tiene tantas y tan buenas personas a su disposición para encargarle esta tarea, me haya elegido precisamente a mí es un privilegio, una responsabilidad y una pequeña putada. La parte de la putada viene de cuando un amigo, un buen amigo, te hace un encargo como este. Tú aceptas. ¿Cómo no vas a aceptar? Pero en tu interior hay una pequeña duda: ¿y si la novela no es buena? ¿Y si la narrativa no es el género para Antonio Runa, tremendo profesional en todo lo que hace? Me vería obligado a hacer el papelón de escribir un prólogo, que por lo general suelen ser textos elogiosos, sobre algo que no merecería ningún elogio.

Pero, en fin, ya estaba hecho.

Cuando apenas llevaba 20 páginas, me di cuenta de que todos mis temores eran infundados. Era una de esas historias que te enganchan desde las primeras páginas. Pero para mí tenía un plus: su ambientación, sus personajes, sus situaciones… Todo ello obviamente eran parte de una obra de ficción, pero a mí en concreto me resultaban muy familiares. La historia que se desarrolla en sus páginas tiene mucho que ver con el mundo de los periodistas que investigan fenómenos paranormales. Buena parte de mi vida se ha desarrollado entre personajes muy parecidos a los que aparecen en este relato, en lugares semejantes, como las redacciones de las revistas, o los lugares donde han ocurrido casos insólitos que nos ha tocado cubrir. He entrevistado a testigos semejantes a los que forman parte de la trama e incluso me he enfrentado a alguna situación similar. Así que todo ello me da una perspectiva, no sé si

única pero sí diferente, a la de cualquier otro lector a la hora de apreciar esta obra. Y debo decir que me ha sorprendido mucho porque todos esos lugares, situaciones, personas, están reflejados de una forma tan fidedigna que a mí personalmente me ha impresionado.

Desde la perspectiva diferente que me da mi trayectoria vital, he vivido la lectura de esta novela como una especie de experiencia onírica, como si fuera un sueño en el que la realidad cotidiana y conocida se te presenta levemente distorsionada, o no tan levemente, como si de golpe me hubiese trasladado a una línea del tiempo alternativa en la que todo te resulta familiar y a la vez distinto.

Hace muchos años, cuando estaba empezando en mi carrera, trabajé en una revista llamada *Enigmas del Hombre y del Universo*, dirigida por el inolvidable Fernando Jiménez del Oso. Fue una experiencia increíble que marcó el resto de mi vida. Sí, era apasionante trabajar con historias sobre ovnis, fantasmas y todo tipo de temas paranormales, pero lo que de verdad era algo diferente, era el ambiente, el extraño y peculiar mundillo que formábamos los periodistas, investigadores, el personal de la revista, pero también los lectores, los aficionados, los testigos… Aquello sí que era una realidad alternativa, una realidad que de alguna forma Antonio Runa ha sabido plasmar de forma desconcertantemente fiel en su novela.

La revista era muy popular entre los amantes de lo paranormal y casi a diario recibíamos cartas de lectores que compartían sus propias historias y experiencias. Fue una gran oportunidad para aprender sobre diferentes creencias y teorías, y también me permitió desarrollar mi habilidad para investigar y escribir.

Todo ello lo he visto reflejado en esta novela de una forma u otra. Como también he visto reflejada otra cosa mucho más difícil de captar. Veréis, la gente que vivimos alrededor de estos temas tan especiales somos en buena medida también «especiales» a nuestra manera. A fin de cuentas, no se puede tener un contacto íntimo con el

misterio, con lo inexplicado e inexplicable, con lo presuntamente sobrenatural y, por qué no decirlo, con la muerte y luego tener una vida convencional, una forma de pensar convencional, intereses convencionales y relaciones convencionales.

En mayor o menor medida, todo en nuestra vida está cubierto de una sutil pátina, no siempre perceptible, pero siempre presente, que nos hace un poquito raros, un poquito especiales, un poquito diferentes, pero con cierto anhelo oculto de parecernos a los demás, de ser uno más, con una vida convencional, con una forma de pensar convencional, intereses convencionales y relaciones convencionales. Y no he podido menos que sentirme hermanado con algunos personajes de esta historia, en los que adivino esas mismas contradicciones interiores. Los personajes son complejos y bien desarrollados, cada uno con su propia personalidad y motivaciones que los impulsan a seguir adelante en su búsqueda de la verdad. La química entre ellos es palpable, y sus interacciones son crudas y auténticas. El lector se sentirá como si estuviera en medio de la acción, experimentando las emociones y los miedos de los personajes junto con ellos. Y cuando digo miedos, no me refiero solamente a los miedos derivados de la trama, sino a cosas mucho más íntimas.

La novela también destaca por su habilidad para tratar temas profundos y desafiantes, como la ciencia versus la fe, el poder de la mente humana, y la naturaleza de la realidad. Antonio plantea preguntas importantes y hace que el lector se cuestione sus propias creencias. Por poner un ejemplo, sin hacer spoiler, de las muchas preguntas que hay encerradas en esta historia: si fueras telépata, ¿podrías resistirte a la tentación de leerle la mente a tu pareja? El poder de conocer sus pensamientos más íntimos y secretos sería tentador ¿verdad? Pero ¿y las consecuencias? La violación de la intimidad, el quebrantamiento de la confianza, la falta contra la propia honestidad… ¿A que es una cuestión interesante? Pues como esta, hay muchas en la novela.

Otro asunto que me ha parecido particularmente importante de cuantos se tratan en esta novela es el de la crisis de fe. No estoy hablando de la crisis de fe religiosa, sino de algo que he podido contemplar personalmente en más de una ocasión. Me refiero a la crisis de fe en el misterio. La he visto en periodistas, investigadores, autores y por supuesto en personas que siguen estos temas simplemente como aficionadas. Puede ser una experiencia desconcertante y difícil. Una persona ha dedicado buena parte de su tiempo, de su interés, de su entusiasmo, en algo que puede no ser comprendido o aceptado por la sociedad en general, es posible que lo haya convertido en su profesión, es posible que haya renunciado por ello, a oportunidades mucho más lucrativas, a una vida mucho más sencilla, y de repente se enfrenta a la posibilidad de que detrás de eso no haya nada, que todo sea una fantasía.

La crisis de fe puede comenzar de varias maneras. Puede ser el resultado de la investigación científica que contradice sus creencias, o la falta de evidencia concreta que las respalde. También puede estar causada por una experiencia personal desafortunada, como una sesión espiritual fallida o una predicción no cumplida. En el caso de los periodistas e investigadores suele estar motivada por lo que denomino «el síndrome del día siguiente». Nosotros siempre, o casi siempre, llegamos el día siguiente de los hechos. Hablamos con unos y con otros, visitamos los lugares, con un poco de suerte podemos ver alguna huella o indicio material, y regresamos a nuestro cubil para contárselo a nuestros seguidores. Pero ver, lo que se dice ver, no hemos visto absolutamente nada más allá del estremecimiento o las lágrimas de los testigos, que nos hablan de que lo allí ocurrido es algo real.

La primera vez te da igual. Es más: regresas emocionado por haber tenido ese mínimo contacto con lo desconocido. Pero después de esa primera vez viene otra, y otra, y otra más, y van pasando los años y acumulándose la frustración, que se suma a otras muchas miserias que se cuecen en la trastienda de este mundillo. Por eso no puedo

menos que mirar con envidia al protagonista, que no solamente investiga el misterio, sino que forma parte de él. Antonio Runa ha creado el animal perfecto de la investigación paranormal: un híbrido entre Manuel Carballal y Paloma Navarrete, con unas gotitas de John Constantine para darle sabor. Estoy convencido de que disfrutaréis mucho con sus aventuras y desventuras porque ha sabido dar vida a un ser profundamente humano que vive situaciones y circunstancias personales muy poco humanas.

Otra cosa que me ha encantado ver reflejada en la novela es la curiosa, conflictiva y a veces contradictoria relación que en algunas ocasiones une los destinos de policías e investigadores paranormales. En algunas ocasiones, los policías recurren a investigadores para ayudarles en casos que pueden considerarse como desafiantes o en los que las técnicas convencionales de investigación no han dado resultado. Los investigadores paranormales pueden ser llamados para ayudar en casos de crímenes no resueltos, desapariciones, y otros que involucran fenómenos paranormales o sobrenaturales. A veces sale bien y a veces no tanto, pero siempre es una situación incómoda, un matrimonio de conveniencia con una seria incompatibilidad de caracteres entre los contrayentes.

En resumen, la historia que nos propone Antonio Runa es una exploración de la mente humana y las habilidades extrasensoriales, y cómo estas pueden ser utilizadas tanto para el bien como para el mal, con dos preguntas fundamentales que son las que más veces han acudido a mi mente durante su lectura: si pudiéramos hablar con los muertos ¿qué nos contarían? Si pudiéramos leer la mente de los demás ¿qué nos encontraríamos?

En cuanto a la primera pregunta, la idea de hablar con los muertos ha sido un tema recurrente en la literatura, el cine y la cultura popular. La posibilidad de comunicarse con seres queridos que han fallecido es algo que muchas personas encuentran atractivo. Supongo que buena parte de

ese atractivo radica en que es algo imposible, algo así como esas fantasías sexuales que mientras permanecen en el ámbito de lo mental son fascinantemente excitantes, pero si por un casual conseguimos llevarlas a la práctica descubrimos que el tema no era tan divertido como nos figurábamos. ¿Qué nos dirían los muertos si pudiéramos hablar con ellos? Mejor no saberlo, porque desde su privilegiada atalaya seguramente se puedan ver las cosas con una perspectiva bastante más amplia de la que disfrutamos y alguien que ya no pertenece a nuestro mundo tal vez estaría en posición de permitirse unos grados de sinceridad que la mayor parte de nosotros ni podríamos, ni querríamos asumir.

En cuanto a la segunda cuestión, ¡qué maravillosa sería la vida si pudiéramos leer la mente de los demás! ¡Imagínate no tener que enfrentarte nunca más a la duda que nos plantea la mirada perdida de alguien que está a nuestro lado o desechar para siempre malentendidos y confusiones porque sabríamos en todo momento a qué atenernos! ¡Imagina saber exactamente qué piensan tus amigos, familiares y pareja en todo momento! ¡Qué emoción!

Pero espera un segundo... ¿Qué nos encontraríamos si realmente pudiéramos leer la mente de los demás? Probablemente una cadena infinita de decepciones y sinsabores. Nos encontraríamos con una gran cantidad de pensamientos incómodos e incluso ofensivos. ¿Quieres saber lo que tu mejor amigo realmente piensa de tu aspecto físico? ¿O lo que tu jefe realmente piensa de tu desempeño en el trabajo? ¿Y lo que tu pareja opina de vuestra vida íntima? ¡Prepárate entonces para una buena dosis de realidad desagradable!

Además, ¿cómo manejaríamos toda esa información? ¿Cómo podríamos procesar todos esos pensamientos y sentimientos ajenos? ¿Cómo podríamos mantener relaciones saludables si estuviéramos constantemente expuestos a los pensamientos y sentimientos negativos de los demás? Bueno, en las páginas de esta novela a lo mejor encontráis

algún indicio para responder a estas preguntas. En última instancia, quizás es mejor seguir siendo ignorantes de lo que realmente pasa por la mente de los demás. Después de todo, la ignorancia es, a veces, una bendición.

En fin, estas son algunas cosas que a vuelapluma me ha sugerido esta historia. Espero que disfrutéis esta novela tanto como yo lo hice. Estoy seguro de que os dejará pensando en ella durante mucho tiempo después de haberla leído.

Sinceramente,
Santiago Camacho

# CAPÍTULO 0

Debería ser el lugar más alejado del Infierno. Una habitación enorme que no hace falta compartir con ningún hermano. Llena de juguetes de todo tipo. Armaduras medievales de plástico, con escudos, espadas y hachas de madera y polipropileno. Una autovía entera con dos raíles para jugar con una escudería completa de coches teledirigidos. Paredes repletas de pósteres de superhombres, naves de combate, robots, marines espaciales, jedis y samuráis en poses épicas. Toda la estancia está ocupada por un auténtico ejército de muñecos de acción. Muñecos futuristas, de fantasía, del salvaje oeste, de la Segunda Guerra Mundial, monstruos horribles a los que los muñecos heroicos deben derrotar una y otra vez, complementos para todas las colecciones, incluyendo un par de fortalezas, monturas extraterrestres y varios vehículos de tierra. Sin duda, si hay un infierno, está en las antípodas de este recinto de ingenua felicidad. Porque para un niño de seis años, esto es el cielo.

El pequeño Saúl tiene seis años. Su amiguito no debería regalarle juguete alguno, los padres de Saúl se encargan de satisfacer todos sus deseos. Aun así, le ha traído un nuevo ejemplar de colección.

—¿Es Shuriken?

Saúl no necesita respuesta. Sabe que lo es. El inconfundible ninja del siglo XXIII que viaja por el tiempo y el espacio. Posiblemente, el personaje más carismático de la Facción Zero de Tierra YB. Un guerrero imbatible.

—Sabía que te gustaría.

—No deberías haberte molestado. Ya tengo su versión Amazing.

En realidad, Amazing ni siquiera es una marca. En el

sentido estricto de la definición, es una colección no oficial que se vende exclusivamente en AliExpress, y que imita (bastante aceptablemente) toda forma de *merchandising* de franquicias de éxito. No siempre los resultados son aparentes, pero en ocasiones, y Shuriken es una de ellas, estos artistas chinos de la copia barata logran un producto que puede pasar por un muñeco oficial a precios muy inferiores.

Pero Saúl sabe (y los padres pueden no saber, o no querer aprender, la diferencia entre un muñeco de verdad y una buena copia) que el Shuriken que ha tenido todo este tiempo no es Shuriken.

Este lo es.

—¿Tampoco has traído la caja esta vez? —pregunta Saúl, aunque no es que le importe demasiado. Al final, tras conservarlas durante unos días, tira a la basura todas las cajas de sus juguetes. Su afán coleccionista no llega al nivel de plantearse dejar el producto dentro del embalaje original. Las estanterías son para los libros. Los juguetes son para jugar.

—Me cuesta mucho conseguirlos con la caja —dice Maxi.

—Bueno, no importa. Es genial.

Saúl se pone a moverlo de aquí para allá, como si el personaje pudiera volar, aunque conoce de sobra todos sus poderes y técnicas secretas, y el vuelo no es una de sus potencialidades. En sus brazaletes, el ninja de plástico incluye varias armas arrojadizas, pero la joya de la corona es la espada que lleva envainada a su espalda.

Al desenfundarla con cuidado, ve que esa parte del juguete está perfecta. Como si nunca nadie la hubiera extraído de su vaina.

—¡Es genial! —dice—. La katana de filo autorreparable.

—Es un *ninjatō*.

—¿Cómo?

Su amiguito se levanta de la cama y se acerca a Saúl. Le quita el muñeco de las manos y le coloca él mismo la

espada en sus manos articuladas.

—Tiene la hoja recta, negra y es más corta que las espadas samuráis. Es un *ninjatō*.

—Ya lo sé.

No es realmente así. En la versión de la serie animada que él puede ver por televisión, el doblaje ha cometido un error de adaptación. El término *ninjatō* no ha sido pronunciado por los actores de doblaje ni una sola vez. En la versión original japonesa, en cambio, la palabra exacta era esa: *ninjatō* de filo autorreparable.

Entonces se masca una pequeña tragedia. Saúl acaba de hacer un descubrimiento poco agradable.

—El tobillo izquierdo —dice—. Está estropeado.

—¿Estás seguro?

—Sí, mira. —Le señala con el dedo la articulación y, en efecto, presenta un problema de exceso de holgura. El muñeco no se sostendrá en pie—. Pero no pasa nada. Nunca los dejo en pie mucho tiempo, siempre juego con uno en cada mano.

—Maldita sea, Saúl. Te conseguiré otro. Estará mejor.

—No, en serio. Es perfecto. Me encanta. Mi primer Shuriken de verdad. «Ahora por fin se descubrirá —abre los ojos al máximo mientras amplía su tono grave de narrador televisivo— el verdadero secreto del falso Shuriken, el hermano bastardo del genuino Shuriken, será desvelado.»

Maxi se asoma a la ventana. En la casa de enfrente vive una joven adolescente que suele cambiarse de ropa sin molestarse en echar cortinas o bajar persianas. Últimamente ya no lo hace tanto, pero ni Saúl ni su amigo pierden la esperanza de volver a ver algo prohibido, como ya ocurrió dos veces en el pasado. ¡Qué dos veces!

—¿Te gusta de verdad el regalo?

—Sí, es lo mejor que me has traído. Esta vez te has lucido —y se parte de risa. Los dos se ríen, cada uno a su manera.

Saúl vuelve a dejar el *ninjatō* (acaba de descubrir que la palabra le fascina) en la vaina y mira hacia la puerta de su cuarto. La puerta que conduce al pasillo de la segunda

planta. Como la habitación está al final de la casa, Saúl puede escuchar los pasos de cualquiera que se acerque a su pequeño templo de fantasía y ciencia ficción. Esto es ideal para esconder debajo de la cama cualquier golosina que no debería estar comiendo, o cualquier jarrón que se haya cargado accidentalmente y esté intentando recomponer con pegamento de contacto, antes de que alguien abra la puerta.

Como dicen en los libros, aunque no sepa con exactitud qué significa: «No hay moros en la costa».

—Ayer mi madre intentó amenazarme.

Maxi, su mejor amigo, el único que ha entrado en aquella habitación, no puede dar crédito. Se aparta de la ventana como si, de repente, las cortinas le quemaran las manos.

—No me lo creo. ¿De veras? No, no es cierto. Dime que no lo es. ¿Sabes que la puedes denunciar?

—No sé si fue una amenaza. Me quiso meter miedo.

—¿Qué fue lo que te dijo?

—No me estaba comiendo el maldito arroz. Odio el arroz. El arroz es lo peor que hay después de las judías verdes.

Maxi se vuelve a la cama de su joven anfitrión y se tira sobre ella con las piernas bien separadas. Como si estuviera en su casa.

A Saúl no le importa el exceso de confianza. Otros niños serían más posesivos con sus cosas.

—¿Has probado ya la coliflor?

—No —confiesa Saúl, pero ya pone una mueca de desagrado solo de imaginarlo.

—Entonces el arroz ocupará el tercer puesto. De hecho, dentro de la comida verde, aún te quedan muchos horrores culinarios por descubrir. La coliflor es lo peor.

—Horrores… ¿culinarios?

—Horrores gastronómicos. Comidas asquerosas.

—Culinario no suena a comida. Y esa otra palabra que has dicho… Oye, a veces hablas como un adulto.

Saúl va a la fortaleza de Pirate Zero y derriba un

muñeco que había estado haciendo las veces de comandante, y coloca a Shuriken en su lugar. Hay un nuevo jefe en la ciudad.

—No me estaba comiendo el arroz —continuó—, y entonces me dijo que, si no me comía toda la comida del plato siempre, siempre, siempre, vendría el Hombre del Saco y me comería a mí.

—El hombre del saco. Qué original.

—Antes, cuando era más pequeño, decía el coco. «Haz esto, o haz aquello, o vendrá el coco y te comerá.»

El invitado se incorpora de la cama y se pasa un brazo por detrás de la nuca. Como si estuviera haciendo esos estiramientos que hacen los deportistas. Tiene la capacidad de estirarse bastante.

—¿Sabes lo que es una sandez? Pues eso es lo que dice tu madre. Sandeces.

—¿Seguro?

Saúl ve cómo su amigo se pone justo delante de él, le pisa suavemente la punta de los pies con los suyos y le mira fijamente. Es una mirada que Saúl no puede sostener demasiado tiempo. Siempre ha sido así.

—Yo jamás te comería a ti. —Le guiña un ojo, pero el iris anaranjado sigue brillando tras el párpado que pretende ocultarlo—. No hay muchos más que puedan decirlo.

Saúl quiere dar un paso hacia atrás, pero no puede porque tiene los pies atrapados. Su amigo le agarra de la cintura y se lo acerca con una fuerza incomprensible para su tamaño infantil. Parece como si quisiera ponerse a bailar con él. Pero algo le dice al niño que la intención de su invitado podría ser cualquiera, menos esa. Cuando Maxi sonríe o hace cosas raras, puede dar un poco de miedo. O bastante. Al principio, se lo imaginaba completamente normal. Un niño corriente y moliente. Un amigo imaginario de manual. Pero cada vez que viene a visitarle… tiene peor aspecto.

Saúl está a pocos centímetros de su boca. Esos labios finos y dientes perfectos de Maxi no generan ninguna inquietud, pero su aliento huele como un taller de

mecánica.

—¿A quién le quitas los muñecos? —se atreve a preguntar.

Maxi sonríe. Retira las manos de su cintura y deja de pisarle. Como un actor teatral sobreactuado, hace unos cuantos aspavientos por el centro de la habitación y habla con normalidad, aunque su cuerpo parece estar recitando a Shakespeare.

—Los dueños ya no los necesitan, oh, no. No te preocupes por nada, por nada, nunca. Son regalos que te hago. Y no suelo defraudarte.

Aunque jamás ha sacado el tema a colación, Saúl ha tenido desde el principio la certeza de que los muñecos le llegaban usados. Sin desgaste aparente, pero desde luego no eran nuevos. Nunca le importó. A fin de cuentas, ¿qué más da a quién pertenecieran anteriormente? Ahora son suyos. Puede hacer lo que desee con ellos. Maxi dice que los dueños ya no los quieren.

Lo cual es extraño.

—¿Por qué ya no los quieren? Están casi nuevos.

—No he dicho que los anteriores dueños no quisieran sus juguetes. He dicho que no los necesitan. ¿Quién sabe? Quizá sí los quieran, al fin y al cabo. Quizá los echen de menos con todas sus fuerzas.

—No te entiendo.

—Y eso es lo mejor. Somos amigos y nos perdonamos todas nuestras faltas. ¿Verdad que sí? Yo tampoco entiendo muchas cosas que tienen que ver contigo. Pero aquí estamos. Y nos lo pasamos bien. Porque… sigues pasándotelo bien, ¿no?

Eso continúa siendo cierto.

—Sí. —Saúl agacha la cabeza. Su tono se vuelve pesaroso—. No tengo demasiados amigos. No me está siendo fácil adaptarme a este colegio.

—Ningún niño de ese colegio merece tu amistad. Yo sí.

—En Toledo era diferente. Tenía muchos amigos…

—También eran basura, créeme.

—Me aceptaban. Tenía una pandilla. Ahora en

cambio…

Maxi camina muy despacio hacia la puerta del cuarto. Se queda justo delante, muy quieto. Contempla la puerta cerrada. Saúl está seguro de que puede ver el pasillo a través de la madera. Se queda quieto como un fotograma de película. El reproductor de Blu-ray congelando la imagen. No es como una persona que se queda quieta. Es una fotografía.

—¿Pasa algo?

—Dime una cosa, Saúl —lo dice sin mover los labios—. ¿Tu hermana te cae bien?

—¿Mi hermana?

—Tu hermana de catorce años.

—¿Ana?

—Tu hermana Ana.

—No sé. Es… mi hermana. Las hermanas no caen bien ni mal. Están ahí, incordiando casi siempre.

Maxi pivota todo su cuerpo para mirarle, con los brazos pegados al torso y los pies girando sobre una plataforma rotatoria invisible. Un niño-bloque, un muñeco de Playmobil gigante virando cuarenta y cinco grados sobre el terreno.

A Saúl no le gusta que haga esos trucos.

Su invitado pone voz de adulto. Es sobrecogedor lo bien que lo hace. Como un auténtico adulto.

—¿Te importaría mucho si le pasara algo? A fin de cuentas, solo es tu media hermana.

Maxi queda oculto por una sombra. No hay ningún objeto tapándole. Sencillamente los haces de luz que entran por la ventana empiezan a iluminarle cada vez menos.

—¿Que le pasara el qué?

—No sé. Una cosa mala. Que se muriera o algo.

—Preferiría que no.

—No te importó mucho con ese mamón de Germán. A ese sí se lo llevó el hombre del saco.

Ahora Maxi está totalmente ensombrecido. Solo esos dos anillos naranjas de los iris destacan en su oscura silueta.

—Es distinto. Germán era un matón. Ahora estamos

hablando de mi hermana.

Maxi rompe su quietud para encogerse de hombros. La luz vuelve a reflejarse en él. Es el niño perfectamente normal de siempre. De casi siempre.

—Qué quieres que te diga. Me gusta mucho tu hermana. Está desarrollándose muy bien. Acaba de meterse en albornoz en su cuarto. Creo que se acaba de dar una ducha; tenía el pelo mojado. He pensado que estaría bien quedármela. Espero que disfrutes de tu juguete. ¿Te gustaría que te trajera algo más? Puede que tarde un tiempo en volver.

—No, no quiero nada.

—¿No? ¿Seguro que no te gustaría tener el sable láser de Mace Windu? Creo recordar que lo querías.

—No. Ya me compraron mis padres uno de esos y me lo cargué enseguida. No son para jugar. Menuda tontería.

—De acuerdo. ¿Algún otro niño te ha estado molestando? Un niñito que no se come la comida y que debe recibir la visita adecuada…

—No. Estoy bien. Estoy bastante bien. —Justo entonces tiene un arrebato de afecto y se echa encima de su amigo, abrazándole con fuerza—. ¡No me dejes mucho tiempo, por favor! Volverás pronto, ¿verdad? Tú no vas a dejarme.

Maxi le acaricia la cara con una suavidad propia de una madre. Le deposita un beso muy breve en la boca y se retira con una expresión de tierna lástima.

—Ay, socio, muy pronto no me separaré de ti ni un minuto al día. Seremos los mejores amigos del mundo.

# CAPÍTULO 1

## VOLVER AL RUEDO

Los muertos no nos quieren como nosotros los queremos a ellos.

Si algo he aprendido a lo largo de estos años de investigación es que la conciencia está formada por un conglomerado de sinapsis neuronales que conforman eso que llamamos el Yo. Básicamente, somos lo que nuestro cerebro dicta que somos. La experiencia en la vida define nuestra personalidad.

Pero hay algo más. Solo un poco más. Aunque ya es bastante. Llamemos a ese algo más espíritu. Alma. Se aceptan mejores definiciones.

Con todo, en cuanto se pasa a ese otro lado, a la vida que nos espera después de la muerte, parte de nuestra mente se queda aquí. Todo ese proceso neurológico se pierde, no da el salto al siguiente nivel. Por lo tanto, esa personalidad que nos ha caracterizado en vida no se mantiene más allá de la muerte. Ya no somos la misma persona, en el supuesto de que lo que quede tras la defunción pueda llamarse persona.

Supongo que muchos lazos afectivos se cortan entonces. Es más fácil partir si este mundo no te impone sus grilletes. Lo que sea que queda de uno cuando deja este plano existencial es otra cosa.

Empiezo a sonar como mi padre. Se diría que él habla a través de mí.

No.

Se supone que yo ya no creo en estas cosas. Ya no.

Perdí suficientemente el tiempo trabajando para las

revistas del sector, las tres de siempre, escribiendo libros repletos de pura especulación y pocas aportaciones científicas, tras los micrófonos de aquel programa de madrugada en esa emisora del extrarradio de Madrid. Creyendo que yo era especial. Sintiéndolo en cada fibra de mi ser.

Nunca es tarde para despertar de una siesta de entelequia y teorías decimonónicas. Después de este mundo solo están los gusanos. Me lo tengo que repetir delante del espejo.

—Después de este mundo solo están los gusanos.

¿Qué fue de aquel muchacho que se metió con toda la emoción en este mundillo de luces en el cielo y voces entre el ruido blanco de una grabación? ¿Dónde está? En realidad, no le echo de menos. Pero desde luego no está aquí delante, apoyado en el lavabo, mirándose a los ojos. Ese rostro atroz que veo reflejado solo manifiesta el día siguiente a media botella de Jameson. Quiero creer que tampoco soy yo. Solo es un mal momento. Aunque he envejecido años en los últimos meses. Un afeitado es lo primero que me hace falta para regresar. Y un océano de café solo con icebergs de azúcar.

—Regresar, ¿adónde?

Por Dios, qué aliento. Solo iban a ser un par de copitas. Para pasar a otra cosa y despejarme. Quitarme el mal trago con otro. Unos cuantos más. En casa. Sin compañía. Cuando el alcohol llega en ese tipo de situaciones, estás escribiendo el prólogo de tu gran libro de alcohólicos anónimos. «Hola a todo el mundo, me llamo Isaac». «Hola, Isaac», responde la multitud. Entonces acabas la frase: «y soy alcohólico». Caras de empatía, cabecitas afirmando y un aplauso aislado. El conductor de sala te pone la mano en el hombro. «Adelante, Isaac, suéltalo todo.»

Estoy muy lejos de llegar a eso. A un par de años, quizá, si todo sigue por este camino. Ahora mismo no necesito engañarme diciendo que lo puedo dejar cuando quiera, porque sé que lo puedo dejar ahora mismo. Pero no es fácil. Un bache, sí, debo insistir en ello. A cualquiera

puede pasarle. Solo ha sido una conjunción de catástrofes personales. Todo iba bien y, de repente, un aluvión de mierda. Vale, podré con todo esto.

Sin embargo, antes de empezar a pintar sobre el lienzo del resto de mi vida, debo cerrar una puerta que he dejado entreabierta. El periodismo de investigación heterodoxa. El mundillo. Me fui, desde luego. Pero si no doy un portazo al marcharme del todo, mis antiguos camaradas pensarán que me he tomado un tiempo y nada más que eso. Unos años sabáticos, probablemente. Habrá sonrisas y brazos abiertos. Creerán que nunca hubo intención de abandonar la escena de las investigaciones paranormales para siempre. «Sabíamos que al final volverías.» Y tendrán razón.

Cualquier cosa menos eso.

Una ducha. Un afeitado. Volver al atuendo negro. Y la actitud. Después llegarán los desafíos. Tengo una hora. Hay bastante que tirar por el sumidero.

—Regresar, no. Terminar de marcharme.

Encontrarme con que la cerradura del garaje vecinal se ha cambiado desde la última vez que aparqué el coche me lleva a perder casi una hora entera jugando al correveidile entre propietarios, presidentes de comunidades y demás inconvenientes simples pero fastidiosos que no me vienen ni medio bien. Cuando por fin logro hacerme con las nuevas llaves y el mando a distancia correspondiente, compruebo que las ruedas del Corolla se han deshinchado peligrosamente. Al menos no presenta síntomas de vandalismo, y lo tengo justo delante, así que no ha sido el objetivo de ningún ladrón. Tal y como ha empezado el día, hubiera sido una consecución lógica de los acontecimientos por venir.

Recuerdo los tiempos en que este trasto no paraba un solo día. Viajes nada fructíferos para entrevistar a algún aldeano supersticioso acerca de luces que se movían de aquí para allá. Como si me importara lo más mínimo. Procurar escribir un artículo para la revista de turno esa misma

noche, en la pensión más mugrienta que hubiera en los alrededores, en un texto que no faltara al respeto a nadie y dar algún tipo de enjundia al tema. Cuatro fotos hechas con la precisión de un inepto y dos segundos de reflexión para ponerle un título con gancho: «Terror en el camino de montaña». Lo primero que salía. Tirando siempre de sensacionalismo. «Diez sitios donde no pasarías una noche», «Muerte en la casa derruida», «Sueños que asesinan». Jamás me tiraron ningún título. Reconozco que en alguna ocasión incluso escribí el artículo antes de la entrevista a los testigos. Misma historia, diferentes personas. Me las sabía todas.

Al menos se comía bien en esos pueblos.

Juntando tres artículos podía llegar a final de mes. El esfuerzo invertido merecía mucho más, pero ya me había acostumbrado a ese tipo de vida. De supervivencia, más bien. Luego un libro al año, una entrevista en radio cada dos o tres meses y una aparición en televisión cada semestre. No se podía perder la forma. La mayoría de los aficionados a estos temas conocían mi nombre, aunque fuera de pasada. Isaac Zarco, *el Investigador Sensitivo*.

Posiblemente, lo que más me molestaba de ese día a día en este ámbito era que los compañeros de los medios de comunicación siempre me tiraban de la lengua para que hablara sobre mis apreciados dones. O lo que consideraban que debía ser un don. Y yo no me cansaba de echar balones fuera. Siempre dirigí mis indagaciones hacia otros territorios. Detestaba hablar sobre el asunto.

Pienso en ello mientras salgo de la gasolinera con los neumáticos hinchados y el depósito lleno. Las baterías del sistema híbrido tardarán un poco en cargarse completamente. El mismo rodaje del vehículo se encargará de ello.

Una parte de mí está a punto de echarse atrás. No sé si esto es lo que necesito. No sé si me apetece.

La búsqueda de aparcamiento en la zona me saca de mis ensoñaciones. No voy a tener suerte. Esta parte de la ciudad siempre está igual. Y el parquin más cercano implica

andar después casi quince minutos. Podría haber venido en metro. Podría, debería, qué más da. Ya estoy aquí. Demasiado tarde, compañero.

Ni siquiera sé qué voy a decir cuando me vean aparecer por la redacción después de tanto tiempo. En principio iba a ser un año sabático. Ha sido mucho más. No he sido muy condescendiente con ninguno de ellos. No respondí a correos electrónicos ni a llamadas de ningún tipo. Corté de raíz todo tipo de contacto con este mundillo, pensando que no volvería a atravesar según qué umbrales. Voy a detestar la expresión de sus caras cuando reparen de nuevo en mí. «Sabíamos que al final volverías.» «Sabíamos que al final volverías.» «Sabíamos que al final volverías.»

Todavía estoy a tiempo de irme a casa.

Debo admitir que a ciertas personalidades de este mundillo las he extrañado. Y un tipo de costumbres muy específicas que supusieron durante años la sal de la vida. Nada de lo relacionado con el trabajo, pero sí esas cenas después de las emisiones de madrugada de *Tras el velo*, por ejemplo, o las reuniones en casa de Amparo Descombes, algunas escapadas para observar el cielo en noches de verano… En fin, toda mi vida había estado circunscrita a este tipo de temas. Y ahora no puedo pasar página sin reconocer que experimento cierta melancolía pensando en esos buenos momentos. Cuando ciertos cuchillos aún no habían empezado a volar hacia mi espalda. Cuando todo era más ilusionante y evocador. *Los rituales de después*.

Logro aparcar al fin. Solo serán ocho o nueve minutos caminando hasta la redacción.

La redacción. En otros tiempos llegué a formar parte de las reducidas plantillas de este tipo de revistas. Era mi lugar de trabajo. Maquetando, con el teléfono en la oreja durante horas. Escribiendo un artículo por número. Básicamente, la redacción era el último de los rincones de una planta donde se dirigían nada menos que diez revistas de distintas temáticas. *Canasta*, la revista dedicada al baloncesto en general y a la NBA en particular. *Iberia Otrora*, especializada en historia antigua de este país. La revista de

astrología *Astros*, que yo odiaba con todo mi ser. En fin, muchas revistas. Incluyendo dos de las tres que estaban especializadas en nuestros temas. Todas dentro del mismo grupo editorial. Algunas desaparecían y otras nuevas llegaban a ocupar su puesto. Pero las tres revistas dedicadas al misterio persistían, con no poco mérito, habría que decir.

Cada redacción era, en esencia, una sola mesa con sus respectivos tres ordenadores, sillas y… y ya. No había más. Con dos personas se podía dirigir y gestionar cualquier tipo de revista. Tres en ciertos casos. El resto eran colaboraciones externas. No hacía falta más. No se quería más. Yo dejé aquel puesto fijo para asombro de todo el mundo. Preferí ser un *freelance* que un contratado. ¿Hice mal? Todavía no estoy seguro.

Yo lo que necesito es ir a mi aire. Al menos eso lo logré. Mis bolsillos por fuera del pantalón me lo siguen echando en cara.

Este mundillo es una tarta con muy pocas porciones. Cada uno quiere su parte y algunos están dispuestos a rapiñar lo que puedan de los demás. Las envidias están a la orden del día. Las mismas envidias que generó entre sus coetáneos F. F. Belasco en su momento de mayor éxito, las genera hoy en día Aitor Sender. Ambos arrasaron con sus libros y con sus programas de televisión. Maestros para las nuevas generaciones. Aquellos que despuntaron mientras los demás no adquirían la misma fama, el mismo reconocimiento social. Los mismos dividendos.

Y de la misma manera que, dentro de unos años, se harán mayores los fans de mi buen amigo Aitor, yo fui seguidor a ultranza de F. F. en mis tiernos principios. Y sí, con mis cuarenta y tantos, me considero lo suficientemente mayor. Puede que, entonces, yo rozara la definición de *groupie*. Algunos de sus libros marcaron a toda una generación de investigadores, entre los que me incluyo, que jugamos a ser él, emulando sus pasos, siguiendo punto por punto lo que detallaba en ciertos ensayos de gran predicamento como *Ángeles del cielo* y, sobre todo, *Diez mil testigos de ovnis entrevistados*. Actualmente aquellos libros se

leen de otra manera, pero en su día grabaron a fuego unas ansias por querer ir más allá de lo convencional, por acercarnos a esos misterios del universo que nos son negados y que, siempre por sorpresa, se presentan físicamente a algunos afortunados para que sus experiencias, lejos de ser explicadas, evoquen imágenes esperanzadoras.

Es muy triste pensar que la única civilización del universo es una que jamás logrará reconciliarse consigo misma. Es más triste pensar que al morir no hay nada.

De eso se encarga este tipo de periodismo. De llenar de esperanza la vida de un sector de la población. Ya sea añadiendo suspense y algo de miga a casos sin ningún misterio o directamente inventándolos.

Yo tenía auténtica pasión por estos asuntos, cuando era más joven.

Cuando era más joven.

Ya estoy aquí. La chica de recepción que nunca aparta la vista de su monitor. Le hablas como a un contestador automático. Ella responde como buen robot. Estoy casi convencido de que siempre ha habido un guardia jurado por aquí. Hoy también se hace rogar. Qué bomba tiene este sitio, de verdad. Y llego a *La planta*.

Curiosamente, mi llegada no genera ni fuegos artificiales ni explosiones de júbilo. Avanzo hasta la mesa de *Siglo 100*. Menudo trago. Ojalá nadie me vea hasta que llegue donde debo llegar. El despacho de Manrique Franzoni, director de la revista.

La mesa de la competencia está justo enfrente. *Misterios*, dirigida por Leandro Mánver. No es mal tipo. Tampoco la mejor persona del planeta. He tenido una relación cordial con él toda mi vida. Podríamos decir que sufre un exceso de ambición. Desde siempre ha sido así. Si puede tener dos porciones de tarta en lugar de solo una, adelante con ello. Aunque deba guillotinar a otro príncipe como él para hacerse con la corona del reino.

Entre las dos revistas se llevan bien, oficialmente, pero extraoficialmente esto es un campo de batalla continuo.

Hay acuerdos, pactos y apretones de manos. Comparten los mismos colaboradores externos (yo mismo). A veces deben ceder los unos con respecto a los otros para no coincidir con los contenidos de ese mes. Hoy por ti, mañana por mí. Es una relación tensa. Y en ocasiones una sola chispa puede poner a todo el mundo de uñas. Les separan tres pasos de espacio vacío. Nada más. Las ventosidades se comparten entre todos. Es normal que se produzca alguna trifulca cuando menos se la ve venir.

Esto está llamado a cambiar. Algún día. Una nueva redacción, paredes en lugar de aire. Incluso direcciones diferentes, a poder ser. Pero ahora mismo es lo que hay.

A pesar de eso, en la calle, *Misterios* tiene un tipo de reconocimiento que *Siglo 100* no llega a tener. A muchas personas les gusta creer que la primera es más seria en su política de tratar los temas. Y que la otra es más… fantasiosa, por expresarlo de alguna manera.

Por lo que a mí concierne, es la misma revista con distinto logo de portada. No hay más seriedad en una que en otra. Las dos caen en las mismas fantasías. Y encima tienen el mismo precio e idéntica maquetación.

Llego a la zona de riesgo. Estoy en mitad de las dos mesas enfrentadas. De repente, todo el mundo me mira. Hay un segundo de computación mental que dura una eternidad. Ignoro quién será el primero en abrir el pico.

La única persona en toda esta planta que tiene un despacho para ella sola es Manrique Franzoni, el director de *Siglo 100*. Abre su puerta y viene a abrazarme tan efusivamente como es normal en él. Me arrastra como un arado a su despacho. No sabe por qué estoy aquí, no sabe para qué he venido. Pero le da igual. Me quita de en medio. No me va a dejar hablar con nadie hasta que haya hablado primero con él. Es el más viejo del lugar, eso aún vale algo. Está más loco que ninguno de los presentes y ya no tiene nada ni que perder ni que callar, así que sus embates de senilidad y veteranía furiosa son temidos y evitados. Nadie va a disputarle mis primeras palabras.

En realidad, he venido a hablar con él, expresamente.

Pero eso no lo sabe. Y le importa un bledo. Hablaré con él, me guste o no.

Me gusta.

—Me alegro de verte —digo.

—Y yo de verte a ti, por supuesto. —Se acomoda en su asiento y casi se diría que la silla se traga parte de su cuerpo. Como un insecto que pugnase por salir de una planta carnívora. Aunque Manrique no lucha lo más mínimo. Una silla de escritorio convencional de la maldita Ikea se convierte en un trono cuando él está sentado sobre ella. Las mangas de su americana se retraen casi hasta el codo, dejando que un palmo de la camisa que lleva debajo salga a la luz—. ¿Has decidido volver? Sabía que al final…

—No exactamente.

—No exactamente, ¿por? —me inquiere.

Por fin decido sentarme en la única silla que hay al otro lado de la mesa. Las estanterías están repletas de libros. Algunos colocados a presión en los huecos sobrantes. En el suelo se arrinconan varias columnas con más libros, alcanzando la altura de un pequeño taburete. La mesa es un caos absoluto. No hay ordenador, obviamente. No hay teléfonos móviles a la vista. Buscar un solo enchufe en este despacho puede llevarle al mejor detective del mundo toda una mañana.

No es un despacho tan sumamente pequeño, pero el espacio dedicado a existir para un par de seres humanos aquí dentro equivale a algo más confortable que un armario de casa.

—No creo que esto sea un regreso —le aclaro—. No exactamente.

—¿Te das cuenta de que me has soltado dos «No exactamente» en menos de treinta segundos? Bueno, entonces, ¿qué? ¿Te vas a volver uno de esos renegados, que se unen a la facción escéptica porque se han llevado un desengaño? La vida es desengaño, Isaac.

—Necesitaba tiempo para desintoxicarme de todo esto. Eso creía. He meditado mucho. Sabes que yo nunca descarté la ciencia ni la racionalidad, pensaba que eran

perfectamente compatibles…

Sus cejas se enarcan como si de una marioneta de Jim Henson se tratara. Puedo escuchar los engranajes de su cabeza forzando la maquinaria.

—¿Ahora ya no piensas eso?

—Verás… Ya no sé qué pensar.

—Estás hecho para esto, hijo. Eres el colaborador perfecto. Eres buen investigador. Te metes a fondo en los temas. Y encima… eres especial.

Para un hombre que lleva cincuenta años investigando platillos volantes y conspiraciones gubernamentales de altos vuelos, salirse de este ruedo es algo inadmisible. La peor de las traiciones que se puede cometer. Yo le caía en gracia. Me apreciaba de verdad. Me hizo ofertas, a este lado del pasillo, que en la mesa de enfrente jamás me hubieran hecho. De alguna manera, yo siempre fui ese fichaje que deseó hacer desde el principio y que jamás logró.

Adoro a este hombre. Su autenticidad me desarma por completo.

Por eso me resulta tan insoportable su ingenuidad.

—Verás —empiezo—. Necesito hacer una última cosa antes de despedirme del todo. Después de eso, pasarán dos cosas. Volveré y me implicaré a muerte con estos temas hasta el final de mis días. Seré tu abanderado, si así lo quieres. No volveré a dudar. Será como al principio.

Saco del bolsillo interior de mi chaqueta una caja de Smint y me meto una pastilla en la boca. La onda expansiva del xilitol impacta en mi paladar. Me tomo un par de segundos, antes de continuar.

—¿Y la otra opción? —inquiere Manrique, impaciente.

—Lo otro que puede pasar es, como creo que ocurrirá, que no volveréis a verme por estos lares.

Él niega con la cabeza y aplica un tono de voz condescendiente. El maestro hablando al alumno.

—Mira, Isaac —dice—, yo siempre te he apreciado mucho. Tenías el temple y la visión de aquel que no se deja dominar por el entusiasmo, aunque se alimente de él. Y tenías esa habilidad tuya.

Esa habilidad mía. En realidad, eran muchas habilidades. Todo se podía encuadrar dentro del psiquismo. Manrique hace esfuerzos para no hacerlo brotar abruptamente. Tiene tacto, el viejo. No hay conversación en la que no se hable sobre ello. Todo el maldito mundo tiene que hablar sobre ello.

—El don, ¿no?

—Sí —responde él, como si fuera lo más evidente del mundo.

—No era ningún don. Puede que no fuera nada de nada.

Detesto la palabra médium. La odio con todo mi ser. Cuando la gente dice esa palabra, el oxígeno deja de llegarme, tengo un empacho de Chernóbil, de Hiroshima y del asteroide que se cargó a los dinosaurios. No voy a dejar que acabe de decir la palabra, si es que empieza a pronunciarla.

—¿Vas a decirme que no eres sensitivo?

Bien. Mucho mejor. Sensitivo es, con mucho, mejor palabra. Es como decirlo, pero, en fin, sin decirlo.

—No creo que nunca lo fuera.

—Fuiste mucho más —dice él—. Eras un psíquico mayúsculo. Lo tuyo iba más allá de ver espíritus, sentías cosas, leías la mente de la gente, hacías viajes astrales, por Dios, tú eras… —Se le van a salir las cejas de la frente. Me enseña las palmas de sus manos. No da crédito a lo que estoy diciéndole—. No me vas a decir que fingiste, ¿verdad?

—Yo no fingí nada, pero a lo largo de mi vida he visto a mucha gente que veía y oía cosas que no estaban realmente allí. Solo en su imaginación. No mentían, no eran unos farsantes. Pero sus visiones no eran reales. Solo eso. Quizás eso me sucedía a mí. Una mala pasada de mi mente.

Manrique se encorva un poco más y casi apoya el pecho sobre la superficie de la mesa. A veces me pregunto si realmente está vertebrado o si se desparramará sobre la mesa como una larva gigante que lleva esa vieja cara pegada en su principal extremidad.

—No puedes hablar en serio. Yo mismo te he visto dialogar con personas que nos habían dejado hacía tiempo. Te dieron datos que nadie podía saber. Presentiste cosas imposibles de imaginar. Yo he visto tus habilidades. La forma en que usabas tu mente. ¿Y ahora pretendes decirme que nunca fuiste sensitivo, que te lo inventaste todo? ¿Y qué me dices de todos esos trucos telepáticos? —Ladea la cabeza, como un perrito extrañándose por algo—. Es por lo de tu padre, ¿verdad?

Me tengo que esforzar para echar el freno. No conviene descarrilar tan pronto. Si he venido aquí ha sido por algo. No puedo fastidiarlo por un arrebato de orgullo. No obstante, él no debería haber dicho eso. Citar a mi padre implica que mi sistema nervioso colapse. El tabú definitivo. Todo el mundo sabe que no hablo de mi padre. He venido para obtener información. Me concentro en eso; siempre es mejor seguirle la corriente a Manrique si quieres sacar algo de él.

No ha pasado nada. Debo ignorar eso último que ha dicho. Ya está. Fácil. Buen regate.

Intento aplicar un tono de voz sereno y tranquilo.

—No, Manrique. No estoy diciendo que me lo inventara todo. Estoy planteándomelo. Nada más. El beneficio de la duda. Debería hacerlo más gente en este mundillo. Y ahora mismo no me viene nada bien creer. Lo que necesito es saber. Saber con certeza. Sin aproximaciones. Me hacen falta pruebas. No sé qué he estado viendo o creyendo oír durante todos estos años. No sé con quién contacté… No sé. Y necesito aclarar esas dudas.

—¿Por qué has venido aquí? No creo que busques consejo. No el mío, supongo. Te encantaba escucharme, pero ignoro si alguna vez te tomabas en serio mis afirmaciones.

Me allana el camino. Me resulta extraño haber llegado hasta aquí. En un principio pensé que habría mucho que hablar sobre lo que se ha hecho o dejado de hacer durante todo este tiempo. Sigues con Cosette o no, en qué andas

metido ahora y algo más del tipo preámbulo protocolario típico, antes de entrar en el quid de la cuestión.

Pues bien, es el quid de la cuestión. Estamos en esa fase.

—Quiero que me digas —le comento— cuál es en este momento la casa más encantada que conoces. El sitio más caliente parapsicológicamente hablando. —Me concedo un par de segundos para masticar la pastilla que hay en mi boca y tragármela de una vez—. Y en cuanto me digas la dirección, voy a ir a desafiar al más allá.

Una verdad inmutable de la investigación de casas encantadas es que el investigador siempre llega o demasiado tarde o demasiado temprano. En innumerables ocasiones, los parapsicólogos de turno aparecen en la casa convenida con las mejores intenciones, y la familia que está sufriendo el calvario de la infestación, o podemos llamarlo *poltergeist*, o como nos plazca, se alegra de la presencia de los investigadores. Les recibe. Les pone al corriente. Les indica cuáles son las habitaciones de la casa donde los sucesos sin explicación aparente son más frecuentes. Y cuando las indagaciones serias comienzan… simplemente no ocurre nada. Pero a veces los fenómenos extraños tardan en producirse. Por lo que hay que tener paciencia. Y, muchas veces, sigue sin ocurrir nada. El tiempo transcurre entre una tranquilidad decepcionante y media docena de sudokus. Y finalmente hay que dar las pesquisas por terminadas ese día y despedirse para una sesión posterior, en fechas que vengan bien a todo el mundo.

Muy a menudo, los móviles de los investigadores suenan cuando están regresando en coche hacia sus casas. «Está volviendo a pasar, la casa entera parece endemoniada.» Es como si la causa de origen paranormal estuviera aguardando a que los extraños se marchen del lugar para volver a hostigar a la familia que allí vive.

A cualquier teórico de estos temas se le pueden ocurrir varias hipótesis que justifiquen esta índole de situaciones.

Pocos de ellos argüirán que es la propia familia (o algún miembro de la misma) quien está orquestando esta fenomenología, con fines diversos en cada caso.

También es cierto que, siempre amparándonos en las hipótesis más extendidas, en los ejemplos más destacables de sitios supuestamente encantados, los sucesos extraños no son constantes e incansables, sino que son fortuitos e impredecibles, y los bucles de tiempo entre uno y otro no son computables con facilidad.

Aunque a veces hay lugares calientes. Casas encantadísimas que te reciben con opresión, te mandan señales violentas e inequívocamente paranormales para que te marches de allí en el acto y te declaran la guerra si persistes en tu empeño. Trampas mortales. Lugares vivos. Y muy agresivos.

Yo jamás he conocido ninguno. Y aquellos que me han hablado de sitios semejantes no son fuentes fiables.

Manrique Franzoni me ha dado la dirección de una casa que cumple con estas insólitas descripciones. Ya tiene a alguien trabajando en el caso. Precisamente mi buen amigo César Baggio, a quien me muero por volver a ver. Lleva poco tiempo, al parecer, investigando en la casa, pero ha hablado lo suficiente con los miembros de la familia para hacerse una composición de lugar.

Debo trasladarme hasta un pueblecito burgalés llamado Quintana de Escalote. Un lugar tranquilo y apartado, con una panadería y un bar. La gasolinera que hay a la salida del pueblo es casi el supermercado de todos los vecinos. Si quieres comprarte unos pantalones de marca o una consola de videojuegos, tienes que subirte en tu coche y conducir durante veinticinco kilómetros para llegar a alguna población con un poco de todo. Este es un sitio nada recomendable para sufrir una situación de emergencia en un invierno cerrado.

César está hospedado en una casa rural a unos diez o doce minutos de distancia en vehículo. Un salón con chimenea y cocina americana, un baño, dos dormitorios, uno de ellos de matrimonio. Como cabe prever, mucha

madera, ambiente rústico confortable, una señal de wifi lamentable y al menos una araña en cada rincón. La típica casa rural, que no es tan rural al fin y al cabo, pero que dista de ser una casa moderna de ciudad.

Él está en el porche, tomándose un café y fumando tranquilamente, cuando le aparco el coche lo peor que puedo y toco el claxon durante casi diez segundos solo para incordiar.

Se levanta para recibirme con unos cuantos kilitos de más acumulados en la tripa y las caderas. Todavía tiene bastante pelo, aunque ya empieza a peinar desafiantes mechones de canas.

En cuanto salgo del coche le doy un abrazo.

—No podía creérmelo —dice— cuando me llamó Manrique para decirme que el gran Isaac Zarco iba a venir a apoyarme en esta investigación. Me dije: «Pero eso no puede ser, Isaac se ha pasado al bando enemigo».

—No es verdad. No vengo a apoyarte en la investigación. Solo vengo como observador, ¿de acuerdo?

—¿Eso es lo que vas a negar? ¿No vas a decir nada sobre pasarte al lado enemigo?

—Bueno —sonrío—, es posible que eso sea cierto.

Me vuelve a dar otro abrazo y me insulta con todo el cariño del mundo. Todavía tiene el cigarrillo en la mano. Tengo que frotar el hombro de mi chaqueta para quitarme restos de ceniza.

—Nunca podrás dejarlo, ¿verdad?

—Claro que no, recuerda la clase de escoria que represento. El ejemplo perfecto de la peor persona posible. Soy varón, caucásico, heterosexual, católico, por mis convicciones políticas grises soy un facha rojo y, para colmo, fumo.

—Los clavos te los dejo baratos. La cruz la tienes que poner tú.

Me rodea los hombros con el brazo y me conduce al interior de la casa, aunque se está mejor fuera a esta hora del día. En cuanto deje mi bolsa de deportes, el único equipaje que llevo, saldremos de nuevo al porche a

relajarnos un poco. Es el plan. Supongo que él estará de acuerdo.

—No está mal este antro —dice—. La calefacción es potente, lo que va a venirnos bien por las noches. Pero la nevera no enfría mucho que se diga. La cerveza se templa enseguida. ¿Te apetece una?

—Me apetece.

Sondeo el lugar y me hago a él enseguida. Husmeo en el baño y en los cajones del que, he asumido rápidamente, será mi dormitorio. Aquí podríamos pasar unos días cómodamente hasta cuatro personas. Cinco si se presta la circunstancia de compartir la cama de matrimonio. En su momento, *Siglo 100* me alojaba en los cubiles para hienas más repugnantes que se podían encontrar por la zona. No va tan mal la cosa en el sector de las revistas de cosas raras, a fin de cuentas.

—Aquí tienes —César me pone una lata de cincuenta centilitros de cerveza en la mano—. Si dejamos la puerta abierta diez segundos, la casa se llena de moscas. Y no hablo de moscas tontitas que van a lo suyo y te dejan en paz la mayor parte del tiempo. Estas están necesitadas de atención, reclaman tus manotazos con absoluta entrega. Parecen moscas de Twitter, o algo así.

—Pues yo no me quejaría tanto. Debes de ser el sobrino secreto de Manrique para que te pague esto sin rechistar.

—Sí rechista, sí. Pero esta vez no había nada más cerca del lugar del caso. Y mi Cherokee no está para muchos trotes. Si hubiera habido un agujero en el que alojarme en el mismo pueblo donde están pasando las cosas, allí estaría metido. —Se pone a mover el pie, como siguiendo el paso de alguna canción con bastante ritmo. No parece simple nerviosismo, pero lo es—. ¿Qué tal estás? ¿Bien?

—¿En cuanto a qué?

—En cuanto a ti.

—Ese espectro es demasiado amplio.

—Cuando he hablado por teléfono con Manrique me ha dicho que estás atravesando un ciclo de crisis de fe. Está

bien, eso puede sucederle a cualquiera. Yo mismo he tenido crisis. Crisis de identidad, crisis de etiqueta social en la que encasillarme, crisis de esto, crisis de eso otro, no viene mal de vez en cuando. Recomendaría más crisis a la gente. Para no acomodarse mucho, ¿sabes? No es bueno dejar de estar alerta.

Una pausa de varios segundos. Salimos de nuevo al porche. Miramos al frente aguardando el mejor momento para proseguir.

—Imagínate que un buen día —empiezo a decir— Clark Kent sale de la cabina telefónica y solo ha logrado aflojarse la corbata. El traje aún sigue oculto y no puede volar. Ni hacer nada.

—Vale, si fuera yo, entraría en crisis. ¿Es eso lo que me estás diciendo, que ya no eres el maldito Isaac Zarco, *el Investigador Sensitivo*?

—A lo mejor se me ha ido la mano con el símil.

—Ah, prefiero eso a los que se comparan con Cristo. Aunque, sí, pensándolo bien, lo de Superman ha sido tope exagerado. En fin, tío, no me refería a eso. Quería saber si estás bien a grandes rasgos.

—No sé qué decirte.

Me mira con las cejas enarcadas y la frente muy arrugada.

—No has vuelto con ella. ¿No?

—No.

Se encoge de hombros.

—De acuerdo. —Apura su bebida y la deja sobre el alféizar de una ventana que tiene a mano—. Y según parece, estás aquí para encontrarte con el misterio o decirle adiós. ¡Se suben las apuestas!

—Sí. Todo o nada.

César se muerde el labio inferior y sofoca una risa nerviosa.

—Pareces nuevo, socio —dice—. Ya deberías saber que no funciona así. El misterio nunca aparece cuando lo buscas. Aparece cuando le da la gana a él.

Un trago de mi cerveza, de momento aún fría, y un

chasquear de lengua.

—Podríamos meternos ya en harina —propongo—, ¿qué ocurre en esa casa?

César se rasca el lóbulo de la oreja y procura elegir bien las palabras.

Parece que le está costando más esfuerzo del que podría pensarse.

—Verás… Es cierto que la grabadora me desapareció en un momento determinado y luego apareció en otro sitio. Te garantizo que eso fue extraño. No fue un despiste mío, te lo prometo. Y hay un ambiente enrarecido en la casa desde que entras, y que te hace sentir… como si te observaran. Solo he tenido una sesión completa de vigilancia, y sí, hubo golpes en mitad de la noche. En el primer barrido fotográfico de cada una de las habitaciones no apareció nada fuera de lo común. Más allá de lo… particular de la propia casa. Y la grabadora no recogió ninguna incursión en audio. Ya sabes. Ninguna voz ni nada.

—¿A qué te refieres con eso de «lo particular de la propia casa»?

—Ah, sí, la casa te va a encantar. Te lo digo desde ahora mismo. Entrarás y me dirás: «César, este puto sitio me chifla».

Me río un poco y le miro directamente a los ojos. Si espera que sepa de qué está hablando, se equivoca de plano.

Él me mira y se coloca un nuevo cigarrillo en los labios. Está buscando la mejor manera de decirme algo. ¿Pero qué? Reprime una carcajada y niega con la cabeza.

—La familia es muy cristiana. Muy cristiana, Isaac. Hay imágenes religiosas por todas partes. De la Virgen, del niño Jesús en el pesebre, estatuas antiguas muy mal cuidadas. Cruces por todas partes. Y cuadros. Cuadros retro horripilantes de Cristo y de María. Con ese tipo de expresiones que a ti tanto te gustan. Ya verás. Te enseñaré luego el disco duro de la cámara. Es mejor que lo veas en fotografía antes de presentarte allí. —Se vuelve para encararme directamente, hasta que nuestras narices casi se

llegan a juntar—. Pero no temas, yo te protegeré.

Y empieza a reírse. De esa manera que clama a gritos un puñetazo en el ojo.

—Vale ya.

Pero sigue burlándose de mí, y yo se lo permito, hasta que se cansa.

Me conoce demasiado bien. No tengo ningún problema con la religión, pero tengo un trauma con los cristos crucificados. Algunas personas odian a los payasos. Se diría que es un miedo que está incluso de moda. Yo nunca lo he entendido. No es que me hicieran gracia cuando era un crío, nunca fui de esos niños que pedían a sus padres que les llevaran al circo, pero de ahí a odiar a los payasos o que te asusten hay un trecho que yo no puedo atravesar. ¿Realmente puedes ver una imagen o un vídeo de Charlie Rivel y decir que te da miedo? No logro comprenderlo.

Si estás en la cama en plena madrugada, oyes un ruido, sientes una presión en los pies y te incorporas solo para encontrarte con un payaso demoníaco que está encorvado a los pies de tu cama, es lógico que esa visión te espeluzne. Pero también lo haría un barrendero con su escobón o un *maître* con su carta de vinos. Esa gente no tiene por qué estar a los pies de tu cama a las tres y media de la madrugada. Pero si resulta que están ahí, te van a dar el mismo miedo que un payaso. ¿Por qué un payaso asesino iba a ser peor que un botones de hotel asesino? Es la palabra asesino la que debería asustar. Un payaso sin intenciones homicidas no debería darle miedo a nadie. Aunque ocurre.

Bien, a mí los payasos me dan igual, pero no puedo soportar los crucifijos. Si son cruces sin más, no pasa nada de nada, pero si hay un nazareno allí clavado, la cosa cambia.

—Sobre las nueve de la noche pienso volver a la casa —continúa César—. Me esperan para otra sesión de investigación. Si me acompañas podrás verlo todo tú mismo.

No puedo quitarme esas imágenes de la cabeza. Rostros

de un pobre judío de Galilea que intentaba cambiar su entorno y terminó su trayectoria en una cruz romana. Su cara ensangrentada, la corona de espinas, pero, sobre todo, sus ojos abiertos con expresión lastimera.

Todo se remonta a mi niñez, cuando mi familia iba siempre a la misma iglesia de barrio marginal de la capital. Siempre los mismos feligreses. Siempre el mismo cura. Allí no había sesión numerada, los asientos no tenían escrito el nombre de nadie, pero todo el mundo elegía en cada misa el mismo lugar para sentarse. Mi madre me llevaba hasta la primera fila y se escoraba un poco hacia la derecha. Cristo quedaba a solo unos pasos de donde estábamos. Su rostro caído en nuestra dirección, y yo justo al final de su mirada. Él me miraba a mí. Directamente. Solo un asiento más a la izquierda o a la derecha, mucho mejor si fuera en la segunda fila, y ya estaría mirando a otro. Pero no. Siempre me observaba. Indiferentemente del tema de la misa, Jesús no apartaba sus ojos de mí.

He podido ver auténticas obras maestras de la escultura en ciertas iglesias y catedrales. Un Cristo en condiciones, realista y de proporciones exactas. Pero el crucificado de la iglesia de mi niñez tenía la madera ya cuarteada, ennegrecida. Su expresión era espantosa. No era un Cristo apesadumbrado, sino uno enfurecido. De brazos demasiado cortos en proporción al resto del cuerpo. Con cabellos de serpientes negras, casi daba la sensación de estar quemado. La herida del costado parecía una boca succionadora, peligrosa, que podría apresarle la mano al apóstol Tomás por tocar donde no debía.

Ese Cristo me odiaba.

Pero no fue lo peor. Una mañana de domingo entramos en la iglesia mi madre y yo… y en la cruz no había nadie. Ningún nazareno allí. Un par de noches antes de aquella misa, el Cristo se desclavó de la cruz por la parte de su mano izquierda y de sus pies unidos. El párroco se encontró la figura del Hijo de Dios colgando entera del madero por su mano derecha. Una imagen perturbadora. Quiso pedir ayuda para despegar del todo la figura humana y así volver

a clavarla en la cruz. Pero el desgaste de la figura (podría tener perfectamente doscientos cincuenta años) no soportó todo el peso y terminó por romperse a la altura de la muñeca. Cuando cayó al suelo se desmembró en cinco pedazos. No había opción de restauración, así que unos meses después pusieron una imagen nueva. Nueva cruz, nuevo Cristo; mejor esculpido, con un toque realista. Ya no era espeluznante. Un poco más pequeño, lo que generó protestas entre los feligreses habituales, pero se acabaron acostumbrando.

Y lo más importante, ahora su mirada ya no coincidía con la mía.

Pero el daño estaba hecho. Durante los meses en que únicamente había una cruz sobre el altar, ese Cristo me andaba buscando a escondidas en mi imaginación. Se parapetaba tras las columnas de la iglesia, aguardando a que me quedara completamente solo para apresarme, con quién sabe qué intenciones. ¿Quién podía decirle a ese niño que yo era entonces que mis pesadillas no tenían ninguna lógica? Nadie. Porque yo no compartía mis inquietudes con ningún adulto, y los pocos niños a los que les conté mis desasosiegos se rieron de mis ocurrencias. Ellos preferían temer a los malditos payasos.

Y en mis sueños un Cristo sin mano derecha, con su cuerpo de cuatro metros renegrido y su cara diabólica, caminaba por las calles del barrio a altas horas de la madrugada procurando adivinar dónde vivía yo. Un Cristo que se asomaba a las ventanas y miraba en el interior.

No pararía hasta encontrarme.

—¿Te pasa algo, Isaac?

—No. Estaba rememorando mi infancia.

—Aún no te he dicho lo peor.

No puede haber nada peor que un montón de cristos en miniatura en una casa-templo de unos fanáticos enfermizos que, además, aseguran que están sufriendo un *poltergeist*.

—¿Qué es lo peor? ¿Cocinan cristal?

César se aclara la voz y lo suelta sin miedo.

—Tienen una capilla en casa. Ya sabes, una capilla. La

abuela murió hace ya nueve años pero, antes de hacerlo, no podía desplazarse hasta la iglesia por sus propios medios. Ni siquiera con medios ajenos. Así que gastó el dinero de la herencia de su hija para que le construyeran una capilla en la casa. El cura del pueblo la bendijo, y se llevaba una propinilla importante todos los meses por ir los domingos a dar una misa personalizada en esa capilla para la pobre anciana. El tipo terminaba en la iglesia y daba una segunda misa en esa casa a la que ahora vamos a ir.

—¿Y qué pasa con la capilla?

—La imagen de la capilla es una Virgen con el niño Jesús en sus brazos. En su día sería una escultura blanca preciosa, quiero creer.

—Pero ahora está negra.

—En efecto. Suele ocurrir. Solo se ha vuelto negra la cabeza de ella y parte del cuello. Y el niño, entero. Con una restauración se soluciona el problema, pero por alguna razón que no logro comprender hay gente en el mundo que prefiere tener esos horrores en casa y quedarse tan tranquila.

—Genial.

Le doy el último trago a la lata y me abrocho la chaqueta. Empieza a hacer frío aquí. Estamos en el campo. Una legión de insectos nuevos está presta para sustituir a los diurnos. Mosquitos por moscas. El encanto rural.

—Fue allí donde encontré mi grabadora desaparecida —sentencia César.

—Y tú no la dejaste allí.

—Procuro evitar la capilla toda costa.

—Es el foco de los sucesos.

—No. Los ruidos, las sensaciones, parecen producirse en toda la casa.

—Manrique me habló del lugar más caliente que se puede encontrar en estas fechas.

—La familia cuenta cosas mucho más espectaculares. Muebles pesados que se trasladan de sitio, sombras que se mueven y atraviesan las paredes, susurros al final del pasillo. Yo no he visto nada de eso. Pero como te he dicho,

casi acabo de llegar.

—¿Te fías de esa gente?

—No sé si está pasando algo en ese lugar. Algo de corte paranormal. Pero te puedo asegurar que esas personas no mienten.

La vibración del móvil en el bolsillo trasero del pantalón me anuncia que he recibido un mensaje de WhatsApp.

—Ya veremos.

Es Cosette. Me responde al mensaje que yo le mandé ayer.

Que le mandó ayer la botella de Jameson.

«Eres basura. Hasta nunca.»

Posiblemente me haya bloqueado, pero para verificarlo tendría que volver a escribirle. Ahora mismo no puedo permitirme eso.

—Oye, Isaac —César se lleva la mano a la nuca y frunce el ceño—. Si no quieres… En fin, hacerme el favor, no pasa nada.

—Suéltalo.

—Podrías, en cuanto lleguemos allí, ¿concentrarte? Ya sabes, activar el modo médium, por decirlo así.

—Sabes que no me gusta esa palabra.

—Sí, pero a mí me encanta esa palabra. Puedes no usarla si quieres. Es tu léxico, haces con él lo que te plazca. Pero yo seguiré diciendo médium, porque, ¿sabes qué? Yo sé que lo eres. Y mucho más. No sé cómo llamarte para definir lo otro.

—Estás muy seguro. Y no deberías estarlo. Yo mismo no lo tengo nada claro.

—¡Psíquico! Psíquico es mucho mejor. Más amplio. Engloba todo lo que tú puedes hacer.

—Tampoco me gusta.

—Psíquico es un palabrón. Me encanta psíquico.

—Preferiría que no la usaras.

César es un tío formidable. Siempre hemos hecho buenas migas. Fue la primera persona a quien llamé para que me echara una mano cuando conseguí ese programa en

Radio Mina. En realidad era solo una parroquia que tenía una emisora de radio FM en la localidad de Mina del Manzanares, en las afueras de Madrid. Apenas una habitación para cuatro personas, pero su potencia de onda era incomprensiblemente grande. Se nos escuchaba en casi toda la comunidad. Nunca lo entendí, pero así era. *Tras el velo*. De once de la noche a una de la madrugada, todos los jueves y viernes. Las emisiones se subían luego a internet y nos daban un promedio de cinco mil a siete mil descargas por programa a la semana. No era ninguna maravilla, pero no estaba nada mal. Aitor Sender, cuando tenía su mítico programa de radio en la Cadena Cumbre, rebasaba los doscientos mil oyentes en directo y en torno a ciento cincuenta mil descargas solo en iTunes.

Era otra división.

Pero entonces este mundillo era mágico para mí. Y César Baggio era el colaborador inseparable de Isaac Zarco, director del programa. Fueron tres años irrepetibles. Radio íntima y hecha desde el corazón. El único combustible era nuestra pasión por estos temas. No cobrábamos nada. No nos hacía falta. Hubiéramos incluso pagado nosotros el espacio para poder seguir llevándolo a cabo.

Un buen día el párroco se jubiló y estaba dispuesto a venderle su emisora privada al ayuntamiento de Mina del Manzanares. Pero estos no quisieron pagarle y todo se acabó. Adiós a nuestro programa. Luchamos por mantenerlo, pero no hubo manera. Quisimos perdurar en formato pódcast, grabando desde casa con un equipo que nos compramos para la ocasión. Pero no funcionó. Con nosotros, no.

Tras aquello nos distanciamos un poco. Él se puso a colaborar en el programa *La flor de lis* y yo pasé a formar parte de la plantilla de *Siglo 100*. Pero hacíamos esfuerzos por vernos cada cierto tiempo. Coincidir.

Para él, yo soy el tipo más útil que ha dado el misterio de este país. Divulgador capaz, investigador serio, y encima médium, telépata y soñador astral. No puedo tocar un objeto y acceder a su memoria residual, lo que se denomina

psicometría, ni puedo mover materia con la mente, lo que se llama telequinesis, y, que yo sepa, tampoco sano mediante la imposición de manos ni veo el futuro… Muchos poderes extrasensoriales me son ajenos. Pese a esto, no está nada mal. Si alguien da asco por ser un repipi perfecto, debo de ser yo. Y encima, en lugar de dar asco, molo bastante. O todo esto es lo que piensa César.

—Psíquico —insiste César. Paladea la palabra—. Suena a *riff* de guitarra. ¿No? Es casi como…

—Ya no lo tengo, César. No tengo el don. No soy capaz de hacer nada de todo lo que hacía.

—No.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Puedo concentrarme, si quieres. Pero no puedo prometerte que funcionará. Por eso estoy aquí, en realidad. Necesito comprobar que tengo esa habilidad, que siempre la he tenido. O lo contrario. Que no la tengo, que nunca la tuve.

Mi amigo asiente y se frota el mentón. Para él todo lo que yo haga estará bien. Si puede ayudar, ayudará. Qué menos que devolverle el favor si es posible, por mi parte.

—Muy bien —dice—. Tú ven conmigo a esa casa, Isaac. No está tan encantada como Manrique piensa. Si es que eso es lo que ocurre allí. Y cuando lo creas conveniente, te concentras. Tratas de… percibir o lo que sea que hacías antes. A mí es que me gusta eso del modo médium. O psíquico. Pues eso, llega la hora y lo activas, ¿vale? Modo psíquico *ON*.

—Tú ganas. Modo psíquico. —Mierda.

—*ON*.

—Claro.

El viaje en coche hasta la casa es tan llevadero como solía serlo en tiempos pretéritos. Resurgen viejos recuerdos, chismorreos nuevos y críticas encarnizadas de amigos y no tan amigos. Dentro de su Jeep Grand Cherokee es más fácil conectar con aquella época. La cantidad de kilómetros que recorrimos los dos en este mismo vehículo es incontable.

Incluso alguna noche cerrada nos vimos obligados a dormir en él. No soy de los que dicen que cualquier tiempo pasado fue mejor, porque realmente no lo creo. Pero no puedo evitar ponerme nostálgico con algunas cosas.

—¿Y ahora en qué trabajas? —me pregunta César—. ¿Cómo se gana la vida un divulgador de estos temas que no divulga estos temas?

—Cobrando el paro y echando mano de ciertos ahorros. Dentro de unos meses tendré que meterme en algo. Para entonces, debo haberme aclarado.

—Una búsqueda del yo. ¿Es eso lo que estás haciendo ahora?

A través de la ventanilla la noche es tan cerrada que parece mucho más tarde de lo que realmente es. Quizá sea un reflejo fiel de lo que es mi vida en este instante.

—Podríamos llamarlo así.

—Todo el mundo sufre etapas de falta de fe. Cuando se trata de fe en uno mismo, es más sencillo que si tienes que ir pidiéndole señales a una fuerza exógena.

Carreteras comarcales en noches cerradas. Son los mejores lugares del mundo para encontrarse con lo sobrenatural. Autoestopistas atractivas que subes al vehículo y que, desde el asiento trasero, te recomiendan frenar en cierta curva porque allí se mataron. Figuras de altura imposible sitas en mitad de la calzada, que contemplan cómo estás a punto de arrollarles para desaparecer en el último instante. Personas extrañas caminando por el arcén.

O simplemente una liebre que pretende cruzar al otro lado en el peor momento posible.

Me doy cuenta de que César intenta evitar cualquier tipo de conversación relacionada con mi padre. Le habrán advertido al respecto. Me imagino que entre susurros ahora todo el mundo habla de mí, de esa crisis existencial que piensan que estoy atravesando. Y por supuesto, mi tema tabú. «No le hables de su padre; no le gusta.» Manrique Franzoni ha debido de poner al corriente a todo el mundo.

Mi padre se codeó con muchas de las grandes vacas

sagradas del medio. Era alguien respetado. Una institución. No es fácil estar conmigo y mantener su nombre al margen de toda conversación. Son demasiados recuerdos.

—Él te apreciaba mucho, César —acabo diciendo.

César mantiene la vista al frente. Conduciendo con tranquilidad, como si no hubiera escuchado esto último. Por delante de nosotros la negrura es tan absoluta como si la línea discontinua que alumbran los faros nos dirigiera directamente al horizonte de sucesos de un agujero negro.

El motor del vehículo, hasta ahora inapreciable, se vuelve ensordecedor. Mientras el universo aguanta la respiración, la voz anodina e insípida del navegador GPS decide romper oportunamente el silencio.

«En. Ciento. Cincuenta. Metros. Ha llegado a su destino.»

Quintana de Escalote es un pueblo todavía más minúsculo que la idea que me había formado de él. El núcleo urbano alargado se recorre por un camino asfaltado donde difícilmente dos coches pueden cruzarse sin que los retrovisores sufran las consecuencias. Destacan unas cuantas casonas blasonadas de dos o tres plantas, típicas de la zona, y las casas particulares con patio interior y jardín cercado opuesto a la fachada que da cara a la avenida principal.

Un par de perros esqueléticos deciden cruzar la calle justo cuando vamos a pasar, casi como pidiendo a ladridos un atropello casual. César va a velocidad de tortuga por las angostas calles, alerta ante todo tipo de imprevistos.

Un par de rostros ancianos nos siguen con la mirada. Todo esto me levanta el estado de ánimo.

—Bienvenidos a Mordor.

César chasquea la lengua y niega con la cabeza.

—¿Vas a comportarte, Isaac? Dime que vas a comportarte.

—Lo haré.

—Prométemelo.

—Te prometo que me comportaré.

—Y, sobre todo, no me vas a avergonzar delante de

esta familia.

—Estás hablando con el tipo más serio del mundo. Ese soy yo.

—No es verdad.

—Atención, anciana tenebrosa con velo a las tres en punto. Acción evasiva.

—Isaac, tío.

—Pero ¿la has visto? Seguro que viene directamente del cementerio. Ha debido de hacer una buena recolección de huesos y dientes. Lo imaginas, ¿verdad? El caldero ya lleva humeante un buen rato. Sus cuatros maridos putrefactos aguardando dentro del armario, cada uno tendrá su turno de resurrección correspondiente.

César aparca el todoterreno muy cerca de la casa consistorial, situada en el centro del poblado. La iglesia está justo enfrente. No creo que haya mucho más que ver, aparte de momias egipcias andantes y perros suicidas parsimoniosos.

César pone el freno de mano y sale por la puerta del conductor.

—Los dientes también son huesos —dice.

Abre la puerta de la parte trasera y echa mano de una bandolera colocada sobre el asiento. Se pasa la correa por el hombro y me señala la casa.

—Vamos.

—¿No has traído el equipo?

—Es pronto para traer toda la parafernalia. —César mete un pulgar entre la correa que le cruza el pecho y su cazadora vaquera con interior de borrego—. Aquí llevo la cámara y una grabadora. Suficiente.

En el terreno de la investigación paranormal había auténtica fascinación por los detectores de movimiento y otros aparatitos con alarmas estruendosas. Ninguna investigación que se prestara podía contar con menos de media docena de cámaras fotográficas hipersensibles y con disparador automático conectado al sensor de temperatura correspondiente. Ante una bajada de temperatura imprevista se hacía un barrido fotográfico de toda una zona

desde diferentes ángulos.

Otras veces, bastaba con una grabadora y una buena cámara.

—Déjame adivinar —me da por comentar mientras caminamos hasta la puerta de la casa. Una casa baja con barrotes en las ventanas que dan a la calle y una terraza en el piso superior lleno de plantas—, has traído la Canon Mark IV.

—Me da miedo lo mucho que me conoces.

—Objetivo 24-70 mm.

—Excesivo para lo que vamos a hacer aquí, pero sí. Tengo que hacer otro millón de fotografías para que empiece a rentarme la inversión.

—Y la grabadora será la Tascam DR-100 MK3.

—No.

—Y un cuerno que no.

—De acuerdo, sí. Pero los dientes son huesos, ¿vale?

—Esa espantosa vieja del velo no tenía ninguno propio.

—Joder, Isaac, de verdad. Me prometiste portarte bien.

Llama al timbre de la puerta. Dos veces.

—Visualiza en tu mente a esa anciana comiendo un Magnum almendrado. Incapaz de romper el cascarón de chocolate con los labios arrugados y las encías haciendo presión por dentro.

Se oye ruido al otro lado de la puerta. Unos pasos se aproximan. Yo continúo poniendo a prueba a mi amigo.

—Tiene que usar mucho la lengua para debilitar la capa crujiente del helado. Y después absorberá el interior como si fuera un cuenco de sopa.

César se recompone para no partirse de risa.

Nos abre la puerta un hombre alto con camisa a rayas rosas y blancas. Horrible. Su peinado con crencha a un lado le hace parecer mucho mayor de lo que seguramente es.

—Hola —dice, pero el saludo está dedicado por entero a César. A mí me mira con cierto recelo—. Hola —dice mirándome, mucho más bajo.

César trata de explicarse.

—Él es Isaac Zarco, será mi asistente en las siguientes

sesiones de investigación. Es —me lanza una mirada significativa— un investigador muy serio y responsable. Isaac, te presento al señor Freira.

Le ofrezco mi mano. Apretón firme, pero sin intención de ahogar. Un apretón desafío es casi tan malo como un apretón lánguido. Detesto tanto la poca personalidad como el exceso de la misma.

Acaba de ganar dos puntos. No está mal.

—Puede llamarme Óscar —dice.

—Encantado.

Nos invita a entrar en la casa. Los hemos pillado cenando. La mujer se levanta con tranquilidad y expresión un tanto molesta, aunque trata de disimularlo. No hemos podido ser menos oportunos con la hora.

—Sigan con lo suyo —interviene César, enseñando las palmas de las manos—. Sigan, por favor. Terminen de cenar. Si quieren, yo voy enseñando la casa a mi compañero. Isaac, Estefanía.

—Encantado, no hace falta que se levante. Continúe, se lo ruego.

La niña me observa con detenimiento. Unos doce años. Después de un estudio visual detallado, se gira un tanto para seguir mirando la televisión. Un noticiario típico que ya se ha quitado de encima las noticias más espinosas y está a punto de entrar en el segmento cultural.

La madre no es capaz de sostenerme la mirada.

—No esperaba que viniera tan pronto. Habíamos quedado dentro de —consulta su reloj Casio de cinco euros —, bueno, aún quedan diez minutos.

César le pone una mano en el hombro. Ya ha llegado a ese grado de confianza, al menos con el padre de familia. Una mano en el hombro. Lo siguiente será ofrecerle una cerveza o un café, porque está claro que si no nos han invitado a sentarnos a la mesa, es que no hay cena para cinco.

—¿Una cerveza?

No falla.

—Hombre —César me consulta lo apropiado de la

situación con una mirada—, yo no diría que no.

—¿Y usted, Elías?

—Isaac. Y sí, me apetece.

—Isaac, lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Entonces, dos cervezas, ¿no?

—Pero solo si no es molestia.

—No, qué va. Para nada. Ahora mismo se las traigo. Además, me apetece una. Solemos cenar con agua. En fin, supongo que no estará de más que me tome una. Solo será una cerveza, Estefanía. Para acompañarles a ellos. Vosotras seguid. Yo creo que ya he terminado.

Se está dejando la mitad de un filete empanado y casi toda la guarnición de patatas. No ha terminado en absoluto una cena, por otro lado, perfectamente perjudicial para la salud.

—Puede terminar de cenar si quiere, Óscar —decido intervenir, en algún momento me tengo que poner al frente de todo esto—, ya me enseña César el resto de la casa. ¿Verdad?

—Sí, puedo mostrársela yo mientras ustedes terminan de…

—No es molestia, en serio.

Óscar Freira tarda solo unos segundos en quitarle la chapa a tres botellines de San Miguel y sumarse a nuestra expedición. Nos coloca la bebida directamente en la mano y hace un gesto en dirección al pasillo donde se abre la casa.

—Adelante.

Mi lectura en frío de la escena no puede ser menos sorprendente. La televisión no está situada en el punto óptimo para su observación desde la mesa donde se come. Obliga a los comensales a volver la cabeza entre un tanto y bastante, así que las comidas se convierten en una competición por ver quién termina primero y se levanta para acomodarse en el sofá, auténtico centro neural de la estancia, donde la televisión puede verse con comodidad. Dos de las cinco bombillas de la lámpara están fundidas. Esta familia está a otras cosas, tan absorta en ellas que la

sustitución de bombillas fundidas es una minucia. O quizás es que se funden con rapidez.

Resultaría lógico. En los sitios donde suceden fenómenos extraños, las bombillas caen como moscas.

Prefiero salir de dudas.

—¿Se funden muchas bombillas en la casa?

—¿Cómo dice? ¿Bombillas?

De acuerdo, eso ya es suficiente respuesta. Dejadez. Nada de fantasmas «apagaluces». Sobre la repisa de la chimenea hay un buen número de marcos con fotos familiares. Familias numerosas, gente rural, en blanco y negro. Un antepasado con uniforme militar. Las fotos más modernas están colocadas en primera línea. La que más destaca es la de un bebé en su carrito abrazando un muñeco de peluche del elfo doméstico Dobby. Seguramente la hija del matrimonio.

Antes de meternos en el pasillo, echo una mirada fugaz por encima del hombro. La niña gira bruscamente la cabeza para disimular que me estaba mirando.

En el salón he podido contar cuatro imágenes religiosas: una Virgen con el niño Jesús en brazos sobre la mesa del teléfono fijo, dos crucifijos desnudos cada uno en una pared diferente y un cuadro del Gólgota con los tres crucificados sobre la repisa de la chimenea.

Pero el pasillo es otra cosa. Aquí empieza lo pintoresco del asunto. Todo el pasillo está lleno de cuadros y figuras clavadas en las paredes a ambos lados. Imposible hacer un recuento rápido. Nazarenos de todos los tipos, santos a docenas y muchas, muchísimas, vírgenes.

Óscar Freira nos enseña el baño de la planta baja, la habitación de recreo, un dormitorio para invitados, un cuarto trastero (o algo parecido) y una biblioteca con un montón de enciclopedias y volúmenes vetustos que seguramente forman parte de la colección del abuelo o incluso de algún antepasado anterior.

La casa la ha heredado el joven matrimonio, pero debió de pertenecer mucho antes a… Nada como preguntar cuando no se sabe.

—¿A qué generación pertenecen ustedes?

—¿Cómo dice?

—Seguro que usted vivió aquí cuando era pequeño. Puede que incluso naciera en esta misma casa, y no en el hospital. ¿Es la casa de sus padres? ¿De sus abuelos?

Óscar me mira desanimado.

—Es la casa de la familia de mi mujer. Ella sí vivió aquí su infancia. La construyeron para sus abuelos.

—Entiendo.

—Sí.

Le doy un trago a la cerveza. Desde el pasillo se oye la televisión de la habitación de al lado. César se contempla la punta de los pies con suma atención.

Quizá debería callarme. Pero… no.

—¿Y usted se dedica a…?

César me pone la mano en el antebrazo y se junta mucho a mí, desplazándome un poco y reclamando toda la atención de nuestro anfitrión.

—Mejor vayamos a ver la capilla. ¿Le parece, Óscar? Después subiremos a los dormitorios. Aunque allí nunca ha ocurrido nada, ¿no? Creo recordar que eso fue lo que me dijeron.

—Yo no sé. Es mi esposa la que sabe. No creo que arriba haya pasado nada. No estoy mucho tiempo aquí. Últimamente.

—Óscar —me adelanto un paso y le encaro directamente—, ¿ha llegado a ver usted algo?

—¿Se refiere al fantasma?

—Quizá sea un poco precipitado empezar a llamarle ya fantasma —le aclaro—. Yo estoy hablando de cualquier tipo de incidente anómalo, pero eso no implica la presencia de un ente extradimensional. —Probablemente estoy resultando un poco más complejo de la cuenta para un individuo de su formación académica—. Sucesos extraños. ¿Ha visto alguno?

—Yo… no.

—¿Ha experimentado algún tipo de sensación opresiva? No es necesario que se muevan objetos o que se

escuchen grandes golpes en habitaciones contiguas para tener la impresión de ser observado o de que algo, incluso «alguien», está a nuestro alrededor.

El hombre frunce el ceño y busca a César con la mirada. Está claro que él ha debido de estar llevando las cosas de otra manera. Por ello, mi presencia y, probablemente, una variación en el tipo de preguntas que se suelen hacer le están desconcertando.

Pero César no le presta atención. Está abriendo el portón doble de madera pintada de negro de la capilla, justo al final del pasillo. La estancia consagrada es más pequeña de lo que me figuraba. Cuatro adultos podrían estar de pie, pero no seis. Es un lugar destinado a que una sola persona pueda rezar con total discreción. Hay una alfombra de colores vivos y una línea de velas apagadas que recorre el pequeño altar donde está la estatua. Una estatua de la Virgen sufriente con el Niño en los brazos. El rostro de ambos, ennegrecido. La superficie porosa y un olor a rancio que parece venir de todos lados.

César tenía razón, es inquietante. Extrae de su bandolera la Canon y empieza a hacer instantáneas. Ha debido de hacer un centenar, pero quizás ahora está viendo un nuevo juego de matices de luces y sombras, así que no puede resistirse.

—No.

Por un momento, me he olvidado de nuestro anfitrión.

—¿Disculpe?

—No, no he notado nada raro.

—¿Ha notado como si le observaran?

—No. Creo que no.

—¿No está seguro?

—Supongo que recordaría algo así. ¿Cierto?

—Sí, sospecho que sí; tiene sentido. En fin, olvídelo. Y dice que aquí, en la capilla, es donde ocurren la mayoría de las cosas.

—Todo lo que desaparece, aparece luego aquí. Sobre el pequeño altar de la Virgen.

César guarda la cámara fotográfica y saca la enorme

grabadora. Acciona un botón y se lleva el micrófono doble a los labios.

—Son las veinte horas y cincuenta y seis —pronuncia, con voz grave y clara— del día cinco de la investigación, expediente foxtrot, delta, mike, ciento dos. Grabación cinco uno.

Después deja la grabadora sobre el altar de la capilla y se coloca en el centro de nuestro pequeño grupo.

—Verá, no se lo he dicho, pero aquí mi compañero, Isaac, tiene dotes de *mediumnidad*. Es capaz de… intuir cosas.

—A mí me gusta el término vislumbrar.

El padre de familia me observa ahora con una ceja enarcada. Un leve rastro de temor se ha apoderado de su semblante. Sin que sea demasiado evidente ha empezado a mantener cierta distancia. Como si todo este asunto, de repente, hubiera adquirido una escala que él no alcanzaba a figurarse.

—¿Qué es lo que va a hacer?

La pregunta se la ha hecho a César, como si el simple acto de mantener conversación conmigo ahora fuera a costarle un mal de ojo o alguna otra maldición menor.

—Nada, solo va a sentir, ¿cierto? Intentar concentrarse para comprobar si… estamos acompañados o no en esta casa.

—¿Y lo tiene que hacer ahora? Mi familia está cenando ahí al lado.

—¿Y qué tiene que ver? No va a hacer ninguna invocación ni…

—Tiene razón, César —le interrumpo sin miramientos —. Creo que podemos terminar de tomarnos la cerveza tranquilamente. Después ya veremos.

Y dicho esto, me encamino de nuevo al salón, con la certeza de que los otros me seguirán. Realmente no hace falta que me enseñe ningún rincón más de la casa. He visto suficiente.

Cuando regresamos a la estancia principal, la esposa está recogiendo la mesa mientras la niña se toma un

producto lácteo de tamaño infantil tirada en el sofá. El padre insta a la hija a que termine ya y se vaya a su cuarto. Debe estudiar un poco antes de irse a la cama. Los mayores tienen que hablar.

César me susurra al oído si estoy sintiendo algo. Me lo quito de encima con un gesto de negación y me aproximo a esa foto en color (la única) en que la pequeña de la casa no era más que un bebé.

—¿Su hija está haciendo vida normal, señora?

—Sí, claro.

—Me refiero a si, para que me entienda, las cosas que están pasando en la casa la afectan de alguna manera. ¿Va al colegio normalmente? ¿Tiene pesadillas? No sé, ¿no ha notado un cambio en su comportamiento?

—Ella apenas se entera de nada —dice la madre—. No queremos que se dé cuenta de lo asustados que estamos. Sí, le hemos hablado de los fantasmas, pero como si fuera un juego. Ya sabe. «Busca el juguete en la capilla, quizá los fantasmas te lo hayan escondido allí.» Le quitamos hierro al asunto.

—¿Ella ha visto algo? Personalmente, quiero decir. Este tipo de eventos se ceban en los más pequeños. Puede que debido a su sensibilidad superior. ¿Le ha contado alguna experiencia en este sentido?

La mujer se lleva una mano a la frente y camina por la estancia mientras su otra mano recorre la superficie de la mesa.

—Nosotros solo vemos los efectos. Ella es la que está más en contacto con los espíritus.

—Yo no empezaría tan pronto a usar esa palabra.

—Siga, por favor —sugiere César.

Ella se acerca a una ventana y corre la cortina para mirar el exterior. Básicamente lo poco que alumbra una farola cercana.

—Ella ve a ese hombre del abrigo largo. Y también a la joven embarazada del sombrero de plumas.

Después de que el padre encierre a la pequeña en su habitación, la reunión se vuelve de lo más interesante. Algunos datos ya me los ha facilitado César antes de venir. El resto van llegando con esa intensidad única y contagiosa que te ofrece escuchar una historia directamente de la boca de sus protagonistas.

Habitualmente, al parecer, los sucesos ocurren en la planta de abajo. La planta superior de la casa está destinada a los dormitorios. Apenas se hace vida allí. Por ello, en mitad de la noche, los tremendos golpes que se oyen en las paredes, como si alguien las golpeara con una tubería, llegan a través del suelo vibrante mientras el matrimonio duerme o está presto a hacerlo.

En una ocasión, un chirriar furioso de madera sobre las baldosas de la cocina y un portazo lleva a los padres a acudir al lugar alarmados; allí se encuentran todas las sillas desplazadas varios metros, incluso la mesa, y la niña señala con el dedo hacia la puerta que conduce al jardín exterior: «El hombre del abrigo largo acaba de salir ahora mismo».

Más tarde, un estrépito atronador en mitad de la madrugada, y los padres acuden al salón para comprobar cómo todos los cajones del armario se han salido de sus huecos para volcar el contenido sobre el suelo.

Nos narran cómo, en otro día cualquiera, oyen perfectamente que la puerta de la calle se abre de improviso y encuentran las huellas de barro de un adulto que atraviesan todo el pasillo central y desaparecen justo delante de la Virgen negra de la capilla.

Los avistamientos de la niña de los dos supuestos espíritus más frecuentes, la de la joven embarazada del sombrero de plumas y el hombre del abrigo largo, suelen ocurrir siempre en la planta de abajo. Con gran reiteración se producen en ese pasillo larguísimo lleno de cuadros religiosos, y siempre con la capilla al fondo como foco de los sucesos o, cuando menos, cargada de una gran significancia.

En cierta ocasión, el fantasma de la embarazada saluda a la pequeña con la mano, mientras de su entrepierna

aparecen boca abajo la cabeza y los bracitos de un bebé que apartan la falda, y también saluda, con gran ternura. Al parecer, a la pequeña Estefanía (que se llama igual que su madre), todas esas visiones le parecen divertidas y entrañables. La del bebé saludando desde allí abajo, más que ninguna.

Sus padres lo narran con auténtico horror.

El hombre del abrigo largo apenas tiene cabeza. Esta se encuentra empotrada en el robusto tronco, como si no tuviera cuello. A juzgar por los dibujos que la niña ha hecho sobre el espíritu en cuestión, el abrigo tiene unas hombreras enormes y cae de plano; de los puños de las mangas solo sobresalen los dedos más largos del sujeto. Y son realmente largos. Sus ojos son dos huesos de aceituna.

A pesar de que la niña lo describa andando con pequeños pasos bamboleantes, las huellas de barro encontradas en el pasillo muestran una zancada bastante importante.

La madre también ha visto al hombre del abrigo largo, que parece observarla desde la calle un instante antes de desaparecer tras la farola o dentro de ella. Incluso oye su voz, una voz gutural y desagradable, que la llama por su nombre desde la parte inferior de las escaleras.

A pesar de la inquietud que generan todas estas experiencias, los fantasmas no se han mostrado violentos con los inquilinos. Aunque sí con los enseres de la propiedad.

Ante las pertinentes preguntas de César sobre la posibilidad de que la hija hubiera realizado en la casa prácticas de corte espiritistas, tales como el ritual del espejo de Verónica, el método del libro y las tijeras o el popular aunque infame tablero ouija, los padres admiten que no están seguros. Sin embargo, la madre había registrado la habitación de la pequeña y no había encontrado ningún tablero extraño.

—No te preocupes por eso, César —le digo, tranquilizador—. No ha sido nada de eso.

—¿Por qué estás tan seguro? ¿Has averiguado algo?

¿Lo has… vislumbrado?

—Lo he deducido.

Y entonces se acaba la turbadora tertulia de misterio. Así, de improviso. Tras un par de horas de charla con el matrimonio, César se levanta de la mesa y decide que el cáncer de pulmón progresa muy lentamente. Rebusca un paquete de tabaco en el interior de la chaqueta que está apoyada sobre el respaldo de la silla y se coloca un pitillo en la boca. Después se pone la chaqueta y señala la puerta de la calle.

—No puedo más, necesito un cigarrillo, si no les importa.

—Puede fumar aquí, si quiere —le dice Estefanía.

—No, tranquila, no pasa nada. Me apetece tomar el aire. ¿A ti no, Isaac? —Estoy a punto de recordarle que no fumo cuando me percato de su lenguaje corporal cómplice —. Será solo un cigarrillo.

—Fuera empieza a hacer frío —señala el padre.

Le sosiego con un gesto de la mano mientras me empiezo a poner la cazadora de cuero y me dispongo a salir.

—Serán solo unos minutos. Debemos poner en orden nuestras ideas. Volvemos enseguida.

Mi socio sale al exterior y me indica que nos alejemos un poco de la casa. No se ve un alma a estas horas de la noche. El pueblo se ha convertido en una localidad fantasma de la Providence lovecraftiana. Nos acercamos al todoterreno de César y él se apoya sobre el elevado capó como si estuviera en la barra de un bar cualquiera. Se enciende el cigarro y le da un par de bocanadas nerviosas.

—Me lo prometiste —dice.

—Me estoy portando genial. Y te garantizo que he encontrado bastantes oportunidades de partirme el culo, en serio.

—Me refiero al modo *ON*. No estás vislumbrando nada. Se suponía que te había traído aquí para que pusieras a prueba tus capacidades. Tú mismo dudas de ellas. Bien, pues concéntrate o haz lo que sea que hagas cuando activas

esas habilidades tuyas, porque es el momento perfecto para hacerlo. Todas estas historias que han estado contando esos dos, yo ya las había escuchado. He estado repasando el archivo de audio de la grabadora de esta noche y, al menos en la primera grabación no hay nada de nada. Ni una sola incursión paranormal. Y nunca pasa nada mientras yo estoy en la casa, por lo que es posible que esté perdiendo la fe en este caso. La madre vive un momento extremo de ansiedad y al marido le supera todo lo que está ocurriendo. La cría podría estar sugestionada por los padres o tener un exceso de imaginación. O ambas cosas. Al final podría ser todo producto de alucinaciones o percepciones erróneas. Así que es el momento de que el señor clarisensible entre en escena y nos saque de dudas. ¿Qué me dices? ¿Vas a hacer algo o no?

Me apoyo de espaldas en el coche. Justo a su lado. El humo de sus exhalaciones me inunda las fosas nasales. Recuerdos de otros tiempos.

Afortunadamente, lo dejé.

—Está bien. Haremos lo siguiente. Volveremos y les diremos que vamos a pasar la noche en el salón. Haciendo grabaciones y barridos fotográficos por toda el área. Ellos se pueden ir a dormir sin mayores dilaciones. Hemos traído nuestra propia comida, ¿no?

—Sí. Unos tentempiés. Nada demasiado sólido.

—Estupendo.

—Aunque esta gente tiene la nevera a rebosar, y los veo muy generosos.

Contemplo la casa desde nuestra posición. Fachada blanca y techo de teja roja. Terraza amplia mirando al noroeste, bien adornada con macetones de exuberantes plantas y varias lianas recorriendo la balconada. El segundo piso tiene una única ventana iluminada. La habitación de la cría, que no creo que se duerma sin haber tenido su ración correspondiente de vídeos de YouTube. Justo debajo hay una caseta de metro y medio de altura con tejadillo de madera que la familia usa como leñera.

—Pasaremos la noche en el salón y vigilaremos

especialmente ese pasillo cristiano y la capilla de Drácula. Me concentraré, ¿de acuerdo?

—Me parece bien.

—Si hay algo que vislumbrar, lo descubriré.

—Eso espero.

Realmente empieza a hacer más frío aquí fuera de lo que nuestra fina ropa es capaz de repeler, así que me encamino de nuevo a la casa de los Freira.

—Termina de fumarte eso, ¿quieres? Y por cierto, me va a bastar con una hora —afirmo—. En una hora sabré si hay o no fantasma encerrado. El resto del tiempo lo perderemos hablando de nuestras cosas. Aún tenemos que ponernos bastante al día. Y cuando nos cansemos, dormimos un rato. O hacemos vigilancias por turno, si te parece mejor. ¿Sí?

—Vale.

—Ahora bien —hago una pausa para mayor énfasis—, creo que hemos perdido el tiempo en esta casa.

Lo hago por mi padre, más que nada. Para darle otra oportunidad. Para que cumpla su promesa.

La promesa.

Ya veremos.

En la casa de los Freira se nos ha concedido cierta intimidad. César y yo convencimos al matrimonio de que se fueran a dormir. Nosotros pasaríamos la noche en la planta baja. Anotando cualquier anomalía que se produjera. Vigilantes ante la siguiente manifestación. Atentos para que todo quedara registrado para su posterior estudio.

De esto hace ya dos horas y media. César se ha hecho fuerte en el salón, desde donde hace barridos fotográficos por cada rincón de la estancia. Su grabadora de audio ha sido alojada en el altar de la Virgen negra.

Yo llevo cuarenta minutos concentrado; sentado en postura de yoga en mitad del pasillo. Docenas de recreaciones de la Pasión y otras formas religiosas me rodean a ambos lados. Si hay algo de corte paranormal en

esta casa, por fuerza debe manifestarse en este pasillo. La capilla está al final del recorrido. Las puertas abiertas y la madre del hijo de Dios, con el bebé, son perfectamente visibles desde mi posición.

Estoy solo.

Realmente solo.

Una persona sensitiva puede convertir su mente en una estación de radio. Emitir señal o justo lo contrario. Con mi mente sé hacer mucho más. Tengo un código estricto para no ir más allá de cierto punto. Ahora estoy invitando a cualquier entidad cercana a que se manifieste. Estoy receptivo para cualquier tipo de contacto. Porque prefiero jugar con el más allá antes que utilizar mis dotes psíquicas con los del más acá.

En teoría, la mente del ser humano está capacitada para la comunicación. La comunicación entre mentes. Y es la mente lo que perdura tras la expiración del envase corporal. El lenguaje oral y su desarrollo primordial han atrofiado nuestras capacidades extrasensoriales. La muerte no destruye la mente, la comunicación aún es posible.

Insisto en que es solo una teoría. Intento demostrarla de una vez, o descartarla.

Normalmente, con cuarenta minutos ya he contactado con cualquier espíritu que habite la casa. Yo estaba en buena forma. Demonios, superé a mi padre. Con solo entrar en un sitio, las sensaciones que invaden mi cuerpo me ponen en guardia enseguida o, por el contrario, me relajan por completo. Yo no tengo que perseguir al fantasma, por decirlo de esa forma.

Entonces muere mi padre. Y todo cambia.

*[Sé que no es el mejor lugar, ni tampoco el mejor momento, pero cualquier sitio podría ser el idóneo si estás ahí y deseas cumplir con tu parte del trato] [¿Nada?] [Sabes que necesito esto]*

Llevo así todo el tiempo. Mi concentración ha llegado a entrar durante un instante en lo que yo llamo el trance total, el estado alterado donde pierdo conciencia de todo mi cuerpo y convierto la emisora de mi mente en una onda de

máxima potencia.

Una de dos, o realmente en esta casa no hay ningún fantasma, o he perdido mis facultades para siempre.

Me incorporo del suelo. La moqueta no es del todo cómoda, pero al menos está limpia. Podría tener perfectamente cincuenta y tantos años. El pasillo sigue impresionando incluso cuando ya llevas tiempo en el lugar. Este templo a la fe católica no debería generar estas sensaciones. Los dueños de la casa jamás lo comprenderán. Cómo decirles que semejante decoración puede espantar a cualquier persona de ciudad con más eficacia que un escuadrón de caimanes hambrientos avanzando desde el final del pasillo.

Subo la escalera que conduce a la segunda planta con mucho sigilo. Pisando con cuidado y procurando que César no se percate de mi plan, ni tampoco el feliz matrimonio. Alcanzo la puerta de la niña y doy un par de golpecitos secos sobre la madera. Sin esperar respuesta abro la puerta un poco y asomo la cabeza con la mejor de mis expresiones de tipo simpático. La niña me devuelve la sonrisa con su rostro iluminado por el ordenador portátil que sostiene sobre las rodillas. Está recostada en la cama y con la espalda apoyada sobre la cabecera.

—Hola —me dice.

—¿Podemos hablar? Solo será un momento.

—Claro.

Cierro la puerta detrás de mí con mucho cuidado. La puerta del dormitorio de los padres está a solo tres metros de distancia.

—¿Qué estás viendo?

—*Euphoria*. —Ella interpreta mi rostro acertadamente y decide añadir más información—. Una serie.

De repente me llega información residual. Quizás haya visto algún tráiler alguna vez o puede que alguien me hablara de la serie. No es un producto que yo haya visto por interés propio, pero estoy casi seguro de que no es muy recomendable para niñas de esta edad.

—Tus padres no te controlan mucho, ¿verdad?

—No demasiado.

—Ves las series y películas que te apetece. Escuchas la música que te da la gana...

—¿Qué tiene eso de malo?

—Nada, supongo. Pero hay algunos productos televisivos que no deberías ver. —Me acerco a la cama y me siento en una esquina, permitiendo que haya una buena distancia entre ella y yo. Lo último que quiero es dar una impresión equivocada—. ¿Por qué lo haces, Estefanía?

La chica me vuelve a sonreír, pero esta vez es un gesto completamente distinto. Proyecta un tipo de inteligencia que casi roza lo maquiavélico. Al menos se diría que es un tipo de maldad inocente o sencillamente traviesa.

—No sé.

—¿No sabes? Estás ocasionando un daño que puede llegar a ser irreparable en tus padres. ¿No te das cuenta?

La chica cierra de golpe la tapa de su portátil y frunce los labios.

—Tampoco te pases.

—¿Has oído hablar alguna vez de un espíritu psicosomático? —Su expresión me dice que no; mejor continuar—. Se trata de un fantasma artificial. Hace las mismas cosas que un fantasma tradicional. Pongamos que un fantasma tradicional es… el espíritu de una persona muerta. ¿Me sigues?

—Sí.

—Bien. Ha habido gente, grupos de investigación, que literalmente crearon fantasmas de la nada. Se inventaron una historia para que le sirviera de trasfondo, su pasado, y le dieron nombre y apellidos. Luego se concentraron durante semanas, pensando en las conversaciones que iban a tener con él. Pensaban en él, repasaban su vida inventada con la mente. Como una obra de teatro. Y luego hicieron espiritismo. ¿Sabes lo que es el juego de la ouija?

—Sí.

—Vale, pues hicieron algo así. Al principio la cosa no dio mucho resultado, pero con la debida concentración y con la participación de personas especiales, a veces los

llaman paragnostas, como si tuvieran poderes, poderes mentales, bueno, pues al final lograron hablar con él. Ese ente se hizo real. Un producto de su imaginación, que cobró conciencia.

El gesto de desprecio que aparece en su rostro es el típico de una abusona de colegio. Por un instante la imagino dentro de un grupito de populares, dando órdenes y sobrepasándose con los críos de cursos inferiores. En casa, por supuesto, será un ángel. En el colegio debe de ser la personita más problemática de su edad. Me apostaría lo que fuera.

—¿En serio? —me dice, y resopla con fuerza. Le falta escupir hacia un lado. Si estuviéramos en un jardín o en una plaza, sin duda lo haría.

Vaya con la niñita.

Por otro lado, está claro que es el miembro de la familia con el mayor cociente intelectual.

—Es una forma de demostrar —continúo diciendo— que la mente es capaz de crear algo que antes no estaba allí. Los amigos imaginarios de muchos niños pueden llegar a ser capaces de obrar actos materiales si los chiquillos que se los inventan acaban creyendo en ellos con gran intensidad. Lo que estás haciendo con tus padres podría acabar generando un fantasma psicosomático. Tu madre está al borde de un ataque de histeria. Su sugestión ha llegado a tal punto, que está empezando a ver y oír cosas que no están ahí. Tu cuento chino está llegando demasiado lejos.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Para empezar, estás demasiado tranquila. Tus padres están completamente perturbados y parece que a ti todo te da igual. Los fenómenos paranormales suelen enfocarse en torno a los más jóvenes. Los niños sois más perceptivos que los adultos, en teoría. Las huellas de barro en el pasillo que desaparecían en la capilla fueron cosa tuya. Seguramente cogiste un par de zapatos de tu padre y los manchaste de barro. La distancia de las pisadas no coincidía con tu descripción de los pasos cortos y bamboleantes del hombre

del abrigo largo. Los apoyaste sobre la moqueta e imprimiste la huella de barro justo delante de la capilla y empezaste a dejar más huellas hacia atrás. Saliste por la puerta de la calle y luego subiste a tu habitación por la leñera que está justo ahí debajo —señalo con el mentón en dirección a la ventana—. Y en cuanto a los cajones que salen despedidos, en fin, no te debe de costar mucho esfuerzo distribuir todo el contenido por la habitación previamente, antes de lanzar los cajones ya vacíos contra la otra pared. —La niña poco a poco está variando su postura hacia una más retraída—. El resto de las visiones seguramente las hayas visto en internet. El hombre sin cuello, la mujer del sombrero de plumas… Me llamó la atención lo del niño asomándose por la entrepierna de la señora embarazada y saludando con su manita desde el borde de la falda. ¿Dónde encuentras ese tipo de historias?

Ella se muestra divertida.

—En internet hay un montón. Lo próximo iba a ser la niña del triciclo sin sillín.

Esto es lo que pasa cuando no aplicas ningún control parental sobre las búsquedas en internet de tus hijos.

Me pongo muy serio y aplico el tono más grave que soy capaz de usar sin resultar falso.

—Si sigues así, acabarás teniendo en casa un fantasma auténtico. Psicosomático en realidad, pero a ti va a darte igual. Serás el foco, aunque la sugestión de tu madre podría proporcionarle bastante energía en muy poco tiempo. Te hará la vida imposible y probablemente un exorcista no pueda expulsarlo porque no tendrá nada que ver con el Diablo, sino contigo.

—Qué tontería. Nunca he leído nada de eso en la red.

—No habrás sabido buscar, y por eso no sabes nada de lo que digo. Porque yo soy un investigador de lo paranormal y tú no.

—Menuda mierda.

Herodes, amigo mío, te olvidaste de esta casa.

Es hora de sacar la artillería pesada. La niña está resultando mucho más dura de roer de lo que me imaginé.

—Y siempre podré contarle a tus padres que tú lo has orquestado todo.

Su semblante cambia por completo. Se diría que incluso logra palidecer, pero no estoy seguro con tan poca luz en el cuarto. Aparta su portátil hacia un lado de la cama y gatea sobre la colcha hasta mí.

La detengo con un gesto de la mano.

—Por favor —suplica.

—No diré nada a tus padres si dejas ya de montar estos numeritos de fantasmas, ¿estamos? Les convenceré de que yo he expulsado a los malos espíritus con mis impresionantes poderes de médium. Y como tú vas a parar esta historia de inmediato, ellos podrán recuperar la normalidad de sus vidas y pensar que lo que yo les digo es completamente cierto, ¿verdad que sí, Estefanía?

—Estefanía es mi madre, yo soy Fani.

—Te he hecho una pregunta.

—Vaaaaale.

Me incorporo y miro por la ventana a la noche oscura del exterior. Bajo la persiana con cuidado y le echo un último vistazo a la pequeña estafadora.

—No me vas a decir por qué lo hacías, ¿verdad?

Ella se encoge de hombros y tira un calcetín que se acaba de quitar al otro lado de la habitación.

—Era un juego. Quería llamar la atención. Era divertido verles. Y ahora están más pendientes de mí. No estoy acostumbrada a esto. Y mi padre ha dejado de dormir en el salón. No sé. —Se quita el otro calcetín y lo tira a otro punto del cuarto—. ¿Y si ahora que va a resolverse todo vuelven a pensar en separarse?

La última pieza del puzle termina de encajar. El drama de la familia Freira puede contemplarse en toda su extensión. Decididamente, esto ha sido una pérdida de tiempo increíble.

—Te seré sincero, Fani, no voy a asegurarte que eso no ocurra, pero tú también puedes influir en lo que tenga que pasar. Eres su única hija. Ahora mismo puede haber motivos de peso para mantener a tus padres unidos, pero tú

eres el más poderoso de todos. —Recojo el ordenador portátil de la colcha de la cama y lo coloco en el escritorio —. Y ahora deberías echarte ya a dormir. No son horas para ver vídeos.

Le guiño un ojo y me encamino hacia la puerta. La estoy abriendo con cuidado cuando la niña me susurra la pregunta a mis espaldas.

—¿De verdad eres médium? ¿O solo eres un listillo?

Me vuelvo con una divertida mueca en la cara. Ella se tapa la boca para ocultar la risa.

—Te seré sincero con esto también: lo soy. Listillo, quiero decir. ¿Médium? ¿Quién sabe?

Fue mi padre el primero en hablarme sobre Philip, el fantasma artificial. El tulpa. Un experimento llevado a cabo en la ciudad de Toronto hacia 1972 por el doctor Owen y un grupo de casi diez personas que se propusieron crear un fantasma interactivo desde cero. El bueno de Philip. Lo primero que hicieron fue crearle un trasfondo de rancio abolengo. Lo convirtieron en un noble inglés que murió en el siglo XVII, le buscaron el aristocrático apellido de Aylesford y nada menos que una mansión como residencia, la casona de Diddington. Aunque estaba casado en el último año antes de su muerte, el matrimonio no era feliz por ninguna de las partes. Philip descubrió en uno de sus paseos matutinos a caballo un campamento gitano que rondaba la zona en esos días. Estaban de paso, pero como Philip se enamoró perdidamente de una de las mujeres jóvenes del clan, conocida como Margo, hizo todo lo que estuvo en su mano para que se quedara con él y no partiera con el resto del grupo al cabo de unos días. Prometió casarse con ella y darle una vida llena de lujos. Solo de esta manera el resto del clan accedió a despedirse de ella y partir hacia otros destinos. Margo, por supuesto, aceptó encantada. Sus penurias habían acabado. Se iba a casar con un hombre rico y distinguido.

Pero Philip Aylesford no podía perder su prestigio

social divorciándose de su esposa, de familia mejor posicionada que la suya para casarse con una gitana. Así que convenció a Margo para que viviera en el granero durante unas semanas, hasta que solucionara la actual situación. Por supuesto, no le habló de su mujer a la joven Margo, ni le habló de la gitana a su esposa. La cosa se complicó, como no podía ser de otra manera, y la señora de Aylesford descubrió a la amante. La acusó de haber perturbado la mente de su marido mediante brujería pagana y la denunció a las autoridades locales.

Philip podría haber mediado palabra en todo aquel conflicto, pero no lo hizo. La presión popular y el riesgo de perder su fortuna le disuadieron de declarar en contra de la acusación de brujería.

Margo fue quemada en la hoguera.

Philip, destrozado por el remordimiento, no pudo soportarlo y, unas semanas después de la ejecución pública, se arrojó desde la almena más alta de la torre de Diddington.

Uno de los miembros del equipo del doctor Owen dibujó un retrato de Philip Aylesford para que todos los integrantes del grupo pudieran visualizarle. La historia ya daba pistas suficientes sobre la personalidad y las actitudes que mostraría el espíritu.

Tras crear al personaje, dieron paso las sesiones de concienciación. Todos los integrantes del experimento se mentalizaron de que iban a contactar con Philip y solo con él en las sesiones de espiritismo. Repasaron su historia una y otra vez, se empaparon de cada detalle. Visualizaron mediante meditación y trances hipnóticos ciertas escenas dramáticas de aquella película ficticia que solo existía en su imaginación. Y cuando todos estuvieron lo suficientemente sugestionados, intentaron contactar con él.

Al principio no hubo resultados y, durante bastante tiempo, fue así. Pero en cada reunión en que lo intentaban fueron perdiendo el talante objetivo que les impulsaba en los primeros embates del experimento para envolver las sesiones en un aire cada vez más condicionado y menos

científico. Finalmente pasaron a invocarle de manera directa, a exigirle que se manifestara.

Y cuando el agotamiento empezó a vencerles y la idea de abortar el experimento pobló la mente de casi todos los presentes, Philip respondió.

En principio, fue mediante una simple comunicación, usando el sonido de unas pequeñas campanas situadas sobre la mesa. Un tañido para el no, dos para el sí. Y después se trasladó la comunicación a un tablero ouija, donde el vaso invertido dio origen a mensajes complejos que se adecuaban al trasfondo ideado para el personaje. Philip se mostró tal cual lo habían escrito sobre el guion, amedrentado por los sucesos de los que fue responsable, incapaz de avanzar espiritualmente hacia otros planos de existencia. Aún no había pagado sus deudas por lo ocurrido con la joven Margo. Sus respuestas se adaptaban como un guante a las maneras de un lord inglés de tal época, y los demonios internos que le torturaban adoptaban la forma de cobardía, infidelidad y falta total de coraje que se correspondían con las desventajas en el guion escrito para él.

No obstante, superado cierto punto, Philip pareció añadir determinados rasgos de personalidad propios. Si bien los investigadores habían creado un arquetipo fácil de imaginar y, posteriormente, controlar por su evidente predictibilidad, el sujeto se salía por tangentes filosóficas y líneas de pensamiento no previstas por el grupo. De alguna manera, tenía capacidad de improvisación.

A la hora de llevar el experimento más lejos, el supuesto ente fue capaz de obrar acciones sobre objetos físicos, así como apagar o encender luces a voluntad.

El éxito del caso Philip fue tan rotundo que el grupo del doctor Owen creó otros tulpas o creaciones místicas de entidades psíquicas.

Dentro de los núcleos más duros de la parapsicología local, estas experimentaciones recibieron severas críticas por sus procedimientos poco ortodoxos, y las hipótesis acerca del origen de las manifestaciones nunca estuvieron

del todo claras. ¿Realmente fueron capaces de crear con sus mentes una entidad psíquica? ¿Acaso no fue un espíritu auténtico el que se hizo pasar por el tal Philip y, por lo tanto, usurpó su personalidad? ¿No fue todo provocado por las propias mentes de los participantes, sin que nunca hubiera llegado a generarse ente alguno?

Todas las opciones estaban disponibles. Incluso la de que el señor Owen fuera el fraudulento líder de un grupo de estafadores consumados.

Mi padre creía en la posibilidad. No en aquellas personas.

Aquel experimento le obsesionó toda la vida. Y aquellos interrogantes también. ¿Quién o qué se manifestó?

Creación de un ente artificial. Usurpación por parte de otra entidad. El poder de la mente.

Mi padre murió con la duda. Y ahora esas preguntas a mí me están matando.

Me están matando.

—Te voy a matar.

Es César, con toda la razón del mundo. Lleva un rato en la planta de arriba de esta casa rural alquilada. Ha estado cambiándose de ropa para estar más cómodo. El chándal que se ha puesto no quiere perder la tradición de llevar esas horribles franjas blancas en los laterales del pantalón y las mangas de la chaqueta. Rojo como el diablo y hortera como el infierno, César baja las escaleras con un enfado de lo más comprensible.

Nos despedimos definitivamente de la familia Freira argumentando que mis apabullantes superpoderes psíquicos habían despedido a los espíritus perdidos que visitaban la casa y que una especie de muralla mística protegía el hogar de futuras llegadas no deseadas. La historieta fue tan bien estructurada y presentada, que no hubo ni una sola duda o pregunta de lo ocurrido.

Para ellos, yo tenía capacidades sobrehumanas. Cuando eres un paleto ignorante sin estudios que has engendrado a una aberración con forma de niñita adorable, debes creer a los tipos con poderes.

—Créanme —les dije—. No volverán a tener problemas.

Después miré significativamente a Fani y ella me guiñó un ojo mientras me sacaba la lengua, justo antes de volver a adoptar su rostro angelical.

—«Esta casa está limpia» —me dice César al pasar a mi lado en dirección a la cocina—. ¿Cómo has podido? ¿Quieres una crema de orujo con hielo?

Ha comprado la botella en una gasolinera que teníamos de camino. Aún no ha amanecido y faltan un par de horas para que el horario de venta de alcohol sea legal, pero César Baggio puede poner esa clase de expresiones en su rostro que no aceptan discusiones de ningún tipo. «Sencillamente no puedes no venderme alcohol. No puedes. Vas a venderme alcohol. Te lo garantizo. Que sea una botella de crema de orujo de esas que tienes en la estantería que está detrás de ti y que puedo ver perfectamente desde aquí.»

«Ya puestos, me llevo también una bolsa de hielo.»

—¿Crema de orujo con hielo? —le digo—. Claro. Solo son las… —Me saco el móvil del bolsillo y lo activo un instante—. Siete y media de la mañana. ¿Por qué me iba a apetecer más un café a esta hora? Qué sandez, una copa de crema de orujo es la tradición en este kilómetro cuadrado.

—«Esta casa está limpia» —insiste él.

—¿Me vas a matar porque dije esa frase o porque no te dije nada?

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque no estaba seguro. Cuando estuve seguro, te lo dije.

—Podrías haberme dicho que sospechabas de la niña. Que todo era un fraude. ¿Cuándo sospechaste de la niña?

Me rasco el hueco que une la ceja con la nariz y le respondo en un susurro.

—A los cinco minutos.

—¡A los cinco minutos! ¿Y no podías haberme dicho que algo te olía mal a los seis minutos? Yo te lo hubiera dicho de entrada. Estamos juntos en esto, Isaac. No se

puede investigar si cada uno va lo suyo.

Se mete en la cocina y abre la bolsa de hielo con un ademán tan furioso que temo por un momento que pueda desparramar todo su contenido por la encimera. Pone unos hielos en dos vasos y los llena de licor hasta arriba.

Se dirige hacia mí.

—«¿Esta casa está limpia?» —insiste—. ¿En serio?

—Me encanta esa película. Es una excelente frase colofón. Si eres médium y has terminado tu tarea en un sitio, ¿qué dices?

—Oh, por favor.

—Dices «Esta casa está limpia» y quedas como un señor. A la gente le encanta que una persona que sabe de estas cosas ponga punto y final a los problemas. Porque eso de «Trabajo realizado, hasta otra», no surte el mismo efecto. —Recojo de sus manos la bebida y remuevo el vaso para hacer tintinear los hielos—. Eso para los médiums; ¿qué dice un exorcista cuando ha terminado?

—¿Al infierno con el Diablo?

—No, hombre, son frases de cine. ¿Qué nos ha enseñado el cine que dice un exorcista cuando ha rematado la faena?

—No sé, sorpréndeme.

—Crack.

—¿Crack?

—O *neck*, o como sea el sonido que hace un cuello al romperse en una caída por las escaleras de doscientos kilómetros.

Mi sentido del humor de funerales no sirve casi nunca. O puede que nunca funcione cuando lo utilizo fuera de contexto.

Recuerdo que Cosette se reía bastante. Pasábamos horas riéndonos como idiotas por casi todo. Me hacía creer el tipo con más chispa del mundo. Hasta que dejé de tener gracia.

Sencillamente ocurre. Un día, aunque lo intentes, ya no se ríe de nada de lo que dices. Te mira como si no te escuchara y, cuando tratas de asegurarte, resulta que, en

efecto, no te escucha. Te suelta un «De qué demonios hablas» con todo el desprecio del mundo y te hace sentir insignificante. Y no hay caricias en el hombro, ni apartarle el pelo de la mejilla que valga. Solo te hace desaparecer de su planeta. Fin.

A decir verdad, también César se ríe bastante conmigo. Aunque casi nunca quiere.

—No lo tengo, César. No tengo el don. Empiezo a dudar de que alguna vez haya sido psíquico.

Él agita el vaso tranquilamente para que el hielo baile en su interior. Echa a andar por la casa como si fuera un personaje de obra teatral que representa su soliloquio.

—¿Por eso te fuiste de nuestro mundillo? Recuerdo que la muerte de tu padre te resultó muy dura, y se te quitaron las ganas de muchas cosas. Pero no parecía que fueras a abandonar. No te creía capaz. ¿Qué ocurrió? De repente un día te das cuenta de que has perdido tus facultades y lo dejas todo, ¿es eso? Porque tendría sentido si esas habilidades extrasensoriales tuyas te hicieran especial y fueran lo único que valía la pena de ti. En cuyo caso, sí, entiendo que si ya no tienes nada de valor, quieras pudrirte en un agujero mientras entierras tu cabeza como un avestruz.

—Ahora es cuando me dices que yo era especial por muchas más cosas.

—Pues sí. Es ahora.

Supongo que es inútil explicarle que un avestruz no entierra la cabeza, sino que la apoya sobre el suelo a ras o introduce el pico para remover sus huevos enterrados. Aunque imagino que hasta él lo sabe.

Típico en mí, responder a lo insustancial en lugar de a lo imperativo.

—Digamos que necesito pruebas. —Me bebo todo el licor de un trago—. Necesito pruebas incontestables. No solo opiniones. Y menos las opiniones de crédulos, de periodistas del misterio. En su momento yo no tenía una mente crítica. Ahora sí.

—Y, ¿cómo sucede eso? De repente un día te despiertas

y… ¡ya no lo tienes! ¿Es así cómo ocurre?

—No del todo.

—Menuda respuesta.

—Mi padre murió, y teníamos una promesa. Yo aguardaba a que… Mira, César, déjalo, ¿quieres? Ya no les veo. Es así. Ni les oigo, ni les presiento. No vislumbro nada.

—Y ¿todo aquello de la telepatía? Te aseguro que eras capaz de leerme la mente. En serio. Adivinabas cosas.

Contemplo cómo los hielos bailan en torno a un charco de licor, en el fondo del vaso. En el sentido de las agujas del reloj, derritiéndose mientras se pasean con elegancia. Muriendo con estilo.

—Quizá me imaginaba también eso —concluyo.

César se compadece de mí con un gesto. Hacía tiempo que no le veía así. Cansado. Abatido más bien. Con los párpados hundidos y algo oscurecidos. Las arrugas de las comisuras de la boca mucho más pronunciadas. Incluso un principio de papada.

Como si le mirara por primera vez. ¿Es posible que desde que me reencontrara con él ayer por la tarde noche no me hubiera fijado en lo mucho que ha cambiado?

Ha debido de ser una temporada muy larga para él. O quizá nunca fui consciente de lo mucho que envejecían las personas de mi entorno. Porque estaban a mi lado, y ahora las veo en la distancia.

—Mira, César, te quiero, tío. Lo sabes. Puede que no esté atravesando mi mejor momento. Ahora mismo soy una de esas personas tóxicas que pueden acabar haciendo daño a toda la gente que quieren. Puede que esta idea haya sido un error garrafal. Una de esas ocurrencias que tienes de un día para otro y que debes, por alguna razón que no logras entender, pero que tampoco te importa, que debes, como digo, llevar hasta sus últimas consecuencias. Para aclararte de una vez. Para saber qué hacer a partir de ahí. Concretar si alguna vez has tenido esas capacidades paranormales de las que la gente habla, o si solo era una obsesión de mi padre, que me condicionó durante años para convencerme de que era psíquico porque él quería que lo fuera. Y por

otra parte, él también creía serlo, así que no esperaba menos de mí. Pero se llevó consigo todos esos poderes, o como quieras llamarlo, cuando murió demasiado joven, demasiado a destiempo, casi por llevar la contraria, maldita sea…

Un momento de reflexión. Tragar saliva. Relajar el pulso.

Tranquilo. No te dejes llevar.

—O puede que no. Puede que solo esté hecho un lío. A pesar de todo, no soy capaz de concentrarme como antes. No presiento nada ni tengo esas sensaciones que tenía antaño. Estoy… como bloqueado o… puede que haya descubierto que no tengo esa percepción extrasensorial de la que presumía. No lo sé. —Me llevo la mano a la mejilla para secarla. Me froto los ojos, y con ellos enrojecidos miro a César—. Y eso es lo peor de todo. Que no lo sé. Si al menos supiera que soy un fraude… Sería un avance. Sin duda, adelantaría un par de pasos. Pero ni siquiera puedo estar seguro de eso.

Un silencio que se puede cortar con un cuchillo. Hasta los muebles de madera de hace un millón de años dejan de crujir. Las arañas en los rincones, las cucarachas entre muebles, las moscas que no se molestan ni en ocultarse, todas las formas de vida que habitan la casa permanecen expectantes.

César también.

—Y estoy haciendo muchas tonterías —concluyo.

Me acerco al paquete de tabaco que mi compañero tiene tirado sobre la mesa con toda la intención de quitarle uno y fumármelo en el acto. Me llevo un pitillo a los labios.

—Eh, ni se te ocurra —me ordena—. Eh, tú, oye, te estoy hablando a ti. ¿Me escuchas? Deja eso, socio.

—Vale.

—No, vale no. Déjalo ahí. Con un solo imbécil sin fuerza de voluntad para dejar este vicio ridículo ya hay suficiente en esta casa. Y ahora escucha. ¿Me escuchas?

—Sí.

—¿Me estás escuchando?

—Te estoy escuchando, ¿vale? Oye, que sí, suéltame. Lo dejo.

—Pues déjalo de una vez. ¡Que dejes mi tabaco en paz! Además, me queda poco.

—Suelta, coño, te estoy escuchando, ¿vale?

El cigarrillo ha quedado completamente desmenuzado. César recoge de la mesa el paquete y se lo guarda en un bolsillo.

—Muy bien. Yo lo tengo claro contigo. Sé lo que eres. He hablado de ti con otra gente. Todo el mundo sabe lo que eres, al parecer, menos tú. Y supongo que uno no puede ir por la vida sin fe, o lo que sea que te falta ahora mismo para continuar. Para continuar por el camino que sea. Y necesitas salir de dudas. Y no creas que no te agradezco lo que has hecho esta noche. Me has ahorrado un montón de horas de investigación inútil. Porque puede que ya no seas sensitivo, pero te garantizo que aún conservas ese instinto afilado de siempre. Y una capacidad de observación que, a mí por lo menos, me supera. No sé, es como si calaras a la gente con solo unos minutos de conversación. Y eso vale mucho. Así que podrías seguir en este mundillo nuestro, haciendo lo mismo que hacías antes, aunque fuera dentro del terreno del escepticismo. Sería un buen contrapunto. Yo te agradecería que me acompañaras en más investigaciones, en más casos. Como en los viejos tiempos. No necesitas capacidades especiales para seguir haciéndolo. Esta noche has demostrado que te vales y te sobras por ti mismo para esclarecer casos de esta índole. No creo que haya sido una pérdida de tiempo total que hayas regresado al ruedo.

»Pero para saber si este es el camino que debes seguir, tendrás que poner en orden tus ideas. Puede que solo necesites tiempo. Superar lo de tu padre. Ha pasado tiempo más que suficiente. —Se percata de que esto puede haber sido un poco injusto. Las pérdidas de seres queridos no tienen un tiempo específico de luto; duran lo que tengan que durar—. Perdona, soy idiota. Da igual. El tiempo exacto no es importante. Podrían pasar diez años más y que siguieras hecho un lío. Y nadie va a ordenar ese juguete de

Lego desmontado que tienes dentro de la cabeza. Solo tú.

»¿Has llamado a Cosette?

—La llamé el otro día. Y luego le mandé unos mensajes.

César podría estar temiéndose lo peor, a juzgar por la cara que pone. Y haría bien.

—¿Qué le dijiste?

—Digamos que la pifié a lo grande.

—Madre mía, ¿qué le dijiste, tío?

—En realidad solo hubo un insulto. Zorra. Pero fue lo menos ofensivo de todo, supongo.

—Increíble, Isaac, eres increíble. Déjame verlo.

—Ni hablar.

—Venga, quiero ver la gravedad del asunto.

—La gravedad es enorme. Un agujero negro, amigo mío. Y no insistas; no voy a enseñarte esos mensajes, ¿de acuerdo? Punto y final.

César vuelve a la cocina, a por la botella y más hielos.

—Voy a decirte lo que vamos a hacer —anuncia desde allí—. Vamos a bebernos esto en diez minutos. Vamos a dormir y a desperdiciar la mañana entera. Nos despertaremos a la hora de la comida, y como yo ya no estoy tan acostumbrado a estos trotes, estaré resacoso y completamente acabado. Pero iremos a comer en un asador que está a veinte kilómetros de aquí y a reventar nuestro sistema digestivo del todo con unas tocinetas tamaño ladrillo, que será lo menos grasiento que comeremos. Y se nos quitarán estas penurias. ¿Bien?

—Un plan estupendo.

—Y luego tú vas a volver a Madrid. Vas a hablar con Cosette. Te vas a disculpar y a flagelar delante de ella, como el capullo que confiesas que eres, y si no quiere volver a verte, lo aceptarás. Pero al menos te habrás disculpado. Y pensarás si ella realmente te conviene. Después vas a estar un tiempo pensando en lo que te he dicho de volver al ruedo. Nos hacen falta ojos atentos como los tuyos. Y tu sentido crítico actual. Has nacido para investigar. Deberías morir investigando.

Me paso la mano por el pelo y niego con la cabeza.

—Si me voy a la cama directamente y te dejo la botella a ti solo, y luego mañana me tomo una ensalada, aunque te garantizo que luego haré todo lo demás, ¿te vas a enfadar conmigo?

—Ya estoy enfadado contigo.

—¿Me seguirás queriendo un poquitín?

—No debería quererte en absoluto. Porque eres un ingrato, seguramente un degenerado y no sabes jugar en equipo. Y tienes un pelazo genial, no has pillado ni un kilo en todo este tiempo y todo eso sin cuidarte lo más mínimo. Te odio mucho. Todo. Pero sí, te quiero un poquitín. Ojalá fueras más Laurence Olivier, como yo, y menos Tony Curtis. Ostras y caracoles y todo aquello. Esta noche molaría más.

Me encamino hacia el sofá, que está a dos metros de distancia. Resulta que es mi lecho para hoy.

—Buenos días —decido zanjar.

—Buenos días, Isaac. Bienvenido al mundillo del misterio.

# CAPÍTULO 2

## LA PROMESA

Era el año 1995. Mi padre llevaba la cazadora de cuero de color vino tinto. Su chupa de la suerte, como él decía. Balabaster conducía, tan serio como siempre, mientras el profesor le iba dando indicaciones. Mal y a destiempo. Pero siempre llegábamos a los sitios, por mucho que nos desviáramos de la ruta marcada. Para aquel grupo de investigadores de lo insólito, las siglas GPS, paradójicamente, eran casi un misterio.

Yo estaba en el centro del asiento trasero, con mi padre a mi izquierda y Theriault a mi derecha. Ella vestía esos pantalones ajustados y esos botines que a mis trece años me parecían irresistibles.

Me tenían como una suerte de mascota del equipo. Ese chiquillo que mi padre se llevaba a las salidas parapsicológicas que el grupo dejaba para los fines de semana. A mi madre la idea le parecía horrenda. No son aficiones propias de padres e hijos. Ella alentaría a su marido a que fuera algo más convencional y me llevara a ver partidos del deporte que fuera, quizás al cine a ver alguna película apta o, por qué no, tratar de inculcarme algo de cultura llevándome a museos; de no ser porque sabía que tal cosa sería un ejercicio de futilidad.

Sí, mi padre me llevaba a investigar casas encantadas. Y como esos adultos casi me trataban como si fuera mayor de edad para mí este tipo de prácticas era como pasar unas vacaciones breves en el Paraíso.

De alguna manera había probado mi valía entre ellos. Demostré con entereza que soportaba el miedo en

situaciones extremas, y ofrecía cierta capacidad sensitiva que, aunque no era gran cosa en aquellos tiempos comparada con la del resto del equipo, ya era algo. Una sociedad de investigación formada por tres sensitivos, tres y medio conmigo, y uno de los eruditos de la psiquiatría moderna y más prestigiosos parapsicólogos de Europa, el profesor Preuss. Se hacían llamar Grupo Prometeo. En los años noventa habían cosechado en los medios especializados una popularidad jamás vista. El profesor Preuss era una institución, procedía de una generación que había investigado y divulgado estos temas tan espinosos en medio de una dictadura. Un hombre que jamás se rendiría, que moriría con las botas puestas, como en efecto fue. No perdió la lucidez en ningún momento de su vida. Casi se diría que la vejez acentuaba su ingenio. Un líder nato que, cuando se ponía serio, tenía la facultad de silenciar cualquier conversación que se mantuviera en un radio de veinte metros de distancia. Con toda certeza, el hombre más sabio que yo haya conocido jamás.

Ninguno podía prever que aquel iba a ser su penúltimo año de vida.

En cuanto a los demás miembros de la sociedad, todos tenían capacidades extrasensoriales probadas. Como Monique Theriault. Una mujer de intensas miradas e intensas reflexiones. No exactamente guapa, y habría quien diría que su rostro tenía un algo ciertamente desagradable, un no sé qué difícil de explicar que generaba cierto rechazo, pero que al exhibir ese larguísimo pelo rojo fuego de cómic y un cuerpo atlético y bien definido que lucía con descaro, compensaba el rechazo que su inquietante expresión pudiera suscitar. Luego estaba su sutil pero aún persistente acento francés, que se negaba a desaparecer por mucho que llevara media vida viviendo por estos lares. Era nuestra experta en electrónica, fotografía e informática. Un amor platónico inevitable para un jovencito recién entrado en su adolescencia.

También teníamos a Marc Balabaster, nuestro vampiro personal. Pelo y ojos negros como un foso, la tez

ciertamente pálida, casi gris. Con preferencia hacia el negro en el vestir, ligeramente encorvado en su pose y con una voz susurrante y turbadora. De vampiro no tenía mucho, porque cualquier herida abierta le provocaba náuseas, pero la actitud estaba muy ensayada, la verdad. Era nuestro experto en demonología y ciencias ocultas. Seguramente el menos sensitivo inmediatamente después de mí mismo, pero útil para prácticamente cualquier cosa. Sabía al menos un poco de muchos temas, y con eso solía bastar.

Por último, estaba mi padre. Arián Zarco. El encargado de las relaciones públicas del grupo por ser el guapito, el simpático y el elocuente, capaz de camelarse a éstas y aquellos; con unas capacidades de observación y de deducción propias de detectives londinenses de Baker Street y, por encima de los demás, el más sensitivo de todos.

Por no decir que, para mí en concreto, mi padre era Dios.

—La mayoría de las veces —me explicaba en confianza, como si los demás no escuchasen, aunque lo hacían con mucha atención—, sabes si la historia que te acaban de contar es una alucinación o una invención en cuanto haces una simple pregunta. La Pregunta.

»Te pondré un ejemplo. Una señora se reunió con nosotros hace unos meses. Narró su experiencia entre sudores y un temblor bastante evidente. Podía ser una actriz excepcional, pero me incliné por pensar que no mentía. Al parecer, en mitad de la noche, estando en la cama con su marido, sintió que alguien le masajeaba los dedos de los pies. No era un masaje agradable, sino intenso, al punto de ser doloroso, pero sin llegar a ese extremo. Al menos, fue lo suficientemente molesto para despertar de ese estado de duermevela en el que estaba e incorporarse un tanto. Y entonces la vio. ¿Lo recuerdas, Theriault?

—Lo recuerdo —dijo ella.

Habitualmente, a pesar de los años que llevaban trabajando juntos, seguían llamándose por los apellidos. Como hicieron cuando se conocieron todos en un simposio, casi de manera accidental. Jamás utilizaron los nombres de

pila ni apodos. Ni una sola vez en todo este tiempo.

Yo mismo descubrí el nombre de pila del profesor Preuss, Oliver, cuando lo vi inscrito en la lápida, el día en que lo enterraron.

—A los pies de la cama se encontró con una vieja terrible —continuó mi padre—, muy alta y muy delgada. Con una sonrisa angulosa y desproporcionada en forma de V perfecta que casi le llegaba a los pómulos. Tenía una mirada enloquecida, con un blanco de los ojos tan blanco que estos casi parecían emitir luz. Focos de linterna donde unas pupilas diminutas sin iris temblequeaban nerviosas. La mujer sintió una malignidad como nunca había sentido. Esa anciana proyectaba su mal como si fuera una radiación intensa que colapsaba los sentidos.

»En cuanto ella se incorporó para mirarla, aquella visión dejó de tocarle los pies y comenzó a caminar en lateral, antinaturalmente, como la imagen de un faraón en un jeroglífico egipcio, pero con los brazos pegados al torso. Sin dejar de mirarla con aquella expresión demoníaca. Sin mover la cabeza, únicamente esas pequeñas pupilas permanecían fijas en ella. Sus movimientos eran muy lentos, pero avanzaba con rapidez, como deslizándose por la moqueta. Sin hacer ni un ruido. La puerta del dormitorio estaba abierta cuando la criatura atravesó el umbral y se perdió de vista por el pasillo. Oyó una leve risilla quejumbrosa y… bueno, ella se quedó paralizada de miedo durante un tiempo.

Mi padre hizo una pausa muy calculada y esperó a ver mi reacción.

Supongo que yo le decepcioné con mi silenciosa perplejidad. La historia, en mitad de un viaje en coche a media mañana, contada como si tal cosa, no tenía el mismo efecto que narrada en susurros sugerentes en una fría madrugada a la luz de unas velas.

Sin embargo, me dio pesadillas todo el fin de semana. Yo mantenía el tipo en el momento, pero entre las sábanas me sobrevenían los peores recuerdos y todos los efectos retardados posibles de cada experiencia paranormal.

—Isaac —dijo—, lo que hice fue hacerle una pregunta. ¿Cuál fue la pregunta?

—¿Qué pasó después?

Dio una sonora palmada y se acercó al hueco entre los asientos delanteros para mirar al profesor. Este se limitó a asentir.

—¿Qué le dije, profesor?

—El chico está despierto —asintió.

Mi padre me propinó una palmada sonora en el muslo y volvió su rostro hacia la ventanilla, donde un paisaje deslucido y monótono parecía proyectado a toda velocidad, como el fondo en bucle de unos dibujos animados de los años setenta.

—«¿Qué pasó después?», esa es la pregunta que siempre debes hacer cuando un testigo termine de contar su experiencia. La mayoría de las veces concluyen cuando los detalles más espeluznantes han terminado. Y después de que te ofrezcan más datos de su experiencia muy *a posteriori*, hay que formular de nuevo la pregunta. Cuantas veces sea necesario. Después de que la gente dé por concluida la narración de una experiencia es cuando más hay que buscar los detalles esclarecedores. Y suelen venir después de las grandes impresiones.

—Tampoco está de más preguntar qué pasó antes —añadió el profesor Preuss desde el asiento del copiloto.

—Desde luego —prosiguió mi padre—, pero en este caso la mujer nos dio toda la información que precisábamos. Estaba dormida, ¿de acuerdo? La historia empieza así. De hecho, su marido permaneció dormido durante toda la experiencia. No se enteró de nada. ¿Y qué hizo ella? Después de estar un buen rato aterrada sin poder reaccionar, sin salir al pasillo para comprobar adónde había ido aquella anciana horripilante, sin moverse de la cama, tapada con las mantas hasta la nariz, después de lo que acaba de ver…, termina conciliando el sueño de nuevo. —Chasqueó la lengua mientras se recostaba en el asiento, incómodo más por lo que se cocía en el interior de su mente que por el asiento en sí—. La señora va y se duerme. ¿De

verdad? No me lo puedo creer. ¿No despiertas a tu marido, que está justo ahí al lado? «Oye, esposo mío, acabo de ver a una vieja espantosa a los pies de la cama que se acaba de ir por el pasillo en dirección a la cocina. ¿Qué me dices? ¿Te levantas con un hacha y vas a mirar por si acaso?» No, decide dormirse. Imagínate, esa cosa podía seguir vagabundeando por la casa.

»¿Qué nos dice eso? No es en absoluto una actitud lógica. En circunstancias así, lo más prudente hubiera sido encender la luz de la mesilla, como mínimo, y luego despertar a tu cónyuge. Compartir la experiencia. Incluso en el supuesto de que el terror la superara y quedara paralizada, al menos permanecería alerta para ver qué ocurre. Qué menos que estar pendiente de si esa horripilante persona decide regresar. Sin embargo, la señora que nos contó el caso reconoció que volvió a dormirse. ¿Cómo pudo siquiera conciliar el sueño después de una visión así de traumática? Es absurdo. ¿Qué nos está diciendo? Vamos, Isaac, ya te he hablado de estas cosas antes.

—Es un sueño —respondí.

—No exactamente.

—Un estado de duermevela.

—Caliente, caliente.

—Y en un estado de duermevela se pueden sufrir alucinaciones…, alucinaciones hipno… ¿hipnopómpicas?

—¡Exacto! Muy bien, alucinaciones hipnopómpicas. O también llamadas hipnagógicas. Es una manera de decir que no estamos del todo dormidos, pero tampoco del todo despiertos. El mundo onírico no ha sido desplazado por nuestra mente. Algunas cosas de allí, nuestra mente podría traérselas aquí. Y te garantizo que pueden ser alucinaciones muy intensas, incluso con percepciones táctiles o efectos físicos notables, que muy a menudo suelen venir acompañados de petrificación o inmovilización del cuerpo.

—Y presión en el pecho —añadí, pletórico.

—Además de eso. Sí, muy bien. Y la historia de esta señora se adaptaba perfectamente a este cuadro. Así que, en

efecto, la historia era pavorosa, pero tenía una explicación racional. Aunque a ella no le gustara que redujéramos su tremenda vivencia a un mero trastorno del sueño puntual. Por eso, a veces, al testigo casi es mejor no darle toda la información. Incluso a menudo conviene dejarles en un estado de completa ignorancia. Porque no siempre aceptan la verdad de buena gana. La mayor parte de las ocasiones no cuentan su historia para que tú desveles el misterio, porque ellos ya te están ofreciendo su interpretación del caso: «Vi un fantasma». ¿Comprendes? No te preguntan a ti si lo que vieron fue un fantasma. Quieren que les confirmes que, en efecto, eso fue lo que vieron.

»Lo último que desearían es que les digas que fue un producto de su mente. Y no pocas veces deberás seguirles el juego.

El vehículo se paró de repente. Había estado aminorando, pero ni me di cuenta, absorto como estaba en la conversación. La voz susurrante de Balabaster interrumpió la magia.

—Hemos llegado —dijo.

Mi padre me rodeó con su brazo y me retuvo en el interior del vehículo mientras los demás ya iban saliendo. Se fijó en mi pelo engominado, peinado hacia atrás.

—Sé que odias peinarte así —dijo—. Y que no te gusta ir con camisa y corbata. —Me ajustó el nudo de esta un tanto mientras negaba con la cabeza—. Pero eso te da una apariencia mucho más adulta.

—Me siento ridículo.

—A la gente no le gustaría ver que un chico de trece años forma parte de un equipo serio de investigación. Nos quitaría crédito. Lo entiendes, ¿verdad? Yo sé de lo que eres capaz, Isaac. Jamás he subestimado a nadie por su edad. Tampoco he hecho lo contrario. Pero hay una imagen que cuidar. Estas primeras impresiones son importantes.

Me encogí de hombros y confesé que no me importaba. Él sonrió de medio lado y me puso una mano en el hombro. Recordé que la primera vez que me atavié con aquella indumentaria casi parecía tener diecisiete años. Con todo,

nunca nadie preguntó mi edad. Y habíamos acordado que yo tendría dieciocho años. Por supuesto que sí. «Solamente soy un joven de dieciocho con un rostro aniñado, ¿le parezco más joven de lo que soy? Gracias, es usted muy amable.» En realidad, también habíamos acordado que yo no hablaría nunca, a no ser que me preguntaran o que fuera estrictamente necesario.

No obstante, siempre, siempre, siempre, todo el mundo me miraba con extrañeza.

La casa estaba en medio de una gran urbanización al otro lado de la autovía A-1, donde el circuito del Jarama. Era una casa imponente rodeada de otras casas del estilo. La mayoría de aquellas viviendas lucían varias plantas, pequeñas fincas particulares, piscinas y otros lujos. Curiosamente en cada casa había un amplio garaje que no siempre podía albergar todos los coches de la familia que allí vivía. Así que esos coches del día a día que se aparcaban en la calle y se podían ver a lo largo de las extensas avenidas del complejo no tenían una gama inferior a la de un Mercedes-Benz, un Audi o un BMW.

Era ese tipo de urbanización.

Todo el equipo estaba al tanto del caso, *grosso modo*, y se hacían una idea muy precisa de lo que habíamos venido a hacer. Por supuesto, habría que volver a formular las mismas preguntas que se hicieron por teléfono para matizar las respuestas y verificar que la información no fuera contradictoria. Y ya puestos, sondearíamos el lugar.

Mi padre me tuvo que poner al corriente sobre la marcha. Mientras, el dueño de la casa abría la verja exterior y nos invitaba a pasar a un jardín descomunal de estilo japonés, con dos perros de aspecto agresivo, pero inadecuadamente dóciles en su trato, y una pista de tenis anexa.

Era un hombre de mediana edad con el aspecto que cabría prever para alguien de una posición social como la que ostentaba. Pelo rubio peinado con raya a la izquierda, camisa de unas ochenta y cinco mil de las antiguas pesetas con muy pocos botones apretados, que dejaban ver un

cierto bronceado y una tripa descuidada. Pantalones cortos innegablemente pijos y un calzado ridículo sin calcetines. La forma de vestir de un millonario que anhela ser billonario, pero…, pero no.

Por otro lado, parecía simpático.

—Según parece —me susurraba mi padre mientras caminábamos los últimos de la fila— el tipo está recibiendo visitas de un niño pequeño. Un niño pequeño que está aprendiendo a andar. Corretea un poco y se cae. Se levanta con esfuerzo y corretea otro poco, o directamente gatea. Por el techo.

Eso último, obviamente, llamó mi atención. Cuando mi padre vio mi reacción sonrió mientras me guiñaba un ojo.

—Por el techo, sí —dijo—. La primera vez lo vio al final de un pasillo. Estaba gateando un poco y, tras un cierto esfuerzo logró ponerse en pie por sí solo. Ya sabes, un crío que aún debe adquirir fuerza en las piernas para alzarse sin impulsarse con las manos en el suelo. El niño le miraba desde ahí arriba, a cierta distancia. Lo peor de todo, según nos contó, es que no tenía expresión. No que careciera de rostro, sino que no transmitía emoción alguna. Cuando se puso a corretear en su dirección por el techo, lo hizo a una velocidad inesperada. Por supuesto, el tipo se escondió en su dormitorio, cerró la puerta con llave y no salió de allí hasta que amaneció.

—Vaya.

—Sí. Durante gran parte de esa noche, oyó esas manitas diminutas toqueteando la parte superior de la puerta. Pasitos cortos corriendo de aquí para allá. Y esos intentos de comunicación de un bebé, con ese tipo de risitas que en circunstancias normales tanto nos gusta escuchar a los adultos, pero que en ese contexto resultan espeluznantes.

—Ya. Los espíritus de críos dan más miedo que cualquier otra cosa —afirmé.

—Por eso la gente se los imagina.

Aquello me llamó la atención. Mi padre parecía tener ya un veredicto. A pesar de que él creía de manera precisa

y absoluta en un denominado más allá, en la trascendencia del alma humana y, de hecho, había entrado en contacto con entidades de ese otro plano debido a sus facultades sensitivas, solía ser escéptico la mayor parte del tiempo. No se creía nada de nada hasta que lo veía con sus propios ojos.

Entonces no le quedaba más remedio que creer la mitad de lo que veía.

Era muy duro de convencer.

—¿Se lo está imaginando?

—No lo sé, Isaac. Hay detalles en su historia que no me convencen.

—¿Por ejemplo?

Atravesando aquel jardín de la entrada, los perros decidieron subírseme encima y dedicarme una atención especial que no habían mostrado a los demás invitados. Imagino que una corbata y un poco de gomina no engañaban a unas mascotas probablemente acostumbradas a pasar tiempo jugando con los más jóvenes.

Cuando logramos deshacernos de ellos, casi ya en el interior del domicilio, mi padre tuvo que susurrarme para que ni el dueño de la casa ni una criada de avanzada edad que deambulaba por allí le escucharan.

—Te metes en un dormitorio —continuó diciendo—, cierras la puerta… ¿y un espíritu incorpóreo no logra entrar?

—Comprendo.

El profesor Preuss estuvo reunido con el individuo durante casi cuarenta minutos en el salón principal mientras el resto del grupo deambulaba por las demás habitaciones de la casa, y menuda casa. Cada miembro de nuestro equipo intentando vislumbrar a su manera, intentando entrever, pero allí no había mucho que sentir. Aquella residencia rezumaba ostentación y lujo pretendidamente discreto, pero no había ninguna entidad predominante. La típica presencia que se hace notar, opresiva, aunque no se muestre de

manera abierta. Nada de nada.

—Algunos sitios tienen sus horarios calientes —dijo Balabaster; su voz nos llegaba desde la planta de arriba—, así que tengamos paciencia.

—Sí, por la noche pasará algo —concedió Theriault, aunque lo dijo más para sí misma que para cualquiera de nosotros—, por la noche siempre pasan más cosas.

Nos paseábamos por allí, mirando las paredes y las esquinas del techo, como si en esos lugares hubiera escondites secretos para fantasmitas bebés que pudieran salir gateando en cualquier momento.

Mi padre me puso una mano en el hombro mientras examinaba los cuadros colgados en el pasillo de la planta baja.

—Qué dices, ¿sientes algo, Isaac?

—No.

—Aún tienes que afinar ese instinto. A tu edad yo no era capaz de entrever nada. Tú has empezado bien pronto. Está claro que eres mi hijo —rio sonoramente.

—¿Y tú, papá, sientes algo?

Él chasqueó la lengua y se metió las manos en los bolsillos. Daba la sensación de que tuviera frío, aunque era imposible en esos meses del año.

—Quizá Balabaster tenga razón. Hay muchos casos de manifestaciones que cumplen horarios concretos. Llega la noche y se vuelven como locos. Se ponen su sábana y sacan a pasear las cadenas. —Nos reímos un poco y subimos tranquilamente al piso superior. Al llegar, nuestro experto en ocultismo alzó la barbilla para indicarnos el punto del techo donde, en teoría, el niño pequeño fue visto por primera vez—. Esta noche sabremos qué hay y qué no en esta casa.

Mi pregunta me pareció obvia. Por eso la hice.

—Y cuando no están… manifestándose, ¿qué hacen? ¿Dónde están?

—¿Te refieres a los espíritus?

—Ajá.

Balabaster se volvió para prestar atención a la

respuesta. Mi padre ladeó la cabeza y se rascó la coronilla.

—Quién sabe. Hay teorías al respecto, por supuesto. La doctrina espiritista tiene respuestas para todo. Pero tú ya sabes la opinión que me merece la doctrina espiritista. Nadie puede saber esas cosas, así que no des mucho crédito a quien habla como si supiera qué nos espera en el más allá. Y normalmente lo hacen sin ninguna duda. Así que tampoco tengas tú dudas a la hora de ignorarles. ¿Quieres saber lo que yo creo? Que no están en ninguna parte. ¿Dónde vaga la mente entre un sueño y el siguiente? Nadie recuerda al despertar esos interludios oníricos, los cuartos oscuros donde solo hay vacío y nuestro cerebro se prepara para cargar y después renderizar el siguiente sueño. Aunque está claro que hay un lapso. —Sacó una linterna de luz negra y enfocó el techo y determinadas esquinas sin encontrar nada significativo—. Si realmente eso que entrevemos y sentimos son espíritus, quiero decir, si en efecto lo son, y tengo mis reservas, viven entre esos lapsos de negrura total y sus manifestaciones en este plano. Y te garantizo que no es nuestro tiempo real. No existen en nuestras veinticuatro horas. No hay un banquillo en el que aguarden, contemplando el partido, antes de salir al terreno de juego. Solo esos paréntesis entre sueños. Para ellos deben de durar tanto como un chasquido de dedos, porque están realmente desactivados. Como en una película. Fundido a negro; siguiente escena.

—¿Y ahí es donde está el bebé fantasma? —Eché el freno de mano mental antes de la curva—. Por supuesto, si es que hay un niño fantasma.

Mi padre asintió con la cabeza, apreciando el gesto.

—Si realmente lo hay, sí, debe de estar esperando en esa larga elipsis.

Balabaster aguardó con los brazos pegados al cuerpo. Como una especie de vampiro poco impresionante que espera su oportunidad para ser escuchado.

—Como el personaje protagonista de un videojuego cuando la consola está apagada —añadió al fin.

Mi padre asintió con la cabeza y le ofreció media

sonrisa con cierta tristeza.

—Sí. Eso es. —Después enarcó las cejas para mí, en un gesto de cierta sorna—. Hoy es el día de los símiles aparatosos —me susurró—. Pero ya había quedado claro con el símil de la película y el fundido a negro, ¿no?

—Desde luego.

—Nunca permitas que lo innecesario de sus reafirmaciones de lo evidente te amarguen el momento. Balabaster es muy sensible, por dentro. —Después se lo quedó mirando mientras nuestro ocultista preferido contemplaba un enchufe y trataba de seguir con la mirada el recorrido del cableado—. Muy por dentro.

A partir de ese momento, el profesor Preuss tardó del orden de media hora a cuarenta minutos en convencer al dueño de la casa de que debía irse con él a cenar a ese restaurante del club de golf que estaba a solo cuatro minutos de allí. Él mismo le invitaría a la cena.

Obviamente, lo que suponía un problema para el individuo era dejar a aquellos tres desconocidos (y al chico) solos en la casa.

—No tema, saben lo que hacen.

—Ya. Estoy seguro de que saben lo que hacen. Pero ¿y si necesitan algo? No conocen la casa.

—No necesitan nada. Relájese. Coja la chaqueta. ¿Tiene las llaves?

—¿Cuánto tiempo van a necesitar? Quiero decir…

—Dejémosles hacer. Es lo mejor. Confíe en nosotros. Somos profesionales. Marchémonos. La chaqueta, no se la olvide.

—Claro, pero…

Era una de esas cosas con las que teníamos que lidiar constantemente. Aunque la casa de alguien esté más embrujada que el Infierno, ese alguien hará todo lo que esté en su mano para quedarse allí acompañándonos, antes que dejarnos solos en el lugar. Pero era la mejor manera de verificar el caso. Un caso que, precisamente, muchas veces acababa justo ahí, en cuanto la persona que vivía en la casa salía por la puerta.

Mi padre se reunió con los demás. Cada uno había puesto a prueba sus percepciones a su manera. Balabaster no disponía del sexto sentido más agudo, por decirlo así.

—No creo que haya aquí más fantasma que ese tipo. ¿Habéis visto la foto que tiene en Mónaco?

Monique Theriault y mi padre le ignoraron. Ella se detuvo de pronto. Miró al pasillo que se adivinaba por la puerta entreabierta más próxima.

—Hay un poco de ruido precisamente en la escalera —expuso Monique.

—Sí —dijo mi padre—, yo diría que es el foco. Pensé que cuando subiéramos al piso de arriba las energías se acentuarían, pero no. Es la escalera. Solo la escalera. Es curioso.

—Quizá se desplace desde allí al pasillo donde el sujeto vio la imagen del bebé, pero sin duda todo se origina en la escalera.

Como Balabaster solo me daba un poquito de miedo, y no siempre, en esos momentos no pude evitar sentir pena por él. Así era yo de servicial por aquel entonces. Un buen chico. Me hacía querer.

—¿Qué había en la foto de Mónaco?

Balabaster me prestó atención dirigiendo hacia mí sus pequeños iris oscuros. No encorvó el cuello ni se agachó lo más mínimo. Solo aquellos ojillos orientándose hacia abajo. Tenía algo de dibujo animado. El crítico culinario de aquella película, ¿cómo era?

¿Cassoulet?

—Salía él con Jimmy Connors —dijo, con la expresividad de un témpano.

—Ah, sí. —No tenía idea entonces de quién era.

—No tienes ni idea de quién es.

—Claro que sí —mentí.

—Mientes.

—No miento.

—¿No mientes bien? Te garantizo que no. Por eso lo haces mal. Pero lo haces.

—Es un actor inglés. —Me marqué un triple salto

mortal.

—Es un tenista estadounidense.

Sin red.

—Vale. —Se acabó mi tono de buen chico. Tenía solo trece años, pero podía ser bastante cabrón. Mi madre diría que lo llevaba en los genes, pero que no le echara a ella la culpa—. Y por eso el dueño de la casa es un fantasma, ¿no? Un planteamiento brillante.

Balabaster se convirtió en una efigie de mármol. Un ceño ligeramente fruncido al que alguien había soldado el resto de una persona. Si fuera un iceberg, sin duda hundiría *Titanics*.

—Pues sí —dijo.

*Ratatouille*. Así era como se titulaba.

Aquello tenía que acabarse en el acto o corría el riesgo de no acudir a más investigaciones con el grupo. Y, demonios, mi intención era caer bien y gustar la mayor parte del tiempo.

—De acuerdo —zanjé, y abandoné la habitación sintiendo dos puntos negros clavados en mi cogote.

Me puse entonces a colocar sensores de movimiento a lo largo del pasillo. De alguna manera, era el mozo de almacén, el niño de la obra, en este caso, dedicado casi por entero a colocar el aparataje y ajustarlo. Como decía el profesor, a preparar los trastos. Por eso, lo primero que me enseñaron de la investigación parapsicológica fue a preparar café y cuáles eran los gustos particulares de cada miembro del grupo. Lo segundo que me enseñaron fue a mantener la boca cerrada cuando los testigos estaban delante.

Y a estar atento.

—Isaac —me dijo mi padre cuando vio que yo había terminado con los detectores de movimiento—, coloca esa cámara fotográfica en el extremo de la escalera, apuntando el objetivo a los escalones del centro. Ponlo en un ángulo que cubra todo el recorrido. No toques el obturador, ya me encargaré yo de ajustarlo. —Parecía que ya se iba a ir, cuando se dio la vuelta—. De hecho, no toques nada,

simplemente colócala donde te he dicho y apuntando donde te he indicado. ¿De acuerdo?

—Bien.

—¿Qué te he mandado que hagas?

Me concedí unos segundos para repasar las instrucciones.

—Que no toque nada. —A mi padre no le pareció suficiente, así que continué—. Que la enfoque a la escalera. Que cubra todo el ascenso.

—Perfecto. Así es.

—Bien.

—No tengo aquí ningún regalo para tu no-cumpleaños. —Era su manera de decir «Ya te puedes ir».

—Vale, lo pillo.

La casa desprendía un eminente olor a limpio. En aquella época, para mí tener mucho dinero y una inmensa casa digna de envidia era equivalente a olor a leña y a la confortabilidad que ofrecen la madera, estanterías llenas de libros y alfombras acogedoras y envolventes. El olor a limpio de lo que por aquel entonces se denominaba casa de diseño, muy distinto en cuanto a concepto a lo que se entiende en estos días, a mí en particular no me decía nada. Posiblemente a día de hoy siga teniendo una idea muy poco aceptada por la clase supermillonaria de lo que es gastar bien el dinero que se tiene.

Theriault se acercó a mi padre mientras continuaba ajustando los detectores de variación de temperatura. Le habló a un volumen que pretendía ser discreto sin necesidad de parecer que le estuviera contando un secreto inconfesable. Yo pude escuchar la conversación.

—¿Realmente crees que hace falta la parafernalia?

—Si no desplegamos el equipo, me siento como si no hubiéramos hecho suficiente.

—No hay nada aquí. Lo de la escalera parece una huella de algo, pero… no tiene por qué ser el origen de una manifestación paranormal.

—Yo no detecto mucho, pero nunca se sabe. —Entonces miró a Balabaster y al comprobar que no estaba

atento le susurró a ella en el oído—. No quiero darle la razón, pero estoy de acuerdo con él. En esta casa solo habita un fantasma y se ha ido a cenar con el jefe.

Theriault se puso las manos en las caderas mientras realizaba un rápido sondeo visual a todo el dormitorio.

—La sugestión es capaz de crear ilusiones muy convincentes —dijo.

—No veo a este hombre llamándonos para sentirse importante o porque tenga necesidad de que alguien le escuche. Así que, o bien alguien está gastándole una broma, o se trata de una ilusión muy potente.

—¡Por supuesto!

Balabaster tenía en las manos un frasco de medicamento. Lo agitó justo al lado de su oído, verificando que estaba medio vacío.

—Nada como echar un ojo a los pequeños armarios del baño de alguien para desentrañar algún misterio que otro.

Mi padre se acercó a él con sumo interés.

—¿Qué es?

—Ciclosporina. Se usa tras una operación de trasplante de órganos. Ayuda a que el organismo acepte la parte exógena recién introducida en el sistema.

—¿Ha dicho el cliente algo de algún trasplante?

—No, en absoluto. ¿Para qué lo iba a señalar? Él no le concederá la menor importancia.

—A pesar de que sea una droga potencialmente alucinógena.

—Muy a ese pesar, sí.

Mi padre ojeó el interior y miró a Theriault, que fruncía los labios como si ya no hubiera nada más que investigar. Se estaba planteando recoger todo el equipo y salir de allí para no perder más tiempo. Pude vérselo en los ojos. Quizás incluso se lo leí en la mente. Aún no podía estar seguro de lo que era capaz de hacer. Simplemente, lo supe.

—Genial. —Mi padre se dispuso a lanzar su discurso final en la línea de Poirot. Relatar el caso, explicar las pistas y declarar al culpable y su procedimiento. Misterio resuelto.

Yo era más de Holmes—. El tipo siente una culpa imposible de aliviar. Vive solo, pero no ha sido así siempre. ¿Viudo, divorciado? No ha tocado el asunto, pero supongo que el profesor se lo acabará sonsacando antes del segundo plato. Culpabilidad por algo relacionado con hijos. ¿Hijos que no vinieron, que se marcharon, que murieron? Da lo mismo, el tipo se siente culpable. Se guarda todo eso dentro durante años. Una sensación totalmente subjetiva encerrada en una mazmorra en lo más profundo de su subconsciente. Y no hay mejor detonante que la culpabilidad para que una droga bastante potente, como la ciclosporina, en un momento de debilidad te haga ver una visión realista y espantosa. —Observó un instante a Balabaster—. Sigue buscando, a ver si encuentras algo más, todavía tenemos tiempo. Aunque creo que estamos tirando el fin de semana.

Debo confesar que todo aquello me decepcionó sobremanera. Realmente no me hacía ninguna gracia tener que vérnoslas con un fantasma infantil que se movía por el techo del corredor. Pero la certeza de que aquello no ocurriría me quitó toda la ilusión. Resultó que sí tenía ganas de que sucediera.

—Es un restaurante de un club de golf —intervino Theriault, supuse que para quitar hierro al asunto—. En un barrio de ricos que no acaban de ser apestosamente ricos, para que me entendáis. Nadie en este vecindario se puede costear una segunda vivienda en Abu Dabi.

—Eso me vas a permitir que lo dude. En esta urbanización hay de todo.

Theriault le sacó la lengua y luego continuó.

—Con todo, al profesor le va a costar un ojo de la cara. Eso seguro.

—No nos invitará a nosotros a cenar hasta que pasen quince años. Imagino que para entonces ya se habrá recuperado. Aunque han abierto uno de esos restaurantes turcos a dos pasos de su casa. ¿Crees que un hombre de su edad habrá probado el kebab?

—El profesor Preuss comiendo kebab. Antes que eso, habrá turismo en el Infierno.

Parecía que la noche iba a transcurrir en un océano de chascarrillos y banalidad, cuando, de improviso, la temperatura bajó en torno a veinticinco grados en un instante. El vello se erizó, el vaho salió de nuestras bocas, la carne se puso de gallina. Algunos sensores empezaron a pitar enloquecidos.

Mi padre me indicó con un gesto que me acercara a él. Theriault también se aproximó.

—Preparaos para cualquier cosa —advirtió ella.

Era de primer curso de parapsicología *amateur*: justo antes de una manifestación o de un fenómeno paranormal, la temperatura baja repentina e inexplicablemente. Yo había vislumbrado espíritus antes, pero ese fenómeno de termogénesis opuesta era nuevo para mí, así que no pude evitar dejarme llevar por el miedo.

—Papá…

—Tranquilo.

Se oyeron unos pasos presurosos que venían del pasillo. Era Balabaster regresando de su búsqueda de más drogas alucinógenas y otros componentes desmitificadores del caso.

—¿Lo sentís? —preguntó alarmado, con los brazos cruzados y expeliendo un chorro de vaho.

Sin el profesor, mi padre mandaba. Siempre era así.

—Sí. Acércate a nosotros. Hagamos un círculo. Todo el mundo atento a cada rincón del dormitorio. —Solo me quitó la mano del hombro cuando protesté porque empezaba a hacerme daño—. ¡Oh, perdona!

—No pasa nada.

—Vale, gente —prosiguió mi padre—. Máxima atención. Creo que ya viene. ¿Theriault?

—Sí. Eso parece. Está próximo.

—¿Balabaster?

Nuestro experto en ocultismo tardó un poco más de la cuenta en responder. Cerró los ojos con fuerza y enseñó los dientes en una mueca de esfuerzo.

—No sé. Yo no lo tengo tan claro.

—De acuerdo, no será tan fuerte, entonces.

—Yo no estoy de acuerdo —dijo Theriault—. Sí presiento su fuerza. Viene con bastante energía, eso ya os lo digo. Casi está aquí.

La temperatura se normalizó. No es que volviéramos a tener la misma temperatura agradable de antes, pero sin duda los grados volvían a subir. El problema para mí era ese silencio que de repente se apoderó de la estancia.

Yo mismo sentí la presencia. No era como sentir a una persona invisible, por decirlo así, sino más bien una sensación apremiante. En muchos casos era tan vasto como sentir un manantial de odio puro, o miedo, que se derramaba por el lugar como una ola impactando en un rompeolas. A fin de cuentas, ¿qué es un fantasma sino un puñado de sentimientos en bruto?

—De acuerdo —susurró Balabaster—. Ahora lo siento. ¿Está aquí?

—Sí. Está con nosotros. Lleva unos segundos.

—Yo también lo siento, papá.

—Muy bien, Isaac. No te asustes.

El sentimiento predominante de esta presencia era, llana y simplemente, curiosidad.

—¿Es el bebé? —preguntó Balabaster.

—*Nah* —mi padre se relajó un tanto y dio un paso hacia delante para salirse del círculo que habíamos formado —, para nada. Creo que tenemos aquí a un turista.

No había una definición oficial para ese tipo de entidades paranormales, pero dentro del Grupo Prometeo el profesor había definido a este tipo de seres como turistas. Había muchas explicaciones que podían servir para explicar el porqué de estas manifestaciones. Espíritus errantes que no estaban vinculados a ningún sitio en concreto y vagaban por el mundo fisgoneando, asomando su hocico indiscreto por toda clase de lugares, habitados la mayor parte de las veces. Espectadores de los vivos. Entrometidos concienciados. No particularmente temibles, pero a veces traviesos. Y, de la misma manera que muchas personas se despertaban en el acto al darse cuenta de que estaban soñando, estos espíritus curiosos se manifestaban

abiertamente cuando alguien los detectaba.

Pero este fantasma, si es que lo podíamos llamar así, había ofrecido su carta de presentación antes de su aparición propiamente dicha. El descenso brusco de la temperatura era una manera bastante ostentosa de avisar de su llegada.

Y entonces lo tuvimos allí delante. No a la vista, pero claramente presente en la habitación. Una presencia poderosa, pero expectante. Casi nos estaba desafiando con un «y ahora, ¿qué?».

—Tú dirás —dijo mi padre. No obstante, no hubo reacción de ningún tipo por parte de la entidad. Del interior de la bandolera extrajo una grabadora digital y la puso en marcha—. Está claro que tú no eres el ser pensante que habíamos venido a buscar. Que ciertamente pudo no haber existido nunca. Pero aquí estás. Eres tú quien se ha mostrado. ¿Podemos ayudarte? ¿Tienes algo que decirnos? Tengo un dispositivo grabador que quizá recoja tu mensaje, si es que deseas hacerlo así.

—Aunque también podemos escucharte —añadió Theriault—. Nosotros sí podemos hacerlo.

Sin llegar a ver nada en concreto, pude sentir cómo el foco de energía que definía a esa entidad se movía un poco a nuestro alrededor, cotejando al grupo entero con un interés extraño, como si nunca se hubiera topado con nadie como nosotros. Casi como si se tratara de una criatura completamente ajena al ser humano.

Y tal como vino, se marchó. Aunque sin variaciones de temperatura. Simplemente, dejó de estar en el dormitorio, en la casa, quién sabe si en esta dimensión.

—Vaya —se limitó a decir mi padre, visiblemente desencantado.

—¿Qué quieres decir? —Estaba claro que Balabaster era quien tenía las capacidades sensoriales inferiores en el grupo—. ¿Ya se ha ido?

—Parece que podía epatarnos con su llegada triunfal, pero no tenía mucha disponibilidad que se diga, o energía suficiente para la comunicación. —Reparó entonces en la

grabadora que descansaba en su mano. Guardó el audio recién obtenido y lo tituló con la fecha y la hora del momento, después pasó el aparato a Balabaster. Buscó en su bandolera un pequeño estuche con unos auriculares y también se lo entregó—. Si escuchas algo de interés, nos lo comunicas.

Luego Theriault y mi padre compartieron una mirada cómplice. No les hizo falta decir mucho más para entender algo que solo ellos dos habían comprendido.

Después se agachó un poco para ponerse a mi altura. Solo unos meses después mi cuerpo dio el último estirón puberal, que me haría alcanzar a mi padre en estatura y constitución. Pero aquella noche él aún me sacaba una cabeza.

—Hace una noche fantástica —me dijo—. Este tipo tiene un jardín genial, con buena iluminación. Vamos a ver qué tal les va a los perros y, cuando se cansen un poco de nosotros, te cuento algo importante. ¿Sí?

—Claro.

Sin que nadie lo hubiera especificado expresamente, la investigación había terminado. Todos lo entendieron así. Pude percatarme de ello enseguida. La verdad es que no íbamos a sacar nada más de todo aquel asunto. Bastante suerte habíamos tenido con recibir la visita de un ente turista, que no tenía nada que ver con la historia del bebé fantasma. Pura casualidad.

Esto era lo corriente en las investigaciones supuestamente paranormales, tanto en el Grupo Prometeo como en las demás asociaciones honestas que se dedicaban a lo mismo que nosotros. Los muebles moviéndose, las ventanas estallando en mil fragmentos y los espejos mostrando figuras sospechosas solo ocurrían en excepciones raras.

Otra vez sería.

Los perros eran cariñosos en cuanto veían humanos, pero luego los ignoraban en tiempo récord y se dedicaban a sus

cosas por toda la finca. Mi padre y yo paseamos por la zona, bajo un firmamento que dejaba ver un cielo estrellado no excesivamente espectacular, pero sí imponente. Como suele ser el cielo por costumbre. Mi padre y yo habíamos visto cielos absolutamente extraordinarios en los pocos viajes que habíamos hecho juntos. Algunos jamás los podré olvidar. En el desierto de Egipto tuve mi primer encuentro tú a tú con el cosmos. Una noche en la que el espacio me dijo hola y me dejó ver lo insignificantes que éramos los humanos. Bastante más impactante fue el cielo que nos envolvió en la cima del monolito natural de Ayers Rock, en Australia. En aquella época aún se podía escalar hasta la cima y el panorama cósmico que ofrecía no podía describirse con palabras. Me abrumó hasta el punto de hacerme llorar. Pero lo más espectacular fue en alta mar, en un barco pesquero anclado en mitad del Pacífico, a unas quince millas náuticas de la costa de Reikiavik, en Islandia. Un mar frío y cortante como una hoja de afeitar, pero de una calma inquietante. La bóveda celeste se reflejaba en la superficie del agua hasta el punto de hacernos creer que flotábamos en el espacio. Nada podía superar aquello.

Esta noche, desde luego, no. Pero aunque el escenario no fuera memorable, la situación estaba a punto de serla para mí.

—Isaac, ¿por qué crees que ha sucedido lo que hemos sentido esta noche?

—¿Te refieres al turista?

—Sí, ¿por qué crees que ocurre? ¿Por qué hay espíritus que van al Cielo o al Infierno, otros se quedan anclados en castillos encantados y otros vagan por ahí, curioseando?

—¿Porque hay diferentes tipos de entidad?

—Interesante. Podría ser, quién sabe.

—¿Cuál es tu teoría?

Mi padre se encogió de hombros, con la mirada depositada en un punto luminoso que fácilmente podría estar a miles de años luz. Como si allí estuviera la respuesta y, por lo tanto, jamás la descubriríamos.

—Yo no tengo teorías. No con estas cosas. Todo el

mundo quiere creer en algo incluso cuando no hay manera de saber la respuesta. Dile a cualquiera que te diga cuántas estrellas hay en la galaxia. Te dirán que no lo saben, pero si insistes, si les dices que cuántas teoriza él que puede haber, te dirán un número. —Negó con la cabeza, asqueado—. No tienen ni idea. No se puede saber. Nadie lo sabe. No es como preguntar por la recaudación en taquilla de una película. Puede que tú no lo sepas, pero hay alguien que lo sabrá. Pero eso no ocurre con las estrellas que hay en la Vía Láctea. Nadie lo sabe. Se puede estimar un número con un margen de error de miles de millones.

—¿Miles de millones?

—Pues sí. Es un margen de error lo bastante aplastante como para que te plantees buscar otras respuestas y no perder el tiempo con interrogantes absurdos. Y con el más allá y las cosas que hay por esos otros lados, ocurre lo mismo. Nadie sabe nada. Al menos, nadie vivo. ¿Y quién nos facilita esa información? Los espíritus. Comunicaciones con seres de otros planos. Por supuesto, estoy hablando en hipótesis. Así que, lo que sabemos del más allá nos lo dicen unos entes por medio de comunicaciones mediúmnicas, psicofonías, escritura automática, ouija… ¿Te parecen medios fiables?

—No.

—Y además, las fuentes mismas, es decir, lo que sea que se manifiesta por esos medios. ¿Te parece que digan la verdad siempre? ¿Crees que son sinceras?

—No.

—Exacto. Se ha demostrado empíricamente que mienten. Sin lugar a dudas. Así que, ¿cómo demostrar que alguna vez han dicho una verdad, a no ser, interesadamente? ¿Qué crédito pueden darnos esas voces, esas inteligencias del otro lado?

—Algún espíritu honesto debe haber.

—No lo sabemos, chaval. Por tanto, no, no son fuentes fiables. Así que, cualquier cosa que nos digan sobre su más allá es información que debe ser puesta en cuarentena. Luego, sí, es posible que haya toda una fauna de entidades

que vagan por esos planos adimensionales de la existencia. De hecho, podría no haber un más allá, sino muchos. Todo es posible. La cantidad de desconocimiento que debemos enfrentar es abrumadora. Casi asfixiante. Así que no es inteligente tratar estos temas desde un sistema de creencias muy firme. Apoyarse en teorías y esperar que la verdad se confirme desde ese prisma es arriesgado y poco científico. Y ya sabes que la ciencia nunca puede ser tomada como la enemiga. Es una aliada complicada, esquiva a veces, pero o jugamos con sus reglas o caeremos en el esoterismo decimonónico. La parapsicología debe ser una disciplina que se mueva desde y por la ciencia, o será puro ilusionismo, muñecos de ventrílocuo y malabarismos de circo.

Bastantes de las cosas que mi padre me decía en aquella época pude asimilarlas mucho tiempo después, con el paso de los años, que me convirtieron en ese adulto que siguió exactamente los mismos pasos y, ahora puedo asegurarlo, tropezó con las mismas piedras. Y que me convirtieron, habrá quien diría, en una copia de mi padre. Desafortunadamente para ciertas cuestiones, una copia excelente.

Mis dudas eran muy razonables ya entonces.

—¿Cómo puede la ciencia explicar lo que nosotros tenemos? Ya sabes, nuestro don.

Mi padre detuvo el paso y ladeó la cabeza.

—Demonios, vaya pregunta. —Se frotó los ojos como si un cansancio repentino le hubiera invadido—. Supongo que ser clarisensible es como estar enamorado. No se puede valorar, sencillamente lo sientes, lo sabes. Hay que tenerlo para saberlo. Aunque, pensándolo bien, sí hay efectos del enamoramiento que pueden estudiarse neurológicamente, así que, no, la *mediumnidad* no puede ser, digamos, mierda, analizada científicamente.

—Pero entonces…

—Pero entonces, nada, chico, no hay nada que decir científicamente. No se puede demostrar. ¿Hay cosas que la ciencia no puede explicar? Hay un montón de cosas que la

ciencia no puede explicar. Qué más quisieran. También se acostumbra a decir que solo hay cosas que la ciencia todavía no ha explicado. Y en eso todavía podemos meter el psiquismo. Pero imagino que ni por esas se logrará nunca. No es algo que debas decir delante de un astrofísico de mente cerrada. ¿De acuerdo? No merece la pena intentar convencerles de nada. Cambia de tema. Habla de música. Habla de jazz. El jazz aburre a casi todos los científicos del mundo.

—¿En serio?

—No. Yo qué sé. Quizás. El asunto al que quería llegar es que hoy, a día de hoy; ¿a cuánto estamos? —Eché mano al reloj de pulsera pero mi padre no me dio tiempo a responderle—. Pues en este día exacto, no sabemos por qué aparece un espíritu turista, por seguir llamándole así, y no porque sea un espíritu en el sentido en que concebimos ese término. ¿Estamos?

—Sí —no estaba muy seguro.

—Humildemente, no sabemos por qué ha aparecido ese ente. Y no es importante para el caso. Ni siquiera deberíamos llamarlo caso. No hay ningún caso. Solo tenemos a un millonario solitario y ciertamente depresivo al que han trasplantado algún riñón hará unas semanas, ponle un mes y medio, aproximadamente. Un tipo que ha experimentado uno de esos efectos secundarios probables de una medicina muy fuerte, y le ha dado por ver bebés correteando por el techo. —Se enderezó un tanto y me rodeó los hombros con un brazo—. Aunque el estado perpetuo de duda no es placentero, es el estado natural del buen investigador. Porque no investigamos para confirmar nuestras teorías, y vuelvo a insistir en lo peligroso que es tenerlas, sino que lo hacemos para encontrar la verdad. Nos lleve donde nos lleve. ¿Sabes cuándo nos será revelada?

—Cuando muramos.

—Sabía que dirías eso. Es reconfortante pensar que cuando vayamos al más allá todas las preguntas tendrán pronta y precisa respuesta. Pero tampoco lo sabemos. Es demasiado presumir, francamente. Si es que… existe

realmente el más allá. —Me apretó contra su pecho y luego me colocó delante de él, encarándole. Sus manos en mis brazos, su cara justo delante de la mía—. Hagamos una promesa.

—Vale.

—No sabemos que hay más allá, pero si lo hay, lo sabremos. Tú has nacido con estas habilidades extrasensoriales que tengo yo. Mis padres no las tenían. Algo escuché de mi abuela, aunque ahora eso no es importante. Verás, si uno de los dos deja este mundo, el otro podría vislumbrarle. ¿No? Lo hacemos con un montón de desconocidos. Será más fácil conectar. Entre nosotros hay un vínculo mucho más fuerte que el que une a otras personas. ¿Estás de acuerdo, chico?

—Completamente.

—Si uno de nosotros da el salto al otro lado, debe hacer lo que esté en sus manos por contactar con el otro. Nuestras capacidades facilitarán el contacto. A fin de cuentas, somos sensitivos. Y para no caer en algún burdo engaño ni de personas vivas ni muertas, debemos tener un santo y seña. ¿Entendido?

—Una especie de contraseña.

—Exactamente.

—Me parece bien.

Se sentó en el césped y cruzó las piernas en una postura típica de meditación. Me invitó con un gesto a hacer lo mismo delante de él.

—La idea es de Houdini. ¡Qué gran mago! Irrepetible. En aquella época se puso de moda el espiritismo y está claro que la gente necesitaba creer en todo aquello. Eran años duros. Asegurarse de que sus seres queridos estaban a gusto en la muerte. Que todo les iba bien. Que los seres queridos se reencontraban después de esta vida. Y, por supuesto, un montón de farsantes se hicieron pasar por sensitivos. Se engañó a mucha gente.

»Harry Houdini luchó contra esos embaucadores. Era un maestro del ilusionismo, podía descubrir los trucos arteros que empleaban para generar apariciones de

fantasmas, comunicaciones mediante vibraciones, cualquier tipo de efectos visuales que provocaran un gran impacto de los testigos. Recuerda que se dedicaba a eso, a engañar al ojo humano. Ilusionismo, no magia.

»En fin, había un montón de maneras de timar a la gente y Houdini desenmascaró a muchos de estos timadores. A pesar de todo, aún conservaba dudas. No sabía si existía un más allá. Al morir, lo descubriría, ¿no? Entonces sería capaz de encontrar un método para comunicarse desde allí. Comunicarse con su mujer, Bess Houdini. El vínculo entre ellos era muy fuerte, como lo es el nuestro, Isaac. Así que establecieron un código secreto de diez palabras. Aunque su esposa no tenía facultades sensitivas, Houdini estaba seguro de poder contactar directamente con ella sin ayuda de nadie más. Pero en el supuesto de que fuera más complicado de lo que podría parecerle, y de que ella no fuera capaz de presentirle, los que le harían llegar sus comunicaciones desde el más allá serían los médiums. No tendrían más remedio que confiar en ellos. Y antes de iniciar las conversaciones, el médium designado por el espíritu de Harry Houdini debería usar ese código de inicio que solo él y su mujer habían propuesto con antelación. Una contraseña.

»Años después, Houdini murió. Su mujer abrió la puerta a cuantos médiums llegaron con mensajes de su difunto esposo desde el más allá. Ninguno sabía que había que establecer un código de inicio de sesión, por decirlo así. Y cuando este detalle finalmente se supo, nadie acertó con el santo y seña. Docenas de sensitivos lo intentaron. Bess Houdini expulsó a todos aquellos farsantes.

»¿Significa eso que no hay un más allá? No lo sé. Puede que no sea tan sencillo contactar desde allí. Puede que, una vez en ese otro plano, no creas conveniente comunicarte. No descarto incluso que tu conciencia, lo que te define tal cual eres en vida, no pase del todo a ese otro mundo. Podrías sufrir cambios de personalidad o amnesia. No lo sé. Nadie lo sabe.

»Pero te lo prometo. Yo sí contactaré. Me da igual qué

me encuentre en esa otra vida. En cuanto me sea posible, me comunicaré contigo.

—Bueno, la mujer de Houdini no era paragnosta, pero yo sí, ¿para qué nos hace falta un código?

—Porque sabemos de muchos casos en los que se han dado suplantaciones de identidad. Personas que creen contactar desde el otro lado con sus seres queridos, que les dan información íntima para hacerles creer que están hablando con aquellos a quienes amaron; pero no era así. Supongo que has leído al respecto. Entidades con intereses oscuros que se hicieron pasar por el fiel marido muerto, la novia difunta o el hijo servicial, y tras algunas conversaciones introductorias les indujeron ideas nocivas, pensamientos de suicidio en los peores casos, siempre con gran daño psicológico. Los famosos espíritus burlones. Hacer daño por el mero hecho de hacerlo. Como trols de internet, pero en un sentido paranormal. Demonios, quizá, si la palabra no te incomoda.

—¿Y esos espíritus burlones que se hacen pasar por quienes no son no sabrán nuestro código? Quiero decir, si lo acordamos aquí y ahora, ¿no habrá —miré a izquierda y a derecha con un escalofrío— nadie escuchando?

—No estableceremos nuestro santo y seña hoy. Aún tengo un truco que enseñarte.

—¿Qué truco?

*[Este truco]*

Tuve que reconocer que aquello me impresionó. Telepatía. Como truco, sin duda era propio del gran Houdini.

# CAPÍTULO 3

## MENTES ABIERTAS

Mi mundo se derrumbó por completo en unos meses. Primero, mi padre murió. El peor mazazo. El plato fuerte antes del aperitivo y de los entremeses. Puede que todo lo que viniera después derivara de aquello. Cosette me dejó al trimestre siguiente. Habrá quien piense que el problema fue mío, que agrié mi carácter o cambié demasiado. Podría ser. Más o menos al mismo tiempo, mis capacidades psíquicas se esfumaron. Adiós al más allá. Aquello no ha sido un problema de verdad. O por lo menos, no es tan malo como lo anterior, perder a las dos personas que más me importaban.

Intenté contactarles. Con mi padre hacían falta habilidades extrasensoriales o prácticas espiritistas. No resultó. Con Cosette bastaba una llamada telefónica. Tampoco resultó.

Y ahora estoy aquí, con el teléfono móvil ardiéndome en la mano. Revisando nuestro último contacto, por WhatsApp. Menudo desastre:

«Oye, si quieres que te pida perdón te lo pediré.»

«Claro. Y ya está.»

«Supongo que así te *desfollas* a esa tía.»

«No fue intencionado.»

«Por favor.»

«¿Me estás diciendo que ella te forzó?»

«No me refiero a eso.»

«Ahora es cuando hablamos de lo borracho que estabas.»

«¿Puedo llamarte? No voy a poder explicarlo por aquí.»

«No hay nada que explicar.»

«Todo el mundo comete errores.»

«Yo nunca te he engañado.»

«Quizá porque nunca fuiste muy tentada.»

«Pero si la cosa hubiera llegado más lejos…»

«¿Qué me dices de aquella noche en el hotel Arts?»

«El tipo del nudo Eldredge.»

«Adiós, Isaac.»

Después de eso, mi orgullo me impidió seguir con la conversación. Quería hablarlo más detenidamente. Lo necesitaba. La llamé con insistencia, pero ella jamás descolgó el teléfono. Luego vino mi respuesta típica de machito imbécil herido en su orgullo. Y, otra vez, el alcohol. Con un último mensaje que afortunadamente pude borrar a los pocos segundos.

«Zorra.»

Aunque resultó que no lo borré bien. Es decir, que no lo borré en absoluto. Y así terminaron nuestras conversaciones. El verdadero punto y final.

He abierto la aplicación docenas de veces, he presionado su nombre, he visto estos últimos mensajes una y otra vez. He maldecido mi torpeza con toda la rabia que soy capaz de sacar de mi interior.

Y lo peor de todo es que no he podido enterarme de dónde está en estos momentos. Se marchó del piso sin aclarar adónde iba. ¿Con sus padres? ¿Con su fiel amiga Bárbara? O lo que es peor: quizás haya conocido a algún…

Hablando de teléfonos móviles, el mío decide sacarme de una tormenta de ideas basura de lo más nociva.

…a algún…

Respondo a la llamada. No es otro que Manrique Franzoni.

—Manrique, qué bueno escucharte.

—¿Te pillo en mal momento?

…esnob atractivo que se hace nudos Eldredge en la corbata.

—Ahora mismo, casi todo son malos momentos, pero no podrías ser más oportuno para interrumpirlos.

Él reprime un acceso de risa y se recompone, otra vez muy serio.

—¿Todo bien?

—De fábula.

—Vale. Bueno, yo estoy ahora trabajando desde casa. Siempre me traía deberes, ya sabes cómo soy. La edición digital ha pasado a ser *la edición*. Quién lo hubiera dicho. Apenas me paso por la redacción.

—Ya me imagino.

—Y estaba pensando en ti. Seguro que tienes tiempo para escribir un artículo por encargo. Ya sabes. Hace tiempo que en *Siglo 100* no aparece tu nombre. Tenías tu pequeña legión de seguidores.

—Sí, legión. Menuda legión.

—No te creas, aunque hace tiempo que no te prodigas demasiado por este mundillo, tu nombre tenía su peso. No solo por tu padre, sino…

—Vayamos al grano, Manrique, por favor.

Toma aire y carraspea un tanto para aclararse la voz. Se acabaron los prolegómenos.

—Cuando te pasaste por la redacción buscando la casa más encantada del momento, con todas tus dudas, me dio que pensar. No sé si estás en ello todavía, intentando aclararte, buscarte a ti mismo y todo eso. Sobre todo, después del chasco del fantasma de la capilla. El hombre sin cuello, la mujer con plumas en la cabeza… ¿Era así?

—No exactamente.

—Vaya con la niña —dice Manrique—. Qué pérdida de tiempo. Estaba convencido de que… —murmulla algo que no logro descifrar—. En cualquier caso —sigue—, creo que despejar la mente te podría venir bien. Además, tenías otras capacidades. No estaría mal que meditaras sobre ellas.

—¿Qué me propones?

—Había pensado en un artículo para desintoxicar. Hoy en día hay demasiada conspiración en nuestras páginas. Querría algo más metido en nuestros temas de siempre.

—Fantasmas.

—Telepatía.

—Ya veo. «Que lo escriba el telépata.»

Manrique decide guardar silencio el tiempo suficiente para añadir dramatismo al momento.

—Sabes que tuve en muy buena consideración a tu padre. En general, a todo el equipo del profesor Preuss. Yo mismo colaboré con el Grupo Prometeo en ciertos casos. Hace ya muchísimo tiempo. Arián no ahondó mucho sobre el tema, pero dejó caer en ocasiones puntuales que manteníais comunicaciones mentales entre vosotros.

»El detalle diferenciador de que dentro de vuestro pequeño grupo de investigación fuerais todos psíquicos (bueno, salvo Preuss) siempre os dotó de un halo de elitismo. Todas las demás agrupaciones de investigadores eran de segunda división. Eso lo sabes desde siempre. Y también originó no pocas envidias. Tú entraste a formar parte de la sociedad en las últimas etapas, justo antes de morir el profesor, y nadie duda de que eres heredero directo del trabajo que ellos empezaron. —Hace un ruido bastante desagradable, como de una lengua áspera recorriendo unos labios resecos—. Sería una pérdida irreparable para nuestro mundillo que finalmente nos dejaras. Quiero decir, definitivamente.

—Manrique. Yo… ahora mismo no sé qué pensar de toda esa etapa.

—No quiero perderme en elucubraciones que no llevan a nada. Arián y tú estabais muy unidos. Esto es así. Los dos erais psíquicos.

—Muy buena apreciación, lo de *erais*.

—¡Él fue sensitivo toda su vida, Isaac! Tú ahora solo tienes una crisis de fe que te hace ser un completo descreído y, algunas irritantes veces, como ahora, un completo irreverente. Pero eres paragnosta. Y telépata.

—Lo que tú digas.

—Esas comunicaciones mentales eran reales. Intenté en su día tirarle de la lengua a tu padre. Siempre fue muy reservado con esta cuestión, aunque yo le conocía muy bien, y era su talón de Aquiles. No podía ocultarme nada.

—Seguro que eso es lo que te gusta creer, Manrique.

—Lo que me extraña es que tú y yo nunca hemos tratado este asunto. Te conozco desde que eras un niño. De toda la vida. Contigo es tal que así.

—Y quieres que te hable sobre la telepatía.

—Y que lo escribas. Tú sabes más que nadie sobre el tema.

—No sé si era telepatía. No sé si era *mediumnidad*. No sé si había algo más que pura sugestión.

—¿Cómo funcionaba?

—Funcionase como funcionase, Manrique, te garantizo que poco tenía que ver con señores calvos sentados en sillas de ruedas que reclutan a niños raritos.

—¿Disculpa?

La referencia cultural le llegaría tarde incluso dentro de treinta años.

—No es tan obvio como marcar un número privado de un cerebro, conectar con él y ponerse a charlar abiertamente. En realidad, funciona más como un telegrama. Telegrama en audio. No. No es eso tampoco. ¡Es difícil de explicar! Pero sí, es como un telegrama de audio. Sin duda es la definición que más se aproxima.

—Telegrama de audio. Suena fascinante. Me encantaría que pusieras eso en el artículo.

—Ni siquiera sé si funciona así en todos los casos. No he tenido la oportunidad de hablar con otros psíquicos o telépatas, llámalos como gustes. Solo sé que así era como hablábamos entre mi padre y yo.

—Está bien, eso ya suena bastante sugerente. Puedes escribir el artículo de manera completamente subjetiva: «Mi telepatía funciona así». No quiero decir que ese sea el título del artículo.

—Ya.

—Es solo para que te hagas una idea.

—Ya.

—¿Lo harás?

—¿Cómo de importante sería esto para ti?

—Para mí sería muy importante. Me muero de ganas porque vuelvas al redil. Tenerte entre nosotros. Una mente

relajada y crítica para variar. —Adopta un tono de voz muy grave y sereno—. Te aprecio mucho, chico.

Deben de ser tiempos muy duros estos que estamos viviendo. No soy de los que se emocionan con nada. Y esto es bastante poco. Solo una pizca más que nada. Y ha logrado que me atragante con mi saliva. Estoy muy sensible, supongo.

—No es el mejor momento para hacerlo.

—Podría servir para aclararte las ideas.

—No lo sé.

—Isaac, si yo pudiera ayudarte de alguna otra manera…

—Pensaré en ello.

Mantiene silencio durante unos instantes.

—Prométeme que lo harás. Aunque solo sea eso.

—Pensaré en ello —insisto.

—Cuídate.

Cuelga sin más. Con el borde de la camiseta limpio la pantalla del móvil, un poco húmeda en la zona que ha estado en contacto con mi oreja.

Telepatía. La otra parte de mi poder. La habitación al fondo del pasillo. Complicada, enigmática. No funciona de la misma manera con dos personas en todo el mundo. La capacidad especial que mi padre y yo jamás compartimos con mi madre. En casa era nuestra pequeña parcela de confianza, éramos cómplices, padre e hijo hablando sin hablar. Un secreto a gritos. Incluso hoy lo sabe todo el mundillo parapsicológico. Pero mi madre no está metida en él. El cónyuge que no sabe suficiente sobre el trabajo del otro.

El misterio en sí es un club privado, dentro de ese, hay otro, el de la investigación y la difusión de los temas paranormales. Dentro tenemos otro, y otro, como una muñeca rusa. Mi padre y yo, y nuestro nexo mental, seríamos la figura más pequeña, la que no se puede abrir. Nuestras cabezas en contacto directo, sin testigos, sin un archivo de WhatsApp que preferirías borrar. Pura y llanamente, un vórtice de contacto que siempre tenía

cobertura, al que no le importaban los kilómetros que nos separasen.

Es difícil describir cómo funciona. Lo que se escucha no es la voz del otro, sino «la voz de su pensamiento», una forma más exacta de reconocimiento de la persona que su simple timbre vocal. Y muy seguramente es nuestro cerebro el que interpreta en lenguaje hablado un paquete comprimido de informaciones sensitivas lanzado mediante neuronas enlazadas. A saber cómo. Se parece a unos archivos RAR, que se envían a la velocidad de la luz y descomprimimos al instante. Y se responde con igual volumen y complejidad. En pocos segundos se pueden tener conversaciones muy extensas con gran número de palabras que requerirían varios minutos en lenguaje oral. Porque no son exactamente palabras emitidas y recibidas en tiempo real. No es la radio. Son puros bloques de información con un montón de sensaciones asociadas. Va más allá de palabras que se oyen en la mente.

Aunque nuestro cerebro lo simplifica todo a la mínima expresión. Quiero creer que para facilitar la comprensión. Y nos encanta la radio, así que me imagino que ese tipo de asimilación conjunta facilita las cosas. De alguna manera es más eficiente y rápido que tener un comunicador colocado en la oreja por el que puedes hablar a distancia, pero entiendo que se parece bastante.

Lo cierto es que mola.

Mi padre me empezó a enseñar cómo utilizar esta habilidad aquella noche estrellada. La noche de nuestra promesa, del código Houdini. El primero en morir contactaría con el otro. Como fuera. Y nuestro método particular era excepcional. Podía ser la forma más eficiente de entablar contacto con el más allá. Infinitamente mejor que la escritura automática o la ouija, por poner solo dos ejemplos. La *voz del pensamiento*, por decirlo así, iba más allá del timbre de la voz humana, era una señal de identificación única. Mucho mejor que un documento de

identidad. No era necesario presentarse, podías sentir a la otra persona. Era como tenerla toda ella dentro. Iba mucho más allá, millones de años luz, del sonido de tu voz. No era posible suplantar a nadie, hacerse pasar por un tercero. No obstante… No era del todo necesario hacerse notar. Para que el nexo entre las dos personas se estableciera no se requería un mensaje que transcribir. Existía la posibilidad de residir en la mente del otro. Lo llamábamos autoestopismo.

Maldita sea la hora en que decidí hacer autoestop con Cosette.

Pero mejor ir por partes.

A partir de aquella frustrante noche del espíritu turista en la casa del rico, donde el niño bebé finalmente se interpretó como una simple ensoñación generada por las drogas, mi padre fue enseñándome las formas exactas de transmisión de pensamiento en bloque entre él y yo, a lo largo de un año y medio.

Recuerdo que mi padre podía meterse en mi cabeza con la misma facilidad con que abría la puerta de mi cuarto y curioseaba lo que estaba haciendo. El nivel de concentración requerido era total. No se podía uno meter en la mente del otro mientras conducía un vehículo o realizaba acciones del riesgo pero, con las medidas de seguridad pertinentes, mi padre podía llegar a ser un plomo de cuidado.

*[Deberías estar estudiando] [¿No crees?]*

—¡Papá, ya he estudiado! ¿Te importa dejarme solo? ¡Estoy en mi cuarto!

*[En realidad, sigues solo en tu cuarto]*

—No es así. ¡Márchate! —Y tras algunos segundos de incertidumbre, de alguna manera, seguía detectándole allí dentro—. ¿Te quieres marchar?

*[Ya me voy] [Tranquilo] [Estudia]*

—¡Adiós!

Ni que decir tiene que yo fui uno de los chicos de mi rango de edad con menos intimidad. Y un chaval, a esos años, la necesita. No todo iban a ser ventajas.

—No funciona con todo el mundo —me dijo mi padre en cierta ocasión.

Estábamos en la grada exterior de la primera curva del circuito de Montmeló, rodeados de cientos de aficionados a la Fórmula 1. Aquel año, Michael Schumacher ya tenía dos mundiales ganados con el equipo Benetton y era el primero en Ferrari. Le esperaba un dique bien seco durante varias temporadas. Y, como cabe prever, con aquellos motores V10 rugiendo con furia, llenando el ambiente de una estática sonora que dificultaba la conversación, mi padre recurría a ese truco mental que yo todavía no lograba ejecutar con éxito.

*[Digo que no funciona con todo el mundo]*

Allí no hacía falta que gritara. Su *voz de pensamiento* reverberaba en mi mente por encima de la información auditiva que mi cerebro registraba. Le escuchaba a él, pero no podía responderle.

*[Al principio hace falta un nivel de compenetración muy sólido para que esta técnica surta efecto] [Con tu madre, por ejemplo, lo he intentado] [Pero no resulta]*

Nunca he entrado a analizar el matrimonio de mis padres. Bastante tengo con lo mío. Pero es comprensible que no llegaran a un nivel de entendimiento muy profundo. De alguna manera, siempre me dio la sensación de que se encontraron demasiado pronto en la vida. Y cuando te llega tu media naranja, te llega. Y hay que formalizar la relación en el momento que toca. Pero a veces puede pillar a la gente en períodos vitales en que no están preparados o suficientemente vividos como para aceptar la nueva situación.

Es solo una teoría.

*[Solamente he podido entablar contacto mental con tres personas en toda mi vida] [El profesor Preuss nos presentó a una especie de gurú peruano, un maestro en esta disciplina, el único telépata auténtico que he conocido que merezca ese apelativo] [Podía sondear a quien quisiera] [Fue, por supuesto, la primera persona] [Nos enseñó al mismo tiempo a Monique y a mí, así que ella ha sido la segunda persona] [Y tú, chico, eres*

*la tercera y última en cuya mente puedo entrar]*

Monique. Monique Theriault. La sensitiva del grupo de investigación de mi padre. Entre ellos se llamaban siempre por su apellido. Siempre. Pero en el interior de mi mente, mediante contacto psíquico, mi padre la llamaba por su nombre de pila.

*[Te enseñaré a proyectar]*

—Genial.

Afortunadamente, mientras él permanecía en mi mente, podía escuchar todo lo que yo decía. No era una comunicación directa, mente a mente, pero él podía escuchar mi voz, emitida a través de las cuerdas vocales como si resonara en el interior de mi cráneo. Y de alguna manera podía espiar lo que yo hacía mediante una asimilación de toda la información que mis sentidos enviaban al cerebro. No era tanto ver a través de mis ojos, escuchar a través de mis oídos y, en definitiva, ser espectador, como sentir el equivalente a una realidad virtual orgánica. La información le llegaba de la misma manera que a mí. Por ello, si yo hubiera sido daltónico, la imagen le hubiese llegado con ese grado de imperfección. Porque, de alguna manera, entrar en una mente te lleva a sentir todo lo que ese proceso neuronal experimenta.

Incluso llegué a hacer una prueba de carácter totalmente empírico de esta materia, ya que en uno de esos ataques de voyerismo de mi padre me apreté con saña un corte reciente en el pulgar que me había hecho en unas prácticas escolares. Y pude escuchar en la habitación, al final del pasillo, a mi padre emitir un grito de dolor.

*[De acuerdo, te dejo en paz]*

Así que la primera vez que pude proyectar pensamiento, no fue tan premeditado como accidental, pero ya llevaba tiempo entrenando la técnica de la misma manera que mi padre lo aprendiera hacía años.

*[¡AYÚDAME!]*

Y ni siquiera fui del todo consciente de si había funcionado. En efecto, había disparado aquel mensaje telepático a través del espacio de manera completamente

instintiva. Y mi padre acudió en el acto. Un desaprensivo me había embestido y casi atropellado con su coche mientras yo iba, para variar, prudentemente en mi tabla de *skate*. Nunca supe si fue debido a la escasa visibilidad, a un despiste o a algún otro problema (de índole alcohólica, pensando mal y pronto), pero el caso es que aquel vehículo casi me arrolló. Quedé tirado en el arcén, a cien metros de distancia de la tabla, con la pierna dolorida y el pie izquierdo completamente doblado hacia el lado equivocado, como el muñeco de acción de un crío tirado por la alfombra.

Mi padre acudió al sitio exacto con su Volvo ranchera, con la cazadora de cuero color vino tinto y sin ninguna pregunta incómoda. Solo le preocupó llegar rápido a urgencias. No hizo mucho por averiguar la identidad del conductor agresor. Pero me compró una *skateboard* nueva en cuanto me hube recuperado.

Antes de eso, en el hospital, cuando le dijeron que no debía preocuparse, que caminaría con muletas un tiempo y que me pondría bien aunque ya no podría practicar deporte profesionalmente, mi padre me miró a través del cristal que separaba mi habitación del pasillo principal.

*[Lo has hecho muy bien]*

Pero yo no pude contestarle. Le había pedido auxilio a distancia por pura casualidad. Lo hice sin saber cómo.

Varios meses después de aquello, logré proyectar mi pensamiento consciente por primera vez. Tras un largo y agotador recorrido por ejercicios mentales cuya base misma era incapaz de razonar y que únicamente acumulaba frustración en la olla a presión en que se estaba convirtiendo mi cabeza.

*[¿HOLA?]*

Fue lo primero que logré proyectar. Y él se partió de risa.

Estábamos viendo de estreno *Star Trek: Primer contacto*, y a mí la película me aburría bastante. Así que me pasé gran parte de la proyección intentando meterme en la cabeza de mi padre. Y casi me mareé. Aquel escenario me

abrumó por completo cuando por fin logré penetrar. Incorporarme tenuemente en un inconsciente del todo ajeno al mío fue demasiado. Así llegué a la conclusión de que proyectar pensamiento era más «visitar» que sencillamente emitir un mensaje y dejar que el receptor lo recibiera. Había que ir allí, de alguna manera, y dejar el paquete como un mensajero inmaterial. Como un repartidor de comida a domicilio. «Traigo la pizza.» Y la pizza era el mensaje.

*[¿HOLA?]*

Mi padre, como digo, rompió a reír. La sala no estaba muy llena, pero dos espectadores se giraron en sus asientos para mirarnos con ceños fruncidos. Si nos hubiéramos metido en la sala de al lado, con el Michael Jordan más fuera de lugar del mundo en *Space Jam*, seguramente aquella carcajada no hubiera sentado tan mal, pero allí Data estaba traicionando (en teoría) al capitán Picard, y claro, tanto dramatismo no puede generar una reacción así de chocante entre el público y que sea bien recibida por los aficionados más especializados.

Me dio muchísima vergüenza.

*[Por fin, amigo] [Te ha costado]*

*[MAREADO]*

*[Las primeras veces puede ocurrir que…]*

Y vomité. Bastante. Sobre mis zapatillas deportivas y parte del asiento de delante, pero el asqueroso acto no fue detectado por espectador alguno. A pesar de eso, mi padre me sacó de allí reprimiendo nuevas carcajadas y evitó el diálogo mental durante varias horas.

Aquella noche tuvimos nuestra primera conversación sin que ninguno de los dos moviera los labios. Yo decía poca cosa, cada proyección resultó breve y concisa. Una palabra por telegrama mental. Aunque solo sea con eso, ya se puede hablar bastante.

Lo peor de la telepatía es que cada uno la usa a su manera. No hay un estudio completo al respecto ni reglas claras. Los

mejores telépatas del mundo seguro que prefieren permanecer en secreto. Puede ser peligroso airear un poder tal. El que mi padre solo fuera capaz de mantener contacto mental con tres personas en toda su vida, aquellas con las que estableció un mayor vínculo, no significa que otros no puedan meterse en la cabeza de cualquiera. Un telépata experimentado de verdad (como aquel gurú peruano que instruyó a mi padre) debería ser capaz de echar un vistazo en la mente superficial de quien sea.

En aquellos tiempos, mi padre era un buen médium, pero un telépata justito. Nuestra política era de puertas abiertas. Cada uno podía visitar la cabeza del otro cuando quisiera. Así lo apalabramos. Él nunca tuvo el poder para forzar la entrada en una mente sin una fuerte vinculación.

Parece ser que yo era más poderoso. Yo lo intenté con Cosette. Sin pedir permiso.

No estuvo bien. Aún me arrepiento de ello. Se puede decir que fue el origen del actual estado de mi relación con Cosette.

Y ella nunca lo supo. Lo que, desde cierto punto de vista, alguien podría considerar alguna forma sutil de violación. Aquello superó el acto de rebuscar en los cajones, encontrar el diario de alguien y ponerse a leerlo. No, yo llegué mucho más lejos.

Y si bien yo era capaz de detectar la presencia de mi padre en el interior de mi cabeza, él me hizo saber que existía la posibilidad de introducirse en la mente de alguien y lograr que no te detectara.

Así que, de alguna manera, eso fue lo que intenté. Fue un experimento. Y salió bien. Y mal. No quería encontrarme con aquello allí.

Hizo que me replanteara toda nuestra relación. Y si alguna vez merecí estar con ella.

En cuanto a mi relación con Cosette, solo puedo decir que fue, por ñoño que resulte, de auténtico cuento de hadas. Aunque luego digamos que los derechos de autor pasaron

de Walt Disney a Chuck Palahniuk, y la cosa se jodió.

La conocí en un simposio mediocre sobre ovnis que se organizó en Zaragoza. No recuerdo bien cuál era el grupo o la sociedad que movió todo aquello, aunque sí su carácter desprendido y el pasotismo extremo con que se llevó todo el evento. Mi ponencia fue aplazada al día siguiente solo noventa minutos antes de la hora original prevista. Cuando se me explicó tal circunstancia no entendí nada de nada. «Hemos tenido problemas en la programación bla, bla, bla y claro, si bla, bla, bla, ¿sabes? Es un engorro, pero bla, bla, bla.» Hice preguntas propias de un marciano recién llegado al planeta, a juzgar por cómo me miraron tras formularlas y mantuvieron un silencio casi temeroso.

—¿En serio me decís ahora que mi ponencia es mañana?

La pregunta debía de tener algún componente siniestro dentro de un encriptado código que yo no fui capaz de advertir. Alguna fuerza oscura guiaba mis palabras, al parecer.

Como el bar de esa suerte de polideportivo donde se celebraba el evento ofrecía barra libre a ponentes y a colaboradores, no quise dar importancia al asunto. Cualquier perjuicio podía ser bañado en cerveza todo lo alegremente que quisiera. Y no parecía que a las figuras eminentes del misterio que allí se daban cita les diera por empinar mucho el codo.

Y, apoyado en la barra, a mis cosas, con una Franziskaner servida en jarra helada, me asaltó Bárbara. Para mí tardó mucho tiempo en ser aceptada como Bárbara. Fue durante años simplemente «la amiga de Cosette». Habían venido las dos con una tercera amiga con la que nunca llegué a cruzar ni una sola palabra, aunque nos presentaron tres veces y siempre nos saludamos como la primera vez.

Pero sí, Bárbara fue la que se fijó en mí y la que quiso ligarme. Yo no estaba en la sintonía adecuada. En esa clase de lances no suelen darse muchas oportunidades de flirteo. Así que, si se presentan, por lo menos a mí me dejan fuera

de juego antes de que alguien siquiera me pase el balón.

—Tú eres Isaac Zarco, ¿no? El de *Tras el velo*.

Mi reputación me precedía. *Tras el velo* no había sido emitido en una emisora potente, pero gozaba de un buen número de seguidores en internet que se descargaban sus emisiones enlatadas en páginas y foros donde el programa solía figurar entre los más eminentes. Para aquel año ya casi era un producto de culto. Y yo era el director y presentador del espacio, así que, en este mundillo liliputiense y ridículo del misterio *amateur*, yo era un grande. Que no era decir demasiado.

—Sí, ¿escuchas el programa? —Pregunta muy tonta, por mi parte.

—Me encanta. Tienes una voz…

Y en ese momento, desconecté. No sé si la calé enseguida, porque no estaba muy seguro de haber conocido siquiera las primeras capas de su insulsa y soporífera personalidad, pero supe en ese preciso momento que no habría química alguna entre aquella chica y yo.

Por el contrario, me fijé en el grupito formado por sus dos amigas. Aquella otra, Pelo Castaño y, por supuesto, Cosette. Que estaban hablando con Leandro Mánver. Mucho más alto que yo, mucho más famoso, director de la revista *Misterios*, con más o menos buena pinta y que andaba por allí disponible para que cualquiera le entrara. Y Bárbara me había elegido a mí.

Debo reconocer que, aunque no era mi estilo en lo referente a actitud, físicamente tenía un pase. Para cierto tipo de actividades nocturnas no estaba nada mal, habida cuenta de lo que solíamos encontrar por este tipo de simposios. Parecía que los chicos y las chicas guapas optaban por frecuentar otra clase de lugares, seguramente a cuatrocientos kilómetros de distancia de cualquier aficionado a los ovnis y a la parapsicología.

Tras un par de minutos de ruido blanco, La Amiga se calló y con una sonrisa tímida aguardó una respuesta por mi parte.

—Perdona, ¿cómo?

—¿De qué va tu ponencia?

—Ah, sí, de aviones espía invisibles de última generación.

—¿Qué tiene eso que ver con los ovnis?

—Los aviones espía no aparecen en los radares, en gran parte por su diseño increíblemente extraño. Parecen naves especiales. Ya verás, he traído un montón de imágenes que pondré durante la ponencia. Te va a sorprender. ¿Has venido sola?

Típica pregunta trampa. Sabía que no. Saltaba a la vista dentro de qué grupito estaba integrada. Pero había que ser más o menos elegante. Preguntarle por su amiga, la morena, tan pronto, podría no haber sido una jugada inteligente en ese momento. Y sí, debo reconocerlo, si mi verdadero objetivo me hubiese rechazado, supongo que me habría conformado con La Amiga. En esos días, no estaba el asunto como para rechazar una oportunidad de liberar tensiones.

Las cosas como son, en el mundo del misterio se folla bastante poco.

—No. Bueno, he venido con un par de amigas. Eso de los aviones espía es…

—Podrías presentármelas y así os lo cuento todo. ¿Vais a venir las tres a la ponencia? Sí, ¿verdad? En serio, Mánver está pillado y se puede poner bastante pesado cuando habla de su altísimo cargo de gran importancia. Alguien debería salvar a tus amigas. ¿Quieres que sigan siendo tus amigas? Apuesto a que sí, Beatriz.

—Bárbara.

—Venga, vamos a rescatarlas. ¿También escuchan *Tras el velo*?

—Ellas no.

A veces, en las fiestas de cumpleaños y reuniones sociales multitudinarias en casa de alguien, no alcanzas el plato que realmente quieres degustar porque tienes una ración justo al lado. La conversación es intensa y no estaría bien que te ausentaras unos segundos para ir a por un plato de lo que de verdad te quieres meter en la boca. Así que te

conformas.

Yo no quería desaprovechar una oportunidad de oro de quitarle todas las chicas disponibles a Leandro Mánver, así que me las apañé para que Bárbara las arrancara de cuajo de una conversación intrascendente para presentarles a ese locutor del programa del que tantas veces les había hablado. Tiene gracia el papel que juegan en tu vida personas insignificantes, pero sin cuya intervención no hubieran sido posibles las relaciones que vinieron después. Como el grandullón Biff Tannen haciendo posible el idilio del matrimonio McFly. Y antes de que me diera cuenta, Mánver había dejado de existir, como un dibujo de espuma en la superficie de un café. Al segundo siguiente de haber sido ignorando de improviso por las chicas se desmaterializó como un vampiro. Algo así debió de ocurrir. Yo ni me digné a saludarle o a darle oportunidad de unir los dos grupos. Era muy sencillo. «Tú sobras. Adiós.»

Por aquel entonces yo me preocupaba de estar en forma y de elegir camisas ceñidas que contornearan mi cuerpo sin necesidad de que alguien temiera que un botón le fuera a saltar un ojo. Y tenía labia.

Recuerdo que me encantó su nombre. Francés. Poco habitual. Cosette. «Con una ese y dos tes. Aunque yo sea más de café.» El chiste, ensayadísimo por su parte, me pareció encantador. Tenía una manera de caerle el mechón izquierdo sobre el ojo, tapándoselo un tanto, que memoricé durante días. Y una media sonrisa…

Demonios.

Me gustó desde que me fijé en ella.

Pero me fascinaba más a cada segundo que la iba conociendo.

A pesar de todo, es difícil ligarse a una chica en concreto cuando forma parte de un grupo que ya empieza a ser numeroso, sobre todo sin un amigo que realice oportunas maniobras de distracción. Así que tuve que preocuparme por caer bien a las tres chicas por igual, dejando claro que no me decantaba por ninguna. El maldito juego de siempre. Aparentar, no figurar que estás

demasiado interesado, pero sin aparentar no estar en absoluto interesado. Un equilibrio en el que, muchas veces, cualquiera puede volcarse de lado al menor descuido.

No me fue mal. Las convencí para que asistieran a mi ponencia sesuda sobre cazas furtivos con aerodinámicas fácilmente confundibles con ovnis. Un tema elegido por su frescura y originalidad, que podía despachar en siete u ocho minutos, pero que podía alargar hasta los cuarenta y cinco que me exigía la organización con un poco de semántica compleja, ritmo pausado y con garbo, con una sección final de preguntas del público. Con algo de gracia, el relleno parece no serlo.

Problema: mi ponencia ya no era ese día, sino el domingo.

Me prometieron que vendrían.

Al día siguiente, fui con César Baggio todo el tiempo, esperando el momento de verlas aparecer. Y, afortunadamente, Pelo Castaño (Dios la guarde en su memoria, porque mi disco duro parece haberse desmagnetizado) no iba con ellas. Así que el plan era obvio. César se encargó de darle conversación intensa a Bárbara. Yo me apliqué a fondo con Cosette.

Y funcionó. No hay más. A veces funciona para un momento, una noche entera. Alguna otra cita ocasional. A veces funciona para mucho más. Aquello era especial y me di cuenta enseguida. No iba a ser un entretenimiento para ese fin de semana en Zaragoza.

Ocurrió antes de la ponencia. Aunque por ocurrir, realmente no ocurrió nada. Hubo un silencio repentino en uno de esos momentos que corresponde a un beso robado, una maniobra cobra o un beso consentido. Una mirada intensa que dura un milenio. En una discoteca un sábado por la noche no hubiera dudado un segundo. Pero estaba fuera del contexto adecuado. Nadie va a un simposio sobre ovnis a buscar pareja.

El instante pasó. Apartamos la vista y sobrevino un silencio que, en otras circunstancias, debería haber sido incómodo. No lo fue en esta ocasión. Más bien se asumió

por ambas partes que había sonado la campana, pero que habría un segundo asalto.

Durante mi ponencia no estuve muy fino. Me equivoqué con un par de diapositivas y no estuve demasiado afilado en mis argumentos de por qué un aficionado a los ovnis también debe explorar esas otras materias, astronomía y aviación de diseño, entre otras muchas, porque bastantes avistamientos sospechosos de hipotéticos platillos volantes pueden ser descartados si se tienen conocimientos suficientes sobre esas otras especialidades ajenas a la ufología. *Aquel mechón cayendo sobre el ojo izquierdo*. Y realmente, ese era el objetivo de mi ponencia. Que la nueva generación de aficionados a estos temas digiera la idea de que no vale con leerse todos los libros de F. F. Belasco para convertirse en un entendido en esto de los mal llamados platillos volantes. *Esa media sonrisa suya*. Y al final, mi participación duró casi diez minutos menos de lo previsto porque nadie hizo ni una pregunta.

Me dio igual. Solo tenía una cosa en la cabeza. Cosette. Con una ese y dos tes, aunque ella sea más de café.

Durante la siguiente semana, resultando que vivíamos en la misma ciudad, aunque a cuarenta y cinco kilómetros de distancia, no pude evitar llamarla más de lo recomendable. Me arriesgué a quedar como un tipo cargante para dejar claro que estaba interesado. No desesperado, que eso nunca queda bien, aunque lo estaba total y definitivamente. Necesitaba quedar con ella, esta vez sin carabinas.

—¿En plan cita? —Lo preguntó con cierto retintín.

—No. En plan amigos.

—En plan cita. Entre amigos.

Las anteriores llamadas habían sido para tantear el terreno. Pretendidamente ocasionales. Diarias, pero ocasionales. Sin intención. Curiosidad sin más.

Estásbien/estoybien/seguro/puesclaro/
puesnadasolotellamabaparaeso.

Parecíamos dos colegiales. Por aquel entonces yo ya

gastaba mis treinta y cinco eneros, y ella solo un par menos. Habíamos tenido pasados. Relaciones que fructificaron un tiempo, pero que no eran medias naranjas potenciales, en mi caso. Muchos rollos de una sola noche y alguna locura. Ella, en cambio, se guardaba bastante munición. Una experiencia dilatada. No habló mucho sobre ello, supongo que para no asustarme demasiado rápido. Lo que decidió contarme no fue una de sus locuras, sino la primera de ellas, y tenía que ver con una cama redonda con media docena de chicas y cinco chicos donde todo el mundo hizo de todo con todo el mundo en un mar de peyote y alcohol.

¿Peyote? ¿En serio? Respuesta: sí.

Fue lo que pregunté. Luego me asaltaron las preguntas evidentemente interesantes, pero el momento de indagar ya había pasado.

Por mi parte, mi única locura tenía que ver con una participación puntual en una película pornográfica de superhéroes cutres inventados.

¿Cuál fue el título? ¿Tenía título? Respuesta: sí.

Podemos aventurar que ella tampoco tuvo un día muy inspirado preguntando.

*La vida secreta de Stan Lee*. Un título no demasiado *excelsior*, y que encima hubo que cambiar para evitar jaleos de *copyright*. Al final fue *La vida secreta de Stan Li*. Y arreglado. La trama (tenía trama) quería caer en lo cómico adrede, pero se despeñaba directamente en lo lamentable.

Aquella noche, para despejar los secretos más inconfesables con la esperanza de que ya no habría nada que ocultarse, típica promesa de enamorados, cuando ya habíamos formalizado la relación oficialmente, tuvo un giro hacia lo denigrante solo de mi lado. Lo poco que sabía de sus experiencias se movía entre lo genial y lo sugerente. Pero lo de la peli porno de superhéroes…

—Yo era Halcón Hood —confesé, unos segundos antes de que todo dejara de ser gracioso.

—¿Halcón Hood?

—Sí, como Robin Hood y Ojo de…

—Ya, lo pillo, lo pillo. Qué maravilla. Y te cepillabas

a…

—Noooo. No es necesario que lo sepas, Cosette.

—Venga, cuéntalo.

—No, me niego. No te vas a reír. Quedarás traumatizada para el resto de tu vida.

—¿Viuda Putita? ¿Wonder Bitch?

—No, no tan grave.

—Pues entonces, dímelo. Vamos, señor Halcón Hood. No se resista. Seré muy servicial con usted, por favor, dígamelo.

—Vale, de acuerdo: Tetulka. Ya está. Así se llamaba.

—¿Tetulka? Te tirabas a… —Se tapó los ojos con la mano y trató de reprimir un ataque risa nerviosa, pero sin éxito.

—Sí, ya sabes. Verde. Como… ¡Olvídalo! —Cosette empezó a doblarse de risa. A mí aquello dejó de gustarme definitivamente—. Ya está. Prueba superada. Te lo he contado todo.

—¡No, por favor! ¡Sigue, sigue! ¿Y qué te hacía, qué te hacía ella? Cuéntame tu escena, te lo suplico. Te pagaré. Si hace falta, te juro que te pagaré. Venga, tío. ¿Cuál era el guion? ¿Te absorbía la esencia viril a través de tu empinado y poderoso arco con su succión gamma?

—No, nada tan atrevido. Apenas había presupuesto para un par de peleas ridículas echando abajo paredes de porexpán. Se suponía que formábamos parte del mismo equipo. Estábamos de patrulla y nos aburríamos.

—Vaya, no suena muy divertido.

—Porque no lo era.

—Pónmela. No me voy a creer que no la tengas. Algo así se conserva para siempre.

—Créeme, en cuanto ves los resultados, la primera reacción es borrar todos los archivos.

—Aún la tienes.

—No.

—Aún la tienes.

—No.

Y era cierto. A decir verdad, nunca la tuve. En cuanto

vi el montaje final en casa de uno de los perpetradores, quise morir. No terminé de ver ni una sola secuencia. Así que no le puse ninguna película, ni de superhéroes, ni pornográfica, pero tuvimos sexo con un nuevo tipo de complicidad. Creíamos que aquel amor era invencible, imperecedero. Buttercup y Westley.

Hubo un pequeño detalle desestabilizador. Una nota discordante. Me chocó y sonó atrevido al mismo tiempo. No es momento de entrar ahora en detalles. Lo dejaré en que la cosa llegó un pelín demasiado lejos de lo que suele ser normal en un primer encuentro sexual.

Pudo haber sido así, casi perfecto, si yo no hubiera querido meterme en su cabeza. Pero estas cosas funcionan como las bombas atómicas. Es imposible construirlas y guardarlas en un silo para no tener que usarlas. Por lo menos, aunque solo sea una vez, hay que tirárselas a alguien. A ver qué pasa.

Que sean dos.

Y fueron dos, también en mi caso. Dos intrusiones. Dos errores colosales.

# CAPÍTULO 4

## INTERLUDIO

Ha sido horrible para Ana. Un día del todo horrible. Normalmente las chicas populares no la eligen a ella como diana para sus burlas. Burlas de niña pija que deberían de dar pena y no hacerte sentir tan mal, pero que, por alguna razón que ella no entiende, sí se te meten hasta dentro y causan hemorragia.

Casi preferiría ser acosada por los chicos abusones. Que la metieran de cabeza en una taquilla o le hicieran la zancadilla y se cayera de bruces. Oh, sí, ojalá hubiera sido eso. Porque las chicas son muchísimo peores. Las rozaduras en la rodilla o el dolor por ese esternón castigado por un puñetazo desaparecen. Al cabo de un día o dos, puedes estar como nueva. Tampoco es que lo sepa con certeza, porque nunca la han tirado al suelo ni le han pegado un puñetazo. Pero sí, seguro que sí.

Las cicatrices mentales pueden permanecer ahí durante cursos enteros. Y luego está la mierda de internet.

La han grabado en vídeo. Tiene la certeza de que lo subirán a las redes sociales. Esa misma noche. Grupos de populares comentando la jugada. El más aburrido de todos le dedicará un tiempo con el Photoshop para hacer un meme con dos o tres viñetas. Ana *la Insana*. No tiene tanta gracia. Pero se han estado riendo durante dos minutos enteros con cada uno de esos ciento veinte segundos, hasta que ella ha decidido salir de allí con prisa.

Y todo porque la nueva camisa, que le sienta genial y realza sus senos, no transpira bien. Se la había probado varias veces sin detectar ese problema. La había llevado en

ciertas ocasiones y nunca sospechó que, en un día tan soleado como el de hoy, durante más horas de las que la había llevado hasta el momento, iba a formar un pequeño oasis de sudor alrededor de las axilas.

De hecho, Ana ni se dio cuenta hasta que empezaron a reírse y a señalarla con el dedo. Fue Melissa, la zorrita ideal, con su estupenda piel y sus labios perfectos. La jefecilla de ese grupito de pringadas que hoy, para variar, por primera y, Dios lo quiera, por última vez, la han elegido como objeto de sus burlas.

Melissa no la había mirado directamente ni una sola vez. Ella no podía decir lo mismo. Recordaba perfectamente su transformación desde que era solo una niña mulata que no llamaba la atención de nadie hasta ese curso en que cumplió algo más de doce años y, ¡tachán!, todo se había puesto en su sitio y resultó que se parecía a Laura Harrier. Podía soportar que no la mirara directamente ni una sola vez; hacía falta tener un campo visual enorme para esquivarla con esa agilidad tan impresionante y no reparar en ella ni un segundo. Hasta el día de hoy no recordaba ni una sola vez en la que esos enormes ojos se posaran en ella.

Hasta hoy.

Con esa sonrisa que, jamás lo hubiera jurado, desprendía una maldad pura y genuina. Casi era una mueca sobrenatural. Y se la había dedicado completamente a ella.

No ha sido lo peor.

—¡Qué cerda! —llegó a decir—. ¿Cómo se llamaba?

Eso pudo ser lo más doloroso de todo. Llevaban años yendo juntas a clase y ¿no recordaba ni su nombre?

—Ana —le respondió Marta, su dama de honor perpetua.

—Ana *la Insana*.

Todo el mundo le rio el chiste. No solo su cohorte de arpías recurrentes, mosquitas revoloteadoras y subordinadas declaradas, sino todo el mundo que estaba en el pasillo y oyó la conversación. Ojos gozosos y sonrisitas agudas. Todos y todas vieron sus axilas mojadas. Incluso ese chico de dieciséis años que tiene el canal de videojuegos

en YouTube. ¿Por qué él iba a reírle la gracia? No es tan ingenioso. Ana *la Insana*. Incluso la Malsana hubiera quedado mejor.

Ana detesta odiar a Melissa. Pero la odia con todas sus fuerzas. Joder que sí.

Después sacaron sus móviles y se pusieron a grabarla. Casi a la velocidad de la luz, cinco o puede que hasta siete móviles se materializaron delante de su cara para grabarla al son de «Ana *la Insana*» repetido una y otra vez.

Ahora solo queda correr hasta casa y suplicar a sus padres que se muden de ciudad esa misma tarde. O hacer pellas hasta el bachillerato, cruzando los dedos para no volver a coincidir con nadie que hoy la haya visto sudar como un chico tras la clase de gimnasia.

No está consiguiendo engañarse.

Su familia no va a irse a ningún sitio.

Ana es incapaz de saltarse una clase.

Pero podría no ser tan grave. Solo ha sido un poco de sudor. ¿No?

No. Una mancha del tamaño de un cuenco de arroz. Maldita sea, sí es grave. Ha sido un montonazo de sudor. La camisa será quemada como se merece, y podría cambiar de peinado o ponerse gafas de intelectual. Volver al día siguiente a clase con los dedos cruzados esperando que ningún vídeo se haya vuelto viral. El mundo tiene muchas cosas que ver en internet: conductores que saltan una glorieta a doscientos kilómetros por hora y se empotran contra una terraza, sustos perpetrados por amigos de pacotilla a compañeros incautos, aperturas de todo tipo de cajas y productos, caídas monumentales desde tejados en piscinas vacías, reacciones a tráilers o gente que hace cuádruples saltos mortales con la bicicleta. Entre eso y los gatitos, ¿quién iba a perder el tiempo con una adolescente que ha mojado los sobacos?

No era necesario tanto para que la humillación fuera insoportable. El vídeo no tenía que salir de la localidad. Bastaba con que todo el colegio lo viera esa noche. Ana *la Insana* es fácil de recordar. Podría no desprenderse de eso

en la vida.

—Toma, ¿quieres mi chaqueta?

Ana se topa de bruces con una chica recién salida de algún anime. Su atuendo luce ese toque gótico japonés sobrecargado, pero no siniestro. El resto es un tanto andrógino. Ella acepta torpemente la chaqueta, pero aún no se la pone.

—No les hagas caso. Necesitan exteriorizar sus frustraciones con todos los demás.

Ana se está preguntando si esta persona, a quien no ha visto en su vida, ha podido enterarse de lo sucedido mientras recuperan lentamente el paso. Nadie así podría pasar desapercibido. Si es una chica nueva, hubiera causado sensación ya el primer día.

—Deberías haberte arrimado a ellas y haberte tapado la nariz mientras volvías a apartarte: «Yo al menos puedo lavarme, tu peste es natural».

Ana tiene que reconocer que no está mal. Era una buena respuesta. Podría no reírse todo el mundo, pero al menos hubiera servido como digno contraataque. Viniendo de la chica de la sobaquera anegada, haría falta mucha personalidad y una actitud desafiante y decidida para que los demás dieran el partido por empatado; pero al menos hubiera rebajado la humillación sufrida.

—Ellas no están acostumbradas a que las repliquen.

—Supongo que ya da igual —concluye Ana, queriendo zanjar el asunto cuanto antes.

Intenta seguir a lo suyo, con la cabeza gacha y procurando no dar demasiada pena. No sabe qué hacer con la chaqueta. Lo último que necesita ahora es que una completa desconocida se compadezca de su desgracia.

—Tampoco ha sido para tanto —dice la chica gótica—, Ana. Se olvidarán enseguida.

¿Sabe su nombre? ¿Por qué sabe su nombre? Por un momento empieza a repasar uno por uno todos los pupitres de su aula. Los rostros que suele haber allí, la gente que se mueve por los pasillos entre clases. Aún le quedan muchos alumnos y alumnas que conocer, pero a esta chica no la ha

visto nunca. Ni siquiera sabe su nombre. Y hubiera sido una de las primeras cosas sobre las que habría indagado.

—Soy Maxine.

Confirmado. Ese nombre no lo habría olvidado. A veces una chica podía dar un cambio más que notable en poco tiempo. A Marla Quintáns le habían salido unas tetas como balones en cuestión de semanas, y a Rebeca Sanabria se le hincharon los muslos como jamones. Recuerda que cambiaron de peinado y buscaron un nuevo estilo de vestir. De repente, parecían chicas completamente diferentes, pero seguían siendo Marla y Rebeca. Tenían un historial.

Sin embargo, no ha podido pasar eso mismo con… Maxine. Sencillamente, no es de este colegio.

—Estoy pensando en venir a estudiar aquí. Pero no, todavía no soy alumna. De momento.

—¿En qué colegio estás ahora?

—¿Te importa si te acompaño a casa?

La idea de que esta chica la acompañe, aunque solo sea por unos minutos, le entusiasma. Incluso el hecho de que así averigüe dónde vive. Podría sugerir que, más adelante, la visitara en cualquier momento. Las chicas nuevas necesitan hacer amigas rápidamente si quieren adaptarse al medio. Y Ana está encantada de ser la primera en tenderle la mano.

Aun así…

—¿No tienes nada que hacer? —pregunta tímidamente.

—He decidido tomarme la tarde libre. ¿Quieres que te acompañe o no?

—Sí, quiero decir… claro. Pero…

—No soporto que la gente buena sufra injusticias —dice Maxine, que adopta un pose agresiva, llegando a caminar casi como un chico—. Me supera completamente. Es ver una injusticia y me pongo a mil por hora. ¿No te ocurre a ti?

—A mí tampoco me gusta verlo, pero mientras no se metan conmigo, ya sabes, digamos que prefiero mirar a otro lado.

—Pues yo no puedo mirar a otro lado. —Le acerca la

mano por detrás de la nuca en un movimiento tan rápido que, aunque Ana tiene la intención de apartarse, no sabe muy bien por qué, no logra evitar que la chica le agarre de la parte posterior de la cabeza. Entrelazando los dedos entre su cabello. Un tacto cálido y suave. Con un movimiento tierno, pero firme, la obliga a mirarla directamente a los ojos. Unos ojos miel con un iris ligeramente anaranjado—. No está bien que se hayan reído de ti. Debería pasarles algo. ¿No crees?

—¿Cómo que algo?

Maxine la peina un poco con la mano mientras sonríe, generando una sensación eléctrica casi estremecedora en toda su dermis.

—Algo malo, por supuesto. Yo creo que se lo merecen. Estaría dispuesta a darles un escarmiento. Me ofrezco a ello. Reírse de una chica como tú… No está nada bien. —Se aparta un tanto y sigue caminando, la vista al frente como si el mundo le perteneciera. Tiene un paso bastante más ligero de lo que da a entender el alcance de su zancada. Obliga a Ana a precipitar su paso, casi dando saltitos para seguir a su altura—. No te metes con nadie —prosigue Maxine—. Vas a lo tuyo. Tu ropa es cara sin ser prohibitiva, sacas notas aceptables y… has tardado un poco en desarrollarte, pero te estás poniendo guapísima.

—Por favor…

—Es así.

Ana se rasca la sien. Odiaría que sus mejillas se sonrojasen ahora, pero empieza a sentir cómo su temperatura comienza a aumentar. Va a ser un desastre que se ponga colorada.

—Venga, mujer. Estás genial. Has ganado un cuatrocientos por ciento. Y lo sabes. Tú lo sabes de sobra. Puede que te dé un poco de vergüenza. Vas enseñando cada vez un poco más, arriesgas cada cierto tiempo, pero aún no todo lo que te gustaría. Las demás chicas ya van por ahí con esos escotes extravagantes, pero tú sabes que no es eso lo que quieres exhibir… aunque hay materia prima que lucir. Eso está clarísimo.

Maxine camina con las manos en los bolsillos, completamente estirada y con la barbilla un poco más alzada de lo normal. Finalmente repara en que su chaqueta, una americana de Yohji Yamamoto, todavía está en las manos de Ana, así que decide recuperarla y echársela sobre un hombro.

—Te diré una cosa. —De un saltito se pone delante de su trayectoria y sigue caminando de espaldas sin dejar de mirarla—. ¿Sabes que Melissa usa protegeslip a diario?

No. No puede ser verdad. ¿Para qué iba ella a…?

Maxine ladea un tanto la cabeza y la taladra con la mirada. El halo naranja de sus ojos parece intensificarse, como un anillo de luz muy delgado y, por algún motivo, no del todo atrayente.

—Tiene unos períodos muy severos, al parecer. Le duele más que a sus amigas. En esos días, toda su cohorte tiene la obligación de estar más cerca de ella y hacerla sentir bien. Llora. ¿Te lo puedes creer? Llora como un bebé, sin razón aparente. Moja mucho más la almohada que tú las axilas. Pero a ti solo te pasa con esa camisa. No es una buena tela.

—¿Cómo sabes eso?

—Y no es lo único que moja. Cuando no tiene la regla, al parecer, lubrica mucho. Lubrica un montón. Por eso lleva protegeslip. Siempre.

—¿Te lo han contado sus amigas? O quizás…

—En la piscina, o en la playa, se mete en el agua con mucha regularidad. ¿Qué te parece? El bañador no le dura seco demasiado tiempo. Le basta con ver pasar a un tío fornido y se moja enterita. —Se ríe aparatosamente durante un único y preciso segundo. Luego hace una pedorreta con la boca—. Ahora mismo está con ese apollardado de Julio. Todo hombros y pectoral, pero la nuez se siente sola entre tanto gas craneal.

Ana se tapa la boca mientras ríe discretamente. La imagen mental que se ha formado la hace sentir malvada y, por qué no decirlo, bien. Ese cerebrito con dos ojitos pequeños de dibujo animado y una boca curvada hacia

abajo, en el centro de un cráneo vacío. Un cerebrito nuez tipo gif. No debería hacerle gracia, pero le está dando una especie de risa floja que le cuesta reprimir.

—Es cierto, tía —sigue diciendo Maxine—, la noche que ese puerco le metió la mano ahí dentro la apartó en el acto. Como si se hubiera quemado. El pobre pensó que ella se había meado encima.

—¡Ya, claro! Y te lo ha contado a ti.

—No te miento. Fue lo que pensó. Pobre muchacho. Luego le hizo gracia, a nada que se lo pensó mejor. Algún día querrá meterse por ahí y no le costará ningún esfuerzo. Como echar un hielo en tu bebida. ¡Flop! Ya está. Hasta el fondo.

—¡Qué dices!

—El verdadero problema será cuando deba bajar al pilón y darle lo suyo oralmente. Será como lavarse la cara antes del afeitado.

Ana se detiene en seco y suelta una carcajada estruendosa. Ya no puede más. Nunca había tenido una conversación así. Por primera vez está siendo despiadada con otra persona. Aunque, pensándolo mejor, no es ella quien está siéndolo. Pero le ríe los chistes a su nueva amiga, no por intentar caerle bien, sino porque verdaderamente le parece graciosa y divertida. Y eso debería hacerla sentir mal. Culpable. Está diciendo cosas muy duras. Cosas que tienen que ver con la intimidad de la gente. No obstante, no siente remordimiento alguno.

—Me gusta que me veas como tu nueva amiga —dice Maxine.

—¿Qué?

—Y no pasa nada porque no sientas remordimientos ante un pensamiento cruel. No sueles tener pensamientos crueles. Y estamos hablando de alguien que se ha portado fatal contigo. Y no se parece tanto a Laura Harrier.

—Bueno…

—No has dicho nada sobre mi ofrecimiento.

Han llegado a su casa. Ha sido como un chasquear de dedos. Casi magia. Estaban en los alrededores del centro de

enseñanza y ahora, abracadabra, ya han llegado. La ha acompañado a su casa una chica fascinante, mala y estilosa. Y ella le cae bien.

Durante un fugaz segundo, duda. Se plantea si no formará parte de un plan elaborado para humillarla más. Se ha acordado de Carrie. La chica invisible convertida en la reina del baile. ¿Habrá un cubo lleno de sangre esperándola a ella también?

Maxine la mira con una ternura simplemente irresistible.

—Yo jamás te haría eso.

Ana está a punto de expresar su inquietud acerca de cómo esta chica parece leerle…

Maxine la besa repentinamente. No hay lengua, es más bien una caricia hecha con los labios sobre los suyos, que dura unos segundos y luego un pico sobre la comisura izquierda. Se separa enseguida con un mimo esquimal y la mira fijamente. Su pulgar se desliza sobre su mejilla haciendo que el derretimiento sea completo. No ha sentido nada así, jamás.

—Sigues sin darme una respuesta. Te he hecho una oferta y está a punto de expirar.

Ana frunce el ceño mientras se pasa un dedo por el labio inferior, justo en el punto donde ha sido besada.

—Sí. Quiero que le ocurra algo. Algo malo. Un escarmiento.

—Algo malo. Eso es poco.

—Algo horrible.

—Algo espantoso suena mucho mejor.

—Algo jodidamente espantoso.

Maxine sonríe de medio lado. Sus globos oculares ahora son el vacío sideral. Sin párpados, sin cejas. Unas cuencas como cuevas. Fosos de pura oscuridad excavados en un terreno reseco y pálido.

—Yo me encargo.

# CAPÍTULO 5

## ESA NOCHE

Si de verdad los espíritus de los difuntos existen, velan por nosotros, curiosean por ahí como *voyeurs* invisibles, nos acompañan en momentos de soledad o, simplemente, vagan por el mundo, quizá metiéndose en una casa y saliendo de ella como quien pasea por un parque; de mí, malditos sean todos ellos, no quiere saber nadie.

Mis instintos paragnostas, anteriormente afilados, han desaparecido. Incluso visitando hospitales, velatorios, lugares donde anteriormente siempre vislumbraba a algún espíritu errante o confuso, no se activa ninguna alarma. Podría ser un bloqueo. Sería la teoría preferida de otros médiums, si decidiera consultarles. Los conozco bien. Tienen el discurso memorizado. Mejor pasar de ellos.

Suena el móvil. Lo tengo en la mano. Llamada entrante. Está vibrando como una maquinilla de afeitar y sonando a todo volumen. Se trata de la *Danza de los caballeros*, de Prokófiev.

Es Cosette. El único número que me sé de memoria. No me hace falta, el teléfono me lo pone bien claro: Cosette. En su día, Cosette Morena. Aunque no conocía a ninguna otra Cosette; pero lo de morena sin duda me servía para identificarla perfectamente: «La chica que te gusta. Cosette». Cuando empezamos a salir, lo edité, obviamente.

Cinco segundos de Prokófiev. Sigo paralizado.

Mi pulso se acelera. Lleva meses sin saber de mí. Me rechazó tantas llamadas que, después de aquel mensaje de «Zorra» que nunca llegué a borrar, estaba seguro de que en la vida volvería a oír su voz. Ni que fuera para insultarme.

Siete segundos. Está a punto de saltar el contestador.

Deslizo el pulgar por la pantalla, subiendo el icono verde hacia arriba.

—¿Sí?

Por un momento, me temo que haya sido un error. El silencio se apodera del mundo. No hay sonido alguno en todo el cosmos. ¿Realmente ha sido un error? No sería la primera vez que en mi bolsillo se acciona sola la pantalla y se opera accidentalmente una llamada a quien sea. Siempre a altas horas de la madrug...

—¿Isaac?

Al fin. Es su voz. Suena apesadumbrada. Una voz que no quiere decir lo que sea que está a punto de expresar. Casi pidiendo disculpas antes de continuar.

—¿Qué ocurre?

—Si te pillo en mal momento, puedo llamarte más tarde.

Podría mentir, hacer que me llame dentro de cuarenta minutos. Por puro placer vengativo. Hacerme rogar. A fin de cuentas, es ella quien llama. Algo querrá. «No has querido saber de mí durante todo este tiempo y ¿ahora me llamas?» Como un maldito informático. Solo le llamas cuando se te ha jodido el ordenador. ¿Para qué demonios iba a querer llamar nadie a un amigo informático si no es para eso?

—No, tranquila, no estaba haciendo nada urgente.

—¿Estás bien?

No se me ocurre cómo responder a eso. No puedo contarle la verdad. Que estoy pasando la peor etapa de mi vida. Mi padre, ella… Me rebanaría la lengua antes que dar pena.

Yo no quiero esta patata caliente.

—Y tú, ¿estás bien? —le digo.

—Verás, te llamaba por eso.

Parece muy serio.

—Cuéntame.

—Se trata de mi… —Y se echa a llorar. Un estallido de lágrimas. Intenta recomponerse rápidamente—. No quería

molestarte… —No le sale muy bien, se toma su tiempo para expulsarlo todo. O por lo menos, bastante—. Perdona.

—No pasa nada, Cosette. Tómate tu tiempo.

Se escucha cómo se suena la nariz. Ha apartado el móvil, probablemente lo ha depositado sobre una mesa, y se oyen ruidos de fondo.

Seguramente lo haya ensayado mil veces. Mil ensayos para evitar romperse delante de mí o, por lo menos, en mi oído. Y cuando se sentía fuerte y creía que podría hacerlo sin perder el control, me llama y… ocurre esto.

Debo ayudarla a pasar el trago. Se trate de lo que se trate.

—Estoy aquí, Cosette. Tengo toda la mañana.

—Vas a odiarme —dice, con la voz más nasal que le he oído nunca.

—No. Eso es imposible.

—Vas a pensar que pretendo utilizarte. Que soy una aprovechada. Que te llamo solo porque necesito que me eches una mano.

Un favor. Por eso me llama. Quiere que haga algo por ella.

—Claro que sí. Si puedo ayudar… ¿De qué se trata?

De repente, se oye una fuerte agitación, casi como si estuviera forcejeando con alguien mientras tiene el teléfono en la mano. Parece eso, aunque seguro que no es eso.

—¿Isaac? ¿Oye? —Vaya, es la voz de Bárbara. Su amiga de siempre—. Soy Bárbara.

Supongo que ella continuará la conversación.

—Sí, hola. ¿Cómo estás?

—Cosette está muy mal. Te lo cuento yo y me dices lo que sea.

—Adelante.

—Están pasando cosas. Cosas extrañas.

¿Por qué no me sorprende? No quiere saber nada de mí. A no ser… Que ocurran cosas raras. Los amigos médiums funcionan igual que los amigos informáticos.

—¿Dónde?

—Aquí. En mi casa.

—¿Cosette está viviendo con vosotras?

—Con mi hermana y conmigo, sí. En realidad, solo conmigo. Mi hermana se ha marchado de casa. No podía soportarlo más. Cuando ella te dejó por… —Detecto su hostilidad a distancia. Veintisiete kilómetros de distancia, según Google Maps, si Bárbara sigue viviendo en Cuatro Vientos—. Cuando lo vuestro se terminó, se vino a vivir conmigo. Iba a ser una temporada, pero ya te puedes imaginar. Entre una cosa y otra, el trabajo, lo de su padre... Oye, ¿podrías venir? Te lo explicaremos todo.

—En persona.

—Sí.

—¿Quiere ella que vaya allí? ¿No le importa verme cara a cara?

—Tú entiendes de estas cosas de *poltergeist*. La idea ha sido suya.

Comprendo. Cosette está tan desesperada que está dispuesta a hacer el sacrificio enorme de meterme en la casa donde vive. Adiós a mis aspiraciones de que me llamara para conversar sobre nosotros, quizás incluso para perdonarme. Pero, claro, están pasando cosas extrañas.

—¿Qué ocurre exactamente? —pregunto.

—Esto se está poniendo muy serio. ¿Cuándo crees que podrías venir? Te lo contaremos todo entonces.

—Sí, supongo que podría pasarme… ¿Hoy? ¿Mañana?

—Si pudieras hoy mismo, ¿a qué hora sería?

—¿Ahora mismo?

—Ahora, sí, supongo que no habría problema. ¿Puedes, mejor, esta tarde?

—Iré esta tarde.

—Fenomenal. Te paso la ubicación GPS de mi casa por mensaje privado.

Las sensaciones que me ha generado Bárbara desde siempre son contradictorias. En ocasiones creo que le caigo fenomenal y, en otros momentos, creo que me odia profundamente. No me aclaro con esta chica. Ahora está haciendo de intermediaria; debería ganármela a ella si deseo tener alguna oportunidad con Cosette.

—Bárbara. Quisiera prometerte que…

Me cuelga en este preciso momento. Qué rapidez. Imagino que seguiremos hablando cuando me persone en su casa, aunque yo esperaba un poco más de conversación. No ha habido ocasión de explicar que quizás ya no les sirva de mucho. Que esas habilidades especiales que reclaman están averiadas. Puede que para siempre.

Ha habido algo que me ha intrigado. «Entre una cosa y otra, el trabajo, lo de su padre…» ¿Qué es lo de su padre?

Que yo sepa, el pobre hombre no puso pegas al hecho de ser relegado a una suerte de ostracismo. El que tiene que ver con residencias de la tercera edad. Parecía no tomárselo muy a mal. Para una persona mayor que ha empezado a ser dependiente de terceros, que no sean los hijos quienes asuman la responsabilidad puede ser un trauma mayúsculo. Aunque aquella residencia en Perpiñán era casi un hotel de lujo. El viejo vivía a cuerpo de rey a un coste prohibitivo. Muchos ancianos estarían encantados de despedirse alegremente de sus hijos para ingresar en aquella especie de mansión.

El padre de Cosette nunca protestó, que yo sepa.

No conozco mucho la historia. Al señor le vi un par de veces y no creo que él llegara a saber con claridad qué rol desempeñaba yo en la vida de su hija. No parecía excesivamente lúcido, por decirlo de manera sutil.

Ahora mismo mi imaginación está subiendo de revoluciones. «Lo de su padre.» ¿Qué es lo de su padre? ¿Ha vuelto con ella? ¿Habrá… en fin, muerto? No. Me lo habría dicho. Me habría llamado. Para ir al funeral, para que la consolara. No sé… Para que lo supiera, qué menos.

O puede que no.

Aunque la actual situación me da cierta esperanza de volver con Cosette, de intentarlo al menos, si tal y como ya me temo su padre ha muerto en el tiempo en que llevamos separados, y no me lo avisó en su día, es que no hay absolutamente nada que hacer.

Ya veremos.

Sea como sea, he hablado con ella. Unos segundos. Y

voy a verla. ¡Voy a verla esta misma tarde!

Está muy lejos de ser el escenario más propicio. No será sencillo y, desde luego, el ojo en llamas que nos vigilará desde lo alto de una torre, en la forma de Bárbara, la amiga sobreprotectora, lo dificultará aún más. Pero creo que no es mala noticia, después de todo. Los motivos por los que Cosette y yo vamos a vernos no me importan tanto como el hecho de nuestro encuentro. ¿Qué dice eso de mí?

No tengo más remedio que admitir que, aunque ellas también lo están, aquí el auténtico desesperado soy yo.

Composición de lugar. Tras varias horas dándole vueltas, tengo un plan. Saldré de casa dentro de veinte minutos. Tengo la dirección de GPS. Hemos quedado por la tarde. Es un margen de tiempo razonable, impreciso, pero cómodo. No puedo llegar antes de las horas de comida o podría parecer demasiado ansioso por aparecer. Aunque tampoco excesivamente tarde, ya que me arriesgo a perder puntos que luego tardaría en recuperar. Y no puedo acicalarme mucho, pero tampoco ir hecho un desastre. Es una ciencia compleja lo de querer y que no se note que quieres, aunque tampoco entre dentro de tus intereses ofrecer una imagen de no querer nada de nada. Es mucho más complicado cuando la otra persona te conoce. Y te conoce bien.

De acuerdo, el asunto de la ropa me ha llevado más minutos de lo necesario. Sin colonias. Solo desodorante. Me paso solo un poquito de la raya. La bandolera con un par de cositas. Grabadora y cámara de fotos. No sé si este asunto va a requerir una investigación demasiado precisa. A estas alturas de la vida, dudo mucho que vaya a encontrarme con la prueba definitiva de la trascendencia del alma humana. No en este punto de incredulidad que atravieso.

Seguramente no sea nada. Malinterpretaciones de una mente crédula, hostigadas por lo excepcional de la circunstancia, nada más. Si sumamos a eso un elevado nivel de sugestión por contagio, ya tenemos el cuadro completo. Diagnóstico firmado, apliquen antibióticos de amplio

espectro. O simplemente para espectros.

Me da lo mismo, me muero por ir.

Le he dado mil vueltas a la imagen de ella que voy a encontrarme. Y preguntándome si me recibirá más o menos acicalada de lo que exige tal encuentro. Dos besos, no lo creo. Un abrazo, ni lo sueñes, Isaac. Lo de ofrecer los nudillos del puño me parece un invento bastante imbécil, y el saludo vulcaniano me hará parecer un friki que no se toma en serio la gravedad del asunto. No debería darle muchas vueltas a esto.

Un hola y un qué tal. Fin. Y al grano. Sin iniciativas. Respondiendo a los ofrecimientos de mano, abrazos o besos, aunque esperando que no habrá nada de eso. Sin *hype*.

Será significativo cómo me mire. Solo eso. ¿Apartará la mirada de esa manera que únicamente puede significar que le duele verme, o será porque le causará repulsión? Quizá solo me sostenga la mirada con el ceño fruncido. «Te la tiraste.» Podría ser.

Me corroe la curiosidad. Sin embargo, debo ser cauteloso. Se supone que me llaman porque están pasando cosas raras. Es mi especialidad. Voy a ayudarlas con un problema casero. Como lo harías si las cañerías se averiaran y fueras un fontanero. Puede que incluso sea realmente eso. Cuántas tuberías han sido el origen, desarrollo y final de un *poltergeist*. Incontables.

«Lo de su padre.» ¿Habrá enfermado? ¿Habrán discutido? Ha sido citado como uno de los apuros que Cosette está sufriendo. Sea lo que sea lo que tiene que ver con su padre, está ronroneando como un motor al ralentí dentro de mi cabeza.

El caso es que me ha llamado. Gracias a mí, conocía a otras personas con capacidades más o menos probadas. Podría haber encontrado a otro sensitivo, seguramente no a un amigo en el pleno y estricto sentido de la palabra, pero sí a un conocido. Ya es algo.

No lo ha hecho. Me ha llamado a mí.

Me pongo en marcha sobre las cuatro de la tarde. Llego en muy poco tiempo, ya que apenas encuentro tráfico.

Aparcar tampoco es problema. Justo enfrente del edificio donde vive Bárbara. Y Cosette. Cuarenta minutos antes de la hora que me había propuesto. El universo está facilitando este encuentro. Son buenas señales de augurio.

Un señor muy mayor está en el portal. Me observa al llegar. Yo le doy las buenas tardes. Él me las devuelve. No parece un conserje, más bien un vecino. El típico husmeador profesional que no perderá detalle del botón del piso que acciono en el interfono para luego cuchicheárselo a su mujer. «Esta tarde la chica del tercero ha recibido una visita. Un hombre.» «¿Un hombre? Espero que esa joven sepa lo que hace.»

Llamo al piso correspondiente del interfono y me abren la puerta de acceso sin preguntar.

—Cualquier día se les cuela alguien en casa —señala el anciano.

—Ellas saben que vengo.

—Deberían preguntar primero.

Si algo he aprendido en la vida es que no debo discutir con una persona que pasó su pubertad antes de la Segunda Guerra Mundial.

—Sí, tiene razón.

Dejo atrás al señor Opino Aunque Nadie Me Pregunte. El ascensor parece fiable. Hace tiempo que no subo en ascensores que tengan más edad que yo. El edificio no es el colmo de la modernidad, pero me esperaba algo más antiguo y desfasado. Cuando salgo del ascensor me encuentro en un pequeño pasillo con dos puertas a mi derecha y otras dos a mi izquierda, una de ellas abierta. Bárbara está apoyada sobre el marco del umbral. Mirándome con cierta expectación.

—Llegas pronto —dice.

—Espero que no demasiado pronto.

—No.

Desaparece en el interior de la vivienda dejándome la puerta entreabierta para que me dé por invitado. Un recibidor muy cuco, con velas aromáticas y una lámpara de niña pequeña con un castor de porcelana. Cuadros

abstractos, pero relajantes, y un cierto toque sobrecargado en el ambiente. Cierro la puerta a mi espalda y recorro el pasillo recibidor hasta el salón principal, un pasillo a mi derecha, donde se ven varias puertas cerradas y una cocina americana anexa al salón. Es un piso pequeño. El típico piso céntrico de Madrid. Bárbara reaparece por la puerta del fondo. Cierra la puerta con expresión de dejar a sus espaldas territorio prohibido y se dirige hacia mí con gesto concentrado.

Cosette no vendrá a recibirme. Bárbara hará de negociadora. Como en un secuestro de rehenes.

—¿Te apetece algo?

Ver a Cosette. Hablar con ella, abrazarla…

—De momento, no. —Me encojo de hombros esperando algo más de cháchara incómoda de introducción —. Puede que luego. ¿Tenéis refrescos de extractos?

—Nada con gas.

Ni se me ocurre preguntar por cerveza. Presumo que los refrescos tampoco tendrán exceso de azúcar.

—¿Zumos?

—Sí. Naturales, nada envasado en fábrica. ¿Te apetece?

—Luego —insisto. Sonrío, forzosamente—. Luego.

Escucho una tos en una de las habitaciones del fondo. Presumiblemente, el dormitorio principal. Cosette. Bárbara me mira con los labios fruncidos, como si pidiera perdón por algo, aunque no tenga culpa de nada.

Estas van a ser las reglas del juego. Cosette se mantendrá allí dentro todo el tiempo posible. Estas circunstancias no pueden durar eternamente. No voy a comprobar la lectura de la caldera del gas. Podría llevarme días. Al final tendrá que verme. Deberá hacerlo. Y como estoy haciéndoles un favor, no podrá ser absolutamente desagradable. Absolutamente, no.

Por mí, bien. Llevo esperando mucho tiempo volver a verla. Tengo reservas de paciencia.

—¿Sientes algo? —pregunta Bárbara—. ¿Ves algo raro?

Raro, como tal, no. Más allá de un cuadro con el perfil humeante de Nueva York en un atardecer, antes de que Bin

Laden y sus compinches convirtieran el Empire State de nuevo en el edificio más alto de la ciudad; un par de estanterías Billy conjuntas llenas de libros; *merchandising* hortera, y marcos con fotos de chicas eufóricas haciendo el ganso, puedo decir que no veo nada más allá de lo corriente.

Y en lo referente a fantasmas y cosas así, nada de nada.

—De momento no parece que haya nada extraño.

—Ya. No ocurre todo el tiempo.

Ella se sienta frotándose la sien como si una migraña estuviera fustigándola. Tiene una taza de té verde y una tetera de jade justo al lado, recién hecho a juzgar por el humo que se eleva. Coge la taza con las dos manos y da un par de sorbos con cuidado. Noto un cierto temblequeo en sus manos cuando las pone sobre la mesa.

—Bárbara —le digo—, ¿qué es lo que está pasando en la casa?

Rodeo la mesa y me siento en el otro sofá individual disponible en el salón, dejando entre los dos el gran sofá de tres asientos y la mesa central como cordilleras fronterizas.

Ella me observa con los ojos muy abiertos.

—Ahí es donde se suele sentar —susurra.

—¿Cosette?

Bárbara coloca las manos sobre las rodillas y traga saliva.

—El visitante.

Empieza la fiesta. Esperaba un poco más de conversación intrascendente. Aunque celebro que ya estemos enfangándonos.

—A veces —prosigue ella—, veo como se hunde el asiento. Como si se estuviera sentando en ese momento. No es siempre así. Otras veces únicamente sentimos su presencia. No es una sensación agradable. Parece disgustado.

—De acuerdo, vayamos por partes. ¿Cuándo ha empezado a ocurrir esto?

—Desde que llegaron las cenizas del padre de Cosette. Tardaron una semana y media en enviarlas debido a los

trámites policiales. Fue llegar la urna y empezar a…

—Espera, espera, espera, espera. —Me pongo de pie y me llevo las manos al cogote. Remuevo el pelo de esa zona. Era lo peor que me había temido. «Lo de su padre» sonaba mucho a «Su padre ha muerto». Resultaba tan indignante que yo fuera el último en enterarme que quería rechazar la idea. Está bien, pues es eso—. ¿El padre de Cosette ha muerto? —exclamo.

Bárbara se queda de piedra.

—Claro —dice al fin, como si fuera algo mundialmente consabido.

Una parte de mí está clamando para que abra la puerta y me marche de esta casa.

—¿Claro? ¿Cómo que claro?

—Cosette te llamó. Insistí en que debías saberlo. Ella me dijo que… —Echa un vistazo a la puerta cerrada del final del pasillo. El dormitorio donde Cosette se refugia de mí. Con este grosor de paredes probablemente lo esté escuchando todo—. Yo creía que tú… —Resopla con toda la paciencia del mundo—. No me lo puedo creer. ¿En serio no te llamó para contártelo?

—¿Te dijo que lo hizo?

—Me dio a entender que… Esta mujer es increíble. —Bárbara se levanta como una furia y recorre el pasillo hasta la puerta del supuesto dormitorio. Se queda allí con los brazos cruzados en jarras. Niega con la cabeza antes de mirarse la punta de los pies. Ahora vuelve al salón, algo más tranquila—. Lo siento —dice.

—Ya.

—De haberlo sabido, te habría llamado yo.

—Estoy seguro.

Cuento uno. Cuento dos. Cuento tres.

—Fue horrible —continúa ella—. ¿En serio no sabes nada? Qué fuerte. Ocurrió hace un mes, aproximadamente. Un escape de gas durante la noche. Se investigó. Acabó estallando una parte de la residencia. El fuego se propagó como aplicado por un lanzallamas. Espantoso.

—¿En serio?

—Según el informe policial que nos hicieron llegar desde Perpiñán, la mayoría de los ancianos murieron intoxicados mientras dormían. Luego el fuego… te lo puedes imaginar. La familia de Cosette ya había acordado la cremación, pero imagínate todas esas familias que querían enterrarlos. Los cuerpos que entregaron estaban casi carbonizados. ¿Le conocías mucho?

Las imágenes que pueblan mi mente en este momento son horripilantes.

—¿Le conocías, Isaac? —insiste ella.

—No le conocía demasiado. —Me recuesto en el asiento mientras observo el paisaje de la ventana—. Le vi un par de veces. No sé si Cosette llegó a decirle que yo era su novio. Supongo que por eso él pasó bastante de mí. Yo hice lo mismo.

—Los ancianos cayeron como moscas. Se salvaron cinco. Cinco de una treintena. Imagínate, ha sido un desastre total. Habrá juicios, exigencia de responsabilidades; ha sido algo muy grave. Salió en la televisión, ¿no lo viste?

—Yo… No sé. No prestaría atención. Imagino que algo me ha llegado. La noticia me suena. Sur de Francia, un incendio… ¿Y el padre de Cosette murió quemado?

—Intoxicado. Es lo que ponía en el informe policial. No hubo funeral ni velatorio. Fue una movida tremenda. Había un montón de ancianos muertos, muchísimos trámites por hacer. Los responsables de la residencia no daban abasto. El lugar no ha quedado destruido porque los bomberos actuaron muy rápidamente. Con una restauración, el sitio quedará como nuevo. Pero imagínate la fama que esto les hará ganar. Esto va a ser la ruina para ellos. No ha quedado claro qué ocurrió exactamente.

—¿Y os han enviado directamente las cenizas?

—A mí también me ha parecido extraño. Quiero decir, si esto me pasa a mí, yo hubiera ido a Perpiñán, habría ido al depósito. ¿No? Qué menos que estar presente en el momento de la cremación. El caso es que todo el mundo ha sido muy prudente con las medidas de prevención. Ya sabes

que desde la pandemia hay gente que toma muchas medidas y gente que no. Depende de donde vayas.

El asunto me desarma por completo. Menuda historia. No puedo evitar querer saber más; sin embargo, me horroriza conocer ciertos detalles. ¡Docenas de ancianos muertos por inhalación de gas! Y luego, un incendio. Parece una intervención del destino.

Me indigna más allá de toda medida que Cosette no me llamara para contármelo. Lo nuestro fue suficientemente significativo como para ser merecedor de una llamada. Sería menos grave si no me hubiera llamado tampoco cuando empezaron a tener manifestaciones paranormales en la casa, pero resulta que aquí estoy. Ahora sí te hago falta, ¿verdad, Cosette? Si yo ganaba el partido de cabronadas entre nosotros dos, ahora tú has subido un buen tanto al marcador. Maravilloso. Haces bien en encerrarte en esa habitación del fondo. Al menos tienes un poco de vergüenza.

—¿Estás bien?

Reprimo las ganas de decirle alguna ordinariez. La ironía ahora mismo no es la respuesta. Bárbara siempre me ha dado igual, es así; con todo, no merecería una respuesta furibunda por mi parte. Ella no.

—Debería haberme llamado —opino, con muchísima tranquilidad.

—En serio que de haber sabido que ella no te…

—Sí, gracias. Es un encanto.

Ella sonríe con amargura.

—Si quieres, puedo ir ahí dentro y obligarla a salir. Que se enfrente a la realidad.

—No. No hace falta, déjalo. Ya saldrá en algún momento. —Me recuesto en el sofá, encontrándolo bastante confortable—. ¿Y dices que aquí es donde se sienta?

—A veces el cojín de abajo se hunde como si hubiera alguien sentado. Oímos los muelles estirarse, la madera crujir.

—¿Alguna vez ha ocurrido algo extraño en este piso?

—Jamás. Llevo once años viviendo aquí. Es el piso que

nos dejaron mis padres a mi hermana y a mí. Nunca ha pasado nada de nada. Me refiero a cosas extrañas.

—Lo entiendo.

Bárbara se sienta de nuevo y da un trago al té. Más largo esta vez, parece que ha empezado a templarse.

—Cuando Cosette y tú…, en fin…

—Rompimos.

—Ella se vino a vivir aquí. Hemos estado las tres muy tranquilas durante estos meses. Sabes que ella podría haberse permitido irse a vivir donde quisiera. Imagino que no quería estar sola.

La familia de Cosette, por parte de su padre, la rama francesa, vivía muy por encima de lo que concierne a una familia acomodada. Tenían una casa muy cerca del palacio gótico de los Rois de Majorque, que podría acoger a varios matrimonios. Llamarlos millonarios no era exagerado, multimillonarios puede que sí, a pesar de que con lo que tenían ya era bastante.

—Cuando la madre murió —continúa diciendo Bárbara —, el hombre no se sintió capaz de meterse en casa de ninguno de sus hijos. Imagínate. ¿Cuántos abuelos, *motu proprio*, optarían por esta solución en lugar de dejarse cuidar por alguno de los hijos?

—Ya. El hombre no quería ser un estorbo para nadie. Y si se lo podía permitir…

—Sí podía. —Le salen ciertas arrugas en la frente, como si su cerebro estuviera accediendo a un archivo de memoria especialmente inaccesible—. Hace tres semanas, un primo de Cosette la llamó al móvil para comunicarle el suceso. Luego la llamaron de la residencia, de la policía local y luego todo el mundo.

»Fue muy raro. Hasta la lectura del testamento se hizo por Skype. ¿Puedes creértelo?

—Desde la pandemia, muchos procesos administrativos se han enrarecido.

—Yo ayudé a hacer el papeleo a distancia. —Los ojos de Bárbara empiezan a enrojecerse—. Sus padres no querían ser enterrados. Las cenizas de la madre están en

casa del hermano. Por tanto, Cosette quería quedarse con las del padre. Así que organizamos la cremación por internet desde aquí. La empresa, la verdad, parecía muy seria. Los documentos estaban en francés y en castellano. Los formularios no eran largos ni complejos, y los responsables de la funeraria nos lo pusieron muy fácil. El problema fue que todos esos casos llegaron de golpe. Muchos ancianos de los que ocuparse en poco tiempo. Muchas cremaciones, de repente, y aún más entierros. Puedes hacerte una idea.

»La urna nos llegó hace una semana.

Bárbara mira una de las baldas de la estantería principal, por encima del gran televisor. Un receptáculo precioso está colocado en una posición privilegiada. Es el objeto estrella.

—Cosette me pidió que la dejáramos en un lugar visible, aunque a mí este tipo de cosas no me agradan mucho.

Me pongo de pie y me acerco a la balda para ver de cerca el recipiente. Sumamente elegante, la verdad. No abro la vasija, ni siquiera la toco. Paso la vista por toda la superficie visible contemplando los detalles del grabado.

Me vienen a la memoria varios casos que podrían estar relacionados con este. Las ceremonias mortuorias no se deben tomar a broma. Parece que algunos muertos son muy quisquillosos con estos temas.

—¿Estás segura de que el padre quería que lo incineraran?

—Claro, por eso le incineraron —Bárbara lo expone como si yo fuera un niño tontito.

—No sería la primera vez que se incinera a alguien para ahorrar costes cuando el difunto había dejado instrucciones previas de que su cuerpo fuera enterrado. No se hace a mala fe. Muchas familias atraviesan problemas financieros. Los hijos toman este tipo de decisiones y, tras un tiempo del fallecimiento, el difunto expresa… su discrepancia. Y te garantizo que un espíritu así, contrariado porque no se han respetado sus últimas voluntades, puede

mostrarse iracundo.

—Bueno… creo que fue orden del padre.

—¿Estás segura?

—Sí, con la madre hicieron lo mismo. Ya te lo he dicho. Creo que Cosette quiere que hagan lo mismo con ella. La familia lo tiene muy claro.

—Bárbara, quiero cerrar esta puerta antes de continuar. No es ninguna broma. ¿Estas totalmente segura de que el padre deseaba que lo incineraran? Podría ser el origen de todo lo que está ocurriendo.

Ella me mira con cierta duda. Quizá sea yo mismo quien la está haciendo dudar. ¿Cuántas veces podemos asegurar algo de buena tinta? Muchas veces creemos saber, pero no es una creencia en firme. Nos gusta la seguridad que nos brinda la certeza. Pero en cuanto esta se tambalea, la duda se convierte en una ola que nos engulle por completo. Por eso hay que poner a prueba a los testigos de un caso. El investigador debe asegurase de que la persona está plenamente convencida. Es como estar o no embarazada.

—La verdad… yo…

—¿Te importaría preguntarle a Cosette?

Buena jugada, incluso es posible que ella quiera decírmelo en persona. Salir del dormitorio. Mirarnos. Ha pasado mucho tiempo.

—Aguarda un momento.

Se encamina hacia las habitaciones del fondo. Concretamente a la que parece que sirve de guarida de exnovias resentidas.

Me alegra que Bárbara sea tan fácil de manipular. Siempre ha sido así. «Me caes muy bien, pero la que me gusta es tu amiga.» Así nos conocimos. Nunca me lo tuvo en cuenta. No mucho después de romper, incluso me planteé convencerla de que mi infidelidad no fue para tanto. Quería utilizarla para llegar hasta Cosette. Ponerla de mi parte: «Venga, tía, se merece una oportunidad».

Fue otra de mis asquerosas ocurrencias. No fleté ese barco. Afortunadamente.

Bárbara se encierra en el dormitorio y puedo escuchar su voz en un hilillo susurrante. Las paredes son casi de papel. Escucho un rumor más grave de fondo. La voz de Cosette, presumiblemente rota por los trances del luto. No logro entender qué dicen.

Se vuelve a abrir la puerta al fondo de la casa. Bárbara atraviesa el umbral y deja la puerta abierta a sus espaldas… con alguien siguiéndola.

Un hormigueo en mi estómago. «Tranquilo, Isaac». Distancia de seguridad. Cara de póker. No muestres interés. No muestres demasiado interés. No muestres…

Bárbara sonríe tímidamente y se hace a un lado en cuanto entra en el salón, y Cosette se apodera del escenario. Un foco imaginario la ilumina. Un simple pantalón de chándal negro y una camiseta holgada con el logotipo de… ¿La corporación Weyland-Yutani? ¿En serio? Me sigue encantando esta chica. Para mí es Cleopatra. Incluso llena de barro y mugre sigue siendo una reina.

—Hola —dice, muy tímidamente. Está sonriendo. También muy tímidamente, pero es una buena señal. Mira al suelo. Ninguno de los tres sabe qué es lo más adecuado en este momento.

—Siento lo de tu padre —le digo.

—Gracias.

—Esto debe de ser muy duro para ti.

—Sí.

—Necesito que me lo digas. ¿Tu padre dio instrucciones precisas y exactas de la cremación?

—Sí. Fue idea suya. Mis padres siempre tuvieron clara esta cuestión.

—Pues no se hable más. Pasemos al siguiente punto. ¿Nos sentamos?

Lo hacemos. Cosette se sienta en el sofá que antes ocupaba Bárbara y la eterna amiga de toda la vida se apoya sobre el mostrador de la cocina. Se diría que se ha quitado de en medio. Permanecerá en la esquina del ring hasta que su compañera le palmee la mano y salte a la lona con los dientes apretados. Yo, con un movimiento lento y

estudiado, me acomodo justo en el cojín del fondo del sofá comunal, dejando libre el asiento preferido de «la presencia».

—Empezó justo cuando os trajeron las cenizas. ¿No?

Cosette, instintivamente, echa un vistazo rápido hacia la urna sita en la repisa.

—Sí.

—En cuanto llegó —complementa Bárbara.

—La relación con tu padre siempre fue buena. Al menos, yo lo recuerdo así.

Cosette aprieta los puños sobre sus muslos hasta el punto de que sus nudillos se vuelven blancos. Intenta contener las lágrimas. No va a poder. Pero de momento, lo está consiguiendo.

—Yo le quería mucho. —Se le rompe un poco la voz. Bárbara se incorpora con la intención de acercarse desde atrás y depositar una mano reparadora sobre su hombro. Le da un poco más de tiempo—. Y él estaba loco por mí. Era su hijita del alma. Por eso no entiendo que ahora…

—¿Qué es lo que ocurre exactamente?

—La urna se ha caído varias veces. Es resistente, no se va a romper. Al principio la dejábamos en la repisa inferior. Se desplazaba hasta el borde de la estantería y luego se volcaba. Teníamos que volver a poner las cenizas en el interior. No era agradable. La primera vez nos encontramos con el contenido desparramado por el suelo. La segunda, estábamos viendo la televisión cuando oímos cómo se desplazaba. El siseo de la cerámica raspando la madera. Como si un imán la moviera. A partir de ese día, la colocamos en la última repisa, con una base de pegamento para evitar sustos.

—¿Visteis las dos cómo se desplazaba y se caía?

—En realidad, las tres. Aquí también vivía Lidia hasta hace poco. La hermana de Bárbara.

—Tú no la conoces —añade Bárbara, como si hiciera falta.

Del interior de mi bandolera extraigo una libreta nueva y un boli Pilot de color azul. Me pongo en disposición de

apuntar detalles esenciales.

—Decís que Lidia se ha marchado. Ha debido asustarse mucho para irse de casa solo casi con lo puesto. ¿Le ocurrió algo a ella que no os ha pasado a vosotras?

—No le gustan nada estos temas —Bárbara lo cuenta con cierta molestia, como si se lo tuviera en cuenta—, le causan un miedo irracional. Se ha marchado a vivir con unos amigos hace dos días. No se ha llevado casi nada. Tendrá que volver.

—Volveré a preguntarlo: ¿le ha ocurrido algo que sea más intenso o potente que lo que vosotras dos habéis visto u oído?

—Ella vio al fantasma —dice Bárbara—. Al padre de Cosette, quiero decir.

Mi exnovia niega con la cabeza.

—No entiendo esta reacción de mi padre. Si realmente es él, ¿qué hemos hecho mal? ¿Por qué me está haciendo esto? En realidad debería haberme ido yo, no Lidia. Yo he traído aquí toda esta…

—Oh, no, cielo. —Bárbara se echa encima de ella para abrazarla y besarla en la frente. Ahora Cosette ya no puede reprimir más las lágrimas. Dramón. Esto nos retrasará varios minutos—. No digas eso. Mi hermana es imbécil, ¿vale? Nos ha dejado tiradas y me parece fatal. Esto no es culpa tuya. No es culpa tuya.

Si las últimas navidades hubieran sido de otra manera, si no me hubiese metido donde no me llamaban, casi con certeza hubiera guardado mi maldito pene dentro del pantalón y Cosette no se habría marchado de mi piso. Todo esto estaría ocurriendo en mi casa. Al margen de Bárbara y de su hermana.

O puede que no. Si se trata de otro caso más de sugestión y de mentes calenturientas permitiendo que la imaginación haga estragos, yo podría haber contenido los parámetros más preternaturales del caso. No habría ningún supuesto espíritu enojado, porque yo mismo no habría abierto la puerta a esa línea de creencia.

—Bien, chicas, escuchadme un momento. En muchas

ocasiones hay un objeto que es el foco de todo. Una especie de vórtice, o de *router*, desde el cual la entidad o el espíritu, o lo que sea que se manifieste, se libera como la señal wifi. Cerca del objeto, la señal es más fuerte, pero si te llevas el objeto a otro lugar te llevas al espíritu contigo. Como una lámpara con un genio dentro.

—No voy a deshacerme de las cenizas de mi padre —adelanta Cosette.

—No estoy diciendo eso. Hablo de llevármelas a mi casa. Un tiempo. Este fin de semana, por ejemplo. Para ver si los sucesos extraños pasan a producirse allí. Quizá tengáis unos días de tranquilidad en casa mientras tanto. ¿Os parece buena idea?

Cosette me mira con un deje de súplica y de malicia al mismo tiempo.

—¿No crees una palabra de lo que te hemos dicho, Isaac? Tú ahora eres tan descreído. No sé, puede que te parezcamos unas vulgares charlatanas.

—Creo que habéis tenido experiencias. Lo que no puedo es afirmar que hayan sido experiencias paranormales, pero sin duda se trata de…

—¿Lo ves? ¡A eso me refiero! No puedes aceptar que mi padre esté enfadado por alguna razón que no podemos concretar, que está tratando de decirnos algo desde el más allá. Tú llevas tiempo sin recibir noticias desde el más allá. Ningún fantasma te escribe. No tienes seguidores ni fans allí. —La rabia en su rostro se acrecienta, la misma expresión que cuando se enteró de mi infidelidad—. Me apuesto un sueldo a que solo has venido para ver si tienes algo que hacer conmigo.

—Cálmate; he venido a ayudar, ¿recuerdas?

—No tienes nada que hacer conmigo, Isaac.

—Realmente podría no ser tu padre. Incluso aunque estuviéramos hablando de auténticos fenómenos de corte sobrenatural.

—Todos sufrimos tentaciones. Más tarde o temprano se presenta esa circunstancia. Lo que hay que hacer es no dejarse llevar.

—¿Quieres que investigue esta mierda, sí o no? Estoy a punto de ponerme en pie y marcharme.

Realmente estoy a punto de hacerlo. Nada de esto ha venido a cuento. No tuvimos la oportunidad de hablar sobre mi promiscuidad puntual. Fue enterarse y lanzarme una lluvia de flechas persas que oscureció el cielo. Apenas me dio tiempo a justificarme. Fue una discusión de oídos cerrados. Desde entonces no hemos podido razonar nada de lo que ocurrió. Y, claro, entiendo que ella tiene mucha frustración, mucho rencor acumulado en su fuero interno.

Pero ahora mismo estamos a otras cosas.

—¿Sigues sin vislumbrar? —me pregunta de repente. Un poco más calmada.

Me llama la atención que recuerde esta terminología privada. Le hablé de gran parte de mis dotes. Vislumbrar, entrever, las maneras en que mi padre denominaba el acto de sentir entidades de otros planos a grandes rasgos o, directamente, detectarlos como si fueran personas reales.

—Quizá nunca lo haya hecho.

—Pensaba que el tiempo acabaría con tu crisis de fe.

—Es posible que ahora tenga los ojos abiertos por primera vez.

—Y todo lo que viste, lo que sentiste…

—Imaginaciones.

—¿Y por qué estás aquí?

—Tampoco sé si son realmente imaginaciones. No estoy seguro de nada y me gustaría estar seguro de algo. De lo que sea.

Bárbara carraspea y hace unos aspavientos, se dirige al mueble bar y extrae de allí una botella de Sheridan's nueva.

—Vamos a pulirnos esta botella entre los tres. ¿De acuerdo, Pumpkin? —Le acaricia la mejilla a Cosette al pasar a su lado—. Y tú dices, de acuerdo, Honey Bunny.

—Sí, por qué no.

Hace falta un poco más de alcohol, y más potente que lo que puedas encontrar dentro de una pintoresca botella de

Sheridan's, para desatar la lengua. Cierto es que podría no ser una buena idea en estos momentos.

Ayudándose mutuamente me han contado todo lo ocurrido. Hemos necesitado varias horas. La tarde se ha convertido en tarde-noche. No he podido evitar estudiar hasta el último rincón de lo que me han dejado ver del piso mientras narraban. Las paredes son finas y he podido comprobar empíricamente que las conversaciones a voz en grito se oyen a la perfección. Los típicos padres que la emprenden con el niño que no se come todo el plato, el fan incondicional de las estruendosas películas de Michael Bay proyectadas a máximo volumen, la pareja fogosa que castiga el somier a todas horas, son sin duda arquetipos de vecinos muy poco apreciados en un edificio como este. Por otra parte, las cañerías parecen estar bien, y la disposición arquitectónica no presenta un diseño que se preste a encontrar en él posibles explicaciones racionales para los sucesos extraños ocurridos en los últimos días.

No descarto un razonamiento legítimamente racional. Es pronto para eso. Pero la casa supera con nota mis observaciones más superficiales. Muchas veces no es necesario indagar más allá de la madera vieja y del tejado con filtraciones. Cosas así explican claramente un porcentaje abrumador de casos interpretados como paranormales por los testigos. Una nevera vieja. En fin, ¿cuánta gente ha acusado a su vecino del piso de arriba de dejar caer un puñado de canicas que rodaron por el suelo a altas horas de la madrugada? Al final no se trata más que de la liberación del aire acumulado dentro de un sistema de calefacción, comúnmente instalado sobre el suelo. Caso resuelto. «Lo siento, no hay fantasma, solo una tubería con un ángulo poco ortodoxo que se atasca con facilidad.»

Lo normal es que los testigos se muestren decepcionados.

Sin embargo, las chicas están hablando de sillas que son impulsadas como por una patada invisible. Proyectadas de un lado a otro del salón sin el menor cuidado. Nada de deslizamientos. Hablan de puertas que se abren con fuerza

y eso es una gran diferencia con respecto a los típicos portazos. A las corrientes de aire se les da fenomenal cerrar puertas, pero no abrirlas. Revisando los pomos y las cerraduras, no es posible que eso se produzca accidentalmente. Aunque muchas personas aseguran haber cerrado puertas que solo quedaron entreabiertas.

El tema de sentir presencias es un clásico. Tener la sensación de no estar solo. Que hay alguien más a tu lado o a pocos metros. Según la versión de las chicas, no ocurre constantemente, pero la media está subiendo a un par de veces al día.

Les pido que vayamos directamente a los grandes éxitos. Aparte de mis anotaciones puntuales, la grabadora en el centro de la mesa registra toda la conversación.

—Mi hermana, como ya te hemos dicho —comenta Bárbara—, le vio con sus propios ojos. Un hombre de avanzada edad que estaba sentado en ese sofá. Con un jersey de lana azul y unos pantalones grises roídos. Al entrar en la habitación, el hombre se la quedó mirando y, de improviso, se levantó como una exhalación y corrió hacia ella. Sintió sus manos huesudas estrujándole los tríceps. La zarandeó mientras le gritaba: «No quiero estar aquí». La encaró directamente, Isaac. Su rostro a un palmo del de ella.

—¿«No quiero estar aquí»?

—Se lo gritó dos veces y luego atravesó la pared. Esa de ahí, la de la estantería donde están sus restos.

—¿Vosotras le habéis visto alguna vez?

—Verlo, no. Solo hemos oído sus pasos ir de aquí para allá. A Cosette llegó a empujarla. ¿Verdad?

Cosette se encoge de hombros, como si eso fuera lo de menos.

—Una vez estaba lavándome las manos en la pila de la cocina. Había terminado de fregar unos vasos. Y, de repente, me empujaron hacia delante. Sentí las dos manos, cada una sobre un omóplato. Un empujón fortuito. No muy fuerte, pero inesperado. Me golpeé la frente contra el armario elevado.

Me incorporo un tanto sobre la mesa para que mi voz se registre con más claridad en la grabadora sin necesidad de alzarla.

—No parece que fuera lo que más te asustó —le digo.

—Lo que más me asustó fue levantarme en mitad de la noche y sentir que estaba observándonos a los pies de la cama. Saber que estaba allí, mirándonos con ira. No hubo nada más, pero aquella sensación fue más intensa que cualquier otra cosa. —Consulta con la mirada el gesto de Bárbara—. Al menos para mí —concluye.

—¿Podré hablar con Laura?

—Lidia.

—¿Podré o no?

Bárbara niega con la cabeza mientras sopesa la petición.

—Déjame que la llame yo primero. Puede que no quiera revivir la experiencia. Intentaré convencerla de que colabore, pero… está muy asustada. Si no quiere saber nada de este tema, tendré que respetar su decisión.

Me pongo en pie y decido detener la grabación. Me quedo unos segundos contemplando la pantalla digital del aparato. Debo elegir bien mis siguientes palabras, aunque…

—Puede que… —cómo decirlo—. Tenga que instalarme aquí unos días.

La sugerencia cae como una losa para Cosette, que me lanza una mirada láser capaz de atravesarme el cerebro. A Bárbara, en cambio, se diría que le reconforta la idea. Y aunque sea la anfitriona, quien tendría la última palabra, se limita a mirar a su amiga.

La respuesta tarda varios siglos en llegar. El estómago se me comprime.

—No —zanja Cosette.

Sorpresa en Tokio, Buster Douglas tumba a Mike Tyson en el mejor momento de su carrera. Aunque tendría que habérmelo imaginado.

—Le vendría muy bien a la investigación —indico, muy profesional—. Lo sabes de sobra. Así es como se hace. Qué menos que pasar una noche en el sitio infestado.

—No.

Bárbara se arrodilla al lado del sofá de Cosette y pone las manos sobre su antebrazo.

—Bueno —le dice—, por lo menos una noche, esta noche, sí podría quedarse.

—Me buscaré un hotel —Cosette.

—Mujer, no seas así.

—Si solo es una noche, me buscaré un hotel.

—¡Está bien! Isaac, no puedes quedarte. —Una amiga es una amiga hasta las últimas consecuencias.

—Tenéis un invitado no deseado —intento expresarme con la máxima serenidad—, y es a mí a quien decís que no. Vosotras me llamasteis. Hago esto gratis. Solo quiero ayudar. Si seguimos por este camino, voy a tener que dejaros solas con esta situación.

—Hay más bichos raros por ahí que hablan con los espíritus. —Cosette se ha convertido en la bruja mala del cuento.

—De acuerdo.

Meto la grabadora y mi libreta de anotaciones en la bandolera. Hago el ademán de colocármela a la espalda. Debo simular que estoy dispuesto a marcharme ahora mismo. Si no me detienen, no será un farol en absoluto.

Espero que muerdan el anzuelo.

De reojo veo cómo Bárbara suplica con la mirada a su amiga. Esto no era lo que habían acordado. En el fondo, si estoy aquí es porque se fían de mí. Cualquier otro médium de tres al cuarto podría cobrarles seis mil euros por un par de sesiones de espiritismo decimonónico y la promesa de haber expulsado a la dichosa entidad para siempre jamás. Sea o no cierto.

—Dormirás aquí, en el salón —incide Cosette—. Ahí — y señala el sitio en el que he estado sentado en los últimos minutos, el sofá de tres cuerpos, peligrosamente cerca del lugar donde se manifiesta la entidad. En la boca del lobo.

—Conforme.

—Con una noche servirá para que te convenzas de lo que ocurre.

—Con una noche suele bastar.

—Quién sabe, podrías volver a recuperar la fe en estas cosas.

—Ojalá sea así. Aunque ya sabes que el misterio me evita a toda costa.

Cosette se levanta de su asiento y anuncia que va a darse una ducha. Logrando que se pueda entrever con meridiana claridad que ya ha tenido suficiente por hoy de mí, de fantasmas y de todas las madres que parieron en los últimos cinco milenios. Especialmente, la mía.

Bárbara ve cómo desaparece de nuestro ángulo de visión y luego me dedica una expresión cómplice.

—Cómo se pone —dice.

Está claro que Bárbara se siente un poco más relajada con mi presencia en la casa. Puede que no esté del todo de mi parte, pero esa hostilidad con la que me recibió ha sido sustituida por una cierta cordialidad.

—Tú no te crees nada, ¿verdad, Isaac? Debes pensar que somos dos gallinas cluecas que nos asustamos por cualquier cosa.

—Yo no he dicho eso. En la antigüedad pensaban que los rayos y los truenos eran manifestaciones del enfado de los dioses. Se interpretaban habitualmente como castigos por algún pecado cometido a conciencia. Ahora sabemos qué es una tormenta, en qué consiste, qué la ocasiona y lo poco que tiene que ver con deidades pelirrojas con poderosos martillos. Pero eso no significa que cuando la ciencia desentrañara el misterio de las tormentas, estas dejaran de existir —examino de cerca el cojín preferido del supuesto fantasma—. Aquí debe estar pasando algo. Vamos a descubrir qué es.

—No veo que hayas traído ningún aparataje. Cosette dice que tienes aparatos de alta tecnología.

—No es una tecnología tan puntera. Ahora cualquiera puede pedir por Amazon un dron más avanzado que cualquiera de los chismes que yo pudiera traer. —Debajo del asiento no hay nada raro. En realidad, no veo nada extraño por ninguna parte. Ni en el suelo ni en la pared a la

que el sofá está pegado. Ningún cable cerca. Y el relleno del cojín aún no está deformado ni presenta cámaras de aire—. Hoy me bastará con ver y sentir —le digo, con serenidad—. Más adelante, ya veremos.

—¿Necesitas estar solo?

—Me es indiferente.

Bárbara se queda muy quieta, esperando quizás una respuesta que no voy a poder darle.

—Quizá Cosette prefiera que estés con ella —argumento mientras busco un enchufe para cargar la grabadora digital— a que estés conmigo. Supongo que sabes que no voy a robaros ningún cenicero ni nada. —Me ríe el chiste más de lo debido—. Haz lo que quieras, pero no es necesario que me atiendas o monitorices mi trabajo. No soy el técnico de la caldera del gas ni el fontanero que viene a arreglar la fuga del retrete. A los que, por otro lado, tampoco hay que vigilar, pero a quienes no conviene dar excesiva intimidad.

—No lo decía por eso. De acuerdo. En la nevera hay… casi de todo. Y ahí tenemos una Nespresso, por si te apetece un café. Hay varios tipos de cápsulas.

—Gracias.

—Si ocurriera algo, nosotras estaremos en el dormitorio grande, al fondo del piso. Estaremos viendo la televisión allí.

—Os llamaré, si ocurre algo.

—Te traeré unas sábanas cuando llegue la hora de dormir.

—No voy a dormir en toda la noche. Debo vigilar, es una noche típica de investigación. Gajes del oficio. Estoy acostumbrado a estas cosas. Créeme, no necesitaré nada.

—Nosotras cenaremos allí dentro. Tienes el salón para ti. Es donde ocurren la mayoría de las cosas.

Bárbara se queda un rato meditando qué más decir antes de cambiar de estancia, sonríe de medio lado y me deja solo sin apostillar un último comentario, educado, pero perfectamente inútil.

Cuando me quedo solo, permito que el silencio llene

todos los poros de mi ser. No me llega el sonido de ninguna televisión en la que se oigan disparos y explosiones ni las riñas de una madre a sus hijos para que se cepillen los dientes de una vez antes de acostarse. Tranquilidad. Se agradece de veras.

Me he traído una buena novela, por si acaso. Va a ser lo único de provecho que haré esta noche si el más allá sigue resistiéndoseme.

Pero lo que importa es que estoy aquí. Hago falta. Ella está a solo unos metros de distancia. Nos separa una ridícula pared, una puerta de madera. La he sentido a años luz. Ahora la noto ahí al lado. Podría…

La larga marcha del señor King me aguarda. No le haré esperar.

Hacia las dos de la madrugada, tengo claro que esto que estoy leyendo debe de ser la novela preferida de Suzanne Collins, James Dashner y otra gente así. Solo que Stephen King lo hizo a finales de los años setenta, y con pseudónimo. Por lo demás, nada.

Las chicas se asearon y se fueron a acostar hace ya una hora y media. Las dos en la misma cama, a pesar de que cada una dispone de un dormitorio desde que Lidia, la hermana de Bárbara, se marchó a vivir con esos amigos suyos.

Al parecer, Lidia vio al padre de Cosette. La única que lo hizo. Ellas le sintieron y vieron ciertos efectos extraños, pero ninguna visión corpórea. Lidia, sí. Siempre según su versión. Probablemente sea la más imaginativa y sugestionable de las tres. Pero la experiencia ha sido tan traumática que, en cuanto la ha sufrido, se ha marchado del piso. Sin mediar más negociación.

Ojalá Bárbara la llame mañana y su hermana tenga ganas de contármelo.

Aunque, hay otro asunto que me inquieta: «No quiero estar aquí». ¿Por qué? ¿Preferiría un cementerio? No es eso lo que las chicas me han remarcado una y otra vez.

Estoy cansado de leer, así que aparto la novela y me asomo a la ventana. Comunica con una especie de jardín de

recepción comunitario. Forma un pequeño cerco en cuyo centro hay una especie de placita con bancos de metal pintados de verde y papeleras del mismo tono y material. La comunidad de vecinos debe de contratar un servicio de jardinería para atender este pequeño lujo, amén de un portero o conserje, que hace las veces de agente de seguridad en horario nocturno. Esta parte del barrio hospeda a los vecinos que superan la calidad de vida media de la zona. Cada domicilio, su garaje correspondiente y la piscina comunitaria, aunque se comparte con media docena de portales, es lo suficientemente espaciosa para satisfacer a todo el mundo.

Son las dos de la madrugada, pero el señor Opino Aunque Nadie Me Pregunte está caminando entre esa hilera de arbustos y pequeños árboles que forman el jardín recibidor, muy concentrado en sus cosas. A esas edades no es buena cosa tener insomnio. Aunque por otra parte…

Se ha detenido de repente y me lanza una mirada directa. Esta es la única ventana encendida de cuantas pueden verse en esta parte del vecindario. Me saluda con la mano. Le devuelvo el saludo con media sonrisa. Señala uno de los bancos y se sienta en él, sin dejar de mirarme en ningún momento. Se ha colocado en uno de los extremos, dejando espacio suficiente para que alguien pueda acompañarle. Yo niego con la cabeza y me encojo de hombros.

«Lo siento, tengo trabajo que hacer.»

Él a su vez, imita mi gesto y sitúa las palmas de las manos hacia arriba.

«Qué le vamos a hacer, otra vez será.»

«Sí, otra vez.»

«Solo quería ser amable.»

«Lo entiendo y se lo agradezco.»

Podría seguir inventándome una conversación entre los dos tan absurda como terriblemente educada, pero ya ha dejado de prestarme atención. Alguna hilera de hormigas debe parecerle ahora más fascinante. Me aparto de la ventana y echo la cortina.

¿Y si el señor Opino Aunque Nadie Me Pregunte es un difunto a quien solo yo puedo ver? No voy a llamar a las chicas y a verificar si ellas pueden verlo allí sentado. No son horas. Aunque podría ser una buena manera de verificar ciertos instintos. ¿Y si las habilidades psíquicas no me han abandonado? ¿Y si intentara un sondeo telepático sobre ese hombre? O sobre… Cosette.

Será mejor quitarme la idea de la cabeza. Ya tuve suficiente en lo que se refiere a eso.

Podría llegar a ser una noche muy larga.

Y la simple idea de pensar en Cosette, durmiendo justo ahí al fondo, me nubla el pensamiento, me perturba, me saca de quicio (¡murió su padre y ni siquiera me llamó!) y me otorga esperanzas. La encuentro un poco más delgada. No soy el mayor fan de los flequillos y me ha extrañado que haya cambiado su peinado por uno con esa particularidad y, contra todo pronóstico, le sienta bien. La cuenta de la Asociación de Flequillos del Mundo me ha ganado como seguidor.

No iba muy maquillada cuando me ha recibido, y se ha pasado todo el tiempo con esa camiseta holgada friki, sin mangas, unos pantalones de hacer deporte y las sandalias tipo playeras. Y no ha necesitado nada más para estar preciosa.

Se me ocurre que el desayuno podría ser un momento idóneo para echar algún lazo que otro. Que no se vea la intención. Podría hablar de ciertas perturbaciones telúricas de la zona, y tendré que confesar que he husmeado en el armario del baño en busca de medicamentos sospechosos, encontrando algunos que, mezclados con determinados alimentos o bebidas en mitad de la noche, podrían ocasionar ciertos efectos adversos. Pero, sobre todo, volveríamos a hablar de otra sugestión de grupo por contagio. Sé que a Cosette no le va a gustar, pero hay explicación, para mí ya hay explicación sobre lo que ocurre aquí.

Entrevistaré a Lidia, si tengo oportunidad, apuraré mis pesquisas y procuraré haber dado la primera calada a la

pipa de la paz. No me atreveré a proponer ningún plan de cena o cine, pero querría irme como amigo y no solo como ex.

Entiendo que tendré que influir en Bárbara, dejarle buena impresión y confiar que ella intervenga a mi favor. Al cabo de una semana la llamaré para verificar que todo está bien. Quizás entonces sea el momento de arriesgar con una táctica más atrevida.

La intención no es dejar las cosas como estaban antes. Nuestra relación ya ha superado ciertos estatus a los que no convendría regresar por el…

Un inmenso golpe en la pared. La pared del sofá. Ha sonado como si un toro hubiera impactado desde el otro lado. El cuadro de Nueva York con las torres gemelas ha salido despedido desde su escarpia hasta mis pies. Cuatro metros de distancia. La mesita con el teléfono fijo y la pequeña lámpara se ha volcado. La temperatura baja radicalmente. El sofá individual pegado a la pared de la estancia presenta ahora una hendidura notable, como si alguien de entre ochenta y ochenta y cuatro kilos se acabara de levantar.

Como tarjeta de presentación no está nada mal. No obstante, me he enfrentado a casos mucho más…

Todos los objetos de la estantería central empiezan a ser empujados hacia el centro de la estancia. Como si una mano invisible los fuera barriendo con furia. Como si algo o alguien se acercara a mí, golpeándolo todo a su paso. La luz de la lámpara principal, sobre el techo que está situado encima de mi cabeza, parpadea un poco. La televisión se enciende de repente con el volumen al máximo, genera un estruendo de un único segundo y vuelve a apagarse. La regleta a la que está enchufado el aparato no está ni conectada.

Oigo una puerta que se abre a mis espaldas; las chicas preguntan qué ocurre, qué pasa, qué ha sido eso o algo así. Hablan. Me hablan a mí. Con un tono evidentemente sobrecogido. Me están preguntando algo.

—Ante todo, mucha calma —alcanzo a decir. Voz

relajada. El profesional se pronuncia al respecto. La autoridad.

Unos ruidos de pisotones de elefante se oyen delante de mí. Se detienen. Un instante de quietud. Creo que Bárbara susurra «tranquila», casi en un tris de echarse a llorar. La bombilla de la lámpara de sobremesa que está en el suelo estalla con estrépito. Las dos chicas emiten un chillido nervioso.

Los preámbulos son insuperables. Una puesta en escena idónea para excitar al público, pero ahora es el momento de que los focos iluminen al vocalista.

Ahora le vemos.

—No pasa nada. Estamos sufriendo una alucinación colectiva. Debemos relajarnos.

Es un rostro repleto de arrugas profundas en una cabeza calva y venosa. Encías completamente vacías tras unos labios morados dados de sí. Una boca en la que podría caber con facilidad un puño cerrado entero. Ojos azules con pupilas muy dilatadas y el nervio óptico muy irritado. Se hace visible a un palmo de mi rostro y me abronca con fiereza: «¡Quiero estar con mi hija!». Su aliento huele como deben oler los conductos de las chimeneas. Retrocedo un par de pasos y tropiezo. Caigo de espaldas y escruto el espacio que hay delante de mí. No hay nadie. Ningún viejo iracundo. Como el niño juguetón que se esconde tras unas cortinas y abre un hueco entre ambas para asomar la cabeza: «cucú». Pero en el mismo espacio interdimensional. Y no era un niño inocente en absoluto.

—De acuerdo, debo relajarme —les aclaro, procurando bajar mis pulsaciones con una respiración lenta y profunda —, estoy viendo cosas.

—¿Relajarte? —Cosette suena entre perpleja e indignada—. ¡Relajarte!

Aguardo unos segundos antes de incorporarme. Me estiro la camisa y me froto la parte posterior del pantalón. Ha sido una caída de lo más humillante. Aunque a nadie le haya parecido ni remotamente graciosa.

—Algunos ambientes —trato de explicar— tienen la

facultad de grabar en su hábitat ciertas sensaciones. Aquí hay miedo. En esta casa hay mucho miedo. Y empiezo a ser víctima de la impregnación que…

—¡Déjate de mierdas, Isaac! —me increpa Cosette—. ¿Cómo puedes ser racional en un momento como este?

—Es el momento perfecto para ser racional.

Bárbara abraza a mi exnovia y le pone las manos sobre las mejillas.

—«¿Quiero estar con mi hija?». Pero ¿quién era ese anciano?

Admito que esto me pilla desprevenido. Pensaba que la visión del viejo de los ojos enrojecidos la había visto únicamente yo. Que nadie más había oído su grito rabioso.

Todavía hace un frío de mil demonios en el salón.

Una foto enmarcada sale despedida de una de las mesas directamente teledirigida a mi cabeza. Me protejo el rostro a duras penas. El cristal se rompe en mil pedazos diminutos en el dorso de mis manos. Una vela aromática del tamaño de un mando a distancia es disparada desde su posición en la estantería de nuevo hacia mi cara. Esta vez me pilla alerta. Al agacharme, se estrella contra un armario suspendido en la cocina anexa. Permanezco encorvado por si algún otro objeto es lanzado contra mí. Las persianas de las tres ventanas que tiene esta estancia caen como guillotinas sin que la correa se haya movido.

Y de repente, todas las luces de la casa se apagan, funden o desaparecen en un chasquido sordo. Las chicas gritan aterrorizadas.

En mitad de una oscuridad absoluta, me descubro sonriendo, muerto de miedo, pero sonriendo. El más allá ha vuelto a mi vida, y me ha dicho «hola».

—Hola.

En el tiempo que duran los siguientes quince segundos, los tres caemos en un auténtico paroxismo de máximo terror.

Recobro la calma. Todo está bien. A oscuras, pero los

objetos han dejado de volar y nadie me grita a un palmo de la nariz. Han saltado los plomos. Sobrecarga eléctrica. La causa es paranormal. Al fin puedo decirlo. Pero el efecto no tiene nada de raro. En mitad de la oscuridad, Cosette y Bárbara, aún acongojadas por el pánico, permanecen abrazadas de rodillas y apoyadas contra una pared. Se susurran algo, pero no puedo oírlo. Tanteo por el pasillo del recibidor, ayudado por la linterna del móvil, hasta encontrar el cuadro eléctrico y devolver la luz al piso. La temperatura ha regresado a la normalidad. Los objetos que han volado siguen rotos en el suelo o tirados donde fuera que aterrizaran. Tengo un corte en el dorso de la mano izquierda. Ni siquiera me duele.

—Ya ha terminado —les aseguro, con total tranquilidad, mientras compruebo que las persianas funcionan correctamente. Así es.

Ningún vecino parece haberse molestado por el escándalo organizado en lo que calculo que deben haber sido unos cincuenta segundos. Casi un minuto de puro pavor. Lo llevo mucho mejor que las chicas, porque ya tengo experiencia en estas cosas. Aunque hacía mucho tiempo que no sentía…, que no sentía esto.

Un hormigueo en el estómago me indica que dicha excitación está en un paso intermedio entre el miedo atávico a lo desconocido y el genuino morbo por lo sobrenatural. Debo estar un poco loco. Siempre lo he estado. Si ahora mismo estuviera solo, es posible que gritara de entusiasmo con los brazos alzados. Cantaría el *Gonna Fly Now* en lo alto de las escaleras del Museo de Arte de Filadelfia. Desconcharía el champán y brindaría. El misterio ha vuelto. Se me ha resistido de veras, me ha burlado incontables veces, casi diría que me había condenado al ostracismo durante un año, aproximadamente. Pero aquí está, de nuevo. Y tengo la teoría inicial de que tiene algo que ver con lo personal. Porque este caso es personal. Cosette no es una testigo cualquiera. Otra desconocida que ve lo que quiere ver o lo que otros le han instado a creer que ve.

El misterio desapareció de mi vida cuando murió mi padre, y creo que ha vuelto cuando mi media naranja perfecta está a punto de regresar conmigo.

Todavía no debería pensar eso.

Curva de horquilla. Frenar a fondo. Agarra bien el volante, chico.

No puedo confiarme ahora.

—Ya ha terminado —insisto. Me acerco a las chicas y las ayudo a levantarse. Están llorando y se resisten a romper su férreo abrazo.

—¿Estás bien? —Bárbara repara en el corte de mi mano. No es muy profundo, pero el hilillo de sangre ha llegado hasta la muñeca y amenaza con derramarse por el suelo.

—Sí, no es nada. Me lavaré en un momento y desinfectaré la herida.

—Yo me encargo.

Bárbara se muestra servicial, como buena anfitriona cagada de miedo, con el único invitado que parece saber qué hacer a partir de este instante.

Cosette y yo nos miramos un significativo segundo.

—No parece muy serio —indica Bárbara—. Y además es un corte limpio. Sobrevivirás. —Le rio el chiste—. Supongo que ahora te has convencido.

—Ah, sí. Tenéis un fantasma, chicas. Ya lo creo.

Cosette se queda paralizada; no le parece gracioso ni adecuado el comentario.

—Lo que viene ahora no durará mucho —les digo—. Será incómodo y podría dar aún mucho miedo. Pero una vez descubierto el origen de los sucesos extraños, podemos operar sobre ellos.

—¿Y qué es lo que viene ahora?

—¿Sería posible que dejarais las dos el piso durante unos días?

—¿Dejar el piso? —Bárbara mira por encima de su hombro el rostro de Cosette—. No sé si es buena idea.

—Vayámonos a un hotel, Barbie. ¿Por qué no?

—No sé…

A mí el plan no me agrada demasiado. Significa perder de vista a Cosette, ahora que había encontrado una buena excusa para estar cerca de ella y hacer un poco de presión sobre la presa.

A pesar de eso, estoy ante algo importante. He encontrado una causa paranormal de verdad, que opera con fuerza en un domicilio céntrico de una capital europea. Un tesoro en bruto, en mitad de la vorágine metropolitana. Normalmente, hay que irse a castillos escoceses o a cabañas en bosques perdidos.

—Siento mucho que esto tenga que costaros dinero. —Me coloco la tirita en la herida desinfectada y ofrezco un ademán de agradecimiento sincero a la dueña de la casa—. Pero será lo mejor. Ahora yo estoy aquí y voy a poner a prueba a esa entidad. Así que va a enfadarse cada vez más y más. Y podría tomarla con vosotras.

—Me has convencido —dice Bárbara—, nos vamos ahora mismo.

—No, aún no.

—¿Aún no? ¡Ja! Mira cómo me pongo a hacer la maleta. Detenme, si puedes.

—Escuchad. Escuchadme las dos, por favor.

Cosette abraza a Bárbara y la besa en la mejilla. Ella le acaricia el antebrazo. Dos buenas amigas, claro que sí. Y estas cosas unen mucho más. Por primera vez me fijo en lo que Cosette lleva puesto. Duerme con una camiseta holgadísima con un 91 bien grande en el centro y braguitas blancas. Uñas de los pies pintadas de negro, como las de las manos.

Debería concentrarme. A fin de cuentas, yo soy ahora el foco de su atención, debo ser recíproco.

—Me dijiste, Cosette, que tu padre dio instrucciones de ser incinerado a su muerte. Eso ya había quedado claro. Perdonad que insista. Ahora me lo creo. Tenía dudas porque… digamos, los muertos son muy tiquismiquis con estas cosas del entierro. Os lo aseguro. Y muchas veces un error en el método de enterramiento, la ceremonia previa o póstuma, las instrucciones sobre la cremación, cualquiera

de estos detalles puede generar una respuesta desde el más allá.

—¿En serio?

—Sí, Bárbara. —Me viene a la cabeza cómo Cosette la ha llamado cariñosamente: Barbie. Magnífico. Y he estado a punto de llamarla así, pero no puedo permitirme el lujo de ser en exceso cercano en este punto—. Podría contaros algunos casos. De hecho, todavía no estoy seguro de descartar que tenga algo que ver con esos procedimientos mortuorios. Cuando los medios son más importantes que el fin.

—Los medios del fin.

—Es la última petición que una persona hace en vida. Una vez se satisfacen estas demandas, el difunto ya solo puede esperar que se le recuerde la mayor cantidad posible de tiempo. El problema está en que hemos creído saber quién estaba manifestándose. Y no parece tan sencillo. Bárbara, dijiste que tu hermana Lidia había visto al padre de Cosette. Hasta esta misma noche, nadie le había visto físicamente. Pero hoy le hemos visto todos. Cosette, ¿Lidia conocía a tu padre?

Ella frunce el ceño y mira hacia un lado, como si en el suelo de la cocina alguien le fuera a pasar la nota donde estuviera escrita la respuesta correcta.

—No lo creo. Nunca estuvo con él. No recuerdo haberle enseñado fotos.

—Yo mismo estuve un par de veces delante de tu padre, antes de que ingresara en la residencia de Perpiñán. Lo recordaba más saludable, pero ya estaba bastante mayor. No creo que fuera ese anciano furibundo que me ha gritado que quiere estar con su hija.

—No.

—¿Has visto ese rostro aparecer de la nada y gritarme delante de la cara? ¿Lo has visto nítidamente?

—Sí.

—Y no era tu padre.

—Para nada.

—¿Estás segura? ¿Cómo de segura estás?

—Bastante, de hecho. —Pone los brazos en jarras—. Conozco a mi padre, maldita sea.

—*Conocesatupadremalditasea*, aunque… en términos de porcentaje, ¿estás segura en un cien por cien o, digamos, en un noventa por ciento?

—Un cien por cien —lo susurra con un tonillo que parece querer añadir «y no te atrevas a dudarlo o me cabreo».

—Entonces, ¿quién era este viejo?

—¡Y yo qué sé! ¡Es la primera vez que veo un puto fantasma! ¿Por qué iba a tener que conocer al primer fantasma que veo en mi vida?

—Dice que quiere estar con su hija.

—Pues yo no soy la hija de ese tío.

—No entiendo nada —confiesa Bárbara.

—Muy bien. —Respiro profundamente—. Veamos. ¿Hay algún problema si llamo a algún refuerzo? Me gustaría traer aquí a César Baggio mientras estáis en el hotel. Hemos investigado mucho juntos. Tú lo sabes, Cosette. ¿Algún problema si le llamo? Prometo que dejaremos la casa entera tal cual está.

Bárbara se frota la nuca. Parece más cansada que nunca.

—Supongo que no habrá problema.

—Estupendo. Cosette, esa residencia de Perpiñán donde estaba tu padre, necesitaré su teléfono. ¿Solo hablan francés? Ando muy desentrenado y lo cierto es que nunca se me dio demasiado bien. Puede que hayan empezado con las reformas, habrán trasladado la centralita a otro sitio.

—Sí, tengo el número de la residencia en el móvil; si quieres te paso el contacto por WhatsApp.

—Sería genial.

—¿Para qué vas a llamarles?

—Créeme, es mejor que, de momento, no te diga lo que se me está pasando por la cabeza.

Está guapísima. Incluso apuñalándome figurativamente con esos ojos. Un gif de ella dibujada con estilo *funko pop* clavándome un *gladius* romano una y otra vez en el

estómago. Todo ese bucle eterno concentrado en una sola mirada. Pero sin saña. Hay un algo de delicadeza en ese sentimiento de rencor. Como si odiara odiarme.

Pero lo hace.

—Me lo contarás cuando lo sepas. ¿Verdad? —La pregunta es un ciclo de glaciación en sí misma.

—Por supuesto.

—Prométeselo —se inmiscuye Barbie.

—Te prometo, Cosette, que si averiguo algo te lo contaré. —Descubro el final de un palo de escoba asomando detrás de una puerta de la cocina que conduce a una pequeña terracita y me hago con él y con un recogedor de plástico. Me acerco al marco de la fotografía que quiso impactar con mi cabeza y lo pongo encima de la mesa. Marco y fotografía. Recojo los cristales del suelo con cuidado—. Por lo demás, aunque estoy convencido de que ya no va a pasar nada extraordinario esta noche, dudo mucho de que nadie pueda conciliar el sueño. Podemos tomar café todos juntos y contar historias que no tengan que ver ni remotamente con lo que acaba de suceder. ¿Sí?

Les parece buena idea.

# CAPÍTULO 6

## LA PROBABLE IRRESPONSABILIDAD DE UN PADRE

—Mi marido era un auténtico maremoto. Tenía que separarme de él con una espátula. Le era indiferente que me acabara de levantar, tuviera aliento a pozo o el pelo como un seto enmarañado. Era muy cariñoso, eso sí. No dejaba que su testosterona arrebatadora le volviera violento. Sabía que, si me hacía daño una sola vez, no le permitiría volver a rozarme. Al final, yo siempre cedía. Le garantizo que era muy convincente. Usaba sus manos como un maestro. Tenía manos suaves. Muy tersas. Dedos finos y largos. Una maravilla. Jamás hubiera aprendido a tocar el piano, pero tenía las extremidades adecuadas, eso se lo garantizo. Una de sus virtudes. La segunda que más me gustaba. Porque, debo aclararle, señor, que cada vez que abría el pico decía alguna estupidez, por lo que no hablaba mucho. Dios le dio la comprensión del escaso interés de su conversación. De ahí que no iniciara ninguna, se metiera en pocas ya empezadas y zanjara la mayoría con su silencio. Sus respuestas favoritas eran sí y no. Incluso me atrevería a decir que en ese orden. Cuando digo que sus manos eran la segunda de sus virtudes, es que la primera era su lengua. Su boca emitía sonidos, claro. Sí y no, insisto. Introducía comida por ahí y, gracias a Dios, solo agua. Me está entendiendo, ¿verdad?

—Perfectamente, señora —dijo mi padre.

—Si aquella niñita de esa serie de televisión rara, *Twin Peaks*, era capaz de hacer un nudo a un rabito de ciruela

con la lengua, le garantizo que mi marido podría hacer una trenza espiga.

—Fascinante.

—Quizá precisamente porque andaba todo el día con el ariete dispuesto, no le llegaba demasiada sangre a la cabeza. En casa tenemos un solo baño. Lo visitaba con frecuencia. En fin, lo pasaba mal y yo comprendía que se aliviara por su cuenta cuando no podía corresponderle. Cuando empezó a ser definitivamente molesto, acepté contratar los servicios de una prostituta. De mi elección. Atractiva, con atributos turgentes, pero no excesivamente refinada. Con un toque vulgar. Ninguna niñata de pasarela con el rostro feérico y el pelo demasiado bonito. Y que se animara a permitir ciertas cosas a las que yo jamás accedería. Los gastos correrían de mi bolsillo. ¿Qué me dice? ¿Le parece raro?

—Dado su caso, es comprensible. ¿Resultó?

—Vaya si resultó. En un principio, este trato no era para todos los días. Tendría que ser un desahogo mensual. Al menos, esa era la idea. Pero funcionó tan eficientemente que llegamos a un acuerdo muy interesante para todas las partes implicadas. La chica empezó a visitar la casa dos veces a la semana; además, nos limpiaba y dejaba comida preparada. Una asistenta a todas luces dirá usted, pero a la que mi marido podía meter en el dormitorio durante un rato. Le garantizo que fue un dinero muy bien invertido. Me dejó vivir. Cuando murió Santiago, le bajé el sueldo a la chica, obviamente. Imagínese, estaba dispuesta a hacerme trabajitos ella a mí si le mantenía la misma paga. Le dije que me parecía una propuesta muy cochina por su parte y trató de convencerme con el argumento de que, si no miraba para abajo, la magia no se perdería. Pero no. Mi marido tenía una lengua prodigiosa. Hábil, sin apenas frenillo, larga como la de ese guitarrista melenudo de la cara pintada.

—Bajista, en realidad.

—¿Cómo dice?

Mi padre apagó entonces la grabadora. Ya había oído

suficiente, y nada de lo que vendría a continuación, estimó, valdría la pena.

—Olvídelo. Mire, todo esto es… increíble, por decir algo… ¿Está segura de que es su marido quien la visita por las noches?

—Le garantizo que, cuando viene, no utiliza su miembro viril. En realidad, no creo que yo pudiera distinguir entre dos miembros viriles. Supongo que más allá de las dimensiones, son extremamente difíciles de diferenciar, ¿no?

—Si usted lo dice.

—No sé, quiero decir… Solo he probado uno en mi vida.

—Pues ya me gana en experiencia, señora.

—No, ya le digo que no. Su platanito era algo normal. Apañado e insistente, pero no fuera de lo común. Lo que usa este visitante nocturno son sus dedos. Sus dedos y su lengua. Y le prometo que son los dedos y la lengua de Santiago.

Aquel era el año 1997. El profesor Preuss llevaba meses enterrado en el cementerio de la Almudena, en Madrid. Había sido una pérdida irreparable. El Grupo Prometeo se había disuelto oficialmente. Los miembros restantes de la sociedad seguían viéndose, incluso investigando juntos, pero sin la sombra del maestro cobijándoles el grupo que él formó no podía seguir, al menos públicamente, sobre el terreno. No estaba bien. Él creó esta asociación. Sin el cantante, muchas veces hay que romper filas. Jim Morrison, Freddie Mercury, Kurt Cobain. Los grupos no siempre dependen de sus voces principales, pero sin ellos ya no es lo mismo.

Y, de alguna manera, el universo de las grandes investigaciones paranormales había perdido bastante fuste. Probablemente fuera una impresión personal, bastante subjetiva y motivada por la ausencia del mentor de todos los miembros del grupo. El mundo era un poco más gris sin él.

Los casos se reducían a ruidos extraños en casas con

tuberías de la Edad de Bronce, familias recién instaladas en chalets con tejados medio podridos y personas que abusaban de medicaciones tan potentes, con visiones que ya se incluían como efectos secundarios en el prospecto, que hacían deseable la radiación de Chernóbil. Y también viudas recientes que, tras medio siglo conviviendo con un esposo respetuoso y atento (y callado, también), de repente soñaban que estos volvían del más allá, tan ardorosos como siempre.

La definición de este tipo de lances entra dentro de lo que se conoce en el mundillo como «visitante de dormitorio». A estas entidades, tan empecinadas en aparecerse a los pies de la cama de la gente a altas horas de la madrugada y con actitudes no siempre agresivas, pero siempre perturbadoras, se las puede encasillar en tres tipos.

Para muchos testigos, el ente tiene una morfología más propia de un ser extraterrestre, tal y como la literatura de género nos ha dicho que deben ser estos viajeros interestelares. Ojos grandes y rasgados, sin iris ni pupila, bocas y narices casi inexistentes, invariablemente calvos (los hay rubitos y guapos, pero estos tienen menos interés en meterse en alcobas, al parecer), con extremidades delgadas y casi deformes. Sin ropa o con monos que cubren todo su cuerpo hasta el cuello. Visitantes de dormitorio de otro planeta. Ocasionalmente, se presentan con poderosas luces exteriores que entran a través de las rendijas de las persianas medio bajadas.

Luego tenemos a los que parecen surgidos de los infiernos de pecadores que ciertas religiones poseen, en el rol de celadores o torturadores especializados. Infiernos que, dicho sea de paso, no amedrentan en vida tanto como debieran, a juzgar por la cantidad de pecadores que se arrastran por el mundo sabiendo cuál será el destino de su alma inmortal. Como la cárcel, que es un destino que no asusta tanto al criminal que delinque como para evitar que lo haga. Dicho de otra manera, demonios. Tales personificaciones de seres ancestrales son reconocibles por esa bajeza instintiva suya, que solo parece perseguir el vicio

y el placer carnal por encima de cualquier otra consideración espiritual. Algunos de estos visitantes de dormitorio adoptan el papel de súcubos o, como en el caso de la señora Alonso, íncubos. Violadores sexuales. Abusadores. Aunque, como podemos ver, en ciertos casos son bien recibidos.

El último de los tipos de visitante de dormitorio tiene corte espiritual, pero definitivamente humano. Espíritus. Muy frecuentemente, familiares difuntos que vienen a ver cómo están las cosas o a dejar el mensaje de tranquilidad que gusta recibir: «No te preocupes por mí». Vienen impecablemente vestidos para la ocasión o con un aspecto rejuvenecido y saludable: «Me va bien». Siempre es una despedida. La definitiva.

El caso de la señora Alonso mezclaba un poco los dos últimos tipos, pero generaba una clase de sensación únicamente característica del tercer tipo: expectativa. Incluso esperanza. La moraleja del cuento es que la cosa no acaba aquí. La gente muerta persiste en otro sitio. No los hemos perdido del todo. Y nosotros también continuaremos existiendo.

El caso que nos ocupaba no daba miedo, y eso ya era un aliciente muy importante. Despertar en mitad de la noche y encontrarse con una figura que ronda la habitación con intenciones sospechosas causa un tipo de espanto que es complicado superar a corto plazo y sin ayuda profesional. Cuando, además, esa entidad te penetra furiosamente sin que la persona pueda resistirse en modo alguno, además del dolor físico, el terror puede afectarte psicológicamente de por vida.

Así que la simple idea de un marido que llegaba desde el mundo de los muertos para estimularte como a ti te gusta, y que no ha perdido sus facultades plusmarquistas en la disciplina *cunnilingus profundis*, se antojaba reconciliadora. El más allá no siempre trae malas noticias, cuando las trae.

*[Bueno, chico, supongo que ya tendrás una opinión]*

La mente de mi padre sonaba clara y sin efecto de

reverberación dentro de mi cabeza. Proyectaba con una claridad asombrosa.

La señora seguía ofreciendo datos al respecto de cómo su visitante de dormitorio se esforzaba por tenerla contenta mientras mi padre y yo entrenábamos el arte de la comunicación «transmental».

A pesar de que yo había logrado proyectar mi pensamiento, no conseguía que la idea fuera demasiado compleja. Me iba bien con palabras concisas. Debía escribirlas con mi imaginación en una pizarra en blanco. Tinta negra y palabras mayúsculas. Si podía visualizarla, podía enviarla.

*[MASTURBACIÓN]*

Por supuesto, mi padre podía alojar su mente durante solo un instante en el interior de la mía para apreciar los matices de mi línea de pensamiento. En realidad, no hacía falta que yo proyectase nada. Pero el ejercicio continuo consistía en intentar ser remitente de información, y no simple destinatario.

*[Sí, muy perspicaz]*

*[Ella]*

*[En efecto, no está recibiendo ninguna visita extraordinaria]*

*[¿Dormida?]*

*[Seguramente todo empieza en un sueño recurrente y calenturiento, pero que ella se encarga de redondear con sus propias manos]*

La mujer prosiguió con las descripciones. Y eran muy buenas descripciones. Su léxico se veía incrementado de improviso, así como la habilidad para relatar tanto actos como sensaciones personales. A mis quince años de entonces, aquella conversación me estaba poniendo nervioso. Podía imaginar a esta señora, a punto de despedirse de su década de los sesenta, escribiendo novela erótica con no poco éxito.

—Básicamente, eso es todo —concluyó ella.

*[Gracias a Dios]*

*[Sí]*

—Quisiera darle las gracias por su sinceridad. —Mi padre era el mejor diplomático del mundo, aunque el mundo no lo supiera.

—Entonces, ¿van a investigar mi caso? Usted y… ¿su ayudante?

El pelo engominado hacia atrás, un buen afeitado (no había mucho que afeitar), junto a un traje y una discreta corbata podían ser buenos ingredientes para que nadie subestimara al joven investigador, inexperto pero aparentemente preparado. Ayudaba mucho salpimentar el plato con una actitud educada y un lenguaje corporal recto y estirado. Y así quince años lograban pasar por dieciocho o diecinueve.

—Mi ayudante y yo —respondió mi padre— podríamos investigar su caso, sí. Aunque, permítame que se lo diga de esta manera: ¿realmente quiere que lo hagamos?

—¿A qué se refiere? Pensé que ustedes se dedicaban a esto.

—Por supuesto. Aunque para que lo entienda: intervenimos cuando el caso no es deseado. Ya que somos capaces de poner fin a los sucesos extraños. De hecho, se trata del paso final en nuestras investigaciones. Averiguar el origen, entender la causa y, por último, hacer que se detenga. Y en esta ocasión me atrevería a decir que usted no desea que los sucesos insólitos cesen.

—Sí, pero… ¿cómo sé que es realmente mi marido?

—Usted ha dicho que su lengua y sus…

—Podría ser un imitador.

—¿Un imitador?

—Sí, un imitador. Un imitador paranormal. No podría soportar estar permitiendo que otro me hiciera esas cosas. Necesito confirmar que es mi Santiago quien me visita.

—Yo creo que está lo suficientemente segura. Usted ha insistido mucho en que reconocería esa lengua, y las cosas que le hacía, entre un millón de lenguas.

—No han pasado un millón de lenguas por mis pudendas partes, si me permite que se lo diga así. En fin, el experto es usted. ¿No puede haber en el más allá espíritus

habilidosos en esas… artes?

*[GLUPS]*

*[Sabía que no debíamos haber venido]*

*[¡JA!]*

—Verá, señora —mi padre tardó bastante en elegir las palabras—, si usted quiere, podemos realizar una investigación. Y eso implica poner cámaras de visión nocturna y monitorizar todo el dormitorio. Toda actividad que acontezca en la noche será revisada por nosotros dos y un equipo de expertos en tecnología punta parapsicológica. Lo veremos todo.

—¿Pueden ver a través de las sábanas?

—Sí. Tenemos cámaras de visión infrarroja y termal, láser de contacto, un escáner de conmutación y condensadores de antimateria…

Yo no podía creer que mi padre fuera capaz de inventarse esa retahíla de tonterías sin que le cambiara lo más mínimo su expresión de jugador de póker experto. Parecía jerga de *Star Trek*. Y con gente mayor habitualmente funcionaba.

*[¡SUPERMAN!]*

En fin, yo también quería aportar, aunque se tratara de una intervención fuera de plano.

—A no ser que sus sábanas sean de plomo *[hijo mío, eres malo]*, seguramente vamos a verlo todo.

La mujer abre los ojos como platos y ya empieza a negar con la cabeza.

—Ah, pues entonces, no.

*[Lo sabía]*

—Seguro que es su marido. Yo no me preocuparía. Solo su marido sabía lo que a usted le gustaba. Ningún espíritu podría imitarle.

—¿Está absolutamente convencido de ello?

—Sí, se lo garantizo. Si fuera otro espíritu, le haría daño a usted o, digamos, sería menos comprensivo.

La señora Alonso afirmó con la cabeza y enarcó ambas cejas, rememorando seguramente episodios pasados de su matrimonio, aparentemente feliz la mayor parte del tiempo.

Los ojos se le humedecen un tanto.

—Santiago era muy generoso —dice.

—Claro. Pues eso. Tiene que ser él.

*[Vamos a marcharnos ya de aquí y dejar que esta señora siga con sus sueñecitos]*

*[¡JA!]*

—El más allá es caprichoso. Así que es posible que algún día deje de venir a visitarla. Aproveche mientras pueda.

—Visto así, tiene razón. —En ese momento, se llevó una mano a la base del cuello y se puso a rascar con saña, como si un insecto acabara de picarla justo allí—. De todas maneras, hay una cosa que quisiera saber. ¿Un espíritu solo puede visitar a un familiar?

—No entiendo.

—¿Pueden visitar a conocidos? Simples amigos o compañeros de trabajo. El tipo del bar.

—¿Quiere saber si su marido visita al tipo del bar?

—Era un ejemplo, no me refería al tipo del bar. Pero sí me gustaría que me dijera si existe la más remota posibilidad de que un fantasma se aparezca a alguien que solo conoció de vista. ¿Puede pasar?

*[ASISTENTA]*

*[Madre mía, eres un lince, Isaac]*

—No. No ocurre —sentencia mi padre.

—Pero podría haber una excepción si hubo algún tipo de contacto carnal, ¿no?

—No lo creo.

—No parece muy seguro, caballero. —La señora se cruzó de brazos y examinó nerviosamente la alfombra, como buscando un ejército de ratas que se hubiera escondido de repente—. Y necesito asegurarme. Deben investigar a esa chica que contraté. No soportaría la idea de que también la estuviera visitando a ella.

—Es imposible, los difuntos solo se hacen corpóreos con familiares muy próximos. —Mi padre, entonces, estaba dispuesto a inventarse cualquier mentira para zanjar el asunto cuanto antes.

—Les pagaré. Deberían investigar a esa mujer, con sus cámaras láser y eso. Quiero una confirmación.

Entonces mi padre echó el freno de mano del coche de la moral que habitualmente circulaba las autopistas de su actitud ante la vida, y, extenuado por la situación, decidió cambiar de estrategia.

En varias ocasiones, la mejor manera de solucionar un caso no es hacerlo en verdad, sino que parezca que se hace. El cliente satisfecho convierte una venta mediocre en el negocio del siglo.

—Realizar una investigación de este tipo a una persona que, casi con certeza, no se va a prestar a que la realicemos, tiene un coste elevado. Entiéndame, habrá observaciones furtivas. —Chasqueó la lengua, como alguien que está a punto de meterse en un terreno peligroso en el que, por otra parte, no puede evitar meterse a menudo—. Le garantizo que podemos satisfacer esta demanda, únicamente si de veras es su deseo. Y, quiero decir, de veras.

—Es mi deseo. De veras.

Mi padre echó un vistazo al salón de la casa, donde estábamos. Valoró la decoración, el tamaño de la pantalla de la televisión, los lomos de los libros en la estantería. Probablemente recordó el Cayenne aparcado en la entrada del chalet. Miró de arriba abajo la vestimenta de la señora Alonso y sus fosas nasales se dilataron para identificar la categoría del perfume. Anillos, pendientes, colgantes. Todo valía para ese escrutinio rápido.

Y fue, durante un día, un timador de manual.

—Serán veinticinco mil euros. Solo la investigación de la asistenta.

—Prostituta.

—Veinticinco mil.

La mujer sonrió muy disimuladamente. Quiso que no nos diéramos cuenta de que estaba encantada. Aquel era un precio que estaba dispuesta a pagar sin regatear un céntimo. Es más, posiblemente fuera el momento exacto en que nos tomó por fin en serio. Parapsicólogos de verdad.

Tiene gracia.

*[Podría haberle sacado el doble, pero yo me vería totalmente incapaz de gastar ese dinero]*

Y por no hacer nada ya estaba bastante bien. Porque la señora Alonso nunca sabría que dicha investigación, del todo subrepticia e ilegal, nunca se realizaría. Al cabo de una semana, mi padre la telefoneó y le dio la confirmación que la viuda tanto ansiaba: «El espíritu de su marido no visita a nadie más que a usted».

Punto y final. Entendimos que los sueños irían perdiendo intensidad con el paso del tiempo. La motivación onírica no causaría una colaboración manual. Dicho pronto pero no del todo mal, la mujer dejaría de masturbarse en ese estado de duermevela. Y colorín colorado… «Esta casa está limpia.»

El difícil mundo del parapsicólogo.

—¿Qué has aprendido hoy?

El lugar era un restaurante de carretera, situado justo al lado de la autovía. Un par de horas después de haber más o menos zanjado el caso del íncubo imaginario y simpático. Faltaban seis días para que la señora ingresara en nuestra cuenta 25.000 euros. Existía la posibilidad de que nuestra clienta ni siquiera fuera capaz de calcular el valor real de una moneda que acababa de entrar en vigor.

—Que la gente necesita creer.

—No es tanto eso como la necesidad de esperanza y trascendencia.

El restaurante era más bien poca cosa. Habíamos pedido un plato combinado cada uno, tan grasientos como cabía esperar y con guarniciones aún menos saludables. Uno de esos sitios donde solo tenían Pepsi, así que optamos por refrescos de naranja.

No volveríamos a ese sitio jamás.

—Lo de la esperanza lo entiendo —dije—, pero… ¿trascendencia?

Mi padre hundió una patata gajo en su montañita

artificial de mayonesa de bote y mordió solo la punta.

—¿Seguro que lo de la esperanza lo entiendes?

—Desde luego. Queremos creer que hay algo más. La idea de desaparecer por completo es difícil de aceptar.

—Un pensamiento horrible, sin duda. Creer que un ser querido ha dejado de existir total y absolutamente, que se ha convertido en nada, en negrura, que ya solo quedan los recuerdos que la gente tenga de él, requiere tener la cabeza bien amueblada para que no enloquezca a cualquiera. Isaac, puedes creer lo que quieras, pero has de respetar esta línea de pensamiento.

—Pero yo sí creo que hay algo más.

—No podemos estar seguros. Las presencias que las personas como nosotros detectamos podrían no ser difuntos. Podrían ser otro tipo de entidades. Cosas que viven ahí, entre mundos. Y sí, nuestros muertos podrían pasar a convertirse en una nada como la de *La historia interminable*. Un cero coma cero. Y si lo único que nos hace seguir aquí son los recuerdos de los que estuvieron a nuestro lado en vida…, nuestra existencia, como tal, es finita. La historia de la humanidad está llena de personas insignificantes que sus bisnietos nunca llegaron a conocer. Gente que nadie en absoluto es capaz de recordar siglos después. Un granjero que se cayó del tejado de su granero en 1643. Un esclavo que murió ahogado en un naufragio en mil setecientos lo que sea. Si no hay un más allá, podríamos decir que es como si esas personas nunca hubieran existido.

—Trascendencia. Necesitamos sentirnos importantes.

Mi padre desplazó su plato a un lado de la mesa. Ya había ingerido suficiente colesterol por un día.

—Siempre nos hemos creído especiales. El más allá es solo para nosotros. ¿Qué hay de un tejón o de una iguana? ¿Adónde van sus espíritus? No son importantes, nosotros sí. La creación de dioses, cada religión que alguna vez ha existido, se ampara en la necesidad de que los seres humanos somos trascendentes. Hoy en día, a mucha gente todavía le cuesta aceptar que formamos parte del reino animal. Descendemos de un tipo de simio muy concreto. En

cierto momento, ni siquiera éramos la única forma de vida autoconsciente sobre el planeta. Los neandertales no eran, en el sentido exacto de la palabra, humanos. La evolución los situó justo ahí, en el mismo momento vital de la historia. Podrían haber heredado la Tierra. Pero…

—Nos los cargamos.

—Nos los cargamos. Así son las cosas. La madre naturaleza nos ha diseñado para que hagamos exactamente lo que hacemos. Igual que los cuerpos desarrollan cánceres. No son inoculaciones, provienen del cuerpo anfitrión. En fin. No quiero desviarme del problema. —Buscó la cartera en el bolsillo de su chaqueta y contó los billetes—. Hay una necesidad real de pensar que hemos venido aquí por una razón. Que cada persona tiene una misión vital y valiosa que hacer en la vida. Que servimos para algo. Que somos pura y llanamente el resultado de nuestros instintos, la reproducción como motor de la supervivencia de la especie. Queremos rodear nuestra existencia de una mística cargada de significado. Que las cosas no ocurren porque sí.

—¿No vas a comerte esas tiras de beicon?

—No. Y tú tampoco deberías. —Dejó un par de billetes bajo el servilletero y cogió sus láminas de beicon con la otra mano, tirándomelas al plato como quien reparte cartas—. ¿Tú dirías que las cosas ocurren porque sí o que no existe la casualidad?

—Mucha gente no cree en las casualidades.

—Tú eres Isaac Zarco, no eres «mucha gente». Las mayorías también pueden equivocarse. ¿Qué crees tú?

Ya habíamos hablado sobre aquello. Las casualidades existían. Es así de simple. Puede ocurrir algo fortuito que te salve la vida o permita que te hagas millonario. Cualquier factor distinto a los que conformaron esa ecuación hubiera dado un resultado diferente.

Las casualidades son como los números capicúas. Son difíciles de ver, pero también están ahí. Cuando vas a matricular un coche, en muchos países, incluyendo este, se te asignará un número de cuatro dígitos. Un número capicúa puro es aquel en el que todos los dígitos son

iguales. 7.777. 4.444. Hay solo 10 posibilidades sobre 10.000 de que la matrícula que le pongan a tu coche sea un número capicúa. Normalmente no sucede, aunque te compres doce o quince coches nuevos en toda tu vida. Pero hay coches por ahí con matrículas capicúas. Existen. No son un fenómeno paranormal. Hay que imaginarse la cara de sus dueños cuando vieron la placa.

Las casualidades existen.

En lo que se refiere a experiencias en la vida, es más fácil pensar que algo tan raro e improbable lo ha decretado un dios omnisciente que quiere que eso te ocurra precisamente a ti, porque sus caminos son inescrutables. Pero no. Fue una casualidad. Te saltas el semáforo en rojo porque llevabas mucha velocidad y gracias a eso no te cae encima la carga pesada de la grúa que estaba sobre tu vehículo. Casualidad. Se agotan las entradas del cine, te quedas sin película; pero la sala se incendia y salvas la vida. Casualidad. Te olvidas de programar la alarma del despertador y te quedas dormido, cuando llegas a la oficina te despiden. Lo siento, eso no es casualidad, eres un idiota.

—Decir que no crees en la casualidad —comentó mi padre—, que todo tiene un porqué, es como decir que no existen los números capicúas. ¿Eres de los que no creen en los números capicúas?

—Yo sí creo en las casualidades. Y entiendo lo que quieres decir.

—Eres un buen chico.

Mi padre me metió toda la prisa del mundo para que terminara de comer de una vez y volviéramos a la carretera. Le gustaba conducir en determinadas circunstancias, pero la mayor parte del tiempo lo consideraba una pérdida de tiempo irreparable, aunque los viajes en coche formaban parte intrínseca de las investigaciones que realizaba el Grupo Prometeo. Kilómetros y kilómetros de música especialmente seleccionada, de mil y una anécdotas relacionadas con vivencias y experimentaciones, libros leídos y cotilleos varios del mundillo del misterio.

Por tanto, sí, en aquellos viajes se tenían conversaciones interesantísimas, pero si mi padre hubiera podido elegir entre una lista interminable de poderes de superhéroe, sin duda hubiese elegido la teletransportación de todas todas. Poder estar en casa tomando un café y, de repente, llegar al sitio donde te esperaban. Si te olvidabas algo, no tardabas más de un par de segundos en recuperarlo de casa y llevarlo al sitio en cuestión. Se acabaron los trayectos en tren, los billetes de autobús, facturar maletas, paradas en gasolineras con bares restaurante que no tienen Coca-Cola; en fin, ser Kurt Wagner solo tenía ventajas.

Hablamos de cómo gastaríamos el dinero que acabábamos de sacarle a la señora alegre. De que una estafa no define nuestro procedimiento profesional, que no es nuestro estilo, pero que si un necio nos pide por favor que le tomemos el pelo, hay que estar dispuesto. Si te encuentras un maletín lleno de dinero debes quedártelo durante un tiempo y ver qué pasa. Si no pasa nada, el dinero es tuyo. Fin.

Ninguna buena acción queda sin castigo. Es triste, pero el karma es así.

—Por otra parte —continuó diciendo mi padre, cuando la conversación del dinero estaba agotada—. Veo que has perfeccionado bastante tu comunicación mental.

*[Entrenamiento]*

—No el suficiente, chico. Tienes que proyectar más información. No solo más palabras, sino conceptos. Conceptos complejos. Las palabras deben ir acompañadas de sensaciones, de imágenes, de olores, de aprendizaje mediante la experiencia. Todo eso se puede proyectar. Podrías hacer vivir a otra persona un recuerdo tuyo, si así lo desearas. Es importante para que podamos cumplir nuestra promesa. Con todo, agradezco que ya no grites telepáticamente.

—La promesa. ¿Sabe mamá algo de esta promesa?

Vi cómo agarraba el volante, como si quisiera estrujarlo.

—Isaac, en serio… ¿Tú qué crees?

—Ya.

Mantuvo la vista al frente, fusilando el horizonte con munición visual pesada. Permitiendo que el mal sabor de boca se fuera diluyendo. Había temas que se habían convertido en tabú de la mañana a la noche y yo no los comprendía muy bien. Nadie repara nunca en que un niño no se percata de todos los detalles, que hay asuntos propios de los adultos que no se asimilan fácilmente.

Yo, con quince años, ya no era exactamente un niño, pero tampoco era exactamente un adulto. A esas edades, no eres exactamente nada de nada.

—Debemos perfeccionar tu técnica —prosiguió—. Porque esa es nuestra fuerza, nuestro vínculo. No solo de cara al resto de la gente, sino de cara a enfrentarnos al más allá. Nunca hemos hablado de los peligros.

—¿Los peligros?

—Cualquier otra persona pensaría que soy un irresponsable por llevarte conmigo a este tipo de investigaciones. De hecho, el resto del grupo se siente muy incómodo cuando aparezco contigo a mi lado.

—Pues son bastante amables conmigo. —Me lo pensé mejor—. Bueno, Balabaster no.

—Balabaster no es amable con nadie. Y el resto te tolera, sí, eres un chaval muy noble. Incluso diría que te aceptarían antes de que cumplas la mayoría de edad. Pero ahora mismo eres demasiado crío. Ya no quieren un chiquillo correteando a nuestro alrededor mientras realizamos investigaciones serias. Desde la muerte del profesor, las cosas han cambiado. Por eso no he llamado a los demás para este caso. En fin, habrá que planificar cuándo te quedarás en casa mientras yo investigo con el grupo, y cuándo nos vamos tú y yo. Solos. ¿Sí?

—Como tú veas.

—Y hay que entrenar mucho esa proyección.

*[Intento]*

—Proyectarás hasta que tengas migrañas. ¿De acuerdo?

*[Conforme]*

—Sí, existen peligros. Eso no hace falta que te lo diga.

Sobre todo, con los viajes astrales. ¿Cómo vas con eso?

—Voy más lento.

—Eso no me corre tanta prisa. Aunque ahí sí debes andarte con ojo. Sabes con qué jugamos. Hay entes interdimensionales. Algunos tienen malas pulgas. Insisto en que ni siquiera sabemos qué son o qué fueron. Si tienen algo o no de humanos. Y nos debe dar igual a la hora de afrontar el riesgo que eso supone. No puedes fiarte de ninguno. De nadie.

—Papá.

—Proyecta.

*[Papá]*

—Sigue.

No era tan fácil. Era parecido a la sensación que tiene una persona que sufre tartamudez cuando se atasca en una palabra que no quiere salir. La tienes ahí, la paladeas, la ves escrita en tu mente, con neón resplandeciente, pero se niega a salir.

—Nada, déjalo.

—¿No puedes proyectarlo?

—Y tampoco es que sea importante.

—¿De qué se trata?

—Nada, déjalo, por favor.

—Me has interrumpido por algo. ¿Por qué?

—Si te vas a poner así, paso.

Entonces dio un volantazo y frenó tan bruscamente como pudo para detener el coche sin que se produjera derrape o un desgaste de frenos innecesario. Cuando hubo parado el coche por completo en la cuneta, en el lugar aspirante perfecto para ganar el premio del año a mejor Ninguna Parte, echó el freno de mano y me miró fijamente.

—¿He sido brusco? —me preguntó, con un tono de voz muy suave.

—¿Cómo?

—No me refiero a la maniobra —contempló la ventanilla de su puerta y siguió con la mirada a otro vehículo del cual emergía el sonido de un claxon atronador —, que sí lo ha sido. ¿Pero te he parecido un padre

violento?

—No.

—Puedes ser sincero. Siempre quiero que seas sincero conmigo.

Si él lo quería, yo debía dárselo.

—Te pones un poco capullo cuando tocamos el tema de la proyección mental.

—¿Un poco capullo?

—Sí, papá. No es fácil. Todo el mundo dice que soy demasiado joven para que empiece a…

—¿Todo el mundo? Perdona, Isaac. Siento interrumpirte. ¿Pero todo el mundo? ¿Balabaster lo ha dicho?

—Y Monique también.

Aquello pareció afectarle. Un buen *uppercut* de derecha que le pilló con la guardia baja. Cuando volvió a hablar lo hizo casi en susurros.

—¿Monique ha dicho algo?

—Que soy demasiado joven para obsesionarme con estas cosas. Que debería estar jugando a videojuegos. Incluso saliendo con alguna chica.

—No, mejor no. Te compraré una consola, si quieres. —Miró a conciencia el retrovisor para comprobar que los coches que pasaban no lo hacían demasiado cerca. A fin de cuentas, había detenido el automóvil en una zona no destinada a tal fin. Y tampoco era una emergencia ni había señalización pertinente para indicar nuestra posición—. Yo creía que ella lo entendería.

—Me gusta proyectar.

Mi padre sonrió amargamente.

—¿En serio? Vaya.

—Sí. Y es como una especie de secreto entre nosotros. Hablar sin que nadie más nos oiga.

—Es muy personal, desde luego. Creo que puede unirnos aún más. Y, por cierto, te garantizo que respeto tu intimidad. No paso de la superficie. Escucho lo que me proyectas. ¿Qué padre podría decirte eso, cuando la mayoría no podría evitar registrar entre tus cajones o tu

mochila?

—Tengo suerte. Mi padre es un capullo solo a veces.

—¡Eh, cuidado! —Aprovechando un instante en que la carretera parecía bastante despejada, mi padre volvió a la ruta. En apenas unos segundos volvíamos a circular, camino a Madrid, a la misma buena velocidad que llevábamos unos minutos antes—. No deberías quejarte, Isaac. No excesivamente. —Bostezó un poco y reguló el aire acondicionado para quitar la condensación acumulada en el parabrisas durante la parada—. ¿Por dónde íbamos?

—Los peligros.

—Los peligros del más allá.

# CAPÍTULO 7

## CUANDO LO QUE IMPORTA SON LOS MEDIOS DEL FIN

—Muchísimas gracias, Lidia. Siento que hayas tenido que revivir la experiencia.

Cuelgo la llamada en cuanto escucho un «no ha sido nada, hasta otra». La hermana de Bárbara no aporta nada nuevo a la investigación. En efecto, la descripción física del abuelo que la sorprendió en la sala de estar es exacta a la del señor que hemos visto los demás hace solo unas horas. Pero era un trámite necesario para dejar del todo atados ciertos cabos.

Lidia se marchó de la casa tras ese encuentro. Por alguna razón, ella resulta más sensible para estas cosas que su hermana o que mi exnovia. Aunque, al final, ellas también han visto al fantasma.

Fantasma; vamos a llamarlo así por el momento.

Y, de la misma manera, también ellas se han marchado de casa.

Ahora estoy yo aquí. Solo, por el momento. Con algo que, me arriesgo a decir, está cobrando fuerza. Y nosotros le hemos dado esa potencia. Nuestros sentimientos, el tipo de sensaciones que se tiene en vivencias de estas características, impregnan el ambiente. Es el combustible preferido de determinado tipo de entidades de corte espiritual. Te asustan, sientes miedo, se alimentan de él y vuelven a la carga con mayor efectismo. Crecen porque se lo permitimos.

Si una persona respondiera con indiferencia «Deja de

aparecerte así, ¿quieres?», «Deja de cambiarme las llaves de sitio, por favor», y a otra cosa, lidiando con ello como se haría con un perrito travieso, no pasaría nada durante mucho tiempo. Los espíritus se marcharían enseguida si solo recibieran este tipo de atención imperturbable, porque lo que quieren es epatar, causar sensación.

Me siento extraño volviendo a pensar en parapsicología. ¿He vuelto? ¿Podría decir que, tras mucho buscar, el más allá y yo volvemos a encontrarnos?

No debería estar tan seguro. Probablemente esta misma experiencia, contada a mi yo de hace unos meses, hubiera obtenido una explicación racional de su parte (de mi parte), que zanjara el tema en pocas palabras.

Pero mi yo del pasado no ha visto a ese viejo de ojos enrojecidos gritándome a un palmo de la cara.

Debo reconocer que todo esto me hace sentir una exaltación gozosa impropia de un investigador serio y escéptico como yo. Como un niño metiéndose en la cama en la noche de Reyes Magos. Tendría que luchar contra esa sensación. Pero una parte de mí cree que estoy donde debo estar.

Llamo a César Baggio mientras indago en la nevera, confirmando mis sospechas de que estas chicas no saben comer y, aún menos, beber.

Tras dos tonos de llamada, mi amigo responde.

—¡El hijo pródigo! ¿Quién lo iba a decir?

—No te lo vas a creer, César.

—Yo soy muy tontorrón. Me lo creo todo.

—Lo he recuperado. Creo.

—¿El don, la maldición, tu superpoder telépata?

—No. Me refiero al más allá. He recuperado el misterio.

—¿Qué ha pasado?

De repente, me da la risa. Ahora se me antoja ridículo. Me dan ganas de decirlo más científicamente. Utilizar algún término moderno que le otorgue sensatez, en vez de usar la palabra griega con más de cinco mil años de antigüedad.

—He visto un fantasma —qué demonios—. Bueno, no

sé si era un fantasma. Ya sabes.

—Vale, vale. ¿Nadie más lo ha visto?

—Sí, lo vimos tres personas.

—Si lo han visto tres personas, no lo has visto con tu don. Quiero decir, no fue algo tuyo, sino que, si yo hubiera estado allí, también lo habría visto. ¿No?

—Sí, seguramente. Estoy seguro de que sí.

—¿Sabes las ganas que tengo de ver un fantasma?

—Muchísimas ganas

Me río, con un poco de pena. La gente que persigue algo incansablemente y no lo encuentra. El sino de muchos parapsicólogos serios.

—Y me estás llamando. Bien, ¿dónde estás? Voy para allá.

—Eso tampoco te lo vas a creer. Estoy en casa de Cosette.

—¡No! ¿Sí? ¿Has heredado también la fortuna de una tía multimillonaria?

—Voy a empezar sin ti. Pero espero que en menos de una hora te presentes en la dirección que voy a pasarte por el móvil. No te voy a engañar, solo quiero que traigas el aparataje para poder registrar lo que hay en esta casa. Todo lo que puedas cargar. Cada chisme tecnológico que tengas por casa. Quiero conseguir alguna prueba tangible, si se puede. Hacerlo oficial. La verdad es que el caso está resuelto.

—Tú siempre tan perspicaz.

—Es tan buen motivo para tener un fantasma cabreado como cualquiera. Digamos que se han equivocado de cenicero.

Paso la siguiente hora haciendo llamadas telefónicas a la residencia de la tercera edad en Perpiñán. Me derivan a otra oficina, ya que la residencia está cerrada por razones obvias. Les extraña que no quiera información sobre el incendio en sí, sino sobre los trámites posteriores.

Mi teoría es que ha habido un error en el envío de las

vasijas funerarias. Es difícil averiguar un error cometido por personas que no están al corriente de este. ¿Cómo demostrarlo?

Posiblemente fuera un error a la hora de designar la identidad de los restos de los difuntos. Se extraen las cenizas de los depósitos situados en los nichos de incineración, y algún operario equivoca las etiquetas. Un error improbable en circunstancias normales, pero comprensible en una tragedia con muchas defunciones al mismo tiempo.

Estoy totalmente convencido de que la urna que las chicas tienen en el piso corresponde a las cenizas de otro señor que, según sus propias palabras, quiere regresar con su hija. ¿Adónde han ido, por tanto, las verdaderas cenizas del padre de Cosette?

Un motivo como cualquier otro para cabrear a un fantasma: que lleves sus restos a la casa equivocada y le manden a su hija las cenizas de cualquier otra persona. ¿Quién se daría cuenta? A no ser que un espíritu irascible decida llamar la atención y ponerse muy, pero que muy agresivo, nadie.

A pesar de que uso mis más sutiles encantos primero, y ciertas técnicas de interrogatorio después, no logro que en el teléfono de información de la residencia me digan cuántas urnas mandaron y a cuántos clientes. Tras lo cual es un ejercicio de futilidad preguntar por las direcciones específicas. Dejo claro que estoy buscando a una señora. La hija de uno de los internos. Pero la información es confidencial y, para esto sí, quieren hacer las cosas bien. Demasiados resbalones han sufrido ya.

Me veo en la obligación de entenderles perfectamente. Se trata de un centro para la tercera edad de cierto prestigio y, por eso, la familia de mi exnovia pagaba religiosamente un buen dinero para mantenerle allí, bien atendido y con una calidad de vida garantizada. A pesar de todo, no estaban preparados para una eventualidad como esta. La investigación que deben de estar llevando a cabo en este momento las autoridades francesas seguramente cierre

el centro para siempre.

La persona que me atiende al teléfono da por finalizada la llamada justo antes de que le proponga un indigno soborno de doscientos euros por la información que busco. Un maldito dato. Nada más.

El problema es que ahora han colocado un muro que ya no podré atravesar.

César llega justo en este momento. Le abro la puerta y recibo un abrazo de oso con mucho frotamiento.

—Lo sabía. Sabía que pasaría.

Va a ser complicado reconocer que vuelvo a estar enfangado en estas arenas movedizas de la parapsicología, como todo el mundo preveía que ocurriría.

Pasamos unos cuantos minutos colocando por todo el piso el equipo que ha traído mientras le hago un resumen rápido de todo asunto. Varias cámaras de vídeo y fotográficas conectadas a sensores de movimiento y térmicos, detectores de campos magnéticos, telúricos, micrófonos de precisión conectados a todo tipo de grabadoras digitales especialmente configuradas para recibir mensajes orales sin detectar el resto de la polución sonora, grabadoras independientes alojadas en jaulas de Faraday y lo que entiendo yo por otros chismes *supercalifragilisticosexpialidosos*. Un montón de parafernalia inútil que nos servirá para, como casi siempre, hacernos perder el tiempo con brisas que activarán todos los sensores y nos atormentarán con un concierto de alarmas sonoras que interrumpirán cada paso de la investigación.

Aunque nunca se sabe: quizá nuestro abuelo de ojos enrojecidos se preste a grabarnos un mensaje en audio o se deje fotografiar.

—Me va a hacer falta otra regleta. Hay otra más de reserva en la mochila, Isaac, ¿me la acercas?

—Claro.

—¿Quién te llamó, Bárbara o Cosette?

Sabía que metería el hocico donde no le llamaban. Se lo puedo perdonar.

—No ha pasado nada, ¿vale? Solo les estoy echando

una mano.

—Claro. No estoy insinuando nada.

—Sabes que toda esta aparatología molesta más que otra cosa. Lo sabes, ¿no?

—Buen regate.

Es muy pronto para hablar. Es muy, pero que muy pronto para hablar. Y cuando sea el momento para hablar, César Baggio será el primero con quien lo haga. Ahora, mejor dejar reposar el asunto.

—No tenían a nadie más a quien acudir. Y yo estaba presto para echarles una mano. Ya está.

—Y no vas a aprovecharte de la situación, por supuesto. —El deje de ironía no sería detectable por nadie que no fuera un amigo de confianza. Yo lo soy.

—Quisiera hacer las paces. Luego, ya veremos. Además, estoy un poco contrariado ahora mismo.

—¿Contrariado, por qué?

Pongo una mueca de malestar mientras entrecruzo los dedos de ambas manos. Un crujido óseo se oye mientras elijo las palabras adecuadas.

—Su padre ha muerto. Hace unas semanas. No me llamó.

—¿Su padre ha muerto? ¿El padre de Cosette?

—Exacto. Y no me llamó. No es que yo tuviera una relación muy cercana con ese hombre, apenas hablamos; sin embargo, creo firmemente que debería haberme avisado. No lo hizo.

—¿No se supone que lo habíais dejado?

—Nos habíamos dado un tiempo.

—No era esa la versión oficial, Isaac, hasta ahora. Es más, eso de que os habíais dado un tiempo es la primera vez que lo oigo.

Repaso en mi memoria todos los pormenores de la ruptura. Podría decir que todo depende del punto de vista. Perspectivas. ¿Solo nos estábamos dando un tiempo de relax en mi cabeza? ¿Es realmente así? Seguramente. Y, pensándolo bien, es incluso un invento moderno. De hace nada de tiempo. Al final, va a resultar que soy idiota y me

estoy haciendo ilusiones, a pesar de que me había prometido que me lo tomaría con calma. Según la visión de Cosette, la ruptura podría ser absoluta y determinante.

—Vale, si lo habíamos dejado, no importa. ¿No podría haberme llamado para decírmelo? Somos amigos.

—No tenía obligación de llamarte, socio. En esa situación yo tampoco habría ido por ahí llamando a la gente que no fuera esencial. —Me mira fijamente—. Es posible que eso es lo que te moleste, que no seas esencial. Que haya preferido refugiarse en la gente que le importa. Eso te coloca oficialmente en la posición de capítulo ya leído.

—Me parece muy bien, César. ¿Me estás diciendo que no tengo derecho a estar cabreado como una gorgona?

—Te puedes cabrear con lo que te dé la gana. Que tengas razón es otra historia.

—Me hubiera gustado que me llamara para decirme que su padre había muerto. Que está sufriendo. Que necesita consuelo.

—No quiere que tú la consueles. Tiene a su amiga del alma. Puede que a más gente. Es normal.

—Pero luego le sale un fantasma y entonces mi número ya sí aparece en su agenda.

—Te quiere solo como psíquico. —Se ríe de su chistecito y se pone a comprobar la tarjeta de memoria de una de las cámaras. Ha debido de comprarse el aparato hace poco, a juzgar por el tratamiento de referencia que recibe con respecto a los demás—. No hagas un desierto de todo eso, ¿quieres? Estás aquí. Hay una oportunidad si no la cagas mucho. ¿No? Por eso has perdido el culo para venir a ayudarlas con su problemilla paranormal.

—Es posible.

—Oye, Isaac.

—Dime.

—Cambiando de tema. Y volviendo a la investigación y —echa un vistazo a su alrededor con las manos extendidas — a todo esto… Ese asunto de los rituales funerarios, ¿tanto afecta?

—Depende.

—¿De qué depende?

—Pues no tengo ni idea, pero te garantizo que no funciona así con todo el mundo. Hay veces que te saltas las últimas voluntades de un difunto en torno a sus procedimientos de enterramiento o lo que sea, y pasan cosas. Otras veces, no. ¿Por qué lo preguntas?

César empieza a rascarse la nuca. Mal asunto.

—Mi madre… Dejó unas últimas voluntades que…

—No me jodas.

César pone gesto de disculpa.

—No pensaba que fuera importante.

Se da la vuelta y se pone a ajustar la altura de un trípode de cámara mientras parece abstraerse a otro tiempo, concretamente tres años atrás, cuando falleció su progenitora. Fue una época dura para él.

—Dejó un dinero para que le compráramos un ángel —dice—. Un enorme ángel que ponerle como lápida. Quería algo ostentoso.

»En cierta ocasión, se vino de vacaciones con mi hermana y conmigo. Habíamos alquilado una casa rural cerca de los Picos de Europa. Una casa enorme. Nos llevamos a nuestras parejas, Manu y Víctor. Y nos la llevamos a ella. Y a su perra también. Fueron las últimas vacaciones familiares.

»Se enamoró de un ángel enorme que hay en Comillas, sobre un cementerio anexo a una iglesia antigua. Era un ángel con espada, un ángel exterminador.

—Abadón —añado.

—¿Cómo?

—Abadón o Apolión. Un ángel que no se anda con chiquitas. Arrojaba plagas de langostas y cosas así. Un tipo serio.

—Pues era lo que quería en su lápida. No como el del cementerio de Comillas, pero sin duda un ángel guerrero que destacara. Un ángel de tamaño real. Un metro noventa de hippy melenudo con alas extendidas y espadón. Añádele una base bien grande y tenemos la cosa más aparatosa del

mundo. —Se olvida del trípode, de la cámara y de todo. Se lanza contra la nevera como si le debiera dinero y la abre con muy malas maneras—. ¿No beben cerveza?

—Quería salir yo a comprar. Si quieres bajo en un momento.

—No, déjalo.

Me pongo a abrir todos los maletines de interior acolchado que quedan por abrir. Reparo en que esto parece el típico estudio de grabación al que van los grupos a grabar sus álbumes. Estamos montando un circo tremendo. Si Cosette entrara ahora por la puerta, le daría un ictus.

—Ponme ese sensor de temperatura justo en el umbral de acceso —dice—. Ahí, ¿vale?

Mientras hago exactamente lo que me pide, intento hacerle un adelantamiento figurado desde boxes. Cuanto más rápido vayamos a lo grueso del asunto, mejor.

—Pero no le pusisteis el ángel en la tumba.

—Pues no. Había dejado una cantidad de dinero apartada para ese fin. Pero pasamos totalmente de hacerle caso. Era muchísimo dinero, Isaac. Para plantarle en su tumba una especie de Brad Pitt en *Troya*. —Se sirve un vaso de agua del grifo y se lo bebe de una vez—. Le pusimos una tumba normal y corriente. Tirando a grande, eso sí. No fue barato, precisamente. Y encargamos que le pusieran un… Abadón de esos, grabado en la losa. Un dibujo en relieve. Ya ves, no es lo mismo.

—Pero ella nunca protestó.

—No. Ningún *poltergeist*, ningún fenómeno insólito. Nada de nada. Ni siquiera en sueños.

Sueños. No había caído. Esto me acaba de dar una idea. Una idea que conviene desarrollar. Otra de mis habilidades especiales de antaño, la proyección mental en sueños, ahora perdida.

Cada cosa a su tiempo.

—No pasa nada —afirmo—. Como ya te he dicho, no ocurre siempre. Desde que me dedico a esto de investigar los fenómenos extraños, te garantizo que me he encontrado con bastantes casos en los que el muerto viene a echar en

cara a los vivos que no hayan respetado sus encargos funerarios.

»Es muy común, en ciertas comunidades españolas, que justo en el momento de alojar el féretro en el agujero abierto en la tierra se quite el crucifijo de la tapa y se lo entreguen a la persona más próxima del difunto. Esa cruz se cuelga luego en la casa y permanece allí como recordatorio. Si no se hace correctamente, el espíritu del fallecido podría manifestarse para que se haga como desea, o no podrá descansar en paz. Ya sabes que soy muy crítico con estas cosas, pero esto es lo que los testigos me han contado en más de una ocasión.

—¿Y cómo quitas la cruz del féretro?

—Yo no lo he visto nunca, me han contado que, a veces, se sube el enterrador con una pala y hace palanca. Otras veces, el crucifico está atornillado y hay que buscar un destornillador. Pero eso no es lo más chocante. Mi padre investigó con el Grupo Prometeo casos en los que el espíritu se manifestaba contrariado porque le habían enterrado con la cruz en el ataúd y, por tanto, deseaba que se le desenterrara y que ese crucifico fuera quitado y entregado al ser querido; mientras que en otros es justo al revés.

—Espíritus que quieren su cruz en el ataúd y espíritus que quieren la cruz en casa.

—Exacto. Y te garantizo que con estas cosas son muy… pertinaces.

A mi memoria viene ese terrible mensaje en el contestador, grabado por una mujer que ya había fallecido hacía semanas en el momento de la llamada: «Furcia, furcia, furcia». Un caso muy famoso. El fenómeno se suele incluir dentro de la familia de las psicofonías, salvo que, en lugar de ser voces que quedan registradas en grabadoras o móviles, son voces que se pueden escuchar en contestadores automáticos o buzones de voz. Si verificas la fecha y hora de la llamada, puedes comprobar que fue efectuada por la persona tras su defunción.

O, por lo menos, eso dicen. Siendo estrictamente cabales, la mayor parte de las veces debes fiarte del

testimonio de personas con un fuerte arraigo religioso. Rozando casi el fanatismo, en muchos casos. Tiendo a ser terriblemente escéptico en tales ocasiones.

—Hubo un caso muy famoso —empiezo a decir— de una hija que decidió incinerar a su madre. En lugar de enterrarla, como deseaba la señora. Fue una cuestión de coste, nada más. No había mala intención. Pero no respetó las últimas voluntades de la difunta y, al parecer, la voz de su madre se grabó en el contestador. La llamaba furcia tres veces.

—Sí, lo escuché en tu programa, *Tras el velo*. Si te cuentan la historia primero, da bastante miedo.

—¿Tu madre vino a increparte? ¿Te grabó en el contestador un mensaje en plan: «Hijo, cabronazo, ponme el maldito ángel exterminador de dos metros»?

—Sabes que no.

—Pues fin de la historia. A nivel personal, te lo digo, me parece que hiciste mal. Era su dinero, a fin de cuentas. Si quería gastárselo en eso, deberías haberlo respetado.

—En realidad no era tanto su dinero como el nuestro, Isaac.

—Yo lo veo de otra forma. Has sacado tú el tema. Te digo lo que pienso. Fin.

—Vale. Mi hermana también estuvo conforme.

—Los dos lo hicisteis mal. Lo que importa de verdad es que podemos estar ante un caso que entre en este terreno. El difunto ve que sus restos no están donde deberían estar y se pone arisco, por decirlo así. Bueno, creo que ya está todo colocado. Si pasa algo quedará registrado. Lo del bar de abajo me llama, me está llamando. ¿Te sigue apeteciendo esa cerveza o piensas hincharte de agua?

—Una cerveza solamente.

Con todo el aparataje preparado y ciertos sensores ya conectados, nos preparamos para salir a la calle y hacernos a la idea de que puede ser una jornada muy larga. Un respiro antes de empezar, y luego a matacaballo hasta el final.

Es uno de esos bares que hacen su propia cerveza, lo que les hace henchir el pecho con autosuficiencia. Con su menú correspondiente, sus descripciones detalladas para cada modelo IPA y su falsa ilusión de variedad. Puede que no tenga paladar para este tipo de cervezas de moda o quizá lo que ocurre es que todas saben igual y yo soy el único que lo dice.

—Un tinto de verano, por favor. —Esto no me hace ganar un amigo tras la barra, precisamente. Esa ceja enarcada y el silencio despectivo me hacen sonreír—. Con limón.

La terraza del local consta de cuatro mesas con cuatro sillas. No hay espacio para más, pero estamos completamente solos en este miércoles cualquiera a las once y media de la mañana.

Y le cuento mi idea a César. Los sueños. Por alguna razón, mi padre nunca lo vio como una vía de contacto con el más allá. Y, de hecho, no es del todo fiable. ¿Pero qué lo es, en este mundillo?

Sin embargo, no me estoy refiriendo exactamente a los sueños lúcidos. Los sueños controlados son aquellos en los que, por algún motivo incierto, descubres que estás soñando cuando hasta ese momento no te habías percatado de que así fuera. Y entonces tomas el control. Literalmente, se puede hacer lo que se quiera. Echar a volar como un superhéroe, generar campos de fuerza protectores… El único límite es tu imaginación.

En realidad, me refiero a los viajes astrales. Prácticas en las que el experimentador es el que inicia el viaje. Proyecciones de la mente. La libertad de movimientos es absoluta. Ir saltando de un lugar a otro, de un mundo a otro, está en la mano del experimentador aventajado. Mi padre solía llamarlos exploradores. Él nunca fue uno muy bueno.

Yo sí.

Para mi padre, yo era un *enfant terrible*. Qué no sería capaz de lograr con mi talento. Puede que le decepcionara que no llegara tan lejos como prometía en mi adolescencia.

No lo sé.

La técnica del sueño consciente o viaje astral era la especialidad de Monique Theriault. Mi padre no le concedía crédito suficiente. Con su poder mental se apañaba bastante bien, así que no deseaba entrenar en técnicas que consideraba demasiado abandonadas a la interpretación y, según su manera de verlo, bastante más arriesgadas. Por ello, miraba con malos ojos que yo sí entrenara esas artes. Al menos durante un tiempo.

Y sí, debo confesar que estoy muy oxidado con este tipo de experiencias.

César tampoco lo ve claro.

—Y ¿cómo puede ayudarnos que salgas de tu cuerpo? Pensaba que íbamos a hacer una invocación convencional. En plan, «eh, anciano, manifiéstese». He traído incluso una ouija. Aunque ya sé que a ti no te hace falta. Nunca se sabe.

—Creo que funcionará mejor si le damos intimidad. Si nos metemos en su entorno.

—Me da un poco de miedo, lo confieso. Dejarás ahí tu cuerpo, inerte. Vacío, por decirlo así. ¿Cómo voy a saber, cuando despiertes, que tú eres tú?

—Ves demasiadas películas.

—¿Me estás diciendo que no es así como funciona? En esa película de Patrick Wilson funciona así. Primero le pasa al hijo y luego a él.

—Un cuerpo no es como un traje que se puede poner cualquiera.

—Yo no lo sé. Pero seguro que hay una forma de piratear el cuerpo, en plan espiritual, un jáquer psíquico. Vale, suena fatal y ridículo, y seguro que es una estupidez. Pero entonces, ¿por qué hay gente poseída?

—No funciona así, César. Confía en mí.

Siendo sincero conmigo mismo, no creo que funcione así. No. Lo. Sé.

El vínculo de un cuerpo con su conciencia libre es muy superior al que hay entre un teléfono móvil que te pide una contraseña para que puedas usarlo a tu gusto. Si no les abres la puerta, no pueden entrar.

Hipotéticamente.

Me da igual si no estoy cien por cien seguro, es lo que pienso hacer.

—¿Cuál es el plan? —accede finalmente mi compañero.

Le doy un trago a la consumición que el barman me ha colocado delante con una mirada de desafío y tamborileo con los dedos sobre la superficie de la mesa.

—Me ato una cuerda a la cintura, abrimos un portal y yo me adentro mientras tú te haces cargo de sujetar la cuerda por si acaso.

—Payaso.

—Me tumbo en el sofá y me concentro. Pareceré dormido. Tú vigilas por si pasa algo.

—Demasiado fácil.

—El trabajo duro corre de mi cuenta.

—Supongo que vas a ir al encuentro de ese fantasma. ¿Qué vas a decirle?

—Que me ayude a ayudarle.

Nada como cerrar una puerta en tu mente, y se cierran todas las demás. Quedas encerrado. Es un tipo de bloqueo consentido que solo tú puedes cancelar. Y, de la misma manera, basta con invertir el proceso y todas las puertas se abren de repente. Como viajar a un país donde se habla un idioma que tenías oxidado durante años. Las palabras que creías olvidadas afloran por sí solas. Igual que montar en bicicleta.

Había cerrado la puerta al misterio. Este viejo de ojos enrojecidos me ha traído de vuelta. Bien por él. Y sí, me ha costado forzar la maquinaria. Lo que en mis buenos tiempos hubiera sucedido en un par de minutos, ahora me ha llevado media hora, pero lo he conseguido. He salido de mi cuerpo.

Es la misma casa, sin duda. Está llena de una luz anaranjada antinatural que no tenía antes. No es solo la que entra por la ventana, es que cada pared y techo emite luz o la rebota de manera intensa y uniforme, alumbrando cada

rincón de la casa equitativamente. Todo lo que veo es igual que antes, y todo es distinto. Una de las cualidades del mundo astral: ofrece unas gafas invisibles sensacionales.

Se está bien aquí.

No he tenido esa sensación de levantarme de mi propio cuerpo, verlo ahí tendido. De hecho, estoy en la habitación, pero no hay rastro de mi cuerpo ni de César Baggio o de su instrumental parapsicológico. Es la casa de Bárbara, transportada a un entorno casi extraterrestre, de tonos cálidos y temperatura perfecta.

Tras contar mi plan a mi compañero en el bar, habíamos acordado pedir alguna ración breve pero contundente y subir de nuevo al piso, dándonos por comidos. Y hemos iniciado el experimento. Me he recostado en el sofá y me he concentrado, como en otras ocasiones.

Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Año 2004, si no me falla la memoria. Yo nunca iba a ningún sitio demasiado marciano ni veía cosas raras en mundos distantes, dimensiones alternativas ni nada semejante. Me dedicaba a ir a lugares comunes, familiares y, en esencia, espiaba a gente que conocía. Nunca le saqué mucho partido. En modo alguno busqué una experimentación de corte científico mientras lo hacía.

Nunca tenía un propósito, más allá del «A ver qué pasa». Hoy sí tengo una misión.

El señor mayor está sentado en el sofá.

El fantasma. En el sofá. Con las manos cruzadas sobre las rodillas, mirando hacia abajo.

Si tuviera saliva que tragar, la tragaría.

Debo tranquilizarme.

Su cabeza calva sigue llena de venas azules y violáceas. Sin cejas, con los labios morados absorbidos hacia el hueco que deja la boca con apenas dientes.

Gira la cabeza para mirarme. Yo doy un paso atrás.

—Lo siento, hijo —dice.

Sus ojos no están tan abiertos y enrojecidos como la otra vez. Tiene una expresión apenada, de persona enferma, pero no furibunda ni amenazante. Un cambio de expresión

que hace que un rostro terrible de repente parezca cálido y confiable.

Me lleva a tranquilizarme un tanto.

—Voy a llevarle con su hija —le prometo—. No sé quién es ella ni quién es usted. Espero que me ayude. Es lo que desea, ¿no es así?

—Sé que quieres ayudarme. Tardo en darme cuenta de las cosas. Ahora lo sé. Quisiera pedir perdón.

—Ha asustado mucho a las chicas.

—Quiero que me lleven a mi casa. Con mi hija. Ni siquiera sé qué lugar es este.

Me acerco paso a paso donde está él sentado y con un gesto pido permiso para sentarme a su vera. Él se muerde los labios con las encías y me enseña una sonrisa curiosa, feísima pero entrañable. Sonrío mientras me siento. Los dos miramos la urna que contiene sus restos. Es el único objeto que hay en las estanterías en este momento.

—Se han equivocado al enviar las vasijas —le aclaro—. En casa de su hija deben de estar las cenizas del padre de la chica que ahora vive aquí. He intentado por mis medios localizar esa dirección. Espero que usted pueda ayudarme.

El hombre se da unas palmitas en los muslos.

—Mi nombre es Primitivo Bayón. Sé que mi hija vive en el barrio de la Bolueta. Pero no sé si podría ir allí. Es como si no pudiera salir de esta casa.

—¿No sabe la dirección exacta?

—Estaba muy mayor. El mundo es un lugar muy complicado para alguien como yo.

—Señor Bayón, voy a ayudarle. Voy a intentarlo, al menos. Nos llevará poco si me dice cómo localizar a su hija. Debe ser más preciso.

—Barrio de la Bolueta. Bilbao. Lo recuerdo solo de vista. No sé qué más puedo decir. Yo era una persona del todo dependiente.

—De acuerdo. Soy investigador, lo averiguaré. A partir de ahora, usted va a tener que portarse bien. ¿Ha entendido?

—Yo no pretendía hacer daño a nadie.

Me resulta extraño que alguien sin casi dientes sea capaz de hablar con una dicción tan perfecta. Las reglas del otro lado. Quien las comprende está muerto.

Puede que aún ni por esas.

—Tendrá que dejar a las chicas en paz. Y dejará de mover y tirar cosas. Estará tranquilo y permitirá que vivan sus vidas. Tiene que hacer lo posible por no hacerse notar. ¿Cree que podrá?

—Habla como si fuera a quedarme aquí. No voy a quedarme aquí, joven.

—Sí.

—Ni hablar. Iré con usted.

—No puede. Está anclado a este lugar.

—No es cierto. —Mira la urna funeraria—. Soy el genio de esa lámpara.

—¿Qué?

—No pesa mucho. Es fácil de transportar.

—Oh, no, señor Bayón. Desde luego que no. No voy a ir por ahí con una vasija…

—Ahora soy responsabilidad suya. No voy a dejarle escapar.

—No. Mire…

—No puedo hablar con ellas. Puedo con usted. Estaré cerca todo el tiempo. No quiero quedarme aislado, solo, invisible. No. Otra vez, no. Me enfadaré si ahora me deja atrás. Sé que puedo ocasionar desperfectos. ¡No me desafíe, muchacho!

No contaba con esto. Me ha dejado sin habla. Yo creí que…

—Hay una cosa más —continúa el fantasma—. Usted llamó mi atención desde…

—Puede tutearme, si quiere. Me llamo Isaac.

—Fenómeno. Isaac. A lo que iba; tú me llamaste la atención desde antes de que entrases por la puerta. Te veía a través de las paredes, según te acercabas. Como si estuvieras hecho de otro tipo de materia. Como si nada fuera opaco para ti.

—No sé a lo que se refiere.

Él se pone en pie y me señala el cuarto de baño.

—Ella te vio. Desde muy lejos. Y vino aquí desde otro punto de la ciudad. ¿A qué otro sitio iba a ir? Da igual que tengas edificios delante, colinas, puentes, otras personas. Todo se transparenta, si está tapándote. Se te puede ver perfectamente. Por eso vino aquí. Pero no hemos conversado mucho. Es tímida.

—¿De qué está hablando?

Sigue señalando el cuarto de baño. Como si hubiera alguien allí. Y no en la dimensión de la vigilia, sino en esta especie de limbo o lo que sea este lugar.

—No sé quién es —dice—. Una chica. Vino aquí precisamente por lo que estoy contándote. Podía verte en la lejanía. Me preguntó si podía ayudarla, pero yo no puedo ni ayudarme a mí mismo. Desde entonces está en el aseo. No quiere salir de allí. Creo que algo la está persiguiendo.

—¿Persiguiendo?

—No lo sé. Ya tengo mis propios problemas.

Nada de esto va como debería. El viejo quiere acoplárseme, y para colmo, tenemos a otro fantasma en el baño.

—¿Cómo es? —le pregunto al señor Bayón.

—Normal. Una chica corriente.

Me aproximo a la puerta del baño. ¿Y ahora qué? ¡Un segundo espíritu! Alguien más que acaba de llegar. Apenas llevo un día completo en el piso y, al parecer, una presencia nueva se ha sentido atraída hacia mí porque puedo ser visto a través de los objetos. Las paredes, los techos y los suelos se vuelven invisibles a distancia alrededor de mi silueta. Esto es completamente nuevo. Jamás había oído nada semejante. No me gusta mucho eso de llamar tanto la atención. Tendré que indagar sobre este particular.

Y encima, algo persigue a la chica fantasma.

Abro la puerta del baño y una luz más azulada llena la estancia. Veo a la adolescente. Está acurrucada dentro de la bañera. Buena ropa, parece aseada. Solo tiene un pegote de una plasta negruzca en uno de los lados de la cabeza. El pelo rizado se retuerce alrededor de esa masa nauseabunda.

Probablemente una herida mortal.

—¿Hola? —Intento sonar tranquilizador, el tono de voz de alguien que solo sabe ayudar a los demás—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—¿Cómo lo haces? —dice ella—. Se te ve desde lejísimos.

Me encojo de hombros y doy un paso en su dirección. No veo que ponga impedimentos a que me acerque, así que doy otro paso más.

—No sé cómo lo hago, si te soy sincero. Es más, acabo de enterarme de que lo hago. No me gusta ni pizca. Tendré que corregirlo.

—No sé adónde ir. Tú me has atraído aquí.

Es lo típico de los espíritus que han muerto en circunstancias imprevistas o demasiado jóvenes. Podría haber mil razones, pero nadie sabe con exactitud meridiana por qué algunos pasan al siguiente nivel y otros se quedan aquí, anclados, entre mundos. Con tareas pendientes o aguardando un destino que debe resolverse primero.

Nadie vivo lo sabe y no le deseo a nadie tener que comprobarlo empíricamente.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunto.

Me arrodillo delante de la bañera para ponerme más o menos a su altura. Ella se echa el cabello a los lados para despejar por completo su rostro. El rostro bello de una adolescente de unos quince años, aproximadamente. Estando tan cerca puedo comprobar que la pasta negra de la cabeza que le apelmaza el pelo es un par de agujeros muy juntos. Parecen heridas de bala, pero más pequeños. Tiene otro agujero en la frente y otro en la mejilla. Con un diámetro semejante al de un bolígrafo.

—Me llamo Melissa —dice—. Me ha matado un ser espantoso.

# CAPÍTULO 8

## INTERLUDIO

Amelia tiene ganas de golpear la pared. Podría darle un puñetazo a Jair en esa mandíbula perfecta. Podría darle un rodillazo en esa tripa cervecera que engulló aquellos abdominales que a ella tanto le gustaban. Tiene ganas de gritar, de soltarlo todo en un alarido cuya onda expansiva reviente la casa entera y haga volar toda materia a kilómetros de distancia.

—¡Nunca me he comprado nada para mí! —exclama él.

Eso es lo que faltaba. No podía haber salido con otra cosa, tenía que sacar precisamente eso. Sin decirlo, se lo está echando en cara: «Lo gastas todo tú, cada céntimo de euro, haces con la economía del hogar lo que te da la gana». Volverá a salir el tema de la cocina. Había que remodelarla. No se podía dejar para más adelante. Allí se cocina todos los días. Había que remodelarla, en serio. Nunca debió ser un tema de discusión. Pero lo fue. Se lo echó en cara entonces y se lo echa en cara en cuanto tiene oportunidad. Hubo que apretarse el cinturón, sí, lo admite, pero era necesario. Es lo que él no parece capaz de comprender. Había. Que. Hacerlo.

—Adelante, dilo —le desafía. Que se atreva a decirlo. Si lo hace, le dará un puñetazo. Ah, sí lo hará. Que la ponga a prueba.

—¿Qué tengo que decir? ¿Que los dos ganamos dinero pero que solo uno de los dos lo gasta? Y no soy precisamente yo. —Rodea toda la cama para encararla—. Muy bien, lo diré. Hablemos de cómo no puedo ni comprarme un traje porque andamos mal de pasta, pero tú

sí puedes comprarte un vestido nuevo cuando gustes. De cómo tengo que pedirte permiso para todo, pero tú no me consultas ni una maldita cosa. De cómo no puedo comprar el coche, pero tú si puedes remodelar la cocina entera en el peor momento que podíamos atravesar. —Al final lo ha dicho. Otra vez sale el maldito tema. Ha hecho esos aspavientos que tan nerviosa le ponen. Mover los brazos como un *youtuber* de quince años. Con ese tonito. Sobre todo, con ese tono de voz que clama por un martillazo en la oreja—. ¡Pues entérate, joder —sigue clamando, a voz en grito—, necesito el coche! Y sí, sé que no andamos muy boyantes, pero lo necesito. Y me lo voy a comprar, Amelia. Me lo voy a comprar.

—Pues compra algo que sea útil. Porque el otro día usaste mi portátil y te dejaste abiertas las ventanas del navegador.

—Sabes que el mío no funciona bien.

—Eso me da igual, capullo. Puedes usar mi ordenador. Lo que te estoy diciendo es que me encontré esas pestañas de concesionarios. Cuatro marcas diferentes. Marcas de gama alta. ¿No puedes comprarte un coche económico?

—Compraré el coche que me haga falta.

—Mamá. —Es Ana.

—Ahora no, cielo. Papá y yo estamos discutiendo. Discutiendo sobre por qué no puedes entrar en concesionarios normales y corrientes.

—No sé de qué estás hablando.

—¿En serio te hace falta un BMW? Estaba el Lexus, el Mercedes-Benz y no sé cuál más. ¿En serio eso es lo que necesitamos tan urgentemente? ¿En serio te hacen falta doscientos cincuenta caballos para ir a la oficina?

—Solo estaba mirándolos. Soñando. No imaginaba comprar uno de esos.

—Has pedido presupuesto para un M3. Estuviste veinte minutos configurándolo.

—Mamá.

—¡Te he dicho que ahora no, Ana!

Pero se vuelve a decírselo. Y la mira. Y se le congela la

sangre en las venas. Su hija de catorce años, la pequeña Ana, Anita, la flor de su vida, empuña un taladro de mano con restos de algo sanguinolento y pringoso a lo largo de toda la broca. El niño está con ella. Saúl. Con una espada casi tan grande como él en sus manos.

—¿Qué hacéis con eso?

La expresión de sus rostros es… de otras personas. Una sonrisa forzada, como si unos dedos invisibles tiraran de sus comisuras. No es la expresión de sus hijos. Los ojos están completamente estrábicos hacia los lados. Los de ambos. Permanecen en el umbral de la puerta, observándoles con satisfacción. Sangrando por las orejas.

Su marido decide intervenir. Su voz parece mucho más decidida. Como si la visión de los pequeños no le afectara lo más mínimo.

—¿Qué haces con el taladro, Ana? ¿Has rebuscado en mi caja de herramientas?

—Jair —la madre señala al chico—. Saúl tiene…

—¿De dónde has sacado eso? Deja ahora mismo esa katana en el suelo. Con cuidado, ¿me oyes? ¡Déjala en el suelo!

—Es un *ninjatō*, papá.

Ana y Saúl lloran. Ambos sudan copiosamente. Dan un paso al unísono, con los tobillos demasiado hacia fuera. Mantienen el equilibrio de manera extraña, como si el peso de cada extremidad se descompensase con cada movimiento, como un marionetista torpe que pretende hacer andar de modo realista a su títere sin conseguirlo.

Amelia se deja caer sobre la cama, sobrecogida.

—¿Qué os está pasando? —acierta a susurrar. Está completamente horrorizada. Siente que está perfectamente despierta. Pero esto no es propio del mundo real. El mundo real no hace estas cosas. Y menos con sus hijos. Sus perfectamente normales pequeños.

—¿Qué hacéis? —Jair parece estar tomando conciencia de la situación. Ahora suena asustado por primera vez—. Ya basta. ¿Me estáis escuchando? Ya vale. Parad.

La niña enciende el taladro. El sonido eléctrico se

antoja más atronador de lo que debiera. Señala con la punta de la broca a la ventana del dormitorio.

—Deja eso, pequeña, vas a hacerte daño.

—Mira fuera.

—Por favor —insiste el padre—, apaga el taladro y…

—Mira por la ventana.

*[Mira por la ventana]*

—De acuerdo. —La madre se incorpora de la cama para obedecer la orden, sin dejar de mirar a los niños—. Miraré.

—Tú, no. Que mire él.

La voz de la adolescente suena como si una cuerda vocal se le hubiera descolocado. Entre afónica y carraspeada. Saúl emite una risilla nerviosa que se mezcla con un lloro sincero y agónico.

—Es un *ninjatō*, papá —dice, por la boca sin mover los labios.

Jair levanta las manos intentando mantener la calma. Al acercarse a la ventana le echa una mirada significativa a su esposa, que no sabe cómo corresponderle.

Al correr la ventana, se topa con el BMW M3 aparcado en la calle, con la puerta del conductor abierta. El azul metálico que a él le gusta, el azul Portimão. Con 260 caballos más de los que piensa su mujer. Recién salido de la página web del concesionario al mundo real, de un salto. A su alcance.

La voz de un camionero que lleva décadas fumando puros suena a través de los labios de su hija.

—Es tuyo. —Tose un poco, esputando un trocito de carne sangrante. Probablemente la punta de la lengua—. Pero has de aceptarlo.

—¿Cómo?

Ana lleva la punta del taladro hacia su sien. Cambia el selector a alta velocidad de perforación.

—Tienes que aceptar. —Su voz ha pasado a ser la de un enfermo de cáncer de garganta.

Saúl deja caer la espada al suelo. Se clava de punta muy cerca de uno de sus pies.

—Tenéis que hacer algo o Maxi seguirá calla estúpido crío será mejor que acepte señor Nestares o cualquiera podría llevarse ese magnífico coche con las llaves puestas tienes que hacer algo papá no me deja salir.

Una de las manos del niño se mete dentro de su propia boca. Se introduce a la fuerza, empujando la mandíbula hacia abajo hasta el borde del desencaje. Más adentro. Los ojos lloran. Una vez introducida la mano entera, se cierra en un puño. El estrabismo se invierte; cada iris se dirige hasta el centro, hasta casi desaparecer en el lagrimal. Un nuevo hilillo de sangre casi negra cae de la oreja derecha.

Amelia se tapa la boca y ruega porque esta pesadilla acabe pronto. No es capaz de moverse de donde está. Lucha por abalanzarse hacia sus retoños, abrazarles, hacerles desistir de este comportamiento anómalo. Sus músculos están tensos, pero no obedecen ninguna orden venida del cerebro.

Su hija empieza a taladrarse la sien. Un centímetro. Lentamente. Apenas hay sonido. Y saca el taladro, pero no lo aleja mucho del orificio. Hace el ademán de volver a perforar, pero el padre se pone de rodillas y grita con todas sus fuerzas.

—¡Está bien, lo acepto! ¡Lo acepto! Era eso, ¿no? Tenía que aceptarlo. Lo he hecho. Acepto el coche.

—Excelente —dice su hija, con la voz de su hija, con los ojos anegados en lágrimas de su hija, con la sangre de su hija corriendo desde la oreja hasta el cuello. Aunque no es su hija para nada—. Ahora es tuyo.

Las manos de Jair se aferran al volante de cuero. Un volante casi de competición. Está atravesando la autopista en una mañana sin mucho tráfico. En el coche de sus sueños. Más de cien mil euros de tecnología alemana puesta a su completo servicio. Jamás se había sentido tan cómodo como en este asiento ergonómico. El tacto del instrumental es delicioso.

No recuerda dónde estaba hace solo un segundo. Lo

que importa es que está aquí. Probando una belleza sexi y poderosa. No hay límite de velocidad. ¿No hay límite de velocidad? Pero si desde siempre…

—Puede pisarle más, señor Nestares —le sugiere el vendedor del concesionario. Con su traje azul ajustado y su corbata granate. Se peina su abundante pelazo gris y señala hacia delante—. No hay apenas tráfico. Písele, hombre. Puede hacerlo.

—Pero las limitaciones…

—Son las nuevas normas. ¿No las ha oído? Sí las ha oído. ¿Cuándo? Anoche lo dijeron por televisión. —Jair recuerda al vendedor del concesionario que está sentado a su lado presentando el noticiario de la noche en su canal favorito: «El límite de velocidad en autopista ha desaparecido. A partir de mañana, todo el mundo puede conducir a la velocidad que le apetezca». Y ahora lo tiene ahí, en el asiento del acompañante.

—Anoche le vi. En la televisión.

—Claro que sí. Dele un poco más de gas. Se lo está pidiendo. ¿No lo oye?

*[Me gustaría ir más deprisa]*

El pie del vendedor, con sus zapatos marrones de cordón grueso, le aplasta el suyo sobre el acelerador. Le duele al pisarle, pero no puede evitar hundir el pedal hasta el piso. El rugido del motor irrumpe como una tormenta de aire y gasolina. Suena dulce. La tracción trasera obra el milagro de un reprís increíble. La fuerza centrífuga le pega prácticamente al asiento. ¿O es la fuerza centrípeta?

Agarra el volante con más fuerza. Jamás había ido tan deprisa.

El pie del vendedor ya no está encima del suyo. Por otra parte, no sabe cómo lo ha hecho. Desde su espacio es físicamente imposible que haya invadido el habitáculo del conductor. El acompañante no puede llegar hasta los pedales de ninguna manera.

—Manténgalo a fondo, señor Nestares —le dice—. Como puede comprobar, está muy lejos de revolucionarse al máximo. A esta máquina puede exigirle lo que quiera y ella

estará a la altura.

—Es maravilloso.

—No hace falta que ahogue el volante. Libérese, amigo. Conduzca con suavidad. Debe acariciar el instrumental, portarse bien con el coche. Como lo haría con una mujer. Si es generoso en el trato, será recompensado con creces.

Jair sigue el consejo y comprueba en carnes propias cómo la velocidad alcanza cotas prohibitivas. Pero no siente vértigo ni advierte el peligro. Apenas si hay sensación de velocidad. 196 kilómetros por hora y subiendo, según el velocímetro digital. Y subiendo. Y subiendo. No requiere ninguna habilidad especial. Hasta un niño lo haría. La máquina es una extensión de sí mismo. Siente cada milímetro de goma de neumático deslizándose por el asfalto.

La carretera es suya.

—¿Acaso no es mejor que una cocina nueva, señor Nestares?

—¿Cómo dice?

—Si hay que gastarse una fortuna en algo que merezca la pena, esta es la manera idónea para tirar ese dineral.

—Oiga, ¿cómo sabe…? ¿Se refiere a…?

—Jair, céntrese, por favor. Podríamos matarnos a esta velocidad. —Le da unas palmaditas en el hombro que en otra circunstancia serían humillantes, pero ahora le reconfortan total y absolutamente—. Imagínese si ocurriera. ¿Qué dirían los niños cuando se enterasen?

Se imagina la situación vívidamente. Un par de policías llegando a casa y dando la noticia al resto de la familia. El agente agachándose para que los críos puedan oírle con claridad.

—Vuestro padre se ha estampado contra el pilar de un puente. Ha dicho adiós, adiós con la manita —imitará el movimiento—. Como llevaba el cinturón de seguridad puesto, el cuello se le ha descoyuntado por completo. La cabeza se le quedó colgando del pecho, unida al resto del cuerpo solo por la elasticidad de la piel. Dando vueltas a

izquierda y derecha, como un reloj de pared. ¿Queréis venir a verlo, polluelos? Nunca veréis nada parecido. Lo juro por Dios.

Los dos agentes de policía sonreirán con los ojos, con las mejillas, pero no con la boca. «Menuda desgracia», dirán.

—Menuda desgracia.

Pero su mujer respirará aliviada al saber que ya no malgastará más dinero. La economía familiar, al fin, salvada. Porque ella siempre ha sido muy buena con eso. La contable de la casa. ¿Acaso no estudió formación profesional? Administrativa, para ser más exactos. Y, seamos francos, al baño de los niños le vendría bien una reforma.

Pero eso no tiene por qué pasar. Él tiene el control. Es un buen piloto. Podría ir más deprisa si se lo propusiera.

—Aunque Ana ya es toda una mujercita —añade el vendedor de coches. Jair vuelve la cabeza para mirarle un instante, atónito ante lo que escucha. Repara por primera vez en los ojos naranjas del tipo. Casi resplandecientes—. Sí —dice—, he pensado que estaría bien quedármela.

—Oiga, no puede decir eso.

Jair no entiende por qué está razonando con este tipo. Está dialogando con bastante entereza, es así. Hablando se entiende la gente. Se lo han dicho muchas veces, porque él tiende a ser nervioso y a perder los estribos. Pero este hombre acaba de decir algo que, en otro momento, le hubiera valido un buen gancho de izquierda. Sin miramientos. No se dicen cosas así de las hijas de los demás.

En cambio, no encuentra motivo para llevar la conversación al terreno de la hostilidad.

—¿Me ha oído? No puede decir eso.

—Es cierto. Es su hija. Su hija del todo. No hay lugar a dudas. Incluso sabe, más o menos con certeza, cuándo la engendró. Menudas vacaciones, ¿eh? Escocia es especial. Fue en aquel hotel de Ullapool. Hubo otras noches. Muchas noches, de hecho, no como ahora. Pero fue la noche del

hotel de Ullapool. Fue… distinto. Casi sintió que allí el guerrero pequeñín de usted fertilizó el óvulo de su mujer. Ana —paladea el nombre, como si le dejase un sabor inmenso en la boca. Es asqueroso—. Ana. Ana *la Insana*.

—¿Qué?

—Pero ¿y Saúl? Señor Nestares, no quería ser yo quien se lo dijera, pero… alguien tiene que hacerlo. Para confirmar sus sospechas, más que nada. Que, por otra parte, tampoco es que usted sea estúpido del todo. Y las fechas no cuadran. No cuadran, usted lo sabe. Aquella ruptura temporal, ¿cuánto tiempo duró? Los motivos se me antojan insuficientes, si me permite que opine al respecto. Ella no debió marcharse con la niña. Usted es fiel y responsable. Tiene defectos, eso debe admitirlo, amigo. Pero nada que no sea perdonable o asumible. Y no es, en absoluto, violento. No lo es. Ella, en cambio, ¿cuántas bofetadas le ha dado ya? Venga, Jair, ¿cuántas veces te ha cruzado la cara esa mujer?

—Tres.

—¿Tres? Es cierto, han sido tres. Creía que habían sido cinco. Podrían haber sido cinco o muchas más. Ella tiene mucha frustración acumulada dentro. Si hubiera nacido hombre, Amelia sería un bronquista de bar perfecto. Un matón. Debería haber sido usted quien se marchara de casa con la cría.

Jair Nestares descubre que el acelerador aún tiene recorrido. Que aún no lo ha pisado a fondo. En realidad, sí lo hizo. ¿Lo hizo? Por supuesto que sí. Bueno, no pasa nada. Ahora, sencillamente, puede ir más a fondo todavía. ¿Acaso no va a exprimir este motor, no va a ir a todo lo que le pida este cochazo? Nadie va a impedirle ir más deprisa. Ni hablar. Más gas. Mucho más.

—Fueron unos meses —continúa diciendo el vendedor — los que pasó Amelia con la niña. Dejándole a usted solo en casa. Menuda faena.

—¿Quién es usted? Y, ¿cómo sabe tanto?

—Me llamo Máximo.

—¿Máximo qué más?

—Décimo Meridio. ¿Qué más da, amigo? El caso es que se marcharon un tiempo. Meses. Y, cuando Ana se iba al colegio, su mujer pasaba mucho tiempo sola.

—No. No.

—Y nosotros tenemos que trabajárnoslo bastante, pero a ellas les basta con un par de miraditas. ¿Conoce el dicho? Si una mujer quiere follar, folla. Fin. No hay más. Fue mucho tiempo, Jair.

—No siga. Se lo advierto.

221 kilómetros por hora. Y subiendo.

—Ya le he dicho que no hace falta apretar tanto el volante. Hay que tratarlo con ternura, con ese afecto que solo un hombre puede darle a una mujer. Agarrarlo con suavidad, pero con firmeza. Dirigiendo la marcha siempre en la trayectoria adecuada. Se frena antes de entrar en curva y se acelera progresivamente durante toda ella. Se sale a fondo. Entrar flojito, salir a tope. Meter y sacar. Su mujer es fácil de conducir.

—Si no se calla ahora mismo…

Pero sabe que es verdad. Las fechas no concuerdan. Lo pensó el mismo día que se lo comunicó con una sonrisa de medio lado. Como esperando que no fuera a darse cuenta. Y no reaccionó entonces, pero su cerebro había activado todas las alarmas.

Cuando volvió a casa, le pidió perdón. Fue muy convincente. Hicieron el amor furiosamente. Fue una semana muy ardiente. Pero las matemáticas seguían fallando.

—Ya vino con el *pack* completo —comenta el vendedor —. Azul Portimão, asientos de cuero integral Merino Silverstone, molduras Aluminium Tetragon, llantas 19/20 de radios dobles en Orbitgrau mate… Y el pequeño Saúl en el portaequipaje.

—Es usted un malnacido, Máximo.

—Libérelo, hombre. Nada de mascullarlo. Con los dientes apretados no se vocaliza bien. Grítelo como un tío. Si es que lo es.

—¡Malnacido!

—Menuda mierda. Conduce usted como una abuela, señor Nestares. Es una abuela. Un perdedor con unos cuernos enormes que está cuidando de un cuco que no pertenece a su nido. ¡Grítelo, Jair, grítelo!

—¡Malnacido! ¡Malnacido hijo de puta!

El volante de cuero se ablanda bajo sus dedos férreos. Las manos de un hombre, eso es lo que él es. Un tío. Un hombre íntegro y lleno de odio y de frustración atesorados a lo largo de los años. Ahora lo puede soltar como un torrente. Un hombre al que no se le fue la mano ni una sola vez, pero al que abofetean como a un pimpollo cuando se porta mal. Y el volante de cuero se ablanda bajo sus manos, y tiene la necesidad de estrujarlo, de constreñirlo, de estrangularlo. Y así lo hace, lo machaca, lo exprime, lo asfixia. Le clava los pulgares en el centro del radio. No suena ningún claxon. Estrangula el volante. Siente unas manos de uñas afiladas clavarse en sus muñecas.

Qué demonios…

No es un volante en absoluto.

Máximo le habla desde el fondo de la habitación.

—Bravo —dice.

—Es un *ninjatō*, papá.

—Bgienr Jexorrr. —Su hija tiene la garganta destrozada. Posiblemente no pueda volver a hablar. Tras esputar otro trozo de carne, músculo, tendón o lo que sea, la habitación se queda en completo silencio.

Saúl enfunda su *ninjatō* en su espalda, alojándolo a través de la piel tras sus costillas y dejando el omóplato como sujeción para la hoja. La punta del arma en la base del hueso sacro. El asombroso niño vaina.

Ana se limpia la boca llena de sangre con la manga de la sudadera. Por un segundo, únicamente por un segundo, es consciente del entorno. Pero la lucidez le es arrebatada enseguida.

Amelia, la madre de esta pobre familia, deja caer los brazos. Jair Nestares se da cuenta de lo que acaba de hacer. Aparta las manos del cuello de su esposa. Su rodilla sigue clavada a fondo en el estómago de ella. Se lanza de un salto

hacia atrás sobre la mesilla de noche. Cayéndose tontamente de lado y llevándose consigo una lámpara eléctrica y una novela a medio leer. Desde el suelo sigue mirando el cadáver de Amelia, como si al apartarse de repente el daño pudiera deshacerse.

Sus hijos horripilantes avanzan hacia él como muñecos de acción movidos por un niño gigante. Y Máximo, el vendedor de coches, está de brazos cruzados junto al armario. Asiente con la cabeza.

*[Ahora sí vais a ser una familia unida] [Tengo planes para vosotros]*

# CAPÍTULO 9

## UN DESALMADO ANTOJADIZO

César se ha quedado planchado. Ha revisado todos los archivos: imagen, vídeo y audio. Ni un solo sensor se disparó. Técnicamente es como si no hubiera habido causa paranormal en la casa. Al menos, desde que él llegó.

Y la novedad de que ahora tengamos no a uno, sino a dos invitados incorpóreos en casa, no hace sino agravar la situación. Hoy, por fin, está un poco más cerca de aceptar que todo este instrumental para registrar fantasmas solo es puro efectismo.

Le he dicho mil veces que este tipo de cosas no son fiables al cien por cien. Dentro de esta especialidad, hay expertos que afirman que, si un ente no quiere hacerse notar, ningún ser vivo será capaz de detectarlo. Con la capacidad de vislumbrar que me enseñó mi padre he llegado a descubrir presencias que tenían la firme intención de seguir pasando desapercibidas, pero es comprensible que un aparato de este tipo de tecnología, y César los tiene de diversos tipos, pueda ser burlado con facilidad.

Mientras César recoge todo el equipo, se pone a desvariar. Lo cual es buena señal, porque indica que ya ha superado lo que para él es, sin duda, un fracaso.

El problema es que César es el príncipe de los desvaríos.

—No tengo nada claro por qué Butch baja al sótano —dice—. En ese momento estaba a un paso de la libertad. Tampoco entiendo por qué prefiere la espada samurái en lugar de la sierra eléctrica portátil.

No tengo más remedio que seguirle el juego mientras

intento despegar la urna de las cenizas del señor Bayón de la última estantería.

—Por el ruido. Le hubieran detectado enseguida. Y, además, esas cosas se atascan bastante. Por no hablar de que las dimensiones de la hoja serrada no eran tan largas. No sé. Yo también hubiera elegido la katana.

—¿No te hubieras marchado? Aún estaban a punto de pillar un tren. Era el plan previsto por él y esa especie de niñita tonta del placer oral. ¿Crees que lo hizo porque sabía que Marsellus Wallace le perdonaría? ¿No te parece demasiado precipitado? Aunque hiciera eso por él, estamos hablando de un hombre muy serio que va practicando el medievo con los culos de la gente. Se estaba arriesgando mucho.

—Supongo que apeló al honor de Marsellus. De alguna manera, los hampones también tienen una especie de código caballeresco. ¿No?

—¿Cuándo has sido tú un hampón? ¡Qué sandez! ¡No! Estaba dispuesto a meter a un negro armado en cada cuenco de arroz del mundo solo para que, si Butch tenía el capricho de comerse una ración tres delicias, le pegaran un tiro.

—Era una metáfora.

—¿En serio tú también hubieras bajado a salvarle?

—No sé lo que hubiese hecho, la verdad. —Cuando ya me he hecho con la urna fúnebre, me doy cuenta de que podría abrirse por accidente con suma facilidad. Así que la deposito sobre una mesa y me dispongo a buscar cinta americana en algún cajón—. Esos dos tipos estaban mal de la cabeza. Tenían un esclavo en el sótano completamente doblegado. El tipo del cuero, el que estaba encadenado. Seguramente fuera alguien a quien la araña atrapó hace tiempo. Le convirtieron en su esclavo sexual y lo violaron cada noche hasta que le hicieron enloquecer. Es un destino bastante sórdido. Así que Willis lo que quiere es hacer lo correcto. Nadie debería pasar por algo así. Esclavitud sexual, ¿puede haber algo peor?

No es cinta americana lo que encuentro, sino un tipo

de celo lo suficientemente grueso para que pueda valerme. Me lo llevo hasta la mesa y empiezo a precintar toda la vasija, de arriba abajo, por los lados. Es una chapuza tremenda, pero así evito que se desparrame sobre el maletero si hago una maniobra brusca con el coche.

—Te juro que no lo veo. —César está plegando los trípodes y metiéndolos en sus fundas mientras niega y niega con la cabeza—. Le salió bien, eso está claro. Ya estaban sodomizándolo. Y él llega y le salva. Pero podría haberlo echado todo a perder. ¡Bajó con una espada! Esos cabrones tenían una escopeta uno y una pistola el otro. Podrían tenerlas en la mano en el momento en que…

—César, basta ya. Tenían otras cosas en las manos, ¿vale? Los pilló desprevenidos. Eso es todo. Sí, estoy de acuerdo en que se arriesgó con un tipo que hacía solo unos instantes quería saltarle la tapa de los sesos. Pero todo eso cambió. Y ya está. Yo creo que Bruce Willis hubiera bajado independientemente…

—Butch. El personaje se llama Butch. Un nombre que no significa nada.

—Butch hubiera bajado por cualquiera. Nadie merece ser violado hasta la extenuación. De por vida. Bajó e hizo lo correcto, y eso le vale el perdón de un hombre que no tiene la tendencia a perdonar. ¿Lo entiendes? Es… coherente. Dicho así.

César lo medita muy en serio. Luego me mira de los pies a la cabeza; le he sorprendido otra vez. No paro de hacerlo, según parece.

—Se te dan bien los debates. Podrías haber sido un buen tertuliano.

—Ganarte la razón a ti no tiene ningún mérito. —Sonrisa socarrona y guiño de ojo—. ¿Puedes seguir tú, que tengo que llamar a Cosette?

—Sí, claro. Adelante, chico. Vas a decirle que has solucionado su problema; quién sabe, lo mismo quiere recompensarte.

—Lo mismo. —Mientras estoy toqueteando la pantalla del móvil, una idea me cruza la mente—. ¿Tú no conocías a

un policía?

César se encoge de hombros.

—Conozco a dos, ¿por qué?

—No me refiero a dos policías molientes y corrientes, sino a un policía que tenga mano, que pueda acceder a archivos, alguien… tipo… ¿un comisario?

—¿Un comisario? No, yo no conozco a nadie con rango. Los que yo conozco hacen patrullas con uniforme. Ni siquiera van de paisano. No son detectives, como dicen en las películas. Secreta, o como se tenga que decir. Pero Manrique sí conocía a uno. Un policía veterano con mano. Con demasiada mano, de hecho.

—¿Podrías llamarle y que nos ponga en contacto?

—Sí, claro.

—Yo me encargo de Cosette.

Dicho así, suena fácil y cómodo. Encargarse de Cosette. Como hacer entrechocar un par de veces los talones. Pero no es sencillo en absoluto. Incluso diría que ahora viene el momento de la verdad. El instante más crítico. Donde se decide si realmente tengo una oportunidad o, sencillamente, ha recurrido a mí movida por la desesperación y ahora, resuelto el problema, en teoría, vuelvo a ser el amigo incómodo.

Nada como llamarla. Marco el número en la pantalla táctil.

—Cuéntame.

No es Cosette. Le ha pasado el móvil a Bárbara. La intermediaria. No es buena señal.

—¿Está Cosette contigo?

—Está… —La agitación de la otra mano se oye a través del aparato; debe de estar haciendo lenguaje de señas improvisado—. Ha ido al baño.

—Por supuesto. Bueno, te lo cuento a ti. A fin de cuentas, es más asunto tuyo que de ella. Verás, voy a llevarme la urna con las cenizas.

—¿Vas a llevártela? ¿Adónde?

—Por el momento, a mi casa.

Esto no está decidido del todo, pero podría acabar

siendo cierto. Al menos, durante una temporada.

Me planteo contar toda la verdad y preocupar a Cosette innecesariamente sobre el destino final de los auténticos restos de su padre. Es una opción. Otra sería inventarme una historia para tranquilizar a las dos muchachas. Lo cierto es que no soy capaz de idear ninguna patraña que no vaya a preocuparlas innecesariamente, así que es mejor optar por la verdad y, si se preocupan, qué le vamos a hacer. La vida es dura.

Se oye un susurro de fondo y un cierto trajinar del dispositivo que resulta molesto a través de mi auricular.

—Verás, Isaac —continúa Bárbara, que ahora suena como más alejada y con peor sonido—. He puesto la función manos libres. ¿Me oyes bien?

—Sí. ¿Está Cosette ahí, contigo?

—Verás… No. No ha vuelto todavía. Yo le contaré lo que sea. Dime, ¿qué ha pasado?

—Ya, por supuesto. Pues, como te decía, tenemos al espíritu equivocado. No sé si en el crematorio o en la residencia de Perpiñán, donde se encargaron de hacer la gestión con motivo del caos ocasionado por el escape de gas y luego el fuego, por lo que sea, se equivocaron al enviar los restos. Han cambiado las urnas. Así que la hija de este señor, Primitivo Bayón se llama, debe de tener las cenizas del padre de Cosette. —Hago una pausa para ver qué dicen, porque es obvio que están las dos. Puedo detectar su confusión desde la distancia. Decido proseguir—: Por tanto, no sé cómo solucionar este problemón, pero ahora debo localizar a la hija de este hombre y explicarle (esa va a ser buena) lo que ha ocurrido.

—Entonces… esas cenizas no son…

—Exacto, no lo son. Así que voy a encargarme de encontrar las que sí son. ¿Lo has comprendido?

—Y, ¿por qué —dice otra voz— has decidido que vas a encargarte tú de encontrarlas?

Es Cosette, que por fin ha decidido pronunciarse.

—Hola, Cosette. ¿Ya has vuelto del baño?

—Puedo llamar a la residencia o a la funeraria y

pedirles explicaciones para…

—Este error —la interrumpo— puede haberse producido sin que nadie se haya percatado. Podrían revisar su documentación y verificar que todo está bien, que todo es correcto. Pero no lo es. Te garantizo que ha habido un fallo. ¿Cómo vas a explicarles que tú estás segura de que estas no son las cenizas de tu padre, sino las de otra persona? ¿Porque tienes un amigo que habla con los muertos que ha podido entrevistarse con el dueño de estos restos? ¿Es eso lo que les vas a contar?

—No. Supongo que no.

—Precisamente por eso me gustaría encargarme de este asunto. Y de algo más.

No debería haber dicho eso. No es necesario ponerlas al corriente de todo.

—¿Algo más? ¿De qué estás hablando?

Si ya es malo tener el fantasma de un abuelo enfadado con el mundo que tira objetos a la gente y les grita a la cara, la idea de un segundo fantasma que acaba de instalarse en la bañera, con la cabeza llena de agujeros, no debe ser la mejor noticia del mundo.

—Confiad en mí. Vuestro problema está solucionado. El señor Bayón no os molestará más. Me llevo su urna, ¿conformes?

—Sí. Conformes, cómo no. Pero si te conozco de algo —dice Cosette con su tonito de superioridad—, y te conozco bastante, diría que me ocultas algo.

—Vaya, no puedo ocultarte nada. Sí, te estoy ocultando algo.

—Eres taaaan ocurrente.

—En serio, no es asunto vuestro. Todo esto ha empezado en vuestra casa, quiero decir, en tu casa, Bárbara, pero se solucionará fuera de ella. Ya no habrá más *poltergeist*. Intentaré llevar al señor Bayón donde le corresponde y traer a tu padre de vuelta. ¿Me oyes?

—¿No lo harás para tener una oportunidad conmigo, Isaac? ¿Lo haces por eso?

Entre otras cosas. Pero sí, es evidente que sí. Porque

aún no pienso aceptar que lo nuestro ha terminado. Y si pudiera decírtelo, lo haría. Aunque está claro que no. Y menos con Bárbara al otro lado del aparato. Y con César Baggio mirándome fijamente, muy al tanto de todo.

—Tengo habilidades especiales. Llámalo don o llámalo maldición. El caso es que un gran poder conlleva un blablablá.

—¿El qué? —Esta es Bárbara no enterándose de nada.

—Esto no arregla las cosas. —Y aquí tenemos a Cosette arruinando la fiesta.

—Podríamos hablar, al menos.

—Ojalá fueras más de hablar —Cosette a punto de entrar en modo odio eterno— y menos de violentar mentes —y por fin Cosette transformada en Maelstrom furioso.

Jamás me lo perdonará. Imagino que, si superar la infidelidad le hubiera llevado un tiempo, me daría la oportunidad de trabajármelo, de ganarme su perdón. Pero es la violación de su intimidad lo que más la afecta.

No debí confesárselo. Y ella…

—Debiste llamarme cuando tu padre murió —digo.

Hay un cierto traqueteo al otro lado de la línea.

—Gracias, Isaac. —Es Bárbara quien interviene ahora, con mejor audio, por lo que supongo que ha quitado el manos libres—. Iré para allá antes de que te marches. Nos has hecho un favor. Te veo en un momento, y me devuelves las llaves. Gracias.

Y finaliza la llamada.

César disimula no estar al tanto de nada. Mi cara ha debido hacerle un buen espóiler. Lo cierto es que ya tiene casi todo el equipo empacado. No hará falta pasar un minuto más de la cuenta en esta casa.

—Manrique estaba ocupado —dice—. Me llamará dentro de una hora. Según parece, sí conoce a un inspector de policía. Estaba seguro de que tenía que conocer a alguien así. Ya me contarás para qué necesitas tú a un oficial de policía.

—Sí. Ya te lo contaré. Ahora vengo y te ayudo a bajar el equipo.

—No hace falta. Ya me apaño.

Me dirijo al cuarto de baño y enciendo la luz antes de entrar, echando un ojo a toda la estancia. No parece haber nadie. Entro con cautela y cierro la puerta a mi espalda. Trato de vislumbrar el espacio a través del reflejo del espejo.

—Nos marchamos de aquí, ¿te vienes?

Se produce un silencio y una quietud propios de una habitación completamente vacía, pero no estoy solo en la estancia. Lo tengo clarísimo.

—Primero me encargaré de ti. Y luego del señor mayor. ¿Te parece bien? Para eso vas a tener que venir conmigo.

El fluorescente que hay situado sobre el gran espejo del lavabo parpadea un poco. Entonces veo en el espejo cómo la joven se asoma tímidamente por encima de mi hombro. Me doy la vuelta. Ahí está. Es bastante más alta de lo que me imaginaba. Curioso lo mucho que puede encorvarse un cuerpo delgado.

—¿No nos verá lo que hay por ahí fuera?

—Quieres decir, ¿lo que te mató a ti? —Ella afirma con la cabeza—. Voy a decirte una cosa. Puede que lo que viste no fuera así en realidad. Hay entidades que visten ilusiones muy sobresalientes y poderosas. Son trajes terribles, pero siguen siendo ilusiones. O también es posible que tenga un aspecto distinto para cuando se manifieste ante mí. Fíate la mitad de lo que ves y nada de lo que oigas. Eso dicen los que saben.

La chica se pasa la yema de los dedos por uno de los agujeros de su cabeza.

—Eso que me mató, verlo daba miedo. Pero lo que me hizo fue mucho peor. Da igual que aspecto tenga. Es un demonio.

—Sí. Es posible. Es muy posible.

César ha cargado toda su tecnología *cazafantasmas* en el Cherokee, y yo aún sigo colocando la vasija del señor Bayón

en un espacio del maletero de mi coche, donde puedo protegerlo con dos tiras elásticas que se enganchan entre sí, como un cinturón de seguridad de piloto de carreras. Compruebo varias veces que la urna no se mueve y que ningún otro objeto del maletero puede alcanzarla y romperla. Todo está atado y bien atado. Pero no me quedo a gusto hasta que veo al anciano sentado en el asiento trasero enseñándome el pulgar apuntando hacia arriba.

La adolescente está a su lado, pero no parecen hacerse mucho caso.

—Esto es fantástico.

Bárbara nos mira desde la ventana de su piso, completamente desinfectado de espíritus, si se puede decir así. No me quita ojo de encima.

Después de la llamada, tardó apenas veinte minutos en personarse en el domicilio. Lo revisó todo intentando sentir algo especial o asegurarse de que todo estaba como siempre. No pareció muy convencida, así que me preguntó hasta tres veces si de verdad había «limpiado la casa» (me encanta esa alegoría) mientras nos preparaba un café con leche a César y a mí. De hecho, aunque yo no le dije que iba a traer compañía no le sorprendió, o no le importó, encontrarse a mi compañero de investigación en su piso. No obstante, no le dirigió la palabra ni una sola vez.

—Cosette te está muy agradecida —me dijo, agarrándome del brazo con bastante entusiasmo.

—Me imagino. Pero moriría antes que darme las gracias.

—Yo te doy las gracias.

Y me dio un beso sonoro en la mejilla. Un beso de madre, o de abuela. Sonoro e ingenuo. Creo que luego se quedó allí, delante de mí, esperando un segundo más de la cuenta. Entonces le quité las manos de mi brazo y se las cubrí con las mías. Como un cura de la familia al que se le tiene confianza.

—Gracias, Barbie. Eres un sol.

Le devolví las llaves de su casa y César y yo fuimos bajando todo el aparataje en el ascensor.

Después me tomé algunos minutos para hablar con Manrique Franzoni sobre el inspector de policía. Y luego vino el episodio de amarradura de la vasija funeraria en el maletero.

—¿Te sigo? —César me devuelve al presente.

—No hace falta. Ve a casa y deja todo ese montón de chatarra. Pon en orden tus ideas. Nos reuniremos en mi casa mañana por la noche.

—Como tú digas. —Se da la vuelta para meterse en su todoterreno, pero entonces se detiene, me sondea con la mirada y se acerca a mí de nuevo—. ¿Están ahí? —pregunta —. ¿Detrás de ti?

—No entiendo.

—El viejo y la chica de los balazos.

—No sé si son balas.

—¿Están detrás de ti ahora? ¿A tu lado?

—No.

—Vaya. En fin, supongo que…

—Están en el asiento trasero del coche.

Se le abren los ojos como platos. Me ignora por completo y va a las ventanillas traseras del Toyota para contemplar ese asiento trasero donde, a simple vista, parece no haber nadie.

—¿En serio? ¿Están ahí ahora? ¿Qué hacen? ¡Hola, soy César!

La verdad es que el anciano no está. Al menos, ahora no está. El típico misterio de dónde van los espíritus cuando no están interactuando con alguien o con algún elemento del mundo físico. Es como si se desvanecieran hasta que les llega el turno de volver a hacerse notar.

Nunca he podido saber en qué armario adimensional se meten o si, en efecto, dejan de existir como tal. Y no creo que ni ellos puedan saberlo con certeza.

Eso sí, la joven Melissa está mirando a mi amigo como si fuera algún tipo de accidente de tráfico, que no puedes dejar de observar, pero con sumo desagrado.

—Estás dejándote en ridículo, César.

—¿Seguro?

—Oh, sí.

Deja de hacer el ganso y se recompone. Me da unas palmaditas en el hombro y se dirige a su coche.

—Me paso mañana por la noche por tu casa. Quizá saque tiempo para dormir un poco.

Dormir. No estaría mal eso de dormir. Llevo ya un tiempo haciéndolo no más de dos horas, muy de vez en cuando, durante dos días.

Veo que llega el momento perfecto para dejarlo todo y prepararse para dormir cuando, en mi grupo de WhatsApp Los Misteriosos, César me manda un enlace de un *youtuber* especializado en parapsicología y enigmas eclesiásticos que me dedica un vídeo de diez minutos exactos en el que me desprestigia con la mayor educación del mundo.

Arranca con un «No tengo intención de ofender a nadie», que es una declaración de intenciones habitual en alguien que tiene toda la intención de ofender a alguien en concreto, si no al máximo de gente posible. Luego pone en tela de juicio mi supuesto psiquismo, arguyendo que la telepatía no funciona como a mí alguna vez me escuchó decir en el programa *Tras el velo*. Cuestiona mi ética profesional como «supuesto investigador», procurando aplicar un tonito impertinente y mordaz cada vez que dice supuesto. Al parecer, él sí conoce a auténticos médiums y, según ellos, este tipo de habilidades extrasensoriales funcionan de otra manera.

Me sorprende la cantidad de visitas promedio y suscriptores que tiene su canal. Se ve a años luz de distancia que intenta emular el éxito de Aitor Sender, ya no en su programa de televisión, con dieciséis temporadas en antena, sino en su faceta más doméstica en, como dirían algunos que yo me sé, los «medios del pueblo»: YouTube y Twitch. Por el momento.

Hago clic en el icono de pulgar para abajo y procuro olvidar el asunto. Se suele decir que no hay que alimentar al trol de internet. Y tengo la facilidad pasmosa de ignorar

total y absolutamente este tipo de críticas. Sin añadir listas negras ni venganzas póstumas. Lo de «Ya te pillaré» era una de mis prácticas comunes en otros tiempos, casi un *hobby*. Y me encantaba enfangarme. No podía dejar una afrenta sin retribución. Me tiraba a la arena de cabeza. Pero uno tiene que madurar algún día.

Cuando apago el móvil y me dispongo a dejarlo sobre la mesilla, me percato de que Melissa está a los pies de la cama. El viejo no ha dado señales de… existir en todo este tiempo. Pero la niña no se ha separado un solo instante de mí. Ha tenido la deferencia de quedarse fuera del baño cuando me he dado una ducha y me he cepillado los dientes, aunque el resto del tiempo se ha mantenido cerca de mí, como un perrito faldero que te ve preparando una maleta de viaje.

—Tengo la sensación de que me voy a ir pronto —dice.

Interesante. Nunca había oído nada parecido.

—¿Crees que vas a marcharte?

—No estoy segura. Pero creo que voy a ser atraída o que me desvaneceré de aquí y seguiré mi camino en lo que sea que viene luego.

Mi padre y yo habíamos acordado que el primero que muriera le diría al otro cómo es el más allá. Ningún espíritu es de fiar. Por eso solo podíamos confiar en nosotros. Aunque Melissa no parece tener mala intención y no se me ocurre ningún motivo para dudar de ella, no es fiable.

—¿Has probado a hacer actos físicos? —le pregunto—. El señor Bayón demostró en casa de mis amigas que puede obrar cierto control sobre objetos ligeros, aunque fuera para arrojármelos a la cabeza en un arrebato. Tiene carácter, el tipo, y no sabía que yo estaba de su parte. ¿Crees que tú podrías hacerlo?

—Mover cosas…

Asiento con la cabeza y le señalo el PC portátil que está sobre la mesa, a un par de metros a su derecha. Está apagado, pero he dejado la tapa de la pantalla abierta.

—¿Crees que podrías cerrarlo?

—Supongo que sí. ¿No habría que entrenar? Ya sabes,

como en esa película antigua.

De nuevo Patrick Swayze entre mundos intentando proteger a Demi Moore. Aquella película enseñó cosas que el cine jamás había mostrado sobre el mundo de los espíritus. Con aciertos más que notables.

—Podrías intentarlo —sugiero, como quien no quiere la cosa.

—No entiendo por qué.

—Yo estoy intentando ayudarte. Y digamos que esta demostración serviría para mis estudios. Procuro añadir un componente científico a mis indagaciones.

—¿Eso soy para ti, una cobaya?

—No he dicho eso. Me gustaría saber si podrías hacerlo y cuánto te costaría lograrlo. Con fines académicos. Para que luego algún *youtuber* sabiondo pueda cuestionarme con total impunidad. —Ella me mira con el ceño muy fruncido —. Olvídalo. Bromas privadas. —Me encojo de hombros—. No tienes que hacerlo si no quieres. Además, tampoco sé muy bien qué hacer contigo. No sé si te aburres, si querrías contar con más atención por mi parte o… Entiéndeme, tú no te ausentas.

—Parece que yo no tengo tantas cuentas pendientes como Primitivo.

Me sorprende que le llame por su nombre de pila. Será que entre fantasmas hay mayores confianzas y todo el mundo se tutea casi desde el principio, aunque no hayan tenido apenas trato. De hecho, mi experiencia me dice que cada espíritu va a lo suyo, como cada loco con su tema. Melissa habla de cuentas pendientes, e imagino que cada difunto les confiere una importancia. A veces es intolerable que tus cenizas descansen sobre la repisa de una casa ajena y, otras, puedes dejar pasar que te hayan matado a balazos.

¿Quién lo entiende? Yo no. Aunque tengo la teoría de que, al final, cada espíritu decide qué grilletes ponerse, así como el grosor de sus cadenas.

Ya puestos…

—Melissa, ¿cómo ocurrió?

No debe de ser algo que le apetezca contar, a juzgar

por cómo me ha dado la espalda y ha encorvado la cabeza. Permanece unos segundos así antes de girarse un poco, palpar mi cama y sentarse a los pies con suma delicadeza.

—Me atacó con un taladro —dice. Yo trago un montón de saliva. Esto no me lo esperaba—. Parecía un hombre normal. Tan normal que no le hubiera hecho caso en un millón de años. Soy una de las chicas más guapas del instituto. Hago eso con casi todos los tíos. Como si no estuvieran. Como si fueran fantasmas. ¿Tiene gracia?

—No.

—Sí la tiene. Ahora nadie podría fijarse en mí aunque estuviera espléndida. Espléndida de la muerte. Yo sí creo que tiene gracia.

Me dedica una sonrisa tan triste que me rompe un poquito por dentro. Estaba en la flor de la vida. Le quedaban cien mil proyectos en los que embarcarse.

—Un hombre normal con un taladro. ¿En plena calle?

—Me esperaba apoyado en una furgoneta aparcada justo enfrente de mi casa. Llevaba gorra, pero vi que tenía el pelo gris. No parecía tan viejo como para tener el pelo tan gris. Y hacía como que fumaba, pero no se tragaba el humo. Yo hice lo mismo una temporada. Si no te tragas el humo, lo único que haces es el paripé. Cuando pasé por su lado para llegar a mi casa, me obligó a meterme en la furgoneta. Tenía una de esas puertas laterales correderas.

—Un momento, Melissa, ¿estás diciendo que te obligó físicamente? ¿Era tangible?

—Sí, claro. No se teletransportó ni nada. Yo no creía que fuera más que eso, un hombre tan vulgar como cualquier otro.

—¿Recuerdas el modelo de la furgoneta o el color?

—Una Partner, color gris metalizado. ¿Por qué sé esto? No tengo ni la más remota idea de furgonetas. No conozco un solo modelo. Yo tenía interés en otros temas. Tengo catorce años, por Dios. Pregúntame lo que quieras sobre Jacob Elordi. ¿Pero furgonetas?

—¿Qué marca fabrica las Partner?

—Peugeot. Y el taladro era Bosch. Con broca de mango

cónico de ocho milímetros. Me parece muy fuerte que esté diciendo todo esto.

—Excentricidades del más allá. Sabes esto porque tiene que ver con tu muerte —digo yo—. ¿Podrías darme más datos al respecto? ¿La matrícula, quizás?

Ella lleva los ojos a su diagonal izquierda. Según los trucos de lectura en frío, estaría utilizando el hemisferio izquierdo para encontrar un recuerdo visual. Si es que uno cree en esas cosas. Y si es que hubiera un lóbulo frontal que consultar, teniendo en cuenta que su cerebro físico agujereado está descansando en la morgue de un hospital. ¿Qué tenemos aquí? Digamos que algo semejante a lo que Morfeo le intentaba explicar a Neo. Autoimágenes residuales. «La proyección mental de tu yo digital.» Y, habitualmente, una visión personal platónica y mitificada.

Al menos es así cuando ellos vienen a dar un mensaje tranquilizador. La típica notificación de «estoy bien, sigue con tu vida». Por norma general, los muertos que veo, con la ropa y el mismo aspecto que lucían en el momento de morir, no pueden evitar estar donde están. Y muchas veces entrarían más dentro de la definición de espectros, que no son más que bucles predefinidos, casi como un gif de red social. Hay poca interacción posible con un espectro, que no tiene más que directrices y una programación determinada. Son casi como una aplicación móvil de amigo imaginario o una ouija de página web, e igual de fiables.

Con los espíritus autoconscientes, la cosa cambia bastante. Y si eligen mostrarse ante ti con el mismo aspecto que tenían al morir, es que no tienen un gran control sobre esa especie de submundo entre dimensiones en el que residen. El lugar donde está Melissa ahora mismo.

—No logro recordar la matrícula.

—Melissa, seguramente no llegaste a ver la matrícula. Pero en el más allá hay cosas que sabes porque las sabes, sin más. Ya lo has comprobado antes. Si no sabes la matrícula, no la sabrás nunca.

—¿Y por qué funciona así? —Se está poniendo de mal humor—. ¿Qué puto sentido tiene? —Los espíritus

enfadados pueden provocar cosas mucho más aparatosas que cerrar la tapa de un portátil.

—Tranquilízate, por favor. Esa es la pregunta del millón de euros. Nadie entiende nada. Ni los que estamos aquí ni los que estáis allí. Son unas reglas que cambian a capricho dependiendo de a quién le ocurra qué. El más allá es un desalmado antojadizo, un crío mimado que no atiende a razones. Así que es importante que vayamos al grano. Como tú dices, te queda poco tiempo. Y ahora mismo tienes una certeza, créeme, esa es la verdad.

—No tengo miedo. ¿No debería? Voy a irme al siguiente nivel.

—Me alegra oír que no te afecta. Eso es genial, porque es el concepto más espeluznante del mundo. ¿Qué viene ahora? No te veo muy partidaria del Cielo o del Infierno.

—Estudiaba para ser astrofísica. No hay lugar para Dios.

—Créeme, y presta mucha atención a lo que voy a decirte. —Aspiro profundo y suelto el aire poco a poco antes de seguir—: Dios y la religión… no tienen mucho que ver. Se asocian automáticamente, es cierto. Da igual, es como te he dicho. Dios es una cosa —insisto—, y la religión, otra.

Melissa me sonríe por primera vez con complacencia. Es una sonrisa sincera y generosa, llena de luz. De las que te hacen sentir mejor persona.

—Eres un buen tío. Me gustas. Lo que no tengo claro es ¿qué vas a hacer? ¿Vas a vengarme o algo parecido?

Me rasco la barbilla. No soy un justiciero. Aunque no lo he pensado mucho. Nunca he estado en una situación así.

—Si te soy sincero, estoy buscando a mi padre. —Resoplo con fuerza, consciente de que no he respondido como debiera a la pregunta—. No sé si lo encontraré. Hasta hace poco había perdido la fe en la trascendencia del ser. Imagínate, llevaba toda la vida contactando con fantasmas de desconocidos y cuando se muere mi padre y mis superpoderes podían ser de utilidad, resulta que es el único espíritu que no ha dejado ni una sola huella. ¿Se ha

marchado sin más? Ni idea. Quizás el «mucho más allá» le reclamó en cuanto salió de su envase corporal y, como dices tú, pasó al siguiente nivel. Es posible. —Salgo de la cama y me pongo a caminar por la habitación. Llevo una camiseta con el dibujo descolorido por mil lavados de un drakkar vikingo y unos pantalones cortos holgadísimos. No soy hombre de pijamas. Me pregunto solo un momento si estaré indecente, pero me convenzo de que esta chica ya ha debido ver todo lo indecente que el mundo puede ofrecerle por medio de su iPhone de última generación—. Aquello me hizo dudar de todo —sigo confesando—. Así que tengo la sensación de no haber usado correctamente estas habilidades. Que podría haber hecho algo más que perseguir una especie de Premio Nobel de parapsicología que nadie puede conceder. Yo solo ayudaba a mi padre y a su grupito de colgados a investigar casos por el acto en sí de investigar. No por ayudar a la gente. Eso era secundario. Ya ves, pudiendo haber… sido útil, opté por cubrir unas necesidades personales pueriles. Al final, resulta que no he hecho nada. Y mi padre no quiere manifestase. O no puede.

—Yo no quiero que me vengues.

Me detengo delante de ella y me siento a su lado a los pies de la cama.

—¿Qué quieres que haga?

—Que encuentres a tu padre.

—¿No puedo ayudarte de alguna manera?

—No. A mí no. Creo que todo esto empieza por culpa de esa chica, Ana *la Insana*. Creo que permitió que ocurriera o pensó que sería buena idea. Seguro que no deseaba que pasara esto —se toca los agujeros en el cráneo—, pero de alguna manera dio pie a ello.

Y allá vamos otra vez. El quid de la cuestión, damas y caballeros.

—Ana. ¿Compañera tuya de clase? ¿Ha tenido que ver con tu asesinato?

—Sí. El hombre lo dijo. La Insana le enviaba. Como si necesitase una razón para hacer lo que hizo. No necesitaba más que un pretexto. —Aparta la mirada con pesar—. No

estuvo bien lo que hice. Pero yo soy así. Reírme de lo cutre o lo desagradable me hace sentir superior. No he sido una chica buena. Eso lo sé. Cuando eres ideal, no puedes desaprovecharlo. Y, quien no está a la altura, está al alcance de tus tacones.

—A pesar de lo que dices, no merecías que alguien te destrozara la cabeza.

—Tenía los iris de los ojos completamente naranjas. Emitían luz, como esos aros de iluminación enchufables por puerto USB que la gente usa para las conferencias digitales. Iba vestido de demonio.

—Dijiste que era un hombre corriente y moliente.

—Al principio, sí. Cuando estaba apoyado en la furgoneta. Luego cambió su… avatar. ¿Puede hacerse? Fue como si se transformara. Llegué a creer que era de realidad virtual. Había algo que me parecía irreal. Como si estuviera soñando. Un sueño lúcido muy intenso.

—¿Qué más te hizo?

Melissa se echa sobre la cama sin que el colchón note su peso en absoluto. Se queda tendida allí, boca abajo, con los pies en alto, como una colegiala coqueta y la barbilla apoyada sobre sus manos. Una lolita narrando con suma tranquilidad cómo la masacraron.

—Decía que no debía haberme metido con la Insana, así la llamaba. Utilizó el apodo ofensivo que yo creé. Como si él tampoco la respetara mucho. Me golpeó con la base del taladro, donde está la batería. Me tiró al suelo de la Partner, boca abajo, como ahora. Se sentó encima de mi culo. Yo intenté darle fuerte con los talones en la espalda, él me agarró del pelo y me estampó la cara contra el suelo un par de veces. Aquello me atontó. Incluso el dolor era difícil de apreciar, porque cuando empezó a taladrar, tardé en darme cuenta de lo que estaba haciendo. La broca entraba y salía con suma facilidad. Un dedo índice de profundidad, y luego la sacaba y trepanaba en otra parte de la cabeza. Creo que morí con la tercera perforación, pero estaba como drogada. Lo que sí recuerdo es el olor. A hueso quemado.

Pensándolo bien, esta chica sí merece una buena

venganza.

Todo lo que dice me rompe los esquemas. Creía que era un ente totalmente sobrenatural. Quizás una persona poseída. No eran más que ideas apenas bocetadas en mi mente. No obstante, los nuevos datos me hacen dudar. No tengo ni la más remota idea de a lo que me enfrento. Porque, una cosa está clara, voy a enfrentarme a eso. Ahora ya no puedo quedarme al margen.

—Supongo que no te dijo quién era. Un nombre, un apelativo…, quizás una pista que nos indique por dónde seguir buscando.

—No. Lo siento mucho.

—Vaya.

—Había algo curioso. No sé si servirá de mucho. Tenía una manera extraña de hablar.

—¿Algún defecto en el habla? ¿Un acento?

—No. Hablaba normal. Pero su voz no me entraba por los oídos. Su voz sonaba dentro de mi cabeza.

*[No puede ser]*

—¡Exacto, justo así!

*[Mierda]*

# CAPÍTULO 10

## *VOYEUR* PSÍQUICO

He dormido toda la noche con una sensación de intranquilidad. Melissa ha estado velándome. Me prometió despertarme de alguna manera si ocurría algo raro. La pobre está alterada y se siente perseguida. Como si eso que la ha matado quisiera seguir ensañándose con ella. No pude convencerla de que su agresor ya no tiene motivos para perseguirla.

De alguna manera, me reconforta que siga por aquí. Que el «otro nivel» aún no la haya reclamado.

—Prométeme —le dije— que me avisarás si empiezas a desvanecerte o a sentir que debes marcharte.

Se me ocurrió que podría ser una manera idónea de asomarme al más allá. Mi padre estaría orgulloso. De entrada, porque yo pensaba que no podía establecer vínculo mental con un muerto, y he descubierto que sí. Melissa oyó mi proyección telepática, así que puedo meterme en su mente y ser testigo de la transición interdimensional. Del paso a través del portal. Habrá que apalabrarlo entre los dos; no quiero hacerlo sin su permiso. Ese es mi plan.

Aunque, siendo sincero conmigo mismo, no es estrictamente necesario que Melissa me dé permiso para ser una especie de huésped mental. Podría instalar la cámara web de mi psique en la de ella como un vulgar polizonte. La joven ni se percataría de que estoy ahí dentro, espiando a través de su propia visión. A fin de cuentas, un fantasma es, por encima de cualquier otra cosa, mente. Mente en bruto. La telepatía puede ser un correo o un virus troyano. O ambas cosas. Y los más experimentados, a pesar de que me

he negado en redondo a estudiar más en profundidad esta hipótesis, podrían llegar a ejecutar un pirateo de la propia mente.

Por lo que sé, no hay ningún motivo para que no se pudiera usar la mente como una magnífica computadora de ciencia ficción. Se podría acceder a archivos, se podrían modificar o borrar y hasta forzar un control remoto.

Es una teoría que da mucho miedo, de ser cierta.

¿Sería capaz? ¿Tengo capacidad suficiente?

Mi padre sabía que yo tenía mucho más potencial del que él jamás tuvo. Sabía que con entrenamiento haría proezas mentales inimaginables y quiso inculcarme un poso de ética que actuara como cerrojo. Llegado a cierto punto, solo podría frenarme yo mismo. Mejor usar estas capacidades en favor del conocimiento, la ciencia y la humanidad.

Puede que hiciera un trabajo casi perfecto. Y decir casi es cabal y exacto, porque estoy donde estoy, con quien estoy y como estoy, porque hice algo que nunca debí hacer. Y no deseaba hacerlo. Pero las personas que sufren vértigo a veces no pueden evitar mirar hacia abajo, marearse de nuevo, sentir cómo se les hiela la sangre una vez más para verificar que ese miedo sigue latente. No quieres mirar, a pesar de que no puedes evitar hacerlo.

Y luego están los celos, por supuesto.

Cosette y yo no éramos la pareja perfecta, pero nos queríamos de manera honesta y real. Aquello era cuantificable, no se podía discutir. Pese a que teníamos diferencias enormes. Particularidades que nos alejaban a órbitas opuestas. Cada uno intentó entender y encajar a su manera los rasgos peculiares del otro y meter un pie en esos otros mundos, probar y quién sabía si engancharse a algo nuevo.

No funcionó.

Cosette tenía gustos sexuales retorcidos. Es la manera más suave de expresarlo. Haciendo constar que al principio no me importó lo más mínimo, sí me llamó la atención que me pidiera el uso de su puerta de atrás ya en la primera

cita.

Adoro culminar en la primera cita. Si la cosa ha ido bien, y en nuestro caso fue de fábula, preguntar si en tu casa o en la mía debería ser la última frase de la noche. A partir de ahí ninguno de los dos volvió a hablar. Aunque nuestros actos fueron muy elocuentes. A todo el domicilio le quedó claro. De cualquier forma, yo no estaba acostumbrado a peticiones semejantes. La propuesta anal siempre suele venir del bando masculino en parejas heterosexuales. O eso tenía entendido. Sin embargo, a Cosette le entusiasmaba pasar por ahí en el momento de mayor clamor.

Infrecuente, pero no preocupante.

Luego fueron viniendo las siguientes ofertas. Los juguetes eran graciosos, hasta que llegaron las fustas y el cuero. Dominación menor para ir haciendo boca. Yo no tenía cuerpo para recibir mucho, es más, jamás me gustó. Pero podía acceder a ser el castigador. Y, para compensar, me lo pidió muchas más veces de lo que yo creía sano. Accedía por miedo al rechazo. Siempre dejé claro que prefería dar marcha atrás y volver a los polvos cañeros pero normalitos entre los dos.

Imagino que la culpa fue mía por acceder tan pronto a prácticas que me incomodaban o para las que no estaba preparado. Y sí, en el sexo cuanto antes digas que no, si lo tienes claro, mejor. Yo aguanté hasta explotar. Y quise recular cuando ya era demasiado tarde. Cosette asumió que no podría contar conmigo para sus extravagancias viciosas y empezó a sondear parámetros del tipo locales de ceguera, cruceros de depravación y esclavitud consentida por horas. Todo muy poco Disney.

Afortunadamente, su vida no circulaba en torno a este tipo de deseos. Y mientras no existiera obsesión, no había problema. Cosette no reclamaba este tipo de prácticas a diario. Incluso, en ocasiones, hacíamos el amor. Con caricias, besos y cosas de esas pasadas de moda.

Sin embargo, yo sabía que una vez al mes, aproximadamente, requería un tipo de atención especial

que cubriera esas insuficiencias.

Hice lo que pude.

Puedo decir, ahora lo digo, que era nuestra única tirantez. Pero tenía su peso.

La bomba explotó en ese congreso de energías libres en Barcelona, en enero de 2020. Y aunque los enigmas y los misterios del mundo nos habían unido a Cosette y a mí, nuestra visión particular de cada disciplina era muy diferente. Ella se rendía ante los anunnakis, las conspiraciones y la paleoarqueología sugerida por los hermanos cósmicos. La tierra plana siempre a la vuelta de la esquina.

Yo no iba a esos eventos.

Soy más de casas encantadas y de exorcismos. Dame un fantasma y lo preferiré a cien reptilianos.

Aunque el más allá ya empezaba a resistírseme, la muerte de mi padre fue el pistoletazo de salida para mi crisis interna, la duda de si realmente alguna vez había sido sensitivo o me lo había imaginado todo durante décadas.

Mi padre no había cumplido su promesa. Mi mundo se había derrumbado. Así que no estaba para minucias.

Cosette se marchó al congreso con, poca sorpresa, Bárbara. Se hospedaron en el hotel Arts.

Cuando regresaron el domingo por la noche, las fui a recoger en coche a la estación de Atocha. Llevé a Bárbara a su casa. Después, Cosette y yo tuvimos un pique tremendo acerca de por qué la misión Apolo 11 fue un embuste masivo o la verdadera llegada del hombre a la Luna.

No alcanzamos ningún acuerdo, por supuesto. Cuando alguien no quiere aceptar pruebas incuestionables y elige creerse argumentos fulleros de internet, no puede haber diálogo, como no puedes hacerle entender a un perro recién castrado que la campana que se le pone alrededor de la cabeza es por su bien.

Pero me salté el código. Me asomé. Cotilleé solo un segundo. Aparté la cortina y eché un vistazo al interior de la mente de Cosette. No duró nada. Una proyección suave, como un ninja que se cuela por la ventana de un daimio y

acto seguido vuelve a salir.

Había una imagen residual allí. Un recuerdo que se resistía a diluirse. Muy nítido, como una fotografía en alta definición. Había otras ideas y líneas de pensamiento flotando por allí, pero esa imagen tenía suficiente poderío para destacar sobre todo lo demás.

Un tío guapísimo. Moreno, con afeitado impecable. Mandíbula cuadrada. Con un traje caro y un nudo de corbata Eldredge. Ese detalle me jodió la cabeza.

No era asunto mío. No debía hacer más pesquisas. Ni siquiera debía haberme asomado por allí.

Desde muy al principio de nuestra relación, yo puse a Cosette al corriente de mis habilidades extrasensoriales. Ella no le daba mucha importancia. Ni siquiera a la telepatía. Solo quiso hacer caso al tema cuando le hice una demostración tajante.

*[Te digo que puedo leer la mente] [De pequeña en casa te llamaban Sett]*

Debía haber previsto que se asustaría. Es una reacción lícita y previsible, ¿no?

Escucharme en su mente ya es bastante impactante de por sí, aunque lo de haber sacado ese detalle de su memoria infantil le hizo mella. Hacía veinte años que no escuchaba lo de Sett. Era una vivencia enterrada en lo más hondo de su registro neuronal.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —dijo—. No quiero que se te ocurra volver a introducirte en mi cabeza, ¿lo has entendido?

—Sí, de acuerdo. Tranquila.

—¿Es que no te das cuenta? ¡Me has violado!

—Mujer, no seas tan dramática. No es eso para nada.

—Has penetrado en mi intimidad. No tenías ningún derecho. Esto es una agresión, puede que sea mental, pero es lo mismo. ¿Lo has hecho otras veces?

Mi padre decía que solo podías penetrar en una mente con la que hubieras establecido un vínculo importante en vida. Alguien de absoluta confianza. Me decía aquello porque él lo creía firmemente. Porque hablaba por

experiencia propia.

Pero se equivocaba. Que él no pudiera penetrar en cualquier mente no significaba que yo no pudiera hacerlo. Podía hacerlo. No a menudo. Pero a veces lo hacía.

Nadie se me resistió. Nadie pudo bloquearme.

Mi padre decía que era muy difícil usar telepatía sin dejar huella o ser detectado al instante por el anfitrión mental.

Y también se equivocó en eso. Yo no tenía por qué contarle toda la verdad a Cosette. Pensándolo fríamente, nunca debí decirle ni media palabra sobre mi telepatía. Ella podía sobrellevar tener un novio con dotes mediúmnicas, pero que además fuera telépata la devastó. Fui un cretino. Y desde ese día no volvió a fiarse de mí.

—¿Lo has hecho otras veces o no? —insistió ella.

—No. Lo notarías. Te doy mi palabra de honor de que no volveré a mirar dentro de tu cerebro.

—Violar, Isaac. Ese es el verbo.

Yo nunca lo había visto así. Confieso que ese término me provocó un impacto. Abrió mi perspectiva y me obligó a imponerme un cerrojo de seguridad. Posteriormente, llegó el punto en que debía concentrarme muy en serio para acceder a ese panel con dígitos y ejecutar la contraseña. Me cerré por completo al mundo.

Con todo, hubo una segunda vez. Tras ese congreso de mierda. El hotel Arts. La típica absurdez de tío: no quieres saber, pero tienes que saber.

El Señor Eldredge imperaba en ese puerto de sinapsis neurológicas donde los demás navíos amarrados tenían un calado muy inferior. El tipo del nudo Eldredge que a Cosette le encandiló. Había restos de atracción sexual y de libertad momentánea en ese recuerdo. Lo saboreé como uno de los matices de un vino exquisito.

Si posteriormente llegaron más lejos de ahí, en ese momento, conduciendo mi recién comprado coche híbrido de camino a casa, no podía saberlo.

Así que quise saber.

Anduve rumiando la idea durante varias horas. Vimos

un poco de televisión mientras cenábamos. No teníamos toda la noche. Cosette debía madrugar al día siguiente, así que solo vimos un episodio de una serie que nos tenía enganchados.

Ella estaba absorta por lo que estaba viendo en la pantalla, una nueva versión de la BBC del conde vampiro de Bram Stoker, así que no llegó a darse cuenta de nada. Yo andaba en otro mundo. Como no tengo mucho talento para la interpretación en grandes teatros, entiendo que se me podría haber notado algo, en el supuesto de que Cosette se hubiera detenido a mirarme. Pero siguió a lo suyo. Y yo continué allí, torturándome por dentro como ese sadomasoquista que siempre me había negado a ser.

En ese estado de trance podía hacerlo sin que ella notara nada de nada. Hacía falta un control mental de gran nivel para reparar que yo andaba allí dentro. Así que escarbé. Al ser tan reciente, y estar ella tan afectada, era como darle una patada a una piedra en un camino de guijarros. Salió todo de golpe.

Le había conocido el sábado en el hotel, pero no venía al congreso. Estaba allí por otros motivos. De visita, como ellas, solo ese fin de semana. A Cosette le gustaba de veras, y se lo imaginó sin ropa casi al instante, llegando a calibrar sus medidas más íntimas. Era atractivo, el cabrón. Debo reconocerlo. Pero para Cosette lo era diez mil veces más. Aún se lo parece.

Flirteó con él durante una hora. Bárbara se buscó una excusa para quitarse de en medio. Si pasaba algo, tendría a su amiga del alma para felicitarla tras la infidelidad y guardarle el secreto. Se saltó dos conferencias para poder pasar más tiempo con ese sujeto. Él le propuso cenar esa misma noche, pero ello hubiera supuesto dejar demasiado tiempo desatendida a su buena amiga. Habían venido juntas. No debía aceptar, aunque se moría por hacerlo. Al final, accedió a tomarse una copa, la última de la noche, en el bar del hotel. Y así fue, cuando el congreso ya había terminado y las dos mujeres quedaron libres. Bárbara subió a la habitación y Cosette fue a la barra del bar a esperar a

su nuevo amigo. Cuando llegó, vestía otro traje y una corbata nueva, pero seguía igual de elegante y arrebatador. Y el nudo seguía siendo Eldredge.

Bebieron y hablaron durante cincuenta minutos, que fue el tiempo que el tipo esperó para decirle que ya tenía suficiente. Era el momento de replegar tropas o de ordenar un ataque directo.

—Debería volver a mi habitación —dijo él—. Esto se está poniendo peligroso.

—¿Peligroso, por qué?

—Porque yo no debería seguir con esto ni un segundo más. O me dejaré llevar. Y supongo que te besaría. Y te invitaría a subir a mi habitación.

Cosette se dio cuenta de que el tipo estaba a punto de arrugarse y aceleró la marcha.

Le puso las dos manos de uñas pintadas sobre el antebrazo. Sintió cómo él se tensó. Advirtiendo los músculos de la zona a través del tejido.

—¿Qué habría de malo? —Y le llamó por su nombre, el dato que para mí quedó como un borrón, desenfocado para siempre.

—Estaría mal, en mi caso. Y algo me dice que en tu caso también.

—Este fin de semana es un paréntesis.

—No. No lo es. Nunca lo son. —Eldredge tenía algo de moral. Y alguna esposa en algún punto determinado del país. Puede que hasta hijos.

—Nadie más lo sabría, nunca —insistió ella, sabiendo que era su última flecha ardiente y que la madera de aquel barco no prendía.

—Yo lo sabría.

Tras la sentencia, el tipo se puso en pie mientras Cosette le agarraba más fuerte del antebrazo. Entonces ella hizo el ademán de ir a besarle en la boca. Él dio un paso atrás, desembarazándose de sus manos. Más que una técnica cobra, fue un puente de Londres.

—Buenas noches, Cosette. Ha sido delicioso.

Y como un genuino *gentleman*, el individuo se marchó,

dejándola con la mayor decepción sufrida en mucho tiempo.

Y ya estaba, fue suficiente. Salí de esa mente como quien se sube a una mesa de despacho y se arroja por el ventanal del rascacielos el 24 de octubre de 1929. Sentí un asco que no había experimentado en la vida. Muchas veces yo había asistido como simple espectador a recuerdos pasados ajenos. Como sentarse en una butaca de cine con un cubo de palomitas. Pero cuando el ser era muy querido, la experiencia se vivía como una suerte de realidad virtual más que como una proyección. Sentí ese deseo ardoroso por meterme entre las sábanas con ese gentil encorbatado. Sentí ese planchazo al ser rechazado sin solución de continuidad.

Cosette no se acordó de mí ni un solo momento en toda la velada.

Ni que decir tiene que me destrozó. Estuve días dándole vueltas. Sin contarle nada a nadie. Sin volver a proyectar.

De alguna manera, mi etapa de crisis de fe en el más allá y en mis virtudes psíquicas propias estaba fundamentada en dos motivos principales. El primero era que, si no había otra vida después de esta, mi padre no había podido romper su promesa. Al no haber nada, no se puede contactar con tu hijo y aprendiz principal para contarle telepáticamente qué hay al otro lado. Y el segundo, porque si todo es mentira, Cosette nunca quiso tirarse a un tío con nudos de corbata enrevesados y solo mi imaginación me jugó una mala pasada.

No obstante, antes de mi crisis existencial definitiva, pasó lo que pasó.

Yo consideraba a Cosette infiel. No de acto, porque la despecharon, pero sí de pensamiento. Siempre lo vi como ponerme los cuernos, aunque literalmente no pasara nada. Si ella consideraba mis intrusiones mentales una violación, lo que ella había hecho entonces era follarse a ese hombre. ¿No es la misma lógica?

No me había puesto los cuernos en un sentido práctico, porque el Señor Eldredge era todo un caballero. Fue fuerte,

resistió la tentación y pudo mirarse al espejo el resto de los días de su vida. Cosette en cambio…

Pero no podía enfadarme con ella sin revelar que la había vuelto a espiar. Así que contemplé diversas vías de acción.

Y opté por la más infame.

Llegado el momento de hacer algo, llamé a César Baggio y le obligué a que me organizara una noche de cacería. César es bisexual, y en sus escarceos en ambos frentes pudo conocer a todo tipo de almas pecadoras, léase salidos y cachondas de todos los pelajes.

Me dijo que tuviera cuidado con lo que deseaba. Que, si buscaba lo que él pensaba que estaba buscando, joder si lo encontraría.

El plan fue un poco dislate y no tan inolvidable como yo hubiese deseado. Bebí unas tres copas más de las recomendables para mi aguante. Pero conseguí salirme con la mía. Se llamaba Ariadna. Argentina residente en Madrid desde hacía poco, así que conservaba intacto ese acento tan característico. Medidas perfectas, con ayuda de quirófano. Una conversación con no demasiado ingenio, pero tampoco aburrida, y resultaba dadivosa a la hora de reír chistes ajenos, lo que me daba seguridad. César dejó su piso a mi servicio. Fuera lo que fuera que tuviese que ocurrir.

Ni él ahora, ni Bárbara entonces, pusieron pegas o protestaron lo más mínimo ante posibles aventuras promiscuas. Ninguno de los dos defendió la ética mínima. Algo que nos hubiera sacado del error a Cosette o a mí. Para nada. «Quiero poner los cuernos a mi pareja.» Y Bárbara y César preguntaron qué nos hacía falta.

Ariadna se metió un par de tiros de cocaína antes de consumar, detalle que me disgustó bastante. No me frenó. Yo era una superpotencia en la Guerra Fría del sexo que quería responder al ataque nuclear con uno proporcional. Guerra atómica. Sin supervivientes.

El final hubiera sido previsible, por lo menos en mi caso, si hubiese querido ver el asunto con objetividad.

Intenté guardarme esa noche para mí. Pero atravesaba

una época complicada y no pensaba con claridad. Y debo insistir en que jamás ganaré un Premio Oscar.

Así que Cosette me lo supo leer en la cara. Sin habilidades extrasensoriales, sin espiarme lo más mínimo. No había rastros de mi cana al aire en el teléfono móvil o en el ordenador. César se llevaría el secreto a la tumba.

Cosette lo sospechó casi enseguida.

Ella había pecado de pensamiento, eclesiásticamente hablando, pero desde su punto de vista no había hecho nada malo. En conclusión, por muchas vueltas que se le diera a su experiencia, ciertamente no se había acostado con nadie. Pero yo sí. El malo de su película era yo.

Me tiró de la lengua y me lo sonsacó. Tampoco soy un gran mentiroso, pero lo intenté. Negué todo lo que pude hasta comprobar que no servía de mucho. Y me lo sacó casi con alicates. Añadí que estaba muy borracho, no era mentira del todo, que no lo vi venir, falacia mayúscula, y que me sentí como un despojo durante días. Esto último también es cierto. Me sigo sintiendo así.

Dio igual. Con mi decisión, provoqué la peor jugada posible en el ajedrez. El zugzwang, situación en la que, sea el turno de quien sea, su siguiente movimiento arruinará la partida.

La cuestión era: ¿es lícito castigar a alguien que va a cometer un crimen justo en el instante previo al crimen? La ficción que proponía *Minority Report* ofrece un debate interesante. Estábamos en las mismas.

Insisto, no sé si hubiéramos vuelto alguna vez, pero teníamos una posibilidad. En ese momento.

Aquella conversación de WhatsApp que vino algunas semanas después arruinó cualquier clase de estadística esperanzadora. Maldito alcohol.

«Oye, si quieres que te pida perdón te lo pediré.»

«Claro. Y ya está.»

«Supongo que así te *desfollas* a esa tía.»

«No fue intencionado.»

«Por favor.»

«¿Me estás diciendo que ella te forzó?»

«No me refiero a eso.»

«Ahora es cuando hablamos de lo borracho que estabas.»

«¿Puedo llamarte? No voy a poder explicarlo por aquí.»

«No hay nada que explicar.»

«Todo el mundo comete errores.»

«Yo nunca te he engañado.»

«Quizá porque nunca fuiste muy tentada.»

«Pero si la cosa hubiera llegado más lejos...»

«¿Qué me dices de aquella noche en el hotel Arts?»

«¿Y si ese tipo te hubiera invitado a subir a la habitación?»

«El tipo del nudo Eldredge.»

«Adiós, Isaac.»

En esa conversación me delaté. Le dejé bien claro que había vuelto a colarme en sus recuerdos. Que había saqueado su intimidad y me había escapado furtivamente. Ya no pudo perdonarme.

Suena la *Danza de los caballeros* en este preciso momento. La vibración a tope casi se oye más que la música. El número que aparece en pantalla no está en mi lista de contactos.

—¿Diga?

—¿Es usted Isaac Zarco? —Es una voz grave y raspada. No me suena de nada.

—¿Quién es?

—Soy el inspector Fusco. Manrique Franzoni me ha hablado de usted. Dice que quiere a un policía.

—Que quiero a un…. —reprimo una carcajada—. Sí, es una manera de decirlo.

—Y ¿para qué quiere a un policía? Tiene que ver con temas de esos de ustedes, ¿verdad? Maldiciones y espectros.

—Supongo que esa es otra manera de decirlo. Pero no se crea, le atañe a usted también. Es policía, ¿no?

—Inspector.

—Sí, pero… de policía.

—Es un lince, ¿usted también lo es?

—No.

—Qué lástima. Empezaba a sonar como un detective. Me ha engañado por completo, Zarco.

Un listillo con placa. Qué maravilla. Justo lo que me viene bien ahora mismo. Estoy rodeado de muertos, las personas que quiero que me rodeen no están y el policía con el que me pone en contacto Manrique es un pedante.

—Lo que le voy a decir, inspector, le va a parecer muy extraño.

—No se crea. Estoy suscrito a *Siglo 100* y soy muy amigo de Manrique. Estoy acostumbrado a oír de todo.

—Tiene que ver con un asesinato que se ha producido hace poco. Tengo información de primera mano. Me gustaría saber si podríamos compartir información.

Un silencio prudencial.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo ha oído bien, estoy seguro.

—No funciona así. Si usted tiene información sobre el caso, debe dármela. Porque si es información vital y me la oculta, le puedo detener por obstrucción a la autoridad. En cambio, yo no tengo que darle a usted nada de nada.

—Mire, creo que entre ambos podríamos…

—Sin embargo…

—…ayudarnos mutuamente…

—Oiga, le he soltado un «sin embargo». No soy hombre de «sin embargos». No digo que tenga que epatarle, pero ha sido un esfuerzo por mi parte. Preste atención.

Mi reloj universal se detiene en seco. Lo garantizo, este hombre me tiene en ascuas.

—Le escucho, inspector.

—Sin embargo, como decía, quisiera ayudarle. Facilitar un entendimiento. Una colaboración, si lo prefiere. Pero no a cambio de información. No tengo un bozal en la boca, no creo en el *quid pro quo*.

—Comprendo.

—Quiero que haga algo por mí.

—Deme más pistas.

—Nada que usted no sepa hacer. De hecho, Zarco, no conozco a nadie más que pueda hacerlo.

—Voy a estallar de la intriga, inspector Fusco. En serio.

Una risilla se mezcla con una tos al otro lado de la línea. O puede que sea una tos que se ha mezclado con una arcada. O todavía peor.

—Quiero que usted confirme el estado de vida o muerte de una persona.

Vale, es oficial, estoy perplejo. Estoy perplejo del copón.

# CAPÍTULO 11

## MORIR SIN MORIR

Hay muchas maneras de comprobar si un individuo inerte está muerto o no del todo. Algunos métodos se remontan a siglos pretéritos e incluyen un espejo de pequeño tamaño muy cerca de la nariz o de la boca. Pero hay más, muchos más. Actualmente hay tantas maneras de saberlo, que enterrar a alguien vivo en un ataúd sería el peor caso de ineptitud del presente siglo por parte del órgano responsable. O quizás estamos hablando de un secuestro en Irak para pedir un posterior rescate, en cuyo caso ya estaríamos hablando de otra cosa. Como aquella película con Ryan Reynolds.

Todas esas técnicas son conocidas por cualquier policía, por incompetente que sea. Por ello, la petición del inspector Fusco, y espero que el apellido no haga justicia a su personalidad, me ha dejado un tanto fuera de sitio.

«Quiero que usted confirme el estado de vida o muerte de una persona.»

Seguro que es más complicado de lo que parece.

Voy en coche, camino del lugar de la reunión. Una simple cafetería en una plaza del centro, con una terraza bastante grande. Un lugar ideal para tomarse una taza de agua manchada de marrón a la que llamarán café y por la que nos sablearán con total impunidad.

Melissa está sentada en el asiento de al lado. Es una manera de decirlo. No tiene cuerpo ni peso y, aunque parezca una persona completamente normal, la física teórica niega su existencia. Pocas personas en el mundo podrían verla sentada en el interior del coche. Las que

podrían hacerlo dirían que parece sólida y aparentemente tangible. No se transparenta ni tiene un aura azulada. Es completamente opaca. De nuevo aquella expresión de película: «La proyección mental de tu yo digital». Habría que cambiar digital por espiritual, pero es lo mismo.

No me ha hablado de su familia. El trauma que deben de estar pasando sus padres. Apostaría a que sus pensamientos están enfocados en una única dirección, los pormenores de su asesinato. Lo he dicho desde siempre: los muertos no nos quieren como nosotros los queremos a ellos.

Por lo que estoy comprobando, un muerto puede acompañarte cada segundo del día sin sentirse incómodo por un prolongado silencio. O marcharse de repente, quién sabe dónde, y regresar como un personaje secundario que no lleva ninguna trama principal en una serie televisiva coral.

Mi teoría está solo esbozada, pero apuesto a que tiene base sólida. Melissa siente que estará poco tiempo entre mundos. Llegado el momento, su evolución espiritual, voy a definirlo así a falta de una mejor expresión, continuará. Como una cadena de montaje industrial donde un producto ya envasado y listo para su venta sale de la cinta transportadora para ser depositado en una caja de embalaje con destino incierto. Mientras, el señor Bayón, que debería estar de alguna manera circunscrito al área de mi coche porque sus cenizas están amarradas al maletero, se ausenta con facilidad, sin que vengan muy a cuento sus apariciones.

—¿Cómo te sientes? —pregunto a la difunta adolescente—. Me refiero a si tienes algún tipo de nueva sensación o corazonada sobre lo que te va a pasar.

—No sé.

—¿Dirías que vas a estar aquí un día más? ¿Dos días más?

Se encoge de hombros, impávida. Una suerte de estado de desconexión. Como si los fantasmas solo tuvieran unas pocas secuencias de activación al día en las que están plenamente activos y lúcidos, y después anduvieran por ahí como distraídos.

—Voy a reunirme con alguien —le anuncio—. Un policía. No sé si estará investigando tu asesinato, pero seguro que puede echarme una mano. Podría venirme bien tu perspectiva.

—¿Qué perspectiva?

—Aunque sigas atada a esta realidad, no estás del todo en ella. Tienes un pie puesto en el siguiente nivel, como hemos decidido llamarlo. Lo quieras o no, eso debe darte un ángulo de visión único. Es posible que me seas útil.

Ella se pone a dar vueltas a uno de sus anillos espectrales y recupera un cierto color en el rostro. El pelo le tapa las heridas. Ahora mismo parece del todo viva.

—Haré lo que pueda —dice.

—Si en algún momento crees que llega la hora de partir, que debes seguir tu camino…, adelante. Mientras tanto, es mejor que me eches una mano.

Un semáforo me obliga a detener la marcha. La mayoría de los médiums ayudan a los muertos a hacerles comprender su situación, que acepten que no pueden seguir anclados a lugares que ya no les corresponden y a personas que no advierten su presencia. Cualquier otra manera de proceder sería impropia. Nadie tiene derecho a frenar el avance imperturbable del alma presumiblemente inmortal.

—Si tuviera que irme, te avisaré.

—Genial. Y si se te ocurre algo que pueda ayudarme a encontrar a ese monstruo que te asesinó, me lo dirás enseguida. —Le ofrezco la mano abierta y ella hace el gesto de palmearla con una sonrisa resignada. No siento contacto ni sonido, obviamente—. Esto es un trato.

Después de estacionar el Corolla en un parking público, me dirijo a buen paso hasta el bar propuesto por el inspector. Esta zona de la ciudad está llena de bares. Los mejor situados pueden gozar de amplias terrazas, trato atento y bilingüe y, por supuesto, los precios son desorbitados, porque un buen conocedor de la ciudad encontrará lo mismo a un coste razonable en calles más intrincadas, pero

no un turista impaciente.

Mi etérea acompañante se detiene a mirar escaparates de tiendas de ropa, como si eso todavía tuviera sentido en su caso. La dejo atrás. Es un día caluroso y conviene buscar la sombra siempre que sea preciso. Especialmente para alguien como yo, que no ha salido mucho a que le dé el aire.

Llego a la plaza del Dos de Mayo. El lugar dispone de una terraza con cuatro…, cinco mesas, separadas a una distancia teóricamente prudencial (mi ojo de buen cubero lo pone en duda, pero nadie lo tiene muy en cuenta). Un cincuentón de baja estatura y fornido me saluda con la mano. Es rubio, peinado de tal manera que los mechones largos de un lado cubren toda la zona calva del centro de la cabeza. Una ráfaga de aire repentino le podría poner en un serio brete. Me llama la atención su barba tosca de mentón afeitado. Lo que se denomina *mutton chops*. Algo que en el *Titanic* le hubiera conferido un aire de distinción, pero que, en conjunto, hoy le aproxima más a Lemmy Kilmister que a Ambrose Burnside. Tiene una pinta de cerveza delante de él, casi a punto de ser rematada. Espero que no esté de servicio. Un miércoles cualquiera a media mañana...

—Isaac Zarco, supongo —y la voz suena tan raspada como por teléfono—. Siéntese, hágame el favor.

—Inspector Fusco.

—Me declaro fan suyo. Desde hace una hora. Lo tengo que decir.

—Me alegra mucho. Mis mayores logros los he alcanzado en estos últimos sesenta minutos.

Me siento delante de él y pido un vermut al camarero. Él pide una segunda jarra. Bien por él.

—Manrique me ha hablado bien de usted —dice—, pero acabo de terminar de escuchar uno de sus pódcast, *Tras el velo*, menudo programa era aquel, y confieso que me ha impresionado. Menuda participación la suya. Antes usted venía recomendado, ahora ya soy su fan, así se lo digo.

—Me alegro.

—¿Cuál es la definición exacta para los pódcast que se graban específicamente para subirlos a la red, y cuál para las emisiones enlatadas de programas de radio?

—Pódcast.

—¿No hay un término para cada cosa? Son dos tipos de audio muy distintos.

—Algún anglosajón deberá establecer las diferencias. Si lo hacemos nosotros, la palabra no tendrá tirón.

Fusco planta las palmas sobre la mesa como si fuera a levantarse y luego casi escupe una maldición.

—Me enferma. Los anglicismos, quiero decir. No puedo con ellos. La gente ya no es capaz ni de decir *sintecho*. Prefieren eso de *homeless*.

—Fusco. —Paladeo el apellido con desagrado—. ¿Diría que le pega?

—¿Qué quiere decir?

—¿Es algo tipo Gríma? Gríma, *Lengua de Serpiente*, ya sabe. Imagínese, un tipo con un aspecto sospechoso, nombre sospechoso y apodo sospechoso, llega a Rohan, no gusta a nadie y él se propone como consejero real. Y cuela. ¿Su apellido, Fusco, encaja con la definición que podría hacerse de usted? Esa era la pregunta.

—¿Gríma no era un enchufado? Se suponía que venía recomendado por el mago maligno. Tráfico de influencias. No sé, señor Zarco, yo solo he visto las películas. Usted se apellida Zarco, pero no tiene los ojos azules.

—Visto así…

—Soy policía. En fin, intento analizarlo todo. Y no, no creo que el apellido me pegue mucho. Si fuera así, mi apellido sería Sagaz.

—Inspector Sagaz.

—Suena fenomenal, ¿no le parece?

—Me toma el pelo.

—Bueno, su pregunta, señor Zarco, era una mierda.

Melissa aparece justo ahora y se sienta en una silla que… no estaba ahí. Jamás había visto esto en todos mis años de sensitivo. ¿Una silla fantasmal? Además, lleva ropa nueva. Ha debido de irse de compras en el más allá. Algo

que vería en un escaparate. No es la única novedad. Sus heridas de taladro han desaparecido por completo. Incluso me extraña que no saque un móvil y se ponga a mirar la pantalla.

El inspector ha debido de seguir la trayectoria de mi mirada, porque me lo encuentro mirando en dirección al lugar físico que ocupa la adolescente. Se pasa la lengua por una de sus comisuras.

—¿Estamos acompañados? —pregunta, perspicaz.

—¿Y si le dijera que siempre lo estamos?

—Eso sí me inquietaría. No es la primera vez que lo oigo.

—No es verdad. —Me encojo de hombros. El inspector Fusco enarca una ceja y yo lo hago con las dos—. Algunos teóricos del mundillo afirman que esta realidad es como la carrera de las 24 Horas de Le Mans, con un montón de coches de distintas divisiones compartiendo la misma pista. Son varias carreras en una. Pero no es exactamente así.

—Ah, ¿no? Y ¿cómo es? Le escuchaba a usted en el pódcast y parece que le gustan los símiles. Como este de Le Mans. ¿A qué se parece nuestra auténtica realidad? Compárelo con algo.

—Pues… —Demonios, me acaba de pillar con la guardia baja—. Digamos que es como…

—Una fiesta de nueves en la que se cuelan un par de treses.

—No. —Me remuevo en el asiento—. Por favor, no.

—Me encantaban esos chistes —se disculpa el inspector Sagaz—, qué le voy a hacer. Un cuadrado va a una fiesta de triángulos y…

—Es más bien como un edificio de pisos, ¿de acuerdo? La proporción de vecinos que viven de alquiler, con respecto a los que son propietarios, es el número de muertos que nos rodean.

—Coño, pues a mí eso me parece mucho.

—No llaman la atención. Ni siquiera de los paragnostas. La mayoría de las veces pasan de todo.

El camarero llega con las bebidas. Doy un trago al

vermut y confirmo mi hipótesis de que esta consumición es una lotería. Nunca sabes cuándo te van a servir uno bueno de verdad. Hoy no ha habido suerte.

Fusco da un trago muy largo a su cerveza. Este hombre podría beberse el mar, como en los cuentos escandinavos, si se lo propusiese.

—Manrique dice que, a pesar de sus habilidades únicas… —Agarra al vuelo una mosca que estaba revoloteando alrededor de su oreja. La aplasta y observa el resultado. Con una servilleta de papel se limpia la mano—. A pesar de sus habilidades, usted es un poco crítico, ¿no?

—Debo serlo. Alguien debe serlo. El mundillo periodístico y de investigación de este tipo de temas, en este país, es menos escéptico de lo que convendría.

—Usted cree en lo paranormal, digo yo.

Me recoloco la bandolera sobre el torso para no tener que quitármela, aunque esté sentado. En Madrid, las manos amantes de la propiedad ajena son largas y ávidas.

—Sí. Ahora sí.

—¿Ahora sí? ¿Desde hace sesenta minutos?

Le río la ocurrencia.

—He tenido una crisis de fe. Me ha durado un tiempo. Soy crítico y descreído, sí, desde siempre. Más de lo que tiende a ser normal en este mundillo.

—Eso es bueno. Le oí decir a usted en el programa de televisión de Aitor Sender que ser escéptico, no negacionista, es una actitud muy sana no solo con los asuntos paranormales, sino en cualquier aspecto de la vida. Como cuando alguien va a comprar un objeto de segunda mano. ¿No?

—Sí. Justamente. Es una situación donde la gente es escéptica por sistema. Y hace bien. Queremos comprar, por ejemplo, un piso. Genial. Ojalá sea un piso bueno, lo que estamos buscando. Y el precio entra dentro del presupuesto familiar. Pero ¿no es demasiado barato? El piso está en aparente buen estado, es un buen barrio, bien comunicado, muy espacioso. A pesar de eso, el dueño podría estar vendiéndonos un infierno de vecinos problemáticos, averías

de fontanería, pilares podridos o termitas. —Melissa también está muy atenta a lo que estoy diciendo. Nos estaba ignorando hasta este instante—. Ser escéptico, plantear dudas, poner a prueba los casos, aceptar solo las pruebas incontestables son prácticas de sentido común.

Fusco asiente con la cabeza.

—*Touché*.

Me doy unas palmaditas imaginarias en el hombro y paso la página de las meras formalidades.

—Inspector Fusco, verá, voy a pedirle dos cosas. Una fácil y otra difícil. Necesito encontrar a una mujer, su dirección exacta. Tengo una cosa que le pertenece y ella tiene algo que deberá entregarme. Esa es la petición fácil. La otra tiene que ver con el asesinato del que le hablé por teléfono. ¿Qué sabe sobre el asesinato de una cría llamada Melissa?

—Nenge —añade ella, de repente muy metida en la conversación—. Melissa Nenge.

—Melissa Nenge —digo al inspector.

—Y ¿qué sabe usted? —inquiere Fusco.

—No sé lo sincero que va a ser usted conmigo. Así que no puedo cometer el error de ser…

—Le recuerdo la frase, que seguro ha olvidado, obstrucción a la autoridad. —Ahora pide calma con un gesto de manos—. Mire, creo en estas cosas. —Se pone muy serio—. Creo con firmeza. Son muchos años enfrentándome a situaciones donde la muerte ronda más cerca de lo que me gustaría. No es como las películas, pero a veces te enfrentas a adversidades que la gente corriente podría no llegar a vivir nunca en toda su vida. He visto cosas que no tenían explicación. He escuchado experiencias de otros agentes… Le garantizo que hay más dimensiones de las que podemos sentir. Así que estoy muy metido en esto. Le debo una a Manrique Franzoni. ¡Y encima soy su seguidor! *Follower*, como se dice por ahí.

Salto al vacío de la confianza. No me gusta. Cuando se degusta el plato que estoy a punto de poner en mesa, tan poco horneado, la gente te puede tomar por un

desequilibrado.

No debería arriesgarme más de la cuenta.

La psicología es la prótesis del telépata.

*[…]*

Sondeo psíquico rápido. Superficial. Me cuesta más de lo que pensaba. Estoy oxidado. Penetro de todas maneras. **Sentimiento predominante: curiosidad**. Está dispuesto a confiar únicamente hasta cierto límite.

Me cuesta concentrarme. Salgo de su mente. Me puede valer, de momento. Allá vamos.

—Melissa Nenge es una chica a la que han asesinado con un taladro. Heridas en la cabeza. —Busco en los ojos de ella una señal de inconformidad, pero ella no me da muestras de querer frenarme ahora—. Su agresor la liquidó en cuestión de pocos minutos. La obligó a entrar en la zona de carga de una furgoneta, la golpeó contra el suelo y le hizo varias trepanaciones en la cabeza.

—Comprendo. Y usted lo sabe por… ¿ella? ¿Su espíritu se lo ha contado?

*[…]*

**Predisposición actual: credulidad**.

Me cree. Es más, lo necesita.

—Sí —declaro.

—Muy bien. —Fusco lo celebra con un nuevo trago que deja otra jarra tiritando—. Valoro la sinceridad.

—Está aquí ahora mismo, inspector. La víctima.

—No me joda.

—Aquí, a su derecha. —Le señalo a la chica, sabiendo que es un ejercicio de futilidad. Melissa le saluda con la mano—. Dice que se alegra de conocerle.

—¡No he dicho eso! —dice ella.

*[Sígueme la corriente]*

La chica pone los brazos en jarras, pero accede con un gesto de anuencia a regañadientes.

—¿Sabe quién es el asesino? —pregunta Fusco—. ¿Algún conocido?

—No. Todo ocurrió en el interior de la furgoneta, una Peugeot Partner de color gris metalizado.

Fusco se pone tenso de improviso y lleva una mano al interior de su americana. Una americana tirando a espantosa de color marrón, una talla más de la que le vendría bien, imagino que para disimular mejor la tripa. El hombre está fuerte, tiene buenos hombros y pectorales, pero parece embarazado, el cabrón. Saca del bolsillo interior una libreta pequeña con un bolígrafo anexado al lomo. Por un instante veo el canto de su pistola semiautomática de color negro. Se pone a anotar.

—¿Peugeot Partner?

—Exacto.

—Gris metalizado. ¿Qué más? Son varios modelos, de diferentes años. ¿Matrícula, quizás?

—Desafortunadamente, no. Nada de todo eso.

—Todo lo que pueda decirme me vendrá genial. No soy yo el que lleva la investigación, eso quiero dejárselo claro. Aunque conozco al inspector asignado y nos llevamos bien. Le puedo pedir, por debajo de la mesa, su expediente. Si es que fuera necesario.

—La furgoneta parecía nueva —añade Melissa, muy participativa—. Olía todavía a nueva.

—La furgoneta podría ser nueva. Olía a nueva. —Miro a Melissa en busca de más datos precisos. Ella curva la boca hacia abajo—. No puedo decirle mucho más. Y tampoco es que esto sea fiable. Hay gente que cuida mucho de su vehículo. Y, por añadir algo de cosecha propia, la visión que ella tiene del asesino está… claramente manipulada.

Los dos, el vivo y la muerta, me clavan la mirada con suspicacia. Ataco el vermut mientras estudio la manera más eficaz de explicarlo a profanos. A ver qué me sale:

—Por algunos datos que la propia Melissa me ha dado, lo que vio, deduzco, es una especie de disfraz psíquico. Como un revestimiento sobre el fotograma original de efectos especiales digitales incorporados en postproducción. El CGI. Suena extraño, lo sé. Pero es cierto. El homicida es varón, eso casi seguro. Y es un telépata entrenado.

El inspector Fusco se lleva la mano a la boca para toser con teatralidad. Cuando acaba, y lo que viene es muy

frecuente en tales circunstancias, se pone la capa del sarcasmo.

—Facilísimo, oiga —dice—. Yo creía que lanzaría rayos por los ojos y volaría, pero «solo» es telépata. Me tranquiliza usted, Zarco.

Melissa se encorva hacia mí, como si quisiera susurrarme algo al oído. Otro gesto innecesario.

—¿Lo que vi estaba manipulado?

*[Sí] [Estoy convencido]*

—Una cosa más —añado, esto ya para el inspector—: al parecer, el asesino puede haber estado relacionado con una compañera de clase de Melissa. Una chica llamada Ana.

—La Insana.

*[No seas mala]*

—Ana —comenta Fusco mientras lo apunta en su libreta de mano—, ¿Ana qué más?

Fulmino con la mirada a mi compañera incorpórea.

—Nestares —dice ella.

—Nestares —repito yo.

—Ana Nestares. Ya es algo. Seguro que lo de la furgoneta también lo agradecerá el bueno de Nogués. Es el inspector que lleva el caso, ¿sabe? Bien, por otra parte, me gustaría que me dejara ya meridianamente claro si esto va a ir de tíos poseídos. ¿Pudiera ser?

—¿Cómo que tíos poseídos?

—Ya se puede imaginar, hombre. Alguien se pone a jugar con la *ouija* y un demonio le posee. Controla sus actos y lo saca de paseo con el fin de cargarse a unas niñas. ¿Sí o no?

—Hace unos días no lo hubiera descartado.

—¿Y hoy?

—Descartado del todo.

—¿Seguro? No hay cosa que me dé más miedo que eso. Posesos. Los posesos son telépatas también, ¿no?

—No. No deberían. No tiene nada que ver.

—¿Es poseso o poseído?

—Ambas son correctas.

—¿Está seguro? La Real Academia Española es muy

tiquismiquis con estos temitas.

—Se lo prometo. Hágame caso.

—Usted es el experto, Zarco.

La vibración del teléfono me alerta de la entrada de un mensaje privado. Mientras el inspector está rumiando toda la información revelada del tirón, compruebo que es César Baggio, concretando hora para la reunión de esta noche en mi casa. Acepto su sugerencia y vuelvo a guardar el aparato.

—Cambiando de tema, inspector… —Un vendedor ambulante nos ofrece pulseras y colgantes africanos, y mi compañero de mesa lo despacha con un simple movimiento de la mano que lleva una violencia potencial implícita: «Esfúmate, joder». Detecto una personalidad propensa a grandes estallidos de ira. Menudo ha de ser en comisaría—. ¿Qué era aquello de verificar la muerte de una persona? Admito que me tiene en ascuas.

Fusco se termina la cerveza y pide la cuenta con un ademán internacionalmente aceptado. Luego se guarda la libreta y el boli en la chaqueta y se atusa el pelo.

—Se lo contaré por el camino. Podemos llegar justo cuando la asistenta se va a comer y acabar antes de que regrese al trabajo. Si ha venido en coche, tendrá que seguirme.

—¿Adónde vamos a ir?

—A mi casa, Zarco. Voy a necesitar sus habilidades. Y le juro que, si cumple, tendrá a un buen policía metido en el bolsillo. En el bolsillo, amigo.

—Un momento, acabamos de beber más que suficiente para dar positivo en un control de alcoholemia.

Fusco se pone en pie y se recoloca los pantalones, algo caídos, para ajustárselos en la base de su prominente barriga.

—Tranquilo. No le detendré.

Es complicado reencontrarnos cada uno con su vehículo. Los aparcamos en zonas diferentes y el sentido de la

dirección de muchas calles en el centro de la ciudad te puede hacer dar rodeos laberínticos para alcanzar avenidas que tenías a un minuto a pie. Cuando al fin me sitúo tras él, sigo su machacado Mondeo por el infierno del tráfico madrileño hasta salir a la autovía del Noroeste y, de ahí, a una zona relativamente tranquila del barrio de Aravaca. Aparcamos sendos automóviles en la calle, delante de la puerta de la residencia del inspector, en una calle de chalets adosados.

—Tengo información para usted, Zarco.

Lo dice mientras abre con un manojo de llaves la puerta exterior de la cerca. Se apaña de manera poco hábil para ser un acto repetido a diario. Caminamos hasta la puerta de la casa mientras observo que Melissa se queda en mi coche. Totalmente absorta. Apenas hizo un movimiento en todo el trayecto, tampoco medió palabra, ni siquiera cuando seleccioné una carpeta que contenía todo *The Ultimate Experience* de Jimi Hendrix en MP3, que me jugaría la vida a que ni se acerca a sus gustos musicales.

Puede que su cognición ya no detecte el mundo que la rodea, el mundo de los vivos, a no ser que alguien chasquee los dedos delante de su cara. Casi como si estuviera en trance.

Me imagino que su presencia en lo que viene ahora no será en absoluto necesaria. Así que la dejo allí, ensimismada con la visión del horizonte y con el señor Bayón todavía ausente.

Fusco se adentra en su casa, desconecta en un panel del pasillo recibidor el sistema de alarma y me hace una seña para que entre sin complicaciones. Tras cerrar la puerta a mis espaldas, compruebo que la casa está limpia y ordenada. Todavía huele a productos de limpieza, así que la asistenta contratada seguramente acabe de hacer el repaso rutinario.

El salón principal se diría confortable, aunque no parece habilitado para una familia, sino para un par de individuos, con dos sofás individuales con un aspecto fabuloso, una mesa con una superficie maltratada por el uso

y, eso sí, estanterías llenas de libros hasta los topes. A simple vista no encuentro un orden alfabético ni secciones por géneros literarios. La mayoría son ensayos criminológicos. Un hombre que adora su trabajo.

—Por aquí —indica mientras se interna en las habitaciones del fondo de la casa.

El olor se va enrareciendo a medida que avanzamos hacia un dormitorio, la última de las habitaciones a la que se puede acceder. Allí veo el motivo de mi presencia en este lugar. Una mujer de unos cuarenta años está postrada sobre una cama articulada geriátrica con un mando de controles a uno de los lados. Tiene los ojos abiertos, pero está claro que su conciencia no está allí.

No es necesario alargar más la situación. Me anticipo a Fusco, ya que sé lo que va a pedirme.

—Si su corazón sigue latiendo, está viva.

Fusco, con una sola mirada, me desintegra átomo a átomo. Reprimo unas enormes ganas de disculparme que me entran de repente.

—No se haga el listo conmigo —dice.

—No.

Se coloca en uno de los laterales del gran camastro y le pasa con cariño la mano por la frente. La mujer no mueve ni un músculo.

—Estado de coma persistente —comenta Fusco con los dientes apretados, odiando cada sílaba—. O estado vegetativo. No producido por lesión física, sino psicológica. Lleva así seis años. Y sí, ya sé que su cuerpo sigue vivo, no le he traído por eso. Le garantizo que respira y todo su cuerpo sigue haciendo con normalidad todo lo que un cuerpo humano hace cada día. Los cuidados que requiere, la asistencia personalizada, ciertos fármacos y toda esta —señala con las dos manos la enorme cama eléctrica— mandanga suponen un coste elevadísimo, que no tengo problema en seguir asumiendo… siempre y cuando tenga sentido.

Me coloco en el lateral opuesto y contemplo con serenidad el semblante del inspector. Le permito continuar.

Está claro que todavía no ha terminado.

—Pero llevo tiempo dudando de si lo que tengo aquí delante —se recoloca un mechón que le ha caído sobre el rostro en el lugar exacto que le corresponde en la calva—, no es más que una simple carcasa. Un envase corporal útil y funcional, pero desactivado. Verá usted, no es un estado de autismo severo ni catatónico, porque entonces movería los ojos o existirían respuestas motoras. Por ejemplo, movería los ojos si un insecto se posara en sus pestañas. Enfocaría la vista, cerraría o abriría la boca… Pero no, Irene no mueve ni un músculo. Su boca y sus ojos pueden resecarse como el papel de lija si alguien no se los cierra o humedece cada cierto tiempo. Ella es un absoluto vegetal.

—¿Y cree que su espíritu la ha abandonado?

Fusco hace un aspaviento de aprobación. Por fin nos metemos en harina.

—Puede ser. No lo sé. Y necesito saberlo. —Hunde la mano en el bolsillo y hurga allí, saca varios objetos, algunos se los cambia de mano y se los mete en el bolsillo del otro lado del pantalón, a excepción de un trébol de cuatro hojas que coloca sobre el abdomen de la mujer—. Lo encontré esta mañana. —No tengo muy claro si me lo dice a mí o a ella—. Hacía tiempo que no encontraba uno. En fin.

—Es su mujer, ¿no? Se llama Irene.

—No, es mi hermana. Irene Fusco. Una mujer excepcional. Con la belleza familiar característica y una astucia proporcional. Somos hijoputas feos pero listos, los Fusco. Y todos los días nos preguntamos si no hubiéramos preferido ser tontorrones más atractivos. ¿Qué preferiría usted?

—¿Por qué duda de que su espíritu haya partido? Eso es lo que quiere que descubra.

—¿Y por qué no? Estoy interesado en estas cosas, ya se lo he dicho. He oído hablar del famoso cordón de plata, esa especie de atadura astral que impide que el alma de alguien se aleje o pueda ser arrebatada de su cuerpo físico. Como un ancla. Se dice que en el momento de la muerte ese cordón se corta y la persona puede trascender. Me he

documentado al respecto, Zarco.

—Bueno, no voy a decirle que no, inspector, esa jerga y esos datos pertenecen a un paradigma espiritista de principios del siglo pasado. Y le garantizo que no estoy seguro de que sean modelos artísticos verdaderamente representativos.

—¿Usted no cree que haya cordón de plata?

—Lo cierto es que no lo sé.

—No le he preguntado lo que sabe, le he preguntado lo que cree.

Ante mí tengo al típico policía que se ve con derecho a interrogar a cualquiera por el motivo que sea: «Vecina del quinto, ¿anoche se dejó usted la puerta del ascensor abierta tras su uso?», «Señor Perfecto Desconocido, ¿cuánto tiempo lleva esperando en la parada de autobús?».

Me estaba pareciendo simpático hasta ahora mismo.

—No he desarrollado mucho la idea. Por tanto, no sé qué creer.

—No sabe qué creer. Bien. Eso es bueno. Quiero que me verifique que ella sigue ahí dentro. Que su alma no se ha ido adonde sea que nos vamos en la otra vida.

—¿Y si no está ahí dentro?

—Usted sabe de sobra la respuesta. No le tengo por necio.

La idea me gusta muy poco. Por mucho que una persona no pueda expresar su parecer sobre aspectos que la atañen, no deja de tener derechos humanos básicos que hay que respetar. Nadie debería decidir por ella. Y menos en temas tan serios como la eutanasia. El sondeo de su mente por mi parte es, al igual que en personas conscientes, una transgresión a su intimidad.

Pero, para ello, debería estar viva. ¿Y si tiene razón y ella, lo que entendemos por su alma, ya no está en ese recipiente corpóreo? *Hardware* sin *software*.

—Estaría dispuesto a acceder —le digo al inspector, mostrándole mi dedo índice señalando hacia el techo—, siempre y cuando no tome medidas drásticas. Entiéndame. Si descubriera que su hermana sigue en el interior de su

cuerpo, usted la dejará vivir, por supuesto. Pero si su espíritu ya se ha marchado, si ha dejado su cuerpo atrás como una maleta olvidada, se lo pensará un millón de veces. Lo consultará legalmente.

—Yo ya sé lo que va a decirme un abogado.

—Es un tema espinoso.

—Necesito solo su confirmación, Zarco. Del resto me ocupo yo.

Me siento culpable porque, con fines científicos, debo confesar que la propuesta me llama. Es una incursión en mente ajena como cualquier otra. ¿Una violación mental? Sin duda. Si bien el acto de averiguar con exactitud dónde está el foco central del ser, el núcleo etéreo del yo, se antoja irresistible. Santo Dios, ¿podemos siquiera ubicar el Yo en una posición exacta de la memoria?

¿Mi padre se habría maravillado al comprobar hasta qué punto yo había perfeccionado y superado sus habilidades psíquicas, o se habría horrorizado?

—Supongamos que lo hago.

Lo cierto es que no sé si puedo hacerlo. Solo sé que quiero intentarlo.

Fusco sonríe como el lobo feroz del cuento a punto a llevar a cabo una fechoría.

—Seríamos muy amigos.

—¿Quién saldría ganando?

—Oh, no lo mire así, Zarco. Creo que los dos sacaríamos tajada de nuestros recursos para beneficiar al otro.

Me quedo mirando el trébol depositado en el vientre de la mujer, descubriendo que en realidad tiene cinco pétalos, no cuatro, aunque el quinto es más pequeño y queda oculto por dos de sus hermanos mayores. Un trébol de cinco hojas. Dicen que cada década son más fáciles de encontrar. No seré yo quien le busque una razón botánica.

—Ha dicho antes que tenía información para mí.

—Sí —dice él—. El inspector Nogués está llevando el caso de Melissa Nenge; de camino aquí le he llamado con el manos libres y le he facilitado el dato de la Peugeot Partner

de color gris metalizado. En efecto, le ha venido de muerte, si usted me permite que lo diga así. Su gente ha podido realizar una búsqueda de propietarios en torno al distrito donde se encontró el cadáver de Melissa Nenge, sobre la marcha, en estos cuarenta minutos que hemos tardado en llegar aquí. Y, agárrese, nos ha salido un candidato a ser el sospechoso número uno del caso.

—¿De veras?

—Suena demasiado bonito. Por norma general, estos depredadores no cazan donde viven. A no ser que se sientan pletóricos de poder y se confíen. O que deseen ser atrapados.

—No creo que este sujeto quiera que le atrapen.

Fusco le cierra los párpados a su hermana y rodea la cama para ponerme sus largos brazos de simio alrededor de los hombros. Casi me saca de la habitación por la fuerza.

—Ahora viene lo bueno. —En cuanto salimos del cuarto, el inspector pierde ese carácter circunspecto del que estaba haciendo gala en los últimos minutos—. Imagine quién alquiló una furgoneta exacta a la que usted describió, precisamente el día del asesinato de nuestra querida adolescente. Un hombre llamado Jair Nestares, casado y con dos hijos. La parejita. La chica se llama Ana. La misma niña que iba a clase con la víctima. Por cierto, ¿está aquí? ¿Ha entrado ella con nosotros en la casa? —Al decirle que no con un gesto, Fusco se relaja un tanto—. Virgen Santa, el tipo la alquiló para dos días, pero la entregó doce horas más tarde. La compañía le aplicó un recargo. Todas las transacciones figuran en el desglose de su tarjeta de débito. Sí, ya han empezado a investigarle. El tal Jair Nestares es el típico esclavo oficinista. Comercial en una empresa de venta de instrumentos musicales. ¿Para qué iba a alquilar una furgoneta de carga? Sí, está claro, para matar a la primera niña que pasara por delante en una noche solitaria. Para eso. —Fusco emite una risilla aguda como la de una hiena—. Dígame que se trata de una conspiración contra este tipo, que alguien le está tendiendo una trampa, o me va a parecer insultantemente fácil.

—No tiene ningún sentido.

—El inspector Nogués ha mandado a sus chicos al domicilio del señor Nestares. Promete contarme todo lo que pueda. —Me lleva hasta el salón principal, como un compañero de borrachera en el punto álgido de la noche—. Va a ser interesante. Puede que sea un caso de infestación diabólica, ¿qué me dice?

Está claro que el inspector ha debido de leer algo al respecto. A pesar de estar confundiendo la terminología.

—La infestación diabólica —le comento— está atribuida a objetos o lugares concretos. Nunca a personas.

—Vaya, creía que era una persona influida por espíritus malignos que aún no ha sido poseída, pero que pronto lo será.

—No exactamente.

—Posesión entonces. ¿Y si Jair Nestares está siendo controlado por un espíritu diabólico?

Confieso que es posible. ¿Por qué no? Ya podría tratarse de eso o de algo más abracadabrante. En los últimos años he cometido apostasía en dos ocasiones. Supongo que ahora toca sumergirse de lleno en el dogma. ¿Posesión? Dadas las actuales circunstancias, podría ser una teoría plausible.

—No sé de ningún espíritu que haya poseído a nadie con tal poder psíquico, pero no puedo negar que sería factible.

Fusco me señala uno de los aparatosos sofás que dominan la estancia y luego se dirige a la cocina.

—Póngase cómodo. ¿Algo para tomar? ¿Le traigo algo?

Yo ignoro su invitación y le sigo hasta la nevera.

—Un vaso de agua fría.

Saca de una estantería del frigorífico una botella de plástico de agua mineral y un botellín de Stella Artois, que abre con un movimiento hábil de pulgar. Me pone la botella de agua en la mano y me reconduce hasta la estancia principal. Casi me sienta a la fuerza en uno de los sofás. Él se quita la americana y la deja doblada sobre el brazo del sofá que le toca a él. La pistolera queda totalmente visible,

casi clavada a su torso por un ajuste demasiado recio, con la empuñadura del arma sobresaliendo como una especie de invitación.

Fusco detecta mi incomodidad.

—Tiene el seguro puesto —afirma—. Y la recámara vacía.

—Da igual. No estoy acostumbrado.

—¿Quiere verla?

—No.

—¿Seguro? Venga, se la dejo un rato. —La extrae de su funda y le quita el cargador, repleto de balas relucientes y me la ofrece con el carril retraído—. ¿Ve? Descargada. Vivimos en tiempos en los que los niños juegan a videojuegos o ven series de televisión donde aprenden sobre armas mucho más de lo que les conviene. Hay toda una subcultura en torno a ellas. Venga, sopésela.

Al dejarla en mis manos me sorprende el peso, que esperaba mucho mayor, si bien ahora parece un juguete. Y estar hecha de polímeros tampoco ayuda a darle credibilidad. Pero esto mata. Una vida al coste del movimiento de un dedo.

—Es una Heckler & Koch VP9 —explica él—. Una nueve. Es mía: el cuerpo me ofrecía una mancuerna con balas y decidí portar siempre lo más ligero.

—¿La ha disparado alguna vez? Quiero decir, a alguien.

—La he desenfundado en diversas ocasiones. El acto en sí de sacarla puede poner fin a una cantidad ingente de situaciones peliagudas.

—Ahora soy yo quien tiene que recordarle que no es eso lo que he preguntado.

Fusco asiente con la cabeza y bebe un trago de cerveza. Ahora se lo toma con más tranquilidad que en la terraza del bar.

—Dos veces. —Una pausa breve—. ¿Qué me dice? ¿Cree que son muchas?

—Diría que sí. El mundo real no es como las películas.

—Haga la otra pregunta.

—¿Cuál?

—Ya sabe cuál.

Tomo una gran cantidad de aire y lo voy soltando poco a poco. Me lo tomo con calma.

—No tiene por qué responderme, si no quiere. Hay curiosidad, pero no a niveles malsanos. ¿Los mató?

—A los dos.

Lo ha conseguido. Me ha dejado de piedra. Es posible que esto le funcione muy bien en las fiestas navideñas del departamento.

—Guau —es mi respuesta.

—Aunque no lo vea así, uno siempre desenfunda el arma para no dar pie a la violencia. El perro esconde el rabo en cuanto muestras un periódico enrollado. A pesar de eso, hay gente muy exaltada por el mundo. Qué le voy a hacer, he matado a dos hombres. En ambas ocasiones no me dejaron opción. La primera vez yo era demasiado joven; la última, demasiado viejo. En sendos disparos apunté al corazón e hice blanco. Fin. Si la vida te pone en la tesitura de comer o ser devorado, no te va a dejar tiempo para que lo medites mucho.

—¿Se sintió mal?

—Tuve que ir al psicólogo. Hablé con aflicción, fingí que me atragantaba al contar el suceso. Se supone que es como debes actuar. Me metí en el rol, acepté la baja e hice lo que pude por simular estar afectado. —Me quita la pistola de las manos y la vuelve a cargar. El seguro ha estado puesto todo el tiempo. La enfunda en su pistolera y se queda tal cual—. Soy un actor lamentable, Zarco, aunque nadie dudó de mi versión de la historia. Si dices que estás hecho polvo por matar a alguien, todo el mundo creerá que así es. Y lo cierto es que me afectó, no diré que no, a otros niveles. Sin embargo, en lo referente al trauma psicológico que cabe prever en una circunstancia semejante, no sentí mucho. Cuando murió mi padre, no sentí mucho.

»Cuando murió mi madre, casi me alegré (es una historia muy larga). Cuando me ascendieron de subinspector a inspector, nada de nada. ¿El día que me

diagnosticaron cáncer de colon? De nuevo, nada. De aquello me recuperé. Puede que me falte corazón, sensibilidad o qué sé yo. Cargarme a dos maleantes puestos de coca hasta el culo, ya puede hacerse una idea, me dio igual. Entiéndame, no disfruté. Hubiera preferido haber esposado a esos dos. Agacharles la cabeza al meterlos en el asiento trasero del coche patrulla. Soy un hombre de carácter vehemente. Rápido en la ira y campechano con los suyos, pero en los momentos más intensos de mi vida he sabido mantenerme frío. Sin proponérmelo, sin análisis, tan simple como que mi instinto me empujó a tomármelo con calma. No sé por qué, solo lo agradezco.

»Aun así, cuando le ocurrió aquello a mi hermana, no supe dónde meterme para no masacrar a toda esa gentuza, arramblar con esas instituciones que se supone que velan por ella, pero que ignoraron totalmente a Irene cuando las necesitó.

—Inspector, ¿qué le ocurrió a su hermana?

La luz que entra por la ventana confiere a Fusco un aura de amargura. Luces y sombras por fuera y por dentro. De no ser por su estética propia del inspector tradicional de la España franquista, parecería un antihéroe trágico de cómic estadounidense. Resopla con fuerza antes de mascullar una respuesta.

—Ya lo verá usted mismo. Porque lo hará, ¿verdad? La invocará como un médium y hablará con ella. Obrará su magia. He leído sobre eso. Fantasmas de vivos. Espíritus de soñadores que hablan mediante la ouija. Podría servir para alguien en coma. No sé si podrá traerla de vuelta, aunque no es eso lo que le estoy pidiendo, y estaría muy bien que lo hiciera, que despertara de una vez, pero debo insistir, no es lo que quiero que haga. ¿Lo va a intentar, o qué?

—¿No puede contarme lo que le ocurrió? —insisto—. Podría serme útil.

—Preferiría no hacerlo.

—Sabe que podría averiguarlo en un instante, si le leo la mente.

—Pues hágalo, porque no voy a contarle nada más.

—Muy bien. Usted gana. —Bebo media botella de agua y la dejo sobre la mesa. Me apoltrono en el sofá y empiezo con mis ejercicios de relajación—. Lo haremos de la siguiente manera. No voy a usar dotes mediúmnicas, sino psíquica invasiva.

—Y eso ¿qué quiere decir?

Extraigo el móvil de mi bandolera y preparo una cuenta regresiva de veinticinco minutos, aunque aún no la pongo en marcha. Le enseño la pantalla al inspector.

—Cuando haya pasado este tiempo, sonará una alarma. Yo estaré aquí, en este sofá, todo el rato. No es necesario estar presente en la misma habitación que su hermana ni nada por el estilo. Lo más probable es que yo regrese antes de que se haya consumido el tiempo. Pero si llegara a sonar la alarma, usted tendrá que despertarme como sea. ¿Lo comprende? Pórtese bien, o podría salir mal.

—Entendido.

No requiere mucho esfuerzo. No es exactamente echarse a dormir, sino relajarse y hacer un ejercicio de proyección completo. Es un viaje astral, de nuevo. Sacar la mente fuera de mi cuerpo con los riesgos que se derivan de ello. La visión es absoluta desde un punto, un foco, que habitualmente se sitúa en el lugar donde encontraríamos la frente. Es visión esférica, no de 360 grados, porque eso equivaldría a un ángulo de visión lineal, como un *hula hoop*, y esto está más cerca de un punto de vista completo de todo lo que te rodea. No hay delante o detrás, arriba o abajo, aunque el cerebro no tiene más remedio que componer toda esa información e interpretarla con enfoques y falsas ubicaciones de un órgano visual receptivo. Facilita la comprensión. Si la mente no tiene ojos, simula que los tiene. El resto es movimiento. No por medio de un doble de cuerpo traslúcido, a no ser que la propia conciencia elija esa forma de manifestación, sino de un minúsculo punto en el espacio que avanza a una velocidad y altura regulables en todo momento.

De esta manera me transporto por el pasillo hacia el fondo de la casa, a la última habitación de todas. Atravieso

la puerta (para mí, tan inmaterial como yo mismo) y me sitúo encima de la mujer. Pasamos de un movimiento incorpóreo espacial a una conexión neuronal. Es otro tipo de viaje. Una disciplina mucho más difícil de controlar. Mi padre me enseñó. Monique Theriault también lo hacía. Yo he llegado muchísimo más allá.

Penetro en la mente de Irene Fusco.

Es una playa pedregosa. Sin mucha gente y muy agradable. El cambio de tono de azul claro a oscuro en el agua indica que hay un salto grande de profundidad a pocos metros de la orilla. Es el mar Cantábrico. Lo sé porque ella lo sabe.

Irene Fusco tiene otra expresión, llena de vida, y una sonrisa contagiosa que comparte con un grupo de doce chicos con síndrome de Down. Esto es hace un par de años. Trabaja de asistente personal. Otra chica le ayuda en las tareas. Es un momento jovial cargado de emoción. Un recuerdo feliz. Los niños juegan alrededor de las dos cuidadoras, que les invitan a pasarse un balón los unos a los otros mientras encadenan la última sílaba de una palabra con la sílaba inicial de otra palabra. Algunos jóvenes parecen tener más problemas de coordinación que otros. Podría ser debido tanto a la edad como al grado de discapacidad. El rango de ambos parámetros en el grupo es muy amplio. Tenemos a un chico que ya podría rondar los diecisiete y a otro que, a simple vista, podría no pasar de seis años. Y varios fallan con la palabra elegida, confundiendo las reglas del juego con una rima, pero ninguna de las dos asistentes pone pegas. El propósito de la tarea es divertirse.

—Casa.

—Sapo.

—Potro.

El chico que ha pasado el balón debe de tener problemas serios de macroglosia, y encima se ha buscado una palabra complicada de pronunciar.

Una niña muy pequeña recibe el balón y no sabe qué

decir. Irene la anima.

—Venga, cielo, hay un montón de palabras que empiezan por «tro». Hay un instrumento musical que se sopla. Cuando vas caminando y un bache hace que te caigas. Los hombres de las cavernas también se llamaban de otra manera. Un fragmento de algo también se puede llamar…

—¡Trozo!

Todo el grupo alza los brazos en señal de triunfo global y luego aplauden.

Podría estar un buen rato aquí disfrutando del día. Y perdiendo el tiempo.

Registrar los recuerdos podría no ser de ayuda. Aunque es lo único que encuentro ahora mismo y podría añadir contexto en el futuro, o no.

Es muy extraño.

Al meterte en la mente de alguien puedes sentir su conciencia como una especie de vibración que viene desde todas partes. Es como ser el único espectador de un concierto donde cuatro grupos tocan la misma canción en escenarios repartidos en los puntos cardinales. El sonido te llega de todas partes. La conciencia es mucho más que un sonido, pero el cerebro tiende a concebir la realidad en formas comprensibles. Y aquí, en esta mente, hay una ausencia absoluta de conciencia.

*[¿Irene?] [Soy amigo]*

De repente se hace la oscuridad y en ella surgen doce llamas de vela. Forman un círculo muy mal hecho delante de mí, de un palmo de diámetro. Alguien sopla y toda luz se apaga. El ruido ahora es tremendo. Voces aclamando el nombre de Irene. La luz llega de repente, cegadora, llenando una habitación con mucho colorido en la decoración. Los niños con discapacidad se rompen las manos a aplaudir y desgañitarse. Nadie puede felicitar así un cumpleaños en todo el mundo, en todo el espacio sideral. Irene cumple treinta y ocho años, lo sé porque Irene lo sabe, ya que las velas no representan la edad, sino el número de niños presentes. Cada uno ha comprado una

vela distinta. Doce chavales fantásticos, doce velas. El regalo en sí es la tarta. La han hecho los pequeños. Y se nota. Es divertido porque han elegido los colores más llamativos de todo lo que era comestible en la cocina y se sirvieron de un tutorial de YouTube para confeccionarla. Seguramente sea indigesta y sepa a terrón de azúcar con algo más, pero Irene va a reír todo lo que pueda y cortará la tarta en catorce porciones idénticas que nadie se terminará. Poco importa eso. Sus niños han tenido con ella un detalle increíble que ha salido de ellos mismos. Y no hay agradecimiento suficiente para dar en respuesta.

*[¿Irene?] [Habla conmigo]*

Estos recuerdos son vívidos por lo que representan, pero no generan sinapsis, no hay aprendizaje ni conflicto. Son islotes en un mar neuronal. Debo hallar una vivencia lo suficientemente importante como para que genere muchas líneas de conexión, un mapeado completo. Una experiencia vital que marque una diferencia en esta enmarañada Gestalt. Un trauma.

Es un suceso tan decisivo que debería estar en todas partes y no se ha podido reparar en su inmensidad. Solo algo así de potente generaría un estado vegetativo de origen psicosomático. Debo seguir rastreando.

O no. La clave puede estar en dejarse llevar. ¿Por qué no? Esta mente podría ser un océano con corrientes frías moviéndose a cierta profundidad. Decido hundirme y permitir que mi conciencia vague. Modo pasivo.

Sucede en una especie de cabaña. Un pequeño recinto para dos personas. Es uno de esos días sofocantes de verano donde debes luchar contra la temperatura a cada minuto del día. Irene tiene la ropa pegada al cuerpo y está pensando en darse una ducha. Es un campamento de verano. Los doce Down montan su habitual algarabía en el jardín exterior. El césped debe de estar seco, pero hay zonas sombreadas por árboles. El lago está a siete kilómetros y no se ha apalabrado nada con el conductor. Mala idea. Esta noche tocaba quedarse dentro del recinto realizando ejercicios de mnemotecnia básica. Raquel, su compañera,

está ocupándose de todo.

Ahora Mikkel entra por la puerta. Es el mayor de todos. Ya casi es un hombretón y los padres han decidido dar un enfoque nuevo a su educación. Es su último verano con el grupo. No es ni mucho menos un líder ni desea hacerse notar demasiado. Lo que ocurre es que tiene gran tamaño, es fuerte y lleva más tiempo que casi todos los demás, a excepción de Rafa, el más afectado de todos por el síndrome, quien ha estado con el grupo desde su fundación. Así que Mikkel no habla mucho por norma general, aunque cuando decide pronunciarse sobre algo, se le escucha con atención.

No es de los más listos, en cambio.

—Mikkel, ¿qué haces? No puedes estar aquí. Esta cabaña es para monitores.

Ella se culpa de no haber echado el pestillo de la puerta. Algo que, por otro lado, no acostumbra a hacer. ¿Qué necesidad habría?

El joven entorna la puerta y avanza un poco hacia el centro de la estancia.

—Hay un adulto —dice.

Irene sonríe y le da unas palmaditas en el hombro.

—Ahora mismo no, cariño. Luego te hago caso. Necesito un rato para mí. Ve a buscar a Raquel, ¿de acuerdo?

—Creo que viene.

De repente, un hombre entra.

Irene no le ha visto en la vida. Lleva un pantalón vaquero lleno de lamparones y una camiseta con las mangas recortadas. Su rostro castigado…

Todas sus alarmas interiores se activan de repente.

Es un intruso. No cabe duda. Ha debido de colarse en el recinto. Para robar, para.... Este sitio no tiene mucha seguridad, aunque hay cámaras en algunos puntos. Da igual. Eso no va a servir de nada en este momento.

El hombre tiene una expresión enfervorecida. Cierra la puerta de la cabaña tras él.

—Tiene que marcharse, esto es propiedad privada.

El hombre no dice nada.

Mikkel la mira y siente el terror de ella. No comprende del todo lo que ocurre, por mucho que intuya que algo no va bien.

—Llevo dos días observando desde fuera —dice el intruso, con un timbre muy agudo, que no debería proyectar mucha amenaza, de no ser por el tono—. Esperando el momento propicio. Quería pillarla aquí, en la cabaña. ¡Y resulta que eres tú, y no ella!

Rompe una estantería de medicamentos con un objeto metálico que empuña en la mano. Irene se estremece. Ve que se trata de una cizalla enorme. El exaltado se ha hecho sangre en la muñeca al calcular mal el arrebato.

Ella le echa coraje.

—¡Tiene que marcharse!

—Ya me da todo igual. Tendrá que valerme contigo, foquita. —El intruso se abalanza sobre ella con esa cizalla agarrada con fuerza.

Entonces Mikkel se lanza sobre él gritando algo ininteligible. Le pone las manos sobre la cara, como si quisiera arrancársela. No sabe de violencia, no sabe cómo actuar, únicamente quiere detener al desconocido. Tirarle del pelo o arañarle la mejilla. Lo que sea. Sigue gritando palabras sin sentido mientras manotea la cara, propinando algún bofetón.

El hombre se las apaña para quitarse de encima las manos del joven y apartarlo a un lado. Descarga un fuerte empujón con el hombro que los hace trastabillar a ambos.

—Puto monstruito.

Mikkel resbala con uno de los envases de medicamentos que hay en el suelo y pierde el equilibrio. Cuando cae, emite un chillido más de frustración que de dolor. Ya está haciendo el esfuerzo de volver a levantarse.

El hombre da un paso hacia él y alza la herramienta.

Irene observa que más bien es un cortador de pernos. Ha debido de usarlo para entrar en la finca. Es un objeto lo bastante contundente como para asestar golpes poderosos. Se le pasa por la cabeza arrojarse sobre el exaltado y

reducirle como pueda. Empleando las uñas para cegarle los ojos. Dándole una patada bien dirigida a los genitales. Lo que haga falta.

No llega a reaccionar.

El golpe que le da el intruso a Mikkel en la nuca lo desploma como un peso muerto. El tipo ríe como un maníaco. Golpea de nuevo. Ríe. Golpea de nuevo. La cabeza del chico se mueve hacia los lados cada vez que recibe un impacto directo del objeto contundente.

—¡Puto monstruito!

Irene no llega a ver sangre en ningún momento, pero esos ataques han sido feroces. No quiere pensar que…

El agresor aprovecha un golpe de giro para alcanzarla con la herramienta desde un lado. El impacto se produce en la sien izquierda y la derriba sin que ella sea consciente de lo que ocurre. El dolor lacerante tarda un par de segundos en llegar. Para entonces, ha caído de rodillas. Ese maníaco arremete de nuevo contra ella. Usa el cortador de pernos con un salvajismo atroz. Apuntando siempre a la cabeza. Irene está medio inconsciente y todo el mundo se tambalea a su alrededor cuando siente que el tipo le está desgarrando la ropa.

—Mikkel —acierta a decir.

El joven yace a pocos metros. Boca abajo sobre el suelo, podría estar inconsciente. Ojalá lo esté. Sería mejor que la otra opción.

—Mikkel —susurra. Nadie la oye.

El vándalo la manosea como si amasara pan. No la penetra, pero le oye gemir estúpidamente, con ese timbre agudo de chiste. Dentro de su campo de visión desenfocado hacia los bordes, Irene cree ver al hombre aliviándose con furia. Agitando una mano a toda velocidad sobre su miembro mientras la otra le estruja los senos con frenesí.

Mikkel continúa tirado en el suelo. Ella no alcanza a ver sangre desde donde está. No parece haber daños. Se diría que duerme. Antes de perder la conciencia, Irene Fusco siente como una sustancia caliente y pegajosa le cae en la mejilla. Escucha la risilla nerviosa y burlesca del simio

humano y le ve salir corriendo de la cabaña con un zapateo estruendoso y desmañado.

Cuando pierde el conocimiento, el tiempo se acelera. Irene no sabe qué ocurre hasta que despierta en la ambulancia.

Esa noche en el hospital es más terrible por el desconocimiento de lo sucedido en el campamento después de la doble agresión, que por el daño físico. Nadie la pone al corriente. Ignora si se han producido más ataques, si el hombre ha escapado y, lo peor de todo, nadie le quiere decir lo que ha pasado con Mikkel.

Y es precisamente esa escrupulosidad a la hora de esconder los detalles de lo ocurrido lo que lleva a la hermana del inspector a pensar que el pobre chico ha muerto. Ha muerto por avisarla y defenderla.

El resto de la experiencia la recibo casi en tercera persona, y no mediante la visión de Irene Fusco. Lo que indica que su memoria construye los hechos tras haber sufrido un fuerte estado de *shock*.

En efecto, sus peores temores se confirman. Tras un tiempo prudencial, es la policía y no el personal médico quien la informa de que una hemorragia cerebral acabó matando al pobre Mikkel al cabo de media hora de recibir la paliza. No llegó a recobrar el sentido en ese tiempo.

Como los jóvenes con síndrome de Down están bajo la responsabilidad de la organización para la que trabaja ella, y parece que echan todos los balones fuera, la convierten en cabeza de turco. De cara al juicio, se pone en duda a Irene, calificando los daños sufridos de agresión violenta, pero no de violación, ya que no hubo penetración. Tecnicismo barato que sirve para condenar al agresor a una pena de cárcel ridícula. En teoría, ahora sigue en prisión. Por poco tiempo.

El despido por parte de la compañía de servicios y cuidados de personas que sufren una discapacidad es lo de menos para Irene. La manera como Raquel, el verdadero objetivo del agresor, se funde con el paisaje y desaparece de la posterior polémica duele más, pero tampoco es lo más

grave. Ni siquiera es lo peor la campaña de acoso y derribo que sufre Irene en las redes sociales, donde casi se la culpa a ella de que el agresor les asaltara.

Fue víctima del intruso y, luego, fue víctima del sistema.

Ella hubiera podido con todo eso. Pero no con la muerte de Mikkel. No es culpa suya, entiendo yo, como testigo objetivo de lo sucedido. No obstante, en la mente de Irene, las cosas están claras. Se siente responsable. El peor juez lo lleva ella por dentro.

Para una persona nacida para ayudar a los demás, que se desvivía por estos niños, que amaba su trabajo y que ahora ve su porvenir profesional totalmente destruido, es demasiado. Aparte de la atención de su hermano, no busca atención especializada para tratar la depresión en la que cae de lleno. Y un buen día sufre un ataque de ansiedad que parece un paro cardíaco sin serlo y, a la semana siguiente, un ataque cardíaco auténtico regado con toda la ansiedad mal gestionada. Ello provoca que el cerebro quede desprovisto de oxígeno durante una cantidad de tiempo neurálgico y, al final, entra en un estado vegetativo sin solución de continuidad.

Esto pone punto final al triste misterio. Las palabras inescrutables del inspector cobran ahora sentido.

Entonces lo siento.

Es como un pozo gravitatorio, separado del resto del entorno difuminado y caótico por una línea muy delgada, pero distinguible con claridad. Y si doy un paso al otro lado del cerco podría caer en una marea de conciencia pura. Es la primera vez que siento algo semejante. Es el lado más ignoto de la mente humana. La puerta de acceso desde la que un espíritu proveniente de otro plano existencial se incorpora al acto de la concepción y se funde con el receptáculo material.

Si Irene se encuentra dentro de este cuerpo, estará ahí. La auténtica Irene. La personificación más pura del Yo. Puede que sea el motivo por el que este foso es tan denso. Porque es su medida de protección frente a los estímulos

del mundo real. Una prisión fortaleza. Tanto si estoy en lo cierto como si no, me arriesgo a meterme en una trampa de la que podría no salir jamás. Atrapado en un cuerpo ajeno.

Está claro que no voy a encontrar a mi padre aquí dentro.

*[¿Por qué seguir? No merece la pena un riesgo tan grande]*

Supongo que estoy compensando, ojalá de manera heroica y digna de encomio, los enormes errores que he cometido en la vida. El daño que he hecho a otros. Los obstáculos los pongo yo. La redención no es un puto camino de rosas.

Me lanzo al agujero.

Es una habitación juvenil, sin duda, con estanterías llenas de videojuegos, pósteres de anime y el desorden característico de un adolescente, para ser más precisos un… ¿*centennial*? Es la habitación de Fedor, el hermano de Inga, su mejor amiga en aquellos tiempos. Además, está el pesado de Gerard. Irene tiene el pelo corto, lleva gafas de moldura horrenda y aparato en los dientes de arriba. No le sientan mal, pero lo suficiente como para que se tape la boca cuando ríe.

Están a punto de entrar en la universidad. Todo por llegar. Bueno y malo. Un verano de ensueño. El final de tantas cosas.

Están ensayando una obra de teatro. Parece improvisada. Lo es. No hay guiones, sino unas hojas de estadísticas con información compleja. No solo claman y exteriorizan como los personajes que interpretan, sino que describen sus acciones físicas. Parece que el director de la obra es el dueño de la habitación, Fedor.

—Quizá le convenzas de que eres periodista —dice Fedor a Irene— y estás escribiendo un artículo para el *Arkham Advertiser*, pero tendrás que superar una prueba de elocuencia.

La anfitriona de esta mente en la que estoy coge un par de dados poliédricos de la mesa y los remueve bien en el

interior de sus manos.

Ahora lo comprendo, no es una obra de teatro, sino un juego de rol. Uno ambientado en los universos de horror cósmico del escritor H. P. Lovecraft. El director de juego les conduce por una ficción y los jugadores deben correr aventuras y enfrentarse a peligros. Las pruebas de habilidades físicas o sociales, y esto incluye combates a muerte, se resuelven mediante tiradas de dados. El sistema de este juego es antiguo. Clásico, pero muy superado ya. Emplea el sistema de porcentaje: se lanzan dos dados de diez caras, con resultados de cero a nueve. Un dado marca las decenas y el otro, las unidades de cien. La idea es sacar un resultado inferior al límite de la capacidad, expuesta en la hoja del personaje.

Irene tiene un 65 % en la habilidad de elocuencia. Lanza los dados y el dado de las decenas marca un ocho y el de las unidades, un tres. 83. Por encima de su habilidad. Ha fracasado en la prueba.

Ahora Fedor le comunica el resultado de su acción y la secuencia que genera.

—El agente de policía te dice que no tiene tiempo para gente embustera. Tú ves que podría ponerse violento. Esta vía está muerta, chicos.

—¿Qué hago? ¿Le soborno?

—No tenemos mucho dinero, Irene —le comunica Gerard.

Hay algo raro aquí.

El momento se está generando en tiempo real. Está sucediendo ahora. No es un recuerdo. La puesta en escena probablemente lo sea. Irene Fusco llevó seguramente esas gafas tremendas y aparato corrector en los dientes, pero la secuencia en la que estoy inmerso es interactiva. No sé cómo lo sé, pero entiendo que es así porque Irene lo sabe. Puede que a nivel subconsciente, pero lo sabe.

Un recuerdo es como un gráfico prerrenderizado. No se puede alterar ni traspasar. Es una bola de cristal con nieve dentro. Este escenario supone un reto nuevo. Y estoy en él.

Rodeo al grupo, pero siguen con lo suyo. No pueden

verme. Son personajes imaginarios basados en personas que existieron en su día, interactuando tal cual se espera de ellos. Irene es la única conciencia real. Genera esta ilusión de realidad porque está a salvo. Una partida de rol de mesa eterna y despreocupada. Su conciencia podrá permanecer aquí hasta que su cuerpo físico muera en el exterior.

Pero la he encontrado. Y está viva.

Más por impulso que porque sopese mucho la idea, tomo la determinación de controlar mentalmente a Fedor, el incansable director de juego. Me introduzco en su interior, una mente falsa creada a razón de la visión que Irene tenía de este muchacho. Una mente llena de lagunas y directrices preconcebidas. Casi un robot. No me cuesta mucho entender la historia que se ha jugado hasta este momento, así como la mitología y el cosmos donde se desarrolla la partida. Ventajas de ser telépata.

Tomo el mando. Ahora yo soy Fedor.

Me pregunto si será igual de fácil con una mente auténtica. Poseer a alguien. Vestirse con él. No solo me da miedo por las implicaciones, sino porque hasta hoy no he llegado a probar los límites de mi habilidad. ¿De qué soy capaz?

—¿Qué vais a hacer? —les pregunto, con el timbre del muchacho y su mismo lenguaje corporal.

—Esperar a que caiga la noche y colarse en la morgue es lo más sensato.

—Deberíamos llevar linternas y no solo escopetas, como la otra vez.

Irene frunce el ceño un tanto.

—¿Meternos en la morgue por la noche? ¿En este juego? ¿No podemos esperar a que sean las once de la mañana y haya gente cerca, por si tenemos que gritar auxilio?

Es Gerard quien responde.

—Para hacerlo a plena luz del día, deberíamos tener una capa de invisibilidad. Juego equivocado.

—De acuerdo —consiente ella—, metámonos en la boca del lobo. Solo es una morgue, la misma que hay en el

centro donde trabaja ese tal Herbert West, que reanima hasta a los gatos arrollados por el tren.

Todos le ríen la gracia. Aquí Irene es chispeante y tiene una manera natural muy graciosa de decir las cosas. Me temo que no sería así realmente en el pasado que ella pretende emular solo a medias, aunque no puedo estar del todo seguro.

—Irene —le digo—, oyes el sonido de llamada de una cabina de teléfono cercana.

—¿Solo yo?

—Solo. No parece normal. Es como si te estuvieran llamando a ti expresamente.

—Me aproximo a la cabina a descolgar el auricular. Un momento, ¿había cabinas de teléfono público en los años veinte?

Recuerdo que la primera cabina telefónica de Madrid, en el Viena Park del Retiro, se habilitó en 1928, así que supongo que los norteamericanos ya lo llevaban haciendo mucho antes. No tengo el dato específico, pero intento ofrecer seguridad al darlo.

—Ya había teléfonos públicos en las calles a primeros del siglo XX, así que ahora es más fácil encontrarlos. Lo que no hay es auricular del tipo grifo de ducha, sino que tu personaje deberá empuñar un micrófono de membrana redonda y un dispositivo de escucha por cable que se colocará en la oreja.

—Sí, los he visto en películas.

—Pues quien sea que te está llamando, aguarda a que descuelgues.

Irene asiente y se pone muy seria. En este universo hay amenazas que empequeñecen a toda la humanidad. Seres de otros sistemas solares que arribaron a la Tierra y la poblaron cuando el planeta aún era joven, salvaje e inestable. Cosas horribles que durmieron a la espera de un despertar propicio, al cabo de decenas de miles de años. Dioses primigenios que doblegarán a toda forma de vida que se encuentren sobre la faz del mundo.

Pero un teléfono que suena en mitad de una calle, que

solo ella puede oír, es lo que más aterra a Irene.

—¿Diga?

—Soy tu hermano. Estoy sufriendo.

—¡No! —Da un manotazo sobre el manual de juego y lo hace caer de la mesa—. ¡Mi personaje es hija única!

—Soy tu hermano. Estoy sufriendo. Nunca has tenido en cuenta mis sentimientos.

—No.

Estoy en el núcleo del Yo de Irene, y la imagen que ella tiene de su hermano, Salvador Fusco, inspector de policía, hermano mayor, desastre de persona, conforma un tejido que lo reviste todo. Siempre ha contado con él en los momentos de necesidad. Su presencia es inspiradora y ese sentimiento está en cada hebra que compone esta realidad. Esta telaraña.

—Ni siquiera sé si estás viva o muerta. —Señalo los dados poliédricos que hay sobre la mesa—. Haz una tirada de resistencia o no podrás evitar ser controlada por la voz. Tienes un modificador de 25 % negativo.

Irene Fusco se pone en pie muy lentamente. La mesa empieza a vibrar, algunos marcos de fotografías se vuelcan en sus estanterías. Un viento que llega de ninguna parte le agita el cabello. El blanco de sus ojos resplandece con intensidad, como linternas oculares alrededor de un iris totalmente negro.

—¿Quién eres? —inquiere—. Vienes aquí a intentar… ¿qué? ¿Embaucarme con este truco barato? Aquí mi poder es omnímodo.

La habitación entera comienza a licuarse, Fedor se derrite alrededor de mi representación astral y yo siento cómo mi conciencia empieza a ser arrancada de mi recipiente físico original. Si, utilizando la jerga del inspector, existe un cordón de plata, Irene está tirando del mío para desgajarlo.

Tengo que escapar de aquí ahora mismo.

Me concentro para lanzar una proyección de fuerza psíquica pura, una onda de repulsión telepática. Se acerca más a una ignición que a un proyectil, pero podría servir

para ambos objetivos. Irene es arrojada contra una de las paredes de la habitación, que se desarticula como un castillo de naipes gigante. Alrededor de este cerco virtual solo hay luz blanca y sonidos difuminados de vivencias pasadas, sentimientos reprimidos y una cantidad ingente de frustración.

Sin embargo, no logro poner distancia suficiente entre mi anfitriona y yo. Lanzo una onda psíquica, mucho más potente esta vez. Ni siquiera sabía si esto era factible, pero las reglas del viaje psíquico pueden ser útiles en este lugar, así que todo es posible. La imaginación como único límite.

Irene encaja mejor este segundo proyectil, pero su aspecto está cambiando, crece hasta una escala descomunal. Acumula ciertos recuerdos en torno a su avatar, experiencias donde ella mandaba o se sentía fuerte, poderosa o sencillamente plena. Es una Irene formada por muchas Irenes, con cabezas de diferentes tiempos y edades que se incorporan a su torso, donde varias extremidades insectoides se alargan con intención de alcanzarme. Se transforma en un hecatónquiro mitológico. Y está dispuesta a devorarme.

He cometido un error. Y podría pagarlo. Pienso en mi cuerpo descansando sobre el sofá de Fusco, entrando en estado vegetativo, un coma perenne. Y sufriendo cada segundo en una digestión psíquica que podría durar hasta que el cuerpo de uno de los dos fallase.

Mi propio miedo genera ondas de choque contra el miedo que pretende infundirme la psique de Irene, provocando una acción de atracción y de repulsión que desgarra mi mente por partida doble. Me ataca con sus armas y con las mías. El Cristo de madera de la iglesia de mi infancia se abalanza sobre mí. Enorme, con esa expresión torva y oscurecida por el tiempo. Letal. Es espantoso. Lo cual me da una idea.

Jugar sucio se me da bien. Adopto la forma de Mikkel.

—Hay un adulto. Ya viene.

Un hilillo de sangre cae desde el pelo y recorre la sien del muchacho. Ese matojo de pelo enmarañado en torno a

una de las heridas sufridas por el chico. Hago que Mikkel se arrodille ante ella. Puede verse el cráneo fragmentado, como la cáscara de un huevo. Los sesos ennegrecidos.

El cosmos que hay a mi alrededor se paraliza. Puedo notar cómo Irene se encoge y retrocede. Puede que sea solo un instante. Ello podría provocar una furia en respuesta contra la que no estaré preparado. Debo aprovechar esto.

Con la guardia baja me concentro para arrojar una proyección devastadora de energía psíquica pura. Si no funciona, voy a quedarme sin fuerzas para seguir intentándolo. Es mi última oportunidad.

Hago sangrar a Mikkel. El chico suplica. Se desploma muerto en el suelo. Todo el entorno tiembla y se retuerce.

Ahora.

Libero una descarga psíquica brutal, a mí mismo me produce un dolor lacerante que abrasa y congela a la vez. El proyectil sacude todo el entorno al impactar. Siento cómo algún pilar de esta prisión mental se derrumba. El foso gravitatorio donde reside el ser, el espíritu de Irene, me expulsa con una furia imprevista. Es posible que ella me esté expulsando, en un acto de repulsa total. El caso es que soy liberado de la trampa mental. Es como romper seis veces la velocidad del sonido. Entro en mi envase corporal desde la columna vertebral con tal potencia psíquica que siento cómo todo mi cuerpo se convulsiona y catapulta del asiento hacia delante. Caigo de bruces a varios metros del asiento. Abro los ojos encharcados en lágrimas.

Fusco emite un gemido de espanto y me mira, atónito.

—¡Aún no ha sonado la alarma!

Me incorporo con esfuerzo. Una gota de sudor frío recorre mi frente. Respiro con dificultad.

—Su hermana está viva, Fusco. Joder que sí.

Una rodilla me flojea y estoy a punto de perder el equilibrio. El inspector se lanza sobre mí para impedir que vuelva al suelo. Me llevo una mano a la cabeza. La siento como si un percusionista de jazz la hubiera aporreado como un bombo. El inspector se encorva para poner su cara a mi altura.

—¿Puedo hacer algo?

—Necesito una manzanilla. ¿Tiene?

—Algo debe de haber. ¿La quiere ahora?

¿De verdad me ha preguntado eso? Me cuesta reprimir las ganas de decirle algo grosero.

—Sí, por favor —farfullo mientras me paso la manga por los labios húmedos de saliva.

Me carga sobre sus hombros y me lleva de vuelta al sofá. Me deja allí, como un guiñapo. A pesar de sentirme exhausto, el corazón sigue a mil por hora. No logro enfocar bien la vista a cierta distancia y ahora reparo en que un pitido agudo me taladra el oído derecho.

Fusco se encamina a la cocina mientras me lanza miradas inquietas por encima del hombro.

—¿Qué ha pasado? —pregunta desde la otra estancia.

—Se ha encerrado. Pero vive.

Él emite un sonido de aprobación. Debe estar buscando entre los armarios superiores. Y seguramente no tiene mucha suerte, a juzgar por el escándalo que arma.

—Al final —dice—, no voy a tener manzanilla. Recuerdo que… Espere un momento, creo que en ese estante… No. Vaya. No soy muy de infusiones o de té. ¿Quiere un caldo de pollo bien calentito?

—Genial.

La vista se me aclara. Logro ver desde mi asiento cómo Fusco saca un tetrabrik de la nevera y sirve una cantidad generosa en una taza con el dibujo de un reloj de Dalí. Mete el caldo de pollo en el microondas.

—¿Ha podido hablar con mi hermana? Me tiene en ascuas.

—Yo no diría tanto hablar como… Ella está muy a gusto en una especie de torre de marfil que se ha construido. Ha creado un bucle eterno con una experiencia placentera y carente de responsabilidad. Un fotograma recortado y extraído del resto de la película. Es prisión y fortaleza al mismo tiempo.

—No quiere volver, ¿verdad?

—Ahora mismo, no. Pese a que mi intrusión puede

haber trastocado su área de confortabilidad. No lo sé. Puede que sirva para que sea más consciente del estado en el que se ha aprisionado a sí misma. Si sabes que algo no es del todo real, no lo disfrutas igual. Es solo una teoría. Creo que esta incursión ha podido servir para hacerle recordar que la ilusión que ha creado es justamente eso. —Suena la campana del microondas y Fusco saca la taza de allí con las manos desnudas. No parece que el calor le afecte mucho, a pesar de que el interior humea como una chimenea—. Habría que volver a intentarlo, con otra actitud.

El inspector me ofrece la taza ardiendo. La sostengo con ambas manos y doy un sorbo. Sabe a gloria.

—Con otra actitud, ¿eh? ¿Qué actitud ha mostrado, amigo mío?

Es duro reconocerlo.

—La de un chantajista. —Mi interlocutor pone los brazos en jarras—. Entiéndame, he querido hacerle saber que usted estaba aguardando, que ella aún tiene algo de utilidad que hacer en el mundo. Que no está sola. El chantaje típico que se le ofrece a los suicidas: «Piensa en tu familia».

—¿Y?

—Lo he hecho desde el engaño. No hay un protocolo oficial para estas cosas, ¿sabe? Pensé que presentarme tal cual en ese lugar no sería buena idea. Así que me mezclé… con los demás. Me inoculé como un virus. Quise aprovechar su autoengaño para convencerla de que no tenía por qué refugiarse en esa celda. Pero improvisé.

—No entiendo nada. No me está contando qué es lo que ha visto.

—Salvador —el inspector se pone tenso—, preste mucha atención a lo que voy a decirle.

—No he llegado a decirle mi nombre de pila.

—Por favor, he estado dentro de la mente de su hermana. Sé cómo ella le ve, lo que siente por usted. Digamos que tengo un montón de información residual sobre su vida, inspector, desde la perspectiva de Irene. No era algo que yo buscara, pero me ha impregnado. Como

caminar sobre un río de miel. —Doy otro sorbo al caldo de pollo y lo dejo sobre la mesa. Me recuesto en el respaldo. Siento la camisa pegada a la piel y el pelo húmedo de sudor —. Mire, inspector, ella le quiere. Y sabe que usted no la necesita para seguir adelante. Irene es feliz. ¿Lo comprende? Es feliz. Puede que sea una mentira que se ha inventado para escapar de todo esto, pero está donde quiere estar. ¿La despertaría para que volviera a un mundo en el que no encontrará esa sensación de plenitud? Aquí sería infeliz de nuevo.

No es fácil plantearse según qué situaciones de la vida. Tendemos a pensar que vivir en el mundo real, que ser normal y corriente, es el ideal de vida. Pero Irene Fusco dedicó su vida a cuidar de personas distintas en un mundo que no les daba las mismas oportunidades que al resto de la gente.

La idea de dejar dormido a un familiar, aunque tengas la certeza de que está bien, de que es feliz, no es fácil. Queremos a nuestros seres amados rodeándonos. Con este tipo de asuntos, el ser humano es egoísta. La gente no tiene hijos como resultado de su altruismo y de su generosidad, sino egoístamente. Para sentirnos realizados, para mejorar el matrimonio, porque nos gustan los niños. La excusa puede ser cualquiera. No pensamos en los hijos cuando los engendramos, pensamos en nosotros mismos. La generosidad viene luego. Quizás.

Salvador Fusco opera desde el mismo principio.

—No puede quedarse allí —dice.

El estómago me empieza a arder por culpa del caldo. Supongo que el estrés habrá tenido algo que ver. Sea como sea, el ardor empieza a ponerme de mal humor.

—Sí puede.

—Es feliz dentro de una mentira.

Recobro algo de fuerza para ponerme en pie, apoyándome en el brazo del sofá. Hago unos estiramientos de espalda.

—Engañamos a los niños para que sean felices —comento mientras cruzo las manos por detrás de la cabeza.

Varias vértebras emiten un chasquido. Necesito un fisioterapeuta con urgencia—. Les regalamos juguetes en Navidad, quitándonos el mérito para concedérselo a figuras imaginarias. Todo para que les haga ilusión.

—Cierto, si bien a ciertas edades hay que contarles la verdad.

—Irene no va a cumplir nueve o diez años. No sé si me explico. Si un niño no fuera a crecer nunca, ¿acaso no mantendría con vida, permanentemente, esa excitante ficción?

Fusco se ajusta la camisa por dentro del pantalón. No me gusta nada cómo me mira.

—¿Me está diciendo que debo dejar a mi hermana tal y como está?

—Va a tener que aceptarlo.

—Yo creía que usted, con sus poderes…

—No me tome por un superhombre. La mente de su hermana es una trampa mortal.

El inspector se aproxima a una de las repisas del armario principal, a uno de los lados donde está el televisor; recoge una fotografía enmarcada que muestra a los dos hermanos en un momento de gran felicidad. Jóvenes y sonrientes a cámara, ese instante congelado parece decirle mucho más a Fusco de lo que está dispuesto a exteriorizar.

—Usted no conoce a mi hermana —susurra, observando la imagen con tristeza—. Da igual lo que haya visto en su cabeza. Es una mujer dulce, entregada al prójimo. Bueno, no a todos los demás; siempre se centró en los verdaderamente necesitados. —Deposita de nuevo la fotografía sobre la repisa—. No una mujer que pueda tener trampas mortales en su cabeza.

Le pongo una mano en el hombro, pero se la sacude con un gesto brusco.

—No me voy a dar por vencido —le prometo—. Aunque necesito tiempo. No estoy preparado para volver allí. —Me llevo una mano al corazón—. Se lo juro.

—Está bien.

—Estupendo.

—Sí.

—Y… —Intento encontrar las palabras exactas—. Su ayuda aún sigue siendo útil para mí, ya que…

La alarma de mi móvil suena en este momento como un cañón, poniendo un breve paréntesis en este momento de tensión. Los veinticinco minutos más largos de mi vida.

—Sí —dice el inspector Fusco—, aunque no sea asunto nuestro, tenemos un asesinato que resolver.

# CAPÍTULO 12

## INTERLUDIO

Jair Nestares se desploma en la bañera. Un guante que la mano ya ha dejado de usar. Está abatido en lo físico y desgarrado en lo mental. Pero sentir el cuerpo de nuevo a su merced, liberarse de la posesión, en definitiva, le relaja un tanto. No es alivio para lo que acaba de verse obligado a contemplar, casi como un espectador en la butaca de su mente, aunque se diría que es el único consuelo que le queda.

—Sabes lo que viene ahora, ¿no?

Máximo ya no viste el aspecto del vendedor de concesionario, formal y repeinado. Es un tipo corriente que se podría dedicar a vaguear en cualquier rincón del mundo. Camisa por fuera del pantalón, chaqueta vaquera y pantalones caqui de militar. El pelo muy despeinado, demasiado gris para un hombre de su edad.

Jair se echa a llorar. Sí sabe lo que viene ahora. Es el último miembro de la familia que queda, pero no llora porque ahora le toque a él, sino porque acaba de tomar conciencia de lo que acaba de ocurrir. Ese prisma que difuminaba la realidad, su perspectiva, que le impedía ver lo que la crudeza del mundo real podía ofrecer, ha desaparecido.

Su pequeño angelito, Saúl, Jair lo ha visto echado en la alfombra sobre una mancha que parece tinta, pero no lo es. Los ojos abiertos como platos. La boca cerrada, pero con un hilillo de sangre que se desplaza desde cada comisura hasta el suelo. ¿Qué clase de demonio le haría eso a un chaval de esa edad?

Ana estaba justo al lado. Con la parte posterior del cráneo apoyada sobre el suelo a ras, como si se lo hubieran limado hasta hacerlo liso. Puede que incluso eso fuera lo que ocurriera. Los recuerdos están borrosos. Ya no sabe lo que ha hecho o le han obligado a hacer, ni qué se han hecho sus seres queridos a sí mismos. Su hija es una equis de manos y piernas.

En comparación con ellos, Amelia se llevó la mejor parte. Estrangulada a las primeras de cambio. De una discusión matrimonial típica a la muerte por sorpresa. No tuvo que ser testigo de mucho más. Y, a partir de ese punto, hubo mucho más. La madre guardada en el hueco del sofá cama, por si empezaba a apestar antes de tiempo. Menuda elucubración. Luego hubo que buscar otro escondite para el cuerpo. Seguramente Máximo tenía planes para pasárselo en grande con el resto de la familia, durante varios días. A su manera especial.

Si todo esto ha acabado antes es porque se ha cansado de repente o ha encontrado otro divertimento más jugoso.

—¿Por qué? —Es lo único que Jair acierta a decir.

Máximo se arrodilla en el suelo de baldosines, justo al lado de la bañera. Tiene un cuchillo táctico de hoja negra y ancha, con la base serrada.

—¿Por qué? ¿Esa es tu pregunta? ¿Por qué lo he hecho? ¿Hacer qué, Jair?

—Mi familia.

*[¿Qué familia?]*

Máximo se ríe a carcajadas durante varios segundos y luego se detiene en seco, con expresión ausente. Prefiere seguir verbalizándolo.

—Porque puedo. ¿No es eso lo que dicen en las series de televisión? «¿Por qué lo hiciste, John?», «Porque podía». Nunca he entendido bien esa manera de exponerlo. El simple hecho de que puedas hacer algo que supone una imposibilidad para los demás no implica que haya satisfacción alguna en hacerlo. ¿No es así? Quizás. ¿Tú qué opinas? Tendrás opinión, ¿verdad? ¿No? En fin. No es importante.

»Una vez estuve dentro de un pez gordo. Ya sabes, un director de una corporación petrolífera y... Se dedicaba a varias cosas, el tipo. Hombre de negocios era una definición que se le quedaba corta. Nunca ganaba suficiente dinero. Y tenía la cabeza llena de porquería. Hacía cosas que te hubieran hecho enfermar. Aunque tú eres muy impresionable, Jair. Das bastante pena. En cualquier caso, el caballero asistía a lugares para dar rienda suelta a sus sangrientas extravagancias, sótanos de chalets en las afueras, contenedores de grandes mercancías, barcos en alta mar… Nunca se repetía el mismo sitio. Pero sí la fecha. Y allí, con otros individuos tan retorcidos como él, hacían cosas a terceros.

»Luego yo les hice cosas a ellos. Más por *eianisse* que por otra cosa. Te acomodas al poder. Porque ellos podían, pero yo podía más que ellos. ¿No es ese el juego? Al pez pequeño se lo come el pez grande. Al pez grande se lo come el pez más grande. Bien, pues yo era el puto pescador. No estoy acostumbrado a emplearme a fondo con personas que se lo merezcan. Fue… diferente.

»Pero no quiero que te hagas una idea equivocada, Jair. No soy un justiciero vocacional. Me dan igual los buenos y los malos. Pero poder tomar y retorcer algo puro sigue siendo la joya de la corona. Manipular al inocente con tiento, poco a poco, seduciendo, conformando una ilusión, dando esperanzas, es una dieta deliciosa. Te introduces en los sueños íntimos de alguien, con proyectos de futuro, expectativas; alimentas sus fantasías, y, en el momento preciso, se lo arrebatas todo. Sigue siendo la mejor sensación del mundo. Y con las familias es mucho mejor. Qué puedo decirte; me he especializado en familias. El efecto es indescriptible.

»Tu familia ha estado bien. Voy a ponerle un siete y medio. Al principio le hubiera puesto un ocho (quería quedarme con la chica, porque prometía), aunque luego os volvisteis predecibles y… Coño, no sé por qué he matado a tu hija. En serio, se me atravesó una idea…, como que no hubiese sabido qué hacer… Las primeras semanas seguro,

pero luego sí habría sabido. ¿Por qué cojones me la he cargado?

»No importa. Todo pierde color. No digo que Ana se hubiera vuelto *equazemp* a las primeras de cambio, era una chica excepcional, desconocía su potencial auténtico, pero tras un tiempo de esplendor…, sí, al final se habría vuelto *equazemp*. Es lo que pasa con las jovencitas. Brillan y brillan, te ciegan con sus espectaculares formas y cualidades. Desafían toda visión impertérrita. ¿Cómo no abalanzarse sobre ellas? No puedes no tomarlo todo y no dejar nada. Se te derriten en la boca. Pero duran poco. Apenas nada.

»¿Estás conmigo? ¿Eh? ¿No dices nada, maldito idiota?

—Mátame ya. —Jair en las últimas. Jair como nunca. El esfuerzo es notable, solo para pronunciar unas pocas palabras agónicas—. Te lo ruego.

Máximo le pone el cuchillo en la mano, pero apenas puede empuñarlo. Se le caerá de un momento a otro. No puede esperar que él mismo se quite la vida. No tendría fuerzas. Máximo debería verlo. ¿Por qué no lo ve? ¿Quiere prolongar más esta denigrante situación?

—Solo una última cuestión, señor Nestares. —Máximo se encarga de realizar los cortes. Corta profundo, corta bien. Se emplea a fondo. Nadie sobreviviría a heridas como esas—. ¿Qué cree que podría significar la palabra *eponlurr*?

Tras varios segundos de mutismo absoluto, Máximo, Maxine, Maxi, sea quien sea o lo que sea, expele un latigazo psíquico que aniquila el cerebro de Jair en el acto.

Después, abandona la estancia.

La familia permanece allí.

# CAPÍTULO 13

## TITANES CAYENDO

El sábado 16 de noviembre de 1996, el profesor Preuss falleció.

Es el último repaso que me permito hacer de aquella época. Me pregunto hasta qué punto las historias se repiten. Los hijos cometen los mismos errores que sus padres. La famosa piedra en la que tropezar.

Recibimos la noticia en el fragor de una investigación parapsicológica. El profesor Preuss quiso despedirse con las botas puestas. Si bien hacía tiempo que no asistía personalmente a las investigaciones de campo, mantenía contacto directo con el resto del Grupo Prometeo mediante llamadas telefónicas permanentes.

Era otra época. Las pantallas táctiles aún no habían conquistado el mercado, por lo que el tamaño reducido de los aparatos móviles había alcanzado cotas de ridiculez. El Motorola Startac recién comprado (a precio de oro) por mi padre era la envidia del resto de la asociación. Tenía una apertura de concha muy revolucionaria y permitía que el tamaño en bolsillo fuera el aceptable para los cánones de entonces, pero al abrirse ofrecía mayor amplitud para los botones. Mi padre siempre se quejaba del poco espacio que había en aquellos teclados diminutos. Era bastante fácil equivocarse de número cuando alguien te estaba dictando. Mi padre no pensaba que esa nueva función, la de escribir y recibir mensajes escritos, conocida como SMS, fuera a tener mucho futuro. Aunque supo apreciar la ventaja de la vibración.

Se equivocaba a medias.

Ese fin de semana, el profesor Preuss les asignó una investigación en la ciudad de Toledo. Toledo siempre era una buena excusa para todo. Se podían redondear allí paradas de viajes más largos, aunque el capricho demandase un cambio de autovía y un desvío de doscientos kilómetros. Firmas y presentaciones de libros, entrevistas *in situ* en los programas afines a nuestros temas en las emisoras locales, celebraciones de todo tipo, búsqueda de exteriores para reportajes de televisión, fotografías para portadas; todo era motivo de peso para visitar la ciudad. Les encantaba Toledo. Se sabían el centro histórico de memoria o, al menos, de eso presumían.

—Desde la Puerta de Bisagra —decía mi padre— hasta el Alcázar, con los ojos cerrados.

Aunque la idea era precisamente la de no perderse detalles. Ese casco histórico había que sentirlo, empaparse de su historia. Uno podía (y debía) perderse por esas callejuelas de no más de un par de metros de anchura y descubrir los pequeños rincones que aguardaban no al turista ocasional de foto fácil, sino al experimentador.

Pero aquel caso caía más bien hacia el distrito de Santa Bárbara, en la «parte fea» de Toledo, si es que alguien se atrevía a decirlo más alto que en susurros. Aunque ese fuera un inconveniente menor.

Hacía más de medio año que mi padre no me dejaba acompañarle a este tipo de salidas con el resto del grupo. No creo que Marc Balabaster, a pesar de su talante marrullero y suspicaz, hubiera presentado queja alguna por mi presencia. Habría apostado a que yo le caía incluso bien. Y les era útil, por inoportunamente curioso o accidentalmente imprudente que pudiera ser. A fin de cuentas, yo era tan médium como ellos. De hecho, con el tiempo…

Vaya, está mal que yo lo piense.

Pero no era Balabaster quien tenía problemas conmigo, ni el profesor, que ni siquiera se movía de su despacho: era Theriault. Monique Theriault. Mujer que despertó los primeros instintos de mis pubertades, que fue cariñosa

conmigo y condescendiente, hasta que un buen día todo aquello acabó de improviso.

—No se lo tengas en cuenta —dijo mi padre mientras preparaba una maleta de mano con mucho artilugio y poca ropa—. De unas semanas para acá se ha puesto muy tensa con todo.

Mi teoría era otra. Ella también practicaba con mi padre la telepatía superficial. La única que creían posible. Y no dudo de que, en determinado momento, ignoro con qué objeto, me sondeó. Viera lo que viera, no le gustó. Por tanto, mi teoría apuntaba a que Theriault terminó por cogerme aprensión, por motivos que hoy en día todavía me hacen dudar.

Quizá tenía miedo de que yo descubriera algo.

El caso, por otra parte, no podía ser más sugerente. Una familia compuesta por tres miembros, el matrimonio clásico y una niña de unos nueve años. La presencia que se manifestaba en su casa, llamémosla Casa-1, era el hermano de la madre, según la versión de ella, muerto por una embolia. Cosas que pasan. Demasiado joven para morir, apenas cuarenta años recién cumplidos, pero si es tu hora, es tu hora. El hermano también estaba casado y, de la misma manera, tenía un único descendiente; en esta ocasión, un niño de cinco años. Esta otra familia vivía en la Casa-2, por seguir con el juego. Tras la muerte, el hermano se manifestaba en la Casa-1, en lugar de en la suya, lo cual venía a dar mal olor a todo el asunto. A mi padre no le gustó desde el principio.

Los sucesos parecían típicos, pero contradictorios. Muebles que se desplazaban un tanto en alguna dirección, objetos que desaparecían y eran encontrados en lugares surrealistas (llaves en el frigorífico, un bolso de mano debajo del sofá o el reloj del marido detrás de unos libros colocados en una estantería). Además, aprovechando la condensación generada en el cuarto de baño por una ducha muy caliente de la esposa, el espíritu del hermano, supuestamente, había escrito con el dedo un mensaje en el espejo del lavabo: «Mi hijo».

La mujer estaba convencida de que su hermano se estaba manifestando con una única convicción, la de que su mujer no era la persona más indicada para cuidar del pequeño. Por tanto, clamaba desde el más allá para que la custodia del niño de cinco años acabara en manos de nuestros anfitriones, en la Casa-1.

La clienta del Grupo Prometeo sugirió, casi intentó prohibir, no contactar con la cuñada, la esposa del fallecido. No facilitó datos de contacto y puso trabas para que los investigadores la entrevistaran, pero los discípulos del profesor Preuss eran detectives de primer orden y consiguieron comunicarse con aquella mujer por su cuenta para conocer así su versión de los hechos. Al fin y al cabo, de ser un caso auténtico el espíritu del hermano debería estar haciéndose notar también en la Casa-2. Pero tras unas pocas pesquisas se averiguó que la cuñada no sabía nada de nada, ni de fantasmas en su casa ni en casa de ningún otro.

El problema llegó cuando la anfitriona, intentando contactar con su hermano, practicó la ouija con su marido y contactó en cambio con alguna otra entidad que ni era su hermano ni tenía buenas intenciones. Por tanto, si la imaginación de estas personas les había jugado una mala pasada, si sus psiques habían generado los efectos de corte paranormal en la casa antes de probar con método espiritistas, ahora las cosas sin duda habían empeorado. Tenían un fantasma. Y no el que querían.

Con sus habilidades mediúmnicas, Theriault, Balabaster y mi padre vislumbraron al intruso incorpóreo que allí residía y comprobaron que tenía malas pulgas e intenciones nada honestas. La hermana y madre seguía intentando desviar la explicación de los acontecimientos para que encajaran en su versión de la historia.

—Quizás es mi hermano —dijo—, que está enfadado porque su hijo sigue con esa mujer.

—No es su hermano —le aclaró Theriault—. Seguramente él descansa en paz.

—No puede ser.

—Ustedes han abierto la puerta a otra cosa.

Nuestro experto en ocultismo, Marc Balabaster, señaló la posibilidad de que se tratara de una entidad de los denominados «bajos astrales». Habría quien lo llamaría demonio. Y justamente se comportaba como uno.

Lo bueno de este tipo de presencias es que son fáciles de derrotar. Con la fe adecuada y un par de instrumentos tremendamente fáciles de obtener se les podía expulsar en cuestión de minutos. Como disponer de kryptonita si tienes que vértelas con el hijo de Jor-El. Y Balabaster siempre llevaba en su portaequipaje el ritual romano de exorcismo, unas frases de bendición eficazmente probadas, una buena petaca de agua bendita y un vetusto crucifijo que había sido tocado en los años cincuenta por el venerable Pío XII.

Mi padre, el muy crítico Arián Zarco, siempre se había planteado la veracidad tanto del aparente origen de este tipo de entidades como de la ceremonia que se practicaba para expulsarlas. Pero debía conceder que funcionaba casi todas las veces.

Y volvió a ocurrir.

Balabaster no había sido nombrado exorcista por la Iglesia ni era sacerdote y, por no ser, no era ni católico. En lugar de eso, había abrazado la fe *cristoanalista*, de su propia invención, que reinterpretaba cada mínimo contexto del cristianismo para otorgarle una pátina de racionalismo.

Probablemente él sabía a qué se refería.

De cualquier manera, funcionó. En unos cincuenta minutos de ritual, la entidad fue apaleada psíquicamente por medio de los recursos telepáticos de Theriault y de mi padre mientras Balabaster la fustigaba por mediación del ritual romano y salpicaduras de agua bendita por toda la casa.

Según me contó mi padre, había que sellar el caso con una posdata efectista que valiera como lección a la mujer que todo lo había iniciado. Una medida de importancia simbólica que, en la práctica, era totalmente innecesaria, aunque dejara una huella psicológica indeleble. Los placebos funcionan.

—Ahora tendrá que romper en dos el tablero ouija y

quemarlo.

Y así se hizo. Con toda la pompa del mundo.

—No vuelva a hacerlo.

Expediente cerrado. Hora de irse a Toledo a callejear y a tomarse algo.

Fue entonces cuando mi padre llamó al profesor Preuss para anunciarle que se había resuelto el caso y se enteró de la dura noticia.

El mazazo fue apabullante. Iba a ser la segunda llamada del sábado. Mi padre y el profesor habían hablado por teléfono esa misma mañana, después de desayunar. No habían transcurrido ni ocho horas y el mundo se había convertido en un arduo sitio gris. Oliver Preuss era inmortal. Uno de los pioneros de la parapsicología en este país. Un erudito, un genio. No arrastraba ninguna enfermedad degenerativa, a pesar de su avanzada edad. Es más, los años eran muchos, si bien los encajaba con la determinación de alguien que estaba dispuesto a enterrarnos a todos. Incluso a mí.

Mi padre no recordaba haber llegado a transmitir la noticia a los demás. Puede que ellos solo vieran su semblante y se lo figuraran. Su silencio ahogado, la manera como cerró la tapa del teléfono móvil y se quedó obnubilado durante segundos que parecieron siglos.

Volvieron a Madrid por la A-42 en el más absoluto de los silencios. Casi en trance.

Domingo, velatorio. Lunes, entierro. Para el martes, mi padre tenía su propio plan.

Yo me enteré esa misma noche. No esperaba que la investigación terminara antes del domingo, a última hora del día. Se trataba de una escapada de fin de semana. Así afrontábamos las investigaciones. La gente reclamaba ayuda con todo el terror del mundo y nosotros nos desplazábamos al lugar como si de un concierto de nuestro grupo preferido se tratara. Un juego que nos encantaba. Dominábamos la situación. Además, lo hacíamos gratis y nuestra actitud de cara al público era profesional y respetuosa, por lo que no se advertía que lo encarábamos como un *hobby* excitante.

Mi padre entró en mi habitación tras dar un par de toques a la puerta y me lo soltó de golpe. Con aflicción, pero sin adornos. Yo lo sentí más por él que por mí. El hombre me caía bien, sin duda. Era una institución. Me trataba con seriedad y respeto, pero nunca llegó a acercarse a mí de manera cómplice. Yo le admiraba, porque no se podía no admirar al gran profesor Preuss, una de las vacas más viejas y sagradas de todo el mundillo del misterio. Pero me había contagiado de la pena de mi padre y era esa la que sentía, por mi conexión con él, en lugar de la mía propia. Y era una congoja difícil de soportar. El profesor había sido mentor y maestro, no solo de los integrantes del Grupo Prometeo, sino de muchos otros discípulos entregados. Uno aprendía con él incluso cuando el hombre ni se lo propusiera. Nunca habló gratuitamente, sabía respetar los turnos de palabra y atendía a sus interlocutores incluso cuando las sentencias pronunciadas no fueran santo de su devoción.

Y cuando él abría la boca para opinar, el universo aguardaba, expectante.

Mi padre me llevó al velatorio el domingo. Me dejó bien claro que lo que iba a ver a través del cristal no era el profesor. Y no lo miré demasiado tiempo. La impresión fue mayúscula. Ya había visto muertos anteriormente. En este punto de mi vida ya había visto de los dos tipos, me refiero a espíritus y también a cadáveres. En la familia cercana a mi madre hubo un lustro devastador en el que perdimos a seis familiares con pocos meses de margen. Y no conocía mucho a aquellas personas, por lo que no había vínculo de afecto al visitar los velatorios. No obstante, un muerto siempre es un muerto. Impresionan, es así.

Yo entonces tenía catorce años y había estado en más velatorios que cualquier otro adolescente de los que conocía. A pesar de eso, ver el envase corporal del profesor Preuss me impactó. Colocado sobre su féretro sin tapa, inclinado unos treinta grados hacia atrás sobre el eje vertical, no parecía dormido en absoluto. Aunque nunca parecen dormidos, por mucho que haya personas que lo

quieran ver así. Pero el cuerpo del profesor tenía aspecto de haber sufrido una muerte arrebatada y constrictiva. El color de la dermis, la expresión, el encogimiento de cuello y hombros… Demonios, tenía un aspecto espeluznante. ¿Esto era todo lo que podía hacer el tanatopractor?

Allí se dieron cita todos los periodistas dedicados a estos temas. Directores de revistas y sus articulistas principales, locutores de radio y presentadores de televisión, investigadores y expertos en la materia, amén de aficionados de cierto nivel. La primera plana del misterio madrileño, reunida y acongojada por la pérdida del que, para todos y cada uno, fue un grande, una influencia, un ejemplo a seguir. Durante las siguientes dos semanas, la noticia colapsaría los medios de comunicación especializados. Tributos y homenajes en cada programa, en cada canal escrito y audiovisual, en los pocos foros de internet que podían encontrarse en la época.

En cierto momento, en aquella estancia llena de gente pude escuchar cómo Monique Theriault murmuraba al oído de Marc Balabaster, en cuanto mi padre se ausentó un momento para ir al baño público.

—¿Crees que él lo intentará?

Pude ver, reflejado en el cristal que separaba la habitación del pequeño habitáculo donde descansaba el cuerpo del profesor, cómo Balabaster me señalaba con el mentón.

—Puede que lo intente el crío.

Ella me echó un vistazo rápido. El reflejo de ambos podía verse claramente en la superficie cristalina que yo tenía delante. Quizá repararon en que también les observaba, porque me dieron la espalda y siguieron cuchicheando en voz aún más baja. No pude escuchar lo que decían a partir de ese instante.

No con los oídos; si bien, al introducirme en la mente de Balabaster, pude seguir la conversación perfectamente.

—¿Crees que nos está oyendo?

Balabaster me echó un último vistazo por encima del hombro. Quizá me detectó allí dentro o solo lo sospechó.

—Será mejor que salgamos a fumar.

Mi entrenamiento telepático había adquirido cotas preocupantes. Preocupantes para los demás. Y eso me había granjeado recelo y desconfianza entre Balabaster y Theriault.

Cuando mi padre regresó a la sala y no vio a sus compañeros de investigación, se acercó a mí. Colocó su mano sobre mi hombro y nos quedamos allí, con el ceño fruncido ante el cuerpo inerte que daba la sensación de que pudiera descoyuntarse de un momento a otro.

—No me despedí de él —me dijo—. Ni siquiera lo vi venir. —Como yo no tenía palabras, prosiguió hablando él, con un nudo en la garganta—. No es justo.

Me consta que, a los pocos días, intentó contactar con el profesor. Se resistió a pasar página tan pronto. ¿Cómo iba a dejarlo estar? Mi padre se sentía el heredero espiritual del legado parapsicológico de Oliver Preuss. No podía, es más, no debía conformarse con decirle adiós con la mano y permitir que se fuera sin una última lección. El profesor estaba en el otro lado. Su obligación era seguir investigando, continuar buscando respuestas. El mundo ya tenía suficientes divulgadores que se limitaban a popularizar los mismos casos una y otra vez, u otros nuevos, sin análisis alguno, sin intención de hallar explicación. Hablar de misterio, por morbo, por fascinación, por tener una historia de terror que contar alrededor del fuego del campamento. Nadie tenía por costumbre desentrañar el porqué de las cosas. Intentarlo, al menos. Era la diferencia entre el Grupo Prometeo y las otras asociaciones parapsicológicas. Los casos, los testimonios, las supuestas pruebas, nada servía de mucho si no conducía a una resolución. A una respuesta.

Pero mi padre estaba faltando a una promesa.

El profesor Preuss, y esto lo supe una década después, les había reunido en cierta ocasión con el único objetivo de darles una orden tajante y definitiva.

—No contactéis conmigo.

Sabía lo que sus ahijados harían. Con las dotes que

poseían, cómo resistirse. Precisamente por ello lo expuso todo lo claro que fue capaz.

—Tanto si ocurre mañana como dentro de un año o dentro de diez, no quiero que contactéis conmigo. Dejadme en paz. Que la naturaleza siga su curso.

El profesor abrazaba cierta línea de pensamiento que defendía la idea de que las invocaciones o los deseos de contacto fervientes de los vivos impedían el progreso de los muertos en el más allá. Incluso el amor que podía sentir un ser querido en nuestra realidad podía servir de grillete para que las almas, según las palabras de Preuss, no pudieran continuar con su evolución. Así que, la mejor manera de permitir que nuestros familiares y amigos fueran adonde tuvieran que ir, en la otra vida, consistía en superar el duelo lo antes posible y seguir adelante. Un pensamiento muy amparado en la fe espiritista con la que el resto de sus discípulos, y especialmente mi padre, discrepaban abiertamente.

—No digo que haya que olvidar a nuestros muertos —explicó el profesor, una vez—, pero sí mentalizarnos de que hay que seguir adelante.

Y, de la misma manera, impuso a todos los prometeos la orden de no utilizar sus conocimientos o habilidades extrasensoriales para entablar comunicación alguna con él. Si el profesor Preuss sentía la necesidad de anunciar algo, lo haría, si podía. Mientras tanto, debía respetarse su voluntad de partir serena y discretamente.

Mi padre no pudo soportarlo y le invocó, mediante métodos espiritistas, empleando su telepatía y la tecnología a su servicio, dejando grabadoras encendidas para obtener, quizás, una voz paranormal que se registrara en el audio. Cualquier técnica era válida.

Pero el profesor no se manifestó jamás.

Una semana después de su muerte, mi padre y yo tuvimos una conversación. Me llevó a la azotea del edificio de pisos donde vivíamos en aquellos tiempos y colocó unas toallas en el suelo. Era una noche clara y estrellada en la que Venus emitía un fulgor titilante nada habitual.

—Fue un padre para todos nosotros —dijo, muy atento al firmamento, por si veía pasar una estrella fugaz—. También fue el padre de la parapsicología crítica. Más o menos. Por eso no entiendo por qué no ha querido seguir investigando. Entiéndeme, Isaac, yo no pretendo parar jamás. Seguiré investigando hasta mi último día en este mundo. Y después, seguiré haciéndolo. Ya sabes lo que nos hemos prometido. ¿Por qué él no se ha servido de nuestras facultades? ¡La de cosas que podría estar revelándonos ahora mismo!

—Él dijo que el más allá era complicado.

El recuerdo de aquella afirmación pareció aliviarle un poco.

—Veo que prestabas atención.

—Me gustaba escucharle.

—Por supuesto que sí. Y creo que él llegó a comprender mucho mejor que nosotros en qué consistía ese más allá. Nosotros solo vemos a los actores, no el escenario, y no nos llegan más que retazos de la trama.

—No deberías seguir insistiendo, papá.

—No.

Dos meses después de aquello, el Grupo Prometeo se disolvió. Sin la sombra de su fundador guareciéndoles, no encontraron motivos para seguir con el legado. Las investigaciones continuaron, aunque Marc Balabaster nunca volvió a unírseles y, de cuando en cuando, mi padre me dejaba acompañarle en los casos más fáciles.

Antes de que acabara ese año, mi madre se marchó.

Y ahora yo temo estar cometiendo los mismos errores que cometiera mi padre. Todos y cada uno.

# CAPÍTULO 14

## MOTIVO DIFUSO

Tras la inserción en la mente de Irene Fusco, su hermano me invitó a comer en un restaurante de la zona con una carta bastante apetecible. En los postres recibió la llamada de teléfono. Su colega, el inspector Nogués, había enviado a unos agentes al domicilio de Jair Nestares. La intención era hacerle unas cuantas preguntas acerca del alquiler y el uso de la furgoneta Peugeot en las fechas en que Melissa Nenge fue asesinada. Al llegar al piso, se encontraron con la puerta entreabierta y, aunque no tenían derecho a meterse dentro de la casa, los agentes creyeron ver a alguien tendido en el suelo al fondo del pasillo recibidor, así que, llamando a voces a los inquilinos y preguntando si estaban bien, entraron en el interior.

Según lo que Fusco me ha contado, el equipo de Nogués halló a toda la familia Nestares asesinada brutalmente, en teoría a manos del padre que, tras ultimarles a todos, se abrió las venas con un corte muy hondo, en vertical, de la muñeca a la base del bíceps, y un apuñalamiento directo sobre la femoral en la pierna. Se desangró en un minuto. Los demás miembros de la familia no murieron tan rápido.

Debió de ocurrir ayer mismo.

En cuanto recibió la llamada de su compañero y apuntó en su libreta toda la información pertinente, Fusco me instó a llevarle en mi coche al domicilio del nuevo crimen.

Mientras conduzco, siguiendo las instrucciones del GPS al pie de la letra (a pesar de que ya nos ha hecho una

jugarreta y hemos dado un rodeo absurdo a una manzana entera), el inspector me pone al corriente de ciertos detalles policiales. Evidentemente, este caso está relacionado con el de Melissa, y la magnitud de los hechos amplía el calado de la investigación.

—Nogués va a necesitar más ayuda —dice—. Él solicitará refuerzos logísticos y el comisario pondrá más hombres a su servicio. Voy a pedir ser uno de ellos. Tenemos el mismo rango, pero no sería la primera vez que ocurre.

—¿Estará usted al mando?

—El inspector Nogués estará al mando, pero me dejará hacer. Es veterano, aunque más joven que yo. Digamos que no está muy implicado, así que permitirá que le hagan el trabajo sucio, tanto el de campo como el papeleo, en aras de estresarse lo mínimo indispensable y poder llegar a casa, tirarse en el sofá con una cerveza y aguantar cero complicaciones en su insignificante día a día. Nos viene bien que sea un puto vago. Ni siquiera le ha importado de dónde saqué el dato de la Partner gris.

Melissa está sentada en el asiento trasero. A su lado está el señor Bayón, que normalmente aparece para hacerse notar y pronunciarse sobre algún particular. Ahora él también está callado. Son dos muertos, que probablemente ni se detecten la mayor parte del tiempo, abstraídos de todo cuanto les rodea. Como en una sala de espera.

Y Fusco hablando sin parar en el asiento del acompañante. O del copiloto, como se suele decir.

—Es un motivo difuso. Así se llama.

—¿El qué?

—Este tipo de sucesos. Ya sabe. Un tipo se despierta un día cualquiera y la emprende a hachazos con su mujer e hijos. Luego se quita la vida. Los vecinos le dicen a la prensa que era un hombre corriente y educado, que no llamaba la atención. Están sorprendidos de que una persona tan insignificante sea capaz de hacer algo tan insospechado y atroz. Y por muchas vueltas que le des, como policía no eres capaz de encontrar un móvil. ¿Se cansó de todo? ¿Las

voces le obligaron? En fin, motivo difuso.

—¿Hay muchos casos así?

—Muchos más de los que cree la gente. No se piense que no hay explicación. Lo que ocurre es que los vecinos y compañeros de trabajo del individuo no lo vieron venir o no prestaron atención a los indicios. Hay gente que lleva la procesión muy, muy adentro. Casi nadie toma una determinación semejante de la noche a la mañana. Lo que no significa que deban exteriorizarlo para que el mundo lo detecte. A veces sí ocurre de esa manera. Lanzan señales para llamar la atención y que alguien les haga caso. Desafortunadamente, las señales acostumbran a ser demasiado sutiles, y la gente del entorno tiende a ir a lo suyo.

—¿Nunca es inexplicable?

—Usted sabe tan bien como yo que todo en este mundo puede ser explicado de alguna manera. Aunque a veces haya que recurrir a lo sobrenatural.

No tengo muy claro cuál va a ser mi participación en esta historia a partir de ahora. Sé que el inspector me lleva consigo para que le ayude en la investigación. Puede que eso le sirva para ganar algún crédito, reconocimiento o ascenso. De no ser por mi participación, la matanza de la familia Nestares se habría descubierto mucho más tarde. Y aunque ha sido muy oportuno, no puedo quitarme de la cabeza la idea de que podríamos habernos adelantado a esta jugada.

—¿Es lo que yo creo que es?

De reojo puedo ver al inspector contemplándome fijamente. A estas alturas, no se le escapa que yo podría entrar en su mente y comprobar con un sondeo psíquico en qué está pensando.

—No sé lo que usted cree, inspector.

—Pero podría saberlo.

—Si mi padre no me hubiera enseñado a ser una persona íntegra y responsable, probablemente lo haría. Constantemente. Habría entrenado. Hoy por hoy leería mentes como quien escruta la novela de la persona que está

sentada al lado en el autobús. —Un semáforo en rojo me permite detener el coche y sostener la mirada a Fusco—. Digamos que existe un código. Y yo lo cumplo.

—¿No siente curiosidad?

—Cuando uno ha indagado más de lo que le conviene, a menudo se encuentra con cosas que preferiría no haber descubierto. Usted no se puede imaginar la cantidad de mierda que las personas tenemos metida en la cabeza.

Fusco chasquea la lengua y se rasca un codo con gesto de desprecio.

—No esté usted tan seguro. Si alguien sabe la de podredumbre que se puede encontrar dentro del ser humano, ese soy yo. Me he topado con toda suerte de gentuza.

—Hay secretos en las personas que nunca se traducen en actos. Lo que se guardan individuos que pasan desapercibidos, que jamás rebasarán línea roja alguna, que no levantarán sospechas en toda su vida, pero que sopesan cada día, conviviendo con esas pesadillas internas a cada momento… En fin, se sorprendería.

El semáforo se pone en verde. Seguramente el inspector lamenta no haberse traído la sirena policial de su coche. Mi conducción discreta le está poniendo nervioso y hay un escenario del crimen aguardándonos. Según las instrucciones del GPS, aún nos pueden quedar unos quince minutos antes de llegar a nuestro objetivo. Los cadáveres no se van a mover de lugar, pero es inevitable no añadir un aire de urgencia a todo esto.

Supongo que, si le doy más gas, Fusco se encargará de que las posibles multas que me caigan se pierdan misteriosamente. Digo yo. Debe tener su aquel conocer a un policía que tenga mano en estas cosas. Alguien a quien llamar si las cosas se ponen feas. Quizá sea demasiado pronto para pensar en cosas así.

—Los detalles no me importan mucho —dice Fusco—. Un padre de familia ha matado a toda su familia sin venir a cuento. Lo hace de la manera más horripilante que a alguien se le puede ocurrir. Luego se asegura de quitarse la

vida en plan salvaje, hundiéndose tres dedos de hoja en el antebrazo (según me ha contado el inspector Nogués, el cuchillo tocó hueso y luego lo recorrió hacia arriba, seccionando todo tendón y músculo que encontró hasta la base del bíceps). Es necesario un grado de determinación inusitado para hacer algo semejante.

—Así que quizás el Demonio lo hizo por él —concluyo.

El inspector juguetea con el climatizador del coche y mueve las rejillas de difusión para reducir el aire. Mientras lo hace, aplica un tono de voz frío e inexpresivo.

—Solo estoy preguntándole si también piensa esto. Y tampoco estoy hablando del Demonio, sino de un demonio. Un hijo de putilla que va por ahí fastidiando al mundo por diversión. ¿Qué le parece?

—Podría ser.

—¿Podría ser? ¿No puede ser más conciso? Está ayudándome en este caso, ¿no? Usted quiere que esto se resuelva. Que encontremos una solución.

—Desde luego.

La banda del cinturón de seguridad se le mueve por el torso, ajustándose a sus enormes pectorales y marcándole la pistolera. Me pregunto si será de esos tipos que no le ponen el seguro al arma para poder emplearla más rápido, y que luego acaban con nueve milímetros de plomo en la cadera y los michelines agujereados.

—Entonces podríamos hablar de un poseso —insiste él —. Es una teoría, ¿verdad? No hago mal sopesando esa posibilidad. Tendría sentido.

—Como ya he dicho, podría ser.

Fusco hace un ademán de crispación y maldice en susurros. Se cruza de brazos y aguarda unos segundos antes de seguir hablando.

—Discúlpeme. Odio esperar a que las pruebas confirmen las hipótesis. Yo tengo que tantear una conclusión todo el tiempo, ¿comprende? No puedo cruzarme de brazos y ya está. A esperar qué dicen las pruebas. Las pruebas son un corredor de fondo en una carrera de sprint. Debo pensar en el siguiente plan de

acción.

—Le entiendo. —Apago el climatizador, un poco hastiado de ver cómo el inspector no se aclara con las rejillas de ventilación de su habitáculo. Desde mi posición le bajo la ventanilla hasta la mitad. Él lo agradece. Parece una de esas personas que se resfrían a los dos minutos de entrar en un establecimiento con aire acondicionado—. Pero yo, en este tipo de casos, preferiría aguardar a que se sepa algo más. Que el tal Nestares estuviera poseído o no, no nos ayuda en este momento.

—Solo quería que…

«Ha llegado a su destino», dice la voz digitalizada del GPS.

Es un chalet antiguo en una urbanización enclaustrada en una zona urbana llena de pisos feos de un barrio más o menos conflictivo. El islote de chalets posiblemente le diera a esta zona un estatus privilegiado en tiempos franquistas, pero ahora mismo estas casas claman por reformas millonarias en un barrio en el que destacar tampoco es lo más recomendable.

Hay un par de coches de policía aparcados en la puerta de acceso, un puñado de vecinos pretendiendo husmear y un tipo bajito y muy moreno con traje gris claro que saluda al inspector Fusco, a quien puede ver a través del parabrisas. Fusco le devuelve el gesto y me indica que deje el coche aparcado en doble fila sin más preámbulo. La calle está cortada, así que no molestará. Ahora mi Toyota Corolla es un coche oficial.

Fusco se baja del vehículo y se dirige al que debe ser el inspector Nogués. Yo me vuelvo hacia el asiento trasero y encaro al resto de mis acompañantes.

—Señor Bayón, ¿se quedará aquí?

—Estoy en el maletero, ¿no? Por supuesto que me quedaré aquí.

—Melissa. ¡Melissa! —La chica sale de su estado de trance y me presta únicamente un poco de atención—. ¿Vendrías conmigo ahí dentro?

—¿Estará aquello que me mató?

—Es posible.

—Entonces no. ¿Puedo quedarme en el coche?

—¿Estás segura?

—¿Puedo?

—Por supuesto. Si eso es lo que quieres, me parece bien. Volveré en cuanto pueda. No creo que tarde mucho.

En cuanto salgo del coche, los cuatro policías de uniforme y dos tipos vestidos de calle, pero con insignias visibles de oficiales, me estudian con la mirada. El inspector Fusco me señala con el mentón.

—Es el tipo del que te hablé.

El inspector Nogués me ofrece una identificación plastificada que me califica como personal facultativo autorizado.

—Será mejor que la lleve colgada del cuello, señor Zarco, mientras permanezca en la escena del crimen.

Asiento con la cabeza y me coloco la identificación. No sé muy bien qué viene ahora. ¿Voy a poder entrar en la casa? ¿Ya está? Parece muy fácil.

Fusco viene a buscarme y se coloca detrás de mí. Sus manos en mis hombros.

—Eres asesor en el caso —me susurra al oído—. Pero solo por el momento. Después vendrá más personal facultativo, así que no disponemos de mucho tiempo antes de que la cosa se ponga seria.

—¿Deberíamos estar aquí?

—Yo aún no he solicitado formar parte del caso —explica Fusco—. Así que no, yo no debería estar aquí. Y tú estás autorizado por el inspector Nogués, pero tampoco interesa mucho concretar en el informe cuál es tu disciplina específica, por lo que es mejor marcharse antes de que lleguen los equipos científicos. Será como si no hubiéramos estado.

—Fantástico.

—Vamos a entrar solo los tres. Dispones de veinte minutos como mucho. Haz lo que haces.

Y prácticamente me mete a empujones en el interior de la casa. El inspector Nogués nos acompaña. Es él quien da

contexto a lo que vemos ahí dentro.

—Todavía es pronto para decirlo —comenta, con cierta dejadez—, pero estoy seguro de que los niños no se resistieron. Permitieron que su padre les colocara un destornillador de punta plana sobre el pecho y luego lo clavara de un martillazo en sus corazones.

El aroma a muerte es evidente, a pesar de no golpear con tanta fuerza como esperaba. Es pronto. Hay muchos más olores en la casa y se han apoderado del lugar desde hace tiempo. La mezcla es indigesta. La cocina es un caos de grasa y desorden. La contemplamos desde la puerta, ya que Nogués nos impide el paso con el brazo apoyado en el umbral.

—La madre fue la primera víctima. Ha debido de ocurrir hace días. La metieron en la lavadora. Sigue allí. Uno de mis hombres abrió la tapa y comprendió de inmediato lo que sucedía. Ni que decir tiene que la cerró de inmediato. El equipo forense se encargará. Imagino que el marido la metió allí porque empezó a oler mal. No pudo introducirla en una sola pieza. Sobre la encimera hay un serrucho. Ahí. ¿Veis los mechones de pelo y esos jirones de carne sobre los dientes de sierra? Dos y dos, son cuatro. —Enarca una ceja mientras me observa con cierto celo—. ¿Ve algo?

—No.

—¿Usted ve, oye o qué hace?

—¡Nogués! —Fusco debe ponerse de mi parte. De alguna manera, él también se juega mucho con mi presencia allí.

—Yo qué sé, Fusco, ignoro cómo funciona este asunto.

—Pórtate bien.

Decido sacarles de dudas a los dos.

—No veo nada, de momento.

En el salón principal están los cadáveres de los críos. He visto muertos antes, pero nunca esto. Un niño de ocho o nueve años sobre la alfombra. Al lado, una chica de la edad de Melissa. Nogués no nos deja aproximarnos excesivamente, pero consiente que observemos con

detenimiento a unos metros, como si de un museo se tratara.

—Primero apuñaló el corazón del chico —aclara el inspector—; se ve claramente la planta de la bota sobre el pectoral sano. Pisó ahí para hacer palanca y extraer la herramienta. Luego el de la chica. —La adolescente aún tiene el destornillador incrustado en el pecho. El martillo está a dos pasos de los cuerpos—. Colocas el destornillador sobre la caja torácica y golpeas la base del mango con un martillo. Un único golpe seco y no hay costilla que se resista. Después, el homicida se fue al baño y se encargó de él mismo. Si son tan amables, caballeros —y dirige el paso hacia el resto de las habitaciones de la casa.

Todo a nuestro alrededor está cubierto de una película de algo pringoso. Fusco permanece detrás de mí mirando el entorno menos que a mí mismo, y se adelanta a una posible pregunta por mi parte.

—Ha debido de impregnar muebles, tiradores de puertas y otras partes de la casa con aceite de bebé.

—Sí —confirma Nogués—. Hay un montón de frascos de Weleda tirados por ahí.

Fusco se encoge de hombros y me aporta el dato que falta. Como si fuera evidente. Primero de bachillerato criminal.

—Viene muy bien para borrar huellas dactilares. Aunque lo deja todo grasiento y resbaladizo.

—Lo que no tiene sentido si el asesino tenía pensado marcharse de este mundo —le responde Nogués—. También hay un cubo lleno de juguetes lavados en lejía. ¿Para qué borrar tus huellas si luego vas a hacer esta carnicería? Ni en el martillo ni en el destornillador hay aceite de bebé. Es como si hubiera cuidado mucho borrar solo un determinado tipo de rastros.

Los dos inspectores se me quedan mirando. Esperando una reacción por mi parte. Dos profesores dejando que una pregunta de examen sobrevuele el lugar.

—Quizás el homicida esté encubriendo a otra persona —les digo. Fusco sonríe a Nogués y luego hincha el pecho

con orgullo paternal. Ahora mismo soy su chico—. ¿Un extraño, puede que un cómplice? —Me guardo que, de ser así, es precisamente quien aún vaga por ahí, perfectamente vivo, libre y peligroso como el Armagedón.

—Todo a su tiempo —comenta Nogués—. En el cuarto de baño tenemos a nuestro último fiambre. Si no el perpetrador de todo este desastre, sí el ejecutor principal.

Nogués y Fusco caminan por el pasillo en dirección al resto de habitaciones cuando detecto una mano que me da un leve toque en el omóplato. Al darme la vuelta, me encuentro con la chica del destornillador clavado examinándome de arriba abajo con cautela. De pie, con esa expresión que se les queda cuando han abandonado sus cuerpos.

—¿Puede decirme qué ocurre? —me pregunta.

Su cuerpo sigue en el suelo. Inerte. Con los ojos abiertos hacia el techo sin la mayor sombra de emoción en el rostro blanquecino. Pero ella está delante de mí. Ha conseguido hacerse corpórea durante un instante o, si no enteramente, al menos la representación de la punta de sus dedos. He podido notarlos en mi espalda.

Desde el otro lado de la estancia me llega la voz del inspector Nogués.

—¿Viene, Zarco? —La pregunta es casi una reprimenda.

Fusco frunce el ceño.

Supongo que, si el código de responsabilidad telepática implica un uso excepcional de la habilidad en casos de necesidad, esta situación encaja con la descripción.

Emito un mensaje telepático que sendos inspectores puedan oír dentro de sus cabezas con una claridad absoluta. Un megáfono psíquico a todo volumen.

*[Salgan fuera de la casa] [Por favor]*

Fusco está gratamente sorprendido, al parecer. Estas muestras de poder mental le gustan. Imagino que le permiten cerciorarse de que soy la persona que él quería que fuera. Que hizo bien en contactar conmigo. Que él gana más que yo en todo esto.

El inspector Nogués, en cambio, parece horrorizado.

—Estas cosas no me gustan, Salvador —le dice al inspector Fusco—. No me gustan ni un pelo.

—¿Qué ocurre, Zarco?

—He establecido contacto.

—¿Ya? Genial.

—Todo irá mejor si ustedes me dejan solo un rato.

Mi inspector le da a su colega un puñetazo de broma en el costillar.

—Ya te dije lo que él hace. Esto va a ir a toda velocidad, te lo digo yo. Venga, marchémonos unos minutos. Dejémosle obrar su magia.

Pasan a mi lado como dos máscaras teatrales antagónicas. Uno sonriendo (y guiñándome un ojo) y, el otro, justo lo contrario. Nogués quiere mantener cierta dignidad de tipo duro, pero no lo logra.

—No tarde mucho. ¿Quiere?

—No lo haré.

Cuando me quedo solo con la chica muerta, ella sigue tan confusa como al principio. No sabe por qué le llamo la atención y los inspectores no, pero soy el único que puede ofrecerle luz en su actual circunstancia.

—Te ayudaré, si puedo —le aseguro.

—¿Quién es?

—Me llamo Isaac, pero no es importante. ¿Tú eres Ana?

Ella se pone muy rígida y da un paso hacia atrás.

—¿Cómo lo ha sabido?

—¿Dónde están los demás? El resto de tu familia, ¿sabes algo de ellos?

Se rasca la cabeza furiosamente y da un pisotón de talón sobre la alfombra.

—¡Mi familia! ¿Dónde está? ¡No lo sé!

—Tranquilízate, Ana.

—Mi hermano. Mi hermano pequeño. Saúl. Estaba conmigo cuando papá… pero se marchó enseguida. Estaba conmigo cuando nos levantamos del suelo. Aquí mismo. A mi izquierda. Me dijo algo y ahora no lo recuerdo. ¿Por qué

es así? Tengo buena memoria. ¿Por qué no recuerdo lo que me dijo?

—No pasa nada. Es mejor así, Ana.

—¿Adónde se fue?

—Al lugar donde debía irse. —Una sensación extraña me recorre el cuerpo. La temperatura es baja en este momento, pero aún desciende un par de grados—. ¿Hay alguien más aquí, Ana? ¿Tu padre o tu madre?

—Puede que mi padre. No estoy segura.

La típica visión subjetiva que nos otorga la muerte y nos deja entre dos planos interdimensionales. Los muertos ignorándose entre sí la mayor parte del tiempo. Aunque el espíritu de tu asesino ronde la misma casa que tú. Qué cosas.

—¿Fue tu padre? ¿Tu padre te mató?

—No.

—¿No? Entonces, ¿quién fue?

—Mi padre fue el traje. Pero dentro de él…

—¿Quién estaba dentro de él?

—Aquello.

—¿Quién? ¿Puedes decirme quién era?

—Tenía los ojos de color naranja. A veces. Un anillo naranja sobre fondo negro. En otras ocasiones se mostraba con aspecto agradable. Nos hacía verlo hermoso. O hermosa. Maxine.

—¿Se llama Maxine?

—Cada uno lo llamaba de diferente manera.

—Era una persona viva, ¿verdad? ¿O era… algo distinto?

De improviso se lanza sobre mí. Me pone las dos manos en las mejillas. Siento el contacto, frío y áspero. Me pone el rostro a menos de un palmo de la cara. Los ojos abiertos como medallas.

—Siento mucho lo de Melissa. Siento mucho lo que pasó.

—Vale.

Me está haciendo daño en los pómulos. Intento agarrarla de las muñecas y, para mi sorpresa, las encuentro

exactamente donde puedo verlas. Perfectamente sólidas. Pero la fuerza de la chica es formidable.

—Ojalá hubiera podido decírselo yo. —Forcejo un tanto con sus muñecas y, de repente, se aparta de mí. No tiene ningún destornillador clavado en el pecho ni muestras visibles de daños letales. No tiene mal aspecto, de hecho, para ser un fantasma—. Ya está. Era eso lo que tenía que decir.

Me toco la cara con preocupación, esperando encontrarme arañazos o algún tipo de moratón. Se diría que todo está bien.

—Ana. —Ella me presta atención con una sonrisa muy triste—. Melissa lo sabrá. Le diré que sientes lo que le ocurrió.

La joven no duda ni un ápice. Puedo sentirlo incluso sin telepatía. Ahora se desvanece como un objeto que se hunde en un lago profundo. Sin alejarse de donde está, pero perdiendo nitidez hasta que deja de verse. La siento en mi interior, a un nivel profundo que podríamos denominar sexto sentido, hasta el último momento. Y dejo de sentirla. Totalmente. Como si nunca hubiera existido.

Cuando se marchan, se marchan de verdad.

Pero el frío de la estancia persiste. No estoy solo en la casa.

Procurando no pisar en zonas donde luego la policía científica podría indagar, me encamino al cuarto de baño. Camino lentamente, sabiendo que el origen de esta sensación empieza y acaba en esa estancia. La puerta está entreabierta, así que la empujo para poder ver todo el interior. Al fondo está la bañera. El cuerpo de Jair Nestares está dentro, bañado en rojo arterial como aquella condesa húngara que sacrificaba vírgenes para permanecer joven. El cuchillo que utilizó para abrirse los antebrazos como panecillos de perrito caliente está clavado en el muslo, exactamente en la femoral profunda.

Y el auténtico Jair Nestares está mirando su cadáver hasta que detecta mi presencia. Ahora el espíritu se incorpora y se muestra extrañado de encontrarme allí. Suele

pasar. Los vivos no les hacemos ni caso y ellos pueden participar en el mismo juego. Pero si sienten que puedes verlos, que les prestas atención, comienza el circo. Algunos reaccionan violentamente emulando las sensaciones primordiales previas a su muerte. Otros intentan captar tu atención montándote un drama impresionante. Y parece que Jair Nestares va a estar en ambos grupos.

El espejo del baño se resquebraja como si un puño invisible lo golpeara de lleno. Una ráfaga de aire gélido me embiste y el fantasma suicida avanza hacia mí suspendido un tanto sobre el suelo, dejando que la punta de sus pies peine las baldosas del suelo. Extiende sus brazos abiertos en canal hacia mí.

—¡Quiero que termine de una vez! ¡Deja de torturarme!

Vale, lo admito, esto acojona. Tendría que estar acostumbrado. ¿No? Pues no. Nunca te acostumbras a estas cosas.

—¡Ya basta! —Alzo los brazos y hago aspavientos, y seguramente un piloto de avión sabría hacia qué hangar dirigirse, pero este maldito muerto no es capaz de imaginarse que estoy de su parte—. ¡Jair! ¡Jair Nestares!

Su rostro se desencaja, como si su calavera se fundiera tras la piel. Ya casi está encima de mí, dándome todo el miedo que puede. No sé cómo lo hacen, pero les sale fenomenal. Como chasquear los dedos. Es una capacidad innata que se te otorga en cuanto tu encefalograma se vuelve plano. Te mueres y ya puedes ir aterrando al personal. Retrocedo hasta que mi espalda se topa con la pared del pasillo; el espíritu llega hasta mí a una altura de un metro por encima de mi cabeza. Sus manos buscan mi cuello. Seguramente sea un acto instintivo propiciado por sus temores. Podría llegar a matarme con su forma incorpórea empujado por un ataque de pánico. ¿Qué habrá visto este hombre? Son mis manos las que empiezan a estrangularme.

Se acabó.

*[¡HE DICHO QUE BASTA!]*

Es una granada de fragmentación psíquica. Los cuadros del pasillo caen al suelo. Todas las puertas a las que este pasillo conduce se abren de un portazo, incluso se salen un tanto de los goznes. Un montón de objetos ligeros caen de las estanterías o son estampados contra la pared más cercana. Varias bombillas estallan. Y el espíritu de Nestares es repelido como una cometa empujada por un viento repentino.

Su mirada ahora muestra terror. Por mucho miedo que un vivo pueda sentir ante el más allá, no es nada en comparación con lo que puede sentir un difunto reciente. Cuando lo desconocido está a la vuelta de la esquina es mucho más espeluznante.

Le enseño la palma de mis manos.

—No se asuste, he venido a ayudar.

No sabe qué decir. Es comprensible.

*[Esto es la verdad] [Usted lo sabe]*

—Lo sé —acierta a decir él.

*[Soy amigo]*

Ahora Nestares se relaja. Sus pies se plantan lentamente en el suelo y sus brazos se cierran y dejan de sangrar. No hay ningún cuchillo en su pierna. La temperatura del sitio asciende poco a poco.

—Le creo —dice—. Pensé que usted era…

Permito que concluya la frase, pero no parece tener valor para seguir adelante.

—Escúcheme, por favor. No tenemos mucho tiempo. ¿Me oye, señor Nestares?

—Sí. Puede llamarme Jair.

—No sé cuánto tiempo estará usted entre dos planos. Su familia ya se ha marchado. Su esposa, sus dos hijos… Están donde deben estar. El siguiente nivel. Y usted podría desvanecerse en cualquier momento. —El tipo hace señas de comprender lo que le digo—. ¿Cree que puede abandonar la casa y venir conmigo?

—¿Abandonar la casa?

—Hay mucha gente que, en fin, tras dejar su cuerpo atrás…

—Tras morir.

—Sí. Hay mucha gente que después de morir quedan anclados al sitio donde vivieron o donde perdieron la vida. Creo que esos grilletes se los pone la propia persona. Quiero saber si usted siente que puede dejar este lugar. ¿Qué me dice?

—No sé qué decirle.

—¿Cree que podrá?

—Puedo intentarlo.

—La verdad, si no pudiera abandonar la casa, ya lo sabría. Algo en su interior le diría que debe permanecer aquí. ¿No siente nada?

—No lo sé. No entiendo qué debo sentir.

—Entonces véngase conmigo. A mi coche. Es como… El autobús noctámbulo.

Y así me llevo a otro fantasma conmigo.

# CAPÍTULO 15

## DEMONIO NUEVO

Llega la noche. Va a ser especial. He estado evitando a mi buen amigo César Baggio durante todo este tiempo. Él quiere seguir formando parte de toda esta historia, nos lleve donde nos lleve. Ve potencial para un artículo potente por el que Manrique Franzoni seguramente le pague el doble de la tarifa habitual. Mente de periodista, actos de periodista.

Creo que este asunto le empieza a quedar muy grande. Y no, no me sería útil llegados a esta situación límite. El inspector Fusco es un aliado útil. Incluso diría que necesario, habida cuenta de las cosas que están ocurriendo. Hay una entidad, y todo apunta a que es un ser humano completamente vivo que se está comportando como lo haría un demonio genuino surgido del mismísimo averno. Mata gente, va en serio y todo indica que tiene habilidades psíquicas. La pregunta es: ¿qué puede hacer y qué no?

Reconozco que aplazar la reunión con César me duele, por él. No me lo agradecerá jamás, por supuesto, por mucho que esta decisión mía pueda salvarle la vida. No queda más remedio que sacarle de todo esto.

Mañana el inspector Fusco me esperará en una cafetería del barrio de Aravaca. Si llego a tiempo, me invitará a un chocolate con churros o lo que yo quiera. Luego me llevará al laboratorio de la policía científica y a la morgue. El orden de visita no tiene por qué ser ese. Ya lo veremos mañana. Su comisario ha debido recibir esta tarde la solicitud del inspector Nogués de ampliar su equipo de investigación. El caso se ha vuelto mucho más complicado de lo que empezó siendo. Del asesinato casual de una

adolescente a un caso de asesino en serie.

Sí, claro, todo apunta a que Jair Nestares es el susodicho. Y está más muerto que Brandon Lee en la posproducción de *El cuervo*. Pero las investigaciones del porqué y del cómo me servirán para poder seguir asesorando o, dicho de otra manera, resolviendo el caso.

Melissa mira por la ventana. El alumbrado de las calles ilumina una avenida que ahora mismo no goza de la agitación habitual. Del señor Bayón no sé nada desde hace horas. Va y viene cuando le apetece.

Y ahora mismo tengo a mi nuevo huésped delante de mí. Jair Nestares. Asustado en cierta medida al haber comprobado en carnes (es un decir) una muestra de mi poder.

—¿Qué tengo que hacer ahora? —pregunta.

—Voy a hacerle unas preguntas. Será como una entrevista. O como un interrogatorio no agresivo, ¿de acuerdo?

—Bien.

He pensado en poner una grabadora en el centro de la mesa, pero solo registraría mi voz, y sé de sobra que en este estado la de los muertos no puede registrarse en los aparatos electromagnéticos. El secreto de las psicofonías se debe a otro tipo de misterio. No es tema para hoy.

—Dime, Jair, ¿qué puedes decirme sobre vuestro asesino?

—Le gustaban las familias. Lo llegó a decir en algún momento. Ya al final del todo. Creí entender que ahora se buscaría una familia nueva. —Eso es interesante, pero dejo que se explaye a su gusto—. Según confesó, nos vio cierto día en un Starbucks, riendo y haciendo gala de una felicidad que a él le atrajo como la flor a la abeja. Y con un simple sondeo mental averiguó todo lo que necesitaba saber de nosotros. Primero contactó con mi hijo, el pequeño Saúl. Llegó hasta él como un amiguito de su edad. Le regalaba juguetes, no sé de dónde los sacaba, y desde ahí, fue metiéndose dentro de nuestras mentes, indagando en nuestros pensamientos, devorando recuerdos, gozando de

nuestras vergüenzas y temores. Preparando nuestra destrucción. Durante semanas fue sutil. Nos ofrecía sueños y querencias. Ilusiones. Nos hacía creer que teníamos experiencias reales que luego solo ocurrían en nuestra imaginación. Era agradable verle. Tenerle cerca. Hablar con él.

Le detengo un momento con un gesto.

—¿Todo ocurrió en vuestras mentes? ¿Nunca llegasteis a verle en persona?

Jair se toma un instante para meditarlo.

—Creo que le vi el último día. Un tipo vulgar. Con chaqueta vaquera y pantalones caquis. Llenos de bolsillos. Llevaba una gorra y el pelo que asomaba era gris.

—¿Era alguien mayor? ¿Por encima de cincuenta?

—No. Era joven. Bueno, unos cuarenta y pocos. Tenía todo el pelo gris. No hubieras reparado en él si se hubiese cruzado contigo en mitad de la calle. El resto del tiempo aparentaba ser alguien que nosotros deseábamos ver. Alguien de confianza. Al cabo de un tiempo nos obligó a quedarnos en la casa. Éramos sus rehenes. Nos controló para que ninguno de nosotros quisiera salir de allí. Pedíamos todo lo que necesitábamos por internet. Nos traían hasta las compras más pequeñas. Yo llamé al trabajo para despedirme, pensando que era lo mejor que podía hacer.

—¿Pasaba mucho tiempo con vosotros?

—No. Ahora sé que la mayoría de las veces nos visitaba solo con la mente. Viajaba hasta aquí de manera virtual. O astral. No lo sé. Y de vez en cuando, lo hacía físicamente. Con apariencias deslumbrantes, como una estrella de cine o un gran empresario.

—¿Cree que los vecinos podrían haberle visto en aquellas ocasiones?

—No lo sé. Y, además, ¿le habrían visto como nosotros le veíamos, o le habrían visto como realmente era?

Muy buena pregunta. Ni yo soy capaz de darle respuesta. En efecto, dentro de lo que sé de la telepatía, la posibilidad de lograr que alguien te vea mejor de lo que

eres, algo así como una versión mejorada o estilizada de tu yo externo, es factible. Lograr ser visto como alguien del todo diferente, otra persona, incluso cambiar de raza o de género, técnicamente también podría hacerse con el entrenamiento adecuado. Supongo. Con todo, exportar esa imagen a más de un observador es complicado, pero hacerlo para todo el mundo, diría que es prácticamente imposible.

En este caso, estamos hablando de alguien que es capaz de controlar mentalmente a otro individuo hasta vestirse con él. Literalmente, poseerle. Una manera de utilizar estas técnicas psíquicas de todo grado aberrante.

Pero no todo el mundo ha tenido un padre como el mío. Falible para con no pocas cosas, un fracaso para otras, aunque entregado por completo a mi tutela y enseñanza vital. Sin él, quién sabe, yo mismo podría haber acabado siendo responsable de desatinos parecidos.

Por un momento me siento tentado de meterme en la mente de Nestares. Comprobar qué aspecto tenía en realidad este agresor excepcional. Las imágenes no serían fiables, porque se trata de las visiones manipuladas y distorsionadas que el psíquico haya instalado en las mentes de la familia. Aunque, con suerte, podría ver a ese hombrecillo vulgar y corriente de pelo gris y chaqueta vaquera.

Quizá lo haga. Cuando sea estrictamente necesario. La mente de este padre de familia debe de ser, en este preciso instante, uno de esos Maelstrom de locura y caos en el que preferiría no tener que sumergirme.

Demonios, le han hecho perforar el corazón de sus hijos a golpe de destornillador. El trauma que tiene que haber ahí dentro ha de ser inconmensurable.

—Nos corrompió, Isaac —me dice, con una tristeza contagiosa.

—Os obligó a hacer cosas, no fuisteis responsables de nada. Él lo fue.

Se pone de pie y aprieta los puños con fuerza. No caen lágrimas de sus ojos pero, de estar vivo, las derramaría.

—No —asevera—. Eso podría haber sido al final, cuando quería que hiciéramos actos de horror que en ninguna circunstancia hubiéramos deseado. Pero durante un tiempo, nos corrompió realmente. Nos hizo peores de lo que éramos.

—Os influyó. No hace falta ser psíquico para lograrlo. Los líderes de sectas destructivas pueden hacer eso a la gente. —Le señalo el sofá con la mano. Un espíritu no necesita sentarse para descansar, pero lo hago igualmente para relajar el ambiente. Él asiente repetidamente y vuelve a tomar asiento—. Créeme —le digo—, no os corrompió. Jair, préstame toda tu atención, amigo.

—Sí.

—No has matado a tu familia.

El pobre diablo se derrumba allí mismo. Se echa las manos a la cabeza y todo su pelo y prendas fantasmales se agitan por un vendaval inexistente. La mesa que tengo delante se pone a temblar, la lámpara se agita con furia. Un fantasma apesadumbrado liberando la energía espiritual que se deriva de su sufrimiento. Lo he visto docenas de veces. Un trauma colosal adoptando corporeidad. Va a joderme todo el cristal que haya cerca. Y tengo una televisión muy apreciable.

Hasta Melissa ha salido de su inopia para mirar al sujeto. Podría ser la primera vez que repara en él a juzgar por su expresión. Jair aparta su rostro lacrimoso de las manos y me mira, como si hubiera tenido una gran revelación.

—¿Puedo quedarme con usted?

Lo que me faltaba, otro fantasma que me acompaña a… donde sea que voy.

—Su familia entera ya ha pasado de nivel. Usted debería seguirles.

—Me dijeron que al morir venían tus seres queridos difuntos a acompañarte a la otra vida.

Nunca he tenido constancia de eso en todos mis años vislumbrando el mundo entre mundos. No tengo por qué decírselo. No le vendría nada bien. Además, ya lo está

comprobando en sus carnes.

—Se dicen muchas cosas.

—¿Y lo del túnel? ¿Y lo de ver toda tu vida pasar delante de los ojos?

—Ni idea. Quizá venga después.

Nestares se pasa la punta de los dedos por las zonas donde se hirió letalmente. Los antebrazos y el muslo. Ahora mismo no hay visualización de los atroces cortes de cuchillo. De alguna manera, se diría que está rememorando el dolor, como echándolo de menos. La carencia de sensaciones físicas puede ser un problema de gran calibre en el más allá.

—Creo que podría ayudarle —dice—. Usted va tras esa cosa.

—¿Y cómo podría ayudarme?

—No sé. Haciendo cosas de fantasma.

—¿Sabe usted hacer cosas de fantasma?

Se pone en pie, resolutivo.

—Podré. Llegado el momento, podré. Mover objetos y todo eso. —Tuerce el gesto mientras se rasca la muñeca—. Será algo instintivo, ¿no? Saldrá solo.

—Mire, Jair, vale. Quédese conmigo. Ya me da igual. Pero no moleste. A no ser que sea estrictamente necesario, haga como que no está ahí. ¿Hay trato?

—No seré un estorbo. Lo juro.

En mi infancia se reprobaba el acto de jurar. Era preferible prometer. Un juramento es, con mucho, un acto más pomposo y solemne. Todo el mundo promete cosas a diario. Nadie firma pergaminos con su sangre por una promesa. Un juramento tiene entidad. Es lo que en estos instantes debería hacerse. «A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar hambre.» Aunque yo soy más de esas fórmulas de los proscritos de la Guardia de la Noche: «Soy la espada en la oscuridad, soy el vigilante del Muro, soy el fuego que arde contra el frío». Prometo que, en su día, me lo sabía entero.

—Entonces, bienvenido al club. Si fuerais poetas, tendríais un nombre sensacional.

Nestares parece un fotograma congelado en el tiempo. Un cuadro perfectamente tridimensional. Se diría que es un fantasma al que se le ha acabado la batería. Cuando reacciona, la temperatura baja un par de grados, como acompañando su estado de ánimo.

—¿Dónde irá ese ser? Supongo que buscará más víctimas. ¿Pero quiénes?

La respuesta no puede ser más siniestra.

—Cualesquiera.

Melissa viene a darme las buenas noches. Se está acostumbrando a ello. Para mí es tan incómodo como siempre. Los demás fantasmas han debido decidir que mi dormitorio, y en especial la hora de dormir, es sagrada. Melissa debía recibir la visita de su padre justo antes de dormir. Está claro que ya no era una niña, pero ciertas costumbres se toleran incluso por los adolescentes más rebeldes. Que un padre te dé un beso conciliador en la mejilla y te garantice que estás a salvo esa noche, repara todo daño del día.

Ahora ella no necesita dormir, por lo que ha asumido el mismo rol.

—Dios es cruel—afirma, categórica—. Por eso nos está probando.

—¿Por qué crees eso?

—La naturaleza no persiste y sobrevive por la fuerza del amor. Solo los mamíferos experimentan esa sensación. La madre naturaleza es despiadada. Es la ley del más fuerte. Lo he visto en el canal Historia. Si hay gente que puede imponerse mediante su poder, lo ejercerá, y la naturaleza le premiará haciendo que sus genes sean más fáciles de transmitir a la siguiente generación.

—Interesante teoría.

—Si tú tuvieras hijos, Isaac, serían como tú. Tu padre era especial, en menor medida. Por eso estas habilidades que posees podrían perpetuarse, si así lo quisieras.

Un mundo futuro lleno de personas que prescindirían

del lenguaje porque condiciona demasiadas cosas. El entendimiento entre los pueblos, la manera de diseñar la realidad que te rodea, culturas enteras basadas en un dialecto primitivo que fue evolucionando. Sin la necesidad de expresar lo que piensas, sencillamente enviando un *pack* sensorial en bruto de todo lo que te pasa por la cabeza, honesto y descifrable, sin ápice de interpretación o pérdida de información por culpa de la memoria, la humanidad futura podría avanzar hacia una catarsis utópica de sabiduría y ciencia, o hacia la devastación más absoluta y definitiva.

No sé si genes así deberían perpetuarse.

—Dios te ha señalado para que formes parte de su bando porque parece que su enemigo ya ha encontrado un adalid.

—Melissa, yo no creo en ningún dios que religión alguna idolatre.

—¿Y un dios nuevo? Porque está claro que hay un demonio nuevo rondando por ahí que usa taladros para perforar cráneos de chicas de catorce años.

—No es un demonio. Ojalá lo fuera. Es un hombre. Un hombre con mi poder, aunque sin mi código. Satanás no podría enviar desde el Infierno nada peor que eso.

—Da miedo.

—No. Es mucho peor. Miedo es una palabra paupérrima, incapaz de describir lo que deberíamos sentir. ¿Sabes cuál es esa palabra que con solo escucharla la gente cae al suelo muerta de apoplejías fulminantes?

—No.

—Porque no existe. Pero es la palabra. Eso es lo que debemos temer.

Melissa sonríe con tristeza.

—Mayor motivo para ser un soldado de un dios nuevo y justo.

—Muchacha, no hay ningún dios antropomorfo que vele por nosotros. Y si lo hay, da igual. Va a dejarnos solos. Es así. Métetelo en la cabeza. Lo que… por otra parte, también tiene su lado bueno. —Ella aguarda a que le saque

de dudas. No debe pensar que una situación parecida pueda tener lado bueno—. Si no hay ningún dios con nosotros, no hay ningún dios contra nosotros.

Al día siguiente pongo en orden mis ideas. Fusco me llama constantemente. Me pregunta si hay novedades, como si los espíritus fueran a facilitarme una información privilegiada que nos conduzca a otra pista de gran trascendencia.

No hay novedades. Tengo a tres fantasmas a mi cuidado, o acompañándome (lo que está claro es que no son mis ángeles de la guarda, porque sus potenciales cualidades preservadoras son puestas en duda cada día que pasa). Si están más cerca de ser chicles pegados a mi suela, al menos no dificultan el paso ni hacen un ruido pegajoso al pisar baldosas.

Con todo, el inspector me informa de que en casa de la familia Nestares se encontró un taladro Bosch de mano idéntico al que se utilizó en el homicidio de Melissa Nenge. Por supuesto, sin huellas en el mango principal ni en el cabezal de ajuste. No obstante, en el estuche de la herramienta había una broca (y coincidía con la medida del diámetro de los agujeros encontrados en el cráneo de la joven) con un resto minúsculo de, supuestamente, masa cerebral. A pesar del cuidado por borrar las huellas de todos los utensilios utilizados y de las limpiezas exhaustivas de lugares y herramientas empleados por el supuesto agresor, limpiar los pliegues en espiral de una broca no es una tarea sencilla. Y un minúsculo trocito de sesos puede permitir a la policía científica analizar el ADN.

Todo un logro, según el inspector Nogués, aunque Fusco sabe de sobra que ese dato, por muy interesante que sea corroborarlo de cara al dossier que se entregará al juez, no nos ayuda lo más mínimo. Ya sé que el asesino de Melissa es la misma persona que acabó con toda la familia Nestares.

Por lo demás, sendos inspectores siguen llamando de puerta en puerta y haciendo preguntas a vecinos, conserjes

y porteros, empleados de limpieza de domicilios y operarios del ayuntamiento que trabajan en la zona.

—Es pronto para obtener resultados —me dijo Fusco, como zanjando la conversación y dejándome bien claro que soy yo el arma secreta de esta investigación—. Lo policial va lento. Espero que lo espiritual acelere las cosas.

César Baggio me ha llamado enfadado porque su papel sigue siendo el de jugador reserva. Él se creía que iba a tomar parte en una aventura de misterio y parapsicología épica, a la que yo mismo le invité, y la decepción está siendo imposible de soportar. Todavía tiene esperanzas de grabar alguna psicofonía o de hacer alguna foto de un fantasma que pase por allí. No se está enterando de si es teatro u ópera y tiene asiento en platea, pero al fondo.

En conclusión, una mañana poco fructífera en la que, para colmo, los acercamientos a Cosette tampoco han dado resultados muy buenos.

No veo nada malo en que un investigador serio y responsable, que ha limpiado una casa de fantasmas a la manera en que lo hacía aquella señora simpática y de baja estatura de *Poltergeist*, llame al cabo de unos días para ver si todo sigue en orden. Si ha habido más actividad paranormal o si, quién sabe, su sugestión sigue jugándoles malas pasadas. Me encantan esos fontaneros que te llaman para ver si su chapuza ha dado buen resultado: «¿Ha vuelto a quedar el baño anegado en heces y detritus? ¿No? Qué bueno soy».

Y, además, un exnovio atento puede ser merecedor de una nueva oportunidad.

Pero no.

Llamé al móvil de Cosette, pero fue Bárbara quien respondió.

—Todo está en orden —dijo, con un poquito más de jovialidad de la que era precisa—. Incluso estamos a punto de convencer a mi hermana para que vuelva. Pobre.

—Qué bien. Cosette podría…

—Te tengo que dejar. Estamos a punto de… Tenemos que ir a un sitio. Ahora mismo. Te llamamos si ocurre algo.

—Por supuesto.

Una conversación maravillosa que me hace sentir un poco clínex. Médium de usar y tirar. Le dan a uno ganas de tener un par de palabras con el señor Bayón y alcanzar una suerte de entendimiento retorcido y malsano. «¿No le importaría a usted volver a la casa de antes y montar algún desaguisado?». Lo que me haría perder todo el crédito y que solo serviría para ser apartado de raíz del caso, aunque… la parte más rencorosa y vengativa de mí aplaudiría hasta dejarse las palmas en carne viva.

El resto del día lo he pasado indagando en mis archivos digitales, y en otros de compañeros del mundillo del periodismo de investigación de lo insólito a los que tengo acceso, en busca de detalles sobre el psiquismo extremo al que estoy haciendo frente.

He pasado de tener la puerta cerrada a lo irracional a tener mi casa mental bien ventilada para los tornados que están prestos a pasar de lado a lado. Y supongo que hay una cierta excitación egoísta en todo este asunto.

A fin de cuentas, uno no se mete en esta afición de los platillos volantes y los espectros en casas encantadas sin un componente de puro morbo. El gozo de pasar miedo con esas imágenes de seres extraterrestres que raptan gente en granjas norteamericanas aisladas, visitantes de dormitorio de índole diversa y espíritus que observan a los pies de la cama. Se pasa mal y se pasa bien pasándolo mal. Curiosa paradoja.

Yo, evidentemente, con un padre enfangado en estas materias y estas habilidades heredades de él, estaba condenado a ser aficionado de estos temas. Aunque, al final, debes saber para qué haces todo esto. Cuál es el objetivo de desarrollar y entrenar unas técnicas telepáticas tan extrañas y en verdad preocupantes. Los muertos no son útiles a la hora de narrar la experiencia *post mortem*, ya que los que entran en contacto con los vivos anidan en un rellano de escaleras entre plantas y, si bien han dejado de ser físicos y adaptables al mundo real, no han puesto un pie en el siguiente. No son buenos testigos de lo que nos espera.

Han visto, como mucho, un tráiler, no la película.

¿Para qué demonios sirve contactar con ellos? Porque yo siempre pensé que podríamos entablar conversación con los espíritus que habían trascendido. Que realmente habían probado las mieles de la otra vida, si es que ese parámetro es real y tangible a futuro.

Yo quería que mi padre volviera de ese más allá al que Melissa Nenge, Jair Nestares y el señor Bayón todavía no han ido. Volvería de allí y me diría cómo es. Teníamos un santo y seña, entablaríamos comunicación telepática, una técnica no atribuible a fantasmas (a no ser que dominaran la habilidad en vida).

Bien. No ocurrió. Mi padre se marchó, se esfumó para siempre, o bien no había regreso posible de ese lugar al que fue, o cambió de opinión por algún motivo. Las preguntas ahora eran: ¿qué hago ahora?, ¿qué propósito me pongo en la vida?, ¿de qué me valen estos dones? Estoy harto de pretender ayudar ofreciendo compañía, respaldo, convenciendo a la gente para que se vaya de aquí y haga lo que tiene que hacer en la siguiente fase evolutiva del espíritu. Estos actos podrían ser un medio, no un fin.

Está claro que procurar detener a una persona que podríamos haber confundido, por el poder exhibido y su manera de proceder, con un demonio o un espíritu maligno es un juego muy peligroso. Detenerle, ¿cómo? Imagino que ahí entrará esa Heckler & Koch VP9 de la que Fusco alardea en cuanto tiene oportunidad. Por ello, vendría muy a cuento tener a un policía bien a mano en cuanto localicemos al individuo en cuestión.

Y puede que sea por eso que estoy desplazando a César del caso. Porque temo por él. Ya es bastante que yo esté jugándomela; para qué arriesgar la integridad de amigos y colegas.

A pesar de las vueltas que le doy, esta manera de utilizar la telepatía me rompe todos los esquemas. Ni siquiera pensaba que algunas cosas que este tipo hace fueran posibles. Es llegar más lejos de lo que mi imaginación se atrevió a vislumbrar. Modificar por

completo el sentido de la vista para camuflar tu aspecto, quizá realizar un viaje astral con interacción completa con el mundo de la vigilia y, lo peor de todo: controlar mentes de esa manera.

Si él puede hacerlo, ¿yo puedo hacerlo? ¿Hay defensa posible contra una violación mental de este calibre?

Son preguntas que me aterran por lo que implican. Y por cómo pueden llegar a afectarme.

Hay alguien por ahí que le ha cogido el gusto a eso de poseer personas, controlarlas hasta un paroxismo total de sangre y muerte, abandonarlas luego tras forzarlas a suicidarse y buscarse otro divertimento por el estilo. Podría llevar años y años haciéndolo. Y es a mí lo que yo era a mi padre. El siguiente paso. El siguiente escalafón de poderío psíquico.

Yo fui capaz de sondear a Cosette y ahondar en su experiencia casi infiel en aquella escapada a Barcelona. El señor Nudo Eldredge y la madre que lo parió. Aunque en el fondo era buen tío, el muy cabrón. Sentí lo que ella sentía. Las ganas de llevarse a la cama al tipo. La decepción ante el despecho que sufrió.

La persona a la que persigo podría llegar mucho más lejos. ¿Cuánto más? ¿Podría llegar yo a ese nivel si me lo propusiera? ¿Hasta dónde las enseñanzas sensatas y decorosas de mi padre no me han limitado? Está claro que estoy en desventaja. No he podido ejercitar más mis habilidades porque eso implicaba rebasar líneas rojas.

De nuevo, aquella magnífica frase de cómic estadounidense. Mítica porque es fácil de recordar y profunda como pocas. Atribuible a todo medio y capacidad humana. Un joven empollón, gafotas y flacucho que tiene la suerte de que una araña irradiada atómicamente le muerda y no lo mate de un cáncer galopante, sino que le da superpoderes para toda la vida, inagotables. Y geniales. Pero actúa egoístamente y permite que un ladrón de poca monta robe en unos estudios de televisión (el mejor sitio para robar, como todo el mundo sabe) y, como no es asunto suyo, escape de allí indemne. Al final, ese mismo malaje se

carga a su querido tío, que hace las veces de padre adoptivo, y aprende la enérgica lección: un gran poder conlleva una gran responsabilidad. No era una enseñanza de su tío antes de morir, lo aprendió él solo. De hecho, la frase de marras aparecía por primera vez en aquel primigenio cómic en un texto de narración, de voz en *off*, por decirlo así.

Es exactamente lo que mi padre me inculcó. Ahora me temo que, probablemente, sea un limitador de velocidad. Y si quieres escapar de la atmósfera, no puedes permitirte el lujo de rebajar tu potencia de empuje.

Me siento como David ante Goliat. Con dudas de si mi honda, un inspector orondo que se peina cuatro mechones a lo largo de una calva demasiado amplia, derribará al gigante.

No pinta bien.

Y estamos en un callejón sin salida.

# CAPÍTULO 16

## UN ERROR NARANJA

El inspector Fusco estaba equivocado. La investigación policial marca los siguientes goles mientras el espiritismo se va quedando atrás en el marcador.
Los vecinos tenían más que ofrecer de lo que parecía. Amén de lo típico, véase «Era una familia de lo más normal», «Jamás imaginé que este hombre pudiera hacer esa barbaridad» y los demás tópicos característicos de un motivo difuso, hubo un pequeño detalle que chirrió. Un error naranja de casi cuatrocientos mil euros de 675 caballos de potencia.

Los vehículos importan. La furgoneta para la ejecución de Melissa, la tentación alemana de Jair y, ahora, la pequeña debilidad de nuestro monstruo humano. No puedes meterte en un barrio como el de la familia Nestares con un maldito McLaren 650S Spider de color naranja, aparcarlo en la puerta y no querer llamar la atención. Alguien reparará en ello. Es inevitable que, tras ver el carro de la ostentación, se quiera ver a la persona que sale de dentro. Dos vecinos lo vieron una única vez. El motor se oyó en toda la calle a la hora en que media España veía a Pablo Motos surfear las olas de la excentricidad y de lo pedestre. Solo dos vecinos se asomaron a la ventana a ver de dónde procedía ese rugido mecánico. Vieron el coche (que es para estar un buen rato mirándolo) y después se fijaron en el conductor. El tipo que se metió en la residencia de los Nestares. La descripción ya nos sonaba: un tipo corriente y moliente. Gorra tapando un pelo demasiado gris para la edad del sujeto, tipo corporal desgarbado y en torno al

metro ochenta. No parecía la clase de persona que esperas ver salir de un McLaren.

No es un modelo fácil de comprar. Solo hay un concesionario en todo el país. Esta gestión exige miramientos que no se tienen si vas a comprar otro tipo de coche de gama alta. En realidad, estás comprando un bólido con prestaciones de competición. Ningún tipo con algo así de ostentoso en el garaje iba a visitar a los Nestares porque sí.

Tenía que ser nuestro hombre.

Para la policía, localizar dueños de un coche tan exclusivo, cabriolé y de ese color fue un juego de niños. El verdadero propietario había denunciado el robo de su flamante horterada hacía solo dos semanas, pero retiró la denuncia al día siguiente. Nadie, entonces, quiso saber más.

Fusco se presentó en solitario en su chalet y le tiró de la lengua en un diálogo breve, pero conciso. Al parecer, un buen día nuestro denunciante fue a un evento con el McLaren y, tras un lapso de memoria de diez minutos, se encontró en mitad del paseo de la Castellana, en funciones de peatón y sin recordar dónde había dejado el coche ni porqué estaba allí, confundido como un niño en su primer día de colegio. Denunció el robo del vehículo sin estar del todo seguro de que se lo hubieran sustraído. Al día siguiente, se encontró el coche en perfectas condiciones y con las llaves puestas aparcado delante de su casa. Y, claro, atribuyó la experiencia a un problema serio de amnesia. Había mil y un detalles que no encajaban, aunque nuestro denunciante no quiso seguir adelante con la medida legal.

Salvador Fusco quiso triangular una ubicación sobre un mapa de la ciudad, teniendo en cuenta lo último que el propietario recordaba al volante de su maravilla de carreras y el instante en que despertó del trance al lado de un semáforo en el centro de Madrid. Tras conseguir situar de manera aproximada la zona donde esta mente sufrió el vahído, revisó junto al equipo policial de Nogués las cámaras de seguridad y vigilancia de ese sector. Y, en los vídeos, un McLaren naranja destacaba tanto como en

cualquier otra parte de planeta (salvo en Abu Dabi, sospecho). Dentro del plano de dos cámaras se podía ver cómo un individuo de aspecto mondo y lirondo, con gorra y chaqueta vaquera, pasaba lentamente por el paso de peatones de un semáforo en rojo observando el coche de lujo con sumo detalle. Después se acercaba a la ventanilla del conductor, dialogaba con el posterior denunciante y, en cuestión de segundos, el dueño del coche se bajaba del mismo y se situaba en la acera. El tipo de la gorra se llevaba el McLaren en cuanto el semáforo volvía a ponerse en verde. Y nuestro tipo rico se quedaba en torno a dos minutos contemplando el suelo como un idiota antes de salir de su estado alterado de conciencia y ponerse a mirar a todos lados, preguntando a varios transeúntes que no supieron ayudarle.

Sin duda, nuestro asesino psíquico iba caminando por ahí, vio un cochazo estupendo, quiso llevárselo un rato y solo tuvo que acercarse al conductor y decirle que se lo prestara. El vacío amnésico aclaraba lo demás.

Y teníamos imágenes, con la nitidez justa, de nuestro hombre.

En estos precisos momentos, Fusco y el resto de los chicos de Nogués están realizando un examen dactiloscópico del McLaren, el único error que nuestro objetivo se ha permitido desde que sabemos de él.

La burocracia departamental impedirá que la observación de todas las cámaras que puedan ayudarnos a rastrear a nuestro psíquico de la gorra se haga en tiempo récord. Algo es algo, y no seré yo quien se queje. Pedir permisos, revisar cintas y cintas, planos diferentes, comparar, trazar rutas. En fin, seguir los pasos de nuestro caprichoso mentalista llevará unos días. Aunque Fusco ha sido muy claro al respecto.

—Le tenemos —dijo por el auricular del teléfono—. No sabe que vamos a por él. La ventaja de la sorpresa está de nuestra parte. Y, en cuanto tengamos un plano de su puta cara con la definición adecuada, tendremos *software* de rastreo que nos permitirá identificarle. Creo que es obvio

que alguien de estas características tan inusuales no tendrá antecedentes penales, pero hay distintas maneras de llegar hasta cualquier ciudadano.

Es la pesadilla de cualquier agente del orden. Alguien que se puede meter a vivir donde quiera. «Me gusta su casa, quiero vivir en ella.» No te hace falta ni verbalizarlo. Un sujeto que no necesita sustento económico, ya que no le es necesario comprar nada. Que puede obligar a quien sea a hacer lo que guste. Puede lograr que una mujer atractiva que ve por la calle acceda a meterse con él en el primer hotel que encuentre, sin pagar habitación y, después de consumar el acto obvio, hacer olvidar a todo el mundo lo ocurrido. ¿Implantar recuerdos falsos? Seguramente sea más trabajoso. Lo cual no quita que no sea capaz de hacerlo. Si eres capaz de controlar a una persona para que se abra en canal los brazos como quien abre una sandía, es factible que puedas inventar falsos recuerdos e implantarlos sin complicaciones.

Hace falta echarle imaginación. Un reparo que, para quitarse de en medio al dueño de un deportivo color naranja, no le merecerá la pena.

No es necesario meterse telepáticamente en la cabeza de este tipo para hacerle un perfil psicológico aterrador e insólito.

—No vamos a poder detener a este hombre.

Fue la última frase del inspector Fusco antes de colgar. Aguardó a ver si yo tenía algo que replicar. No había réplica alguna. Si por mediación divina puntual la policía lograba detenerle, llevarle a juicio drogado (lo que no va a pasar de ninguna manera) y meterle en prisión, allí solo tendría que decir a los celadores que le dejaran salir. Tan simple como eso.

Es más, no hay pruebas que conduzcan hasta él. El camino de la investigación que llevamos a cabo no puede sustentarse con pruebas que un tribunal considere lícitas. Mi participación en el caso se lleva en secreto. Fusco está trapicheando constantemente con cada sección del departamento. Sobre el papel, no hay ninguna razón

justificada para ir contra este tío de la gorra.

Dicho lo cual, no, Fusco no va a poder detenerle. Y creo que eso ya lo tenía asumido desde que conoció la naturaleza excepcional del homicida en cuestión. Simplemente me ha hecho saber qué va a pasar para que no me escandalice cuando él tenga que pegarle seis tiros en el pecho.

No creo que vaya a escandalizarme.

Estoy dándole tantas vueltas a la cabeza que no me doy cuenta de que Melissa me está mirando fijamente, con ese tipo de miradas que solo los muertos son capaces de lanzar. Podría llevar ahí un buen rato, esperando a que yo reaccione.

Estoy planchando unas camisas que ya se han secado en el cuarto de estar de mi piso, cada día que pasa más angosto e incómodo (por razones estrictamente psicológicas). Escucho algunos pódcast antiguos de programas de misterio de los años noventa. El reproductor no está a un volumen muy elevado, porque casi lo utilizo como otros harían con la música, así que no imposibilita una conversación normal.

—¿Te pasa algo, Melissa?

—¿Por qué no me marcho?

Ha empezado a comportarse como si fuera a evaporarse de un momento a otro. Pero ahí continúa, siguiéndome a todas partes como un perrito faldero zombi de mirada perdida.

Hay miedos peores que el miedo a lo desconocido. Con todo, es un miedo poderoso, atávico, como el miedo a la oscuridad o a la muerte. Habitualmente, lo desconocido incluye mucha oscuridad y aún más muerte.

—No lo sé. Puede que esto que estamos haciendo, intentar atrapar al hombre que te asesinó, te mantenga anclada a este plano físico. —El olor de la tela quemada me avisa de que tenga cuidado o habrá un accidente grave. Por lo pronto, ya he perdido una camisa. Qué le voy a hacer.

Más trapos para usar en la cocina o el baño. Hay miles de incendios al año provocados por planchas. Instrumentos del Diablo—. Es solo una teoría.

—No quiero venganza —aclara la chica; no es la primera vez que lo dice—. No debería ser una atadura para mí.

—No tiene por qué ser una responsabilidad consciente. Las tareas pendientes que traban las almas a este mundo e impiden su ascenso no siempre son fáciles de interpretar.

—¿Quién decide lo que tengo o no tengo que hacer antes de seguir?

Filosofía dentro de la parapsicología. No es mi especialidad, aunque me embarro tenazmente en estas historias. No lo puedo evitar. Hoy no tengo el día, así que si me tira de la lengua no la aburriré en exceso. A pesar de eso, no sabe dónde se está metiendo.

Podría zanjarlo rápido.

—¿No dices que crees en Dios? Puede que sea tu Dios.

—Tú no crees en Dios.

—Tú sí. Tus creencias, tus grilletes, tus condenas, tus maldiciones.

Melissa da un paso en mi dirección y la tabla de planchar casi atraviesa su abdomen.

—¿Me estás diciendo que, si fuera atea, ya me habría ido?

No es tan sencillo. Hay hipótesis para este interrogante y para cualquier otra pregunta que alguien pueda plantearse acerca del más allá y de la trascendencia del alma humana. Y la respuesta que Melissa busca entra de lleno en la doctrina espiritista. La religión espirita, habría que decir.

Y. No. Me. Creo. Nada.

—Te seré sincero: no lo sé. Es probable.

—Y es probable que no.

—Exacto.

—Quiero irme ya, Isaac. Estoy harta de todo esto. No entiendo nada de lo que ocurre a mi alrededor. Me llega el sonido como si estuviera sumergida en el lodo de un río

profundo. Hay niebla moviéndose siempre a mi alrededor. Te veo a ti, pero… poca cosa más.

—Según cuentas, presupongo que estás atada a mí. Es solo una conjetura. Cabe pensar que quizás hay algo que debes hacer por mí. O quizás yo deba hacerlo por ti. ¿Cómo saberlo? No podemos. Con todo, creo que deberíamos seguir con esto. Atrapar al criminal que te hizo aquello es nuestro objetivo. ¿Vale? —Un recuerdo me viene como una bala a la mente—. ¡Ah! Por cierto (tengo la cabeza en mil cosas), Ana me dijo que lo sentía. Que lamentaba mucho lo que te ocurrió. Ella no fue responsable, pero en cierto momento su rencor facilitó las cosas.

El semblante de Melissa adopta un aspecto relajado. Da varios pasos hacia atrás y, de alguna manera, intensifica el color de su piel y de su ropa. Como una imagen de Photoshop cuando le aplicas un fuerte contraste.

—No me porté bien con ella —dice—. No me caía mal. Solo me reí de ella una vez. Iba con una camisa que le hizo sudar como una cerdita. —Agacha la cabeza en un arrebato de vergüenza—. No debí decir aquello de la Insana.

—Ya no importa.

—Puede que ya me haya quedado un poco en paz. —Se echa el cabello ondulado hacia atrás, mostrando la parte de la cabeza afectada por sus heridas mortales limpias de toda mácula. Sonríe como una modelo juvenil en una revista de moda—. Aunque no vas a librarte de mí, aún.

Le devuelvo la sonrisa.

—Me parece bien.

—¿Quieres un consejo?

Esto es nuevo. La chica muerta dando consejos. No ha llegado ni llegará a los quince, y yo ya he visto treinta y ocho inviernos, pero tiene un consejo. ¿El más allá, o esta especie de antesala del más allá, ofrece sabiduría? Veamos.

—Adelante. Aconséjame.

—Deja de ver a Cosette como la ves. No es así. Nunca he entendido por qué es ella quien te gusta.

Seguimos con las sorpresas. Admito que me irrita un poco que se meta en mi vida. Una vida que no he ocultado

a… mis fantasmas. Me pregunto hasta qué punto saben de mi intimidad. ¿Husmean en mi WhatsApp?

—No husmeo nada —dice ella.

Ciertos parapsicólogos creen en que los espíritus consiguen un nivel de telepatía básico y superficial. Puede que ella sea Padawan y yo Jedi, aunque incomoda de todas maneras.

—Qué friki eres —lo dice con sorna y, a la vez, con ternura. ¿Cómo lo hace? Lograr ser adorable e insufrible a partes iguales—. Creo que ya llevo tiempo más que de sobra pegada a ti. Eres un hermano mayor coñazo. Lo sabes, ¿no?

—Te prefería cuando estabas ausente y distante.

—No te preocupes. Me imagino que volveré a ese estado de vez en cuando. ¿Y qué ocurre con lo que acabo de decirte? ¿No vas a tenerlo en cuenta?

Está claro que hoy no tengo el día para planchar. Desenchufo el aparato y lo alojo en la base de sujeción metálica. Me meto las manos en los bolsillos.

—Espero que no vayamos a jugar mucho al juego de la chica muerta que se entromete en la vida privada de un hombre adulto. Si tengo que concederte una primera y última ronda, te diré que Cosette es guapa, lista y chispeante. Es la chica. Podría ser la chica perfecta de cualquiera. Es la mía. ¿Es una respuesta lo suficientemente buena?

—Ya no es tan chispeante como cuando empezasteis a salir. Reconócelo. —Se encoge de hombros—. Perdona, pero no paras de pensar en ella. Es como si tu subconsciente emitiera esas películas que tienes grabadas en la cabeza y yo las recibiera con la antena.

—Menudo símil.

—Es mucho más molesto que un vecino con la música muy alta. —Pone los ojos en blanco—. Ese gesto pícaro que te ofreció en el congreso de los ovnis, lo recuerdas en bucle. ¡Por Dios, te la imaginas contoneando la cadera! Y estoy segura de que no fue así. Es un recuerdo demasiado ideal para ser auténtico, seguro que lo has adulterado.

No pienso dedicar más tiempo a… Aunque, tendrá razón, probablemente… ¡No! Ella no es la persona adecuada para juzgar a los demás.

—Vale, Melissa, créditos finales, ¿sí? Esto se acaba ya. No me he metido en tu vida privada, así que no quiero que tú lo hagas. Le hiciste *bullying* a una persona. Sabes que eso te ha podido costar caro. No te lo he tenido en cuenta ni una vez.

—Tienes razón.

—Por supuesto. Así que no te metas de mi vida.

—Solo quería ayudarte.

—No me estabas ayudando. —Me arrepiento enseguida de decirlo—. Mira, yo… Odio ser un hermanito mayor pesado. No nos conocemos de nada a pesar de que llevemos varios días pasando juntos cada minuto.

—También tengo que darte la razón en eso. No has hecho ningún esfuerzo por saber más sobre mí. Entiendo que no he recibido un trato especial, ya que estoy convencida de que eres así con todo el mundo.

Me llama la atención la definición «todo el mundo» para referirse a los espíritus de los difuntos. Teóricamente, siguen siendo personas. ¿No? Han abandonado sus cuerpos físicos, pero los grilletes de su mentalidad, creencias, moral, entre otras cosas, siguen mandando por encima de otras influencias exógenas.

Por otra parte… ¿soy así con todo el mundo?

—No se tienen estas habilidades para hacer amigos —asevero.

Melissa lo rumia un buen rato.

—¿Por qué no? ¿Está prohibido?

—¿Cómo?

—Utilizamos la boca para dialogar. Sirve para socializar, principalmente. Y tus técnicas psíquicas son una forma de comunicación. O, al menos, pueden serlo, si así lo deseas. ¿Por qué no usarlas de una manera terapéutica?

—¡Solo me faltaría eso! Convertirme en el psicoterapeuta de muertos.

Ella frunce los labios en una sonrisa traviesa.

—Exacto. ¿Dónde está el problema?

—Que dónde…

—¿No crees que también te ayudaría a ti? ¿Para qué crees que tienes ese don?

—Mira, chica, para empezar, no es exactamente un don. No es agradable empezar a descubrir que tienes estas facultades. Empiezan a una edad muy temprana y, te lo puedo garantizar…, no es fácil. —Compruebo la temperatura de la base de la plancha. Ya se ha enfriado. Está claro que hoy no voy a planchar mucho más—. Segundo —prosigo—, que tengas una ventaja física o mental sobre otros no significa que se te haya otorgado para un uso específico. Solo porque alguien mida dos metros diez, no debe practicar baloncesto.

—No es lo mismo.

—Yo diría que sí.

—Si no quisieras tener este don, Isaac, lo habrías perdido. O lo tendrías permanentemente bloqueado. Ya lo has hecho.

Definitivamente, me molesta esta especie de conexión que estoy alcanzando con Melissa Nenge. Me pregunto si acabará sucediendo algo parecido con el señor Bayón y con cada difunto que se va sumando a nuestra pequeña comitiva. Es un tipo de exposición imposible de reprimir. Me gusta cero.

—Es el inspector —dice Melissa.

Me extraño durante un instante. Después suena el teléfono y lo entiendo todo perfectamente. En efecto, el *smartphone* reconoce el número del inspector Salvador Fusco. Acciono el botón de llamada.

—Dígame.

—Tenemos concordancia visual.

A través del auricular puedo apreciar su excitación. El inspector intenta controlarse, pero por dentro está que se sube por las paredes de emoción.

—¿Significa que le tenemos?

—Oh, sí, hemos dado un paso de gigante. Si viene a la comisaría se lo enseñaré personalmente. Le va a encantar.

—¿Me va a encantar?

—Yo estoy encantado. Solo podría mejorarse si el cabrón se llamara Gríma. ¿Recuerda? Gríma, *Lengua de Serpiente*.

—Llegaré enseguida. En la comisaría soy conducido a un ala del edificio donde se puede apreciar un aire diferencial. Paso de estar en un edificio lleno de actividad y polución sónica a una zona de despachos amplios y salas enormes de uso exclusivo. Estoy en un feudo. Se trata de un grupo de despachos y varias salas interconectadas por un pasillo que sirve de encrucijada para que varios grupos de investigación interactúen en piña. O eso intuyo. Aquí Nogués y Fusco podrían ser duques con un séquito de barones de lo más selecto. Un equipo de oficiales de policía formado por Rubio De Bote, Gafitas, Sayaka, Balotelli, Carl Sagan Con Coleta, Under Armour y Starbuck Morena.

No soy muy bueno recordando nombres. Cuando me presentan a un grupo de personas del tirón, directamente me bloqueo con el tercer nombre. Sé que uno de estos se llama Rubén. Y recuerdo vagamente otro nombre femenino que empieza por L y no es Lourdes.

Mis apodos improvisados (y no excesivamente precisos) servirán por ahora.

Ya vi a varios de ellos, o a todos ellos, en la casa de la familia Nestares cuando se convirtió en una enorme escena del crimen de ochenta metros cuadrados. Pero allí no hubo intención de presentármelos. Así que algo ha debido de cambiar. Con todo, aún detecto ciertas miradas de desprecio. Especialmente de Carl Sagan Con Coleta (nombre completo: Carl Sagan Con Coleta Aunque No Pretendo Ser Científico En Modo Alguno), que por edad podría ser aspirante a subinspector, y del tal Under Armour (segundo alias: Ya Que No Puedo Destacar Por Mi Cerebro Lo Haré Por Mis Musculitos De Mierda Que Marco Maravillosamente Con Esta Camiseta Ajustada). Desde su punto de vista, el raro soy yo.

El despacho donde estamos todos reunidos es amplio y dispone de una mesa enorme llena de archivadores

horizontales para colocar varios expedientes en sus respectivas carpetas, con su conveniente ordenador personal, no tan vetusto ni tan anticuado como podría haberme figurado, y con una mesa de reuniones redonda anexa. Varias sillas distribuidas aleatoria y despreocupadamente por toda la estancia y una pizarra en blanco conforman el cuadro general de la habitación. En un armario contra la pared del tamaño de una caja fuerte hay un dispensador de agua fría en garrafa y una Nespresso que casi parece una consola de videojuegos.

El inspector Nogués me estrecha la mano con fuerza. Fusco se limita a guiñarme un ojo. Es el primero quien me pone al corriente, y tiene lógica, ya que oficialmente el caso es suyo y acepta que el papeleo correrá de su cuenta, por mucho que Fusco y yo estemos haciéndole el trabajo sucio.

—Después de revisar todas las cámaras de tráfico y de seguridad —dice—, ya sabe, hoteles, farmacias, cajeros automáticos, se puede hacer un seguimiento exhaustivo de alguien.

—Puede que muy exhaustivo, no —discrepa Fusco—. No somos anglosajones. El concepto de *Gran Hermano* aún debe perfeccionarse un poco por aquí. Pero tiempo al tiempo.

—Aunque, si decides tomar prestado un McLaren naranja para darte un par de vueltas no vas a pasar desapercibido, eso está claro. Entre todas las imágenes nos las apañamos para conseguir varios planos con buena definición y perfectamente encuadrados. Después, la informática ha hecho el resto. Ojalá fueran más rápidas estas cosas, pero se logran los objetivos. Más tarde o más temprano, nos llega una concordancia visual.

—¿Quién es?

Nogués se aproxima a la parte posterior de su enorme escritorio y gira el monitor de su ordenador, donde puede verse la foto del sujeto y una ficha de registro.

En efecto, el individuo es todo lo corriente y moliente que puede ser alguien. En la foto todavía no tiene el pelo muy gris, como en la actualidad, aunque ya le empieza a

clarear.

—Tiene cuarenta y un años —apunta el inspector—. Fichado por alteración del orden público a la edad de veintidós. Desde entonces, al menos según el informe, se ha portado bien. Ahora sabemos que no. Actualmente figura como empleado de ventas en una de las oficinas de Vodafone.

—¿Se lo imagina, Zarco? —interviene Fusco—. «Le llamo de su compañía telefónica. Desea un incremento en la tarifa y contratar varios extras. Y no se lo estoy preguntando. Lo quiere. Todos los extras. Y quiere meter en su cuenta a su cuñado, sus dos sobrinos, sus padres sin teléfono, su jefe y el carnicero de la esquina. Y quiere el *pack* con la televisión, todos los partidos y el puto campeonato de billar americano, si se presta. Y lo piensa contratar ahora mismo.» Sería el superventas de la compañía.

Nogués decide retomar su exposición con cierto desdén.

—Hemos llamado a la compañía, nos ha facilitado el número de la oficina donde supuestamente trabaja el tipo, y allí nadie le ha visto nunca ni sabe nada acerca de su vida privada. A la gente le consta que trabaja allí y que es buen trabajador, pero nadie se explica (en realidad, ni siquiera se lo pregunta) por qué teletrabaja desde hace años. Sus jefes más veteranos saben lo justo. Que es buen trabajador. Pero no viene a trabajar a la oficina. Ya me dirá qué sentido tiene todo esto.

—El nombre, Nogués, el nombre.

—Ah, sí. Se llama Román Mínimo Sagarzazu. Nacido en Irún y, como se especifica en Hacienda, aún sigue teniendo allí su domicilio fiscal. Desde siempre. Con sus padres. Así que, según esta probabilidad, va y viene de su casa al trabajo todos los días, a cuatrocientos setenta y pico kilómetros, sin inmutarse. Ida y vuelta son casi mil kilómetros, por Dios. Y no es propietario de coche alguno. Por supuesto, ahora sabemos que nada de esto es como parece. Pero sobre el papel…

—¿Ha dicho Mínimo?

—Román Mínimo Sagarzazu.

—¿Mínimo?

—Sí.

—Los nombres que usaba para presentarse ante la familia Nestares eran Maxi, Maxine, Máximo y…

—Y ya, es bastante gráfico, sí. Nos dice mucho sobre este caballero.

Fusco se acerca a mí con las manos en los bolsillos. Me llama la atención la situación. Parece un ensayo propio de una escuela de interpretación. Yo con los inspectores, de pie, y los oficiales investigadores sentados por ahí, muy atentos a lo que hablamos.

Y nadie me ha ofrecido siquiera un café. Pero eso es otra historia.

—Solamente tenemos su móvil. Le hemos geolocalizado enseguida. Si le hacemos una sola llamada, le perderemos para siempre. Colgará el aparato y se deshará de él. Un hombre con sus cualidades mentales podría desvanecerse para siempre jamás.

Mi pregunta no puede ser otra.

—El caso es que sabemos dónde está ahora mismo, ¿no?

—Así es. Nogués.

—Sí. Está en las afueras de Madrid, en la urbanización de Santo Domingo, en Algete, más concretamente en el interior de la casa de la modelo de pasarela Sofía Campra. ¿Le suena?

—No.

—No es muy conocida. No obstante, hemos comprendido enseguida por qué se dedica a esa profesión. Tendría usted que verla, Zarco. Y entiendo que a nuestro señor Mínimo también le haya gustado. Es posible que la viera por ahí, desayunando en una cafetería, quedara impresionado por su aspecto y le ordenara mentalmente que le llevara a su casa. Es la prometida de una cirujana, Carla Swagerman, no tan guapa, pero mejor situada económicamente. Su boda está concertada para mayo del

año que viene. Por lo civil, obviamente. Lo cierto es que el estatus social del que gozan proviene de los dividendos de la señora doctora.

Un cierto hormigueo me recorre el cuerpo. Nunca he estado ni remotamente cerca de alguien con un poderío psíquico semejante. Hasta este momento de mi vida, yo era la máxima expresión del mentalismo que había conocido. Y ahora este demonio está al alcance de la mano.

—¿Cuál es el plan? ¿Pueden contármelo?

Noto cómo algunos de los investigadores del equipo se tensan en sus asientos. Under Armour pone mala cara, y entre los dos inspectores se fusilan mutuamente con la mirada. Sea como sea, a nadie le acaba de confortar del todo lo que viene ahora.

—No podemos detenerle, Nogués —comenta Fusco, mirándose la hebilla del pantalón.

—Eso lo sabemos todos —añado yo—. Este hombre podría convertir cualquier cárcel en un hotel de dos estrellas con puerta corredera. Eso si por un casual le entretiene asistir por primera vez a un juicio, lo que no creo que quiera experimentar.

El inspector Nogués agita la cabeza y se apoya en el respaldo del asiento de Carl Sagan Con Coleta.

—No acabo de creerme que este tipo pueda controlarnos a todos.

—Estoy seguro de que puede hacerlo.

—¿Está seguro? ¿Usted puede hacerlo, Zarco? Háganos una demostración.

—No he dicho que yo pueda hacerlo. Estoy diciendo que él sí puede.

—¿Acaso no son iguales? ¿Telépatas médiums?

Busco visualmente el apoyo de Fusco, pero él se dedica a fruncir el ceño mientras sigue ojeando su maldito ombligo.

—No sé si él es médium —respondo—. Es el psíquico más poderoso que he visto, eso seguro. No creía posible que se pudieran hacer ciertas cosas que él hace. Su nivel de telepatía, para mí, era impensable.

—Qué miedo, me voy a cambiar de planeta.

La ocurrencia la tiene Starbuck Morena, a quien no podía asegurar tener en mi contra. Quizá deba contemplar la idea de que yo caiga muy mal a todo este séquito de oficiales de policía. Soy el médium que viene a decirles cosas raras que ellos no comprenderían aunque lo intentasen. Por otra parte, es lo que esperan, y se sentirían muy decepcionados si yo no aportara ese componente excéntrico. Se preguntarían: ¿Para qué tenemos a un médium que no suelta ningún dislate de vez en cuando? Ofrezco una suerte de desventaja a la que ellos no acostumbran a enfrentarse. Aquello que no puede demostrarse científicamente. Que un juez no podría aceptar como prueba.

—De cualquier manera —es Fusco quien interviene—, esto ya lo habíamos hablado. —Ahora se dirige al resto de oficiales—. Todos sabéis que esto se sale de lo habitual. Nunca hemos tenido un caso parecido. No volveremos a tenerlo. Así, no. Debemos estar todos juntos. Tenerlo muy claro. —Una pausa bastante incómoda—. ¿Nogués?

—No hay ningún motivo para que entremos en esa casa, lo sabes bien. Nadie firmará ninguna orden de registro. —Me señala con un gesto, con un tipo de desprecio y un tono dedicados corrientemente a las personas que no están presentes—. Este tío no convencería a ningún juez que nosotros conozcamos. No habrá orden de detención.

—Bueno, todo lo estamos haciendo por la puerta trasera.

—Sí, Salvador, pero ahora llega el momento de la verdad. Me juego muchísimo.

Fusco mira a Rubio De Bote y a Balotelli.

—Dame a dos oficiales y yo y Zarco nos encargaremos de todo.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Por favor, Guillermo. Te deberé una. Una bien gorda.

—No puedo.

Hay momentos y momentos. Instantes en los que el

código de caballería debe dejarse a un lado. Estos policías están jugándose la profesión y su integridad personal para atrapar a un monstruo. Si la metodología de esta investigación llega a su comisario, les abrirán expedientes disciplinares a todos. La puerta trasera a la que el inspector Fusco se refiere es la mejor manera de decir que no están haciendo las cosas según el manual. Si les pillan, podrían acabar controlando el aparcamiento regulado y poniendo multas a quienes se pasan de hora. No sería lícito que yo no estuviera dispuesto a hacer el mismo sacrificio.

Lo hago por ellos.

Vale, esto requiere concentración. Fusco sigue intentando convencer a su compañero para que le eche una mano en la no detención de nuestro asesino. Estamos hablando de facilitar recursos para localizar a un señor y meterle seis millones de tiros en el pecho.

Un señor que, por otra parte, ahora mismo podría estar abusando de una modelo mientras su novia fea golpea unos platillos con un gorrito de botones puesto en la cabeza.

Bien. Allá vamos. Esto no es como entablar una conversación mental. Habría que ensayar un poco. De alguna manera sé cómo hacerlo. Instintivamente. Otra cosa es que resulte. Haré un ensayo previo. Probaré con Gafitas. Parece el rival más débil.

***[Ráscate la nariz]***

El tipo se incorpora un tanto sobre la silla y mira a izquierda y derecha.

No se rasca la nariz.

***[Ráscate la nariz]***

Nada. El tipo mira a Rubio De Bote, que está sentado a su lado. El otro no le hace caso. Gafitas se frota la sien.

No está resultando.

Me concentro. Me concentro de veras. Esto tiene que ser invasivo, agresivo, tanto como una proyección asalto de las que llevé a cabo en la mente de Irene Fusco. Aunque no es exactamente lo mismo. No puede ser una onda de repulsión telepática, en esencia, un arma; se trata de controlar a alguien y que no detecte que lo haces.

***[Ráscate la nariz]***

Gafitas se lleva las dos manos a la nariz y empieza a rascársela con saña. Es un acto de puro dolor.

***[Detente]***

El tipo se relaja y vuelve a mirar a sus compañeros sentados a su alrededor. Es ignorado. Se mira las yemas de los dedos, como si la explicación pudiera estar allí. Ahora me mira, fijamente. Suma dos y dos. Le cambia el rostro.

Hago un sondeo breve por su mente. No se cree una palabra de todo lo que ha dicho el inspector Fusco desde que se entrometió en el caso de su jefe. No cree en fantasmas. Piensa que soy un farsante y un embaucador.

La duda no llega a asaltarle del todo, pero ha sembrado una semilla importante en su cabeza.

No ha sido tan difícil. Creo.

Fusco continúa con su exposición; si me subo a este tren en marcha, podría aportar mi granito de arena.

Esto debe ser más sutil. Como Leonardo DiCaprio y toda esa gente en la cabeza de Cillian Murphy acelerando ese proceso a un absoluto fogonazo. Si el inspector Nogués sospecha que yo he podido tener algo que ver con lo que pienso hacerle, no sé cómo reaccionaría.

—Estamos hablando de abatir a alguien que todavía está lejos de ser sospechoso. —Nogués hace grandes aspavientos mientras se expresa. Sabe que cuenta con el apoyo de su unidad y pretende quedar como un líder razonable—. De qué manera explicaremos cómo llegamos hasta allí. Todo lo estamos haciendo muy irregularmente. Y nos están echando una mano compañeros de otros departamentos que se lavarán las manos si esto les salpica lo más mínimo. Lo sabes muy bien.

Fusco se desespera, con razón.

—¿Y qué propones? Conseguir más pruebas y perder meses y meses mientras seguimos el teléfono móvil de un tipo que va cargándose familias enteras mientras tanto. Y cuando las hayamos conseguido, si es que eso llega a ocurrir, vamos a detenerle de manera implacablemente legal solo para que él nos obligue a dispararnos con

nuestras armas. Porque podría hacerlo. —Ahora es él quien busca mi apoyo visual—. Puede hacerlo, ¿verdad?

—Por supuesto.

Ha llegado el momento. Voy a hacerlo. Nogués sigue negando con todo su cuerpo. Se cruza de brazos y alza la barbilla. No piensa exponer a su equipo ni su carrera. Lo cierto es que le da igual si ese hombre sigue haciendo de las suyas. No lo toma como algo personal. El mundo está lleno de monstruos. La única diferencia entre este y los demás es que sabe de su existencia y de su paradero. El problema es que debe conocer a otros tipos malos que hacen de las suyas, capos y gángsters de alto copete, a los que nunca podrá atrapar. Aunque sepa dónde están, aunque sepa qué han hecho, no poder demostrarlo ante un tribunal hace que los ignore por completo.

Bien, es hora de cambiar las cosas.

***[Fusco tiene razón] [No puedes mantenerte al margen]***

Nogués queda paralizado. Se descruza de brazos y ladea la cabeza. Atraviesa la estancia para llegar hasta el dispensador de agua y llena un vasito de plástico hasta el borde. Se lo bebe de un trago.

—Maldita sea, Salvador. Eres un incordio.

Pone una mano sobre el hombro de Carl Sagan Con Coleta. Se pasa la lengua por el labio inferior. Todo el mundo le observa con detenimiento. Es interesante contemplar cómo una simple piedra llena de ondas el estanque.

—Mario —dice ahora. Carl Sagan Con Coleta dirige la mirada de Fusco a su superior. Se teme algo que no le va a gustar. Chico listo—. ¿No tenías una exnovia en Santo Domingo?

Carl Sagan Con Coleta, que ahora resulta que se llama Mario, se encoge de hombros. Con la expresión contrita que tiene, no parecería un científico aunque se metiera siete filtros de Photoshop.

—Sí. ¿Qué tiene que ver eso ahora?

—No sería difícil explicar que estuvieras por la zona, en el supuesto de que tuvieras que intervenir. ¿No la visitas

con frecuencia?

—No. Me odia. Y ocurrió hace tiempo.

—Nunca lo aceptaste o tienes la crisis de los cuarenta, qué sé yo. El caso es que podríamos justificar que estuvieras por allí. —Nogués empieza a caerme bastante mejor mientras sigue hablando—. Y en cuanto a ti, Eric, ¿no vas mucho al circuito del Jarama a derrapar con tus amigotes?

Resulta que Eric no es otro que Under Armour. Míster Camisa Ajustada y tipo corporal Marvel deja claro que no da crédito con un único ademán.

Nogués no permite que verbalice su desconcierto.

—Vosotros dos iréis con el inspector Fusco. —Antes de que la algarabía resultante alcance un mayor volumen, el inspector pone a su equipo en su sitio con una voz enérgica y autoritaria—. ¡Ya basta, gente! ¡Silencio! Nos calmamos todos y todas. ¿Sí? Estupendo. —Resopla con incomodidad —. El resto seguiremos buscando pruebas más contundentes. Necesitamos algo incontestable. Fusco y su… telépata observarán de cerca a nuestro sospechoso. Posiblemente ya esté cometiendo nuevos delitos, así que dejo a su elección cuándo y cómo intervenir. Si es que eso es lo que debe hacerse.

—En algún momento habrá de hacerse.

—Salvador, por favor. Mario y Eric: iréis con ellos. Cada uno en su coche. Os pondréis a sus órdenes, ¿comprendido? ¿Eric?

—Claro, por qué no.

—¿Por qué no? No es tu superior asignado, pero es tu superior.

—Vale, vale.

—Los acompañaréis. Y si hace falta actuar, en fin…, sabréis qué hacer. Tenéis excusa para estar por la zona en caso de que haya que explicar por qué estabais allí. Por lo demás, espero que no se os vaya la mano. ¿Ha quedado claro?

Se oye una respuesta afirmativa apagada y poco entusiasta. Pero a Nogués le vale. El inspector aplasta en su mano el vaso de plástico vacío que aún sostiene y lo lanza a

la papelera. No encesta por poco.

Los dos inspectores vuelven a medirse con la mirada.

—Me vas a deber una bien gorda. La más gorda de todas.

—Estoy de acuerdo.

—En cuanto a usted… —Me escudriña con detenimiento, como un suboficial militar pasando lista antes del toque de diana—. Más vale que esté en lo cierto.

***[Está en lo cierto]***

—Estoy en lo cierto.

El inspector Nogués pone los brazos en jarras y se muerde el labio inferior con fuerza.

—Pues que Dios nos ayude.

# CAPÍTULO 17

## RECONOCE A TU SUPERIOR

Inmediatamente después de salir de comisaría, el inspector Fusco sugiere que es mejor que hagamos el trayecto juntos en mi coche mientras él me da instrucciones. Los demás nos seguirán a poca distancia. Así que se mete en el coche y conecta el GPS de una tableta inmensa que controla desde sus rodillas, a pesar de que mi vehículo dispone de esa función integrada. En menos que tarda un *husky* siberiano en aullarle a una ambulancia que pasa, el buen inspector se pone a darme instrucciones como un director de orquesta.

—En cuanto pueda, Zarco, salga a la autovía. Por ahí.

Ahora secunda las instrucciones de la voz sintetizada como si yo fuera incapaz de oírla. Un repetidor profesional.

«En la rotonda, salga por la segunda salida. Dirección E-5.»

—Salga por la segunda salida —secunda Fusco—. Dirección E-5. Es cómodo este coche. ¿Es nuevo?

—Casi. No tiene ni treinta mil kilómetros todavía.

«A… doscientos metros… manténgase a la izquierda para incorporarse a la Autovía del Norte, A-1. Dirección Burgos.»

—Incorpórese a la autovía. Ya.

En otros dos coches diferentes nos siguen el agente Carl Sagan Con Coleta, que ahora se llama Mario, y el tal Eric Camiseta Ajustada Under Armour. Zoquete. Zoquetes. Que sabrán lo suyo del arte policial, si es que es lícito llamarlo de esa manera, aunque podrían mirar un poco mejor a los colaboradores externos que, por otra parte, van a servirles en bandeja a uno de los peores asesinos en serie. El peor

asesino en serie, en verdad.

Compruebo el retrovisor central. El espectáculo es sensacional. El señor Bayón está pegado a la ventanilla derecha, pero mantiene la vista al frente, hacia el apoyacabezas del asiento delantero. Como siempre, en su manía de ir y venir de quién sabe dónde, sus manifestaciones antojadizas me inducen a prestarle más atención. Como si su mera presencia fuera un indicador de que algo importante está a punto de ocurrir. No siempre es así, ya lo he comprobado. Pero es verle aparecer y no puedo evitar tensar todo el cuerpo. El motivo de que se deje ver sentado y en silencio me rompe el cerebro. Elucubrar sobre el porqué de este esquivo y caprichoso comportamiento podría llevarme horas. El jarrón de sus cenizas sigue amarrado con cintas a una de las paredes del maletero. Es, por decirlo de alguna manera, su grillete a este vehículo.

A su lado, en el hueco central del asiento trasero, está Melissa. Ella sí me mira fijamente por el reflejo del espejo. Muy atenta, al menos esta vez, a todo lo que hago. La chica no se desvanece sin motivo, pero su concentración sí imita el comportamiento habitual. Ahora está concentrada y es consciente de su entorno, ahora ya no. Admito que prefiero sus ausencias. Me incomoda esa manera que tiene de clavarme la mirada. Por no mencionar que es el espíritu con el que, al menos hasta la fecha, más conexión he tenido. En realidad, es el único con el que he establecido semejante vínculo. Como ya he teorizado antes, debe ser por el tiempo que ya lleva pegada a mí.

El recién incorporado, Jair Nestares, ocupa el asiento sito justo detrás de mí. Está casi fuera del marco del retrovisor. Apenas si le veo. Tan ausente como el señor Bayón, aunque sí observa el paisaje a través de la ventanilla con cierto interés.

No se hacen caso entre sí. Respetan el espacio que ocupan, figuradamente, por supuesto, pero actúan como si estuvieran solos. No me cambiaría por ellos por nada del mundo. Entiendo que para estar así es mejor dar el salto a lo que sea que venga después.

A no ser que tengas una cuenta pendiente. Quizás una promesa que le hayas hecho a un hijo, por poner un ejemplo. Y luego te vas, adonde sea que tengas que irte.

—¿Zarco?

—¿Sí?

—¿Hay alguien más con nosotros? —Fusco se asoma al hueco entre asientos para echar un vistazo atrás. Ni que decir tiene que no ve nada.

—¿Estamos solos o no? Le he visto observar el retrovisor. Hace solo un rato. Parecía muy atento a algo. Así que, dígame, ¿quién está aquí?

—¿De veras quiere saberlo?

—Eso significa que sí.

—Están ahí detrás. Tenemos tres ocupantes.

La tableta se le cae de las rodillas al suelo del habitáculo.

—¡Dios!

Agarro el volante con más fuerza. La voz femenina de la aplicación móvil sigue dando indicaciones, en este tramo, un poco innecesarias.

—Tranquilícese, inspector.

Fusco se queda un buen rato asomado al hueco entre asientos, mirando hacia atrás con un montón de dudas en la cabeza. No me siento ni capaz de sondearle telepáticamente para que un maremoto de preguntas e interrogantes relacionados con la *mediumnidad* me asfixien por completo.

—¿Echarán una mano? ¿Nos ayudarán?

Lanzo un vistazo rápido por el retrovisor. Melissa frunce los labios y se encoge de hombros.

—Mejor no contar mucho con ellos. Quizá no sean capaces de hacer gran cosa.

Se hace el silencio.

Fusco se repone en su asiento, todavía muy agitado y nervioso. Seguramente crea que un poco de ayuda sobrenatural no nos vendría nada mal, dadas las circunstancias.

El resto del viaje lo hacemos todos en silencio. Solo la voz del GPS se atreve a romper esta quietud.

Llegamos a la urbanización Santo Domingo, en Algete. Una ciudadela de chalets de cierto nivel, la mayoría con jardín y piscina y pequeñas fincas cercadas. Román Mínimo Sagarzazu, RMS, demuestra de esta manera no tener remilgos a la hora de encapricharse de quien sea. El nivel adquisitivo de las víctimas no importa. Un aspecto más para temerle. Un hombre impulsivo que se mueve según se le presenten las cosas. No tener víctimas favoritas le convierte en impredecible, y no sé si da más o menos miedo.

Fusco pide ayuda a la central. La ubicación física del *smartphone* de RMS le sitúa en el interior de un chalet en lo alto de una pequeña loma. Hay que apartarse de una de las avenidas principales de la urbanización para subir por una calle corta y empinada que culmina en la base donde el hogar de la doctora Carla Swagerman tiene su fachada principal.

—Está ahí.

Fusco me indica que me dé un paseo por la zona, conduciendo muy lentamente, y vuelva a la avenida principal. Hay dos casas, a izquierda y derecha de la que nos interesa, situada en el centro. Los coches más caros están aparcados dentro de las fincas, algunos delante de las puertas de los garajes y otros, suponemos, en su interior. Como podemos imaginar, un total de dos o tres coches por casa, si no más, los que están aparcados en el exterior son también propiedad de los dueños de estos chalet.

Aparcar delante de la casa o en las cercanías superiores de la cuesta implicaría exponernos demasiado. Por lo que es conveniente detenernos y estacionar momentáneamente al principio de la calle. Pegados a la avenida principal. Fuera del campo de visión de cualquiera de las ventanas de la casa objetivo. Eso nos obliga a hacer el camino empinado a pie si queremos ver algo. Pero aún falta para que eso pueda ser necesario.

Fusco recibe indicaciones por su teléfono móvil.

—Parece ser —dice— que el Audi A3 cabriolé que hemos podido ver fuera es el vehículo privado de la modelo. La cirujana tiene un AMG en el interior. No lo

hemos podido ver debido a la cerca. Según Nogués, en la clínica privada donde trabaja Swagerman están preocupados porque lleva los dos últimos días sin dejarse ver. No ha anunciado que esté de baja y no responde a las llamadas.

—Mala señal.

—En cuanto a su novia guapa, como no está muy activa y está en lista de varias agencias, nadie la ha echado de menos aún. Piensan que, si no está trabajando con ellos, lo estará haciendo con otra gente. No creo que Mínimo sepa que hemos preguntado en esos sitios, aunque convendría hacer… lo que sea que vayamos a hacer muy rápido.

—Supongo que ahora me toca a mí.

Con el coche estacionado y los de nuestros dos escoltas en circulación cercana por la zona, a la espera de órdenes, apago el motor y me quito el cinturón para acomodarme en mi asiento de conductor.

Empiezo a concentrarme. No tengo que cerrar los ojos para hacer proyecciones, pero mi expresión podría alterar la tranquilidad de mi acompañante vivo. Mi mente se activa y sale de su foco craneal. Cada vez me resulta más fácil. Elevo mi posición para avanzar a unos cuatro metros sobre el nivel del asfalto. Mi visión es de 360 grados, pero el enfoque no difiere mucho del plano general de una persona con buena vista. Es una manera de concentrarse en un ángulo primordial, difuminando el resto. Según me dijo mi padre, el propio psíquico regula su velocidad. Podría alcanzar, si quisiera, una velocidad enfermiza. Quién sabe si una velocidad infinita, de instantaneidad total. Como no ceso de decirme, todavía no me he puesto a prueba de verdad.

El viaje es el propio de un dron. Mi cuerpo aún envía señales sensitivas. Siento el aire acondicionado en mi piel y el tacto de la ropa. Puede que incluso el olor a colonia recia y un toque de sudor del inspector, sentado a mi lado. Y al mismo tiempo estoy sobrevolando la zona en dirección a la casa. Una casa que yo no podría permitirme aunque escribiera todos los artículos del mes de *Siglo 100* durante

varios años seguidos.

En cuanto me aproximo a la fachada principal, tras vislumbrar un jardín de lo más sugerente de estilo japonés, veo a quien debe ser la doctora Swagerman esperando en la puerta de acceso a la vivienda con apariencia de estar bastante perdida. Parece drogada. Dirige su mirada hacia la puerta cerrada de la casa, muy quieta. Alguien que aguarda para entrar, pero no lo hace. De no ser por los movimientos casi imperceptibles que hace con la cabeza o las manos, parecería un fotograma fijo. Lleva una camisa de estilo italiano y una falda negra. Ropa cómoda pero elegante para andar por casa. Y ahora gira la cabeza hacia arriba para mirarme. Lo hace fijamente.

Mierda. Está muerta. Solo un espíritu podría verme, y ni siquiera un muerto tendría por qué. Ella me ve.

Ahora estoy delante. No tengo que hacer el recorrido completo. Es tan directo como ver una cornisa y al momento estar ahí. Me muestro con mi aspecto físico para que ella pueda verme.

—¿Carla Swagerman?

He visto fotos de la pareja que vive en la casa. No necesito su confirmación. Sé que es ella, pero conviene saber cómo focaliza la actual situación que atraviesa.

—¿Quién es usted?

—Soy Isaac Zarco. ¿Usted es…?

—Carla. Carla Swagerman. Tenía usted razón.

Entonces se levanta la camisa y me muestra su abdomen. Una incisión realizada por un instrumento invisible le recorre en horizontal todo el bajo vientre y luego asciende. La herida se abre sola mientras ella la mira con indiferencia y yo con horror. Forma un siete acostado a la derecha. Las entrañas tardan unos tres segundos más de la cuenta en desparramarse. La doctora pone las dos manos para sujetarse la mayor parte de los intestinos, pero se le derrama una cantidad enorme de tripa que se queda colgando. El sonido es repugnante. La falda larga se le pega completamente a la piel por el baño de sangre consiguiente. Es solo una representación espectral. Ya sé cómo ha

muerto.

—¿Cómo ha sido destripada, señora Swagerman? ¿Ha sido usted?

—Sí. No. No quise hacerlo. Él está con mi novia.

—De acuerdo, él la obligó. ¿Está dentro ahora mismo?

La muerta me contempla como si yo fuera una especie de dios o algo parecido. Puede que su experiencia *post mortem* no haya pasado de este recibidor japonés.

—¿Está dentro? Por favor, es necesario que se centre.

—Sí.

—¿Está dentro ahora mismo?

—Ya le he dicho que sí.

—¿Cuándo la obligó a destriparse?

—Ayer por la mañana. En el sótano. Puede que mi cuerpo siga en el sótano. Me da miedo verme.

Hace un día. Mínimo no debe llevar mucho ocupando la casa. Parece que se encargará de esta pareja mucho más rápido que de los Nestares. Quizá sea solo un tentempié antes de elegir a otra familia, más numerosa y con más demonios internos. Esto es comida rápida para llevar.

—Su novia, ¿sigue viva?

—Sí.

No necesito que me dé muchos detalles. He visto fotos de la mujer. Me puedo imaginar lo que RMS quiere hacer sin testigos.

Por otra parte, esto ya nos lo temíamos. No me coge desprevenido.

—Usted no es un espíritu —Swagerman lo dice con total convicción. Con un deje de asombro, y es posible que albergando esperanza. Sabe que vengo a ayudar. O a intentarlo, al menos—. Tenga mucho cuidado ahí dentro. Esta casa ahora es un centro de maldad.

Mi proyección se transporta al interior de la casa. Localizar la explosión de pánico no me lleva mucho. Es casi como un olor, inunda mi radar telepático, por decirlo de alguna manera. La otra mujer está en el dormitorio. Estoy allí en un chasquear de dedos mental. Está sentada sobre un lateral de la cama. Viste lencería. El maquillaje no es

demasiado profesional, podría haber sido maquillada por un aficionado. ¿Por Mínimo? No hay nadie más en la habitación. Ella está aguardando.

Un sondeo rápido de la superficie de su psique indica con suficiente detalle lo que ocurre. Sofía Campra cree estar viviendo en la casa de un diseñador de moda. Un tipo apuesto llamado Max. Ella tiene unos gustos más amplios que la doctora. Como diría César, ostras y caracoles. No es capaz de recordar el apellido del tal Max, y no le hace falta. Es una superposición de recuerdos muy cutre, pero está arraigado en su conciencia mediante un cerrojazo del resto de su voluntad. No sabe mucho sobre el tipo y no se pregunta nada más. Es Max. Es el propietario de la casa. Está enamorada de él. No recuerda cuándo o cómo se conocieron. Es Max. Su Max.

La voz del inspector Fusco resuena en mi cabeza como un mensaje por megafonía.

—¿Qué ve? ¿Va todo bien, Zarco?

Intento activar mis cuerdas vocales a distancia. Nunca lo he hecho.

—Silencio. —No me ha costado demasiado esfuerzo. Esto de la mente es un misterio insondable. La concentración que requiere la proyección astral necesita prioridad, aun así, puedo con todo—. Prometida muerta.

Escucho una maldición silenciosa. El sonido llega a mis oídos, justo a unos palmos de distancia del inspector. En mi Yo consciente, ese sonido se transporta hasta el dormitorio de la modelo, Sofía Campra.

Tengo la sensación de que ahora ella se pasea por la casa siempre de esta guisa. Con zapatos de tacón alto y medio en cueros. Unos cueros de alta costura pensados para el mercado del sexo y similares, aunque ropa interior, a fin de cuentas.

Oigo un ruido en el cuarto de baño anexo. Se abre la puerta y sale el tipo del pelo gris, en bañador, despreocupado. Como si fuera su casa. Es Román Mínimo.

—¿Todo bien, cielo?

Ya no estoy dentro de la mente de la mujer. Sin

embargo, ¿podría haber dejado un rastro psíquico dentro de ella? Temo que él pueda detectarme en…

DOLORdolorDOLORdolorDOLORdolorDOLORdolorDOLORdolorDO

Estrujamiento. Soy papel. Una mano me arruga. FURIA. Detectado. AGONÍA. Me pisotea. RASGADO. Escupe en mí. Expulsado. FRUSTRACIÓN. Vapuleado. Mente poderosa. FUEGO. Galaxia me cae. Mastica conciencia. PUNZANTE. Me dice *[Eres muy osado]*. Me dice *[Lo vas a lamentar]*. Súplica. Soy un géiser de súplica. BURLA. Mujer castigada. Él dice «Zorra idiota». Sonido llega lejos. DESPRECIO. Mujer lanza por ventana. Fusco grita. Compulsiones. AHOGO. Cristales rotos. Golpe seco. DIVERSIÓN. Él dice *[Mira lo que has hecho]*. Él dice *[Era una preciosidad]*. Onda expansiva. LOCALIZANDO. Compulsiones. Infarto.

Muerte llega.

El universo es una voz.

—¿En serio hablas con los muertos? —Todo lo que hay, todo lo que ha sido o pudo ser, todo lo que podría acabar siendo, es la voz—. ¡Vaya! Eso nunca he podido hacerlo.

Es un cine. No, es una sala de proyecciones privada. Similar a la de algunas compañías cinematográficas. En salas pequeñas como esta, para cincuenta espectadores aproximadamente, se hacen muchos pases privados de estrenos de películas importantes.

La sala está vacía a excepción de Max y yo. Él tiene el pelo gris recogido en un moño diminuto en el cogote. Se le escapan muchos mechones porque no lo tiene tan largo como para recogérselo del todo.

—Me lo estoy dejando crecer —dice.

La película empieza a proyectarse. Soy yo en el Toyota, con convulsiones. Muriéndome. Espuma por la boca. Estoy teniendo un colapso total. Mi cerebro tiene una embolia, mi corazón sufre un paro cardíaco, mi sistema nervioso estalla y mil procesos de muerte más se efectúan todos a la vez.

—No es tan dramático —dice Max—. Lo de la cabeza y el corazón, sí. Desde luego. Qué menos.

A mi lado, en la película, el inspector Salvador Fusco saca la pistola del interior de su chaqueta y se la mete en la boca. Cuando sale del vehículo y camina hacia la casa de la doctora Swagerman, lo hace sujetando el cañón de su H&K VP9 firmemente con los dientes. Hay un testigo, un vecino que está en la terraza de su casa, que olvida la escena en cuanto sale de su ángulo de visión. Mínimo abre la puerta al inspector y le obliga mentalmente a que le acompañe a la cocina del chalet. Allí, Fusco le entrega el arma a Mínimo, así como las esposas que lleva pegadas al cinturón en su cadera izquierda. Mínimo le esposa las muñecas a la espalda.

—No lo necesito —dice Max—. Es una medida de seguridad cautelar. Innecesaria. Incluso *equazemp*. Qué le voy a hacer. Peco de cauto.

La orden mental de Max no está ni en la imagen ni en el sonido de la película. No sé cómo puedo detectarlo en la proyección. Es una orden para Fusco.

***[Será el mejor rehén del mundo] [No intentará nada que me haga enfadar]***

La orden es ley. Es como la gravedad del Sol. Fusco no puede escapar aunque lo desee con todas sus fuerzas.

Yo, en el coche, finalmente me estabilizo.

—Es cosa mía.

No hay embolia. No hay infarto.

—Es cosa mía.

Es cosa de Max.

La proyección se acaba.

—Y ahora —dice Max—. Tú y yo vamos a tener unas palabritas.

Estoy perdido.

# CAPÍTULO 18

## NUNCA PARECIÓ FÁCIL

—¿También mueves objetos con la mente?

—No.

—¿Tocas cosas y te llegan imágenes pasadas de sus usuarios?

—No.

—Pero ves a los muertos.

—Sí.

—Y hablas con ellos.

—Sí.

—Y, ¿qué te dicen?

Mínimo me hace las preguntas con el mismo entusiasmo de un fan acérrimo. Parece a punto de rogar un selfi.

Como si tuviera alguna necesidad.

—¿Por qué no me lees la mente? Es más rápido.

Él sonríe y uno de sus ojos emite un destello brillante, como si fuera de acero, sin serlo. Me recuerda a un personaje de una serie animada de mi infancia.

—Eso estoy haciendo.

—¿Estamos en mi mente?

—Eres el tío más difícil de hackear que me he encontrado jamás. En serio. Está siendo fascinante. Isaac Zarco. Te garantizo que no voy a olvidar tu nombre mientras viva.

Reparo en la situación, como en ese instante en que un sueño se vuelve lúcido y te das cuenta de que lo que parecía normal es extraño de cojones.

Estamos en una estación de tren. En la cafetería de una

estación de tren. Reconozco el lugar, aunque diría que es una mezcla de varias estaciones diferentes en las que he estado en mi vida y otras totalmente desconocidas. La cafetería tiene la terraza en el mismo andén. Las mesas están llenas y los pasajeros que aguardan el siguiente ferrocarril parecen vestir ropas de distintas épocas. Lucen bombines y chalecos decimonónicos, incluso esa señora con sombrero que parece a punto de embarcarse en el *Titanic*.

—Lo siento —se disculpa Mínimo—, lo he construido con lo primero que he encontrado. Algo de verdad detecto por aquí. Pero hay un montón de cosas de películas y de esas flipadas tuyas del misterio. Fotografías de artículos de revistas y libros especializados, y otras mierdas de esas.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—No te asustes, ¿vale? Solo estamos hablando.

—Acabas de decir que estás intentando perforar mi mente.

—He dicho que te estaba hackeando, que no es exactamente lo mismo. Y tampoco es así del todo. Se parece lo justo. En realidad, estoy conociéndote.

—Mientras estamos aquí, en esta simulación, estás haciendo otras exploraciones en segundo término.

—Jesusito de mi vida, no me lo puedo creer. Eres avispado, Isaac. ¿Demasiado como para ser peligroso? —Me guiña un ojo con expresión juguetona—. Un pelín. Isaac por Asimov. ¿Me equivoco? No. Ni de coña por el apóstol. Tampoco por Newton. Isaac por Asimov. —Se lleva una taza imaginaria de café a los labios y lo saborea—. Menudo era tu padre, ¿eh?

—Deja en paz a mi padre.

—Es tu mayor anhelo. Casi es una obsesión. Tu padre te metió en todo esto. Y debo darte las gracias, o dárselas a él, porque has conseguido intrigarme de veras. ¿La maldita niñata que hacía *bullying* a Ana *la Insana* está contigo? Es genial. ¿Dirías que se está enamorando de ti?

—No lo creo.

—Prefieres no pensar en ello, que es muy distinto. Aunque podrías tener razón. Más que un enamoramiento

parece un encoñamiento. Propio de su edad. Incluso muertas siguen siendo presas de sus hormonas. El propósito de su existencia es la reproducción. Están diseñadas así. Incluso sin cuerpo físico siguen humedeciéndose en cuanto ven a un señor interesante. ¿Eso es lo que eres? Ya lo creo. Muy interesante, sí. ¡Hablas con los putos muertos!

—¿Vas a hacerme daño? ¿Lo que les has hecho a los demás? Lo que seguro que le haces a todo el mundo.

—La psicología es el miembro prostético del telépata. Tú lo sabes bien. Me ha encantado encontrarme con esa frase aquí dentro. Me fascina que hayas averiguado eso sin haberte metido ni un segundo en mi cabeza. Eres tremendo, Isaac por Asimov. Tremendo. Y sí, debo confesar que no ha habido una sola persona en toda mi vida a la que haya conocido y no haya matado. No me gusta dejar equipaje atrás. ¿Para qué mentirte? La verdad es el poder palpable del intocable. Se miente para obtener objetivos que te facilitan los demás. Si los puedes tomar por la fuerza, no es necesario engañar a nadie.

—Vas a matarme.

Un tren entra en la estación haciendo un ruido espantoso y expulsando un humo negro sobrecogedor.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¿Porque lo hago siempre? Sí, es una respuesta lógica. Y la verdad es que no lo he decidido. Estoy muy intrigado ahora mismo e ignoro cuánto va a durar esto. Puede que lo haga. Cuestión de inercia. A pesar de todo, una conversación contigo me apetece mucho. Hablas con los muertos y nunca he hablado con nadie que hablara con los muertos. Me encantaría hacerte mil preguntas.

Racionalizar la situación está de más. Podría ayudarme a poner en orden mis ideas. En este momento RMS está sondeando mi mente sin que yo pueda hacer nada. Hurgando en mis archivos mnemotécnicos, averiguando todo lo que necesita saber, curioseando sobre mis gustos musicales, mis recuerdos buenos y malos. Desnudándome por completo. Con una visión menos subjetiva podría interpretar cosas de una manera diferente. Ver mis

experiencias pasadas desde una perspectiva nueva, y que pueda ser más sensata o juiciosa me molesta tanto como el hecho mismo de que esté cotilleando en mis cosas. En el más estricto sentido de la expresión.

Esta especie de simulación me viene bien para no activar defensas mentales instintivas. Si es que las tengo. Supongo que el tipo es bueno en lo que hace. Mejor que yo, al menos. Puede que el mejor. ¿El mayor telépata del mundo es un asesino en serie por ser telépata? Porque está claro que ser asesino en serie no le ha dado poderes mentales. ¿O se trata de una casualidad?

Mínimo chasquea los dedos delante de mi cara.

—¡Eh, despierta, chico! Hay algo que me tiene en ascuas. No he podido echar un ojo a las revistas que se venden en la tienda de prensa de la estación. Está todo lleno de información sobre ti. Las alegorías psíquicas son formidables, ¿no crees? Hay un montón de material aquí sobre tu padre. Menuda influencia ejerció sobre ti. Tu héroe. Incluso con sus defectos y sus traiciones, el desprecio absoluto a su promesa matrimonial…, a sus promesas en general… Y nada de eso te importa. Es tu héroe. Punto. Te metió en la cabeza un montón de ideas honorables. ¿En serio te crees un caballero de lustrosa armadura?

—¿Te parece mal? Mi padre me enseñó principios.

Mínimo se cruza de brazos y pone cara de desagrado.

—Eso ya no se hace.

—Es cierto. Los padres esperan que todo lo útil se enseñe en la escuela. Que los críos vengan aprendidos o que les eduque la televisión. Solo los padres pueden inculcar moralidad y ética en los hijos. Si no se hacen cargo de esa responsabilidad, ahí fuera ellos encontrarán un mundo lleno de influencias externas definitivamente egoístas. Lo aprenderán todo mal.

—Qué maravilla. Tuviste un padre cojonudo.

Los encargados de la estación hacen sonar sus chirriantes silbatos y el ferrocarril se dispone a salir de nuevo de la estación con toda la pompa y el estruendo propios de otros tiempos.

—Me juzgas —añade Mínimo—. He visto lo que opinas de mí. Lo he oído por megafonía en el interior de tu cabeza. Lo entiendo. Es fácil prejuzgar al león cuando eres un antílope. Pero si puedes ser un depredador, eliges serlo. Si no tienes opción, entonces te quejas de los predadores. ¿Qué otra cosa vas a hacer? Cuando eres pobre, odias a los ricos, ¿no?

—Ahora viene cuando te justificas.

—No voy a poner excusas. Cuando vives más tiempo en la mente de los demás que en tu propia mente, viendo sus procesos mentales desde que eres un niño…, todas las locuras de la gente se convierten en las tuyas. Puedes llegar a perder el norte por completo. Cuando cumplí los dieciocho años, era completamente diferente a los demás chicos de mi edad. Y empecé a aficionarme a crear el mundo que me rodeaba en función de lo que hacía vivir a los otros en sus ensoñaciones. Poder ser un vendedor de coches empático, el amigo preferido de un niño o la chica comprensiva y sexi de una adolescente reprimida. He sido tantas veces lo que los demás deseaban, que no he llegado a tener muy claro qué querría ser yo.

La estación se ha quedado vacía del todo. Solo hay unos pocos clientes en la terraza de la cafetería. Callados y contemplando el interior de sus bebidas. Maniquís humanos. Una realidad virtual que no pretende ser interactiva ni tramposa. Es un escenario como cualquier otro, que únicamente está como fondo de esta conversación, que ni siquiera es real, ya que Mínimo ha reconocido estar atacándome psíquicamente.

—Dicho así —comento ahora—, te hace parecer una víctima.

—Con un padre como el tuyo, yo habría hecho algo por el mundo. En lugar de perseguir fantasmas y tratar de adelantarse al destino que nos aguarde en la otra vida. Sabiendo el potencial que tenías, ¿cómo no entrenaste? Eres como yo. Podrías haber acabado haciendo las cosas que yo hago. ¡Y además ves a los difuntos! Eso es emocionante.

—Sí, supongo que el malo ahora soy yo.

—¿Qué has hecho por el bien? Con toda esa ética metida con calzador en tu cerebro no has intentado hacer del mundo un lugar mejor. Fíjate en la clase política que tenemos. Son psicópatas. Ni siquiera se molestan en ocultar que están ahí con la única intención de robar todo lo que puedan y retirarse con un sueldo vitalicio desorbitante. ¿Te parecería inmoral controlarles psíquicamente para que hicieran algo por los demás? Bajar los impuestos, machacar menos al pueblo. No lo harán a no ser que tengan un intruso en sus mentes que les obligue a obrar así. Por tanto, la pregunta es: ¿resulta más inmoral controlarles que no hacerlo? Entre todos están conduciendo este mundo hacia el abismo.

—Tú tampoco has hecho nada al respecto.

Mínimo se lleva una copa de agua a los labios y los humedece sin llegar a beber.

—A mí me da igual lo que hagan —dice—. No me afecta. No pago impuestos (lo cierto es que no pago por nada) y sus decretos no van conmigo. Estoy fuera de este mundo, Isaac por Asimov. Pero yo no tengo esas directrices éticas que tú te autoimpones. Si yo fuera como tú, habría impedido muchas injusticias cometidas a lo largo y ancho de todo el planeta. ¿Qué has hecho tú?

—No soy tan buen psíquico.

—Eres lo suficientemente bueno como para espiar a tu novia. El tipo del nudo Eldredge, por ejemplo. Si has sabido averiguar eso, sabrías hacer otras cosas. Y ordenar a la gente normal que hagan lo que quieres no tiene mucha dificultad. Pero eso ya lo sabes. Ya lo sabes, ¿eh?, pillín. Y aunque te has obligado a olvidarlo, te planteaste suprimir ese maldito recuerdo de la mente de Cosette.

Oírle hablar de Cosette me revuelve el estómago.

—Jamás pensé tal cosa.

—Sí lo hiciste. Pensaste en quitarle ese recuerdo. Borrar por completo esa experiencia en el hotel Arts.

—No es cierto.

—Llegaste a paladear la idea, Isaac. No duró mucho, esa es la verdad. Sin embargo, se te pasó por la cabeza.

—No.

—Habría dejado semillas, hebras que conectan con otros puntos del mapa neuronal. Sé de lo que hablo. No es tan fácil borrar algo así y que no deje huella. Aunque no es posible reconstruir el recuerdo si haces un buen trabajo psíquico.

Me da miedo oírle hablar con esa tranquilidad acerca de lo que cualquiera consideraría un superpoder de todo grado malévolo. «Hacer un buen trabajo psíquico.» Casi como una chapuza de electricista. A ver cuánto dura.

—Puede que lo pensara. Pero no lo hice.

—Hay personas en todo el mundo que sueñan con infidelidades. Van a la playa, viajan en metro y ven personas que les agradan. Personas con las que mantendrían relaciones sucias. Depravadas a veces. Se montarían encima de cientos de mujeres u hombres. A pesar de eso, nunca lo hacen. ¿Son infieles? Pecar de pensamiento es una infidelidad. ¿Son mejores esos que los que sí llevan a cabo esas acciones con las que sueñan? Mucha gente no es infiel porque su atractivo físico les da para lo que les da. Es como decir aquello de «Yo nunca me gastaría dos mil euros en unas gafas de sol». Todo dependerá del dinero que tengas. Para algunas personas sería un sueldo entero en unas gafas, y otras ni se plantearían gastarse el dinero en una porquería tan barata.

—La diferencia entre tú y yo está en nuestros actos.

Mínimo pone cara de decepción y tamborilea con los dedos de ambas manos sobre la mesa. Me hace sentir todo lo incómodo que puedo sentirme.

—Iba a pedirte que te unieras a mí. Jamás he encontrado a otro como yo. Un equivalente. Como esas novelas donde un vampiro cree ser el único del mundo. Hasta que se topa con otro.

Para mí ha sido bastante más traumático. Y he decidido frenar, o detener del todo, a este hombre. ¿En qué estaría pensando?

—¿Unirme a ti? —le pregunto—. ¿Quieres que mate familias enteras?

—No, hombre. Te molesta todo. No. Me refiero a ir por ahí, haciendo el mundo mejor. Controlando a presidentes y jefes terroristas para que dejen de hacer el mal. Lograr una utopía. Nadie puede hacerlo, pero nosotros podríamos intentarlo.

—¿Estás de broma? De veras crees que…

—¿Recuerdas el atentado en la catedral de Niza de la semana pasada? Un tunecino que sacó un cuchillo de repente y, sin previo aviso, degolló a las tres personas que tenía más cerca. La gente huyó y varios agentes de policía que acudieron tuvieron que dispararle repetidas veces para detenerle.

—Algo he oído.

—Pues cuando lo metieron en prisión, hice una proyección desde aquí a París, lo localicé, me introduje en su mente y le provoqué daños neuronales irreparables. Ahora el socio no puede orinar sin que sienta fuego vivo por la uretra, defeca cristales rotos y su sistema nervioso multiplica por treinta y cinco mil cualquier señal de dolor. ¿Por qué lo hice? Por diversión, ya te he dicho que sería sincero. Y porque sentía que lo merecía. Realmente existía una justificación ética en mis actos. Yo lo sentía así.

—No sirvió para hacer mejor el mundo.

—Es justicia kármica. Ese hijo de la gran puta odiará tener que ir al baño. No está mal, ¿eh?

Es su manera de excusar un comportamiento, por otra parte absolutamente infantil. La justicia vengativa del simple. Del que soluciona el problema de la droga adulterando todas las dosis del mundo para que los consumidores se maten ellos mismos. Si bien es cierto que puede teletransportar su mente a grandes distancias e introducirse en la de quien sea, ¿no hubiera sido mejor escarbar en los recuerdos del individuo, averiguar la identidad y ubicación de sus compinches terroristas e interceptarles? Repitiendo esta operación con cada sujeto se podrían desarticular organizaciones siniestras enteras en todo el mundo.

Pero Mínimo solo piensa en arrancar las alas a las

moscas que le molestan y, luego, contemplar cómo corretean sobre la mesa.

—No creo que tú y yo encajáramos.

Se ajusta la gorra roja sobre la cabeza y me enseña una sonrisa blanca de dientes perfectos. Los rasgos de su cara se vuelven incluso seductores. ¿Quién podría haber sido, si hubiera nacido sin estas habilidades extrasensoriales?

—Formaríamos un equipo fantástico. Poli bueno y poli malo. Tú tratando de contenerme y yo aprendiendo a ser mejor persona. No haría falta que mantuviéramos conversaciones alguna. Nos mandaríamos paquetes completos de información. Hacer planes complejos, y subplanes dentro de los planes principales, todo ello en cuestión de una milésima de segundo. ¿Te lo imaginas? Incluso podríamos agenciarnos una batcueva. Acabaríamos con redes de esclavitud, haríamos que los poderosos se encargaran en serio del problema del hambre y de la energía en todo el globo terráqueo. Las drogas, las guerras. No habría crisis que no pudiéramos superar. Además, yo podría salir de mi estado *eianisse* y, para redondear la jugada, completar tu entrenamiento.

Me ofrece su mano en un gesto bastante teatral.

—Es una oferta tentadora.

—Ahora mismo sigues en el interior de la casa. Fui a buscarte al coche y te introduje inconsciente en el chalet de la buena doctora. Fusco está ahí al lado, en la cocina. Los dos policías que rondan por la urbanización continúan esperando recibir órdenes. Todo esto lo sé porque tú lo sabes. «Tus sentimientos les han traicionado.

»Y no ha transcurrido apenas tiempo. Sería un problema muy gordo para ellos que tú decidieras volverte en mi contra. Esos idiotas… Mario Carl Sagan Con Coleta y Eric Under Armour (me encanta tu sentido del humor) podrían estrellarse frontalmente con sus coches a toda velocidad y morir. Incluso me los podría llevar al circuito que está a dos pasos de aquí y permitir que el choque fuera a una velocidad extrema. ¿Querrías verlo? Puedo hacer una visualización bastante realista de lo que podría ser. Y en

cuanto al inspector… Qué pena. Te cae simpático, en el fondo. ¿Qué es lo peor que podría hacerle? ¿Que se quemara vivo? ¿Que se arrojara a un tren de alta velocidad? Nada en exceso rápido. Besar su pistola y todo eso. Repentino. No hay dolor ahí. Fuera.

—He dicho que es una oferta tentadora.

—No has dicho que sí.

—Si digo que no, ¿no podrías controlarme y hacerme decir que sí?

—Es más satisfactorio si lo haces voluntariamente. ¿Nunca lo has pensado? —Mínimo se recuesta en su silla y entrecruza los dedos sobre su abdomen—. Me he zumbado a un montón de mujeres impresionantes. Iba a discotecas y me ponía las botas. Acudía a desfiles de moda y me iba con dos o tres modelos. Las hacía desearme, llevarlas al punto de la desesperación máxima por tener sexo conmigo; al precio que fuera. Querían follarme o morirían de pasión. Sus corazones no lo soportarían. Como un genuino embrujo mágico. Cuando metes esas ideas en la mente de la gente, puedes hacer lo que quieras. Todo lo que quieras. No lo has probado aún, ¿cierto?

—No.

—Ya. Fue lo primero que investigué. Qué muermo eres. Y tienes habilidad, amigo mío. Lo detecto. Tienes un avión y te dedicas a moverlo con las ruedas de aquí para allá por las pistas del aeropuerto. Nunca despegas. Qué desperdicio de potencial.

Entonces lo veo. A varios metros, a la espalda de Román Mínimo, accediendo al andén de la estación desde una planta inferior por unas escaleras mecánicas que no estaban hasta hace unos instantes, casi a cámara lenta, se aproxima… mi padre.

No forma parte de la simulación. Del entramado. Tiene otra definición. Hay un aura a su alrededor. No sé por qué tengo la certeza de que no pertenece a este escenario. No es un sueño. No es un recuerdo insertado. No es una jugarreta de mi cerebro.

Mi padre.

Al fin.

Arián Zarco.

*[Juntos podremos con él]*

Su voz mental es clara y suena como siempre. Casi había olvidado la tersura y calidez de su voz telepática dentro de mi mente. Varias partes del denominado cerebro reptiliano se ponen en estado de alerta.

*[No tenemos tiempo] [Va a darse cuenta enseguida]*

*[Cuéntame el plan]*

*[Deja que siga hablando y concéntrate para arrojar una onda de repulsión]*

—Puedes hacerlas arder de deseo —prosigue RMS—. También valdría para los hombres. No es una cuestión de género.

Me concentro para lanzar una de esas proyecciones de pura energía psíquica. Es como una onda expansiva, pero tú controlas el arco de acción. Como cortar el aire con la estocada de una espada. Aunque telepáticamente, el proyectil resultante de una acción así es una media luna de pura fuerza viva psíquica. Y su arco de acreción, a medida que avanza, crece en diámetro, así que podría afectar a varias mentes.

Ni siquiera sé cómo aprendí a hacer esto. Pero dentro de la mente de Irene Fusco fui capaz de hacerlo. Y con entrenamiento, sería capaz de…

*[Ve preparándote] [Yo estaré listo dentro de poco]*

—Pero al final —continúa Mínimo—, sientes que no es real. Es pura imaginación. Se comportan como en sus sueños. Y nadie se comporta en el mundo real como lo hace en sueños. Así que lo sientes falso. Es sexo salvaje y brutal, si así lo quieres. Y nada más. Le falta…, en fin, todo.

*[Ya casi está]*

Ignoro si estoy acumulando mucho poder psíquico o si será insuficiente. Solo sé que, si esto se posterga mucho más, la superficie de mi mente quedará tan anegada por este pensamiento que Román Mínimo lo detectará de inmediato y perderemos el factor sorpresa.

—Es la única pega de tener la mejor vida sexual que

pueda tener nadie en el planeta Tierra. La mía. Algo que si tú…

*[¡AHORA!]*

La liberación de la energía psíquica es tan brutal que me veo desplazado físicamente varios metros hacia atrás, incluso estando en una simulación completamente astral. Mínimo se lleva las manos a la cabeza y se la aprieta como si el cráneo fuera a estallarle en cualquier momento. Se tira al suelo desde la silla, cae sobre sus rodillas y termina por golpear con la frente sobre el pavimento.

—¡Cabronazo! —escupe, entre esputos y rabia suicida —. ¡Confiaba en ti!

Regresamos al mundo real con tal violencia que siento que todo se agita a mi alrededor. Es la casa de la doctora Swagerman. El contraste de los colores se incrementa hasta tonos furiosos de rojo chillón y blanco cegador. La habitación ha sido despejada desde el punto en el que está RMS, más o menos en el centro de la estancia. A partir de donde él se encuentra, los muebles han sido empujados hacia las paredes. Los objetos frágiles se han roto y desperdigado por todas partes. La lámpara ha sido desintegrada y los cristales de las ventanas han estallado hacia el exterior. En el centro de la estancia está el asesino mental, soltando espumarajos y golpeándose la cabeza con manotazos frenéticos que suenan como grandes bofetadas.

—¡Voy a matarte, Isaac por Asimov!

Veo cómo mi padre introduce sus brazos fantasmales dentro del cuerpo de Mínimo a través de su espalda. Yo me preparo para cargar una nueva onda de repulsión. Aunque se diría que mi padre le está torturando telepáticamente de algún otro modo misterioso. El más allá otorgando cualidades que no se tienen en vida.

Mínimo se retuerce de dolor y su cuerpo astral se resiste a salir del envase corporal.

*[Hijo] [Vas a tener que recurrir a algo más físico]*

Mínimo deja de gritar, empieza a convulsionar. Mi padre está intentando arrancarle el cuerpo astral a la fuerza. Ni en un millón de años hubiera imaginado algo así.

Eso no le matará, pero dejaría su cuerpo físico a mi merced.

Le arrojo una segunda carga de repulsión psíquica. Su cabeza se retrae hacia atrás hasta el punto de que parece casi desprenderse del cuello. Su cuerpo se arquea de espaldas como un puente, golpea la nuca contra el suelo con gran fuerza. Mi padre casi le ha sacado el cuerpo astral, y el cuerpo auténtico deja de moverse. Le sangran los oídos y los orificios nasales.

Voy corriendo a la cocina y me topo con el inspector Fusco en el suelo, atado, amordazado pero consciente. Su mirada es muy significativa. La pistola sobresale de su funda. La extraigo y monto el carril. Todo el mundo lo ha visto en películas, ¿no? Pero encontrar el seguro ya es otra historia. Hay una especie de palanca que no sé para qué sirve. El botón de extracción del cargador lo tengo localizado. Por eliminación, presumo encontrar la pestaña de seguridad y preparo el arma para disparar. Un sonido metálico, muy gratificante debo decir, me avisa de que ya solo tengo que apretar el gatillo. El arma está lista.

—Luego usted ya se encargará del papeleo —le digo a Fusco.

Desde el suelo, él emite un gruñido de aprobación.

Salgo al salón. Veo el espíritu de mi padre agarrando por las axilas a la representación astral de Román Mínimo, inmóvil por completo. En sus ojos veo el terror. Podría ser la primera vez que lo experimenta en carnes. En carnes, por decirlo de alguna manera.

Es un monstruo. Ha hecho y hará cosas abominables. Y nunca nadie pensó que esta parte sucia del trabajo me correspondería a mí llevarla a cabo, pero alguien debe hacerlo.

Apunto a la cabeza de RMS. Aprieto el gatillo. La detonación me asusta, así como el retroceso de la pistola.

Mi padre pasa de agarrar algo a no tener más que humo con una ligera forma antropomorfa entre sus etéreas manos.

Se acabó. Tan sencillo como eso.

Mi padre se aproxima lentamente. Muestra el aspecto de cuando tenía treinta y seis años. Un aspecto impresionante.

—Siento no haber podido manifestarme antes —me dice.

—No pasa nada.

—Me hicieron saber que esto ocurriría.

—¿Te hicieron saber?

—Sí.

—¿Quiénes?

—No puedo decirlo, hijo. Deberías intuir por qué. El caso es que hacer este tipo de acciones en el mundo físico requiere mucha energía. Mucha más de la que un espíritu puede tener en cualquier instante de su tránsito entre este mundo y el que viene después. ¡He sacado a ese hombre de su cuerpo! —Me pone una mano en el hombro y hasta logro sentir su tacto—. Pero tenía que venir al rescate. Tenía que aguardar el momento idóneo.

—Bien hecho.

—El problema es que ya no me queda más tiempo.

—Ha sido suficiente.

—Te quiero, Isaac.

Y me abraza. Me rodea con sus brazos fantasmales mientras yo intento hacer lo mismo, pero no es tanto una manera de rodearme con su cuerpo como un desvanecimiento. Se disipa a través de mí. Me quedo como un lelo con las manos extendidas en la nada.

No obstante, ha estado bien. Por fin estoy en paz. Por fin. Me he despedido de él.

Este es el instante que marca el principio del resto de mi vida.

Pienso aprovecharlo.

# CAPÍTULO 19

## ESPERA UN SEGUNDO

No me ha dado nuestro santo y seña.

No me ha dado…

No…

# CAPÍTULO 20

## UN SEGUNDO

Un segundo.

Un segundo es la medida perfecta para cerciorarse de que el tiempo pasa. En este mismo segundo, es ahora. Ya ha pasado. ¿Has visto? No se puede retener, no se puede congelar. El presente no llega a existir nunca.

Un segundo, desde que comenzó la era atómica, es la duración de 9.192.631.770 oscilaciones de la radiación que emite la transición entre los dos niveles hiperfinos del estado fundamental del isótopo 133 de cesio a una temperatura de 0 grados Kelvin. Ni más ni menos.

El Big Bang, como proceso histórico, duró muchísimo menos de un segundo. Hubo eras dentro de ese segundo inicial del cosmos. Edades como las del Sol de la Tierra Media, dentro de ese segundo. La época de Planck, la de la gran unificación, la de la inflación cósmica. En términos de tiempo atómico, un segundo es una medida vasta, ciclópea. Sin embargo, ¿cuántos segundos han transcurrido desde ese primer y original segundo del Big Bang? No existe un número humano para eso.

Pero un segundo con la guardia baja, o puede que un segundo de inspiración, fue lo que bastó para que me diera cuenta del engaño.

No hubo visita de mi padre. No hubo despedida. Ni combate psíquico épico con ayuda del fantasma familiar. No hubo disparo.

Román Mínimo Sagarzazu ha estado jugando conmigo.

El mayor secreto que yo tenía guardado en mi mente, en la más segura de las cajas fuertes mentales de mi

cerebro, era el santo y seña que acordamos serviría de contraseña para que mi padre y yo contactáramos cuando uno de los dos hubiera dejado esta vida. Ni siquiera una bestia como RMS podía saber algo así. Exploró en mis recuerdos, en mi memoria, extrajo lo necesario para orquestar una simulación dentro de otra, dentro de una tercera, para hacerme creer que me libraba de él. No puedo saber si de esa manera pretendía desaparecer y hacernos creer a los que le perseguíamos que ya no había razón para seguir buscándole, o si había un plan más retorcido y vil en sus acciones.

El caso es que ha bastado un segundo, un fallo diminuto, aunque suficiente, para que toda la ilusión se desvanezca.

Estoy en mi coche ahora mismo. Miro el reloj. No han pasado más que cuatro minutos. El inspector Fusco no está sentado a mi lado. Sí ha logrado controlarle, a fin de cuentas. Seguramente sigue en la cocina de la casa. Tengo toda la camisa manchada de mis babas. El ataque inicial, cuando RMS percibió mi mente en el dormitorio de la mujer, fue furibundo. No me frio el cerebro porque descubrió que soy médium y eso le fascinó. El resto ha sido una ensoñación. Puede que haya durado una docena de segundos. Miles y miles de Big Bangs. El tiempo y su puta relatividad.

*[Con lo fácil que habría sido que te dejaras llevar]*

Es él. Dentro de mi mente. Corro peligro. Ahora mismo. Él está físicamente en la casa. Con el cadáver de la mujer del jardín aún fresco. No ha transcurrido mucho tiempo desde que obligó a Sofía Campra a lanzarse por la ventana. ¿Lo hizo para castigarme? No entiendo por qué ahora no acaba conmigo. Podría hacerlo.

Las puertas automáticas de la finca se abren y un Audi A3 cabriolé sale de allí a toda velocidad.

—Ese coche significa mucho para mí.

Es la doctora Swagerman quien habla. Se ha materializado en el exterior de mi coche, apoyada sobre mi ventanilla bajada. Hablándome con total cordialidad, como

si me conociera de toda la vida y estuviéramos en la terraza de un bar.

—Se lo regalé a Sofía. Aunque yo lo condujera mucho más que ella. Es especial.

El vehículo se acerca al mío a cinco mil revoluciones por minuto, con esa clase de rugido de motor que desafía a los coches convencionales a una persecución que no tienen opción de ganar. Y el mío es un coche convencional. Su conducción es alocada y sale haciendo eses. No logro entrever quién conduce a través de los cristales oscuros. No me hace falta. Frena en seco cuando llega a mi altura, en la base de la cuesta. Los neumáticos protestan con un chirrido grimoso.

Puedo asegurar que me está mirando. Puerta con puerta. En el reflejo negro de la ventanilla del Audi solo veo mi rostro asustado. Y más allá de ahí, Mínimo está viéndome con sus ojos por primera vez.

—¿Qué puedo hacer, señor? —me pregunta la difunta doctora Swagerman—. Va a robarme mi coche preferido.

Nunca lo he investigado, aunque varios compañeros míos del periodismo parapsicológico me han hablado acerca de espíritus que se quedan impregnados a lugares móviles o a personas. Fantasmas que, en lugar de quedarse en el interior de una casa, te los puedes llevar puestos. Se adhieren a la gente. Como un chicle que se queda pegado a la suela de un zapato. O a objetos de gran tamaño, como una caravana, un barco o incluso a una cabina telefónica londinense.

*[Péguese a él] [Péguese como una lapa]*

Swagerman me dedica una mirada confusa. Deja de estar ahí al instante. Mínimo aprieta el acelerador como si condujera con el mando de una consola de videojuegos. Pisotón y hasta el fondo. Se incorpora a la avenida principal de la urbanización con un derrape absurdo y aparatoso, pero adquiere gran velocidad en pocos instantes. No voy a poder perseguirle.

*[Considera esto un regalo]*

Me envía un lote sensorial inmenso. Como un archivo

informático de gran capacidad que abrieras de golpe. Me abruma. Me absorbe. Me…

—Hola, soy Max.

Es RMS. Está ataviado como un asistente de vuelo. Con grandes movimientos de brazos y una sonrisa falsa, me señala a las ventanillas del… De acuerdo, estoy en un avión. Un segundo. No durará mucho más en el mundo real. Pero va a ser un segundo muy intenso. Un avión de pasajeros. Pasaje turista.

—A su izquierda, si miran por la ventanilla —eso hago —, podrán ver a la esposa de Arián Zarco en 1996. La mujer del eminente investigador del Grupo Prometeo.

El paisaje que rodea la aeronave es el salón principal de la casa de mis padres en Madrid hace veinticuatro años. Mi madre está sentada en el sofá en un atardecer otoñal. La luz que entra en la habitación le proyecta sombras extrañas en el rostro. Casi siempre la recordaba frustrada, triste o enfadada. No sabría decir cuál de estas emociones la embarga ahora. Puede que todas.

Tiene el teléfono fijo, alámbrico y de aspecto *vintage* pegado a la oreja.

—Y no sabes a qué hora regresarás —dice ella.

Desde mi perspectiva, parece una giganta, o bien el avión en el que me desplazo es del tamaño de un juguete. Las maniobras y el sonido atmosférico son totalmente realistas, incluso hay nubes y todos los efectos propios de un vuelo aéreo convencional, en una casa del tamaño del Olimpo de los dioses.

—Observen ahora —dice Max, el simpático asistente de vuelo— cómo el desgraciado de su marido le dice que el simposio tiene mayor duración de lo esperado y que varias ponencias se han retrasado. Excusa perfecta para llegar horas más tarde. Horas que pasará con sus compañeros de investigación. ¿Verdad?

El escenario terráqueo cambia. Ya no estoy en la troposfera de la casa de mis padres, que también era mi casa por aquellos tiempos. Es la habitación de un hotel. Hay imperfecciones en el traje de mi padre, en el entorno. No es

tan nítido porque no forma parte de mi memoria, sino que es una reconstrucción realizada en base a mis conocimientos inconscientes. Nunca estuve presente en este momento. No desde esta perspectiva.

Mi padre habla por teléfono. Los demás miembros del Grupo Prometeo no están, a excepción de Monique Theriault.

—No sabría decirte —dice él mientras sujeta el teléfono de la habitación con la mejilla apoyada en el hombro y con la otra mano se quita una manga de la americana—. Lo más seguro es que se nos haga de noche. Y sabes que conducir de noche no es algo que le guste a ninguno de nosotros. Vamos a buscar unas habitaciones y dormiremos aquí. —Una pausa—. Sí, volveremos mañana bien temprano. No te preocupes. Dormiré con Balabaster, como siempre. —Otra pausa—. No. Ella duerme con el profesor. Ya sabes que siempre es así.

El azafato Max hace unos movimientos extravagantes.

—Observen las vistas de una mentira como un templo —dice, con voz de falsete. Luego recupera su tono habitual —. Falso con su esposa, falso con los demás, falso siempre. Damas y caballeros: Arián Zarco. Telépata de tres al cuarto, superado por su aprendiz, quien ya ha reconocido a su superior no hace demasiado. ¿No es así?

De todos los demás asientos del avión se incorporan otros pasajeros, con diferentes peinados y tonos de cabello, pero con la misma cara de Román Mínimo. Algunos rostros con bigote, otros afeitados, con perilla, con los labios pintados, con pestañas falsas. Un avión lleno de RMSes. Todos me miran con curiosidad.

—¿Es o no es así?

—Tú no sabes nada de lo que ocurrió —respondo.

Los demás miembros del pasaje me ignoran de repente y vuelven a sus entretenimientos privados. Algunos duermen, otros siguen leyendo sus revistas o novelas baratas y unos pocos hablan con su acompañante. El asistente de vuelo Max avanza por el pasillo hacia mí y se apoya sobre el asiento que tengo delante. Ahora me susurra

con discreción.

—Esto es lo que tienes en la cabeza, Isaac. Que tú lo interpretes de manera errónea o, quién sabe, que no te molestes ni en interpretar qué sucedía en realidad es problema tuyo. ¿Alguna vez te has preguntado por qué el matrimonio de tus padres fracasó?

—Esas cosas pasan.

—Las cosas pasan por motivos. ¿Conoces los motivos? ¡Están ahí! —Señala con ambas manos hacia la ventanilla —. Tú tomaste partido. Adorabas a tu padre. Puede que incluso te hayas convertido en él. ¿Y qué hay de tu madre?

—¿Qué hay de mi madre?

—Casi la has hecho desaparecer con una goma de borrar. Su dibujo sobre el papel se hizo con un marcado fuerte, como el de un niño aprendiendo a dibujar. Puedes borrar los trazos de grafito, pero los surcos sobre el papel siguen ofreciendo el boceto. —Mínimo se cruza de brazos —. A pesar de que no dedicas tiempo para pensar en tu madre, ella era mejor que tu padre. Él siempre fue totalmente *equazemp*.

Nada de esto es cierto, mi madre… Yo sí dedico tiempo…

—Ya basta —increpa RMS—, es hora de aterrizar. Esto era el mensaje. No he grabado nada más. Solo tus experiencias visualizadas desde una perspectiva menos subjetiva. Todo un regalo. ¿Conclusión? Tu padre no era tan ejemplar.

El avión desaparece y me encuentro flotando en un cúmulo de nubes sobre un planeta formado por superficies lisas de color tierra.

—Ya puedes cerrar el mensaje. —La voz de Mínimo resuena, como la de Dios, en todo el mundo a mi alrededor —. Si decidís perseguirme a partir de aquí, os mataré a todos.

# CAPÍTULO 21

## UNA OPORTUNIDAD PARA LA RESIGNACIÓN

Salgo del vehículo y las piernas apenas me sostienen. Debo apoyarme unos segundos sobre el techo del coche para mantener el equilibrio. Tengo la camisa llena de baba o puede que vómito, incluso algo de moco. Me llevo la mano al pantalón por si me he orinado encima. No me extrañaría nada. Bien. Al menos, eso no.

Me encamino hacia la casa sabiendo qué me voy a encontrar. En la proyección mental pude ver perfectamente cómo la chica joven se arrojaba por la ventana de cabeza. No confío en que haya sobrevivido, aunque debe ser lo primero que verifique al llegar allí. Pueden ser unos metros muy duros. El inspector tendrá que conformarse con ser la tarea número dos. Tengo un trillón de enanos mineros martilleando mi cabeza.

El influjo mental de Mínimo sobre el vecino debe de haberse disipado, porque está asomado a la ventana mientras habla por el teléfono móvil. Estará llamando a la policía. Un departamento de policía que, oficialmente, no tiene agentes aquí ni misión asignada en este domicilio. Lo que me lleva a pensar que en diez o quince minutos recibiremos la visita de un coche patrulla. Puede que el cuerpo de seguridad contratado por la urbanización llegue mucho antes.

Existe un plan B por si estas cosas llegaban a ocurrir pero, en tales circunstancias, va a resultar harto sospechoso. Nadie contaba con que una mujer fuera a matarse (o fuera

asesinada) durante el transcurso de nuestra intervención no oficial. Deberíamos marcharnos antes de que lleguen. O quizás, ya puestos, no sea la mejor opción. Supongo que el inspector sabrá mejor que yo qué hacer en este momento.

Paso de arrastrar los pies como un anciano centenario a caminar como un borracho. Con todo, es un avance. Odiaría irme de bruces contra el suelo. Tras varios siglos de esfuerzo máximo atravieso la finca interior del chalet. A ras de suelo parece mucho más señorial que desde las alturas. Los colores son más apagados que cuando he atravesado este escenario astralmente. Es curioso el contraste que aplica la visión mental del entorno, con un toque de saturación muy superior a la paleta de tonos que reciben los ojos. Técnicamente veo lo mismo, pero no del todo igual.

Mientras rodeo la casa hacia el flanco por el que debe de estar la ventana del dormitorio, noto cómo (muy lentamente, eso sí) mi cuerpo va respondiendo cada vez mejor. El césped está bien cuidado y los setos, recortados con estilo. Debe de haber algún encargado; un particular o, quizás, un servicio de jardinería profesional. Hay árboles de varios tipos y arbustos tratados elegantemente para cumplir el único rol de ser decorativos. Un sitio encantador que ningún par de perros de vigilancia ni una horda de niños furiosos machaca a diario. En cuanto llego a la esquina de la fachada principal y me asomo al otro lado, veo a la mujer. Un cuerpo escultural que ha quedado en una postura llena de indignidad. Tiene el cuello roto. La cabeza ha quedado parcialmente oculta bajo el cuerpo boca abajo. La nariz debe de estar pegada al pecho, aunque desde aquí no logro verlo con claridad.

Desde esta perspectiva diría que…

—No hay nada que hacer, ¿verdad?

Doy un salto hacia atrás, aunque la presencia está a mi izquierda. Del sobresalto, trastabillo un poco y con mis piernas temblorosas estoy en un tris de caerme. Es Sofía Campra. La recién muerta. Está contemplando su antiguo cuerpo. No lleva la lencería de su cadáver, sino una especie de kimono azul marino. Así es como viste la gente con

dinero cuando está cómoda en casa. Yo tengo una bata a cuadros escoceses horripilante. Sofía lleva el pelo recogido en una cola de caballo y, siendo tan atractiva como es natural en ella, muestra una belleza simple y cotidiana de lo más encantadora. No refleja el instante de su muerte con su (vamos a decirlo así) avatar, ni se sujeta la cabeza al cuello con las manos, ni nada parecido. De hecho, no parece muerta en absoluto.

Me incorporo y me limpio el pantalón manchado de césped a la altura de las rodillas.

—No —respondo—. Ya no tiene remedio.

Se entristece durante un par de segundos.

—Casi mejor —asiente con la cabeza—. Hubiera odiado seguir siendo su esclava mucho más tiempo. Lo que más me molesta…

—Discúlpeme, señora. Luego, si quiere, hablamos. Tengo algo que hacer.

Me dirijo hacia la puerta de la casa aprovechando que mis piernas ya responden como deberían.

—No creo que volvamos a vernos —me dice ella, a mi espalda, con esa certeza que a veces da la muerte acerca de ciertas cosas mientras otras las mantiene en el misterio.

Si dice que no volveremos a vernos, la creo absolutamente. Seguramente ya sienta, a un nivel muy profundo, que su salto a lo que sea que le espera a continuación es inminente. Me siento culpable por no poder dedicarle más tiempo. A veces les viene bien una mano amiga que les sosiegue: «Todo va a salir bien, esto continúa». Pero los vivos son para mí ahora mucho más importantes.

—¡Suerte! —le digo, girándome de medio lado, pero sin dejar de avanzar hacia delante.

Entro en la casa todo lo apresuradamente que puedo. La sensación de náusea permanece y tengo un sabor de boca horrible, no obstante, creo que empiezo a estar lo que se entiende por bien. Los señores enanos, en sus tumbas de piedra, han dejado sus martillos en paz. Mi mente empieza a despejarse.

Fusco está en la cocina, donde le vi en la proyección. Amordazado y preso por unas bridas de plástico que le están cortando la circulación a juzgar por el color de sus manos. Busco en uno de los cajones un cuchillo bien grande y le corto las ataduras. Él mismo se quita la mordaza y se apoya en mi hombro para levantarse.

—¿Ha escapado?

—Sí.

—¡Ha escapado! ¿Y usted no ha podido hacer nada?

—He hecho todo lo que he podido. Ya hablaremos de esto, ¿quiere? Por cierto, la modelo está muerta.

—¡Fantástico! Ni le tenemos ni hemos podido salvar a la parejita. Menudo trabajo hemos hecho aquí.

—Sabíamos que no iba a ser fácil.

Se busca el móvil en el bolsillo y tuerce el gesto al encontrarse la pantalla táctil rajada de arriba abajo con una grieta en forma de Y invertida. Se pone a tocar y, al parecer, al menos funciona.

—Voy a llamar a los chicos.

—La policía viene en camino —le anuncio. Él me mira con paciencia—. Los otros polis, los que no saben nada de todo esto.

—Ya le he entendido, Zarco.

—¿No deberíamos irnos?

—Los inquilinos han muerto, por Dios, vamos a abrir un caso de una maldita vez contra ese tipo. Mínimo no ha tenido tiempo para limpiar. En la casa habrá huellas suyas por todas partes.

—¿Hay algún motivo que nos haya traído aquí?

—Eso déjemelo a mí. Usted márchese. Hágalo ya. Puedo justificar estar aquí y que Mario y Eric estuvieran conmigo. Pero su presencia lo complica todo. Lárguese.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ya le llamaré. Váyase ahora mismo.

—¿No deberíamos llamar a la Jefatura de Tráfico o algo? ¿Poner controles en las carreteras? Sabemos qué coche conduce y no debe de estar muy lejos de aquí.

Tommy Lee Jones era capaz de aplicar un perímetro de

acción calculando la velocidad de Harrison Ford yendo a pie a campo traviesa. Avisando a las autoridades pertinentes, estaciones de tren, autobús, gasolineras…, qué sé yo. Por aquí no hay ninguna presa por la que Román Mínimo pueda arrojarse para escapar.

—Márchese de una puta vez.

—Aún podemos…

—¡No! —Se quita el teléfono de la oreja y me encara directamente, con intenciones claras de obligarme a salir de la casa si no le obedezco de inmediato—. No podemos. Lo hemos intentado y no podemos.

—Va a rendirse.

—Ya le llamaré esta noche. Ahora tengo que ocuparme de todo este lío.

De acuerdo, *sheriff*. Me doy la vuelta y me encamino hacia el exterior del chalet con toda la frustración del mundo. Me llevan los demonios. Inspector testarudo y medio calvo. Me doy prisa en atravesar el jardín y luego tendré que intentar correr hasta mi coche. Me dan ganas de… Sí, podría quedarme si quisiera. Fusco tendría que obedecerme. Si yo quisiera. Le obligaría a llamar a todas las unidades. Dar orden de peinar el ramal de autopistas cercanas. Cazaríamos al tipo.

O no.

Podríamos encontrarle. Obligarle a detener el vehículo. Y luego, ¿qué pasaría? Está claro, Isaac. «Buenas tardes, caballero, ¿puede enseñarme su documentación?», «No voy a darle nada, y ahora déjeme marchar», «Adelante, señor; no le molestaremos más». Fin de la historia. Román Mínimo desaparecería. Y lo haría porque Fusco no podría dar orden de abatir al sujeto en cuanto algún agente tuviera oportunidad. Y mientras no se haga así, mientras no acabemos con ese hijo de mil padres tan bastardos como él, podrá seguir haciendo lo que le dé la gana. El mundo es suyo.

No es justo.

Mientras bajo la pequeña calle en cuesta que conduce hasta mi coche aparcado, veo al vecino y a su mujer

mirándome por la ventana con expresión reprobadora.

***[Dejad de mirarme]***

Ambos dirigen su atención hacia la casa y me dejan en paz. Puedo imaginarme a mi padre, en sus días saludables, cuando aún conservaba cierto humor, recriminarme esta acción con un dedo acusatorio.

Pero no estás aquí, ¿verdad, papá? No estás aquí ni en ninguna otra parte. Pues, ¿sabes lo que te digo? Mejor. Mejor que no estés enseñándome tus principios y tus códigos caballerescos. ¡Como si tú hubieras sido alguien ejemplar que siguiera a rajatabla esos mandamientos éticos!

Abro la puerta de mi coche con furia y echo un último vistazo a la casa de la doctora antes de irme. En la puerta del recibidor está Sofía Campra. Diciéndome adiós con la mano.

Le devuelvo el gesto cortés con un alzamiento leve de barbilla.

Me dejo caer sobre el asiento, abatido, arranco el motor y me voy a casa.

Mal. Todo mal.

Pensaba que necesitaría la calidez de viejos amigos en un entorno confortable. La casa de Manrique Franzoni. ¿Por qué no? Y llamar a César Baggio, a quien he descartado como un molesto naipe que ya no combina con la escalera de color que perseguía en el primer turno. Una casa iluminada siempre con luz de velas, aunque provenga de lámparas eléctricas. Salvo la cocina y los baños, todas las habitaciones están llenas de estanterías llenas de libros. Libros bajo las sillas, columnas de libros apoyadas contra paredes, por las mesas, en los altillos. Una librería medieval con un televisor por ahí y un teléfono fijo por allá, como para dar testimonio de la época real en que vivimos.

Pero no me siento del todo a gusto aquí. La compañía es grata y están emocionados por lo que puedo contarles. Aparte de recuerdos añejos, agradables pero enclaustrados en épocas ya irrecuperables, esta casa ya no puede

ofrecerme esa sensación de santuario. La policía puede haberme apartado de un manotazo de su lado, así que vuelvo a tener únicamente a mis amigos del misterio.

He llegado en cuanto he podido, sorprendido de que César no tardara mucho más en hacerlo. Manrique se ha puesto a hacer té para todos y lo está sirviendo con cierta etiqueta. Durante la primera taza les pongo al corriente de los últimos acontecimientos. La versión rápida.

Estamos sentados alrededor de la gran mesa del salón principal. También hay libros y revistas por aquí, que apartamos para que uno se pueda hacer su hueco. Hay que luchar por tu plaza en esta casa. Una mesa vetusta y de madera rancia sobre la que se han practicado interminables sesiones de ouija y ajedrez, escrito miles de artículos periodísticos y bebido océanos de té y café, siempre en buena compañía. Qué recuerdos me trae este lugar.

Manrique Franzoni es el mejor anfitrión que puede tenerse. Un hombre viejo desde que tengo uso de razón. Uno de los más viejos, de los más veteranos del misterio. De los más locos también. Un maestro al que escuchar siempre y hacer caso solo la mitad de las veces.

—¿Y dices que Fusco te llamará esta noche? ¿Cuándo?

—No lo sé. Quizá no lo haga.

Franzoni pone una expresión de fastidio divertidísima al quemarse los labios con el té demasiado caliente. Un hombre al que la edad ha acentuado su impaciencia.

—Ya hablaré yo con él.

—No hace falta.

—Ah, sí hace falta. Confié en él. ¿Sabes qué reputación tiene en su comisaría?

—No muy buena.

—Necesita colgarse una medalla, eso ya te lo dije; además, en fin, está el asunto de su hermana. Creo que tú podrías ayudarle con eso.

Me echo un poco más de azúcar en la infusión y remuevo con lentitud.

—Ya tuvo él la idea.

—¿En serio?

—Sí. Quería que me metiera en la mente de Irene para ver si…, en fin, era solo una carcasa física sin alma. Resultó que sí hay un espíritu allí dentro. Un espíritu que no quiere salir y que puede atrapar a turistas fisgones si se descuidan.

—Eso es fascinante, Isaac. Me lo tienes que contar más detenidamente.

César ha estado chateando con su móvil durante varios minutos. Ha conocido a un anestesista que le está volviendo loco. O eso me ha chivado Manrique solo un poco antes de que César llegara a la cita. Pero ahora saca una grabadora digital de mano y la pone encima de la mesa. Enarca una ceja al mirarme.

—No te importa, ¿verdad? Podríamos escribir un artículo con todo esto.

—Nadie va a creerse todo esto.

—Vale. —Manrique alza los brazos como un predicador televisivo—. Me había olvidado de que mi revista solo publica artículos que todo el mundo cree a pies juntillas.

César asiente con la cabeza.

—Esto aún no ha terminado —les prevengo.

—Lo cual no quita que podamos hacer informes. Hay que documentarlo todo, socio. Sabes que se hace así.

Manrique Franzoni intenta poner un poco de orden.

—Tranquilidad, sobre todo. Vamos a ver. ¿Dices que nuestro inspector se ha quitado de en medio?

—No lo sé. Pude verlo en su mirada. No hizo falta que lo verificara..., ya sabéis, leyéndole la mente o algo así. Vi que había tenido suficiente. Desde cierto punto de vista lo puedo comprender. —Me arriesgo con un sorbito de té hirviendo mientras sostengo la taza con ambas manos. Habrá que soplar mucho más. Esto no hay quien se lo beba —. ¿Qué tiene que perder? Ya no tiene mucho más que perder. Y cree que no puede ganar. No arriesgará más vidas. Si me llama esta noche, será para decirme que él se hace cargo de todo a partir de aquí. Que me quite de en medio. Que ya no soy necesario. Es un asunto policial y la policía seguirá adelante con esto, sin asesores externos.

—Pero ¿no has dicho antes que van a abrir un caso contra ese Román Mínimo? No parece que vayan a tirar la toalla. —Resulta que César no está tan despistado. Quién sabe, es posible que no esté tan encaprichado con el anestesista, al fin y al cabo.

—Eso me dijo. Deberían encontrar pruebas en el piso que sitúen al tipo en una lista de sospechosos de un solo nombre. No sé cómo piensa relacionar el caso de las dos mujeres, de la familia Nestares y de la chica adolescente, así que supongo que se conformará con lo que tenga ahora. El caso es que ese tipo será puesto en busca y captura. Y, por supuesto, ni le buscarán ni mucho menos le capturarán.

—¿Crees que ni siquiera le buscarán?

—Seguirán el típico protocolo que se pone en práctica en este tipo de casos. No le otorgarán ningún grado de excepcionalidad. Será tratado como un asesinato más. Encontrar pruebas resultará muy complicado. Aunque se pueda probar la presencia de Mínimo en la casa de las mujeres muertas, no demuestra que haya tenido algo que ver. Recordad que la mujer joven se tiró ella sola por la ventana. Sola, ya me entendéis. Ningún juez aceptará que fue obligada por un asesino telépata.

»Y en cuanto a la doctora, él la obligó a eviscerarse, aunque las pruebas indicarán que lo hizo ella misma. Como mucho, el inspector podría demostrar que se llevó a cabo algún tipo de hipnosis o de influencia poderosa que las empujó al suicidio. Algo tipo Charles Manson. Como os podéis imaginar, eso es muy difícil de demostrar. Va a ser un buen paripé.

—Tenemos a nuestro favor que el tipo robó un vehículo —comenta Manrique— propiedad de una de las víctimas y huyó con él. Incluso al juez más inepto de Europa le tiene que parecer sospechoso.

Taladro a Manrique con la mirada.

—¿Has dicho «Tenemos a nuestro favor»?

—Tenemos, sí, por supuesto que sí. Estamos todos en esto. Yo te recomendé a este inspector por nuestra relación más o menos cordial, pero no pensaba quedarme al margen.

Y César está implicado desde que volviste al ruedo. ¿Te acuerdas? Necesitabas pruebas que confirmaran la existencia de un más allá. Que aseguraran que todas esas habilidades tuyas nunca fueron producto de tu imaginación. Bien, Isaac, ¿crees que hay un más allá? ¿Crees que eres médium? ¿Crees que eres psíquico?

El silencio resultante carga de tensión toda la estancia. Me veo obligado a sonreír de medio lado y a apartar la mirada.

—Sí.

—¿Sí a qué? ¿Sí a todo o sí a alguna de esas cosas?

—Sí a todo, supongo.

—De nada, hijo. Nos alegramos de que nuestra contribución haya servido para algo.

César me da unas palmaditas en el antebrazo y sonríe de medio lado.

—Son doscientos euros, majete.

Manrique pone las dos manos sobre la mesa y se levanta.

—Tengo unas galletitas de chocolate belga que reservaba para una ocasión especial. Y esto se ha convertido en eso, precisamente. Vuelvo ahora mismo.

César le sigue con la mirada hasta que desaparece tras una esquina y luego se cruza de brazos mientras me obsequia con una expresión pícara y cómplice.

—Al viejo vas a poder despistarle, si te lo propones. Pero yo ya no pienso despegarme de ti ni un día. Ni un día, ¿lo oyes?

—No te he relegado en ningún momento.

—Simplemente pasaste de mí en cuanto dejé de ser útil. Bueno, pues ya sabes que ese poli no va a estar por la labor de seguir haciéndote favores. Su hermana sigue en coma y tú no la vas a despertar.

—No sabría cómo hacerlo.

—Ahora él lo sabe. Y bastante favor le ha hecho ya a Manrique haciéndote caso durante estos días. Le has metido en una movida de cuidado. Y no va a poder atrapar al malo de la película. Así que solo me tienes a mí.

Manrique regresa con un platito minúsculo y un puñado de galletas bañadas en tres chocolates. Tienen el tamaño de monedas de veinte céntimos y, en cuanto las pone sobre la mesa, se lleva una a la boca.

—¿Vas a seguir… persiguiéndole? —inquiere mientras mastica.

La pregunta es buena. Es más, ni me la había planteado en serio hasta ahora.

Y es una pregunta que vale la pena meditar.

Si fuera a rendirme, ¿qué habría de malo? Aceptando que me enfrento, probablemente, al ser humano más peligroso que existe, dejar las cosas como están no sería reprobable. Nadie podría echármelo en cara. Perseguir a un león a pie por la sabana, sin un buen rifle, es una locura. Cuando me di de bruces con este caso jamás hubiera imaginado que me enfrentaría, para empezar, a un vivo (albergué la esperanza de que fuera un espíritu maligno, incluso un demonio) y, para rematar, a alguien como yo, que había desarrollado sus habilidades psíquicas. A decir verdad, Mínimo no es sensitivo de la manera en que la parapsicología tradicional entiende este término. No es médium. Solo ha desarrollado la rama telepática, aunque hacia unos niveles de poder impensables para mí hasta hacía pocas semanas.

Es un ser terrible. Alguien con poder real sobre el resto de la humanidad. Y con aviesas intenciones.

Es posible que el mal prospere cuando los hombres de buena voluntad no hacen nada. Y por eso el mundo está como está. Asumiendo que los vampiros y el Demonio no existen (porque, joder, bastante tenemos ya) desaparece ese triunfo que les otorgaba que el ser humano hubiera dejado de creer en ellos. Así que el mayor triunfo de los hombres malvados de verdad es que la gente de bien no hace nada por evitar su ascenso y su asentamiento en el poder.

Sí, definitivamente sería una buena idea pasar página, vivir mi vida en paz y olvidarme de todo.

—Voy a encontrar a ese hombre —respondo.

La frase «Si decidís perseguirme a partir de aquí, os

mataré a todos» resuena en mi mente. Eso es lo que más me molesta de todo. Cómo ha jugado en cuestión de segundos con todo lo que tengo aquí dentro, en mi cabeza. Darle la vuelta a la perspectiva cambiando el contexto de mis recuerdos para que ciertas cosas parezcan lo que nunca fueron.

—Debo encontrarlo —continúo.

Es un peligro que no debe seguir libre, campando a sus anchas por el mundo. No soy capaz de imaginar cosa peor. Un completo inútil en un mundo postapocalíptico y desértico sin más vida humana que él mismo, pero en un planeta lleno de gente hasta los topes, una suerte de semidiós.

Una capitulación a tiempo y una vida tranquila. El tipo prometió que me dejaría en paz. Que nunca más volveríamos a vernos.

—Tiene que morir.

Todos bebemos té al mismo tiempo. Es el momento idóneo. Un traguito de fuego Earl Grey que llega al estómago como un volcán. Pero a nadie parece importarle mucho.

Manrique se pone a susurrar como si hubiera un pelotón de policías en la habitación de al lado.

—¿Estarías dispuesto a eso? ¿A quitarlo de en medio? Te juegas la prisión. El resto de tu vida.

—No hay otra manera de enfrentarse a esto. Ya lo hablé con el inspector Fusco. Si hubiera otra salida…

—¿No podríamos drogarle? —me interrumpe César.

Intento no burlarme de él mientras respondo.

—Vale. ¿Cómo nos las apañamos para hacerlo? ¿Tienes drogas? ¿Te encargas tú de conseguirlas?

César se convierte en un vídeo pausado. Su cerebro trabajando a marchas forzadas, como siempre. Ahora pensará en voz alta y dirá lo primero que se le ocurra. Allá vamos.

—Cloroformo. Le dormimos.

—Nos descubrirá fácilmente y nos llevaremos el pañuelo húmedo a nuestra propia nariz.

—El cloroformo no se consigue así como así —interviene Manrique.

—Burundanga, entonces.

—La misma piedra —señalo yo—. Tropiezas siempre en la misma.

—Escopolamina —dice Manrique.

—No, yo he dicho burun…

—Es lo mismo, César.

—*Deep web*.

—¿Compras mucho por ahí?

—No.

—Ya.

Manrique coge el platito de galletas minúsculas de chocolate y nos lo pone delante de la cara. Primero a mí y luego a mi buen compañero de investigaciones misteriosas.

—Comed, por favor. Y callaos un poco.

—De acuerdo —consiente César—. Solo intentaba buscar una solución.

—Insisto, callaos. Callaos, pero sobre todo tú, César.

Manrique ignora a partir de este punto a su reportero como si solamente yo estuviera acompañándole.

—Según nos has contado, esa cirujana, la doctora…

—Swagerman.

—Se ha adherido al intruso. Vamos a llamarle así. A fin de cuentas, es un intruso en la vida de todas las personas con las que se cruza. Se mete en las mentes de todas sus víctimas y vive sus sueños para corromperlos. En lugar de vivir su vida. Es un intruso permanente.

—Un parásito —propone César, y prefiero esta palabra porque suena más despectiva, aunque probablemente sea menos exacta.

—Sí. Me acordé de algunas conversaciones, hace mucho tiempo, con el profesor Preuss. Los espíritus que se adhieren.

Manrique se pasa el dedo índice por la sien y se la frota como si estuviera accionando ciertos engranajes. Murmura algo para sí que nadie más logra oír.

—Será una buena espía. Él no podrá detectarla. Podría

facilitarte información. Si eres capaz de contactar con ella.

—Tengo una idea al respecto.

—A pesar de todo, no es un plan perfecto. Lo primero que hará el intruso en cuanto tenga oportunidad es buscarse otro medio de locomoción. Si está muy apegada a los bienes materiales con gran carga emocional, el espíritu de la doctora Swagerman podría quedarse anclado en el coche. Aunque he leído varios estudios al respecto y debo confesar que siento cierto alivio al deciros que un fantasma adherido frecuentemente podrá atravesar vientos y mareas. Allá donde vaya, irá con él. Siempre y cuando se haya atado en condiciones. Es una habilidad instintiva. La doctora podría no saber cómo hacerlo.

»Muchos fantasmas son capaces de mover objetos en determinadas situaciones. No les es posible abrir un portátil y escribir un tuit, aunque podrían abrir o cerrar una puerta o… ya sabéis, dejar caer una pelota de tenis desde lo alto de una escalera. —Reprime una sonrisilla traviesa y, tras recomponer su sobriedad habitual, sigue hablando en tono grave—. Por tanto, podría seguir adherida al intruso o haber quedado atrás. Si ocurre esto último, ya podemos dar por perdido a ese hombre. ¿Cuándo piensas contactar con ella, Isaac?

—Esta misma noche.

—Sueño lúcido conducido.

—Eso mismo.

—Hablar con tu espíritu espía en sueños. Suena maravilloso. Controlas la técnica, me imagino…

—Cada vez mejor.

—Tu padre sabía lo que hacía.

Me viene a la mente la imagen de mi padre llamando desde aquel hotel a mi madre, mintiendo sobre con quién había compartido habitación mientras Monique Theriault se ponía cómoda a dos metros de distancia.

—Eso parecía.

Manrique examina a César como si fuera un mueble de Ikea que valorase comprar o no para un rincón libre en una habitación de invitados. Le falta sacar una cinta métrica y

ponerse a medirle. Luego me estudia a mí.

—Isaac. Vas a querer hacer esto solo. ¿No?

César da un respingo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Los dos me miran intensamente.

La veteranía es un grado y Manrique me conoce desde que yo era un crío. El niño. Cuando nadie más tenía hijos, ahí estaba yo. La mascota del Grupo Prometeo. El futuro investigador (eso nadie lo dudaba) de aquella panda de adultos inmaduros y *cazafantasmas* sin glamur.

—Será lo mejor —confieso.

—Te entiendo perfect…

—¿Estás insinuando…?

—¡César, te lo ruego! —Manrique aguarda a que su discípulo se cruce de brazos y se retuerza de frustración—. Te entiendo perfectamente. No es que yo tuviera intención de moverme de mi despacho… Aunque siempre supe que no necesitarías… ¿Cómo decirlo? Agentes de campo.

Llevo mi mano hasta el hombro de César con la intención de relajar la situación. Él rechaza el contacto.

—César, tío, en serio. Voy a necesitaros para otro tipo de cosas. El riesgo de acompañarme cuando tenga que enfrentarme cara a cara con ese parásito —le hago el favor de utilizar su término, como gesto de cortesía. No sé si sirve de mucho— es muy elevado.

—Lo haces para protegerme. Claro que sí.

—Pues sí.

—¿Y tú no vas a necesitar protección?

—Seguro que sí. Y no vas a ser tú quien me la proporcione.

—Isaac. —Manrique se echa para atrás en su sofá de cuero antiguo y allí, repantigado sin la menor elegancia, mira al techo con el ceño fruncido—. Si no le perdemos, quiero decir, si esa cirujana muerta logra adherirse de verdad a este individuo, vas a tener que entrenar mucho. Un entrenamiento severo para esa mente tuya. Probablemente debas mirar al abismo, hijo. Sin llegar a perderte tendrás que convertirte en un monstruo. Pues eso es lo que vas a cazar. Incluso puede que rompas ciertos

códigos que llevas muy adentro, inculcados desde que eras un chaval. Y ello va a derribar muchos de tus esquemas. Podrías no volver a ser el mismo y quedar muy a disgusto con el hombre resultante. Alguien que no te gustará que te devuelva la mirada en el espejo. ¿Te ves preparado?

—Tengo unas habilidades, Manrique, que muy pocas personas tienen. Y, ¿qué he hecho toda mi vida? Hablar con difuntos desconocidos, resolver casos parapsicológicos para publicar en vuestras revistas los resultados de esas investigaciones y prepararnos para cotillear un poco en la antesala de la otra vida, cuando, por lo visto, no hay mucho más que ver. Unas bambalinas ruinosas con todas las puertas cerradas al exterior. —Contemplo cómo un poso de té se va hundiendo al fondo de la taza de cristal que tengo delante—. Si no los uso para derrotar al peor demonio que me he cruzado en la vida, ¿para qué me sirven estos dones?

Manrique se acerca de nuevo a la mesa, casi desparramándose sobre ella, como hace en el plató de televisión del programa de Aitor Sender.

—¿Tienes un plan?

Me da un poco de vergüenza pensar en él. A pesar de que, sí, es un plan. Al menos, algo así como un plan. Hay que ajustar un montón de cabos y no tengo ni idea de cómo empezar a contemplar ciertos elementos… Sin embargo, a todos los efectos…

—Sí. Tengo algo que se parece a un plan.

—¿Qué quieres que hagamos nosotros?

—Escuchad atentamente.

Regreso a casa a eso de las nueve y media de la noche con la sensación de haberme quitado un peso de encima y de haber empezado una nueva andadura. Un proyecto flamante se ha puesto en marcha. Va a llevar tiempo.

El teléfono fijo suena mientras me estoy preparando una tortilla francesa con un par de lonchas de jamón york. Salgo al cuarto de estar para descolgar el auricular inalámbrico y regresar de nuevo a la cocina.

—Zarco. Soy yo —dice el inspector Fusco. Ha debido usar sus superpoderes policiales, porque yo nunca le he facilitado este número—. ¿Le pillo en mal momento?

—No. Estoy preparándome algo de comer. Mejor hablar ahora.

—Si quiere le llamo luego. En una hora, si lo prefiere. Soy un animal nocturno. Me acostaré tarde.

—No. Adelante, cuénteme.

—Aún hay que escribir mucho papeleo y el laboratorio tendrá que examinar a fondo todo el chalet de esas mujeres asesinadas. Me interesa especialmente el dossier de dactiloscopia. Todo lo que tenemos está ahí. ¿Se acuerda del aceite de bebé? Ideal para borrar huellas. En casa de la familia Nestares y en aquella furgoneta Peugeot, Román Mínimo tuvo tiempo de sobra para borrar su rastro. Aquí no. Es nuestra principal arma. Esto no va a sostener ningún caso por sí solo, aunque tendremos que conformarnos. Quedará demostrado que ese animal estuvo en la casa, con ellas. Quién sabe, podríamos hallar restos de semen en una de las víctimas. Para mí no sería problema plantear, además, un escenario de violencia donde no costaría imaginar que ese hombre empujó a la señorita Campra por la ventana. El móvil va a ser un enigma de cuidado. Y… entre nosotros, es posible que haya aprovechado el tiempo que tardó la patrulla de agentes de uniforme en llegar al lugar para esconder algún as en la manga.

—¿De qué está hablando?

—Ya se lo contaré. No creo que haya nadie escuchando por esta línea; no obstante, nunca se sabe.

No pienso dedicar ni un segundo más a dar rodeos. Puede que ya vaya siendo hora de dejar atrás al buen samaritano. ¿Telepatía a distancia? Sí. Una teoría que llevar a la práctica. Técnicamente se podría hacer incluso por televisión, aunque la otra persona estuviera en un país distante.

La concentración requiere un esfuerzo extra. Es contraintuitivo. La distancia solo importa a un nivel consciente del emisor. Yo soy mi único obstáculo. En

realidad, es una proyección como otra cualquiera. Y los kilómetros de distancia que pueda haber entre Fusco y yo no suponen mayor problema. Tendría que ser como tenerlo delante. Además, estoy oyendo su voz por teléfono.

Allá voy. Concentrarse para usar la telepatía ha pasado de ser casi un ritual de relajación y un enfoque de una tarea a simplemente accionar una palanca imaginaria.

Irrumpir en la mente de Fusco incluye una especie de efecto de aspiración. Puedo decir «Prueba superada». El consciente superficial del inspector está lleno de recuerdos de la escena del crimen. Se ve él mismo con el resto del equipo policial. Mario y Eric le rodean. Mejor dicho, rodearon. Este recuerdo está demasiado vívido en la mente del inspector mientras piensa en decirme «Me gustaría que supiera».

—Me gustaría que supiera, Zarco —«lo peligroso que se ha vuelto este asunto»—, lo peligroso que se ha vuelto este asunto.

Le dejo que siga advirtiéndome sobre el riesgo que todos corremos, elaborando la mejor manera de decirme que se ha llegado a un callejón sin salida y que, en esencia, van a permitir que RMS salga indemne de esta historia. Le cuesta encontrar las palabras.

—Vaya, Zarco, no sé cómo decírselo.

Exploro un poco más en su cabeza atormentada y contemplo el futuro que él es capaz de prever. Desde luego, nuestro asesino psíquico es sospechoso. Muchísimo. Y nadie entenderá qué clase de relación podría unir a estas dos mujeres con alguien como él. El caso es un taburete de tres patas, con una de ellas más corta que las otras dos.

Esta parte del hemisferio de su cerebro calcula probabilidades futuras. Es un policía experto; sabe que armar un buen caso, con tan poco, no es suficiente. Un buen abogado podría hacer trizas la acusación.

Escarbo en el almacén de las experiencias recientes. Vale. Voy más atrás. Más atrás; ahí estoy. Estamos. Me veo a través de sus ojos. La interpretación de su cerebro de mi imagen. Curiosamente diferente a la realidad que yo veo a

través de los míos. No es daltónico (eso lo complicaría un poco) ni sufre de esquizofrenia, así que debería ver las cosas como yo o como cualquier otro. Pero por algún motivo imposible de definir, me veo distinto tal y como él me percibe. Es el último instante que estuvimos juntos.

En el recuerdo me contemplo diciéndole: «¿Hay algún motivo que nos haya traído aquí?».

—Eso déjemelo a mí —dice él—. Usted márchese. Hágalo ya. Puedo justificar estar aquí, y que Mario y Eric estuvieran conmigo. Pero su presencia lo complica todo. Lárguese.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Ya le llamaré. Váyase ahora mismo.

—¿No deberíamos llamar a la Jefatura de Tráfico o algo? —A través de su percepción soy un pesado de cojones. Me estoy dando un asco tremendo. ¿A qué espero para irme?—. ¿Poner controles en las carreteras? Sabemos qué coche conduce y no debe estar muy lejos de aquí.

—Márchese de una puta vez.

Siento su ira reprimida, sus ganas de pegarme un puñetazo. Está sopesando muy en serio atizarme. Me mira la barbilla; es allí donde va a llevar su puño si sigo dando el coñazo.

—Aún podemos… —Me la estoy jugando y ni me doy cuenta.

—¡No! —Está a punto de hacerlo, pero me da una última oportunidad—. No podemos. Lo hemos intentado y no podemos.

—Va a rendirse —oh, Señor, ¿por qué no me callo de una vez?

—Ya le llamaré esta noche. Ahora tengo que ocuparme de todo este lío.

Y entonces, por fin, doy media vuelta y me largo de allí. ¿En serio tengo esa coronilla?

En este momento concreto, Fusco me odia.

Baja al sótano. Se encuentra con el cadáver de varios días de la doctora Carla Swagerman, con sus tripas dispersas alrededor del cuerpo. La herida tiene forma de

siete. La mujer aún tiene el cuchillo en la mano. Puedo sentir la excitación del inspector. Siente que es un regalo.

—Ya te tengo, hijo de puta —dice.

Limpia el arma a conciencia y se guarda en una bolsa con precinto que siempre lleva encima tanto el pañuelo ensangrentado como el pequeño cuchillo de cocina. Piensa usarlo cuando llegue el momento.

Sumergirme en su proceso mental no es tan complicado cuando uno ya se ve capaz de vislumbrar el final de su planteamiento. Aguardará a que venga la caballería y la casa se llene de personal policial. En algún momento, los encargados del examen dactiloscópico identificarán las huellas de Mínimo y las diferenciarán de las de las dos mujeres. Cuando Fusco sepa dónde hay una superficie con huellas de nuestro asesino, utilizará un truco de película con rollo de celofán (y sabe que Marcos o Mario, o como se llame Carl Sagan Con Coleta, siempre lleva en la guantera de su coche) y lo aplicará directamente sobre esa superficie. Se llevará esas huellas hasta el mango del cuchillo, a través del celofán, y fingirá el hallazgo repentino del arma homicida en el jardín japonés o en los exteriores de la propiedad, según convenga.

Y esa será su manera de incriminar a RMS de, al menos, una de las muertes. Por supuesto, un investigador capaz podría descubrir que el destripador debía de estar situado tras la fallecida y, con una longitud de brazo superior, realizar el corte desde el mismo ángulo de esta. Es la hipótesis que Fusco tiene pensado ofrecer. A pesar de todo, esas cosas suelen obviarse cuando hay huellas dactilares en las armas responsables de la muerte.

Tiene algunas excusas más. Todo muy bien organizado. Como si no fuera la primera vez que hace algo parecido.

Salgo de su mente. Ahora no sé ni de qué me está hablando.

—…le arruinaremos la vida como Román Mínimo Sagarzazu. Así que esa vida no la podrá recuperar jamás. Fin de su ciudadanía corriente y moliente. Y su cara podría salir incluso en los noticiarios. No le valdrá con esa gorra

roja mugrienta.

—No supondrá ninguna diferencia.

—Ya. Por eso le he dicho que, aunque no podamos atraparle, sí podemos quemar todos los barcos que ha dejado amarrados en el puerto. Será una huida hacia adelante.

—Y quiere que me quite de en medio.

—¿Cómo dice?

Me ha oído perfectamente, así que le doy un par de segundos para que lo saboree.

—Estamos arriesgando mucho, Zarco —dice al fin—. ¿Tan malo es dejarle escapar?

—¿Usted qué cree?

—El mundo está lleno de gentuza. Hay un señor de la guerra ahora mismo en Zimbabue o en Angola usurpando la presidencia del país, matando de hambre o a tiros a su pueblo. ¿Va a ir usted a por ellos también? ¿Qué me dice de esas personas que trafican con personas, las secuestran y las prostituyen en países lejanos? ¿Y los cárteles de droga? Matan a mucha más gente. ¿Son peores o mejores que este tipo?

—Este tipo se ha puesto a nuestro alcance.

—Sí, y ahora está tan lejos de nuestras zarpas como si se hubiera mudado a Saturno.

—Es nuestra responsabilidad. Hay organizaciones internacionales que deberían frenar a esos señores de la guerra, departamentos policiales que persiguen a los que se lucran de la trata de blancas y departamentos encargados de la lucha antidroga. Pero este hombre mata gente en nuestra ciudad. Es telépata. Como yo. No puedo quedarme al margen.

—Es usted un idiota. Desde que leí aquel artículo suyo en *Siglo 100*, desarticulando o pretendiendo desmontar el mito de los *chemtrails*, me pareció un salvapatrias y un autoproclamado héroe de la calle con una superioridad moral que solo usted cree poseer. Mira por encima del hombro a los demás y se dirige al lector desde un púlpito de descreimiento y cientificismo de cartón piedra.

—¿Va a ayudarme o no?

—Ya he hecho bastante.

—Bien. ¿Me haría un último favor?

—Depende.

—Quiero una pistola, la suya, a ser posible. Mola, sí, y parece de juguete, es ligera y…

—Un cuerno, amigo. Eso puedo decírselo desde ya.

—Pues consígame otra igual.

—Un cuerno.

—Droga.

—¿Qué?

—Droga. Quiero droga. Usted puede conseguírmela. Heroína o *crack*.

—¿Está de broma?

—No. Mire, se lo explicaría, pero… demonios. Es complicado. No es para usarla yo.

—Entonces, ¿para qué la quiere?

—Como usted dice, por teléfono no se deberían contar estas cosas. ¿Qué le parece si nos reunimos una última vez y nos despedimos en condiciones?

—No. Ni hablar.

—No se puede contar con usted para nada, Fusco.

Pero sí se puede contar con él. Accederá. Accederá a todo. Y no volverá a negarme ni una sola cosa. Lo he decidido. Será un aliado fundamental en mi plan. Y cumplirá con su parte. Vaya si lo hará.

Puede que incluso se lo haga saber.

Es la hora. El día ha sido… intenso.

He cenado rápidamente y me he puesto a ordenar un pósit detrás de otro sobre una mesa despejada. Cada anotación, una idea probable para el futuro. Lo que más me preocupa es el tiempo que voy a necesitar para llevar a cabo mi plan.

Está claro que no voy a ser capaz de poner cada punto en cada i en un solo día.

Me lavo los dientes y me pongo unos pantalones cortos

holgados y una camiseta descolorida y dada de sí que uso para dormir. Me introduzco en la cama tras unos ejercicios respiratorios de relajación. Antes de que haga las correspondientes consultas con la almohada, aún queda algo por hacer. Y es indispensable. El primer paso de todos.

El sueño conducido y el viaje astral tienden a ser lo mismo, salvo que el sueño se desarrolla en el ámbito de tu mente. No es exploración como tal, sino interiorización. Como no sé la localización exacta de mi invitada, decido invocarla.

Una invocación es una llamada casi a ciegas. Son señales de humo. Podría acudir a la cita quien no quieres y hacerse pasar por la entidad a la que llamas. Sin embargo, en la mente de un soñador experto, un viajero, no se puede colar nadie que no sea quien tú deseas. Podría ocurrir que no se presentase, y es algo muy habitual, pero no podría haber suplantación de identidad.

He reservado la mesa central en el primer salón comedor del *Titanic*. Es 13 de abril de 1912. Mañana será el peor sitio del mundo para estar, pero esta noche todo es lujo y sofisticación. Llevo un esmoquin que me sienta como un guante y el pelo engominado hacia atrás. Si vas a invocar a alguien en el interior de tu mente, que sea con estilo. John Jacob Astor IV está cenando en una mesa menos distinguida que la mía y sueño que me mira con envidia y rencor. Es el hombre más rico de cuantos pasajeros hay a bordo, pero eso no será ninguna diferencia mañana por la noche. Quiero darle realismo, así que procuro no meter actores que salieran en la película de James Cameron en esta representación onírica. La pregunta ahora es si mi invitada acudirá.

Y sí, acepta la invocación de buen grado. Entra en el salón con un vestido de época de lo más interesante. Carla Swagerman no es una mujer bella como lo era su prometida, pero ostenta otros encantos de índole más cerebral. Y bancaria. Aunque ahora mismo no es más que un espíritu aferrado a una misión.

Me levanto de mi silla para ofrecerle la suya y le beso

la mano mientras me inclino un tanto.

—No me joda —dice—. ¿No había otro escenario mejor? ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Oh, no se preocupe. Es mañana; tenemos veintiséis horas desde este momento.

—Uf. Por un momento pensé que… iba a salir congelada de aquí.

—Sabe que los recuerdos de ese viaje estuvieron grabados a fuego en las mentes de muchas personas y que, por ende, mucha gente cree que eso es el equivalente a quedar registrados en los archivos akáshicos.

—Soy científica, amigo mío.

—Claro, y ahora es un fantasma. Me llamo Isaac Zarco, ¿se lo dije?

—Encantada. Los formalismos no son lo mío. ¿Cuándo voy a poder despegarme de esa abominación con forma humana?

—Deje que me explique. Si esta información está en los archivos akáshicos, donde se registra cada emoción y pensamiento transcurridos a lo largo de la historia de cierta trascendencia, se supone que cualquiera que sepa cómo usar su mente puede consultarlos. El menú de la cena de hoy incluye carne en conserva, chuletas de cerdo, bufet de pescado, jamón y carne de vacuno, puré y patatas, tanto fritas como cocidas al horno.

—Tampoco suena tan bien como hubiera imaginado.

—El chef es excelente. Va a estar bien.

—Es un sueño. Así que será como esa comida imaginaria de los niños de *Hook*. ¿Me equivoco? *Bangarang* y toda esa mierda.

—En realidad va a ser más bien como el filete de *Matrix*.

Un distinguido camarero de mediana edad nos atiende. Pedimos el menú completo y una botella de champán. Permitimos que él nos recomiende cuál.

—Vale —dice la doctora—. Pues vayamos al grano.

—Sofía se fue bien.

Mi invitada cambia el gesto. El rictus de la agresiva

doctora capaz de todo, la que llevaba los pantalones en casa y tenía firmes a todos los empleados del hospital, muta en uno de tristeza absoluta.

—Tuve una sensación —dice—. Como si ella se hubiera desconectado de mí. Es difícil de explicar.

—Curioso.

—Él también la mató. No me hacía muchas ilusiones. Siempre pensé que en cuanto la hubiera violado lo suficiente, se cansaría de ella y le haría abrirse el vientre. ¿Sabe que fue mucho más doloroso verme obligada a hacerlo, ser controlada como una marioneta, que el acto de cortarme con el cuchillo? Podía sentir perfectamente cómo la hoja avanzaba, cortando la piel como si fuera una tarta, seccionando partes del intestino a su paso. Fue horrible. Aunque la sensación de que él tenía el control de mi cuerpo, esa impotencia, resultó ser mucho peor que nada.

—¿Dónde está él ahora? ¿Ha podido seguirle?

—Sí. Era lo que me dijo, ¿no? Que me pegase como una lapa.

—¿Y lo ha conseguido?

—Claro. —Se cruza de brazos con el ceño fruncido—. ¿Había otra posibilidad?

—Podría no haber logrado adherirse a él, sino al entorno. Quedarse encallada en el Audi.

—¿Y eso usted lo sabía?

—No sabía lo que iba a ocurrir. Mire, lo de que un espíritu se te quede pegado como una boñiga a la suela…, en fin, lo había leído, pero no lo había constatado hasta ahora. Estoy aprendiendo mucho sobre la marcha.

—¿Qué es usted?

—Soy el bueno.

—¿Cómo de bueno?

—No excesivamente, según parece. Y voy a tener que volverme mucho más gris oscuro. Soy médium. Soy psíquico. Podría ser más cosas, todavía no lo sé. Oiga, no sé cuánto tiempo tenemos.

El camarero viene con el champán. Lo sirve. Le he representado sabiendo de antemano que la comida no

llegará antes de que la conversación haya terminado.

—Es bueno —opina ella.

—¿Dónde está ahora?

—Se ha metido en un tren. Ha ido convenciendo a todo el mundo que se topaba con él de que debía tomar ese tren y que todo estaba en orden. Le han cedido el mejor asiento en el mejor vagón y todo el servicio se ha puesto a su disposición. Ha dejado mi coche en doble fila al lado de la estación. Se lo llevará la grúa, seguro.

—¿Adónde va el tren?

—Barcelona. Creo que es un AVE. Desde que abandonó el coche, todo se volvió neblinoso. Incluso el sonido se oye amortiguado.

Seguramente, el vínculo emocional con el coche de su novia la permitía adherirse al individuo con una percepción clara y total. Pero ahora que se ha alejado de ese objeto, la realidad se vuelve inestable.

Tanto la imagen como el sonido, los olores y otras sensaciones podrían irse aclarando, o justo lo contrario. En el peor de los casos, llegado un momento, podría dejar de detectar la realidad que existe a su alrededor. Una caída en la oscuridad. Pero ni siquiera soy capaz de concretar si eso se debe a ella misma, un espíritu que va perdiendo contacto con el mundo físico, o a los nexos emocionales con entornos reconocibles. ¿Y si Mínimo regresara al chalet de Santo Domingo, la realidad que la rodea recuperaría su nitidez?

Quién sabe.

—Doctora Swagerman, escúcheme con atención. Es imperativo que permanezca cerca de ese asesino. Si acude a mis invocaciones oníricas cada noche, podré hacer un seguimiento de dónde está. Sería cuestión de esperar el momento oportuno. Adelantarnos a él en un movimiento predecible y… pararle los pies.

—Qué fácil es decirlo. Usted no sabe lo que significa tener que permanecer cerca de este criminal. Saber lo que ha hecho, tenerle ahí, al alcance de la mano y ser incapaz de poder hacer nada. Acordarme de lo que nos ha hecho. Íbamos a casarnos en unos meses. Y ahora, acompañarle,

ver lo que le hace a la genta, manipularla sin que se dé cuenta, sin que nadie pueda impedirlo. Está siendo una experiencia espantosa. Quiero que acabe.

—Aguante un poco más, se lo ruego. Ahora mismo no puedo alcanzarle. No sería capaz de hacerle nada. —Pruebo el champán, exquisito, aunque su sabor no es capaz de limpiar el mal sabor de boca que deja todo esto—. Puede que lleve un tiempo. No la voy a engañar.

Ella se encoge como si una corriente de aire helado la hubiera sobrecogido.

—¿De cuánto tiempo podríamos estar hablando?

—Meses.

—¿Meses?

—No creo que llegue a un año. No sabría decirlo con exactitud. Si Sofía y usted se iban a casar en la primavera del próximo año, le doy mi promesa de que ese será el límite máximo que nos impondremos. En este instante no soy rival.

—No. No podré. Soy incapaz. No lo soporto. Usted no me dijo que sería tanto tiempo. Debo seguir mi senda. Podría encontrar a mi chica en...

—No va a encontrarla. Y tiene tareas pendientes. No sé si sería tan fácil como dejarse llevar y que el más allá la reclame. Pero si las cosas que he leído sobre estos temas esconden algo de verdad, no va a poder marcharse así como así. No ahora.

Su semblante empieza a palidecer. El blanco de los ojos se le enrojece. La piel se le agrieta como un desierto de Oriente Medio. Un espíritu cabreado. Típico. Ahora va a dar mucho miedo. Sus dientes se vuelven grises como los de una momia y todo el entorno se vuelve gélido. Sus uñas se clavan en el mantel de la mesa y lo atraviesan como garras de acero.

—Todo ha sido por su culpa.

Su rostro es el de una bruja espeluznante, ojerosa y arrugada; su cabello está hecho de jirones mugrientos. Está a punto de echárseme encima y desgarrarme la garganta.

***[Ya basta]***

Todo el salón se queda en silencio. Los comensales, quietos como estatuas. La doctora ha vuelto a su aspecto de siempre. Me contempla asustada. Como si hubiera visto un fantasma. Ironías del más allá.

—¿Qué es usted? —vuelve a preguntarme, esta vez en un tono atemorizado y lleno de respeto casi reverencial.

—Ya se lo he dicho. Médium.

—No. Es como él. Es igual que él.

No sé si debo ofenderme porque me compare con alguien tan inmoral y obsceno como RMS o si debo frustrarme porque no estoy a la altura de su nivel psíquico.

—Puedo pararle. Quizá sea el único que pueda. Y necesito su ayuda.

La doctora se mira el interior de las manos, recogidas en su regazo. Parece avergonzada por el instante de espíritu terrorífico de hace un momento.

—Haga lo que tenga que hacer lo más rápido posible. Por favor.

—Me esforzaré al máximo.

—Gracias.

—Gracias a usted.

—Una cosa más.

—¿Sí?

—¿Qué ocurrirá luego? ¿Qué viene después?

—No lo sé.

—No creía que hubiera nada. Quiero decir, que eso era lo que creía que había: nada. Y ahora, míreme. Vagando sin cuerpo. Es increíble. ¿Debería haber creído también en Dios?

—No lo sé.

—Siempre dicen que lo que viene ahora es mejor. Que la gente que se ha ido se va a un lugar mejor. ¿Es así? Cuando toda esta historia termine, ¿iré a un sitio mejor que este?

Emito un resoplido de resignación.

—No lo sé. Y la gente que dice que nos aguarda un lugar mejor, tampoco lo sabe.

—Su sinceridad me mata.

No. No ha sido mi sinceridad. La ocurrencia está fuera de lugar, así que me la callo. Lo cierto es que ya no veo motivo para seguir con esta reunión.

—Doctora. ¿Nos vemos mañana?

—De acuerdo. Qué remedio.

—¿Algún escenario en concreto para la reunión de mañana?

—Mi casa, con mi chica. ¿Puede ser?

—Notará la diferencia. Reconoce el escenario mejor que yo. Será una mala realidad virtual, si usted me entiende. ¿No preferiría una terraza en un hotel de lujo en el mar Caribe?

—Sorpréndame.

Y con un chasquear de dedos, me despierto.

La habitación está en penumbra. Entra luz suficiente a través de la persiana para ver el contorno de muebles y otros enseres del dormitorio, incluyendo a Melissa, que está de pie mirando fijamente una pared. Tan quieta que parece un maniquí.

Si no la conociera, sería una imagen inquietante.

Me pregunto si podría verla con más oscuridad aún. ¿Son capaces de proyectar luz los fantasmas? Tengo la sensación de que debería saberlo a estas alturas. Décadas investigando el fenómeno y todavía hay preguntas que ni siquiera me he tomado la molestia de formularme.

Como si fuera capaz de detectar mi atención puesta en ella, el cuerpo visible de Melissa se activa. Un ligero levantamiento de hombros y su rostro girándose para contemplarme. Me muestra una sonrisa triste.

—Acabo de acordarme de Julio —dice.

—¿Qué ocurrió en julio?

—Julio es el chico que me gustaba esta semana. —Frunce el ceño—. Que me gustaba la semana que…

La herida del taladro en la sien está bien visible. Con hilillos de sangre. Sus ojos tienen ojeras y un blanco de los ojos probablemente reflectante. La piel pálida para ser una

chica mulata, cuarteada como cuero viejo. La clase de espectro que no quieres encontrarte a los pies de tu cama a las tantas de la madrugada.

—¿Te gustaba? —Me incorporo un poco. La temperatura de la habitación ha descendido un par de grados.

—¿Cuánto tiempo ha pasado ya?

—Melissa…

—Creía estar enamorada. Me ocurría constantemente. Julio tenía un cuerpo increíble para su edad. ¿Qué diría ahora si me viera?

No le deseo al chico tal cosa. No ahora mismo, no en estas condiciones. Además, el amor adolescente, nueve de cada diez veces, es en realidad otra cosa.

—Melissa, debes calmarte. Todo está bien.

—No está bien. ¿Qué ocurre con mi familia? No les he podido ver desde que el diablo canoso me quitó de en medio. —Mi móvil, sobre la mesa, se enciende de repente, y por el altavoz suena un pódcast que tenía escuchado a medias. Argumentos incontestables sobre la forma esférica de la Tierra que ningún terraplanista puede rebatir. Las luces de las lámparas empiezan a encenderse y a apagarse. La fierecilla de mi niña—. ¡Estaba en la flor de la vida!

—Melissa, todo saldrá bien. Escúchame, ¿quieres? Escucha mi voz.

Algunos objetos ligeros vibran durante unos instantes. Un par de libros caen de la estantería. Si tuviera una pecera en la estancia, el agua correría riesgo de congelarse.

No obstante, poco a poco, las cosas van volviendo a la normalidad. Enciendo la luz de la lámpara de la mesilla de noche. La compró Cosette cuando vivía aquí. Decía que se parecía a la del logo de los estudios Pixar. Llevo tiempo queriendo deshacerme de ella. El cuarto se ilumina para ofrecer un espectáculo perfectamente normal. La adolescente que se muestra ante mí no tiene heridas en la cabeza. Lo cierto es que es una chica preciosa. Qué lástima lo que le hizo esa bestia humana.

—Melissa. Los dos sabemos que has echado una especie

de ancla. Sobre mí. Estarás varada a mí hasta que esto acabe de alguna manera. Aunque no tienes ninguna obligación de hacerlo. Podrías liberarte, si así lo desearas. Trascender.

Ella se encoge de hombros y se sienta sobre la esquina de la cama.

—Pensé que te ayudaba.

Y lo hace. Ahora mismo, necesito un poco más de compañía que la que tengo por el día. César está en otra dimensión y Salvador Fusco no ha sido en ningún momento algo que pueda llamar amigo. No acabo de sentirme cómodo con ellos. No voy a decir que exista química con el espíritu de esta joven, aunque su presencia sí ofrece una suerte de calidez que se me antoja agradable.

Como todo, con estas cosas, es difícil de explicar.

—Depende de ti. Si das un paso en la dirección correcta, te marcharás. Lo harás, tarde o temprano. Podría ser ahora. Controlas tu destino. Más o menos.

—¿Irme, adónde?

—Ya sabes que nadie tiene la respuesta a eso. Quizá sea otro tipo de experiencia, una forma de vivir que no podemos ni imaginar. Puede que renazcamos en cuerpos extraños en planetas distantes. ¿Te lo imaginas? Podrías tener cuatro bocas del tamaño de un váter.

—¡No! —se ríe.

—Con dientes como los de las plantas carnívoras.

—Qué horror.

—Y tentáculos. Eso no se discute. Siempre tentáculos. Un montón.

—Qué poco estilo.

—Tentáculos rezumantes de moco. Sudoración verde y pegajosa. Irás dejando un rastro de baba por ahí, con tus ojos de antena mirando aquí y allá.

—Déjalo ya. —Y me da un manotazo en la pierna. Jugando. Y lo siento. Como si fuera una chica de verdad golpeando sin querer hacer daño a un hermano mayor que la está fastidiando.

Pero es el momento de las revelaciones. Estos minutos,

carrusel de emociones, llegan a su punto culminante.

—Puede que necesite ayuda —le digo—. Los demás… etéreos no creo que puedan servirme de mucho.

—Vale. Te ayudaré.

—Lo que ahora viene a mí no me va a gustar. Aunque no tengo opción.

—¿Qué tienes que hacer?

—Entrenar. Debo perfeccionar esto que sé hacer. Y que nadie más hace. —Chasqueo la lengua con pesar—. Casi nadie. Y eso va a ser un problema para mí.

—¿Por qué?

Me levanto totalmente de la cama y me siento muy cerca de Melissa. Ella no hunde la cama donde está virtualmente sentada, yo sí; a pesar de eso, la siento como si fuera una persona normal. Sentados uno al lado del otro.

—Voy a tener que romper una promesa. Y eso me molesta.

—Una promesa con tu padre. —No lo está preguntando. El nexo que podría unirnos se sigue intensificando. Puede que dentro de no mucho me lea la mente constantemente, y no solo en ciertas circunstancias.

—Sí. Y está claro que él no cumplió la suya, por lo que debería sentirme menos culpable a la hora de acometer esta ruptura. Y no me gusta. Al final, es eso lo peor de todo. No voy a sentirme realizado ni voy a creer que evoluciono de cierta manera. Simplemente me veré obligado a hacer cosas que van contra las reglas que yo había aceptado.

—¿Vas a hacer cosas malas?

—Imagínate que obligas a una persona sobre la que tienes control a hacer algo bueno. Podría ser tu abuelito o, no sé, ¿tu hijo?

—Qué asco, no.

—Puede ser ya mayorcito, un hijo de doce años.

—¿Y lo tuve con dos años? Qué precoz.

—Estamos hablando de imaginar. Tú deberías tener treinta años. ¿Puedes tener treinta años en un ejemplo hipotético? ¿Qué me dices: tienes imaginación, o tu cerebrito de pija no da para tanto?

Otro manotazo. No ha sido un manotazo de espíritu incorpóreo. Demonios, este ha escocido. Me fijo en que incluso está ejerciendo cierta presión sobre el colchón. ¿Peso material? ¿Puede obrar efectos físicos sobre el entorno cuando está más concentrada en lo que ocurre a su alrededor?

Ella mueve la cabeza como un perrito de salpicadero de coche.

—¡Tiinis imiginiciín, i ti ciribriti di piji ni di piri tinti!

No lo puedo evitar, lanzo una carcajada. Los misterios del más allá. Hace un par de minutos tenía un fantasma frustrado a un paso de la furia que podría haber hecho estallar todos los cristales, y ahora está aquí, bromeando como si tal cosa.

—De acuerdo, Mel, ganas el premio a la más sabionda de esta habitación. Pero tienes treinta años, las tetas se te han caído y estás arrugada. Con un hijo de doce años al que controlas.

—¡Con treinta años! Parece que tuviera sesenta.

—Oye, es mi ejercicio visual, imagínate así o no te lo explico.

Ella se cruza de brazos y sonríe de medio lado, aunque la otra comisura parece la de un payaso triste.

—¿No puedo seguir siendo preciosa? Hay mujeres con treinta que están bien.

—La mayoría, de hecho, pero tú comes muchos dulces y solo levantas una mancuerna para pasar el plumero por debajo.

—Idiota.

—Y controlas a tu hijo. «Hijo, tómate la comida, hijo, en cuanto acaben las clases, sal corriendo que no quiero dejar el coche en segunda fila mucho tiempo y las salidas del colegio se ponen hasta arriba de gente. Hijo, hijo, hijo.» En fin, eres una marimandona y puede que hayas dejado de afeitarte las axilas. A pesar de que ahora está de moda.

—Te acabaré dando un puñetazo. ¿Crees que podré?

—Ahora mismo estoy casi seguro de que lo harías.

—Pues entonces, lo haré.

Miro la hora y empieza a hacerse rematadamente tarde. Y mañana me espera el primer gran día de, como se suele decir, el resto de mi vida. Que es posible que no sea muy larga, todo sea dicho de paso.

—Le controlas para que haga cosas convenientes. Y un día, te metes en su cabeza y le convences de que deje de tener amistad con un chico que no te gusta mucho: «Dejarás de hablar con… Jesús, que es una mala influencia».

—¿No puede llamarse de otra manera? Es un poco obsceno.

—Conforme. «Hijo, dejarás de hablar con Judas, que es una mala influencia.» Vive en un barrio marginal. Puede que no sea culpa suya. Ha nacido en el seno de unos borrachos. La madre se gasta toda su pensión en las máquinas tragaperras y el padre es detenido por la policía cada fin de semana. Maltratan perros, robaron el coche de un vecino el verano pasado. Una casa donde cualquiera sería criado como un malnacido con malas pulgas. Y Judas es así. Y es el mejor amigo de tu hijo. Pero le va a llevar por el mal camino.

»Tienes que entender que no es tu vida, es la suya. Puede elegir él solito a las compañías que desee. Está en su derecho. No es un juguete que quisiste traer a este mundo, tras nueve meses de privaciones y dolores de espalda, para luego mangonearle como a un muñeco. Aunque al final lo haces. Las madres son así.

—Qué asco dan, ¿verdad?

—Seguro que sabes de lo que hablas. A lo que voy. Va a ser una mala influencia, lo sabes. Acabará teniendo antecedentes penales con trece años. Le harán esa foto frontal y de perfil en la comisaria y la dejarán en su expediente. Asalto a mano armada, intento de hurto en domicilio, robo de automóvil. Y todo porque no hiciste nada cuando pudiste. En este ejercicio mental, has visto ese futuro inevitable. Y le convences para que deje de ser amigo del niño Judas. No está bien, pero… Es lo que debes hacer.

—¿Y?

—¿Dirías que estás haciendo una cosa mala?

—Depende.

—¿Esa es tu repuesta?

—Sí. Un mal útil que previene males mayores. Pero sí. Estaría haciendo una cosa mala.

Me acerco a la mesilla que está al lado de la cama y le doy un trago al vaso de agua. Busco en uno de los cajones del pequeño mueble la caja de Almax y me meto una pastilla en la boca. Esta conversación me está dando ardores.

—Pues eso es lo que voy a tener que hacer —concluyo —. Males útiles.

Y lo siento mucho, papá. Es lo que hay. También podrías venir para impedírmelo diciendo una sola frase. Con que te presentaras, sería suficiente.

No voy a engañarme.

—Buenas noches, Melissa.

—Buenas noches, Isaac.

—Si te portas bien, mañana veremos a Julio.

La expresión de incredulidad que muestra me hace reír.

Seguramente, mañana no nos hará gracia a ninguno.

# CAPÍTULO 22

## ESPECIALISTA DEL MAL ÚTIL

En cuanto suena el despertador, me pongo en marcha. Desayuno un café de Nespresso y una tostada con un toque de mantequilla y dos mermeladas mezcladas. Mientras lo hago, consulto internet y, aunque no en primera plana, sí veo cómo los asesinatos de Carla Swagerman y Sofía Campra han salido a la luz pública. El despliegue mediático no es muy grande porque Campra no era una modelo de renombre y la doctora carecía de la menor notoriedad, pero la brutalidad de sus asesinatos genera artículos de prensa muy impactantes.

El inspector Fusco me ha enviado un wasap mañanero muy predecible.

«Vaya follón se ha montado. Manténgase alejado del asunto. Ya le llamaré.»

Me lavo los dientes y me doy una ducha a toda velocidad. No voy a ser muy selectivo con la ropa. Elijo con cuidado cada prenda para no llamar la atención sean cuales sean las circunstancias. El día ha amanecido muy gris y podría llover, o no, hacer calor, frío, así que, salvo riesgo de meteorito destructor, el cielo puede darnos cualquier sorpresa.

Melissa no me ha seguido a todas partes como un perrito ansioso, pero casi. Permanece siempre en una habitación contigua. Fuera de mi radio de acción, aunque muy pendiente de cada cosa que hago. Puedo sentir su expectación.

Sí, ella ha sido mi pequeño ejercicio físico de calentamiento. Un sondeo breve (me da un poco de miedo

profundizar en exceso en la mente de una persona fallecida, qué le voy a hacer) me indica cuáles son sus emociones superficiales. Y constato de nuevo que un fantasma, por encima de cualquier otra cosa, es sentimiento. Sentimiento a flor de piel. Un océano de ellos, embravecidos por momentos, con tsunamis casuales que vienen y van. Todo pasión. Cuando no hay una regulación neuronal propiamente dicha, las sensaciones se disparan como un cañón.

Melissa es toda excitación. No hay ni una pizca de miedo o de desdicha.

Ojalá le dure.

Estoy listo para salir por la puerta. Paraguas de mano. Alguien se lo dejó hace meses. Yo nunca compraría ninguno sabiendo que tengo sudaderas con capucha de sobra. Pero con la americana oscura, la camisa blanca y el pantalón negro, sabiendo que el día podría ponerse feo, es la mejor opción.

—¿Nos vamos? —pregunta Melissa.

—Sí.

—A ver a Julio.

—¿Por qué no? Podríamos ir a ver a cualquiera. Y supongo que te interesará saber qué le pasa por la cabeza.

Salimos al rellano del portal y cierro con llave. Ella se ha quedado dentro, mirándome muy tensa mientras le cerraba la puerta en las narices. Los dos sabemos que el gesto no es de desprecio. En estas semanas que lleva conmigo no la he visto atravesar una puerta ni una sola vez. Ahora me doy cuenta de ello. Llamo al ascensor y medito la idea. Cinco a uno a que me la encuentro dentro; se abrirán las puertas y allí estará ella, al fondo del habitáculo. Y su reflejo en el espejo. Me gustaría ser testigo del efecto visual. Dudo mucho que atraviese el material. Sencillamente la dejo en una habitación y ya está en otra cuando llego.

Se abren las puertas. He perdido mi apuesta mental. Bajo yo solo en el ascensor hasta la planta subterránea del garaje. Un vecino está inspeccionando el estado de las ruedas de su SUV cuando me saluda con un apagado

«Buenos días». El suyo no ha debido empezar bien si se ha encontrado con un pinchazo o con los neumáticos flojos.

Dentro de mi coche está toda la pandilla. Jair Nestares está pegado a la ventanilla izquierda, justo detrás de mi asiento. Es al primero que veo. Mirando a todas partes y a ninguna. Como si siguiera el vuelo de una mosca inexistente que le tiene del todo obnubilado. El señor Bayón está pegado a la otra ventanilla. Su vista al frente, siempre a lo suyo. Abstraído de todo y todos. Melissa, en el centro, es quien se encorva un poco para ver cómo me acerco al automóvil. Abro la puerta y me introduzco en el interior. Ajusto el retrovisor central y me entra complejo de chófer. Si al menos fueran transparentes podría ver con normalidad por el cristal trasero.

—¿Todo bien por ahí detrás?

—Sí. —Por supuesto, es la chica la única que responde, aunque Nestares está balbuceando algo. No logro entender qué dice y se diría que no quiere llamar la atención. Un fantasma senil. Otra cosa nueva que ver.

Me pongo en marcha enseguida y salgo del garaje vecinal a toda velocidad. Le digo a Melissa que me indique la dirección a la que deberíamos ir ahora. Presumiblemente, el centro de enseñanza. Es hora de empezar a dar clases y los chicos estarán llegando y formando corrillos alrededor del edificio.

Melissa me da indicaciones. Lo hace durante unos veinte minutos. Llevándome por el interior de la ciudad sin que yo pueda hacerme una idea de hacia dónde nos dirigimos con exactitud. Tampoco sabe si su guapísimo príncipe azul optará por las clases presenciales o si seguirá dándolas en línea. Quién sabe, podría estar en su casa, en calzoncillos, atendiendo al profesor de turno con una cámara web de mala definición y garabateando una tira de cómic guarro en un cuaderno.

—Concéntrate —le digo—. Vosotros, los… difuntos, sois capaces de más de lo que creéis. Bastaría con que visualizaras al chico y podrías sentir dónde está. El resto será tan fácil como…

—Derecha, ahora.

Obedezco al instante. No llego a dar un volantazo, pero la maniobra es brusca y al límite de ser peligrosa para los transeúntes. Me introduzco por una callejuela de un único sentido, sin coches aparcados y apenas sitio para las aceras. De ahí, paso a una vía principal. Melissa sigue dándome instrucciones.

—Derecha. Sigue recto hasta la segunda calle. Sigue. Sigue.

—Estoy en un semáforo.

—Perdón.

—Tranquila.

—¿Ya?

—No.

Empiezo a sentirme como en *Los Simpson*. «¿Hemos llegado ya?», «No», «¿Hemos llegado ya?», «No», «¿Hemos llegado ya?», «No». No creo que Melissa sea incapaz de ver colores o que el semáforo permanezca invisible para ella. Es esa capacidad de los fantasmas para disociarse de todo y centrarse solo en… quién sabe. Sus cosas. A veces, hace falta una simple indicación. Aunque nada como comprobarlo empíricamente.

Hoy va a ser un día de muchos experimentos. Soy investigador. Es lo que hago.

—Melissa, ¿ves la luz roja de allí? —Se la señalo con el dedo por el parabrisas—. La del semáforo.

—Sí.

—¿Entiendes lo que significa?

—No soy tonta, Isaac, por Dios.

—La veías hace un rato.

—No estaba pendiente.

—Avísame cuando se ponga en verde. ¿Qué opinas de ese hombre? ¿Lo ves? El tipo de las gafas de montura de fibra de carbono.

—¿Quién? Ah, vale, ese de ahí.

El semáforo se pone en verde y continuamos la marcha. Ella sigue mirando al tipo de las gafas estupendas (y pantalones ridículos, también) hasta que le pierde de vista

debido al ángulo de visión. Estoy seguro de que no le hubiera quitado ojo mientras pudiera seguir observándole. Como un gato pequeño cuando se concentra en un puntero láser en movimiento. Cuando deja de verle intercambia miradas conmigo por el retrovisor.

—El semáforo se había puesto en verde —dice.

—Hace treinta metros.

Esto dice mucho de su estado de alerta. Concentrados en una cosa cada vez. Un único elemento. Si se fijan en el péndulo moviéndose, ¿podrán ver al demonio oscuro que se acerca para devorarles? Es solo un ejemplo, y, obviamente, no habrá amenazas de tal índole en su realidad entre mundos. Y es la razón por la que los espíritus no se hacen caso entre ellos. Es como llevar pegada una sombra. Está ahí todo el tiempo. No reparas en ella hasta que… reparas en ella.

—Nos hemos saltado la calle. Tendrías que haber girado.

—¿Cuándo?

Sonríe con burla.

—Hace treinta metros.

A pesar de eso, me indica cómo alcanzar la dirección adecuada sin dar muchos rodeos. Melissa hace la función de GPS despistado que no atiende correctamente al sentido de la marcha. Exige acceder a cierta calle sin percatarse de que está en dirección contraria o se trata de una vía peatonal restringida. Pero, tras varios accesos a vías concurridas, llegamos a una zona amplia donde poder aguardar estacionados en doble fila sin molestar más de la cuenta. No hay ningún colegio por la zona.

—Detente aquí.

Miro alrededor para saber el motivo de esta pausa en el camino. Trato de dirigir la vista hacia donde está mirando. Una tienda de barrio de productos de alimentación regentada por chinos. Un chico de catorce años con el pelo demasiado lacado para que quede de pincho y un tipo corporal muy atlético, probablemente sobreentrenado, sale del establecimiento agarrado del brazo de una joven de su

edad que le ríe alguna gracia.

—Hijo de puta.

Es el tal Julio. Y, de alguna manera, me esperaba algo parecido. Seguramente, la idea del asesinato de Melissa Nenge conmocionó a todos sus profesores y compañeros de clase. Aunque el tiempo pasa más lentamente en la adolescencia, puede no dejar tanta huella como en otras fases de la vida. Es posible que el tema de conversación en las aulas haya dejado de ser la chica muerta de la cabeza taladrada.

Y Julio, al parecer, ha recuperado el humor.

—¿Qué había entre vosotros dos?

—Nos morreamos un poco. Un par de días. Y fuimos al cine. Había planes para más. Yo le daba caché, ¿sabes? Tiene un cuerpazo de escándalo, pero no es muy guapo. Y es bastante tontorroncete. Decir que estaba conmigo le subía puntos. Y ahora mira. Ni siquiera sé cómo se llama esa payasa. Me suena su cara. Y menuda cara.

—Se llama Ángela.

—¿Ángela? ¿Le has leído la mente?

—Solo un poco.

De repente me doy cuenta de que Jair Nestares y el señor Bayón también están pendientes de la joven pareja.

—¿La mente de él —pregunta Melissa—, o la mente de ella?

—La mente de él. Tenía pensado que fuera el sujeto de mi experimento.

—¿Qué piensa de ella?

Sin parar el motor del Corolla, echo el freno de mano y pongo las luces de emergencia. Agarro el volante con fuerza y amplío mi capacidad de sondeo.

—Está haciendo planes para explorar esta noche un área en concreto dentro de *Assassin's Creed*. Lo compró ayer mismo y ya lleva quince horas jugadas. Su percepción recibe la información auditiva que le llega desde los oídos. Hasta yo puedo escuchar lo que ella dice. No sé qué del gluten o no gluten de… Mierda, entiendo a este chaval, y que no le haga ni caso.

—¿Qué piensa de ella?

—Es un cúmulo de sensaciones abstractas. Interpretarlas no es como leer un libro, ¿de acuerdo?

—¿Está pillado?

—Para nada. Ya se han magreado suficiente como para pensar dar el salto definitivo. Calcula que para este fin de semana caiga. En sus planes está que ocurra en casa de sus padres, aprovechando que se van a un camping.

—Qué cerdo. Ese era el plan para el fin de semana que íbamos a pasar. Mi fin de semana. Si no me hubieran matado, claro. «No haremos nada que no quieras hacer.»

Me lo sé de memoria. Puede que incluso yo mismo cayera en ese tópico. La típica frase que el chico le dice a la chica a la que está deseando bajarle las bragas. Y con cierta seguridad de conseguirlo en breve plazo. En algunos casos, les hace creer que ellas toman el control. Las nuevas generaciones no inventan nada.

Aunque parece que sigue funcionando.

—Mamón. —Es la sentencia del señor Bayón, de repente muy interesado por esta trama. Le da unas palmaditas en el muslo a Melissa—. No te convenía —dice.

—Ya, lo que pasa es…

—Vale —les interrumpo—. Es la hora.

Concentración. Estado de control mental activado al máximo. No sé cómo lo hago. No se visualizan estas cosas. Se hace y punto. Lanzo un mensaje telepático sin tono de voz. Sin marca de identidad. Un ser querido podría reconocer la procedencia de la idea instalada en la mente. Pero nuestro querido Julio no sabe nada de mí.

*[Tócale el pelo]*

No es una voz en su mente. Es un pensamiento. Lo revuelvo con los suyos. Esa zona del videojuego donde podrá adquirir recursos para el campamento y subir de nivel. El sabor de la bebida energética que está consumiendo. Y la idea de tocarle el pelo a la chica.

*[Románticamente]*

Él cree que lo está pensando. Que la idea proviene de él. Es fácil hacerle creer tal cosa si no lo ve venir. No podría

lograr que colara un pensamiento tal como ponerse a defecar en mitad de la calle. Un pensamiento así sería detectado enseguida. Pero algo tan simple como tocarle el pelo se puede mezclar con su línea de pensamiento actual sin muchos problemas. Una gota de río en el mar no supone una gran diferencia. Y seguro que a él le encantará hacerlo.

Veo, desde mi posición, aunque se están alejando, que le mira el pelo a la chica, deseoso de convertir en acto el pensamiento que ahora le ronda la cabeza.

***[Tócale el pelo]***

Julio rompe el agarre de ella de su brazo derecho y lleva la mano a su cabeza. La chica sigue el movimiento de su brazo con la vista. Le acaricia finalmente el cabello. Ella se deja. Le sonríe. Qué patéticamente romántico.

—¿Estás haciendo tú eso? —pregunta Melissa desde el asiento trasero. Cuando yo asiento con la cabeza se acerca al hueco entro los dos asientos delanteros—. ¿Podrías dejar de hacerlo? Hablo en serio.

—Era solo una prueba. —Le pongo el rostro a un par de dedos de distancia del suyo—. ¿Qué quieres que haga él? —La pillo totalmente por sorpresa—. Di lo que quieras que haga, y lo hará.

Veo un destello en sus ojos. Salgo momentáneamente de la cabeza de Julio. Ya le pillaré. No puede irse muy lejos, y mi proyección podría tener un alcance ilimitado. Ni siquiera lo sé. Ahora que lo tengo localizado podría dar con él, de desearlo, en cualquier momento.

Otra cosa más sobre la que indagar.

Melissa está pensando en algo retorcido. Es mala. Cuando quiere, lo es. Una personita capaz de inventarse apodos despectivos como Ana *la Insana* y de hacer *bullying* con despreocupación, casi accidentalmente, sin inmutarse.

Hoy estoy por la labor.

—Solo dilo, Mel. Adelante.

—Quiero que se frote la polla con la otra mano mientras está sobándole ese pelambre casposo.

Tengo que admitirlo. Es una bruja. Una bruja de cuento de hadas con los ojos enormes y con un futuro prometedor

que se fue al garete. Y cruel. Su lado oscuro.

Vuelvo a centrarme en Julio. Ya apenas podemos verle. Entre los demás coches aparcados, la gente que camina por la calle y la distancia, solo puedo hacerme una idea de dónde se encuentra físicamente. Pero su mente está en una frecuencia que sintonizo al instante. Entro con una facilidad pasmosa.

Probaremos con el mismo sistema. Primero, las sutilezas.

*[Esto es muy excitante] [Es muy excitante]*

El componente tiene visos de cierta realidad. Sería mucho más excitante meterle la mano dentro del bolsillo trasero de los pantalones vaqueros. Sentir la carne suave a través de la tela.

*[Estás poniéndote a tope]*

Siguen caminando muy juntos. Julio le sigue masajeando el cuero cabelludo. Lo hace con ternura. A ella le debe estar encantando. Caminan un poco más despacio.

*[Ya no tengo más sed] [No quiero seguir teniendo esta lata en la mano]*

No encuentra ninguna papelera de camino, así que deja caer la lata sin más, entre el bordillo y la rueda de un vehículo estacionado. El sonido llama la atención de varios transeúntes que le miran mal. Él es consciente.

*[Ni caso]*

Sigue adelante, con una mano libre y la otra ocupada entre los cabellos de la muchacha. Veo la química de su cerebro reaccionar. No puedo constatarlo sin explorar otros campos cerebrales, y estoy exactamente donde quiero, pero me apuesto la casa a que ya está empalmado. «Mi reino por una erección.»

***[Frótate el pene sobre el pantalón]***

La conversación sobre el gluten continúa mientras Julio empieza a hacer movimientos propios de un guitarrista sin guitarra. Un buen punteo, sí, señor Frank Zappa.

***[Frótate furiosamente]***

Llegamos al punto donde quería llegar. El chaval puede ser un poco lelo, aunque eso no le convierte en una

marioneta. No quiere hacer esto. Llamar un poco la atención de los desconocidos que caminan por la calle le ha chirriado, y eso lo ha puesto en un estado de cierta extrañeza. Es consciente de que ahora la cosa se ha desbocado. Esto no lo desea. No quiere tocarse el paquete como quien se frota las manos para entrar en calor.

***[No pares]***

La orden mental es detectada como ajena. «Las voces me obligaron, señoría.» Y el horror se desborda como una presa. Su cabeza se llena de horror. Observa a la chica y pone cara de no poder evitarlo. Ella le aparta la mano de su pelo de un manotazo y se aleja un par de pasos, horrorizada, sin dar crédito a lo que pasa.

—¡Tío! —exclama—. ¿Qué cojones haces?

—No puedo parar.

***[Cállate]***

Siento cómo niega con la cabeza, suplicando con los ojos, llevándose la mano libre a la mano impúdica para detenerla y consiguiendo que parezca que se está masturbando con las dos. Intenta hablar, abre mucho la boca, mueve la lengua, y ningún sonido sale de su garganta. El miedo se apodera por completo de él.

Decide salir corriendo. Lo hace mientras la mano izquierda sigue frotándose la entrepierna. Todo el mundo le mira. Un señor en silla de ruedas le graba con el móvil, partiéndose de risa mientras le enfoca con el aparato.

***[No te detengas hasta que llegues a casa]***

Salgo de su cabeza.

El mundo ahora mismo ha bajado el volumen de cada sonido emitido en la atmósfera. El tiempo se ralentiza. Resoplo lentamente.

Giro la cabeza hasta encontrar el rostro de Melissa, con una mueca de desagrado.

—Al final ha sido desagradable —confiesa.

—Sí. No puedo decir que yo lo haya disfrutado mucho. Me he sentido… —la voz de Cosette resuena en mi recuerdo, y no porque ella esté invadiéndome telepáticamente, sino porque mi propia memoria puede ser

un enemigo temible— como un violador.

—¿Te has sentido como un violador?

—Bueno, es una forma de expresarlo.

Melissa se echa hacia atrás y se acomoda en el hueco del asiento que le dejan los otros dos fantasmas. Que, por cierto, me están mirando fijamente. No con esos ojos ausentes que traspasan la materia, sino enfocándome a la perfección.

No dicen nada. Y no hace falta.

Les pierdo de vista girándome al frente y colocando las manos sobre el volante.

He sacado matrícula de honor en la prueba. Qué fácil es ser un cabrón.

Una parte de mí pensaba que no sería capaz. Que no podría hacerlo, no desde el aspecto ético (siempre supe que esquivaría ese obstáculo), sino desde un aspecto estrictamente psíquico. Que no tendría poder suficiente. En cuyo caso podría aceptar que Román Mínimo siguiera existiendo. Lo haría, porque yo no podría hacer nada por detenerlo. Como con las guerras, el narcotráfico o la corrupción política. Están ahí y no puedes hacer que desaparezcan.

Pero tengo el poder.

Supongo que habrá que seguir adelante.

El primer paso consistía en hacerlo. Sencillamente. ¿Puedo lograr que un idiota le toque el pelo a su acompañante y piense que es idea suya? Puedo. ¿Puedo hacer que haga algo en contra de su voluntad, aunque entonces detecte que está siendo manipulado? Puedo.

Ahora la idea es ver cuánto dura la orden mental. ¿Se disipa con el tiempo? Los soldados imperiales de Tatooine creían que aquellos droides no eran los que estaban buscando (aunque sí lo eran) porque el maestro Kenobi les indujo esa idea. Con todo, ¿seguirían pensando que esos no eran los droides incluso si se los hubieran topado a la vuelta de una esquina cuatro horas después? ¿O, por el contrario,

tras un tiempo prudencial, el encantamiento de la Fuerza, por llamarlo así, perdía potencia?

En el mundo real no hay que hacer ningún gesto con la mano, sino que hay que arremangarse y ponerse perdido de las sensaciones que salpica una mente cuando te metes en ella. Aún tengo ese toqueteo del mando del videojuego, los mapas, tengo el sabor del Monster Energy en la boca, el tacto del cabello sedoso de la tal… Ángela. Incluso las perspectivas del plan del fin de semana. Ese hormigueo en el estómago al pensar en lo que él pensaba que iba a suceder. Las superficies de sus líneas de pensamiento.

Enajenarse de esos procesos neurológicos, no hacerlos del todo tuyos, mantenerse en la posición de turista y no sumergirse en la marea, lleva su tiempo.

Ahora mismo puedo entrar en esas realidades que producen los recuerdos y la imaginación del individuo anfitrión sin que nada me haga perder mi esencia del Yo. La idea es resistirse a la deriva de esos pensamientos ajenos. Tienen su propia fuerza, una suerte de atracción gravitacional. Y habrá gente por ahí, en el mundo, con la cabeza llena de podredumbre. Personajes infectos que graban vídeos *snuff* y se toquetean con filmaciones de mutilaciones, ejecuciones sumarias en países del tercer mundo y otras aberraciones de ese calibre. Personas con mentes enfermas y otros que no acusan enfermedades cerebrales conocidas, pero disfrutan con el dolor ajeno hasta el punto de la depravación.

No debe de ser plato de buen gusto meterse en esas cabezas. Aunque sea para ordenarles que se tiren a la vía del tren. No obstante, estoy convencido de que la gran diferencia entre el mapa neuronal del emisor y el del receptor invasor facilitará que esas corrientes mentales no atraigan a este último al interior de la mente anfitriona.

Sin embargo, no me siento tan mal como debiera. Y sé cómo debería sentirme. No se parece a esto. He rebasado una línea, una línea roja, tengo esa oscura certeza. No me he convertido en otra persona, aunque he dado un paso en esa dirección. Dudo mucho de que me mire en el espejo

dentro de un tiempo y vea a un auténtico desconocido. Pero voy a obrar cambios en mi personalidad. Eso seguro.

Guardar en el cajón mi código, todo lo útil que mi padre me enseñó, tendrá su precio. Ojalá lo tenga. Y lo pague caro. Sería terrible que dar estos pasos no tuviera consecuencias de tipo kármico. Un sacrificio que hacer. Un castigo, mejor pensado. Estoy dispuesto a asumir el coste. Quiero pagar el coste. Porque ya es bastante duro descubrir que aquella idea sobre la que mi padre basó todas sus enseñanzas, inspirada en los cómics que ambos leíamos por ese entonces y que rezaba que un gran poder conllevaba una gran responsabilidad, es una quimera del tipo Santa Claus. No, joven Peter Parker, la verdad sobre el poder es que corrompe. Y un poder absoluto corrompe absolutamente.

Tendría que estar sintiéndome como un perro apaleado. Y no. No estoy mal. Asqueado más que amargado. Probablemente por la percepción de que ha sido una broma y nada más que eso. Inofensiva. De muy mal gusto, aunque sin efectos secundarios más allá de una vergüenza infinita cuando Julio se tope con Ángela al entrar en el metro. Y se lo merecía, más o menos.

Me gusta pensar que por eso no me siento tan mal. Podría probar con hacerle algo injusto a un alma caritativa y bondadosa. Ordenar mentalmente a una ancianita tierna y adorable que se ponga a bailar de manera compulsiva con música extrema mientras hace un estriptis en un museo lleno de gente. Por poner un ejemplo.

Si tampoco me siento a morir, la cosa no iría bien.

Conduzco hasta un parking público situado entre la calle de la Luna y Silva. Es un distrito completamente distinto a aquel en el que perdimos de vista a Julio y sus espantadas lujuriosas. Bajo varias plantas subterráneas y aparco tras una columna, en un lugar apartado. Podría estar perfectamente a cinco kilómetros de distancia.

No sé dónde está Julio. No sé dónde vive. El desconocimiento de su ubicación no debería suponer una discrepancia. Conozco esa mente. Sé cuál es su frecuencia.

Estoy casi convencido de que si estuviera en Singapur, tuviéramos un vínculo emocional y lo pudiera considerar un ser querido, entonces la distancia seguiría dando igual. No he podido constatar esta teoría aún. Apostaría por ella, pero permanece indemostrada.

A pesar del inconveniente de la distancia extrema, ubicándose mi objetivo dentro de la misma ciudad, entra dentro del alcance. Teóricamente. Habrá que indagar mucho más en esto de las distancias y los límites de proyección. Saber cuál es mi patio de recreo.

Desde cierto punto de vista, da un poco de miedo.

Me pongo en marcha. A experimentar.

Es rápido. Casi vertiginoso. No hay un viaje tipo *Stargate* ni efectos caleidoscópicos. Es como ponerse unas gafas de sol, aunque en lugar de modificar con un filtro lo mismo que estabas viendo, te cambia el escenario.

Julio en su habitación. Limpia y ordenada. Eso no me lo esperaba. Quizá le estaba menospreciando en exceso. O tiene una madre que se esmera mucho.

Muy bien. No se está frotando los huevos. Eso ya me dice algo. Exploro en sus recuerdos toda la experiencia. Ha dejado huella y podría tenerle traumatizado un par de días, en los cuales (ya lo está sopesando) no se moverá de casa o saldrá de ella para hacer novillos a cualquier parte. No ha pensado en llamar a ninguno de sus amigotes. Veo subjetivamente cómo salió corriendo, dejando a Ángela atrás, frotándose compulsiva y demencialmente sus partes pudendas. Hasta hacerse daño. Llegando a lastimar superficialmente la piel de la palma de la mano con la cremallera del pantalón.

Aquí lo tenemos. Ni siquiera él recuerda cuándo dejó de meterse mano lascivamente. Corrió y corrió hasta llegar a su casa. No había nadie en el domicilio, lo que celebró. Estaba tan alterado, que no hubiera podido fingir que todo iba bien. Se encerró en su cuarto y lleva dándole vueltas al asunto desde entonces.

Empieza a pensar que quizás esté poseído. Pobre chico.

*[No puedes ser tan tonto] [Tienes que olvidar esa teoría]*

No porque le haya hecho esta pequeña trastada debo dejar que se forme ideas raras.

*[Es mejor no darle muchas vueltas]*

Pero la experiencia ha dejado señal. Va a costar que rechace la hipótesis.

Tiene de su parte que esto no va a volver a ocurrir. Tengo la firme intención de olvidarme de este niñato en cuanto ponga fin al experimento. Acabará alcanzando una explicación lógica y sensata para lo ocurrido. El estrés suele ser el culpable de muchas de estas reacciones imprevistas en los jóvenes de hoy en día.

Qué demonios. Puedo ponérselo fácil.

*[Ha debido de ser estrés]*

Ahora ya le puedo dejar a su aire.

Revuelvo en su memoria con un ojo mucho más crítico. Buscando detalles. Nuevamente, sus ojos reciben una información precisa y su concentración elimina las impurezas. Aunque él no recuerde cuándo dejó de frotarse, yo puedo indagar el instante en que ocurrió con exactitud. Y, en efecto, hubo un momento en que dejó de sobarse como un masturbador demente y se dedicó únicamente a correr como un demente a secas.

El efecto de la orden mental duró exactamente un minuto.

Un minuto. No está mal, podría dar para bastante. Además, tampoco pretendía ser una orden constante. ¿Y si hubiera querido que lo fuera? Algo como proponerse que alguien sea esclavo de una acción durante un mes, un año, una vida.

Vaya, pensándolo bien no voy a poder dejarle a su aire, a fin de cuentas.

Paso dos.

El experimento requiere un tipo de orden más intensa. Ahora sí será necesario observar la prueba.

***[Pon Utopía en Prime]***

Es bastante mejor la serie original inglesa, pero una vez has empezado a ver uno de estos productos, cuesta dejarlo si no tienes nada mejor que ver.

Julio no tiene Amazon Prime. ¿En serio? Da igual.

***[Pon Utopía en Prime]***

Sin titubear, compra una suscripción. Empieza a resistirse un poco. Nada preocupante para mí. Tendré que hacer un ensayo con alguien más desarrollado intelectualmente. ¿Mayor inteligencia supondrá mayor poder de resistencia mental? Lo comprobaré.

Me gusta que no tenga que ir dándole las órdenes de una en una: «Pon *Utopía* en Prime. Compra una suscripción al canal. Págala con el dinero de PayPal». Cada orden es autosuficiente y absoluta. No es un medio, es un fin. El sello «Búscate la vida» viene impreso. El sujeto debe hacer lo que esté en su mano para cumplirla.

Hasta cierto punto y sin querer emocionarme demasiado, esto es genial.

Maldita sea, es cojonudo.

***[Ve directamente al cuarto episodio]***

Julio obedece la orden, aterrado por lo que está pasando solo durante unos instantes. Ajusto su grado de aceptación a la experiencia. No sé en qué hemisferio ni región de este se ocultan esos mecanismos cerebrales, pero la telepatía funciona así. Te saltas un montón de pasos que no comprendes. Igual que la gente también ignora cómo es el proceso de mantener el equilibrio mientras camina. Es toda una proeza cerebral. La cantidad de procesos que se ponen en marcha nos marearía. A pesar de eso, es simple hacerlo. Quieres caminar y caminas. Fin.

Con la telepatía ocurre lo mismo.

Así que aumento el grado de aceptación y su capacidad para pasar de todo. Hay un cierto desarrollo de estas capacidades. Su talento para ignorar temas importantes de la vida es innato. No voy a conseguir que le guste ser mi cobaya, pero tengo planes para el final del experimento, así que mi preocupación por el asunto es cero.

***[Ponte a hacer yoga]***

Y se pone a hacer yoga. No está muy versado en la materia, así que se inventa los movimientos y logra incluso que se parezca. Se sienta con las piernas cruzadas y hace

movimientos un poco molestos para el visionado de la serie, pero me permite continuar viéndola en la pantalla del ordenador mientras él sigue con sus ejercicios.

Si voy a tener que monitorizar la prueba, qué menos que ver una serie. Aunque sea a través de sus ojos.

Definitivamente, la serie inglesa es mejor que el *remake* norteamericano. Tras tres capítulos me percato de que la orden mental solo puede suspenderse tras una orden de cierre. Como los protocolos de hipnosis. «Cuando dé una palmada, despertarás de tu trance.» Julio no ha cesado de hacer yoga en tres horas, aproximadamente, y en su mente puedo detectar la intención de no parar jamás. Podría estar años haciendo yoga hasta colapsar o ser sedado. Y, al despertar, volvería a sus ejercicios. Sería el final de su vida normal y corriente. Y sabe que no es decisión propia. Hasta el más inepto de los mortales sabría cuándo se le está controlando psíquicamente.

La imagen de Bela Lugosi interpretando al célebre vampiro transilvano acude de nuevo a mi mente. La orden mental de olvidar todo lo sucedido en las últimas tres horas será un tipo de acatamiento voluntario. Obedecerá sin oposición a pesar de que, en algún punto de su ser, sabrá que algo no va bien. Porque él mismo se estará bloqueando el recuerdo. No es tan efectivo como eliminar el recuerdo desde dentro. Un pequeño trabajo de arquitectura psíquica. Acceder al archivo y borrar. Literalmente implica quemar neuronas muy específicas y las sinapsis creadas mediante la propia experiencia. Y esto ha debido de dejar poso. Ha sido traumático. Yoga obligatorio durante tres horas sin dejar de ver una serie que no ha terminado de entender. No ha prestado mucha atención, de todas maneras. Incluso se ha planteado una intervención extraterrestre. Lo sé porque he visto cómo ese pensamiento se formaba delante de mí. Es la mejor manera de expresarlo que puedo encontrar.

Hago un trabajo fino. Lo del frotamiento en público es otra historia. No me apetece tener que buscar la mente de

esa tal Ángela y hacerle cirugía telepática. Pero esta parte del experimento desaparece de inmediato.

Cuando ya le he borrado memoria suficiente, me salgo de su mente para no volver. *Arrivederci, bambino*.

Sigo sin sentirme demasiado culpable. Y debería preocuparme que no me preocupe. Hay una picazón interior, una punzada, tan ligera que podría atropellarla sin que la amortiguación de mi apisonadora moral lo apreciara siquiera.

Pero, por lo demás… Sigamos.

Si no hubo nadie en la historia que dijera lo poco que cuesta convertirse en un desalmado y lo mucho que cuesta lo contrario, debería. Me digo a mí que quizá pienso eso porque no estoy haciendo un tipo de justicia kármica del estilo vengador de novela de misterio. El tipo que se venga de los asesinos que mataron a su familia e historias parecidas. Al final, esas personas tienen su merecido. Al margen de los jueces y de los estrados.

Julio se olvidó muy pronto de Melissa. Bien. ¿Merece tres horas de yoga que ni siquiera recordará y montar una escenita de órdago mientras se restregaba la polla delante de todo el mundo? Es excesivo. Por tanto, la respuesta es no. ¿Me da completamente igual? Estoy consiguiendo que sea así, en efecto. Bravo. Y sin el menor esfuerzo.

Me pregunto si no seré yo mismo quien se está predisponiendo para poder seguir haciendo experimentos salvajes como medida de entrenamiento para medirme con alguien para quien todo esto no supondría ni la más ridícula penitencia. Un condicionamiento telepático autoinfligido. Podría ser.

Pensándolo detenidamente, creo que no, la verdad es que no. Aunque no puedo asegurarlo.

Sigo en el parking. Tercera planta subterránea. Empieza a hacer calor dentro del coche. Enciendo el motor, activo el aire acondicionado. La cabeza de Melissa aparece entre el hueco de los dos asientos. Será guapa, simpática y

nos caemos bien, pero me ha hecho dar un respingo. Los fantasmas son así. Les preguntas la hora, te dicen que las diez y te dan un susto sin querer. Son fantasmas, el instinto de supervivencia de los vivos hace que les repelamos.

—¿Cómo ha ido?

La crucifico con la mirada.

—Menuda idea has tenido, chica.

Ella se pasa al asiento delantero aprovechando un instante en que yo miraba a otro lado.

—Podrías haberme ignorado.

—Quería hacerte un favor. Me ha parecido travieso y divertido. —Meto la primera velocidad y salgo de la plaza de aparcamiento—. No debería haberlo hecho.

—¿Qué más le has hecho?

Siguiente prueba. Bloqueo mental.

—Llevamos un tiempo juntos, Melissa. Empezamos a estar vinculados. A veces has sido capaz de leer mis sentimientos. Hazlo ahora.

Bloqueo mental. Concentración. Mente cerrada.

—No puedo.

Simple. Ha surtido efecto; sin embargo, la psique de Melissa no es la de Román Mínimo. Él podría perforar este muro. Debería entrenar esto durante años. No voy a disponer de defensas suficientes para aguantar un asalto suyo.

Tendré que idear otra estratagema. Si no puedes ganar a un rival superior, hazlo suciamente. Muévele el alfil cuando beba un trago de su vaso de agua.

Al llegar a la planta de salida introduzco la tarjeta del parking en la ranura correspondiente. Sé de sobra que la barrera no va a subir. No he pagado nada.

Por el megáfono incorporado se oye la voz de un dependiente con tono aburrido.

—Tiene que pagar antes de salir —lo dice como si no fuera tan obvio como realmente es.

—Oiga, señor, si ya he pagado —uso mi voz ingenua. No funciona casi nunca—. Debe de tratarse de un error.

***[Sube la barrera]***

La barrera sube. El control mental afecta al control de su sistema remoto. Pero el resto de su cerebro consciente no se ve afectado lo más mínimo por la orden mental. No sabe por qué lo ha hecho, pero lo ha hecho.

—¡Eh, un momento! —se indigna por el altavoz.

Meto primera y salgo de allí mientras el sujeto intenta bajar la barrera sin éxito. Grita y se acuerda de mis progenitores. No le he visto ni la cara.

Prueba superada. Doctorado. Siguiente.

Un conductor no me cede el paso cuando yo tengo prioridad. Odio que ocurra.

***[Detén el coche en la pastelería y compra una tarta para tus hijos]***

Un transeúnte pega un tirón a la correa de su *schnauzer* porque pasa demasiado tiempo olisqueando el trasero de un *border collie*. No son maneras.

***[Dale una golosina perruna ahora mismo]*** *[Tío cabrón]*

Un ciclista invade la acera y casi obliga a dos peatones a apartarse. No puede quedar así.

***[Abofetéate la mejilla y vuelve a la calzada]***

Un padre regaña a sus hijos a voces poniéndoles su dedo índice delante de la cara. Podría tener razón, pero ¿quién lo sabe?

***[Dales un abrazo y diles que les adoras]***

Una joven ayuda a una señora a entrar en el rellano de un portal.

***[Siéntete orgullosa]***

Un señor que me cae bien, sin más ni más.

***[Deléitate con este día maravilloso]***

Nadie se resiste. Dura menos de un latido y las ejecuciones de las órdenes se realizan en el momento. No pueden creer que se les ha ocurrido de repente. Es imposible. Cada cual lo asumirá como pueda. Le darán vueltas al tema durante horas o le quitarán importancia en cuestión de segundos. Podría estar así todo el día y nadie clamaría al cielo ni lo contaría en redes sociales porque ¿quién les creería? Y, a decir verdad, ¿cómo explicarían lo

ocurrido? ¿«De repente hice algo que no quería hacer»? ¿No se cuentan millones de historias así todos los días?

El grado de impunidad de que goza un psíquico con este tipo de poder es vergonzoso y repulsivo. Nadie habla sobre ello. En los artículos que escribí para las revistas de misterio aún no había explorado como ahora mis posibilidades. Casi todo lo que escribí tenía que ver con la superficie de un océano vasto e inabarcable. Mi padre sabía la clase de monstruo en que podía convertirme. Y estoy seguro de que no se hacía una idea del nivel que adquirirían mis técnicas.

En el mundo de la parapsicología solo se atisba mínimamente lo que ocurre.

Cuanto más descubro acerca de lo que puedo hacer, más terror me genera Mínimo. Aparte de él y de mí, ¿cuántos más seremos? Podría haber alguien que no tenga dotes mediúmnicas, pero que controle la telequinesis, disponga de visión sonar o lea la memoria de los objetos. En fin, cualquier cosa. ¿Levitación? Claro, por qué no. RMS me habló de ello. Me preguntó si podía hacer algo más. No como si no fuera suficiente, sino porque creía posible que se pudieran dominar más habilidades extrahumanas. Me dejó vivir porque yo era médium. Le entusiasmó ser cortés con estas cosas. Como un vampiro que se cree solo en el mundo y conoce a otro. ¿Conoció él a otros telépatas parecidos a nosotros?

Mi padre creía que el feudo de nuestras mentes era un lugar impenetrable. La máxima discreción posible. Ningún fantasma ni demonio podía entrar ahí dentro. Nuestras mentes estaban a solas cuando estaban conectadas.

Era un error. No obstante, le pareció la manera más segura y fiable de establecer un santo y seña. De verificar la identidad desde el más allá, sin que ningún espectro usurpara su personalidad. Contarnos cómo era el más allá. El sueño de unos ilusos. Y nos hacía ilusión. Era excitante formar parte de aquello.

Incluso a pesar de creer con firmeza que nuestra telepatía era una línea de comunicación totalmente segura,

quiso tomar más precauciones.

—Te diré el santo y seña muy pronto —me dijo, allá por 1996—. Y cuando lo haga, no volveremos a pronunciar esa frase jamás. Ni con voz ni con mente. No harás preguntas, no me harás repetirla. Ni con voz ni con mente. Será nuestro secreto mejor guardado. Hasta que llegue la hora de cumplir la promesa.

—¿Cuándo me lo dirás? —le pregunté.

—Te daré la contraseña el próximo día que haya tormenta.

—¿Por qué no ahora?

—Podría haber espíritus vigilándonos ahora mismo. Leen mentes someramente. Algunos. Verás, una tormenta puede llegar en cualquier momento futuro. Si hubiera testigos espirituales sondeando nuestras mentes entonces, no podrían relacionarlo. El mensaje estaría tan descontextualizado que no sabrían a cuento de qué te estoy diciendo eso telepáticamente. ¿Lo has entendido?

—Con voz y con mente.

Y yo deseé que nos cayeran rayos y truenos esa misma noche. No ocurrió. Pasaron meses hasta que una tormenta nos sacudió con furia mientras pasábamos unos días en familia en el puente de Semana Santa. En un hotel de Asturias. No recuerdo el nombre, solo el aspecto rústico medieval. Pasillos con alfombras y decoración propias de castillos. Mucha piedra, mucha armadura y escudos de armas. Un sitio seductor.

Lo recuerdo porque fue el día que llegó la tormenta. Y mi padre me miró, me sonrió y me lanzó el mensaje telepático.

*[No tengo ningún regalo para tu no cumpleaños]*

Y yo le devolví la sonrisa.

Ahí quedó todo.

Definitivamente ahí quedó todo.

Ojalá estuviera aquí. Afrontaríamos esto juntos. Habría otro plan.

…
Maldita sea.

# CAPÍTULO 23

## CUSTODIO

Es un museo o una mezcla de varios. He respetado la mayoría de las piezas maestras del Prado, al conocerlo bien, así como sus pasillos y distribución de salas. He creído conveniente importar algunos cuadros que sé que no son propios del lugar, pues se exhiben en el Louvre, y alguna cosilla del Museo Británico. Y sé que hay una sala que conduce directamente a la exposición privada del Rancho Skywalker, aunque no tengo la menor intención de llevarme allí a mi invitada, la doctora Swagerman. El escenario podría ser soñado cualquier otra noche para un uso más personal. Volveré.

No he querido llenar el museo de gente, así que he dispuesto el típico *pack* de transeúntes oníricos de caras difuminadas (hasta que te fijas en ellos) con atuendos tristes y actitudes ordenadas. Puede que haya algún rapero por ahí de quince o dieciséis años, por dar colorido y veracidad al decorado; por lo demás es un lugar perfecto para una reunión.

Camino hasta una sala muy poco transitada. Allí está Carla Swagerman, sentada sobre un banco de madera, con un traje gris como el de Kim Novak en *Vértigo*, contemplando el retrato de Carlota Valdés. No tiene el pelo rubio, pero sí está recogido de la misma manera que la actriz en aquella secuencia mítica. Esto no ha sido idea mía, por lo que debe de ser una aportación de la doctora.

—Fan del tío Alfredo, por lo que veo —le digo mientras me acerco a ella.

Ella no se vuelve para responderme, pero aparta el

ramo de flores que tiene sobre el banco para permitir que yo me siente a su lado.

—Siempre pensé que había mejores maneras de engañar a un hombre, pero nunca más elegantes.

—Seguimos hablando de la película, supongo.

—Sí. —Se lleva el ramo de flores a la nariz e inspira con fuerza, incluso con poca educación—. Plástico. ¿Ve? Soy una soñadora pésima.

—Ha sacado una sala de la nada en un sueño ajeno. Yo diría que no está mal.

—Hubiera preferido que el cuadro fuera de Sofía. Y no. Es esa Carlota Valdés de la película. Me imagino que la capacidad neuronal de un difunto se queda congelada al morir. La muerte no nos vuelve más listos.

—No estoy seguro de eso. Un poco de lucidez sí se gana. Estoy casi convencido.

Recuerdo el caso de un espíritu, un abuelo de avanzada edad, que se presentaba por las noches a su nieto con el buen humor que le caracterizaba en sus tiempos de lozanía. El señor falleció sufriendo Alzheimer, pero en la muerte sí recuperó el desparpajo y la perspicacia de los años previos a la enfermedad. Parecía haberse quitado quince años de encima y ganado algo de musculatura de gimnasio sin haber pisado uno en su vida. Nuevamente, la imagen idealizada que uno tiene de sí mismo. Nuevamente, *Matrix*. Casos así los hay a cientos. Los testigos lo dejan muy claro, la muerte sí mejora las cosas. Cuando la manifestación trae buenas intenciones, por supuesto. En caso contrario…

Fin del rollo introductorio. Al grano.

—¿Novedades?

La doctora me mira por primera vez. Una tristeza infinita se puede leer en esos ojos de iris oscuro y blanco ocular casi reflectante.

—Hemos estado un día entero en Aranda de Duero. Y ahora se prepara para emprender un viaje largo. Pasaremos la noche en un hotel. No quiero seguir con esto. Ni un día más. Por favor. Haga que pare.

La misma historia de la otra vez. La entiendo

perfectamente. Debe permanecer las veinticuatro horas del día adherida a un ser infecto que acabó con la persona que más amaba. Por no hablar de ella misma.

—Ya queda poco. —No sé si le estoy mintiendo por caridad o si digo la verdad. Aunque siento, y ese es un sentimiento fantástico, que soy sincero. Algo en mi interior me dice que realmente queda poco. Debería decírselo a esta mujer; está sufriendo mucho con todo esto. Lo percibo en su subconsciente primordial—. Le prometo que estamos acercándonos al final. Lo huelo en el aire.

—¿Lo huele en el aire? —me pregunta, extrañada.

—Lo siento en el agua. Lo siento en la tierra. Lo huelo en el aire. —Me la quedo mirando con media sonrisa hasta que percibo (ahora es cuando lo percibo) que tengo cara de idiota. Borro la expresión de mi rostro. No ha pillado la referencia cultural. Es fan de Hitchcock, hay gente que no sale de ahí—. Estoy seguro, vamos.

La doctora ladea el rostro y enarca las cejas de repente. Parecería que acaba de ocurrírsele una idea brillante.

—*La comunidad del anillo*, ¿en serio?

O que me ha leído la mente. Y no debería extrañarme. Muchos difuntos aprenden a hacerlo de manera totalmente inconsciente. Melissa es capaz de saber qué se me pasa por la cabeza si estoy muy concentrado en ello, algo que se adquiere con el trato y la familiaridad. La doctora Swagerman está dentro de mi cabeza, en mi sueño, así que debería ser más fácil acceder a este tipo de pensamientos superficiales.

—Sí. Admito que estaba acordándome de la película. Pero la frase es del libro *El retorno del rey*. Casi al final. La dice…

—El árbol con barba.

—Sí.

—Y ahora va a pedirme que aguante un poco más.

—Sí.

—Y va a contarme su plan. Como un villano de película en su momento de mayor esplendor. Pero lo tiene todo demasiado intrincado ahí dentro. ¿Qué pasa con usted? Su

cabeza es un auténtico batiburrillo, con esa chica y los nudos de corbata. ¿Nudos de corbata? ¡Está usted mal de la cabeza!

—Ya, es cierto, no puedo evitar compartir esas cosas. Las personas somos como estaciones de radio emocionales. No se puede dejar de emitir. Con todo, le agradecería que no indagara más de la cuenta. Son cosas mías.

Acerca su rostro hasta ponerlo a un palmo del mío. Mi reacción natural es apartarme (creyendo que iba a besarme, Dios, qué reparo), pero no lo hago porque comprendo que ella no tiene apetencias heterosexuales y que ahora mismo yo soy la obra más enmarañada y desafiante de todo el museo. Un Picasso con patas.

—¿Lo hace todo por esa chica? ¿Todo esto? Hacerse el héroe, jugarse la vida…

—Yo no me estoy haciendo el héroe.

—…, entrenarse en sus habilidades como un guerrero mental...

—Insisto en lo de que no indague más, doctora, por favor. Es mi cabeza.

—Guerrero mental.

—No sé de dónde sale eso.

La doctora se pone en pie y se encoge de hombros ante la señora del cuadro. Como buscando la complicidad de la mujer retratada. Luego se gira hacia mí con los brazos en jarras.

—Lo de guerrero mental está en su cabeza. Quiere convertirse en uno para impresionar a… ¿Cosette?

—Bien, se acabó. Ya basta. Centrémonos en…

—Se aprovecha de usted. Debería repasar sus recuerdos con una visión más objetiva.

***[Ya basta]***

Carla Swagerman queda petrificada. Telepatía sobre vivos y muertos. Y control mental. Es un poder para tenerlo muy en consideración. Sin embargo, se trata de ganarse a una aliada voluntaria, no de convertirla en una subordinada obligada a llevar a cabo una misión.

—Lo siento —digo.

—Me había olvidado de que usted es como él.

—No soy como él.

—¿Está seguro de eso?

Me pongo de pie y señalo hacia una de las puertas que conducen a la sala.

—Hay una cafetería genial en este sitio —la informo—. Ponen esos croissants tiernos con relleno de crema y espolvoreados con azúcar glas que servían en el pueblo de mi madre cuando viajábamos allí en Semana Santa. Yo era un niño. Mis padres se querían.

—¿Y el café?

—El que usted quiera.

Caminamos por la sala hasta que los cuadros de las paredes se convierten en las fotografías en blanco y negro de la cafetería. Instantáneas tomadas del Madrid de los años treinta del siglo pasado. La calle Gran Vía con el edificio Capitol en los tiempos en que se llamaba Carrión y sus carteles lumínicos publicitaban Tabacos Camel, muchísimo antes del famoso letrero de Schweppes. Un viaje a otra época. Fotografías que generan sensaciones contradictorias en el espectador contemporáneo.

Nos apoyamos en el mostrador y pedimos un lote de café y croissant para cada uno.

—Doctora —recupero la conversación, con un grado de sobriedad extra para que nuestros pensamientos no contaminen excesivamente el momento—, creo que podemos pasar al siguiente nivel. Ya le he dicho que queda menos.

—¿A qué se refiere?

—Usted se ha limitado a ser un espíritu adherido. Una goma de mascar endurecida que se incrusta en el molde de la suela de una bota. Poco más. Y no tiene por qué ser así.

Utilizo las manos para usar un tipo de expresividad muy propia de la televisión o de YouTube. Es un *speech* muy trabajado en los medios de comunicación. Mi formación periodística viéndose potenciada por mi vieja habilidad como joven seductor de mujercitas apasionadas de los ovnis.

Isaac, el viejo zorro.

—¿Qué quiere decirme con eso?

—Un espíritu puede ser muchas cosas. Su novia, Sofía Campra…

—Mi prometida —me corrige ella, con pesar—. Era mi prometida.

—Ya. Román Mínimo las mató a las dos. Lo que pretendo decirle es que una víctima no puede ejercer tanto poder en el más allá como el espíritu vengador de un ser querido. —Remuevo mi trasero sobre el taburete en que estoy sentado para encontrar mejor postura—. Verá, si solo hubiera acabado con usted, podría manifestarse furiosa y colérica, pero, con la muerte de Sofía puede llegar mucho más lejos.

—¿De verdad?

—Necesitará concentrarse. Muchísimo, y si no obtiene resultados enseguida se frustrará y podría acabar agotada. Aunque, al final, esos sentimientos de fracaso le podrían venir bien. Su ira crecería. Se convertiría en un espíritu malintencionado. Capaz de tirar un despertador de una mesilla, hacer estallar un vaso de cristal y mostrar su aspecto *post mortem* durante un instante en el reflejo de un espejo. Trucos de película de terror, sí, pero no se imagina todo lo bueno que el cine de terror ha hecho por los fantasmas reales. Esos trucos de cámara, esos sobresaltos típicos, frecuentemente previsibles aunque siempre impactantes, están metidos en el subconsciente colectivo de varias generaciones recientes. Los llevamos dentro. Mínimo puede controlar la mente de los demás; sin embargo, estoy seguro de que no puede controlar su mente de la misma manera. El miedo puede ser nuestra arma. Si usted logra asustarle, y al principio un poco podría ser suficiente, su miedo llegaría a convertirla a usted en un poderoso espíritu vengativo y terrible capaz de obrar hazañas físicas muy superiores.

—Como Patrick Swayze.

Todo el mundo se acuerda de esa puta película. Es así. No falla casi nunca.

—Exacto.

—¿Qué tengo que hacer?

—Visualícelo. Eso lo primero. Y trate de canalizar su propia energía. Después podrá despedirla en una especie de proyectil dirigido. Intente dar manotazos a las cosas. Objetos ligeros. —Lo cierto es que no tengo ni idea de cómo va. No estoy muerto, no he tenido que intentarlo nunca, a pesar de que he leído varios ensayos espiritistas al respecto tan fiables como los enunciados terraplanistas. Aunque si de algo me he dado cuenta por mi propia experiencia tratando fantasmas, más lo que me enseñaron previamente mi padre y el profesor Preuss, es que un fantasma elige su sábana y sus cadenas y, cuando se libera de ellas, puede hacer muchas más cosas de las que cree—. Es muy parecido —le digo— a un hechizo Expelliarmus, pero sin varita.

La doctora se cruza de brazos mientras me mira de arriba abajo. Su cara es un menú del día que consta de un aperitivo de poca paciencia y un plato fuerte de incredulidad con guarnición de desprecio mal disimulado. Postre no incluido, gracias a Dios.

—¿Tiene que soltar un chascarrillo cultural para todo?

—Qué quiere que le diga, somos una generación que ha prolongado su infancia hasta los cincuenta años. No hemos pasado hambre ni participado en una guerra. Nuestros padres nos criaron sin privación alguna. Y vamos a ofrecer a cambio la generación más incapaz y apollardada de la historia de la humanidad.

—Estupendo. Centrémonos, Zarco, ¿quiere?

—De acuerdo.

Llegan los cafés y los croissants. Con azúcar moreno para mí y sacarina para mi invitada. El camarero lo sabe de sobra. Es un antiguo profesor que me suspendió en aritmética. Ahora sirve cafés en mis sueños. Las pequeñas revanchas de la vida.

—¿Cómo canalizo? —pregunta ella. Y no sé a qué se refiere.

—¿Cómo canaliza?

—Sí, ¿cómo se hace eso? Usted ha dicho que lo

visualice. Fantástico, me imagino haciéndolo y luego lo llevo a cabo. Pienso en que voy a tirar la lámpara de sobremesa de un revés y luego intento hacerlo. La atravieso durante un par de intentos, ¿no?

—Seguramente.

—Porque no sabré canalizar mi energía. Está bien, ¿cómo lo hago? Lo de liberarlo no debe de ser complicado. Será como espirar el aire que has inspirado. Lo que no logro entender es cómo se canaliza la energía.

Entramos de lleno en el terreno de la hipótesis. Mucha gente cree entender que gran cantidad de cosas son iguales e indistinguibles para todo el mundo, no siendo así realmente. La meditación, por ejemplo. Cada persona comprende la palabra y algunas la interpretan como un tipo de reflexión profunda, mientras que otras sencillamente la ven como una técnica de relajación. Pero la meditación no es cavilar mucho o tranquilizarse, es entrar en un trance místico que te aleja de lo material y te lleva a adentrarte en los caminos más recónditos del Yo. Como esos monjes tibetanos a los que puedes torturar físicamente y ni se inmutan.

Esto podría ser algo semejante.

—Por el momento, doctora —trato de explicarle—, enfádese mucho. Concéntrese en cabrearse. Apriete los dientes, en sentido figurado. Y cuando vaya a empujar un objeto hágalo con toda su rabia, piense en Sofía. RMS la tenía todo el día andando por la casa en lencería, haciéndole creer que estaba colada por él y excitada sexualmente a cada minuto del día. Y piense en que la obligó a lanzarse por la ventana. Se tiró de cabeza con los brazos pegados a los costados. Como si dejamos caer una cuchara por la parte ancha. Eso la ayudará.

—Se da cuenta del daño psicológico que me está haciendo esto, ¿no?

Me veo en la obligación de atropellar su trauma y continuar adelante. Llegamos a la parte importante del asunto. No me puedo permitir el lujo de seguir con medias tintas.

—Doctora, necesito que se convierta en *poltergeist Swagerman*. Necesito que haga cosas de fantasmas.

—¿Qué hay de mis sentimientos?

—Utilícelos. Ahí reside su fuerza. Usted ahora mismo es, en esencia, sentimiento en bruto. Vénguese, demonios. Vénguese.

No soy capaz de sostener la mirada de esos ojos encharcados en lágrimas. En una columna cercana, a un par de metros a mi izquierda hay una pequeña reproducción enmarcada en madera de un póster publicitario de 1935 del perfume Cocaína en Flor. Me deja anonadado. Debí de ver esto en alguna hemeroteca, supongo. Curioso lo que el cerebro es capaz de retener y devolverte cuando menos te lo esperas. El anuncio reza: «La vida moderna exige un perfume moderno». Y en letra pequeña: «Super perfume novísimo, de aroma persistente e inconfundible, de agradable sensación, cuya atmósfera la envuelve en una aureola de moderna distinción, de simpatía, de incansable placer». Con un dibujo a mano del frasco de colonia y una mujer que mira a cámara con un tocado de la época y una suerte de visón chungo, mientras, tras ella, un hombre con sombrero de copa y frac muestra su perfil. En una de las esquinas inferiores figura el logo de Perfumería Parera, Badalona.

Cocaína en Flor. Impresionante. Esto fue real.

—Cuando le haya montado un buen numerito parapsicológico, pondremos en marcha la segunda parte del plan. No puede empezar si usted no se comporta como el maldito hombre invisible.

—¿Cuál es la segunda parte del plan?

—Sin duda, la más difícil. —Apuro el café de un trago —. Se lo explicaré.

Suena la alarma. Despierto con un hormigueo en el estómago. El plan es temerario, pero ya está en marcha. ¡Está en marcha! Podría salir todo peor que mal. Los riesgos serían inasumibles contemplados en una pizarra. La teoría

asusta. A pesar de todo, hay algo en mis entrañas que enciende luces verdes. Va a salir bien, me susurra una voz interior, y me obligo a creerla.

Voy a pasar los siguientes días con una tensión inaudita. Dependo de personas que han de hacer cosas que odian o que directamente no saben hacer, que encima están muertas, y de personas vivas que harán cosas que no comprenderán. Una de ellas, la más vital dentro de este plan, ni siquiera sabe que va a participar en esta trama.

Se parece a esa estratagema de envenenarse uno mismo para que, cuando tu depredador te dé caza, muera al devorarte. Y tengo la triste esperanza de salir de una apertura de su vientre que practicaré con un cuchillo.

Más o menos.

No, si lo pienso bien, no se parece tanto.

Me ducho y mientras le doy vueltas a todo. Pienso en las probabilidades más remotas. Quiero empezar a trazar un plan B, aunque el plan A tiene tantas fisuras que es conveniente no gastar recursos intelectuales en puertas traseras. Me viene a la cabeza eso de guerrero mental. No estoy convencido de que el término sea mío. No lo inventé yo. «¿Se entera, doctora Swagerman? No lo inventé yo, así que no diga que se encontró eso dentro de mi cabeza, porque es mentira.» Es mentira. Aunque suena bastante a mí y a la clase de estupidez que yo me inventaría. Medito seriamente sobre la parte final del plan, al mismo tiempo que me aplico bastante acondicionador sobre el pelo.

Es una locura. Es tan descabellado como…

—¿Y si tu padre no está muerto?

Melissa ha asomado la cabeza a través de la mampara de la ducha. Me golpeo la mía contra la pared y resbalo un poco, aunque logro mantener el equilibrio. Resbalar en una bañera, nuca golpeada: resultaría gracioso que esto acabara así. El sobresalto solo podría ser mayor con una orquesta sinfónica rasgando violines en un chirrido propio de una banda sonora terrorífica.

Cuando me recompongo, dedico a Melissa mi mueca de desagrado más expresiva.

—Lo siento —dice—. Te he vuelto a asustar.

—¿Te importaría concederme un poco de intimidad? Me estoy duchando.

—Se me ha ocurrido de repente. Es una teoría fantástica. Quería compartirla contigo.

Con un gesto le indico que se eche para atrás y deje de atravesar con su cabeza incorpórea la mampara acrílica. Cuando ella me hace caso, sigue hablando desde la zona del lavabo mientras se mira en el espejo y empieza a acicalarse.

—Por eso no ha podido cumplir con su promesa —afirma.

Puedo ver su silueta distorsionada a través de la superficie rugosa del PVC traslúcido. Se peina y arregla como si tuviera previsto salir por la noche con unos amigos. Diría que lleva un atuendo completamente distinto, uno que no he visto hasta ahora.

—Te aseguro que está muerto —le digo.

—Eso pensasteis todos. En realidad, sobrevivió de alguna manera. Ahora va por ahí, desmemoriado y tratando de descubrir quién es. Por eso no puedes detectarle en el más allá ni se ha manifestado delante de ti en todo este tiempo: porque está vivo. ¿Qué te parece?

—Está muerto y enterrado. Te lo garantizo.

—¿Lo has pensado bien?

—Si quieres más detalles, puedes echar un vistazo a mi mente superficial. En Cines Zarco está proyectándose ahora ese clásico indiscutible. *Funeral de Arián Zarco*. Un recuerdo muy memorable. En sistema Onyx y Dolby Atmos, así que elige la mejor butaca de la sala.

—Vaya —dice ella con asombro. Puedo sentir su presencia en mi mente. Me reconforta saber que puedo detectar con tal claridad una visita psíquica. Mi concentración al respecto ha aumentado considerablemente. Y Melissa hace el esfuerzo de no escarbar mucho—. Sí que hubo gente en el velatorio.

Empiezo a aclararme cabello y cuerpo. El sumidero bajo mis pies se lleva mucho jabón y todo lo que ha arrastrado consigo. Pero hay sumideros en la mente que

jamás se tragarán ciertas vivencias.

—Hubo ausencias mucho más notables —digo a la chica fantasma.

—Cosette estuvo muy cariñosa —comenta ella, dejando entrever que es todo un descubrimiento en alguien tan poco proclive a tales gentilezas. Como si la conociera de toda la vida.

—Puede que por última vez. Lo dejamos al poco tiempo.

—Ah, sí, esos mensajes de WhatsApp memorables.

—Oh, desde luego. Me lucí esa noche. —Salgo de la ducha y me seco con una toalla. Resulta extraño que la situación sea tan normal. La chica tiene catorce años. Técnicamente ya está en edad de ser mi hija. Bien es cierto que no me hace ni caso; mi desnudez no le llama la atención positiva ni negativamente. Lo cual, también debo decir, se me antoja ofensivo. No estoy nada mal para mi edad, rediós—. Y puede que esta mañana me luzca un poco más —termino diciendo.

Melissa parece observar algo más allá de la pared del cuarto del baño. Bien podría estar a años luz de distancia. Tras un rato contemplando algo que yo no soy capaz de vislumbrar, se sienta sobre el bidé. Realmente parece que está ahí, que podría tocarla si quisiera.

—El padre de Ana va a dejarnos muy pronto —dice, como si no tuviera la menor importancia.

—¿Cómo lo puedes saber?

—No sé cómo puedo saberlo. Simplemente lo sé.

Me acerco a la ropa limpia que había dejado sobre una repisa y comienzo a vestirme.

—Con un poco de suerte —comento con la misma ligereza—, todos os marcharéis pronto. Aunque no creo que Jair nos deje sin que tengamos antes unas palabras.

—Jair. Eso es.

Me visto en menos de un minuto y me peino todo el pelo mojado hacia atrás.

Tengo que hacer una llamada importante. Camino hasta mi despacho y tomo el teléfono móvil de encima de la

mesa. Hay un par de mensajes de César, pero ya los leeré más tarde. Tampoco tiene mucho que decirme. Quizás un «Cuenta con nosotros para lo que quieras», que casi será más un ruego que una proposición: «Por favor, cuenta con nosotros». Busco en la agenda el número de Cosette. No sé si es bueno que ya no me lo sepa de memoria. Tomo aire y me preparo para hacer lo que hay que hacer. Me siento sobre la silla de *youtuber gamer* que ella me regaló en las últimas navidades que pasamos juntos.

Melissa se ha colocado de pie delante de mí. Con los brazos colgando a los lados, sin la menor tensión. La cabeza caída y los ojos fijos al frente. Pose típica de fantasma japonés. Parece muy interesada en lo que viene ahora.

Doy al botón de llamada. Tras dos tonos me salta directamente el contestador. No ha saltado su activación programada; ella ha accionado el botón de colgar.

Mala señal.

Busco el número de Bárbara y la llamo. Responde enseguida.

—Hola, Isaac.

—Hola, ¿estás con Cosette?

Tarda un poco en responder y lo hace dubitativamente.

—No. Ella está…, se ha ido a trabajar.

—Pensaba que trabajaba por las tardes.

—Ya. —Reprime una risa nerviosa—. ¿Querías algo?

Buena pregunta. Me pierdo en los protocolos sociales porque deseo que mis acciones sean sutiles, que pasen desapercibidas. No quiero precipitarme. Estoy poniendo a prueba mi sentido de la telepatía a distancia. Un trabajo fino. No funciona con personas que salen por televisión, aunque sea en directo. Aunque creo que podría algún día, no he logrado perfeccionar esa técnica. Lo he intentado. Pero por teléfono es otra historia. Si pueden responder a mi llamada, puedo meterme en sus cabezas. Es así.

Bárbara está mintiendo. A través de sus ojos puedo ver a Cosette dándole indicaciones. Su manera de mirarla con arrobo está a un paso del lesbianismo. No creo que Bárbara tenga que salir de ningún armario, pero estaría dispuesta a

hacer una excepción con su amiga guapa de toda la vida.

—Querría que Cosette supiera que estoy a punto de solucionar lo de las cenizas de su padre.

Bárbara suelta un poco de aire por la nariz, el cual, al entrar en el auricular de su móvil, distorsiona un poco la señal electromagnética.

—Sí. Yo se lo digo.

Entrando en su mente en tres, dos, uno…

—¿No han vuelto a pasar cosas raras en el piso? —mientras formulo la pregunta hago un sondeo a vuelapluma de su línea de pensamiento dominante.

—No. Se ha quedado todo muy tranquilo. —Le cambia la voz un tanto. Puedo sentir su sonrisa. Le agrada el cambio de situación. El espíritu del señor Bayón las tenía aterradas y ahora están dejando atrás esos días de tensión y pánico—. Gracias a ti.

—Lo hice con gusto, ya lo sabéis.

—Sí. Y si ella estuviera aquí —puedo leer en su mente lo que pretende hacer, pero ya se nota en la manera de hablar que está reprochándoselo a Cosette en su cara. Forzando la intrusión, puedo ver a través de sus ojos. Tal vez sienta un ligerísimo pitido en su cerebro, semejante al que se sufre ante ciertos cambios de presión en el ambiente —, le diría que hablara contigo para agradecértelo. Te portaste muy bien. Te llamamos de mala manera para que nos ayudaras y no vacilaste ni un segundo.

Porque quería acercarme a Cosette. Quería darme una oportunidad para intentar convencerla de que todo sería distinto si volvíamos, en el mejor de los casos, o seducirla de mala manera en el peor. Y eso no tengo por qué confesarlo por teléfono.

Dentro de la mente de Bárbara hay una visualización muy completa y exacta de mí. Mientras charla por teléfono brotan imágenes de mí que vienen y van, de momentos insignificantes pese a estar idealizados por algún motivo, todo ello desde su perspectiva personal, en los que yo figuro ligeramente más esbelto y con una luz de estudio fotográfico en cualquier momento del día, sea cual sea el

recuerdo.

—¿De verdad no podría hablar con Cosette? —casi lo estoy suplicando.

Utilizando la visión compartida de Bárbara veo a Cosette al fondo de la habitación. Mi recepción de esa información visual llega con poca definición y con pequeños grumos de niebla. Pero distingo a Cosette cruzada de brazos y mirando a su amiga, mirándome a mí, pendiente de qué dice y qué no.

Hay una vacilación en la mente de Bárbara. Una parte de ella clama por pasar el aparato a su amiga y decirle que siga ella. Lo desea, una lástima inmensa se apodera de todo su cerebro consciente, se siente responsable del trato ingrato que estoy recibiendo. Me parece bien. Aunque no hace nada.

Yo podría incrementar ese deseo. Incluso obligarla a hacerlo. Voy a esperar unos segundos.

—Isaac —dice Bárbara, muy tímidamente—, Cosette ahora mismo no puede ponerse.

Su mente está llena de pena y remordimientos. Y… también está llena de mí. No acabo de entender esto. Hay un montón de Isaac Zarco en esta mente.

Un momento. ¿Qué tenemos aquí? Hay una información que clama por salir. Como un monstruo deforme y brutal encerrado en la oscura mazmorra de un castillo transilvano. Aporreando la puerta mientras no deja de gruñir y prometer un festival de ultra violencia. Para mí es fácil asomarse a ese rincón, si me olvido de ver con sus ojos y me pongo a bucear en vez de solo nadar.

Es un conocimiento discreto, está interrelacionado con una secuencia vivida no hace mucho. Ocurrió hace dos días. Apurando mi inspección, puedo precisar que hace exactamente tres días. Veo a un hombre, un tipo con pantalones de pitillo, barba de hípster y gafas de tío culto. Lo que en su día eran gafas de azafata del concurso *Un, dos, tres… responda otra vez*, ahora resulta que son gafas de (supuesto) intelectual. Lo veo desde la visión subjetiva de Bárbara. Le saluda con la mano. Sonríe con los ojos. Parece

simpático, o podría ser la contaminación de los pensamientos de la mente huésped. Me parece simpático porque a Bárbara se lo parece. Es Cosette, al lado del individuo, quien se lo está presentando.

—Eric, esta es mi amiga Bárbara. Ya te he hablado de ella.

Él dice «Hola» y Bárbara dice «Hola». Yo ahora mismo lo que digo es «No, por favor». Hay varias sinapsis relacionadas con este momento. La experiencia está vinculada a una conversación previa que ellas dos tuvieron no hace demasiado. Ocurrió en su piso, en el mismo salón donde el señor Bayón hacía de las suyas unas semanas atrás. Las escenas suceden a otras. Son recuerdos, aunque mi lectura de estos es parecida a la visualización de un tráiler de película. Y ahora toca visualizar otra escena.

—Es arquitecto —cuenta Cosette—. No sé, creo que voy a darle una oportunidad.

—Y ¿qué pasa con Isaac?

Cosette mira a Bárbara.

—¿Qué pasa con él?

No hubo una defensa demasiado a ultranza de mi persona. De hecho, los reproches a esa oportunidad que Cosette iba a darle al arquitecto fueron guardados en un cajón. No pasa nada. Entre amigas hay que apoyarse, aunque se cuestionen las decisiones tomadas.

La conclusión no puede ser otra, y por si acaso necesito confirmación, la mente de Bárbara la tiene. Está saliendo con el tipo. Quiere ir en serio. O eso piensa Cosette, siempre desde la perspectiva de Bárbara, que bien podría conocerla mejor que ella misma en lo relacionado con estas cuestiones.

—¿Isaac?

Es la voz de Bárbara a través de la línea y resonando en el interior de su cabeza, donde estoy alojado ahora mismo. Salgo de su mente como una corriente repentina que atraviesa una estancia y da un portazo.

—Ah… Sí… Dime.

—¿Querías algo más?

—Hemos quedado en que no puede ponerse —insisto yo—, ¿verdad?

—Lo siento mucho.

—No pasa nada.

—Si quieres, yo —empieza a decir—…

***[Cuelga el teléfono]***

—Tengo que dejarte —concluye, con cierta extrañeza. Y finaliza la llamada.

—Vaya —le digo a la pantalla táctil. Llamada concluida. Duración: un minuto, catorce segundos y ochenta y siete décimas.

Melissa me pone cara de aprieto.

—No vas a darte por vencido —asegura.

—No soy de esos.

—Eres insistente. Vas a seguir persiguiéndola.

Me viene a la cabeza una película de Kevin Smith en la que él, mediante su personaje, el tirado de Silent Bob, contaba un romance frustrado que tuvo con la chica de sus sueños. La mujer ideal a la que él dio la espalda por una estupidez, y que desde entonces no cesaba de buscar en cada rincón de la vida. Perseguía a una tal Amy.

—Y, además, soy medio imbécil —lo reconozco sin tapujos—, o sea, que seguramente tengas razón.

Melissa se pasea por mi despacho como si lo viera por primera vez. Ya ha estado aquí otras veces mientras me seguía de un lado a otro. Repasa uno a uno los libros de la estantería, se muestra visiblemente sorprendida de encontrar según qué Blu-ray y no acaba de comprender qué son los detectores de cambio de temperatura, desconectados, que tengo colocados en un rincón de una repisa.

De improviso, deja de curiosear y se lleva las manos a la espalda mientras me sostiene la mirada, emocionada.

—¿Qué viene ahora?

Debe de haberse apercibido de mi tensa emoción.

—Es la hora de crear un custodio.

Aunque parezca un planteamiento moderno, la creación de custodios de carácter psicotrónico para defender lugares o personas es algo que viene de antiguo. Mi universo de escepticismo se ha venido abajo como un castillo de naipes. Las dudas se han disipado. O eso, o estoy loco y nada de lo que ocurre a mi alrededor existe fuera de mi imaginación. Es una idea perturbadora. No debería haberla tenido.

Mi mente no puede bloquearse así como así. Apagar la radio (por seguir usando este símil) no es la solución, sobre todo cuando me es muy útil continuar recibiendo información residual de mis aliados difuntos. O sea que debo poner sistemas de seguridad. El profesor Preuss tenía varios tratados sobre el tema, escritos desde la visión espiritista y trasnochada de los creyentes en esas doctrinas tan decimonónicas. Aunque guardaban un resquicio de verdad. Sabían adónde apuntaban, a pesar de que finalmente erraran el tiro.

Cuando una puerta blindada no es la solución, adopta un perro enorme. Un custodio debe ser una representación psíquica que cumpla uno de los dos siguientes requisitos: o bien poseer el poder para defender la mente de intrusos telepáticos, o bien estorbarles todo lo que pueda mientras avisa al anfitrión de la brecha de seguridad. En esencia, es la diferencia entre meter un dóberman sanguinario de ojos rojos en el interior de un coche o instalar una simple alarma conectada al teléfono.

Yo ni estoy preparado para crear lo primero ni creo que sea suficiente para frenar a alguien tan poderoso como Román Mínimo. De poco te sirve un perro guardián cuando el que te quiere robar el vehículo es un oso gris.

Probemos con la alarma. Es un poco injusto aplicar esta analogía. Es bastante más que eso. Un custodio como el que pretendo crear en el interior de mi mente puede tener una buena programación que le permita confundir, engañar e incluso persuadir al posible invasor de que es mejor salir de allí. Está cerca de ser como tener una mala mano de póker por primera vez en toda la noche y marcarse un farol, cuando la suerte te ha permitido ganar a fuerza de mejores

cartas hasta ese instante.

Y gran parte de su potencia podría venir dada por su representación visual y el carácter que se le otorgue. Si eres un niño, no habrá custodio más poderoso que tu padre el día de la entrega de notas con un buen número de suspensos. Suegras insufribles, jefes despóticos, novios maltratadores suelen ser buenos custodios mentales. Si le dan miedo al anfitrión, proyectarán ese temor en las mentes entrometidas.

O justo todo lo contrario, personalidades que otorguen gran confianza. Tu queridísimo abuelito, el vecino con el que te llevas tan bien, ese amigo del alma que haría cualquier cosa por ti o, como en mi caso, un padre. Ya que no se presenta por propia voluntad, crearé un simulacro de su persona. Su versión mitificada por mí, en mis tiernas juventudes. Un faro de luz cegadora.

Me recuesto sobre mi silla ergonómica y cierro los ojos. Concentración total.

Me pongo a trabajar.

Me sitúo astralmente en el local que el profesor Preuss alquiló en los años noventa para que sirviera de sede al Grupo Prometeo y para las reuniones en esta ciudad de la Sociedad de Investigadores Españoles de Parapsicología, comúnmente conocida como SIEP, que fundara en Valencia Pep Soroma y con la cual hubo siempre buenas relaciones. Presenta el mismo aspecto que en 1995 y mi padre está justo delante de mí con sus treinta y cinco años de entonces. Con su americana gris oscura y su jersey negro de cuello de cisne. Delgado, apuesto, con mirada perspicaz. Su mente no puede ser la misma, únicamente su lenguaje corporal y personalidad aparente.

Mientras diseño su mapa de directrices, me planteo hacer terapia. ¿Sirve de algo? Quién sabe.

—Me estoy convirtiendo en ti —confieso en voz alta. Él se limita a medio sonreír. Ahora mismo es un simple monigote. Un traje de apariencia humana perfecta—.

Tendré que hacerte desaparecer para evitarlo. Te sobrevaloré, dejé que me arrinconaras, que me arrebataras la voluntad.

El simulacro de mi padre no se inmuta, permanece ahí con aspecto de alelado, siguiéndome con la mirada como si no pudiera despegar sus ojos de los míos. Tiene las manos en los bolsillos y un pie más adelantado que el otro porque es una pose que indica no tanto seguridad en sí mismo como chulería. Yo le he colocado en esa posición. De no ser así, estaría encorvado con los brazos colgando como pesos muertos y la cabeza gacha. Un fantoche desactivado.

—Me estoy convirtiendo en ti —vuelvo a decir. En un volumen superior. Sabiendo que es una verdad inmutable —. Tendré que hacerte desaparecer para evitarlo. —Porque sé que no hay otra manera de cambiar un destino inexorable. Romper con todo, arrojar su influencia al barranco y confiar que no me arrastre con él—. Te sobrevaloré, dejé que me arrinconaras, que me arrebataras la voluntad. —No acabo de estar convencido de que algo de esto último sea correcto.

Mi padre, o este avatar que se comporta como él, se activa levantando las manos hasta ponerlas delante de su rostro. Estudia las palmas con atención. Observa su aspecto y el entorno que le rodea.

—Me estoy… —dice él, caminando lentamente por la sala— convirtiendo en ti. Tendré que hacerte desaparecer —no es la voz de mi padre, es la mía. No es capaz de imitar ni el volumen ni la intención, pero es sin duda mi timbre— para evitarlo. Te sobrevaloré —ahora va mejorando la imitación—, dejé que me arrinconaras —da una vuelta a mi alrededor, deteniéndose en mi manera de vestir, como si estuviera reconociéndome. Descubriendo cuál es mi identidad. Yo le pierdo de vista cuando pasa a mi izquierda y rodea mi espalda como un posible contrincante midiendo sus fuerzas con las mías.

Cuando reaparece en mi ángulo de visión, tras mi hombro derecho, está muy pegado a mí y resulta inquietante. Ya no tiene treinta y cinco años, sino los

cincuenta y nueve que tenía al morir. Pero no viste su ropa, sino la mía. Tiene mi voz y tiene mi ropa. ¿No es extraño? No.

—Que me arrebataras la voluntad —concluye.

Yo le sostengo la mirada y frunzo el ceño. Las siguientes palabras son pronunciadas como una antigua letanía, un conjuro, una invocación. Llevan un sello implícito y cumplen un propósito concreto. Es una firma de sangre en un contrato.

—Ahora creo que podríamos alcanzar un pacto —comento muy detenidamente, con una dicción limpia y clara—, un acuerdo entre iguales.

Él se toma unos segundos, permaneciendo en una quietud absoluta y sobrenatural antes de volver a reaccionar.

—Ahora creo que… —empieza diciendo, pero la incomprensión le impide continuar.

Decido ayudarle.

—Podríamos alcanzar un pacto —le indico.

—Podríamos alcanzar…

—Un pacto.

—Un pacto —repite él.

—Un acuerdo entre iguales.

—Un acuerdo… —le dejo que termine él solo— entre iguales.

Ha dejado de ser mi padre. Soy yo. Totalmente yo. Un fiel reflejo.

Sonrío y doy una palmada sonora. Con esto debería valer. Si no, estoy perdido. De nuevo.

La última fase de mi entrenamiento, antes de saltar a la arena, la pongo en práctica con resentimientos menores. En realidad, Fusco no se merece esto. Se está arriesgando bastante, así que, dar un paso más en la misma dirección no podría hacerle mucho más daño si todo termina mal. Irá a prisión de todas, todas. ¿Por qué preocuparse, pues?

A quién pretendo engañar. No voy a permitir que eso

ocurra. Falsificar pruebas ha sido algo que ha hecho sin que se le caiga ni un anillo de los dedos, por lo que pensar que está familiarizado con el delito es lo más fácil. Y lo ha hecho él solito. Así que extraer discretamente unas cuantas dosis de heroína del almacén de pruebas va a ser igual de sencillo. Porque yo le voy a ayudar.

Estamos en mi coche, en el garaje exterior de la comisaría donde el inspector tiene su despacho. Me ha tenido que dar un pase especial para poder aparcar, ya que mi coche no está registrado como oficial. Le he llamado hace una hora y media y me he reunido con él en su casa hace veinte minutos. De camino aquí, le he explicado todos los detalles de la parte del plan que a él le concierne.

—Suena disparatado —opina él.

—Es lo único que se me ocurre. Hay que actuar ya. Mínimo podría desaparecer del todo en cuanto mis fantasmas se vayan apagando.

—En fin. —Se quita el cinturón de seguridad y se dispone a bajarse de mi Toyota. Justo cuando está a punto de salir, se vuelve a acomodar y libera algunas dudas. Su mente está llena de ellas, pero ha establecido un orden de jerarquía y va a limitarse a quitarse una última espinita clavada—. A ver si lo he entendido —empieza a decir—, en cuanto haga esto, ¿quedaré fuera? ¿Habrá terminado para mí?

—Sólo hasta que Mínimo muera. Entonces me encargaré de que le llamen a usted. Podrá cerrar el caso.

—Solo hasta que Mínimo muera —repasa él—. Está totalmente convencido.

—Si no muere él, entonces moriré yo. Le garantizo que le haré una visita para contárselo.

—¿Desde el más allá?

Emito un bufido de paciencia y me agarro al volante con fuerza.

—A no ser —intento explicarle— que haya un impedimento paranormal que no deje a ciertos espíritus cumplir promesas, sí, le avisaré desde el más allá. Entonces podrá tirar la toalla y declarar a RMS vencedor de esta

pugna. Si puedo, y el más allá me deja, le avisaré. —El inspector me estudia detenidamente, no sabe bien qué pensar. No hace falta que le lea psíquicamente para saberlo. Abre la puerta y empieza a salir del coche cuando yo deposito una mano en su hombro. Él congela el movimiento —. Si bien voy a intentar que quien muera sea él, ¿vale?

—Mejor.

Se encamina hacia la puerta trasera de la comisaría atravesando medio aparcamiento. La puerta solo permite el acceso a agentes y a personal autorizado, y su uso es más frecuente del que debería, pues algunos policías de mediana edad salen para echarse unos cigarrillos en pequeños corros. Hay bastante movimiento; por ello, cuando Fusco accede al interior del edificio por ahí, nadie le hace mucho caso.

—Bien —me relajo sobre el asiento—. Vamos allá.

Accedo a su mente de manera instantánea, como un acto reflejo.

*[Estoy dentro] [¿Me oye bien?]*

No hace falta que me responda. Sé que me oye perfectamente. Ni sordo podría dejar de oírme. Y, además, puedo percibir su respuesta instintiva.

—Sí —susurra él—. Es extraño, quiero decir…

*[No es necesario que hable] [Limítese a pensarlo]*

Sus pensamientos me llegan milésimas de segundos antes de que él mismo los procese. Estoy dentro de su mente, no tiene nada de raro. Piensa que es extraño porque no siente a nadie en su cabeza. La gente puede creerse que llevar un turista telepático es como albergar al Diablo en su interior. Un poseído detecta a ese demonio dentro de su alma. ¿No? Es pura hipótesis, nunca he sondeado a un poseso. Con un psíquico bueno de verdad, el huésped no tendría que sentir nada de nada.

Se mueve por los pasillos de la comisaría como si tal cosa. Saluda a un oficial, se entretiene mirando el teléfono cuando una mujer con traje de ejecutivo se cruza con él y, un rato después, baja en un ascensor a una planta inferior del edificio. A partir de ahí no tarda mucho.

Cuando llega al almacén, se topa con un chico joven que, en cuanto le ve, se dispone a apuntar el número de placa del inspector en una agenda electrónica.

—No, Toni —le dice—. Hoy me gustaría ser travieso. ¿De acuerdo?

—No me jodas, Fusco, ¿en mi turno?

—Necesito algo para un trabajo. Es importante.

El chico rebuzna como un asno y se frota la nunca con nerviosismo.

—Toni, te deberé una. ¿Sí?

—Me deberás una bien gorda.

Fusco tamborilea sobre el mostrador de la ventanilla de recepción del almacén y recoge las llaves que el muchacho le pasa con mucho disimulo. No las tenía todas consigo, piensa.

De haberme visto obligado a hacerlo, hubiera sometido mentalmente al chaval para ordenarle lo que nos conviniera. No sé si alegrarme de verificar el grado de corrupción de este departamento, aunque quién dice que la policía es de fiar.

El joven suplica con la mirada a Fusco que no lo haga. El inspector pone cara de impaciencia.

—Venga, lárgate ya —le azuza—. Tómate un café y regresa en cinco minutos. Ni un minuto antes, ¿lo has entendido?

—Sí, ya sé cómo funciona, Mechones.

El joven abandona la sala y deja la puerta abierta, confiando en que Fusco la vuelva a dejar cerrada cuando haya rematado la faena.

El resto es rápido y eficaz. El sistema de almacenamiento atiende a un orden básico. En función del momento en que se incautó el objeto o la mercancía, se deposita en la columna de estanterías correspondientes, permitiendo que los paquetes confiscados más antiguos queden al fondo de cada hueco. Estanterías, archivadores de cajón y pilas de maletines de metal. Buscar algo concreto y específico podría requerir la ayuda del encargado del que Fusco se ha deshecho hace un rato, aunque si lo que se

busca es simplemente droga, la que sea, la operación es simple. El inspector llega hasta un archivador y abre un cajón donde están guardadas varias bolsas de dos o tres kilos de heroína, apelmazadas una sobre otra. El inspector revisa las etiquetas de varias bolsas y elige una de ellas. De un bolsillo saca una bolsita personal con precinto y la llena hasta arriba con el contenido de la bolsa mayor. No tarda apenas en hacerlo ni en volver a guardar la bolsa incautada en el archivador.

Con la bolsita precintada delante de los ojos, el inspector piensa que con esa cantidad habrá para cuatro dosis.

*[Suficiente para una sobredosis]*

Él lo confirma con un pensamiento.

Sale de allí con presteza. Mucho más rápido que cuando entró. Uno entra en la cárcel paso a paso, sin prisas, pero se escapa de ella corriendo como un loco. Fusco ahora pasa por la cafetería para sacarse un capuchino de la máquina, hay un par de abogados de oficio hablando allí sobre sus casos actuales y el tal Toni, por ello Fusco tiene cuidado al alojar en su bolsillo las llaves del almacén. Le guiña un ojo y el chico frunce los labios.

En cuanto la máquina le prepara el café, el inspector saca el vasito de plástico de su pequeño compartimento y empieza a remover el líquido con un palito de madera. Piensa que me hará falta suerte y me la desea con sinceridad. Toda la suerte del mundo.

*[Gracias]*

Él cree que me entregará la bolsa precintada y se despedirá de mí. Adiós, muy buenas. No va a ser así como ocurra.

*[Ahora toca ir a su casa]*

—¿A mi casa?

*[Haga el favor de no gritar]*

Ahora es cuando piensa con total claridad que está harto de mí y deseando perderme de vista. Se pregunta si lo he entendido, que es como preguntármelo a mí.

*[El sentimiento es mutuo]* ***[Y ahora, dese prisa]***

Él aprieta el paso y casi trota los últimos metros hasta mi coche. Se mete dentro y me pone un dedo delante de la cara.

—No vuelva a hacer eso último, ¿está claro? Una cosa es escucharle dentro de mi cabeza y otra muy distinta que me controle mentalmente

—Lo siento mucho. No se enfade.

—Y ahora ¿qué es lo que viene?

Pongo el vehículo en marcha. Salimos del aparcamiento policial al tiempo que varios coches patrulla llegan de una jornada de trabajo.

—Mientras conduzco no es prudente que indague demasiado en una mente. Me tengo que concentrar al máximo. Así que habrá que hacerlo por la vía difícil.

—¿El qué?

—No tengo ni idea de preparar una dosis de heroína. He visto películas, todo eso de quemar la cuchara y luego succionar esa porquería dentro de una jeringuilla, pero ignoro cuál es el momento propicio para hacerlo o cuáles son los detalles a tener en cuenta.

—Yo tampoco me he drogado en mi vida.

—Fusco, usted tiene que saber cómo se hace. Quiero que me vaya enseñando. La teoría, al menos. Sabiendo eso, podría preparar mejor lo que estoy a punto de hacer.

—Mire, Zarco, todo esto...

—No va a ser para mí, inspector.

—¿Quiere saberlo?

—Necesito saberlo.

—Porque va a preparar una sobredosis.

—Ese es el plan.

—De acuerdo. Le enseñaré. Le enseñaré la teoría, pura y llanamente. No es una ciencia exacta, ¿lo entiende?

—Sí.

Y me lo explica. Con gran detalle. Siendo todo lo ilustrativo que es capaz de ser. Preparar una dosis de heroína en vena es más fácil que hacerle un puente a un coche, y gente sin un gran cociente intelectual lo aprende a la primera. Abrir la puerta a un infierno debería ser más

complicado, requerir habilidades. No es así. El mundo de la jeringuilla es básico y sencillo de comprender. Todo es una mierda.

La siguiente parte del plan implica operar desde la casa del inspector Fusco. Algo que a él no le agrada demasiado.

—No entiendo por qué quiere que sea en mi casa. Por lo que tengo entendido, podría hacerlo remotamente, no es preciso que yo me implique más.

—Prefiero rebajar la distancia, estar todo lo cerca que pueda. Eso siempre ayuda. Ya se lo he explicado.

—No me gusta, Zarco. No me gusta.

De camino a su domicilio, nos relajamos escuchando un pódcast de misterio. Para no cargar más el ambiente, elijo uno que trata el tema de la Gran Pirámide, con un invitado que propone las ideas más disparatadas acerca de sus constructores, evidentemente extraterrestres. Y, a pesar de que el tema no roza siquiera el asunto fantasmal, Fusco vuelve la cabeza para echar vistazos fugaces al asiento trasero, visiblemente inquieto.

Nos hemos conocido debido a su interés por los temas parapsicológicos y su amistad con Manrique Franzoni. Sin embargo, cuando demos carpetazo al asunto, de una manera u otra, el inspector va a desentenderse de estos temas hasta el día en que muera y no tenga más remedio que enfangarse de nuevo en ellos.

Cuando llegamos a su casa, me ofrece algo de beber y luego va a encargarse debidamente de su hermana. Le concedo veinte minutos, aproximadamente.

Cuando regresa, yo ya me he hecho fuerte en el salón y me he apoderado del sofá más confortable.

—Ha de saber que esto podría llevar toda la noche, Salvador. —El inspector consiente que le llame por su nombre de pila—. Puede que todo el día de mañana. Dependo por entero de… una aliada. Sea como sea, voy a forzar un trance intenso hasta que pasemos a la fase dos del plan.

—¿Vas a entrar en coma voluntariamente?

Él se toma las mismas confianzas. Tuteo y nombres de

pila. Es lo correcto. Podría ser la última conversación que mantengamos en esta vida.

—No va a ser exactamente como entrar en coma. Aunque se acerca.

—Todo esto ha dado mucho miedo desde el principio, pero ahora estoy más aterrorizado que nunca.

—Tienes motivos.

—¿Qué debo hacer?

—Confiar en mí y estar alerta. Tu vehículo particular está registrado como oficial, supongo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¿Tiene sirena? Ya sabes, de esas imantadas que se colocan en el techo desde la ventanilla y se ponen a sonar. Tipo *Starsky y Hutch*.

—Sí, tengo una.

—¿El depósito está lleno? Podría embarcarme en un viaje largo.

—Da la casualidad de que sí.

—Bien, es todo lo que necesito. Porque no vendrás conmigo.

—¿Quieres que te deje mi coche? Coño, esto mejora a cada minuto.

Su ironía está del todo justificada. Y podría explicarle más detalles del plan. Es mejor que sepa lo justo.

—Bueno, manos a la obra.

Cuando apoyo la cabeza contra el respaldo y coloco las manos sobre mi abdomen, veo a Melissa, Jair Nestares y el señor Bayón mirándome con expresiones esperanzadas. Todos allí, sabiendo lo que viene ahora. Delante de ellos, Fusco se cruza de brazos.

—¿Crees en la suerte? —me pregunta.

—No es lo mío. Aunque lo importante es que seas tú quien crea.

—Yo no creo en la suerte.

—Entonces, dame ánimos.

Lo hace con un largo y profundo pensamiento.

Cierro los ojos y me preparo para lo que viene ahora.

# CAPÍTULO 24

## INTERLUDIO

Papá es su preferido. Con sus imperfecciones y sueños de futuro. Quiere ser tantas cosas y, debido a su edad, no alcanzará ninguno de sus objetivos. No ha luchado por lo que quería y se ha conformado, como tantas otras personas en su posición, con lo que la vida le iba tirando a la cara. Aceptando limosnas del destino.

Delicioso total y absolutamente.

Max se baña en los recuerdos más penosos, se retuerce de placer entre esas experiencias relacionadas con la vejación y la aceptación de las humillaciones como merecidas, incluso reconocidas como méritos no degradantes. Se había encontrado con pobres diablos hasta ahora, pero lo de Papá es de otro planeta.

Papá es su preferido, desde luego que sí.

—¿Qué vas a hacerme?

Max rompe a reír. No puede evitarlo. Mamá está sentada sobre la cama, paralizada físicamente por imposición telepática. Hijo está echado sobre la cama, inconsciente. Se ha portado mal y tendrá su castigo, aunque, por el momento, debe dejarlo estar. Más tarde va a aplicarse a fondo con el chico.

Hija es demasiado pequeña. Desde su cuna contempla la escena sin percatarse de lo sola que se va a quedar. Y tendrá suerte. Max no piensa ni echar un simple vistazo ahí dentro. Las mentes de los bebés son confusas y tramposas. Algunas incluso tienen información que viene de atrás, de mucho más atrás. Años, incluso siglos en algunos casos. Residuos, sí, pero ¿residuos de qué, de cuándo?

Indagar ahí es peligroso.

Hija no es de su incumbencia. Los servicios sociales se encargarán cuando él haya terminado. No va a pasar aquí más de dos noches, pero esta es la primera, así que hoy no hará demasiados destrozos. No sería buena idea. Mañana, sí. Mañana será una idea encantadora.

Pero Papá, con toda la familia sometida telepáticamente, solo se preocupa por sí mismo. Ha preguntado qué le va a hacer a él, en lugar de qué va a hacerles a ellos. Un hombre insignificante, con una vida mediocre y sueños fantásticos que jamás se cumplirán. Los nacidos víctimas terminan por ser egoístas, porque se creen más necesitados que los demás.

Max va a poner un poco de desorden en esa cabeza suya. Y cuando juntas un tablero de parchís, piezas de ajedrez, fichas de dominó, de *shōgi*, cartas de *Catan* y miniaturas de *Space Hulk*, el resultado es un juego demencial. Y el caos puede ser la solución para sujetos como Papá.

—Voy a cambiarte —le dice Max—. Voy a hacerte mejor, papaíto.

Papá se echa a llorar. Restriega su rostro sobre la alfombra. No ha empezado a suplicar aún porque quiere dar rienda suelta a su desdicha.

*[Eres patético] [Dilo]*

—Soy patético —dice Papá.

*[Dilo.]*

—Soy patético.

*[Una vez más] [Hazlo por mí]*

—¡Soy patético!

Max ni siquiera ha usado la orden mental. Se ha limitado a sugerirlo mentalmente y este desdichado hijo de perra ha accedido a obedecerle. Es tan tierno y sabroso como un *finger* de pollo crujiente. ¿Qué salsa será?

Sus vacaciones se limitan a este fin de semana. Ha estado teletrabajando durante un año entero. La empresa le debe tantos días libres que podría permitirse tomarse un mes de vacaciones. Pero ha de pedirlo primero. Papá

debería ir al despacho de su jefe y reclamar lo que le pertenece. Y por supuesto eso no va a ocurrir. No va a ocurrir. No va a ocurrir.

Hace sonar la puerta con los nudillos. Es un «toc» solitario, y luego un «toc-toc». En la ventanilla semitransparente puede leerse «Director comercial». En realidad, Jefe es un encargado de toda la vida. Encargado, un término que no figura muy bien en letreros de puertas o placas sobre la mesa. Encargado, el equivalente a un sargento chusquero en el ejército.

Max puede lograr que Mamá también sea testigo de la secuencia. Podría coger de la manita mental a toda la familia y llevárselos de excursión a cualquier escenario que propusiera. Pero Hijo está inconsciente (el muy bastardo) e Hija no podrá valorar el momento dramático en su justa medida. Así que solo se ha llevado la psique de Mamá. Debe estar calladita, eso sí, o sufrirá un serio correctivo.

*[Pero vas a portarte muy bien] [Desde luego que sí]*

Es la oficina de Papá. Los cubículos de la planta no son iguales, algunos están pensados para que dos personas trabajen en ellos espalda contra espalda; los hay de tres y de cuatro trabajadores, aunque la mayoría son unitarios. Esta disposición otorga al sitio, cuando uno se pone en pie y ve la planta en su extensión, el aspecto de un laberinto.

Papá se ha levantado muy discretamente haciendo creer a quien se lo preguntara que iba al servicio. Pero luego ha hecho un quiebro, propio de un agente secreto en una novela barata, y se ha encaminado en silencio hacia el despacho de su jefe. Ayer por la mañana se atrevió a hablar con los compañeros del departamento de personal y le dijeron que debía hablarlo con el director comercial. Con Jefe. El encargado.

Llama a su puerta y escucha la voz del cerdo sudoroso a través de la madera.

—Adelante.

Papá pasa al interior y cierra la puerta tras de sí rápidamente. Jefe le observa con paciencia. Su desprecio inunda la estancia, se podría ahogar alguien con ese

sentimiento. Es un tipejo repugnante, con un bigote casi hitleriano y silueta de pera. Cabeza pequeña, cintura de vaca y manos de dedos cortos. Tiene siempre el pelo grasiento. Puede que sea un tipo de loción para que su peinado simplón no se deteriore a lo largo del día. Aun así, parece que una cabra le haya lamido la cabeza. Es muy asqueroso. Es rematadamente asqueroso.

—Oh, vaya, Papá —dice la pera humana.

—Sí, vengo a hablar sobre esos días que la empresa me…

—Siéntate, por favor. Siéntate ahí. En la silla. Esa que tienes delante. Siéntate.

*[Sí, siéntate, por favor] [Me estás poniendo nervioso]*

—Sí —consiente Papá, y se acomoda en la silla. Es una silla barata, aunque agradece no seguir de pie—. Verás, Jefe, es sobre esos días que la empresa me…

—¿De qué quieres hablar?

—Sobre esos días que la empresa…

—Quiero que sepas que me viene muy mal atenderte ahora. Estoy haciendo cosas importantes. ¿Sabes lo que significa? Deberías probarlo alguna vez, Papá. Aun así, aquí estoy, atendiéndote. Quiero ayudarte, Papá. ¿Te das cuenta?

—Sí, claro.

—¿De qué querías hablarme?

—De esos días que la empresa…

—No.

Se hace un silencio glacial. La mente de Mamá tiene un arrebato de rebeldía y lucha por salir de la escenificación. No quiere seguir viendo esto.

A Max le da lo mismo, obviamente. Se quedará hasta que él lo diga.

—No, Papá —dice Jefe—. La respuesta es no.

—Ni siquiera me has dejado que te explique…

—No.

—Me debéis esos días.

—No. No te debemos nada.

—No he dejado de trabajar en todo el año. Los demás

compañeros…

—No.

Jefe se pone en pie y empieza a desabrocharse el cinturón. Papá no da crédito. Empieza a preguntarse qué está haciendo, temiéndose lo peor. Jefe se baja la cremallera del pantalón y se lo baja un poco, este luego cae hasta las rodillas, donde se queda arrugado. Los calzoncillos debieron de ser blancos cuando se compraron, hace siglos. Jefe se los baja y aparece un bosquecillo de Adán muy negro y frondoso y un apéndice del tamaño de un pulgar, sin glande aparente y con la porción de piel cubriendo toda la extensión del miembro hasta la pequeña apertura. Una rajita diminuta, como una sonrisa de gusano. De ahí sale un hilillo de líquido amarillo con suficiente presión para pasar por encima de toda la mesa y que empieza a empaparle la camisa y la corbata a Papá. Está caliente y apesta. Papá no sabe cómo reaccionar porque no se esperaba que Jefe fuera a meársele encima con toda la desfachatez del mundo. Así que permanece ahí, viendo como el orín le cae y empapa todo su pecho.

Jefe está muy serio. Tan serio como en un entierro. Con un deje de aburrimiento. Apunta el chorro un poco más arriba y empieza a empapar la cara de su empleado. La rocía bien de su pis pestilente hasta que el chorro no tiene potencia suficiente y empieza a dejar un reguero por toda la mesa, impregnando carpetas y documentos a su paso. Jefe no se molesta en sacudírsela ni en subirse sus prendas compradas en tiendas especiales para gente gorda. Con el pajarito al aire y goteando se sienta sobre su culo desnudo en esa silla con ruedas.

—Ahora vete, Papá. Tienes que seguir trabajando.

Papá se seca la boca con la manga de la chaqueta y se niega a levantarse. Va a escucharle. Para eso ha venido. No va a marcharse de allí sin que le oigan.

—Me debéis días. Y me los voy a tomar. Quiero irme de vacaciones.

—Te irás un fin de semana.

Papá sopesa la idea. Con la barbilla goteándole

inmundicia amarilla, asiente levemente con la cabeza.

—Eso pienso hacer. Incluido el viernes.

—Tres días —consiente Jefe—. Será este mismo fin de semana, Papá. El lunes te quiero de nuevo aquí.

—El martes. —Papá siente un aguijonazo de valor.

—Papá, no tientes tu suerte. Me están entrando ganas de jiñar y te garantizo que voy a subirme a la mesa y echarlo todo sobre esa silla en la que estás sentado. Es mejor que ya estés en tu habitáculo cuando suceda.

Todo desaparece.

Un dolor en la rodilla saca a Max de la ensoñación. No hay ni rastro del escenario de oficina. Regresan todos a la habitación de hotel. Mamá sentada sobre la cama, Papá tirado en el suelo, completamente seco.

Y una silla a los pies de Max. La silla que estaba al otro lado de la habitación.

—¿Qué ha pasado?

Se pregunta si, como ya supone, la silla ha volado desde su posición hasta su rodilla con tal fuerza que puede haberle hecho señal. El dolor obliga a Max a frotarse la zona golpeada. ¿Qué cojones ha sucedido? Max no está acostumbrado a que algo tan imprevisto como inaudito le arranque de esa manera de sus mundos virtuales. Cuesta mucho que las situaciones sean más reales que la propia realidad. Ningún sueño puede equipararse, es el mejor arquitecto y diseñador de trances psíquicos. ¿Qué ha ocurrido, pues?

Papá mira a todas partes, a las paredes, al techo de la estancia. Un frío repentino e intenso se apodera del lugar.

—Vaya, esto sí es bueno.

Max cortocircuita las mentes de Papá y Mamá para que entren en coma. Es tan fácil como romperle el cuello a una gallina. Aunque no suena ningún crujido. Ya los traerá de vuelta. Tiene muchos planes con toda la familia. Casi toda. Dos días dan para mucho.

La cuestión es que ahora tiene un problema más acuciante.

Siente que no está solo.

—¿Quién eres?

Su sondeo psíquico de la habitación de hotel es profundo y poderoso. No siente más psiques que las de la familia, y están apagadas, por decirlo así. ¿Entonces?

—Vamos, no seas tímido —sugiere, en voz alta.

La televisión del cuarto, situada sobre una repisa elevada, se cae desde su posición al suelo, haciendo un ruido tremendo y dejando bien claro que la pantalla ha resultado dañada sin remedio.

—Impresionante.

La puerta corredera del baño se abre con estrépito, los armarios también, las persianas caen como guillotinas. Max corre a encender la luz, pero las bombillas empiezan a parpadear, avisando de que van a fundirse. En el baño anexo suena una breve explosión eléctrica y el sonido de fragmentos de cristal esparciéndose por el suelo.

—Joder.

Finalmente, la habitación principal queda a oscuras. Tras unos segundos, las luces vuelven a encenderse adoptando una luminiscencia intensa y desagradable que hace daño a la retina si se mira en su dirección.

El teléfono de la habitación suena en ese momento. Podrían estar llamando de recepción con motivo de los ruidos que se oyen ahí dentro. ¿Tan rápido? No, no puede ser. Además, no advirtió presencias de mentes en las habitaciones contiguas al llegar. No hay nadie alrededor para quejarse.

Max descuelga el auricular.

—¿Sí?

—Román. —Es una voz rota, el sonido de una garganta burbujeante de sangre hirviendo. Suenan sonidos extraños en esa garganta, que van más allá de unas cuerdas vocales guturales. Y es voz de mujer—. Román…

Max no ha oído ese nombre desde hace mucho tiempo. El nombre de su anterior personalidad, cuando solo hacía turismo por las mentes de las personas en lugar de poseerlas, cuando aún confiaba en hacer una obra de arte con un millón de mentes conectadas, el ser de un millón de

cuerpos. Proyectos antiguos. Los proyectos de Román… Mínimo… Odiaba el apellido. Sagarzazu no estaba mal. Complicado, pero cumplía su rol, darle una identidad en una sociedad a la que pertenecía. Sin embargo, él escapó de esa sociedad, dejó de pertenecer a ese mundo.

Max lleva tiempo dándole vueltas a la idea, muy factible, de que haya dejado de ser humano.

Entonces, ¿por qué una voz de ultratumba le llama por su antiguo nombre en ese teléfono?

—¿Quién es?

—Estoy… ahí dentro… contigo…

El auricular empieza a emitir un ruido atronador y estridente que obliga a Max a apartarse el aparato de la oreja. Decenas de miles de millones de cuchillas oxidadas deslizándose por un tubo de acero. Y voces, todas las voces que puede haber en un planeta habitado gritando de puro dolor.

Max cuelga el teléfono.

—Buen truco —concede—. ¿Quién eres? —Se lo dice al techo de la habitación.

Un crujido en uno de los rincones de la estancia le obliga a mirar. Un viento fuerte golpea las persianas bajadas, las hace tambalearse en su holgura, sacando de ellas un ruido molesto. Las bombillas parpadean de nuevo amenazando con dejarlo todo a oscuras.

Max se encamina muy lentamente hacia la puerta. Sabe de sobra que el poder de esa fuerza extraña opera sobre la habitación de la familia, pero en el pasillo habrá perdido su poder. Alcanza la puerta caminando hacia atrás, muy lentamente. Cuando llega al picaporte, lo mueve arriba y abajo y trata de tirar de la puerta hacia sí. Está cerrada. Saca la tarjeta de la habitación y la vuelve a meter. Un sonido y una lucecita verde le indican que la puerta está abierta. Acciona el picaporte, aunque no logra abrir la puerta. Es como si se hubiera soldado al marco.

—Venga, hombre. No me lo creo.

Lo dice totalmente calmado. Es capaz de mantener una actitud controlada y serena, sean cuales sean las

condiciones de estrés a las que esté sometido. Es el puto amo de la mente. ¿Verdad, Max? Tú eres capaz de todo.

—Por supuesto que sí, joder.

A pesar de esa verdad incontrovertible, la puerta no se abre. Max lo intenta una y otra vez. Coloca su pie izquierdo sobre el trozo de pared que hay al lado del pomo y empieza a tirar de este hacia sí.

Sin éxito.

—Mí… ni… mo.

La voz ha sonado detrás de él. Venía del centro de la estancia, donde está situada la cama. Donde Mamá e Hijo están tirados como guiñapos. Desde la entrada de la habitación, Max logra ver la cuna. La Hija mira hacia algo que está sobre el centro de la cama. Invisible. Sonríe. La pequeña zorrita de seis o siete meses está sonriéndole a lo que sea que flota ahí.

Max no está dispuesto a empezar a asustarse. Eso sería denigrante. La gente normal se asusta. Ningún puto amo se acojona como una nena. Max no es una nenita regordeta y llorona.

—Cállate, maldita sea.

Sin embargo, Max tiene que aceptar que esto es nuevo para él. No ha pensado mucho en este tipo de cosas. Lleva toda la vida tratando con gente, con personas. En un mundo que no tenía misterios por desentrañar. Y no, lo de los fantasmas se podía encuadrar en un orden de cosas que a él ni le interesaba ni iba con él. No pensaba en la muerte y en sus consecuencias. Había mucha vida que vivir. Y pensaba vivirla. Vivirla como nadie. Un rey. Y llevaba años, un montón de años, haciendo lo que le daba la gana. Así era él. Un dios.

—¿Quién eres?

Pregunta a la entidad que ya empieza a sentir en las entrañas. No sabe cómo lo sabe. No es información intelectiva que llega hasta él. No es una mente como todas las que se ha encontrado hasta el momento. No puede perforar ahí. No puede ver nada.

Aun así, hay alguien en la habitación.

—MÍNI... MO.

La voz retumba cada vez más. Una voz que regurgita sangre y amplifica sus decibelios para que cada metro cuadrado de pared y techo pronuncien la palabra. Logra que parezca que sea la habitación la que habla. ¿Una habitación de hotel encantada? Max lo niega. Lo niega con todo su ser. Eso solo sucede cuando Stephen King lo escribe en sus novelas, y luego llega Stanley Kubrick y adapta a película lo que le da la gana.

—Es solo tu opinión —dice Max—, y a nadie le importa.

A nadie le importa. Sobre todo, no le importa a lo que sea que haya flotando en el centro de la cama. Algo que se va posando poco a poco sobre el edredón, dejando la marca de sus pies. Pies pequeños, de mujer. El colchón se hunde, el somier chirría por el peso.

—MÍNIMO.

—No me llamo así.

***[Fuera de aquí]***

La orden mental no llega a ninguna parte. Es un mensaje en una botella que algún náufrago arroja al Pacífico. Ninguna mente a la que someter, que detectar. Aunque Max sabe que existe. Existe delante de él, a unos tres metros de donde está.

Max se da cuenta ahora de que tiene la espalda pegada a la puerta como si estuviera soldada desde hace casi un minuto. ¿Podría estar muerto de miedo? Él apostaría en contra, si bien no es un hombre acostumbrado a apostar.

—¡¡¡MÍNIMO!!!

La cama gira de lado unos quince grados a una velocidad tremenda. Como si una especie de gigante invisible le hubiera pegado una patada en la esquina inferior. Al chocar con los límites de la habitación, los marcos metálicos del lecho provocan un ruido espantoso, los cuerpos inertes de las personas que descansan sobre él son enviados por la inercia hacia la pared y, de ahí, rebotan por toda la cama debido a la fuerza del impacto. Mamá e Hijo caen al suelo.

Papá está tirado en el suelo en el otro lado de la habitación. De haberle pasado la cama por encima, las patas podrían haberle arrollado y provocado daños severos.

Max ha dado un respingo al ocurrir todo esto, aunque no se ha dado cuenta. El vello de sus antebrazos se ha puesto de punta. Sus pulsaciones se han acelerado comprometidamente.

—No me creo nada de esto —clama—. ¡No me creo nada de esto!

Como acto de valentía, Max decide acercarse al centro de la estancia, donde se supone que debe encontrarse el foco de la fuerza sobrenatural. Una decisión que debería poner en práctica ya. Es decir, ahora mismo, Max. Venga, anímate.

—Sí. Ya voy.

Poniendo muy tranquilamente un pie delante del otro acaba aproximándose al centro de la habitación. No va a dejarse intimidar por algo que no puede ver.

De repente siente un empujón desde atrás. Unas manos frías que le dan un empellón en los dos omóplatos y le lanzan hacia delante hasta hacerlo trastabillar y casi caer. Max hace esfuerzos para no perder el equilibrio. Cuando se recompone, dirige una mirada furibunda al lugar que ocupaba, pensando que va a encontrar a alguien ahí.

No ve a nadie.

El maldito bebé se pone a reír. Risa de bebé. La gente adora ese sonido, Max no acierta a saber por qué. Le pone de los nervios.

—Cállate, Hija.

***[Cállate]***

No logra su efecto porque las mentes demasiado nuevas aún no han formado un mapa neuronal complejo. No han conformado un Yo ni una identidad reconocible por la propia persona. Son como animales básicos, casi fuerzas elementales físicas con poco más que instintos. Son la necesidad de alimentarse con la forma de un ser que deambula a cuatro patas.

Hija sigue riendo. Puede que no de él, pero como si lo

hiciera. Max empieza a perder los estribos. Da un paso hacia atrás, hacia las ventanas cerradas de la habitación. Entonces tropieza con el televisor, que está en el suelo. Cae redondo sobre sus nalgas. Y entonces la ve. Una mujer con gafas de pasta bajo la cama. De piel grisácea y venosa, con ropa sucia, como si hubiera vivido décadas en un sótano. Y desde debajo de la cama empieza a avanzar hacia él, como una araña aplastada a la que un niño travieso hubiera arrancado la mitad de sus patitas peludas. Los brazos de la mujer tienen un codo de más, un punto de rótula imposible. Sus ojos giran sobre sus cuencas como las ruedas de símbolos de máquinas tragaperras, pero muy lentamente. Su boca es una sonrisa de dientes desiguales y encías oscuras, los labios caen como si se hubieran despegado del resto de la cara.

—TÚ NOS... MATASTE.

Avanza hacia él como una criatura deforme imposibilitada para moverse, pero que logra hacerlo a velocidad vertiginosa. Max retrocede con brazos y piernas, restregándose por el suelo hasta que una pared le impide seguir moviéndose. Intenta recular más, solo unos metros más, alejarse de esa aberración, pese a la solidez de la pared. La frustración de sentirse atrapado le acongoja.

Cuando eres terror, la fuente del mayor espanto de todos los demás, no puedes gestionar el miedo. Es una sensación sencillamente insoportable.

Entonces el ser blancuzco le alcanza y se echa sobre él. Puede sentir su peso, esas rodillas huesudas clavándose en sus riñones. Los dedos de los pies agarrándole los muslos como si fueran los de primates. Aprecia con desagrado el tacto áspero y rugoso de esas manos ennegrecidas sobre sus mejillas mientras no logra despegar la mirada de esos ojos acuosos y sin vida que le miran, como ojos de pez muerto. Las pupilas ahora detenidas y aumentadas hasta el tamaño de grandes monedas antiguas. Le toca la cara como si fuera a besarle por la fuerza, y en verdad sitúa su rostro sobre el de Max. Lo que hace es sacar de la boca una lengua negra como una babosa y pasársela por el puente de la nariz por

la frente provocando una fuerte reacción urticante en toda la piel por la que se desliza.

Max lucha por salir de allí, pero el fantasma no suelta a su presa.

—No creo en fantasmas —susurra Max, como si a alguien le importara—. ¡No creo en esta puta mierda de fantasmas!

La criatura se aparta de él. La lengua negra regresando a la boca. Es la doctora a la que obligó a destriparse en aquella casa de pijas. La que salía con la modelo impresionante.

—Eso no importa, Mini —le dice, con una voz rasposa y cargada de malignidad—. Lo que importa es que nosotros sí creemos en ti.

El bebé empieza a reírse en la cuna, como si sus padres estuvieran haciéndole carantoñas. El espíritu de esta bruja empieza a reír. La habitación empieza a reír. La burla llega hasta la última fibra de Max. Le envuelve por completo. Es denigración, degradación, vergüenza, deshonra. Se lleva las manos a las orejas, cierra los ojos con fuerza, grita. Exclama con todas sus fuerzas sin saber qué estará diciendo, qué suplicará, qué clemencias estará rogando a esas fuerzas inalcanzables que ejercen poder sobre él sin que pueda resistirse. Empequeñecido como nunca. Víctima, por primera vez, desde que tiene uso de razón.

Cuando se aparta las manos de las orejas, todo ha pasado. La habitación está en calma. No percibe ninguna presencia extraña acompañándole, únicamente esos desechos humanos dormidos.

—Zarco —casi escupe—. Maldito sea. Ha sido él.

Sabe que Isaac Zarco se lo ha enviado. El médium. El psíquico prometedor que todavía tiene mucho que aprender, aunque se ha pasado la vida hablando con muertos y puede controlarlos a voluntad.

Él le ha enviado a esta furcia horripilante. Ha logrado asustarle, le cuesta creerlo, no da crédito, y es tal que así. Asustado. Contra todo pronóstico, ha empatado el partido. El 1 a 1 sube al marcador.

—Muy bien —susurra Max, recreándose en la idea recién concebida—. ¿Quieres guerra? Guerra, pues.

# CAPÍTULO 25

## DEDOS CRUZADOS

La hora de la verdad. He tenido varias horas de la verdad en mi vida, pero ninguna como esta. No parece que la vida quiera conjugar elementos o darte pistas de que ese instante ha llegado. Habitualmente llega en días muy normalitos, sin grandes nevadas que sepulten barrios enteros o atentados terroristas que revuelvan medio Occidente. En absoluto. Las horas de la verdad de la gente de la calle acontecen en días con climas y en situaciones políticas poco excepcionales. Podría parecer un día más en tu vida. Y no lo es.

En muchas ocasiones puedes dar un paso atrás. No entrar en el despacho del jefe para decirle las cuatro cosas que llevas semanas deseando tirarle a la cara, no sentarte tranquilamente con tu pareja para decirle que la relación no puede seguir así, no poner tu firma en una trampa de papel por un piso en O'Donnell. Si no te decides en el momento idóneo, puede acabar siendo un día normal y corriente. Y no dando ese paso hoy, podrías no darlo jamás en la vida. Para bien y para mal.

Hoy es el día.

Para empezar, el escenario es un gran espaciopuerto, muy probablemente diseñado y bocetado por Juan Giménez, con inspiración ultrarrealista y gran presupuesto imaginativo. Desde mi posición pueden verse capas y capas de pistas de aterrizaje y despegue, tanto en horizontal como en vertical. Existen docenas, cientos de segmentos kilométricos, civiles, militares, empresariales, cada zona se usa de una manera diferente y cada sector está gestionado por una terminal futurista, hasta así cubrir toda la

superficie planetaria. Un planeta espaciopuerto, como una inmensa cebolla en mitad del espacio, donde la gente viene a hacer un transbordo, una simple parada antes de reanudar viaje o tan solo porque la vida en una terminal les atrae. Cientos de líneas de tráfico aéreo cruzan el cielo. Hay ingenios tecnológicos de todo tipo. La agitación es inmensa y genera estrés en cuanto te quedes contemplando más de un minuto.

Importa muy poco. Es un escenario elegido no precisamente al azar. No creo que a la doctora Carla Swagerman vaya a hacerle gracia. Lo del *Titanic*, por ejemplo, fue un detallito por mi parte. Esto cumple otra función. No querría quedar aquí con ella si esta fuera a ser otra cita más para intercambiar información e instrucciones. No veo a la buena doctora muy fan de un universo de ciencia ficción donde puedan existir metabarones a la vuelta de un sistema solar.

Lo del *Titanic* funcionó muy bien. No estaba seguro de que surtiera efecto, era solo una corazonada. Me lo apuntaré para futuras veces. Es algo así como hacer regalos de cumpleaños. El mundo se divide en personas que se preocupan por saber qué te interesaría recibir como obsequio por hacerte mayor y personas que no. Los primeros preguntan a veces a tu pareja, a tus amistades, en fin, se esfuerzan por hacer un regalo que haga ilusión. Y luego están los que regalan lo que a ellos les gustaría recibir. Como si sus gustos estuvieran en un orden superior, intelectivamente o de carácter artístico. Se regalan cosas a sí mismos, pero se desprenden del objeto para que otra persona sea su propietaria. «Este grupo es mi favorito, te gustará este álbum», «Considero esta película una obra maestra, deberías verla tú también», «Yo me pondría esa chaqueta, seguro que a ti también te sienta genial». Más que un regalo, es un adiestramiento. Te están enseñando algo nuevo de la vida que tú ignoras.

Regalar cosas a los demás que solo le gustan a uno denota una clase de egoísmo esnob que únicamente debería ser correspondido por el cumpleañero con la devolución en

mano del regalo recién abierto y una sonrisa falsa: «Tú lo vas a disfrutar más, así que quédatelo, genio».

Un espaciopuerto es un regalo que me gustaría que idearan para mí si fuera a visitar el sueño de otra persona. Sería todo un detalle.

Esto no se va a parecer a un cumpleaños.

Apoyado sobre una barandilla contemplo una caída de sesenta pisos. Los puentes que conectan las diferentes terminales son recorridos por vehículos de extraño diseño (con muchísimo neón, por supuesto) que van y vienen sin ningún orden. No hay demasiados extraterrestres caminando por ahí, pero los humanos que pueblan el decorado visten ropas tan extravagantes que casi se echa en falta un lagarto con esmoquin o una mosca antropomorfa. Ni que decir tiene que la presión atmosférica y la gravedad son las correspondientes a la Tierra. Como si no hubiera otra posibilidad. ¿No hay oxígeno y gravedad terrestre en todos los planetas de cualquier galaxia muy muy lejana? Por descontado. ¿Quién busca realismo en sus sueños fantasiosos?

Yo no, desde luego.

Con un simple pensamiento, el holograma de un reloj digital se proyecta a dos metros de mí. Como un *head-up display* de última generación. Empieza a hacerse tarde. El espíritu de la doctora Swagerman suele ser puntual. Esto puede ser tan bueno como malo. Las horas de la verdad suelen traer estos hormigueos en el estómago. La sensación de que cada minuto se convierte en una hora. Empiezo a mover el pie con nerviosismo, como si estuviera escuchando alguna canción pegadiza. No se oye música en ninguna parte. Espero no desaprovechar todo este artificio futurista.

Me fijo en una nave espacial que sobrevuela el cielo por encima de mi cabeza a baja velocidad, dejándose admirar como un pavo real macho. Dos kilómetros de eslora, fácilmente, al servicio de la pura ambientación. No hay más propósito que ese. El soñador elige los parámetros fundamentales, pero el sueño opera por su propia voluntad,

por decirlo así. De no ser porque he programado un evento concreto y específico que se activa manualmente, aquí podría ocurrir cualquier cosa.

Ni rastro de la doctora.

Le debe de quedar poco tiempo ya para dar el último paso. Me pregunto qué ocurriría si siguiera anclada a esta misión impuesta mediante coacción. Porque eso es lo que empieza a parecer. Un fantasma chicle, pegado como una lapa. Si esto continuara por más tiempo, ¿perdería su acceso al más allá? La simple idea de que pudiera convertirse en un alma en pena me golpea la conciencia como un punzón martilleado con saña.

Todo esto debe servir para algo. En serio, todo esto debe servir para…

*[Hijo de la grandísima puta]*

Ya no estoy solo. Un nuevo soñador se ha autoinvitado. No es la doctora Swagerman. Es Román Mínimo Sagarzazu. RMS. El hombre más peligroso que existe. Avanza hacia mí por esta acera de piso blando y estéril, iluminado por grupos lumínicos led suspendidos en el aire cada cinco metros. Mínimo viene con una chaqueta gris oscura y su gorra roja. El pelo demasiado gris para la edad que aparenta. Nada cambia en él.

Y está muy cabreado. Se puede sentir en todo el planeta estación. Su invasión del sueño es casi una declaración de guerra. Pretende conquistar y destruir, como un híbrido *frankensteiniano* entre Atila y Gengis Kan. La sutileza no es lo suyo.

Paciencia ahora.

—¿A eso te dedicas? —exclama mientras sigue caminando hacia mí—. ¿A mandarme fantasmas? El señor Médium y sus truquitos de salón.

En el mundo real, con su constitución, podríamos tener una pelea decente. No es que ninguno de los dos entrenemos demasiado, eso es fácil de intuir con un simple vistazo a nuestro tipo corporal. Con la certeza de que él no ha tenido en la vida necesidad de aprender ningún arte marcial o técnica de autodefensa, porque a saber de qué le

iba a ser de utilidad a un tipo que puede ordenar telepáticamente a sus adversarios que se arrojen de cabeza a las ruedas de un autobús que pasa por allí; y yo estuve dos años practicando taekwondo.

Hace nueve años.

Y casi lo he olvidado todo.

Pero sí, en el mundo real esa mínima ventaja me serviría para cruzarle la cara.

Estamos en una sala de reuniones onírica. Un sueño previsto para un encuentro puntual con otro soñador consciente. Aquí, el jefe puede ser él en cuanto se lo proponga.

—¿No dices nada? —inquiere.

—No sé a qué te…

—Claro que sabes a lo que me refiero.

Está enojado a un nivel que no habría podido creer. He intentado imaginármelo en muchos estados, a fin de poder estar preparado para cualquier tipo de reacción por su parte. Aunque nunca pensé que pudiera estar tan fuera de quicio.

Le enseño las manos cuando llega a mi altura.

—Vamos a tranquilizarnos.

—Me envías fantasmas. No quiero tranquilizarme. Estoy fuera de mí.

—Escúchame, Max. Yo puedo hablar con ellos, pero no puedo controlarles.

—¿Me tomas por idiota? ¿Crees que no olía a ti? Cuando empezó a moverse la cama de la habitación y las cosas fueron arrojadas contra mi cabeza por una mano invisible, lo primero que pensé fue: «Ha sido el cabrón de Zarco».

Muy bien, le dejo explayarse a su aire. Es la hora de la verdad. Joder que sí. Procuro no pensar en los mecanismos que deben de ponerse en marcha por sí solos a partir de este preciso instante. Están programados para activarse. Y no debería pensar en ello. Este monstruito con gorra ridícula podría advertir el plan dentro del plan. Aunque parece lo bastante furioso como para no darse cuenta.

No pienso en elefantes rosas. No pienso en elefantes rosas.

Él sigue recriminándome las acciones del espíritu de la doctora.

—Llevo matando gente desde que tenía trece años —dice ahora—. ¿A cuántos has matado tú?

—A nadie. Eso ya lo sabes.

—No hace falta verificar eso. Sería una búsqueda en tu cabeza totalmente inútil. Una pérdida de tiempo. Basta con verte la cara para saberlo. Aunque hay algo que deberías saber, sí he conocido a otros asesinos. Personas que mataban por algún interés o porque les gustaba. De éstos últimos solo he conocido a dos. Y seguro que el mundo está lleno hasta los topes de aficionados a eso del asesinato. Se sienten poderosos, les excita o yo qué sé. Cada uno tendrá sus fijaciones y sus filias enfermizas. Y, ¿sabes?, por mucha gente que se hayan cargado, no sufren el acoso de los espíritus de sus víctimas. ¿Por qué? Si de verdad pasa eso de que el alma se separa del cuerpo y puede vagar por ahí, como fantasmitas flotantes, ¿por qué los asesinos no son hostigados por los muertos que generan? ¿Eh? ¿No contestas? ¿Te lo has preguntado acaso? Seguro que Andréi Chikatilo no recibía visitas de fantasmas. ¿La condesa Bathory? Ni hablar, colega. ¿Por qué no? Si les ocurre a algunos, ¿por qué no a todos?

»No tiene lógica. Algunos espectros pueden montar ese disparate del *poltergeist* y otros no son capaces de asustar en el espejo del baño a las personas que les enviaron al otro barrio. ¿Por qué? No lo entiendo. ¿Lo entiendes tú? ¿No contestas? ¿Elefantes rosas? ¿Qué cojones es eso? Estás pensando en…

Siento cómo se mete en mi cabeza. Aunque en esencia lo está, ya que ha invadido mi sueño, ha permanecido en un orden superior, casi superficial. Ahora se introduce totalmente en mi subconsciente. Puedo sentirle hurgar ahí dentro. Uso toda mi concentración para que no descubra lo que… estoy…

—¿Putos elefantes rosas? —dice— ¿A qué viene esto?

Estás intensificando este pensamiento para que no vea... ¿El qué? ¿Qué me estás ocultando, señor Médium?

Él escarba un poco más. Y escarba. Y escarba.

Uno de los mecanismos mentales programados para tal situación se activa en forma del aterrizaje forzoso de una nave espacial, a no mucha distancia de donde estamos. Un carguero de gran tamaño barre varias torres de control sitas en un lateral de la pista de aterrizaje. Explosiones, destrozos materiales multimillonarios, vidas humanas extintas en un segundo. La nave finalmente se detiene al estrellarse contra la terminal, y explota aparatosamente acto seguido. Desde nuestra posición podemos ver el espectáculo en primera fila sin correr peligro. En menos de un segundo se activan sirenas de alarma en todo el entorno que nos rodea. Kilómetros cuadrados de pura conmoción se manifiestan en un tumulto de viajeros exaltados que no llega a arrollarnos, pero nos pasa cerca, corriendo en todas direcciones. Robots bomberos y drones de seguridad acuden prestos al lugar del accidente. Son muy pocos segundos de caos y desorientación, pero hasta Mínimo se queda en fuera de juego.

—Menudo espectáculo —dice—. ¿Sueñas esto todas las noches?

Ahora. A. H. O. R. A.

Román Mínimo Sagarzazu me observa. Hay un atisbo de sospecha en su rostro. Detecta que algo no va bien. No puede ubicar la trampa. Nunca ha tenido que prepararse para algo así. Ha sido un dios entre hombres y ha obrado como tal. No ha tenido rival. Por eso no está acostumbrado a prever planes específicamente diseñados para derrotarle.

—Así que hay un plan —dice—. ¿Un plan para derrotarme? —se ríe—. ¿En serio puedes creer que tienes alguna oportunidad contra un telépata entrenado durante décadas? Apenas has empezado a explorar tus habilidades preternaturales. —Se lleva la mano a la barbilla y su boca se frunce en una mueca de sorpresa—. Aunque debo

confesar que me honra esa visión personal que tienes de mí. Un dios entre hombres. Es una definición muy… interesante. ¿Así es como me ves?

La nave espacial sigue ardiendo como una pira ciclópea. A su alrededor se acumulan un sinfín de máquinas especializadas en extinción de incendios. Muchos transeúntes dejan de correr, despavoridos, para observar con curiosidad.

—Me estoy convirtiendo en ti —digo a mi interlocutor.

Román Mínimo Sagarzazu se lleva la punta de la lengua a uno de sus colmillos. Como un lobo de cuento preparándose para devorar a la joven del capuchón rojo.

—Bueno —dice—. Eso no es tan malo. Los hombres aspiran a convertirse en algo más. Si puedes llegar a ser un dios, no lo desaprovechas.

—Tendré que hacerte desaparecer.

Dos inmensas aeronaves de color rojo pasan a toda velocidad sobre nuestras cabezas activando sus chorros de agua y espuma con tal potencia que alcanzan el incendio mucho antes de llegar.

—Oh, señor Médium —comenta mi interlocutor—. Sin duda, es un objetivo demasiado elevado para alguien de tu condición. No deberías ponerte a esprintar sin haber aprendido a gatear primero.

—Te sobrevaloré.

—No lo hiciste. Aún no has empezado siquiera a darte cuenta de mi poder.

—Dejé que me arrinconaras, que me arrebataras la voluntad.

—No es cierto —dice Román Mínimo Sagarzazu—. Permití que siguieras con tu vida, ¿no es cierto? Podría haberte hecho mucho daño. Y te dejé vivir. ¿Acaso no te das cuenta del regalo que te hice? ¡Podría haber acabado contigo! Exprimir tu cerebro como si fuera un limón medio podrido, una lobotomía para esa mente tuya de espiritista comemierda.

—Ahora creo que podríamos alcanzar un pacto. Un acuerdo entre iguales.

—Vaya —dice mi interlocutor—. No te aclaras, ¿eh? Primero quieres hacerme desaparecer y ahora quieres que pactemos. No obstante, amigo mío, no va a ser un acuerdo entre iguales. Para ello, deberías ser…, fíjate tú, qué cosas, mi igual. Y estás tan sumamente lejos de ser mi igual como…

Román Mínimo Sagarzazu se percata del entresijo. Puede ver la maraña.

Más explosiones, la de un edificio cercano esta vez, los gritos de la muchedumbre vuelven a oírse. Un par de naves caen en picado con sus sistemas inutilizados por un pulso electromagnético. Empieza a producirse un movimiento sísmico.

La intensidad de la distracción irá cada vez más en aumento, aunque ya no surtirá efecto.

—¿No eres tú, verdad, cochino hijo de una puerca infecta?

Román Mínimo Sagarzazu descubre que no soy más que un custodio.

—¿Dónde está él? ¿Dónde está Isaac Zarco?

Román Mínimo Sagarzazu intenta regresar a su cuerpo.

Demasiado tarde.

Ahora. A. H. O. R. A.

No es la primera vez que lo hago. Con Melissa fue suave y directo. Pero meterme en la mente del espíritu de la doctora Swagerman es más arduo, es casi punzante. Encontrar resistencia es lo más normal del mundo. Las mentes reaccionan de manera instintiva ante una invasión precipitada. Como querer retirar el brazo de la boca cerrada de un dragón de Komodo cuando te ha mordido la mano. Lo más probable es que te quedes manco.

Estoy dentro de la mente de la doctora Swagerman. Y siendo un fantasma, básicamente eso, pura y genuinamente, puedo decir que *SOY* la doctora Swagerman.

La palabra clave es posesión.

*[Ahora, Carla, por el amor de Dios] [Hazlo ahora]*

La doctora posee el cuerpo inerte de Román Mínimo. Tumbado sobre la cama, con su conciencia entretenida en un espaciopuerto de novela de Peter F. Hamilton, siguiéndole el juego a un custodio que solo le hará perder el tiempo preciso para…

Perder su envase corporal.

Y ocurre. Es complejo. Como atravesar la vagina de tu madre al nacer, pero sin lubricación, con la piel llena de escamas. Hay que romper, forzar el acceso. La mente de este demonio humano podría no tener medidas de seguridad, pero es fuerte por sí sola. Un ser humano jamás podría haber logrado tal cosa. Aunque un muerto, un espíritu desencarnado…, vaya, es otra cosa, ¿verdad, Maxi? Esto no te lo esperabas, diosecillo.

Y aquí estamos. Dentro. Tan raro como jodido. Poseyendo el cuerpo de un ser humano. Como en la famosa película de William Friedkin y en las innumerables copias e inspiraciones que vinieron (y vienen) desde entonces.

La idea es deliciosa. Yo dentro de la mente de una difunta que acaba de poseer a un hombre. Como esos trenecitos en los que participó César Baggio en alguna que otra orgía gay de su juventud más salvaje. Me ha contado cosas que yo no le pedí que hiciera. Para gustarle tanto las ostras como los caracoles, siempre encontraba más depravación y libertinaje en una de las aceras.

Esto es definitivamente menos vicioso, pero infinitamente más urgente y necesario.

*[Levántate]*

Carla Swagerman se incorpora con un esfuerzo inusitado. Si algo he podido leer al respecto de las posesiones es que, a diferencia de los permisos de posesión que podría conceder un médium en trance en cualquier sesión de espiritismo, las posesiones no consentidas son mucho más costosas en lo referente al aspecto físico. Mover un brazo ya supone un esfuerzo extremo. El dominio corporal va llegando poco a poco. En sueños, la persona infestada pierde el control de su cuerpo y el espíritu invasor podría aprovechar la oportunidad. Hacen falta muchas de

estas oportunidades para lograr siquiera levantarse del camastro. Un espíritu puede tardar semanas en poder caminar con el cuerpo usurpado.

Si yo fuera el médium que entrara en trance para que la doctora hablara con un ser querido a través de mi cuerpo, Carla Swagerman saldría de mi envase corporal totalmente exhausta. Y se trata de una posesión puntual y permitida por la persona propietaria del cuerpo. En una posesión intrusa como esta, el simple acto de levantarse de la cama ya mismo, en la primera toma de contacto, y echar un vistazo a la habitación comportará el gasto de toda la fuerza que le quede a este espíritu.

El caso es que no le queda nada más que hacer. Así que no podemos reparar en estos gastos.

Intento echarle una mano. Dos mentes pueden más que una y está claro que nos necesitamos mutuamente para poder hacer esto.

El control del equilibrio va a ser toda una proeza, a pesar de que sólo perseguimos caminar dos pasos por esta especie de… ¿dormitorio? Y luego, apartar la cortina para poder asomarnos al paisaje que está esperándonos. Solo eso puede llevarnos más tiempo del que disponemos. Mínimo es poderoso, la trampa del puerto espacial no le entretendrá mucho tiempo.

Y luego todavía quedará lograr que…

Vayamos por partes. De eso ya me encargaré luego.

Ahora hay que ponerse en pie. La doctora solo ha logrado incorporar la espalda y apoyarse con las manos sobre el colchón. Con mi ayuda ha podido girar las piernas para que caigan al suelo pesadamente. Estamos sentados dentro del cuerpo de RMS. Y la ventana está ahí, al alcance casi de la mano.

A un universo de distancia.

Con todo, va siendo más fácil a cada segundo que pasa.

Puede que no sirva de mucho. A saber dónde estará este desgraciado. La habitación parece de hotel de lujo, desde luego. Cama amplia. Buena decoración, y moderna, además. Un hotel de cierto lujo, pero no una cámara real.

Miramos hacia la mesilla de noche para tratar de vislumbrar una bandeja con alguna servilleta de papel con el emblema del hotel. Podría ser de ayuda. Por mucho que contemplamos el entorno, no damos con ninguna pista que pueda decirnos dónde estamos. Dónde está Román Mínimo. No tiene el teléfono móvil a la vista y ponerse a buscarlo podría resultar inútil. Probablemente ahora Mínimo sepa que la policía le detectó por culpa del aparato que llevaba en el bolsillo. Además, ¿para qué querría este sujeto un teléfono móvil? Aunque a nosotros sí nos sería útil. Bastaría con toquetearlo un poco y saber nuestra ubicación.

La ventana es nuestra última oportunidad. Aunque podría ofrecernos una vista nada definitoria. Sería genial ver una avenida flanqueada por un desfiladero de rascacielos neoyorquinos o encontrarnos con la torre Eiffel a un lado de nuestro ángulo de visión. Algo que nos diera la localización exacta de este parásito humano.

No vamos a poder ponernos en pie tan rápido como necesitamos. Lanzo a la doctora la imagen mental de una suerte de salto desde nuestro asiento. Aprovechar un empellón para lanzarnos contra la pared y llegar hasta ella sin caminar el metro y medio que nos separa de la ventana. Una vez allí podríamos utilizar la superficie vertical para ascender hasta nuestro mirador de cristal.

*[Vamos, Carla, hemos de intentarlo] [Hazlo por Sofía]*

Y allá vamos.

Hacemos el movimiento de llevar los brazos hacia delante como si fuéramos a tirarnos a una piscina, pero solo conseguimos caer al suelo tan torpe como denigrantemente. De bruces en el suelo y con las nalgas en pompa, intentamos utilizar el movimiento natural de un gusano para llegar hasta la pared. Y nos encontramos allí un providencial radiador. No hace mucho frío, así que está apagado. No nos importaría sentir un poco de dolor en las palmas de las manos. Sería incluso satisfactorio achicharrarle la piel a este cabronazo, aunque no será necesario. Podemos utilizar el radiador para impulsarnos hacia arriba. Nos agarramos a la parte superior del aparato,

tratamos de levantar este peso muerto. Mínimo debe de pesar unos ochenta kilos y va a costar que los pies sostengan todo el cuerpo, pero basta con asomarse a la ventana y contemplar el paisaje, con eso valdrá. Y espero que seamos capaces, alguno de los dos, de reconocer lo que veamos a través del cristal.

Echando los restos y empleando toda la fuerza que es posible usar en este estado de posesión novata, alcanzamos la parte inferior de la ventana y podemos ver… el cielo.

Un edificio alto. Ya es una pista. No es mucho, sin embargo. Hay que impulsarse un poco más. Con la mejilla pegada a la superficie de la ventana, logramos plantar un pie en el suelo y apoyar una mano en la rodilla mientras la otra sigue sobre el radiador. Un poco más y… nos levantamos otro tanto.

Ahí está la calle. Una avenida principal de varios carriles con mediana. Casas bajas de ladrillo rojo al otro lado de la acera. Un edificio más moderno, con mucho cristal y ángulos rectos. Hay un VIPS en una de sus esquinas. ¿Es el paseo de la Castellana? Podría ser. A la altura de plaza de Castilla. Intentamos restregar la cara para ver un poco más. Desde esta posición se puede ver mucho. Los enlaces de las autopistas. Probablemente la M-30. Intercambiadores de tren. Una estación importante. Si no ando errado, la de Chamartín. Y al otro lado del edificio podríamos ver el parque Norte, aunque no desde esta ventana. Y tampoco pueden verse los demás edificios altos tan característicos de la zona. RMS tenía que elegir precisamente esta habitación. Y ahí es donde está el principal problema: la perspectiva. A pie de calle, podría identificar mejor cualquier calle de Madrid, pero desde esta altura…

Las sombras. Gracias a Dios. El sol está en el punto idóneo para que, sobre la carretera de abajo, se proyecte la sombra de este edificio y el de al lado, la torre Cepsa, con su característico arco cuadrado que permite el paso del aire. Esa sombra de abridor de botellines gigante nos dice todo lo que nos hace falta saber.

Mínimo está en el Eurostars Madrid Tower. Alojado de gorra, obviamente, y nunca mejor dicho. Tan sencillo como llegar y pedir que te den una habitación a tu elección. Y punto.

No podemos aguantar más. Salimos del cuerpo de Mínimo exangües, aunque triunfantes. No ha sido tanto una expulsión del cuerpo como un derramamiento. Y ha valido la pena.

Curioso, en lugar de seguir hacia el norte de Francia, RMS ha regresado a Madrid, donde la policía le busca sin descanso. Probablemente porque las cabezas de los franceses no le parezcan tan sugerentes como las que tenemos por aquí.

O puede que haya venido a por mí. ¿Le era necesario? ¿No podría haberse encargado de mí, mentalmente, desde Hong Kong?

Seguramente. Y desde la Luna, si se propusiera llegar. Lo que me lleva a pensar que, desde su punto de vista, es el único hombre libre del mundo. Él lo tiene clarísimo. Puede hacer lo que quiera. ¿La policía? ¿Qué es la policía para él? No hay enemigo posible para Máximo, dios entre los hombres.

Esta es una jugada egocéntrica que va a costarle cara. No quiere encargarse de mí a distancia. Quiere mirarme a los ojos. Piensa que nadie puede impedirlo.

La doctora Carla Swagerman me mira con una sonrisa plácida. Parece una buena persona. Ojalá le vaya bien.

—Se acabó, ¿verdad? —dice.

También yo salgo de la mente de RMS y proyecto mi aspecto delante de ella para que tenga algo que mirar. No dispongo de mucho tiempo.

—Sí. Has hecho un trabajo formidable.

—¿Me encontraré ahora con Sofía? Ahora puedes serme sincero.

—Seré sincero: no lo sé.

—Vale. Sería posible que sí, ¿no crees?

—Sería posible. Lo mejor de todo, Carla, es que ahora… todo es posible.

La doctora deja de estar ahí. No ha sido un desvanecimiento progresivo o una pérdida de nitidez hasta perderse en una especie de invisibilidad.

Sencillamente, ya no está.

—Buena suerte.

El momento de quietud se acaba rápido. Me siento aspirado como una burbuja por un sumidero. El custodio ha cumplido y ahora voy a tener que enfrentarme a la peor versión de Román Mínimo en un sueño creado por mí sobre el que ya no albergaré control alguno.

Aunque queda un último dispositivo mental. El último.

Sin embargo, estaré en su reino. Aunque sea mi propia mente, estará más cerca de ser la Polonia ocupada por las fuerzas nazis que otra cosa.

Cuando me incorporo de nuevo a la realidad onírica del puerto espacial, arrastrado de mala manera, todo ha estallado en llamas a mi alrededor y Mínimo nos eleva por encima del infierno de deflagraciones y explosiones termonucleares protegidos por un campo de fuerza ligeramente azulado.

—¿Creías que no te traería de vuelta? —dice—. ¿Qué clase de plan es este de marcharte al bar y dejar al ladrón que se te cuela en casa completamente a sus anchas?

—¿Qué vas a hacerme ahora?

—Voy a tratarte como a uno más. Te di un tratamiento especial. Pudiste olvidarte de mí. Y tú me mandaste fantasmitas. Ahora voy a hacer contigo lo que hago con mis juguetes.

RMS empieza a desgajar mis recuerdos como un bebé nervioso que deshoja una revista agitándola por encima de su cabeza.

Mi padre en 1995, con su cazadora de cuero de color vino tinto. Su chupa de la suerte. Balabaster conduciendo el coche y el profesor dándole indicaciones. Un recuerdo de cuando tenía trece años y acompañaba a mi padre en sus investigaciones con el Grupo Prometeo. La mascota del

grupo.

—La mayoría de las veces —me cuenta mi padre, en confianza— sabes si la historia que te acaban de contar es una alucinación o una invención en cuanto haces una simple pregunta. La Pregunta.

La pregunta siempre es: ¿Qué pasó después?

El recuerdo desaparece.

Ignoro cuál es la pregunta.

Ignoro la cazadora de cuero de color…

Ignoro ser la mascot…

Finalmente, el año 1995 es borrado de mi memoria total y absolutamente.

Estamos delante de la señora que recibía un «visitante de dormitorio» muy particular. Han pasado dos años. Mi padre y yo investigamos solos, al margen del resto del grupo. La muerte del profesor Preuss lo ha cambiado todo.

—Visto así, tiene razón. —La señora es ciertamente ridícula, desde la perspectiva de Mínimo a través de mis recuerdos. Empiezo a ver mis archivos mnemotécnicos como los ve él—. De todas maneras —prosigue la señora—, hay una cosa que quisiera saber. ¿Un espíritu solo puede visitar a un familiar?

—No entiendo —dice mi padre.

—¿Pueden visitar a conocidos? Simples amigos o compañeros de trabajo. El tipo del bar.

—¿Quiere saber si su marido visita al tipo del bar?

—Era un ejemplo, no me refería al tipo del bar. Pero sí me gustaría que me dijera si existe la más remota posibilidad de que un fantasma se aparezca a alguien que solo conoció de vista. ¿Puede pasar?

Entonces me sobreviene la respuesta. Soy capaz de saber adónde se dirige la mujer mucho antes de que ella lo aborde abiertamente.

*[ASISTENTA]*

*[Madre mía, eres un lince, Isaac]*

—No. No ocurre —sentencia mi padre.

Mínimo lo borra todo. Una experiencia divertida; casi nunca las investigaciones parapsicológicas otorgan

anécdotas de las que te puedas reír al contarlas con los amigos, pero ha dejado de existir en mi mente. Recuerdo que era divertida. Solo eso. Nada más.

Mínimo deja resquicios. Las sinapsis neuronales que conectan unas experiencias con otras siguen ahí. No se puede hacer un destrozo selectivo sin dejar cabos sueltos, raíces que quedan bajo tierra sin arrancar. O lo borra todo por completo, convirtiéndome en un vegetal, casi un recién nacido, o hace esto.

Y esto es mucho peor. Es como saber que existe el número uno, el dos, el tres, el cuatro y saber que hay un número entre el cuatro y el seis, pero no ser capaz de identificarlo. Mínimo borra un cinco aquí y allí dejándome la cabeza agujereada por todas partes. Con su taladro mental, como hizo físicamente con Melissa Nenge.

Borra la promesa, a lo Houdini, que nos hicimos mi padre y yo, borra los momentos en que él falleció. Borra los momentos en que…

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? —comenta Mínimo, sin gorra y con el cabello agitado por un viento que no proviene de ninguna parte. Tiene el iris de sus ojos naranja brillante y no parece humano en absoluto. Llego a plantearme si lo ha sido alguna vez. ¿Puede una mujer traer al mundo un ente sobrenatural solo humano en apariencia? Entonces Mínimo lo es. Y ahora sonríe con unas comisuras de la boca que le llegan hasta las sienes. Allí hay más dientes de los que es naturalmente posible. Ninguno afilado, todos blancos, todos iguales en proporción. Acerca su rostro al mío mientras señala con el dedo a Cosette—. Vaya, vaya, vaya, Isaac, esto no me lo esperaba de ti.

Es Cosette, en la barra del hotel Arts de Barcelona. El tipo del nudo Eldredge está allí, hablando con ella.

—Este recuerdo no es tuyo —asevera Mínimo—. Pero es realmente vívido. Lo recuerdas perfectamente porque ella lo recuerda perfectamente.

Estamos allí, aunque no estamos allí. Simples observadores. No podemos cambiar nada.

—Debería volver a mi habitación —dice el señor

Eldredge—. Esto se está poniendo peligroso.

—¿Peligroso, por qué? —le pregunta Cosette.

—Porque yo no debería seguir con esto ni un segundo más. O me dejaré llevar. Y supongo que te besaría. Y te invitaría a subir a mi habitación.

Cosette se da cuenta de que el tipo está a punto de arrugarse. Y ella lo tiene todo preparado para que la infidelidad ocurra finalmente. Quiere que ocurra. Cree que va a pasar. Está convencida. Y acelera la marcha.

Le pone las dos manos, de uñas pintadas, sobre el antebrazo. Siente cómo él se tensa. Advierte los músculos de la zona a través del tejido.

Siento náuseas.

—¿Qué habría de malo? —insiste Cosette, y le llama por su nombre, pero yo jamás lo he retenido. Es un recuerdo modificado. Y muy bien modificado. Puedo sentir cómo Mínimo intenta esclarecer el misterio.

—Demonios —dice Mínimo—. No hay manera de recuperar el verdadero nombre de este tipo. Has hecho un trabajo a conciencia. Tienes poder, amigo mío. Si te esforzaras de veras y entrenaras con asiduidad… En serio, podrías dar mucho más miedo que yo.

Mínimo se apoya en el mostrador del bar del hotel y contempla la escena entre divertido y horrorizado.

—Estaría mal, en mi caso —continúa diciendo Eldredge —. Y algo me dice que en tu caso también.

—Este fin de semana es un paréntesis —se justifica Cosette.

Mínimo da una sonora palmada.

—¡Un paréntesis! —se carcajea—. Qué cabrona. Un paréntesis, dice. De verdad te digo, socio, que no sé qué ves en esa tía.

—No. No lo es —le aclara Eldredge a Cosette—. Nunca lo son.

—Nadie más lo sabría, nunca —concluye Cosette, antes de que Román Mínimo paralice la escena como si fuera un Blu-ray.

RMS se aproxima a mí, o a lo que podríamos llamar mi

avatar, y me da unos cachetitos muy suaves pero sonoros en la mejilla.

—Sí se supo, ¿no? Ocurrir, no ocurrió mucho, pero se supo. No pudiste no curiosear. Es dificilísimo, ¿eh? Mantenerse al margen. No rebuscar entre la basura que la gente tiene metida en la cabeza. Confiésalo, hombre. No pasa nada por reconocerlo.

—No me vas a meter en tu saco —le reprocho, soltando toda la bilis que llevo dentro en un arrebato de dignidad, la poca que me queda.

—Ya veo. —Se rasca la nuca y echa un último vistazo a Cosette—. Creo que esto te lo voy a dejar. Ya te gustaría a ti hacer desaparecer este recuerdo. Y no, amigo mío, esto lo vas a conservar. Pienso darle un poco más de intensidad para que reluzca en tu cerebro desquiciado. —Se ríe como un niño pequeño durante un instante—. ¿Seguimos? Claro que sí. Vamos a irnos un poco más atrás. A ver qué encontramos.

Aparecemos en una habitación juvenil con estanterías llenas de videojuegos, pósteres de anime y el desorden característico de un adolescente. Pero no es mi habitación, sino la de Fedor, el hermano de Inga, mi mejor amiga en estos tiempos. Además, está el pesado de Gerard. Yo llevo gafas de moldura horrenda y aparato en los dientes de arriba. No me sientan mal, pero lo suficiente como para que me tape la boca cuando río.

—¿Desde cuándo has llevado gafas? —pregunta Mínimo.

Es el tiempo en el que estamos a punto de entrar en la universidad. Todo por llegar. Bueno y malo. Un verano de ensueño. El final de tantas cosas.

Es una partida de rol, Fedor es quien dirige y esta es su habitación.

—Quizá le convenzas de que eres periodista —me dice Fedor— y de que estás escribiendo un artículo para el *Arkham Advertiser*, pero tendrás que superar una prueba de elocuencia.

Recojo un par de dados poliédricos de la mesa y los

remuevo bien en el interior de las manos.

Mínimo se mete las manos en los bolsillos.

—Nunca jugué a esta clase de cosas. Digamos que no entiendo dónde está la gracia.

Entonces Fedor se gira para mirarle. Inga y Gerard hacen lo mismo. Mínimo se queda paralizado un segundo. Preguntándose cómo un recuerdo inalterable se diría está adaptándose a una intrusión mental. No es posible.

Mínimo da un par de pasos por el lateral de la habitación, rodeando la mesa. Los tres chicos le siguen con la mirada.

—Esto es muy raro —asegura Mínimo.

Mi yo más joven lanza los dados sobre la mesa y mira al director de juego para que traduzca la tirada e interprete la nueva situación. Acto seguido, él también observa a Román Mínimo. Se pone en pie. Y en el transcurso de estar sentado a incorporarme, dejo de ser yo. Me convierto en la insignificante y retraída propietaria de esta realidad virtual.

Con mi verdadero avatar me aproximo a Mínimo y le pongo una mano en el hombro.

—Te presento a nuestra anfitriona, Irene Fusco.

Y le empujo sobre la mesa haciendo caer de lado a Gerard y desparramando todas las hojas, lapiceros y utensilios de juego que hay sobre la superficie de madera.

La habitación se transforma en un rabioso Maelstrom de ira y frustración. Es acero y es dolor. Irene Fusco es la tempestad que agarra a Mínimo y le hace retorcerse. Es una titán y aprieta su mano. Como ya intentó en su momento conmigo, quiere atrapar al incauto intruso. Quiere apresarle para siempre en un rincón de su mente reprimida. Mente mazmorra. Mínimo se resiste con una potencia inusitada. Aunque debe entender que una cosa es controlar mentes conscientes y otra, muy distinta, someter a una mente que ha perdido contacto con el mundo real y ha creado una dimensión propia y personal. Una realidad donde Irene Fusco es suprema, y su fuerza, del todo omnipotente. Lleva años aquí. Y tiene la fea costumbre de aprisionar a todo el que se entromete en su bucle de felicidad. Yo jamás saldría

de aquí si ella lograra aferrarme del todo. La última vez escapé por muy poco. No la pillaré desprevenida de nuevo. Esta vez traía carnaza.

Mínimo está en otro nivel. Estará luchando durante horas. Un día, quizás. Antes de escapar.

Y escapará.

Y yo tengo que salir de aquí ahora mismo.

Despierto en la casa de los Fusco como un muelle que libera su contracción. Me pongo en pie al mismo tiempo que abro los ojos. Es tan repentino que el inspector me observa con los ojos muy abiertos. Le he vuelto a sorprender. No se acostumbrará a estas cosas en la vida.

—¿Todo…. —intenta decir— bien?

Resoplo con fuerza y me recompongo.

—A su coche. No hay un minuto que perder. Pondremos la sirena y evitaremos todo el tráfico que podamos encontrar. ¿De acuerdo?

Fusco se hace con las llaves del vehículo y se pone una chaqueta. Debe de llevar tiempo aguardando a que pasara algo. Llega la caballería. Puedo sentir su nerviosismo a distancia.

—¿Adónde se supone que vamos?

—Al Eurostars Madrid Tower. Hemos tenido suerte. Realmente pensaba que tendríamos que hacer un viaje relámpago más allá de Burdeos.

—¿Está allí? ¿Es donde está Mínimo? ¿En el hotel?

—Por el momento. Tirado como un guiñapo en el suelo, al lado del radiador de la ventana. Si se nos escapa ahora, Salvador, no le volveremos a atrapar.

Fusco revisa el carril de su pistola y el cargador de repuesto.

—No se va a volver a escapar —afirma—. En marcha.

# CAPÍTULO 26

## YO NO ELEGÍ LAS REGLAS

Avanzamos a una velocidad endiablada por la M-30 con la sirena del coche del inspector Fusco armando un escándalo notable. La vía de circunvalación acusa un tráfico muy denso, aunque sin retenciones, y muchos usuarios tardan más de la cuenta en apartarse del carril rápido para dejarnos pasar. Fusco hace un uso de la dirección y del cambio manual realmente sorprendente. Con actitudes propias de piloto profesional. No me lo esperaba.

Sin ningún reparo, indago un poco en su mente para verificar que, en efecto, hace menos de una década dio un curso de conducción avanzada y técnica de persecución. Aprendió a usar el freno de mano en curvas cerradas y a formar parte de una maniobra de inmovilización de vehículo en marcha con varios coches policiales. Gracias a estos detalles, aprendo que la mejor manera de detener a un infractor peligroso que se niega a parar es embestir con el lateral de la punta de nuestro vehículo uno de los lados del tren trasero del otro coche. Al tener ahí menos masa, se puede lograr que el vehículo infractor sobrevire hasta sesenta grados, lo que llevaría a su conductor a perder el control total de la marcha.

Por lo que parece, hace unos siete años, Fusco no logró atrapar a un tratante de blancas en una persecución de lo más humillante. Desde entonces, sabe que no importa tanto la potencia del coche a frenar en seco como la robustez de su chasis.

Dicho pronto y mal: las físicas de videojuegos tipo *Need For Speed* funcionan en el mundo real.

No hace que me sienta más seguro, pero me da una idea de la cantidad de sorpresas que podría encontrar dentro de la cabeza de este policía si quisiera tomarme la molestia de estudiarle en profundidad.

—No sé si acabo de tener claro el plan —declara Fusco.

—Aparcarás en la puerta del hotel. Únicamente entraré yo. Si todo va bien, me verás salir en menos de diez minutos. Entonces el caso es tuyo. Subirás a la habitación y te encontrarás con… Román Mínimo. Fin. Las medallas serán todas para ti. Si las quieres.

El inspector rumia el plan. Sencillo. Fácil. Directo. Loquísimo. En su mente está visualizando lo que podría ocurrir. Se hace una idea muy poco precisa del hotel por dentro. En su imaginación es completamente distinto de lo que se va a encontrar.

—Sabes que no habrá orden de registro —comenta ahora.

—Desde recepción llamarán a la policía. Te lo garantizo. Yo me encargaré de eso. Tú serás el primero en responder a la llamada, porque, casualidades de la vida, estabas por la zona.

Fusco hace cálculos y ve demasiados flecos en el plan.

—Habrá cámaras de seguridad, habrá una discordancia entre la hora de llegada, la hora de la llamada de recepción… No sé, son muchas cosas.

Se viene abajo. La duda toma posiciones en el interior de su cabeza. Incluso levanta el pie de acelerador para frenar nuestro avance.

—Fusco… Salvador, escúchame bien. ¿Me estás escuchando?

—Sí.

—¿Me estás escuchando?

—Te estoy escuchando, coño.

—Písale bien, lo primero.

Rebufa un poco pero me hace caso. A una velocidad enorme y con el motor de su Mondeo rugiendo todo lo que puede, nos acercamos a nuestro destino. Las cuatro torres que tanto destacan en el perfil de la ciudad van ampliando

su tamaño a medida que nos aproximamos.

—No quiero correr riesgos —le aseguro—. Voy a hacer las cosas bien. ¿Comprendes? Ahora sí voy a hacer las cosas bien.

—No sé si entiendo lo que significa eso.

Echo un vistazo al asiento trasero. Por supuesto, el señor Bayón no está ahí; sus cenizas están en otro maletero, en mi coche, que ha quedado aparcado justo delante de la casa del inspector.

Melissa y Jair Nestares, no obstante, sí están ahí. Él parece inquieto. Esto se acaba y su rol en esta trama no acaba de definirse. Ella siempre está pegada a mí. Alza las cejas y una de las comisuras de su boca en un gesto divertido y cómplice.

Serán las únicas personas que me acompañarán. Y debo recordarme que, a pesar de que lleven tiempo muertas, siguen siendo tan personas como yo. De hecho, hoy el único que debe ser menos persona que nadie soy yo.

Lo siento, papá, voy a pisotear tu credo un poco más. Por un bien mayor.

—¿Mínimo estará dormido, en trance o qué? —pregunta Fusco.

—En un estado de coma.

Evito decirle que su hermana nos está echando una mano con todo esto. Supongo que no lo vería con buenos ojos. Ahora mismo, Irene es una fuerza de la naturaleza. Un foso psíquico diseñado para permanecer al margen del resto del mundo. Con un instinto de la intimidad feroz que atacará con inquina cualquier mente que entre en ese feudo privado.

Me pregunto si todas las personas que sufren trastornos catatónicos generan universos prisión parecidos o Irene Fusco es un caso particular.

—¿Cuánto durará?

—Lo ignoro. Por eso debemos darnos prisa.

Al tomar la vía de acceso hacia el interior de la ciudad, rebasando el hospital de la Paz, el inspector apaga la sirena y modera la velocidad. Empieza a tamborilear con los dedos

la superficie del volante. Nunca le he visto tan nervioso.

—¿Y si entro contigo y le pego dos tiros? —propone, a pesar de que no está muy convencido de que sea buena idea. Está pensando en voz alta. Y no lo está haciendo muy bien.

—Tú llegas para resolver el caso, Salvador. El informe, en el que figuraría que has abierto fuego contra un tipo postrado en el suelo, no le gustaría a ningún juez. —Me mira de soslayo antes de volver la vista al frente. Tiene que darme la razón, aunque no dice nada—. Conseguiré que parezca que todo se ha resuelto solo.

—¿Y tu presencia? —Fusco detiene el vehículo en un semáforo en rojo y se vuelve para encararme directamente —. ¿Cómo resolverás tu intervención en todo esto?

—Nadie recordará haberme visto.

—Quedarás registrado en las cámaras de seguridad.

—Bueno, Salvador, también pienso hacer trampa con eso.

—¿Vas a manipular las grabaciones?

El semáforo se pone en verde y el claxon del inquieto conductor que está detrás lleva al inspector a iniciar el paso con un acelerón brusco y repentino. Incluso suena el chirriar de los neumáticos sobre el asfalto durante un breve instante.

—Yo no. No sabría hacerlo. Seguro que hay una persona que sí sabe.

Salvador Fusco sabe el resto. Empieza a hartarse de esta manera de resolver los problemas. Le encuentra la obvia utilidad, a pesar de que le genera un gran malestar interior. Su conciencia gritándole que estas no son maneras y su hemisferio racional respondiendo que, en realidad, son las únicas maneras.

Llegamos al lugar. El inmenso edificio se muestra ante nosotros como un gigante de hormigón armado y cristal endurecido. La visión que la raza humana tiene de este tipo de construcciones cambió después del 11-S. Casi es imposible contemplar una de estas inmensas torres y no imaginárselas siendo objeto de otro atentado de iguales

características.

Me quito el cinturón de seguridad y abro la puerta. Un último intercambio de miradas con el inspector.

—Hoy se acaba —le digo a Fusco.

—De una manera u otra.

Salgo del coche y me pongo a caminar por la vía de acceso peatonal al hotel. Coches de gama alta, solo un puñado, están aparcados a mi derecha. Melissa camina conmigo, absolutamente material en apariencia. El sol incide en la superficie de su piel como si físicamente estuviera allí. Aunque no genera sombra.

—Esto va a ser lo más fuerte que hayas hecho nunca —dice—. Con la mente, quiero decir.

—Algún día tenía que pasar. —Me detengo en seco—. Hazme un favor, ¿quieres? Sé que no puedes alejarte mucho de mí. Pero sí lo suficiente como para que localices, con tus habilidades inmateriales de fantasmita simpático, al tipo que monitoriza las cámaras de seguridad. Estará dentro del edificio. En una sala no permitida al personal no autorizado.

—¿No es la persona que está en la recepción quien monitoriza todo?

—En la recepción solo se visualizan algunas cámaras —le aclaro—. Del resto se encarga una empresa especializada en una sala adecuada a tal fin.

—De acuerdo. Lo intentaré.

Leyendo la mente de Melissa, y sin percatarme mucho de la transición entre estar conmigo y estar en el lugar que le he especificado, incluso con una cierta estática en la lectura psíquica de conciencia, puedo ver a través de su visión el recinto de seguridad y monitorización del edificio, no tan grande como me había figurado. Se ha materializado en el lugar que le he indicado sin conocer de primera mano el edificio ni haber estudiado los planos. Hay dos empleados, pero conociendo su ubicación no tardo demasiado en meterme en la cabeza de uno de ellos y obligarle telepáticamente a que accione la pausa en todas las grabaciones de seguridad. Las cámaras seguirán

funcionando, a pesar de que no habrá ningún dispositivo grabando lo que enfoquen.

Tras esta acción, le hago olvidar al tipo lo que acaba de hacer. Puede que se dé cuenta, al cambio de turno o en cualquier momento, de que los discos duros no están grabando nada y decida volverlos a accionar tras haber perdido varias horas de registro. Y ya está. ¿Me gusta obrar así? No. No lo disfruto. Pero hay que detener a un auténtico monstruo y no puedo andarme con lindezas. No estoy para juegos.

Jair Nestares se encoge de hombros varios metros por detrás de mí. Me seguirá, a cierta distancia, porque no tiene a donde ir. Puedo detectar que empieza a tenerme miedo. No es capaz de sostenerme la mirada ni desea hablar conmigo de tener otra opción. ¿Le recordaré al monstruo? ¿Es así como me ve ahora?

Irrelevante.

Camino hacia las puertas correderas de acceso mientras me pongo unos guantes de cuero. Entro con decisión. Una chica de veintitantos con buen aspecto ya me sonríe desde el mostrador de recepción. Ladea la cabeza un poco. Parece simpática, pero es pura impostura profesional. A su lado, una especie de encargado revisa unos sobres. Está a lo suyo y me interesa que siga así. Hay algunos clientes en el vestíbulo hablando entre ellos. Ninguno de ellos repara en mí.

Me detengo en el mostrador e invado la mente de la chica sin más redaños. Se llama Clara y ha empezado a salir con una chica coreana en quien no deja de pensar. Esa tal Yoon Sun-hee está por todas partes en su línea de pensamiento superficial.

—Querría una habitación para esta noche y la siguiente —le digo—. Me da igual el precio. Busque la más barata.

Mientras la entretengo con el protocolo típico, rebusco en su mente algún recuerdo que pudiera tener de Román Mínimo. Cuando sabes qué buscar es fácil dónde empezar a indagar. Y le estoy cogiendo el tranquillo a esto de navegar por los archivos de memoria de la gente. Quién me ha visto

y quién me ve.

No veo ni rastro de Mínimo. Puede que entrara en el hotel en un turno diferente y esta joven no estuviera en la recepción. O su mente ya podría haber quedado modificada. Salgo de su cabeza y me fijo en el otro individuo, el que estaba ojeando sobres y ahora descuelga un teléfono para llamar. Me dedica una mirada ligeramente cargada de desdén. Sin duda, no llevo la ropa más propicia para hacerme pasar por un cliente habitual de este tipo de hoteles, pero eso no es óbice para que me mire con más respeto.

Irrumpo en su cabeza como una salva de cañonazos entrando por la popa de un galeón desprevenido. Rebusco aquí y allá en busca del recuerdo adecuado. El cambio de colegio de sus dos niños, la letra del apartamento, su plan de mañana en… ¡Bingo! Mínimo aparece en un recuerdo de ayer mismo. Él estaba aquí, en el hall, atendiendo a unos señores de gran reputación cuando RMS entró como si fuera el propietario del hotel. Le observó con curiosidad, y también con desprecio (parece que este sujeto, tan de clase media como las personas a las que perdona la vida con la mirada, es muy amigo de hacer sentir incómoda a la gente que considera de categoría insuficiente para su hotel). Es el encargado, como ya imaginaba. Vio a Mínimo entrar y dirigirse a recepción. No escuchó la conversación y tampoco puso más pegas. De hecho, prácticamente lo ha olvidado. No hay manipulación aparente en su mente porque no ha llegado a cruzarse en el camino de mi objetivo. No obstante, gracias a su recuerdo superficial y a la cantidad de información residual que detecta el sentido de la vista, por mucho que el cerebro consciente haga cribas increíbles por desechar datos prescindibles, puedo averiguar la llave de la habitación que el joven de recepción (en efecto, había otra persona atendiendo a los recién llegados en ese momento) le entregó a Mínimo. Habitación 411.

Vale, el encargado ya ha cumplido su función. Ahora está hablando con alguien por teléfono, un subordinado, a

juzgar por el desagradable tono en que se está dirigiendo a él. Y sigue mirándome como preguntándose qué haré yo en un sitio como ese.

***[Olvídate de mí]***

Aparta la mirada. Como si no me hubiera visto jamás.

Me centro en la chica que tengo justo delante, que sigue dándome instrucciones acerca de los servicios que ofrece el hotel. Acceso a la piscina, horarios de restaurante, sauna y otros lujos parecidos.

***[Dame la copia del hotel de la llave de la habitación 411]***

Ella se queda rígida como una estaca. Me mira con sorpresa. Aún es pronto para que se asuste. La primera sensación que se experimenta es, por lo que puedo constatar, sorpresa. Sondeando su mente veo que empieza a sentir miedo cuando se da la vuelta y se dirige al cuadro de llaves, recoge del estante 411 un sobre de cartón con una tarjeta en su interior (por supuesto que es una tarjeta, ningún hotel medio decente sigue usando llaves de metal); ahora se encamina de nuevo al mostrador para entregármela. Todo ello sin que pueda evitarlo. Viéndose obligada a cumplir la orden, aunque tenga la sensación de seguir controlando su cuerpo perfectamente.

***[Sigue disimulando, como si nada]***

—La habitación dispone de bañera de hidromasaje —prosigue, con un tono de voz que no denota alarma, aunque sus ojos me miran suplicantes—, equipo hi-fi estéreo y conexión wifi.

—Me la quedo.

Ningún cliente que, por el motivo que fuera, hubiera prestado atención a la escena, ha podido percatarse de que ha ocurrido algo fuera de lo normal. El encargado, por orden mental, se ha olvidado de mi existencia. Y la chica pronto dejará de ser un problema.

***[Quédate muy quieta y no digas nada durante diez segundos]***

Recojo la tarjeta de la suite de Mínimo sin haber reservado ninguna otra habitación ni haber dado un solo dato de mi persona. Me encamino hacia al ascensor y

acciono el botón de llamada. Las puertas se abren inmediatamente y, antes de que vuelvan a cerrarse, extraigo de la recepcionista el recuerdo de mi entrada en el hotel y lo hago añicos. Tan fácil como sostener un vaso en una mano y luego dejarlo caer.

Nuestra joven Clara no sabe nada de mí. Nunca me ha visto. Nunca ha hablado conmigo. Está convencida de que hace más de dos horas y media que no entra un cliente nuevo. Y, por supuesto, Yoon Sun-hee regresa a sus pensamientos.

El ascensor no tiene asistente. Es amplio y lujoso. El más silencioso en el que he estado.

—Parece que hayas nacido para esto.

La voz de Melissa suena a mis espaldas, sobresaltándome de nuevo. No lo puede evitar. El susto rompe mi concentración.

—¡Por favor, chica, no vuelvas a hacerme esto!

—Ha sido sin querer. No sé cómo hacerlo sin sobresaltarte.

—No desaparezcas, ¿vale? Es eso lo que haces. Estás ahí, junto a mí y, de repente, ya no estás. Y no me doy cuenta de que has desaparecido o cuándo lo has hecho. Luego dices algo de improviso y, en fin, me acojonas.

—No lo digo con voz de ultratumba. En plan: «Parece… que hayas nacido… para esto» —imita el sonido gutural de un fantasma, pero suena a broma—. Es mi voz. ¿Te asusta mi voz?

—No es tu timbre. Es la situación. Descubrir que tienes a alguien detrás, cuando estás convencido de que estás solo… Bueno, déjalo, tenemos cosas más importantes en las que pensar.

Melissa se pone delante de mí y me mira desde su baja estatura.

—¿Realmente vas a hacerlo? Una cosa es obligar a la gente a hacer cosas, quitarles ese recuerdo, y otra cosa muy distinta es cargarse a alguien. ¿Vas a matarle de verdad?

—Hay que hacerlo. —Le doy unos toquecitos con el dedo índice en su sien derecha, aunque solo toco el aire—.

Te taladró esa cabeza llena de serrín que tenías.

—Él… es él. Tú eres otra cosa.

Me tomo un momento para reflexionar sobre ello.

—¿Estás segura?

Las puertas del ascensor se abren. Yo atravieso a Melissa. Puede que sea la primera vez que lo hago. Siento ese momentáneo frío que pone los pelos de punta, no llega a ser escalofrío por muy cerca que empiece a estar, y se disipa tan rápidamente como llega. Salgo a un corredor con un tipo de suelo alfombrado que hace que la sensación de caminar sobre él se aproxime al de esos jardines de infancia de suelo almohadillado.

Alcanzo la habitación 411 y abro la puerta con la tarjeta. Miro al interior sin atreverme a dar un paso hacia delante.

Es el lugar, sin duda. Pude verlo como turista psíquico a través de la visión de Carla Swagerman. Los colores y las texturas de cada objeto y superficie son diferentes vistos con mis propios ojos, pero es la habitación. El lugar donde poseímos el cuerpo de Mínimo.

No logro ver su cuerpo porque debe de estar tirado en el espacio que hay entre la cama y la ventana.

Vamos allá.

Camino lentamente por la estancia. El dormitorio en sí es más grande que el salón de mi casa. Además, tiene anexa otra estancia, una suerte de cuarto de estar con un sofá de tres cuerpos, un escritorio y una pantalla plana de cien pulgadas que dan ganas de robar. La iluminación es suave y le da a cada contorno un matiz elegante y placentero a la vista. Aunque tampoco hay tantos metros cuadrados como yo pensaba.

Rodeo la cama para encontrarme el cuerpo inerte de Román Mínimo en el suelo. Le agarro desde atrás de las axilas y lo levanto un poco para luego hacer un esfuerzo extra a la hora de colocarlo sobre la cama. En cuanto le pongo la espalda sobre el colchón es más fácil situar las piernas en la posición correspondiente.

Saco de mi bandolera el estuche de cuero con

cremallera donde guardo la jeringuilla, con la bolsa de heroína y todo lo necesario para un chute. Un pequeño bote de plástico con zumo de limón y otro con agua. Ambos del tamaño de una dosis de alcohol como las que se pueden encontrar en los muebles bar de habitaciones como esta. La cuchara es pequeña, no una sopera, y el mechero es de tipo Zippo. Además, el equipo incluye una tira de goma de un metro de largo enrollada con un alambre y un pequeño sobre con algodón. Me pongo a prepararlo todo según la teoría del inspector Fusco. Colocando la aguja a rosca en el cuerpo de plástico de la jeringuilla, apartándola por el momento y, luego, hirviendo en la cuchara cuatro dosis de heroína en unas gotas de agua y zumo, con el mechero justo debajo calentándolo todo. En unos minutos la sobredosis está lista. Aplico el algodón a la disolución para filtrar las impurezas antes de succionarla con la jeringuilla. Le doy unos toques a la aguja para desobturar el conducto y aprieto un poco el émbolo para que salga un poco del contenido letal.

Arremango el brazo derecho de Mínimo y le ato la tira de goma en la base del bíceps. Dos latigazos breves y sonoros con los dedos en la vena y solo hace falta meterle la aguja e inocularle la muerte.

Contemplo la imagen del rostro de mi padre.

Valoro la posibilidad de dar marcha atrás. Valoro olvidarme de todo y regresar corriendo a mis investigaciones de mierda, dejando grabadoras en cementerios y coleccionando psicofonías que no me llevan a ninguna parte. Valoro la idea de que no está tan mal aquella parapsicología adolescente y los botellones espiritistas con ouija en sanatorios abandonados. Los tiempos *amateurs*. Valoro conservar mi integridad. No dar el paso hacia un presumible lado oscuro.

Aplico la dosis.

Al principio no ocurre nada. Claro, no debería pensar que esto va a ser instantáneo. Melissa está muy atenta. Jair

Nestares permanece al fondo de la estancia, en un rincón oscuro, observando con los ojos muy abiertos. Saco la jeringuilla del brazo y la coloco en la otra mano de Mínimo. Permito que las yemas de sus dedos impregnen con su huella la superficie del tubo de plástico. Le paso el mango de la cuchara por los dedos, la tiro al suelo. Hago lo mismo con el mechero. Solo me guardo en un bolsillo la bolsita de pruebas policiales donde estaba la heroína. El resto lo dejo por ahí. Distribuido de manera estratégica.

El mundo creerá que este simple operario de una compañía telefónica, relacionado sospechosamente (pero sin llegar a esclarecer dicha vinculación) con el asesinato de la modelo Sofía Campra y su novia cirujana, murió de sobredosis en un hotel caro de Madrid. ¿Suicidio? Se sopesará la idea. ¿Accidente? Resultará poco convincente, ya que un análisis concienzudo de su sangre revelará que Román Mínimo Sagarzazu no era lo que entendemos por un yonqui.

—¿Y ya está? —pregunta Melissa. Sin asustarme, esta vez.

—Aún no. Todavía no está muerto. Lo está haciendo ahora mismo.

—¿Cuánto falta?

—No soy experto. Espero que no mucho.

—¿Cómo sabrás que ya está hecho? ¿Sabes tomar las constantes?

Le dedico a la chica una sonrisa triste mientras me incorporo del filo de la cama. Ya en pie, me giro para ver a través del amplio ventanal.

—No hace falta —le respondo—. Cuando esté muerto, le veré con mis propios ojos.

Ella se ríe.

—Ah, claro.

La contaminación sonora de la ciudad no se atreve a entrar en este recinto. El silencio ahora es total. En mi interior se intensifica mucho más. Un vacío interior casi total.

Albergo ciertas dudas sobre mi hipótesis acerca de las

diferencias entre las mentes de los vivos y los muertos. Las de aquellos que respiran están supeditadas al encorsetamiento físico de un cerebro regidor del proceso neuronal. Mientras que la mente de los muertos se sustenta en la genuina carga espiritual del ser. Utilizando un lenguaje que haría aplaudir a los practicantes de la doctrina espiritista, habría que diferenciar entre mente (la conciencia de los vivos) y alma (la conciencia de los muertos). A pesar de que para un psíquico de cierto nivel no haya diferencia en cómo se comportan una cosa y la otra. Más allá de que no puedes modificar la memoria de un difunto.

Esto me lleva a la conjetura de que la mente de un vivo no puede retener la mente de un muerto o un alma. Llamémoslo como queramos. Es decir, que cuando la sobredosis mate el envase corporal de RMS, este dejará de estar preso de la conciencia voraz e irascible de Irene Fusco.

Por muchas vueltas que le dé, ninguna elucubración me saca de esta sensación de mutismo emocional.

—No es lo peor de todo —revelo, con pesar—. ¿Sabes qué lo es, Melissa?

—¿El qué?

—Pregúntame cómo me siento ahora.

Melissa se encoge de hombros.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Igual. Me siento igual.

Dedico un minuto para llamar a recepción desde el teléfono de la suite, solicitando, para dentro de media hora, un pequeño tentempié caprichoso y una botella de champán. Atienden mi petición con entusiasmo.

Así es como descubrirán el cuerpo.

—Tenemos treinta minutos —informo a Melissa y a Jair.

Reviso toda la estancia a conciencia. Habida cuenta de que va a ser un lugar investigado por la policía científica,

me aseguro de no dejar ninguno de esos flecos que tanto incomodaban al inspector Fusco.

Cuando creo que todo está en orden, me siento en una de las sillas próximas a la cama y procuro ir haciéndome a la idea de que, aunque parece completamente irreal, el plan ha sido un éxito completo. Sí, claro, ahora debo salir del hotel y procurar que nadie recuerde haberme visto. Las cámaras de seguridad seguirán sin grabar nada durante un tiempo. El camarero del hotel que traiga el champán y el aperitivo descubrirá la escena y llamará a su supervisor, que contactará con la policía de inmediato. Fusco llegará antes que nadie, ya que está aguardando abajo a que yo le dé la señal pertinente. Suscitará preguntas el hecho de que él se persone en el hotel cuando la alerta no le fue enviada en persona. Uno de los flecos del plan. Su verborrea hará el resto. Se le da bien improvisar. Entrará aquí y montará un paripé.

Y la opinión pública nunca sabrá quién era en verdad este sujeto espantoso que ha muerto con la heroína saliéndole por las orejas.

Como en esos relatos de horror cósmico donde varios eruditos e intelectuales cierran el portal que hubiera traído a nuestro cosmos un mal primitivo y colosal, conjurado por unos sectarios enloquecidos, sin que el mundo llegue a enterarse nunca de que ha sido salvado. Sin reconocimientos; nadie sabrá nada de la amenaza que ha sido eliminada.

Le siento un instante antes de verlo con mis propios ojos, con el mismo aspecto que tiene el cadáver sobre la cama. Pálido de piel, con las venas azules y palpitantes en cuello y brazos. Mínimo está muerto. Su espíritu está ahí, al lado del cuerpo, observándolo sin dar crédito a lo que acaba de ocurrir.

Mínimo repara en mí, se fija en mis guantes y en mi inexpresión. Arruga el ceño como un duende maligno y me enseña los dientes. Se dirige hacia mí, arrebatado y furioso; en su avance atraviesa la cama y sus pies, pero al darse se cuenta se detiene en seco. Se mira las manos. Me fulmina

con unos ojos inyectados en sangre. El iris más naranja que nunca, como unas luces de freno posterior. Sé que intenta controlarme mentalmente.

*[Maldito seas]*

—¡Maldito seas! —acaba diciendo.

Aún no ha comprendido que hay limitaciones. La comunicación telepática todavía está entre sus técnicas sobrehumanas. Puede maldecirme o ultrajarme verbalmente cuanto guste, si bien jamás volverá a someter mente alguna.

De nuevo, las diferencias entre mente y alma. Las diferencias entre tener un cerebro administrativo además de un alma y pasar a tener únicamente lo segundo.

—Tu mente —le digo, con mucha serenidad— era muy poderosa, Mínimo. Pero tu cociente intelectual nunca fue gran cosa.

Él aprieta los dientes con furia.

—¿Este era tu plan? ¿Convertirme en un vulgar drogadicto? ¿Te das cuenta de lo indigno y rastrero que es esto?

—Vas a tener esa suerte —le digo—. Un monstruo como tú merecería una muerte más estruendosa, ¿no? Quizás incluso épica. Saltar desde esa ventana y caer sobre un objeto punzante de gran tamaño. Algo así. Muy de película. —Doy dos pasos en su dirección y él retrocede, aterrorizado. Como si yo pudiera hacer algo físico a su cuerpo astral—. En cambio —continúo exponiendo—, mira cómo has acabado. Has tenido un final ciertamente… muy *equazemp*.

Se deja caer de nalgas sobre los pies de la cama, como si pesara una tonelada, sin apartar los ojos de los míos en ningún instante, como si pudiera (y deseara) llorar, aunque sin hacerlo. Del todo derrotado.

Melissa decide intervenir.

—La palabra que estás buscando es *touché*.

Mínimo pone cara de extrañeza al reparar en la joven por primera vez desde que su espíritu se materializó al lado de su antiguo cuerpo.

No se ve capaz de decir nada a la chica.

—Isaac —susurra, dirigiéndose a mí—. ¿Podrías hacerme un favor?

—¿Encima quieres un favor?

Él señala su cadáver con el pulgar por encima de su hombro, con el mismo desprecio que le ha tenido desde siempre a toda forma de vida.

—Has vencido, ¿no? —reconoce, con un hilillo de voz casi rota—. Solo quiero que me digas qué viene ahora. ¿El Infierno? ¿Existe algo así? Si existe, cabe pensar que es mi próxima parada. ¿Qué me dices, señor Médium? Tú eres el experto.

—No hay expertos. Hace falta investigar mucho, muy objetivamente, para descubrir que nadie sabe nada. No tenemos ni idea.

—¿Para qué te ha servido investigar tanto el más allá? Ni siquiera sabes si existe el Infierno.

Hago una señal a Melissa indicándole que debemos marcharnos. Camino hacia la puerta de la habitación y la abro con cuidado. Echo un vistazo al pasillo y me reconforta no encontrarme con nadie allí.

Vuelvo mi rostro hacia Mínimo para poner fin de una vez a esta historia.

—No sé si hay Infierno. Solo procuro hacerlo lo mejor que puedo en todo este juego. Yo no he inventado ni elegido las reglas. Aunque hay algo que sí puedo decirte. Esto es lo peor que a ti te puede pasar. No saber qué viene a continuación. El misterio absoluto. La ignorancia máxima. —Dejo de mirarle y salgo de la habitación, dejando la puerta abierta—. Podría esperarte cualquier cosa.

Con mi último sondeo mental en el alma de Mínimo, apenas un vistazo, detecto un pavor ancestral devorando por completo su yo consciente. Un miedo que no puede soportar.

Las peores abominaciones siempre dan pena en los últimos segundos.

Fusco cumple su parte del plan. Triunfa con la ayuda de su

asociado, el inspector Nogués, y el resto del equipo. Para un investigador serio que quiera esclarecer el caso, han quedado muchas imprecisiones en torno a él. Detalles que han tenido que ver con la praxis, cabos sueltos referentes a su resolución y al móvil del asesino. Preguntas sin respuesta. O no una respuesta racional que pueda convencer a los tribunales.

Por lo que a mí respecta, el tema está resuelto. El mundo sigue siendo una mierda, pero es bastante mejor sin Román Mínimo. Además, el inspector me promete una mariscada. No garantiza que no la paguemos a medias, aunque conoce el sitio donde mejor las preparan de toda la ciudad. Y, según me asegura, un policía veterano debe saber mucho sobre estas cosas.

A la hora de preguntarme si sería buena idea invitar también a Manrique Franzoni, quien, a fin de cuentas, permitió que nos conociéramos, le digo que es mejor que no. El pobre hombre vive perpetuamente arremangado, como si estuviera presto para pelar gambas en todo momento del día. Así que acabará comiendo más que los demás. Mejor no ponerle al corriente de este plan. Prefiero no verle nunca aspirando con la boca el interior de las cabezas de esos bichos.

Reclamo un favor más para las indiscutibles artes policiales del inspector. Necesito una dirección. La dirección exacta de una persona: Alicia Bayón, en el barrio de la Bolueta, en Bilbao. Incluso su número de teléfono móvil, por si acaso. Fusco me dice que me proporcionará esos datos, pero no hace más preguntas. Ya ha tenido bastantes misterios hasta hoy.

Nos despedimos. El inspector me estrecha la mano con fuerza y asiente, como si ese gesto lo dijera todo. Lo dice.

Mientras camino, Paseo de la Castellana abajo, llamo al móvil de César Baggio y le cuento la versión rápida de todo lo que ha ocurrido. Después le pregunto si tiene algo que hacer este fin de semana. Me dice que su plan era irse conmigo a Bilbao, claro que sí.

El señor Bayón volverá a casa después de haber dado

muchas vueltas.

Observo mi piso en cuanto llego, con detenimiento, convencido de que debo cambiar de aires. Buscarme otra cosa más apartada del centro. Un lugar con jardincitos, parques y muchos vecinos con perros. Y bares, que tenga bares.

Ya no me siento en mi hogar. Y debo encontrar el mío. El que me corresponde ahora. Siendo quien soy hoy. Eso es más de lo que…

—Jair se ha ido.

Me caigo al suelo redondo del susto. La voz ha sonado soplada directamente sobre mi oreja izquierda. Allí donde no había nadie un segundo anterior.

Por supuesto, es Melissa. Estoy harto de los fantasmas. Voy a tener que empezar a entrenar la facultad de apagar mis técnicas mediúmnicas cuando no las estoy usando activamente. Como todos esos elementos y elementas que van por ahí con bolas de cristal, amuletos piramidales colgando del cuello y supercherías de ese estilo. Activar un botón en mi cabeza y ser médium. Desactivarlo, y ya no serlo.

—Me cago en todo.

—Lo siento.

—Ya. Siempre lo sientes. Estoy empezando a pensar que lo haces adrede y que te encanta.

—Tanto no me encanta.

—Pero te gusta. Algo sí te gusta.

Melissa se sienta en el suelo, a mi lado, cruzando las piernas en postura de yoga.

—En una escala de cero a diez, me gusta seis.

—Oye, ¿qué es eso de que Jair se ha ido?

—Jair Nestares. El padre de…

—Sé de sobra quién es. ¿Cómo que se ha ido?

—Se ha ido… —pone voz grave de broma mientras alza las manos y las mueve en alto como alitas nerviosas— al más allá.

No puedo decir que el tipo me cayera especialmente bien ni mal. Lo cierto es que me daba lo mismo. Siempre

me pareció injusto todo lo que tenía que ver con la tragedia de su familia. Y, de alguna manera, se quedó por si podía ser de utilidad. Había buena intención en él. Aunque no hizo mucho al final.

Sin embargo, me fastidia que se haya marchado así. Sin despedirse.

—¿En serio se ha ido? Quiero decir, ellos desaparecen un tiempo y luego reaparecen. Fíjate en el señor Bayón. No se mueve de donde está su urna, aunque a veces miras y no le ves. Podría haberse desvanecido momentáneamente. No sé, irse así sin más. ¿Sin decirme nada?

Melissa se mira las uñas. Las tiene pintadas de otro color. Aspectos recogidos del armario de su memoria en vida.

—No se ha ausentado —dice—. Se ha ido. Para siempre. De repente, se marchó. Creo que al poco de que te cargaras… De que Mínimo muriera. Y si te preguntas por qué estoy tan segura, no sabría decirte. Estoy muerta. Debe de ser eso. Se saben cosas que no tendrían que saberse. Como la marca de esa furgoneta. ¿Recuerdas? Ya no soy capaz de retener ese dato. Es curioso. Pero vas a tener que creerme. Jair se ha ido. Te lo digo yo.

La madre naturaleza actuando sin más. Sin justificación. Como cuando liberas a un oso de un cepo dentado al que está atrapado, o le curas la pata a un ciervo, o devuelves al río un pez recién pescado. No esperes que detengan el paso para mirarte de reojo y hacerte un guiño. La naturaleza no entiende de agradecimientos.

El más allá y sus excentricidades. No me voy a cansar de averiguar cosas así de decepcionantes al respecto.

Jair Nestares ha dado el paso al siguiente nivel. Me alegro por él.

Carpetazo al asunto. ¿Siguiente orden del día?

Prosigo haciendo la bolsa de mano, por si acaso surge una oportunidad de quedarse por el norte un día o dos. Hay un par de lugares por la zona donde están produciéndose fenómenos extraños que César se muere por investigar. Y a mí me vendría bien desconectar del trajín de los últimos

tiempos.

—Y yo también voy a irme —dice Melissa.

Dejo lo que estoy haciendo y me vuelvo hacia la adolescente, la persona que más me ha acompañado en esta etapa de mi vida.

—¿Cómo dices?

—Debo irme, Isaac.

Y qué otra cosa podía esperarme. Ya no queda más por hacer a este respecto. Su asesino tuvo su merecido y, aunque este tema nunca fue de venganza, sin duda se satisfizo en el caso de que hubiera habido un ligero ánimo de desquite.

Melissa ha sido como una hija.

Me jode tener que darme cuenta ahora. Nunca te das cuenta de lo que posees hasta que lo has perdido.

Ella se lo toma con alegría. Está rebosante de luz, de ilusión. Su línea de pensamiento superficial bulle de esperanza. La expectativa ante una experiencia mejor que esta. Hay algo. Está segura de que hay algo. Y le suena excitante.

—Ha estado bien —dice.

—Sí, lo ha estado.

Se ríe un poco, tapándose la boca con una mano.

—¡Se te están poniendo los nudillos blancos! —Me señala con un dedo mientras reprime otra carcajada.

Dejo de apretar los puños y me miro las palmas enrojecidas de las manos. Pongo cara de idiota. Y no sé qué decir.

—Hum…

Vaya, de verdad no sé qué decir.

Ella me da un ligerísimo puñetazo en la barbilla. No lo siento en absoluto, aunque hago retroceder la cabeza un poco para esquivarlo.

—Te las apañarás —dice.

—Sí. Tú por eso no te preocupes.

—No me preocupo.

Me pongo de pie. Ella se pone de pie al mismo tiempo. Debería haber cursos en línea para saber cómo actuar en

situaciones de este calibre. A nadie se le ha ocurrido jamás la idea. ¿Por qué no?

Me meto las manos en los bolsillos.

—No habrá ninguna manera de contactar contigo, supongo.

Ella se toca la manga de la camisa. Esta nunca se la había visto puesta hasta hoy.

—Menudo más allá sería si pudiéramos contactar cuando quisiéramos.

Le ofrezco la mano. Y ella niega con la cabeza. Giro la mano noventa grados hacia un lateral y entonces ella estrella su palma sobre la mía, haciéndome sentir un picor equivalente a un palmeo de Dwayne Johnson. El sonido me llega a desconcertar. Me froto la mano sobre el pantalón.

Nos quedamos los dos muy quietos.

—Hasta siempre, Melissa.

Ella sonríe y empieza a hacerse transparente. Parece que Melissa Nenge sí va a desvanecerse progresivamente. El más allá pasa de reglas y estatutos. El más allá hace lo que quiere.

—¿Hasta siempre? ¿Tienes pensado ser inmortal? —pregunta con sorna. Luego aplica un tono de voz suave y cálido—. Hasta luego, Isaac.

Dejo de verla. No hay nadie allí. Ninguna mente a mi alrededor. Se ha marchado.

Me quedo casi un minuto entero como esperando un fundido a negro y un *Directed by*… Pero no llega. La vida siempre sigue.

Extiendo la manga de mi camisa y me seco las mejillas. Vale, tío, venga. Hay que seguir.

Me pongo a doblar una muda de reserva y a meterla y recolocarla en mi bolsa de deportes que uso para los viajes cortos. Y la saco de nuevo y la vuelvo a doblar para que entre de otra manera. Y no me gusta como entra, el espacio que deja. Así que la vuelvo a sacar y…

No me gusta esto de estar solo.

César llama al timbre. Aguardamos un poco antes de oír unas pisadas que se aproximan a la puerta desde el otro lado. La puerta no se abre. La mirilla se oscurece y la puerta tiene la elevación suficiente para detectar la sombra de los pies al otro lado.

—Abra, por favor —suplica César.

Hay un momento de quietud en el que me planteo resolver esto a golpe de orden mental. Aunque la puerta finalmente se abre. Sin cadena de seguridad. Confianza o insensatez, una de ambas. Me alegro de que haya abierto la puerta, no obstante. Las buenas personas tienden a fiarse más y a desconfiar lo justo. Y no sé si eso es lo mejor que se le puede recomendar a las buenas personas. Pero que existan tantas en el mundo inspira fuerza para seguir adelante. Desde luego que sí.

Por muy mal que esté todo, y lo sumamente fácil (lo sé por experiencia) que es saltarse la reglas y hacer putadas por ahí, la gente buena persiste. Aguanta.

Hace que merezca la pena.

César me dedica una expresión de «Te lo dije o no te lo dije» que viene a recordarme que no usaré la telepatía hasta que no sea estricta y obligatoriamente necesaria, tal y como acordamos en el viaje en coche, de camino a Bilbao. Se ha puesto muy pesado con el tema y me ha obligado a prometérselo.

—Es usted Alicia Bayón, ¿verdad?

La mujer, de unos cuarenta y pocos años, dice que sí con un ademán casi imperceptible, porque ningún vendedor a domicilio conoce tu nombre ya de entrada. Y estoy casi seguro de que ella no nos toma por vendedores a domicilio. Tampoco por policías. Así que, ¿por qué ha abierto la puerta?

No lo puedo evitar. Llevo a cabo un sondeo mental superficial y averiguo que algo la empujó a hacerlo. Una cosa es no usar órdenes mentales que han de obedecerse y, se lo juro y perjuro a Xavier, santo de los telépatas, otra muy distinta, no curiosear, por poco que sea, en la cubierta de la sesera de las personas. Pues bien, indago un poco.

Alicia sabe que esta visita es especial. En su interior, una voz le dice que se fie de nosotros. «Las voces me obligaron» y todo eso. Pero en plan bien.

Miro hacia atrás. En la puerta de mi Toyota está el señor Bayón, llorando como un crío al volver a ver a su hija. Ha vuelto a casa. Y yo recuperaré las cenizas del padre de Cosette.

Lo cierto es que esta piel de oso ya estoy vendiéndola con el animal suelto por el bosque. Con todo, ¿qué podría salir mal?

—¿Qué hacen aquí? —pregunta Alicia Bayón, con toda la razón del mundo—. ¿Quiénes son?

—Verá —empieza a decir César—, no se lo va a creer.

# EPÍLOGO

Han pasado unos cuantos meses. Meses de reflexión, de retiro existencial. Nadie ha sabido nada de mí. El planeta ha seguido girando en torno a sí mismo dentro de un sistema solar que rota alrededor de una periferia galáctica, que se mueve (seguramente en otro círculo aún imposible de observar) hacia la inmensidad sideral. Caminos dentro de caminos. La encrucijada universal. Va de lo más grande a lo más pequeño. ¿Y yo? ¿Dónde estoy ahora? Me gustará comprobarlo. Habría quien diría que tengo toda la vida para analizarme al respecto. ¿Es hora de recular o de avanzar desde este punto?

El recuerdo de mi padre ha vuelto a mí en todo su esplendor. La faceta quimérica, al menos. Mi mitificación personal de un hombre que, no haciendo todo lo que pudo, errando conscientemente, inflexible a la hora de resolver conflictos antiguos, se esforzó en darme una educación ejemplar. A su manera.

Aunque, y esto es duro de reconocer, sigo sin tener noticias del más allá.

A partir de hoy investigaré más la vida que la muerte.

Y tendría que llamar a mi madre.

Pero cada cosa a su tiempo.

Busco el número de teléfono de Bárbara en la agenda de mi nuevo y flamante móvil de ultimísima generación. Me lo ha regalado la compañía para asegurar mi permanencia. Pensaba hacerlo de todas maneras. Es bueno que te hagan regalos por cumplir tus planes.

Ella aún figura en el listado como «Barbara Amiga Cosette». Nota mental para luego. No conozco a más Bárbaras. Y se ha ganado el acento que le corresponde.

—Ey —responde, con entusiasmo—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Cosette te desbloqueó. Lo digo porque no tienes por qué seguir llamándome a mí.

—¿En serio? Me alegro.

—Y nos llegó el paquete. ¿Llamabas por eso?

—Era una de las cosas que iba a preguntar.

Tras resolver el tema de las cenizas, mandé desde una oficina de correos de Bilbao la vasija auténtica con los restos del padre de Cosette en un envío certificado. Con un buen y seguro embalaje, sin reparar en gastos. No quería más despistes ni errores de traslado o entrega. Cosette debía recibir a su padre en casa de una vez. Me encargué de hacerlo aquella misma mañana, antes de que César y yo volviéramos en coche a Madrid. No quería regresar con otras cenizas en el maletero. Ya tuve suficiente de eso.

Sin embargo, todavía miro de vez en cuando por el retrovisor central por si me encuentro allí reflejado alguno de mis fantasmas. Los echo de menos, quién iba a decirlo.

Bárbara prosigue con su voz, quizás un poco demasiado aguda, pero sin duda dulce.

—Cosette dijo que deberías haber avisado. Estuvimos a punto de no aceptar el paquete. No sabíamos qué contenía. Jesús, cuántas vueltas ha dado ese hombre. Casi ha viajado más muerto que vivo.

—No creo. Tenía pinta de golfo. ¿No?

—Sí —se ríe—, puede. Por cierto, la vasija era preciosa. ¿La compraste tú?

—No. Era la que eligió Alicia Bayón para su padre. —Una pausa prudente—. La hija del señor Bayón. Vuestro… inquilino temporal.

—Vaya.

—No nos pareció muy higiénico cambiarles de recipiente, siempre quedan restos. ¿Has cambiado alguna vez los frascos de sal y azúcar? Mezclar ahora a los tipos, no quiero ni pensarlo. Bastante problema nos ha dado ya este cambiazo. —Hago sonar un chasquear de dedos por la línea—. Lo único que importa ahora es que cada difunto descansa en la estantería correcta. Trabajo realizado.

—Bueno —dice ella con una voz sugerente—, estantería correcta, no. Cosette no se va a quedar a vivir aquí para siempre. —Se aparta el teléfono de la oreja un poco—. ¡Cosette, es Isaac! —No logro entender la voz que se aprecia en la lejanía—. Está saliendo de la ducha. Enseguida viene.

—Estaba pensando, no sé cómo no me di cuenta antes, que —me tomo un segundo para elegir bien las palabras, aunque he ensayado este discurso en mi mente varias veces — ahora que todo ha terminado, podríamos cenar. No sé cómo lo verás. Un ejercicio de acercamiento. De conocernos mejor. Durante este tiempo me he cerciorado de que tenemos mucho por descubrir el uno del otro. Y no lo habíamos ni intentado hasta ahora.

—Suena fantástico. Es un buen momento para una oportunidad así. Llevaré el móvil a Cosette para que se ponga.

—No. Yo no quiero hablar con Cosette. —Elijo mi tono de voz radiofónico más grave—. Si quisiera hacerlo, le habría entregado las cenizas personalmente. Me habría tomado todas las molestias para hacerlo. No. A ella no tengo más que ofrecerle.

Silencio total. ¿Me ha colgado? Me aparto el móvil del oído para verificar la pantalla. La llamada continúa. Bárbara está encajando la revelación.

—Acepto.

Sabía que lo haría. Y no he tenido que leerle la mente.

FIN

# AGRADECIMIENTOS

Me encantan las historias de fantasmas. Llevo escuchándolas y contándolas toda mi vida. En *mis días de misterio*, por llamarlos así, pude entrevistar personalmente a ciertos testigos que prometían haber tenido contacto con los espíritus de aquellos que nos dejaron. Busqué incansablemente una prueba de esa trascendencia del alma humana, el dichoso más allá. Pero el misterio se las apañó para esquivarme con gran eficacia.

Debido a eso, ahora mismo ya no sé muy bien qué pensar.

Estoy en ese estado de escepticismo crítico en el que se encuentra Isaac Zarco al inicio de esta novela. Y, aun así, no ceso de buscar. O por lo menos, sigo abierto a nuevas posibilidades.

Esta historia está llena de búsquedas, la búsqueda de una respuesta para el silencio de ese padre que no cumplió su promesa, la búsqueda de un amor que todo el mundo salvo uno mismo cree equivocado, la búsqueda de un monstruo al que hay que expulsar de este mundo y la búsqueda de ese otro lado que viene a darle sentido a nuestra existencia en este cosmos y nos promete que las cosas no se acaban aquí.

No todas las búsquedas obtienen resultados.

Gran parte de las historias que ocurren en estas páginas, los casos que a veces se citan, forman parte de aquellas entrevistas que pude conseguir en su momento y las declaraciones que leí en revistas o escuché en programas de radio. Vivencias que esas personas creyeron reales. Ciertos casos son muy famosos dentro del sector. Por tanto, aunque haya cambiado ciertos detalles, hay mucho de veraz en esta novela. Para quien quiera creer en estas cosas.

Con todo, no quiero engañarme, las he incluido porque son fascinantes. Esas narraciones han podido llegar hasta nosotros gracias al gran trabajo que realizan desde siempre investigadores y divulgadores que forman parte de ese sector especializado, y que comúnmente llamamos misterio. Ciertos personajes que aparecen en esta novela están basados en personas reales. Algunos, como el profesor Preuss, son una fusión de varias personas cuya labor en esos medios me marcaron profundamente.

A pesar de esas medio verdades, no deseo engañar a nadie; la mayoría de lo que se puede leer en *La chica gris* es invención mía. Supongo que cualquier sensitivo dirá que el tipo de mediumnidad que muestro en estas páginas no se corresponde con la realidad. Que la comunicación con los muertos no funciona así. Habrá hasta quien diga que la telepatía verdadera tiene otras reglas. Y mi única respuesta es: *Lo sé, ¿qué te has creído?* Yo no voy a ser el que pretenda venderle al lector ninguna patraña. Pero siempre he considerado que las mejores historias de ficción son las que mezclan aditamentos de verdades dudosas y mentiras verosímiles.

Por todos estos argumentos, debo darle las gracias a todos esos comunicadores que me inspiraron en su momento y que se han prestado a echarme una mano. Aunque sus caminos se hayan separado entre sí, yo adoro a Iker Jiménez y Santi Camacho. Ambos se prestaron a ponerle la guinda a este pastel. Con uno de ellos no pudo ser por cuestiones que ahora no es plan de explicar.

Dentro de Minotauro he sido tratado estupendamente. Quiero darle las gracias a todo el mundo, aunque con quien más trato he tenido y a quien más he llegado a apreciar es a Vicky Hidalgo. Siempre he sentido todo este proceso como una apuesta suya. Pese a que no fue así desde el principio. Cuando le entregué la novela en un pendrive, durante la gala del Premio Minotauro de 2021, me dijo que el terror no vendía, que el mercado estaba muy mal, que si patatín y patatán. Vamos, que no me hiciera ilusiones. Leyó el manuscrito por respeto. Y un poco por cumplir. Así que si

alguien se piensa que me han publicado este libro porque soy un enchufado, un *influencer* de ésos o replica con algún otro argumento de ese estilo, aclarar que Vicky me dio el NO de entrada. Sin leer ni la primera frase.

Tardó semanas en meterse con ello. Lo bueno es que al final le encantó. Me contó que estaba tan ensimismada en la lectura de las primeras páginas, que se saltó su parada de Metro. Ojalá ocurra lo mismo con otros muchos lectores.

Muchísimas gracias.

Toda mi gente de *La Órbita de Endor*, sin excepción esta vez (y no sólo Kurtz, porque se lo lee todo, incluso los ensayos cafeteros sobre Batman), devorará la novela de cabo a rabo y me apoyará a muerte. O les bajaré el sueldo a todos. Les doy las gracias de antemano, aunque su labor viene ahora, con la novela ya impresa y puesta a la venta.

Los oyentes del podcast van a sufrir una campaña de acoso y derribo en lo que se refiere a mi promoción personal de la novela. Voy a martirizarles todas las semanas en el programa. Comprad *La chica gris*, comprad *La chica gris*, comprad *La chica gris*. Si eres *Loder*, tienes que hacerte con tu ejemplar de *La chica gris*. Y punto.

Mis colegas del grupo *Alameda Meetings* han vivido con expectación todo este tiempo de espera. Preguntando cada poco tiempo cómo iba el tema de la novela, ansiando su publicación más que el nacimiento de algunos de sus hijos.

Puede que un pelín menos, pero sin duda la han ansiado. Uno de ellos incluso la venderá en su librería de barrio y ha prometido ponerla en el lugar más destacado de su escaparte. La intención es acojonar hasta al último niño de la vecindad que se fije en esta espeluznante portada.

Otro fue lector de prueba, y todo un desafío, ya que no se lee ni las instrucciones de un bolígrafo. Al parecer, le enganchó y no se despistó en ningún instante. Ya veremos qué ocurre con la novela completa.

Gracias a todos ellos.

Otro tanto para mis chicas, por supuesto: Mi madre y mis hermanas. Sé categóricamente que dejarán cualquier otra ficción que sigan en estos días y se pondrán a leer esta

novela. A diferencia de otras cosas que yo haya podido escribir hasta la fecha, esta historia las intriga más que nada. Un abrazote para las tres y para sus parejas, así como los sobrinos y sobrinas. *Iván, ya sabes que lo que haces se llama* Botellón Psicofónico*, ¿no? Pues sí, ése es el nombre que recibe en el mundillo del misterio. Sin embargo, que no te preocupe demasiado, estás en la edad*.

Por supuesto, tengo que dejar para el final a la irrepetible Isabel Queipo, que me ha ayudado más que nadie en la ejecución final del primer manuscrito, con degustaciones objetivas y opiniones valiosísimas. Nadie como ella para dar ideas, ánimos e inspirar a la hora de combatir la procrastinación, aunque ella misma peque de eso. Algún día, terminará su novela y me incluirá en los agradecimientos. Molará un montón, si sigo vivo para cuando ocurra. *¿Qué haces leyendo esto en lugar de escribir?*

No puedo más que pedir perdón, porque tengo muchos amigos y a una inmensa mayoría les he comentado que este libro estaba en tareas pendientes, recibiendo a cambio muchas palmaditas en la espalda, ideas a futuro y respetando que no les contara nada a pesar de ponerles los dientes largos. Tendrán que perdonarme si no les cito expresamente aquí.

Espero que este libro guste lo suficiente como para justificar la publicación de un nuevo caso de este investigador psíquico llamado Isaac Zarco. Un nuevo caso que, en este momento, ya estoy escribiendo. Veremos qué pasa.

Por lo pronto, me siento muy afortunado.

*Madrid, Antonio Runa.*

*La chica gris*

© Antonio Runa, 2022

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1549-0 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!